

XLVII

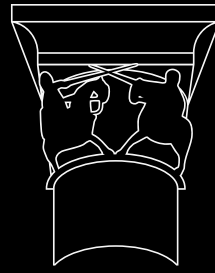
SEMANA INTERNACIONAL
DE ESTUDIOS MEDIEVALES

ERDI AROKO IKERLANEN
NAZIOARTEKO ASTEA

ESTELLA-LIZARRA

**CONSTRUIR
PARA
PERDURAR**

Riqueza petrificada
e identidad social.
Siglos XI-XIV



**LUZAROAN
IRAUTEKO
ERAIKI**

Harritutako aberastasuna
eta identitate soziala.
XI.-XIV. mendeak



20/23

JULIO / UZTAILA

2021

XLVII Semana Internacional
de Estudios Medievales
Estella-Lizarra
20/23 de julio de 2021

XLVII Erdi Aroko Ikerlanen
Nazioarteko Astea
Estella-Lizarra
2021eko uztailak 20/23

**CONSTRUIR
PARA PERDURAR**
Riqueza petrificada
e identidad social.
Siglos XI-XIV

**LUZAROAN
IRAUTEKO ERAIKI**
Harritutako aberastasuna
eta identitate soziala.
XI.-XIV. mendeak

XLVII Semana Internacional
de Estudios Medievales
Estella-Lizarra
20/23 de julio de 2021

XLVII Erdi Aroko Ikerlanen
Nazioarteko Astea
Estella-Lizarra
2021eko uztailak 20/23

CONSTRUIR PARA PERDURAR

Riqueza petrificada
e identidad social.
Siglos XI-XIV

LUZAROAN IRAUTEKO ERAIKI

Harritutako aberastasuna
eta identitate soziala.
XI.-XIV. mendeak

Título/Izenburua: Construir para perdurar. Riqueza petrificada e identidad social. Siglos XI-XIV (XLVII Semana Internacional de Estudios Medievales. Estella-Lizarrar. 20/23 de julio de 2021)

Luzaroan irauteko eraiki. Harritutako aberastasuna eta identitate soziala. XI.-XIV. mendeak (XLVII Erdi Aroko Ikerlanen Nazioarteko Astea. Estella-Lizarrar. 2021eko uztailak 20/23)

Todos los originales han sido revisados según los protocolos en uso en revistas referenciadas por evaluadores del comité científico de la Semana Internacional de Estudios Medievales de Estella-Lizarrar. Este comité está formado por los siguientes evaluadores: Ana Rodríguez López, Eloísa Ramírez, Julia Pavón, Veronique Lamazou-Duplan, Pascual Martínez Sopena y Juan José Larrea.

Edita/Argitaratzailea: Gobierno de Navarra/Nafarroako Gobernua
Departamento de Cultura y Deporte
Kultura eta Kirol Departamentua
Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana
Vianako Printzea Erakundea-Kultura Zuzendaritza Nagusia

©Gobierno de Navarra/Nafarroako Gobernua
© Autores/Egileak

Imagen de la cubierta/Azaleko irudia: Construcción de la torre de Babel. Capitel del claustro de la catedral de Pamplona. Finales del siglo XIII

Composición/Konposizioa: Pretexto

ISBN: 978-84-235-3623-8

DOI: <https://doi.org/10.35462/siemel.47>

Promoción y distribución/
Sustapena eta banaketa: Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra
Nafarroako Gobernuaren Argitalpen Funtza
Navas de Tolosa, 21
31002 Pamplona/Iruña
Tel.: 848 427 121
fondo.publicaciones@navarra.es
<https://publicaciones.navarra.es>

Índice

- 9 Homenaje al profesor Ángel J. Martín Duque
Román Felones Morrás

PONENCIAS

- 27 Construir para perdurar en la Edad Media: un panorama sobre materialidad, procesos constructivos y distribución espacial en la península ibérica (siglos XI-XIII)
Ana Rodríguez López
- 51 La construcción medieval en Las Merindades de Burgos entre los siglos XI y XIII: costes, sistemas constructivos, recursos empleados y especialización de los talleres
Rocío Maira Vidal
- 81 Nobiltà e pietrificazione della ricchezza fra città e campagna (Italia, 1000-1280)
Sandro Carocci
- 143 La participación nobiliaria en la construcción de la identidad social tras la conquista. El caso de Nuno Sanç en Mallorca
Inés Calderón Medina
- 185 La pietrificazione de l'identità civica (Italia centro-settentrionale, 1050-1220 c.)
Alessio Fiore
- 213 La piedra en la construcción medieval de Toulouse
Quitterie Cazes
- 239 La pietrificazione di una città: la storia sociale di Tivoli nel Medioevo attraverso l'archeologia dell'architettura
Fabio Giovannini
- 265 La ciudad en obras. Costes y gestión de las grandes construcciones en la Valencia del siglo XIV
Juan Vicente García Marsilla
- 301 Construir en espacios sacralizados: a propósito del surgimiento y expansión territorial de las sagreras catalanas, siglos XI-XIII
Jordi Morelló i Baget
- 341 Arquitectura religiosa e identidades colectivas en la Navarra medieval
Javier Martínez de Aguirre

COMUNICACIONES

- 377 Lo visible y lo invisible en la materialidad de los edificios de León (1050-1300)
Gema Mancebo González
- 389 Alamudes en el románico hispano, elementos de fortificación eclesial?
Alejandro Piñel Bordallo
- 401 Santa María de la Cabeza: revisión del único templo en ladrillo de la Ávila románica
Hannah Maryan Thomson
- 411 El material de una ciudad: la construcción en piedra de Zamora entre los siglos XI y XIII
Teresa Martínez Martínez
- 425 Las residencias reales del reino de Mallorca y la construcción *ex novo* de un reino
Marta Fernández Siria
- 435 El puente de Besalú: obra, financiación y administración a través de los registros notariales (1315-1318)
Juli Moreno Peré
- 445 Margarita de Navarra en la catedral de Monreale (Sicilia): la memoria familiar
Francesco Puzzo
- 453 Monumental Romanesque Sculptures of Eve in the Digital Humanities Age
Anna-Maria Moubayed

Homenaje al profesor Ángel J. Martín Duque

Román Felones Morrás

Señora presidenta del Gobierno de Navarra,
Señor alcalde de Estella-Lizarra,
Señora consejera de Cultura y Deporte,
Señores miembros de los Comités Científico y Organizador de la Semana Internacional
de Estudios Medievales de Estella,
Querida familia de don Ángel Martín Duque,
Queridos representantes de Los Amigos del Camino de Santiago de Estella y Centro de
Estudios Tierra Estella, entidades a las que me honro en pertenecer,
Queridos profesores y semanistas,
Señoras y señores,
Buenos días a todos,
Egunon guztioi

INTRODUCCIÓN

En la primavera de 1987, siendo consejero de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra, recibí una llamada de don Ángel Martín Duque, miembro del Consejo Navarro de Cultura, comunicándome el grave estado de salud de nuestro maestro común, don José María Lacarra. Dado que, al poco tiempo de acceder al cargo, había tenido el honor de proponer al Gobierno Foral la concesión de la Medalla de Oro de Navarra al profesor Lacarra, que le fue entregada pocos meses después, sugerí a don Ángel viajar juntos a Zaragoza para despedirnos de don José María. Nos recibió doña Esperanza Ducay, su mujer, accedimos a su dormitorio, charlamos durante unos minutos con él y, sin evocar la despedida definitiva, los tres fuimos conscientes de que era precisamente a eso a lo que estábamos asistiendo. Recuerdo que, junto a los dos egregios medievalistas, yo pensaba: Tanta sabiduría acumulada no debe quedar en el olvido. Y me juramenté para tratar de impulsar su conocimiento. Tras su muerte el 6 de agosto de ese año, acompañé a la familia en su funeral y

entierro en Estella, su ciudad natal, y asistí en Leire, un espacio tan emblemático en la historia de Navarra, a una misa funeral, tal y como había dejado previsto en su testamento. Lacarra murió, pero nadie duda que su legado permanece en sus discípulos, sus libros y su tierra. Como homenaje póstumo, con motivo del centenario de su nacimiento, el Gobierno de Navarra encargó al profesor José Ángel Sesma la recopilación de su obra dispersa, que fue publicada entre 2007 y 2011 en cinco volúmenes¹.

Treinta y dos años después, también un 6 de agosto, fallecía en Pamplona don Ángel Martín Duque. Frente a su capilla ardiente, sobriamente adornada por su familia con unos ramos de rosas blancas, tuve la oportunidad de resarcirme en parte de esa visita en vida pospuesta en demasía y repasar, me atrevo a decir que más que junto a él, con él, algunos momentos vividos juntos, además de agradecerle todo su apoyo personal e institucional y pedirle al Buen Dios que lo acogiera en su seno.

Y hoy, tras la anulación de la Semana en 2020 por la pandemia, queremos comenzar la de 2021 recordando al maestro, evocando su vida y su obra y subrayando que, también para él, alferez mayor de esta hueste de profesores y semanistas que durante cuarenta y siete años han recalado en esta ciudad «abastecida de toda clase de bienes», en palabras de Aymeric Picaud en el *Codex Calixtinus*², es de aplicación el título de la Semana «Construir para perdurar»; en su caso, no riqueza petrificada, sino herencia inmarcesible, que pervivirá asociada a la Navarra que tanto amó y estudió con investigaciones pioneras y depuradas de algunas de nuestras instituciones más queridas.

Glosar pormenorizadamente la vida y la obra del profesor Martín Duque, en este contexto y en el tiempo que se me ha concedido, no me sería posible ni creo que resultara oportuno. Otros, con más mérito y conocimiento que yo, lo han realizado brillantemente. Ya Juan Carrasco –discípulo de primera hora, a quien agradezco especialmente su presencia en este acto–, con el título de «Martín Duque y la historiografía medieval navarra», trazó en 1998 un primer y ajustado balance de su obra³. Al año siguiente, en 1999, en el marco de la vigésimo quinta Semana de Estudios Medievales, se abordó el tema «La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)». La lección inaugural, sugerida por el propio Carrasco, como nos cuenta Martín Duque en

¹ J. M.^a Lacarra, *En el centenario de José María Lacarra (1907-2007). Obra dispersa*, J. Á. Sesma (ed.), Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007-2011, 5 vols.

² *Guía del peregrino medieval, Codex Calixtinus*, M. Bravo Lozano (ed.), Sahagún, Centro de Estudios del Camino de Santiago, 1991, p. 22.

³ J. Carrasco, «Martín Duque y la historiografía medieval navarra», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73, 1998, pp. 49-67.

su ponencia, corrió a cargo de nuestro homenajeado y versó sobre «Las Semanas de Estella y el medievalismo hispánico. Un ensayo de ego-historia»⁴ que, siguiendo a Pierre Nora⁵, calificó como «difícil y gravosa confesión sobre la historia que nos fue haciendo y la historia que uno ha hecho o, más bien, deseó hacer». Recuerdo que en su día me impactó por lo novedoso del planteamiento, lo omnicomprendivo de su visión y el modesto lugar que se atribuyó en el balance de la propia tarea desarrollada. Pocos años después, en 2002, la revista *Príncipe de Viana* le dedicó un monográfico titulado *Pirenaica, Miscelánea Ángel J. Martín Duque*, en una edición preparada por Fermín Miranda que recoge una selección de la obra del maestro⁶ y que se inicia con una sentida y muy cercana evocación del propio Miranda⁷. Con motivo de su muerte, su figura propició numerosos obituarios firmados por algunos de sus discípulos, Eloísa Ramírez, Carmen Jusué, Luis Javier Fortún, Román Felones y Juan José Martinena, entre otros⁸. Finalmente, en 2020, Raquel García Arancón, continuadora de su obra en la Universidad de Navarra, publicó en la revista del departamento *Memoria y civilización. Anuario de Historia*, de la citada Universidad, un largo artículo titulado «*In memoriam. La obra histórica de Ángel J. Martín Duque (1926-2019) y el medievalismo en la Universidad de Navarra (1958-1997)*». Es, sin duda, el estudio más completo hasta el presente de la obra del maestro, en el que se analiza su trayectoria, se valora su producción científica y los grandes temas de investigación y se hace balance de su impacto en la nueva historia de Navarra que él consolidó.

Ante tal cúmulo de estudios realizados por algunos de sus discípulos más queridos, ¿qué me queda a mí por decir, que ni siquiera me he dedicado profesionalmente a la docencia de la historia medieval en el ámbito universitario? Acaso complementar esta visión con otra personal y más amplia, y enunciar,

4 Á. Martín Duque, «Las Semanas de Estella y el medievalismo hispánico. Un ensayo de ego-historia», en *La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998). 25 Semana de Estudios Medievales. Estella, 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 23-49.

5 P. Nora (ed.), *Essais dégo-histoire. Maurice Aghulon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Grande, Raoul Girardet, Jacques Le Goff, Michelle Perrot, René Rémond*, París, Gallimard, 1987.

6 F. Miranda (ed.), *Pirenaica. Miscelánea Ángel J. Martín Duque, Príncipe de Viana*, 63, 227, 2002, pp. 557-1090.

7 F. Miranda, «Un (largo) café con Don Ángel», *Pirenaica. Miscelánea Ángel J. Martín Duque, Príncipe de Viana*, 63, 227, 2002, pp. 559-561.

8 El *Diario de Navarra* de 7 de agosto, además del editorial, publicaba los artículos de Eloísa Ramírez («Respetuoso y leal»), Carmen Jusué («Una trayectoria intensa y brillante») y Luis Javier Fortún («Trazos imborrables de un maestro»). El 15 de agosto, el mismo medio publicó el artículo de Román Felones («Navarra y Martín Duque: el nexo de la historia»). Finalmente, en el número de octubre de la revista *Pregón*, Juan José Martinena se hacía eco de una doble necrológica, don Ángel Martín Duque y don Faustino Menéndez Pidal, fallecido el 21 de agosto.

al menos, las otras facetas de un hombre poliédrico, que además de un excelente investigador y docente, fue un eficaz gestor, el creador de una escuela de medievalistas, el hombre clave en los casi cincuenta años de vida de la Semana de Estella, el mejor divulgador de nuestra historia, bien como inspirador de iniciativas o directo responsable de ellas, un hombre cooperador y leal a Navarra por encima de acepciones ideológicas o personales, y un hombre generoso con su familia, su universidad, sus discípulos, y su tierra de adopción, la Navarra que tanto amó y ayudó a conocer. Y todo ello desde una atalaya personal que se inició en 1973, año en que, todavía estudiante en Zaragoza, comencé a participar en las Semanas de Estella; se afianzó a finales de los setenta, cuando por sugerencia de don José María Lacarra me acerqué a su despacho para que dirigiera mi tesina de licenciatura; se acrecentó entre 1984 y 1991, en mis años de consejero de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra, cuando desde el Consejo Navarro de Cultura del que formó parte los siete años, coadyuvó en primera fila a hacer realidad muchos de los proyectos compartidos por ambos; y devino en una amistad leal y sincera que se mantuvo hasta el fin de sus días. Creo que esa, y no otra, fue la razón de que los responsables de la Semana me invitaran a participar en este homenaje, que aprovecho para agradecer vivamente.

UN EXCELENTE INVESTIGADOR Y DOCENTE

Ángel Martín Duque nació en Zaragoza en 1926. Los difíciles años de su infancia y adolescencia, marcados por la Segunda República, la guerra civil y lo más duro de la posguerra, no le impidieron cursar brillantemente el bachillerato primero, la licenciatura en Filosofía y Letras después –en una facultad a la que acababa de llegar de Madrid como catedrático un joven discípulo de don Claudio Sánchez Albornoz, José María Lacarra– y, finalmente, el doctorado, con un estudio de la documentación monástica de San Victorián de Sobrarbe y Santa María de Obarra.

Lacarra aportó a la historia medieval aragonesa y navarra, sabía nueva, un método depurado de investigación basado en el análisis histórico y jurídico de las fuentes primarias, y un lenguaje sobrio y radicalmente académico, ajeno a los excesos y ditirambos propios del contexto histórico-político de la posguerra. Ángel Martín Duque, fiel a su maestro, bebió de esta fuente, se dotó de este mismo lenguaje y, con Antonio Ubieto, fueron los más fieles y directos alumnos de esta incipiente escuela.

Pero la circunstancia personal, que diría Ortega, se cruzó en su camino y varió un rumbo que parecía claro de antemano. En 1958, con treinta y dos años

y recién casado con María del Carmen González, persona especialmente querida por todos los que tuvimos el gusto de conocerla y tratarla, opositó al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, sacó el número uno y eligió un destino que él mismo pensaba que era provisional: la Delegación de Hacienda de Navarra, dado que tenía pensado incorporarse el curso siguiente a la Cátedra de Historia Medieval de Zaragoza, junto a su maestro Lacarra. Pero en el verano de ese año, prestigiosos profesores como Antonio Fontán e Ismael Sánchez Bella le convencieron para incorporarse al recién creado Estudio General de Navarra –convertido a partir de 1960 en la Universidad Católica de Navarra–, una apuesta arriesgada que supuso un antes y un después para el conocimiento de la historia medieval de Navarra. «Hoy –señala García Arancón en su estudio– es imposible considerar la historia general de Navarra y la historia medieval en particular, sin valorar la trascendental aportación metodológica y los certeros análisis de las múltiples publicaciones escritas o dirigidas por Ángel Martín Duque»⁹.

Glosar su obra de investigación no me resulta posible, pero Martín Duque, universitario de oficio y vocación, la cultivó hasta el final de sus días. Abordó una temática muy variada: ediciones de fuentes, manuales, artículos extensos, artículos breves, estados de la cuestión, prólogos de libros, semblanzas de colegas y obras divulgativas. Exigente, perfeccionista y siempre ocupado en múltiples tareas, no se prodigó en exceso en monografías, aunque algunas son excepcionales. Sirva como ejemplo la titulada *Sancho III el Mayor de Pamplona. El rey y su reino (1004-1035)*, aparecida en 2007, casi una década después de su jubilación. Fernando Pérez Ollo, el crítico agudo e implacable de *Diario de Navarra*, la valora así: «Un gran libro que presenta acertadamente al protagonista en su contexto temporal y humano. Martín Duque ha trazado algo más que una biografía limitada por la fiabilidad de las fuentes. Fruto de una vida dedicada a la investigación y a la docencia, este Sancho el Mayor condensa las aportaciones granadas de un maestro»¹⁰.

Y junto a la investigación, como anverso de la misma moneda, la docencia. Como su maestro, Martín Duque también ganaba en la distancia corta. No asistí personalmente a sus clases, pero disfruté y mucho de sus seminarios, donde la mayéutica de sus procedimientos, la agudeza de juicio, y la llaneza y cercanía del trato convertían en inolvidables las sesiones, prolongadas con

⁹ R. García Arancón, «La obra histórica de Ángel J. Martín Duque (1926-2019) y el medievalismo en la Universidad de Navarra (1958-1997)», *Memoria y civilización. Anuario de historia*, 23, 2020, pp. 13-73.

¹⁰ F. Pérez Ollo, «El gran rey, su reino y el maestro», *Diario de Navarra*, 27 de junio de 2007.

frecuencia en muy fértiles charlas de café. Así lo recuerda Fermín Miranda, uno de sus discípulos:

Las mejores ideas para una tesis, la penúltima discusión sobre un artículo o un libro, las hipótesis más brillantes que con su característica generosidad siempre ha brindado para nuestros trabajos, parecían acentuar su valía fuera del círculo simbólicamente académico del despacho y del aula, cuando el encuentro se transforma en una pausa cotidiana del trabajo entre amigos¹¹.

UN EFICAZ GESTOR

Además de excelente investigador y docente, Ángel Martín Duque fue, en una universidad confesional y naciente, un hombre para casi todo. Su vocación de servicio y su valía como gestor –muy poco valorada e incluso menospreciada en los ámbitos académicos– quedó pronto de manifiesto en los numerosos cargos que desempeñó en la Universidad. Director del Departamento de Historia Medieval entre 1958 y 1997, director del Instituto de Artes Liberales de 1969 a 1973, vicedecano y decano entre 1973 y 1981, director del Servicio de Publicaciones entre 1986 y 1997 y, sobre todo, bibliotecario general entre 1972 y 1986. En este puesto promovió la informatización de los fondos, en una iniciativa pionera en España. Pero estas cargas, que sin duda disminuían el tiempo disponible para sus investigaciones personales, ni redujeron su docencia, ni impidieron la dirección de tesis y tesinas, capítulo fundamental en su magisterio.

CREADOR DE LA ESCUELA NAVARRA DE MEDIEVALISTAS

Ese departamento de Historia Medieval, creado por él, pronto se convirtió en un fecundo vivero de brillantes estudiantes que darían paso con los años a acreditados medievalistas. La única vez en que Martín Duque habló por escrito de sí mismo, aquí en Estella, en 1998, en lo que él denominó «un ensayo de ego-historia»¹², lo hizo para declararse deudor de su maestro Lacarra y orgulloso de sus discípulos y alumnos que, decía, «son mi mejor corona, mi mayor satisfacción y orgullo personal».

¹¹ F. Miranda, «Un (largo) café con Don Ángel», *Pirenaica. Miscelánea Ángel J. Martín Duque, Príncipe de Viana*, 63, 227, 2002, p. 559.

¹² Á Martín Duque, «Las Semanas de Estella y el medievalismo hispánico. Un ensayo de ego-historia», en *La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998) 25 Semana de Estudios Medievales. Estella, 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, p. 25.

Aquella escuela intuida por Lacarra y hecha realidad bajo el magisterio de don Ángel tiene muchos y variados nombres y se concreta en unos números que apabullan: veinticinco tesis dirigidas y más de cincuenta tesinas de licenciatura. En 2003, «como muestra de la actual escuela de medievalistas navarros y sin demérito de otras publicaciones valiosas», destacaba once tesis y cuatro tesinas, todas editadas, que él juzgaba las más innovadoras y modélicas, elaboradas bajo su dirección y tutela por Javier Zabalo, Juan Carrasco, Raquel García Arancón, Carmen Jusué, Eloísa Ramírez, Fermín Miranda, Luis Javier Fortún, Juan José Martinena, Susana Herreros, Julia Pavón y Roldán Jimeno.

Pero ¿qué clase de escuela era aquella? Dejemos que hable el maestro y ratifiquen discípulos.

A este grupo, ahora ya crecido, de personas de muy variados talentos y edades solo cuadraría la calidad de «escuela» entendida no como círculo ideológicamente monolítico y metodológica y conceptualmente estacionario, sino más bien lo contrario, es decir, radicalmente plural en todos los aspectos, abierto, dinámico, acrisolado en la mutua comprensión, la tolerancia, el trabajo bien acabado y la colaboración que generan lazos indelebles de compañerismo y auténtica amistad¹³.

Con motivo de su fallecimiento, sus alumnos en sus obituarios abundaron en las mismas ideas; más que escuela formalmente considerada, un grupo de amigos unidos en su deseo de conocer más y mejor la historia medieval de Navarra, bajo el liderazgo de su maestro.

EL HOMBRE CLAVE EN LA SEMANA DE ESTUDIOS MEDIEVALES DE ESTELLA

Pero nos encontramos en Estella, en el marco de la cuadragésimo séptima Semana de Estudios Medievales. Permítanme que, a la espera del libro que con motivo del próximo cincuentenario sin duda nos contará pormenorizadamente la historia de la Semana, subraye la importancia de su figura.

En 1962, año en que los peregrinos seguían siendo una rara excepción en el paisaje navarro, se constituía en Estella la asociación «Los Amigos del Camino de Santiago de Estella. Centro de Estudios Jacobeos»¹⁴. Al frente de

¹³ Á Martín Duque, «Las Semanas de Estella y el medievalismo hispánico. Un ensayo de ego-historia», en *La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998) 25 Semana de Estudios Medievales. Estella, 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, p. 25.

¹⁴ Una sucinta historia de la Asociación, en R. Felones, *Camino de Santiago, Camino de Europa: balance y perspectivas de la Asociación de Estella (1962-2020)*, XII Congreso Internacional de Asociaciones Jacobeas, Madrid, 2021.

ella estuvo durante muchos años su benemérito presidente, Francisco Beruete, apoyado en la secretaría por Pedro María Gutiérrez. Para dotar de respaldo científico a la Asociación, Beruete concibió la idea de celebrar en la ciudad un curso universitario de verano sobre las peregrinaciones jacobeanas. La idea no encontró la acogida prevista en la recién creada Universidad de Navarra y fue precisamente Martín Duque la persona encargada de buscar una fórmula –son sus propias palabras– «que no diluyera el proyecto en los abigarrados y cambiantes programas de unos meros cursos de verano, y le comunicara entidad propia y ciertas garantías de continuidad»¹⁵. El modelo de referencia fue Spoleto, si bien el arco cronológico se amplió a toda la Edad Media. Henos aquí a don Ángel ejerciendo de eficaz partero de la Semana de Estudios Medievales de Estella. La Semana de 1963, de la que Martín Duque fue el director *de facto*, contó con la presencia de Lacarra, Ubieto, Vázquez de Parga, Guerra Campos, Gaillard, Tucoo-Chala, Udina, Goyeneche y Nieto, director general de Bellas Artes. Hubo becas para los jóvenes universitarios, contó con el apoyo incondicional del ayuntamiento de la ciudad y el patrocinio de la Institución Príncipe de Viana. Es decir, un modelo que perduró, sin apenas cambios, durante los dieciséis años siguientes.

Salvadas las reticencias iniciales ante una iniciativa tan bienintencionada como audaz, desde 1966 la Institución Príncipe de Viana de la Diputación Foral de Navarra asumió una parte importante de sus gastos y organización, lo que permitió dotar al evento de una entidad propia y ciertas garantías de continuidad. En esos años fui testigo directo de los vehementes debates en los que Ubieto era casi siempre protagonista, de las veladas en Galdarráin, la finca de recreo de Francisco Beruete en las afueras de Estella, y de las animadas tertulias informales en las que profesores y semanistas departían sin protocolo alguno. El día culminaba en Santa Clara, en el concierto de la Semana de Música Antigua que, como complemento de la Semana de Estudios Medievales, nació en 1967. Solo falló un aspecto clave que Spoleto ofrecía: la edición anual de las actas de la Semana, previa a la celebración de la siguiente. Únicamente se llegó a imprimir el volumen de 1974, con las ponencias y comunicaciones de la duodécima semana¹⁶.

En esta etapa, aunque la organización dependía de Los Amigos del Camino de Santiago de Estella, Martín Duque seguía siendo el hombre clave en el

¹⁵ Á Martín Duque, «Las Semanas de Estella y el medievalismo hispánico. Un ensayo de ego-historia», en *La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998) 25 Semana de Estudios Medievales. Estella, 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, p. 42.

¹⁶ *Semana de Estudios Medievales de Estella. Actas de la duodécima semana*, Pamplona, 1976.

ámbito académico. Pero con el paso de los años, la falta de un comité específico de trabajo, los nuevos aires políticos que se respiraban en la Diputación Foral como consecuencia del difícil momento de la transición, y algunas desavenencias surgidas entre instituciones, dieron al traste con el proyecto, que quedó suspendido por falta de financiación foral en 1979.

Los diez años transcurridos hasta el comienzo de la segunda etapa no fueron estériles. En 1984 tuve el honor de ser nombrado consejero de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra. Ese mismo año se creó el Consejo de Cultura, que inició sus trabajos en febrero de 1985 y del que Ángel Martín Duque fue uno de sus componentes¹⁷. Aunque el peso de la educación era indudable, cuantitativa y cualitativamente hablando, la cultura fue objeto de una especial atención. Este objetivo se concretó en un importante aumento presupuestario, una programación novedosa y planificada, y la aparición de programas propios vinculados directamente al departamento y, por tanto, dirigidos, organizados y financiados por este. Se reinició primero, dada su menor complejidad, la Semana de Música Antigua en 1987. Y se iniciaron las gestiones para recuperar, con importantes cambios de orientación y metodología, la Semana de Estudios Medievales. De nuevo, la persona clave en el proceso fue Martín Duque, que trabajó en perfecta sintonía con José María Romera, director general de Cultura. Fueron ellos quienes personalmente lideraron la nueva estructura: un programa netamente académico, con un comité científico autónomo para definir temas y autores, pero organizado y financiado por el Gobierno de Navarra. Antes de reiniciarse la segunda etapa, en 1991, hubo de solventarse un último escollo. En 1990 se celebró oficialmente el 900 aniversario de la fundación de Estella. No estando maduro el nuevo modelo, la administración foral declinó organizar una Semana dedicada al IX centenario con el viejo formato, pero financió en gran parte los actos organizados con este motivo. Martín Duque fue, de nuevo, el responsable del marchamo científico de los actos, a la espera de la nueva etapa¹⁸ que se inició en 1991. Don Ángel fue designado presidente del Comité Científico, secundado en los años siguientes por Juan Carrasco, tras su

¹⁷ El Consejo se reguló por el decreto foral 241/84, de 21.11.1984. El primer Consejo, que se constituyó en febrero de 1985, lo formaban Tomás Alonso, Ignacio Aranguren, Víctor Manuel Arbeloa, Jesús Azcona, Ignacio Barandiarán, Carlos Cánovas, Julio Caro Baroja, Teresa Catalán, Javier Echeverría, María Dolores de la Infiesta, Francisco Mangado, Ángel J. Martín Duque, Jesús María Omeñaca, Fernando Pérez Olló, Pedro Salaverri, Miguel Sánchez Ostiz, José María Satrustegui y María Esther Zaratigui.

¹⁸ La revista *Príncipe de Viana* dedicó un monográfico al IX Centenario de Estella, que constituye el número 190. El segundo artículo lo firma Ángel Martín Duque, con el tema «La fundación del burgo navarro. Estella», muy conocido por adelantar su nacimiento a una fecha entre 1077 y 1084.

vuelta a Navarra, finalizado su periplo por las Españas como catedrático en las universidades de Granada y Extremadura.

A partir de entonces todos recordamos una liturgia que nos resulta familiar: a punto de finalizar la Semana, don Ángel tomaba la palabra para anunciar el tema de la Semana del año siguiente. Con la impagable ayuda de Toña Trueba, pocos meses después ponencias y comunicaciones eran recogidas en un libro que se presentaba a finales de la primavera, junto con el programa de la nueva edición. Fueron los años en que esa «generación del 68 o generación de Estella», a la que se refería Martín Duque en el reiterado ensayo de ego-historia¹⁹, brilló de forma especial. Años de acogida en un marco excepcional, el Palacio de los Reyes de Navarra. Años de las excursiones por toda Navarra y de visitas a la ciudad que, como miembro del CETE, tuve el honor de dirigir. Años en los que, gracias a la Asociación de Amigos del Camino de Santiago, Basaula fue la cueva mágica que acogió comidas, tertulias y charlas de amigos. Años en los que Estella toda quiso sumarse al contexto medieval con manifestaciones populares, algunas discutibles, que llenaron de colorido las rúas. Años, en fin, en que la Semana de Estudios Medievales de Estella devino en Semana Internacional de Estudios Medievales, sin perder la esencia que la ha caracterizado. Y, ya en el umbral del cincuentenario, es momento propicio para recordar a quien, junto con otros, pero como nadie, lo hizo posible: don Ángel Martín Duque.

EL MEJOR DIVULGADOR DE NUESTRA HISTORIA

Navarra, gracias a la Institución Príncipe de Viana fundada en el año 1940 y cuyo primer secretario general fue José María Lacarra, disponía de una revista y una línea editorial que permitieron dar a conocer razonablemente su historia. El hito fundamental de esta etapa fue la publicación en 1972, con motivo de las bodas de oro de la Caja de Ahorros de Navarra, de la *Historia política del reino de Navarra*²⁰ del profesor Lacarra, al que siguió en 1975 el volumen divulgativo *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*²¹.

¹⁹ Á Martín Duque, «Las Semanas de Estella y el medievalismo hispánico. Un ensayo de ego-historia», en *La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998) 25 Semana de Estudios Medievales. Estella, 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 25-27.

²⁰ J. M.^a Lacarra de Miguel, *Historia política del Reino de Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1972, 3 vols.

²¹ J. M.^a Lacarra de Miguel, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1975.

Pero la llegada de la democracia, la aprobación de la LORAFNA y el auge del movimiento autonómico provocaron en la década de los ochenta una eclosión de publicaciones de especial impacto e interés, como no ha habido otra en la historia de Navarra. Lideraron este esfuerzo fundamentalmente el Gobierno de Navarra y la Caja de Ahorros de Navarra. En todas ellas, desde la dirección del departamento de la Universidad, la pertenencia al Consejo Navarro de Cultura y la presencia en otras instituciones recién creadas que ahora citaré, Ángel Martín Duque fue o promotor o directamente responsable. Con una particularidad, su liderazgo científico, su versatilidad, su facilidad de trato y su proverbial mano izquierda le permitieron sortear las procelosas aguas de la política, en las que dicho sea de paso no se encontraba nada incómodo, y anudar buenas relaciones con todo el espectro ideológico del arco institucional. Y estas empresas, dada su proverbial generosidad, las compartió en todos los casos con su amplio grupo de discípulos. Pueden agruparse en tres bloques: nuevos espacios de encuentro de historiadores, libros institucionales promovidos por la Caja de Ahorros de Navarra y libros institucionales, tesis y obras divulgativas promovidos por el Gobierno de Navarra.

El auge experimentado por los estudios de historia, reforzados desde 1987 con la creación de la Universidad Pública de Navarra, cuyo primer director del departamento de Historia fue el catedrático Juan Carrasco, y el patrocinio del Gobierno de Navarra, con nuevas líneas de financiación, favorecieron el nacimiento de diferentes espacios de encuentro, tan queridos en el quehacer universitario del maestro. De ahí que estuviera en primera línea de los dos que tomaron vida en la década de los ochenta. El I Congreso General de Historia del Navarra, evento de suma importancia en el devenir de los estudios históricos del territorio, celebrado en 1986, eligió como presidente de la comisión organizadora a Ángel Martín Duque²², que repitió en el congreso siguiente. Muchos años después fue homenajeado por el propio congreso por su decisiva aportación al nacimiento de los mismos. La Sociedad de Estudios Históricos de Navarra nació en 1988 y don Ángel formó parte de su junta gestora. En 2006, en la clausura del VI Congreso, Martín Duque fue nombrado miembro de honor de la citada sociedad por su papel en la puesta en marcha. Aunque con un ámbito mayor de actuación y ya veterana en el tiempo, Martín Duque era socio también de la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza, de la que fue en 1985 miembro de la comisión organizadora y coordinador del Curso de Arqueología, organizado conjuntamente por la Sociedad y el Gobierno de Navarra.

²² *Príncipe de Viana* publicó en los meses siguientes todas las ponencias y coloquios en seis gruesos volúmenes (Anejos 6, 7, 8, 9, 10 y 11, 1987-1988). Se han celebrado nueve ediciones, la última en 2018.

Las Caja de Ahorros de Navarra era en la década de los ochenta una institución emblemática, directamente vinculada al propio Gobierno. En su obra social, una parte significativa iba siempre destinada a dar a conocer la historia de Navarra, con obras de auténtica referencia. Sus publicaciones, con tiradas de varios miles de ejemplares, se hicieron un hueco en muchos hogares, familiarizando a los navarros con la geografía, la historia y el arte de su tierra. La serie comienza en 1977, con una obra aparentemente menor pero de gran impacto social y educativo: el *Atlas de Navarra*²³, cuya dirección científica en el área de historia fue encomendada a Martín Duque. Este atlas escolar se convirtió en 1986 en una magna obra en dos volúmenes titulada *Gran Atlas de Navarra*²⁴. Una verdadera referencia nacional, el volumen de historia fue dirigido también por Martín Duque, participando en él buena parte de sus colaboradores en el departamento de la Universidad. La tercera obra de referencia fue la *Gran Enciclopedia Navarra*²⁵ (*GEN*), obra en once tomos y verdadero compendio del saber, referido a esta tierra. De las catorce secciones en que fue dividida la obra, una de las más importantes fue la historia antigua y medieval, encomendada a don Ángel. Muchas de las entradas fueron elaboradas personalmente por él, y otras más, por sus colaboradores. Finalmente, conviene destacar el estudio *Signos de identidad histórica para Navarra*²⁶, obra en la que Martín Duque no solo se ocupó de la dirección científica, ayudado por Javier Martínez de Aguirre, sino que redactó personalmente algunos de los capítulos más conceptuales. Buena parte de las reflexiones y estudios sobre Navarra del maestro se encuentran condensados en este libro, especialmente relevante.

El Gobierno de Navarra, a través de los departamentos de Educación y Cultura y Presidencia, fue el otro polo impulsor de las tareas de divulgación. También aquí, la opinión de Martín Duque resultó decisiva. Doy fe de ello, ya que fueron los años en que mantuvimos una relación más estrecha. Desde su puesto en el Consejo Navarro de Cultura, tanto en la Comisión de Publicaciones como en el Consejo de Redacción de la revista *Príncipe de Viana*, impulsó una política de publicaciones compartida por los responsables del departamento. Fruto de ello fueron las treinta y ocho monografías publicadas entre 1984 y

²³ A. Floristán y Á. Martín Duque (dirs.), *Atlas de Navarra*, Barcelona, Diáfara-Caja de Ahorros de Navarra, 1977.

²⁴ Á. Martín Duque. (dir.), *Gran Atlas de Navarra. II Historia*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1986. La tirada fue de cuatro mil ejemplares.

²⁵ *Gran Enciclopedia Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990, 11 vols. La tirada, excepcional en Navarra, fue de doce mil ejemplares.

²⁶ Á. Martín Duque (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1999, 2 vols.

1995 en la serie Historia, que se iniciaron con la reedición del libro *Orígenes del Reino de Pamplona y su vinculación con el Valle del Ebro*²⁷, de Claudio Sánchez Albornoz, e incluyeron las tesis de García Arancón, Perex Agorreta, Jusué Simonena, Ramírez Vaquero, Miranda García y Fortún Pérez de Ciriza, en su mayor parte dirigidas y prologadas por don Ángel. En otras series aparecieron también los cinco tomos de los *Anales del Reino de Navarra*²⁸, edición dirigida por Susana Herreros con un documentadísimo prólogo de Martín Duque, y los ocho tomos de la *Historia de los obispos de Pamplona*²⁹, coeditada por la Universidad de Navarra y el Gobierno de Navarra entre 1979 y 1989. Hito importante también de estos años fue la publicación de una *Historia de Navarra* en cinco tomos, a la vez divulgativa y rigurosa. La presentación del tomo I, dedicado a la Antigüedad y la Alta Edad Media, es obra de Martín Duque.

La revista *Príncipe de Viana* había sido tradicionalmente la referencia cultural más significativa de la Diputación Foral ante el mundo académico. Remodelada en fondo y forma, desde 1984 se le dotó de un Consejo de Redacción en el que don Ángel participó entre 1984 y 1991³⁰. Tras la concesión de la Medalla de Oro de Navarra a José María Lacarra en 1984, se decidió preparar un homenaje en su honor, que aparecería en la revista en 1986³¹. Ni que decir tiene que don Ángel animó el proyecto y participó con un interesante artículo titulado «Algunas observaciones sobre el carácter originario de la monarquía pamplolesa». Muchos años después, en 2002, jubilado ya desde 1997, él mismo fue el homenajeado por la revista con la publicación de un volumen titulado *Pirenaica. Miscelánea Ángel J. Martín Duque*, al que ya hemos hecho referencia.

Si me lo permiten, utilizo un término coloquial como balance. En materia de promoción y divulgación de la historia de Navarra, don Ángel no solo fue el perejil de todas las salsas, sino el verdadero maestro de cocina de un guiso que ahí está para degustarlo.

²⁷ C. Sánchez Albornoz, *Orígenes del Reino de Pamplona. Su vinculación con el Valle del Ebro*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1985, 2.^a edición.

²⁸ J. de Moret, *Anales del Reino de Navarra*, Susana Herreros (ed.), Pamplona, Gobierno de Navarra, 1987, 5 vols.

²⁹ J. Goñi Gaztambide, *Historia de los obispos de Pamplona*, Pamplona, Universidad de Navarra y Gobierno de Navarra, 1979-1989, 8 vols.

³⁰ El primer Consejo de Redacción (1985-1987) lo componían Julio Caro Baroja (presidente) y Víctor Manuel Arbeloa, Ángel Martín Duque, Fernando Pérez Ollo, Miguel Sánchez Ostiz (vocales) y María Soledad Saracíbar (secretaria). El segundo (1988-1991), Fernando Pérez Ollo (presidente), Víctor Manuel Arbeloa, Ángel García-Sanz, María Carmen Lacarra Ducay, Ángel Martín Duque, Miguel Sánchez Ostiz (vocales) y María Soledad Saracíbar (secretaria).

³¹ VV.AA., *Homenaje a José María Lacarra, Príncipe de Viana*, Anejos 2 y 3, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1986.

UN HOMBRE COOPERADOR Y LEAL A NAVARRA Y A SUS INSTITUCIONES

Ante el panorama que les he apuntado, ¿alguien puede extrañarse de la concesión de la Medalla de Oro de Navarra, el máximo galardón de la Comunidad? En 1984 la habían recibido su maestro José María Lacarra y Julio Caro Baroja; en 1989, José Miguel Barandiarán y Alfredo Floristán; quedaba por rematar el elenco y premiar con la distinción al más importante e influyente de los historiadores navarros vivos. Y esta llegó cuando el maestro tenía sesenta y cinco años, en buena forma física y en plenitud intelectual. Se le concedía, según rezaba el decreto foral de concesión, «por su fecundo magisterio universitario y sus contribuciones al conocimiento más exacto del reino de Navarra en su época medieval».

Cooperador leal a Navarra y a sus instituciones, navarro él mismo de corazón tras su estancia ininterrumpida en nuestra tierra desde 1958, y con hijos y nietos navarros, doy fe de que la distinción le hizo una extraordinaria ilusión. Era el certificado público e institucional, no solo de su condición de navarro, sino del reconocimiento de esta tierra a una persona que tanto había ayudado a darla a conocer a sus propios habitantes, ahora ya no súbditos sino ciudadanos. El lema de la medalla es «Servicio, Integridad, Lealtad», palabras que hizo suyas y que marcaron su pauta personal y vital. Agradeció la concesión, subrayó que Navarra le había dado más de lo que él había ofrecido y reiteró su lealtad a esta tierra, que era suya. Su misión estaba cumplida. En 2002, la Academia de la Historia lo nombró académico correspondiente de la institución en Navarra, el colofón que cerraba el círculo.

UN HOMBRE GENEROSO CON SU FAMILIA, SUS DISCÍPULOS, SU UNIVERSIDAD Y SU TIERRA DE ADOPCIÓN

Quisiera, para terminar esta aproximación a la poliédrica figura de don Ángel, subrayar un rasgo personal que ha caracterizado su vida entera, la generosidad. En primer lugar, con su familia: su mujer Mari Carmen, esposa y madre ejemplar, la mujer fuerte de la que nos habla el Eclesiástico, columna vertebral de una familia que sostuvo y alentó en los tiempos buenos y en los menos buenos; los hijos, a los que tanto quiso; los nietos y los bisnietos. Es de justicia un doble agradecimiento: en primer lugar, haber querido acompañarnos en este homenaje a su persona en el marco de Estella y la Semana, ámbitos tan queridos por él; y en segundo lugar, habernos permitido compartir a un padre que dedicaba muchas horas del día y parte de la noche a trabajar en tareas varias que impedían disfrutarlo más en familia.

Hombre generoso también con sus discípulos, de los que se sentía especialmente orgulloso. Crear escuela no es fácil, y menos en las circunstancias en las que trabajó don Ángel. Sorprende su nómina, su pluralidad ideológica y su fidelidad a un magisterio solidario y respetuoso. Todos coincidirán en que sus tesinas de licenciatura y sus tesis doctorales son, en buena medida, coescritas con su maestro, que las repasaba de forma crítica y escrupulosa. La expresión que he venido utilizando en mi exposición, don Ángel, no es sino un trasunto del respeto y la familiaridad que su persona nos provocaba.

Generoso también con su hogar académico, la Universidad de Navarra, a la que pese a ganar las cátedras de las Universidades de Santiago y País Vasco, se mantuvo fiel desde 1958 hasta su jubilación, pese a algunas actitudes no siempre fáciles de entender.

Generoso, en fin, con la sociedad –son sus palabras– de esta entrañable encrucijada histórica, Navarra, de la que quedó prendado desde su llegada en 1958, acogedora en todas sus variadas muestras de expresión humana, cultural y popular, a la que dedicó sus mejores afanes.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Termino ya. Nos hallamos en el prólogo de una nueva Semana de Estudios Medievales, celebrando la vida y la obra de Ángel Martín Duque. Permítanme que termine con una reflexión y valoración estrictamente personal de su aportación a la historia de Navarra, tal vez no compartida por todos. Navarra tiene a gala conocer su historia razonablemente bien, con una especial atención y dedicación a la época medieval. Lacarra es el maestro indiscutible y el nuevo modo de historiar del estellés –sobrio, científico y muy al día– fue la herencia acrisolada cultivada por Martín Duque. Si Lacarra formula las grandes líneas de la Navarra medieval y elabora su primera gran síntesis moderna, Martín Duque articula el discurso que permite explicar y entender la singularidad de un territorio, de reino de Pamplona a reino de Navarra, con la complejidad política, humana, social y cultural que dicho cambio supone. Pero si el impacto de un historiador se mide no solo por su producción científica, sino también por su capacidad para generar escuela y su implicación en divulgarla a toda la ciudadanía, aunque el propio Martín Duque se ruborizaría y tal vez no lo aceptara, me atrevería a decir que la huella del segundo supera en importancia a la del primero. En todo caso, lo compartan o no, no se preocupen; en el reencuentro de ambos –maestro y discípulo– no habrá habido ni preferencias, ni reproches, ni celos. Y les aseguro que Navarra seguirá siendo el tema dominante de una conversación que no tendrá fin. Confío en que desde ese

horizonte de eternidad que ambos compartían, velen por la Navarra toda a la que dedicaron sus mejores afanes.

El 1 de diciembre de 1950, Fernand Braudel hacía su entrada en el Collège de France, con una conferencia titulada «Las responsabilidades de la historia». Terminaba así:

Queridos colegas, el desasosiego me ha acompañado ya incluso desde antes de haber pronunciado la primera palabra (...) Menos mal que la tradición es buena consejera y ofrece, por lo menos, tres refugios: leer la conferencia, eludir el compromiso de presentar un programa y poder hacer alusión a las amistades y a las simpatías, a fin de sentirse menos solo³².

Suscribo modestamente sus palabras. Gracias por su invitación a los responsables de la Semana, por su presencia a la familia y a las autoridades, y por su paciencia y amabilidad a todos ustedes. Es el tiempo de la reflexión y del análisis, es el tiempo de construir para perdurar, es el tiempo de todos ustedes. Gracias, milesker

³² F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 44-45.

PONENCIAS

Construir para perdurar en la Edad Media

Un panorama sobre materialidad, procesos
constructivos y distribución espacial
en la península ibérica (siglos XI-XIII)

Ana Rodríguez López

Instituto de Historia
CSIC-Madrid
ana.rodriguez@cchs.csic.es

Probablemente uno de los textos medievales más citados, que fascinó por igual a historiadores, arquitectos e historiadores del arte, es la referencia del monje cluniacense borgoñón Raoul Glaber, que vivió entre 985-1047, al blanco manto de iglesias que salpicaba en 1003 las tierras de Italia y de Francia. En el tercero de los cinco libros que componen la *Historiae sui temporis*, dedicados al abad Odilon de Cluny, el monje Raoul escribe en el capítulo cuarto¹:

De innovatione basilicarum in toto orbe: Igitur infra supradictum millesimum tercio iam fere imminente anno contigit in universo pene terrarum orbe, precipue tamen in Italia et in Gallis, innovari ecclesiarum basilicas; licet plereque decenter locate minime indignissent, emulabatur tamen queque gens Christicolarum adversus alteram decentiore frui. Erat enim instar ac si mundus ipse, excutiendo semet, reiecta vetustate, passim candidam ecclesiarum vestem

* Esta investigación se ha desarrollado dentro del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300» del CCHS-CSIC Instituto de Historia, financiado por el programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea bajo el acuerdo n.º 695515.

¹ «Cuando se avecinaba el tercer año que siguió al Año Mil, se vio en casi toda la tierra, pero sobre todo en Italia y Galia, renovarse las basílicas de las iglesias; aunque la mayoría, muy bien construidas, no lo necesitasen en absoluto, una emulación impulsaba a cada comunidad cristiana a tener una más suntuosa que la de los demás. Era como si el mundo mismo se hubiese sacudido y, deshaciéndose de su vetustez, se hubiese puesto en todas partes un blanco vestido de iglesias. Entonces, casi todas las iglesias de las sedes episcopales, los santuarios monásticos dedicados a los diversos santos e incluso los pequeños oratorios de las aldeas, fueron reconstruidos más bellos por los fieles». R. Glaber, *Histoires*, M. Arnoux (ed.), Turnhout, Brépols, 1996. La traducción de este pasaje procede de G. Duby, *El año Mil. Una nueva y diferente visión de un momento crucial de la historia*, Barcelona, Gedisa, 1984, pp. 424-426.

indueret. Tunc denique episcopalium sedium ecclesias pene universas ac cetera queque diversorum sanctorum monasteria seu minora villarum oratoria in meliora quique permutavere fideles.

En casi toda la superficie de la tierra se renovaban los edificios eclesiásticos, aunque no hubiera necesidad alguna de ello, los pueblos rivalizaban a ver quién poseía los más bellos, el mundo se deshacía de lo viejo para revestirse de un manto blanco de iglesias, y los obispados y monasterios se transformaban gracias a sus fieles. Al margen de consideraciones sobre la policromía de las iglesias medievales, que han dado para grandes debates, con la intervención estelar del arquitecto Le Corbusier en su libro de 1937 *Quand les cathédrales étaient blanches*², en la cita de Raoul Glaber se ha querido ver cómo en un momento preciso de los primeros años del siglo XI se produjo la gran explosión en la edificación de edificios religiosos en el mundo cristiano occidental. Como resulta fácilmente deducible, la correspondencia entre los llamados terrores del Milenio y el fenómeno constructivo parecían ir de la mano. No obstante, y a pesar de lo que ha perdurado esta interpretación, una generalización de estas características plantea algunos problemas, particularmente cronológicos, de ritmos y alcance de los nuevos fenómenos, que conviene dilucidar. No cabe duda, sin embargo, de que el pasaje de Raoul Glaber refleja una realidad que debía de ser evidente para sus contemporáneos, esto es, la reconstrucción de edificios previos que se encontraban aún en condiciones de uso en las tierras de Francia y el norte de Italia, la creciente competencia interregional entre instituciones eclesiásticas y la participación destacada de las comunidades en la financiación de tales transformaciones. La cronología y las pautas que siguió la densificación de la red eclesiástica en el Occidente cristiano son algunos de los aspectos que pueden abordarse a partir de esta imagen tan extraordinariamente potente que ha hecho del monje borgoñón un personaje de fama perdurable.

1. CUANTIFICAR Y SISTEMATIZAR. DEL EDIFICIO EMBLEMÁTICO A LA DENSIFICACIÓN LOCAL

En primer lugar, cabría preguntarse si los decenios en torno al año mil conocieron un proceso constructivo de una envergadura excepcional. En este sentido, las posibilidades de hacer un recuento con un cierto nivel de exhaustividad son

² A. Vuillemard-Jenn, «Le mythe du blanc manteau d'églises de Raoul Glaber: étude de la polychromie des cathédrales à travers les sources médiévales», *Art Saoré*, 26, 2008, pp. 131-139.

escasas, a lo que se añaden las dificultades de sistematización y datación, tanto de los edificios de los que se conservan restos materiales como de los que únicamente pueden rastrearse en la evidencia documental. Volveré más adelante sobre estas cuestiones, que me parecen fundamentales. Como acabo de señalar, las fuentes narrativas (y no solo Raoul Glaber) sitúan por lo general a comienzos del siglo XI la aceleración del ritmo constructivo en los distintos territorios del Occidente cristiano, ejemplarizada en edificios singulares que se construyeron –o reconstruyeron– en esos territorios, aquellos que rivalizaban en belleza y atraían tanto las grandes riquezas de los reyes y la aristocracia como las pequeñas aportaciones de los fieles, cuya monumentalidad confirió una nueva fisonomía al paisaje construido. Raoul Glaber únicamente cita en este contexto la nueva estructura de la basílica de San Martín de Tours, erigida después del incendio del edificio previo datado entre 994 y 997 –aunque el monje cronista no hace mención a esta eventualidad–, pero es cierto que son muchos los testimonios de fundaciones y reconstrucciones en tierras francas en los primeros años del siglo XI, consecuencia entre otras cosas de incendios y devastaciones que en ocasiones se describen en las crónicas de la época o se recrean en momentos posteriores. Cabría destacar, entre otros, Saint Germain-des-Près (a comienzos del XI), Saint Bénigne de Dijon (en 1001), Notre Dame de Bernay, en Normandía (en 1008), o Sant Martí del Canigó (en 1009)³. También, como se ha señalado con respecto a Francia e igualmente puede constatararse en otras regiones, junto al blanco manto de iglesias se extendería otro gris de castillos, erigidos en torno a las mismas fechas por las noblezas regionales⁴. Otros textos de la primera mitad del siglo XI también proporcionan referencias a la efervescencia constructiva generalizada en diferentes latitudes. En su visita a Roma en 1050, por ejemplo, el obispo Herman de Ramsbury informó al papa León IX de que Inglaterra se estaba cubriendo de iglesias y que se levantaban cada día nuevas construcciones, a las que se añadían ornamentos y campanas gracias a la liberalidad de reyes y poderosos, tal como se recoge en la *Historia Translationis Sancti Augustini Episcopi*⁵.

³ J. P. Caillet, «L'architecture religieuse dans l'Occident de l'An Mil: rupture ou continuité?», en C. Carozzi y H. Taviani-Carozzi (dirs.), *Année mille. An Mil*, Aix-en-Provence, Presses Universitaires de Provence, 2002, pp. 71-104. *Vid.* también la sistematización, en particular para Normandía en el entorno del año 1000, L. W. Brease, «Early Normandy and the emergence of Norman Romanesque Architecture», *Journal of Medieval History*, 14, 1988, pp. 203-216.

⁴ R. Landes, «The White Mantle of Churches: Millennial Dynamics and the Written and Architectural Record», en N. Hiscock (ed.), *The White Mantle of Churches. Architecture, Liturgy and Art around the Millennium*, Turnhout, Brepols, 2003, pp. 249-264.

⁵ *Historia Translationis Sancti Augustini Episcopi. Patrología Latina*, 155, libro I, cap. III, p. 32. Comentado en M. Thurlby, «Anglo-Saxon Architecture beyond the Millennium: Its Continuity in Norman Building», en N. Hiscock (ed.), *The White Mantle...*, *op. cit.*, pp. 119-138.

A pesar del poder de evocación de las imágenes que construyen estos relatos, una aproximación cualitativa como la que se propone a través de los edificios singulares –por su belleza, su monumentalidad, su capacidad para representar las jerarquías de poder– no permite sin embargo comprender el fenómeno constructivo en sí ni tampoco los procesos de densificación y distribución espacial, o las selecciones múltiples necesarias en la decisión de lo que se construye, se recompone o se destruye. Para poder abordar todos estos factores, se impone un ejercicio de cuantificación y de análisis cronológico, tipológico, material y contextual de los restos conservados y de las referencias escritas, vinculadas a los edificios existentes o testimonio de los que han desaparecido. En este sentido, una cuestión como la del número aproximado de edificios eclesiásticos que podrían contabilizarse en los distintos territorios del Occidente cristiano a la altura del año 1000 –puesto que la inmensa mayoría de los que existen vestigios son eclesiásticos– comenzó a abordarse de forma sistemática a partir de los primeros años del siglo XXI, mediante iniciativas de diversa envergadura destinadas a recoger y tratar datos que permitieran hacer estimaciones sobre número, distribución y densidad de edificios, así como sus cronologías y otros aspectos materiales. La Alta Edad Media ha sido, en este sentido, el periodo mejor caracterizado. Como ejemplo destacado, el *Corpus Architecturae Religiosae Europae* (CARE) ha establecido un catálogo de arquitectura religiosa que comprende la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media (siglos IV-X), en el cual se han realizado estimaciones cuantitativas, si bien muy dispares desde el punto de vista metodológico en las distintas zonas estudiadas⁶. Para algunas regiones de Francia se ha aventurado una cifra de dos mil setecientos edificios eclesiásticos gracias a las evidencias arqueológicas conservadas⁷. Con respecto a los territorios peninsulares, el CARE-Hispania –centrado fundamentalmente en Cataluña e Islas Baleares– cifra en 1081 el número de edificios a los que se puede atri-

⁶ El proyecto *Corpus Architecturae Religiosae Europae* (saec. IV-X) (CARE) liderado por Miljenko Jurković (Universidad de Zagreb) y Gian Pietro Brogiolo (Universidad de Padua), se ha llevado a cabo desde el año 2000 en diversos países europeos. Sus resultados se han publicado parcialmente: G. P. Brogiolo y M. Ibsen (eds.), *Corpus Architecturae Religiosae Europae* (saec. IV-X), vol. II/I: *Province di Belluno, Treviso, Padova, Vicenza, Zagreb, Turnhout, Brepols*, 2010. La descripción de la plataforma colaborativa en P. Chevalier *et al.*, «Base de données annotées et Wiki pour la constitution du corpus numérique CARE», *Hortus Artium Medievalium. Journal of the International Research Center for Late Antiquity and Middle Ages*, 18/1, 2012, pp. 27-35. El mismo número de la revista recoge un monográfico sobre el proyecto, con artículos sobre Italia, Francia, España, Croacia, República Checa y Eslovaquia.

⁷ Las regiones de Francia que aparecen inicialmente vaciadas en la base de datos de CARE son las de Aquitania, Poitou-Charentes, Provenza-Alpes-Costa Azul, Borgoña y Auvernia: <https://care.huma-num.fr/care/index.php?title=Accueil>

buir una cronología altomedieval, de los cuales 778 son conocidos a través de referencias documentales y trescientos tres gracias a que se conserva algún tipo de resto monumental⁸. María Ángeles Utrero recoge en torno a ciento ochenta iglesias de cronología tardoantigua y altomedieval en la península ibérica, de las que analiza detalladamente un centenar. Las regiones con mayor número de edificios eclesiásticos son Castilla y León (31), Cataluña (27) y Asturias (18)⁹.

El correlato –o la existencia de una clara correspondencia– entre los restos materiales conservados y la evidencia escrita plantea una cuestión metodológica de gran calado relativa a la representatividad de los testimonios a los que remiten las distintas fuentes, cómo se relacionan unos con otros y cómo es posible interpretar esa relación. A este respecto, no hay hasta el momento grandes conjuntos de datos homogéneos y comparables, aunque sí se están produciendo intentos regionales de sistematización. Para el norte de Baviera, por ejemplo, se conoce la existencia de restos arqueológicos de más de doscientas cincuenta fortificaciones fechadas entre el año 700 y el 1000; de todas ellas, sin embargo, solo treinta aparecen en los registros escritos conservados, es decir, un 12 % de las que mantienen algún rastro material¹⁰. El vaciado tanto de referencias materiales como textuales relativas a construcciones eclesiásticas en Galicia antes del año 1000 ha permitido analizar un conjunto de datos de manera exhaustiva. De un total de 683 iglesias citadas en la documentación gallega, se ha podido constatar la existencia de restos materiales de un edificio religioso de época altomedieval en ochenta y dos de ellas (un 12,1 % del total, curiosamente similar a la proporción del caso bávaro)¹¹. Por otra parte, de un total de entre ciento veinte y doscientas iglesias altomedievales de las que se conserva algún resto material, entre ellas varias cuya cronología es difícil de precisar, no consta evidencia documental alguna. El análisis de estos conjuntos de datos permite interpretar que la documentación escrita recoge un número elevado de las construcciones eclesiásticas que probablemente llegaron a existir, aunque muy lejos del total de las que poblaron el territorio gallego antes del año 1000, quizá entre un tercio y

⁸ CARE-Hispania, en «CARE-Corpus Architecturae Religiosae Europaeae (saec. IV-X)», <http://www.carehispania.info/portal/home/presentacion-care> Está igualmente en marcha el CARE-Hispania de Asturias y Galicia.

⁹ M. Á. Utrero, *Iglesias tardoantiguas y altomedievales en la península ibérica. Análisis arqueológico y sistemas de abovedamiento*, Madrid, CSIC, 2006 (*Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XL).

¹⁰ J. Howe, *Before the Gregorian Reform: The Latin Church at the Turn of the First Millennium*, Cornell, Cornell University Press, 2016, p. 54.

¹¹ Agradezco a José Carlos Sánchez Pardo su generosidad al proporcionarme estos datos aún inéditos, que se han analizado en el marco del proyecto Marie Curie CIG *Early Medieval Churches: History, Archaeology and Heritage* (2013-2017) (EMCHAHE). Los datos proceden de documentación editada.

la mitad –según algunas estimaciones muy hipotéticas– de lo que actualmente constituye la red parroquial. Se comprueba igualmente que, a la altura del año 1000, ya existían muchas de las construcciones eclesiásticas que dos siglos después se reconstruirían en estilo románico, aunque no sea fácil determinar las razones –de prestigio institucional, de necesidad de edificios más amplios, de mal estado de los edificios previos, entre otras posibles– que llevaron a emprender el levantamiento de una nueva construcción en el lugar de la antigua.

La proliferación de edificaciones eclesiásticas se ha constatado igualmente en otras regiones del territorio del norte peninsular, si bien la sistematización de los datos se ha hecho en niveles preferentemente locales. Algunas cifras regionales proceden de estudios de casos concretos. El número de monasterios conocidos en el Bierzo entre 850 y 1050 superaría la veintena, al que se añaden numerosas citas a iglesias, de las que no se tienen más noticias, en la documentación relativa al territorio berciano¹². Abriendo el abanico cronológico más allá de las décadas iniciales del siglo XI, cincuenta y dos documentos conservados para el territorio alavés entre 804 y 1192 mencionan iglesias o monasterios. El número de construcciones en la región se incrementaría notablemente si se aceptara que las trescientas cinco localidades de la Llanada alavesa mencionadas en la Reja de San Millán (1025), podrían tener una iglesia cada una. En este sentido, Leandro Sánchez Zufiarre planteó la posibilidad de que se pudiera considerar una correlación entre la calidad de las portadas de las iglesias conservadas en las aldeas citadas en la Reja de San Millán de 1025 con las rentas pagadas por esa localidad, concluyendo, sin embargo, que tal correlación no podía establecerse con claridad¹³.

Con estas estimaciones parciales en distintos niveles territoriales, se puede comprobar que la densificación de una red eclesiástica local acompañó a la fundación y dotación de las grandes iglesias y monasterios en el Occidente medieval. La presencia constante de estas en las fuentes narrativas eclipsa las redes locales formadas por otras edificaciones más modestas, pero, sin embargo, de mayor relevancia a la hora de comprender las dinámicas territoriales y sociales del periodo. Fue precisamente esa preeminencia de los edificios monumentales

¹² I. Martín Viso, «Monasterios y redes sociales en el Bierzo altomedieval», *Hispania*, LXXI/237, 2011, pp. 9-38, p. 13.

¹³ L. Sánchez Zufiarre, *Erdi aroko eraikuntza teknikak arkeologia dokumentu berriak Arabako Goi Erdi Aroa aztertzeko = Técnicas constructivas medievales: nuevos documentos arqueológicos para el estudio de la Alta Edad Media en Álava*, Vitoria-Gasteiz, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2007, p. 38. J. J. López de Ocariz, «Las unidades de población en Álava entre 1000 y 1300: sus formas de agrupación y sus iglesias», en *Euskal herriaren historiari buruzko biltzarra*, vol. 2, San Sebastián, Txertoa, 1988, pp. 473-488.

y su identificación con un estilo artístico común, el románico, lo que permitió establecer una primera sistematización y extraer cifras globales a nivel europeo. Entre 1954 y 1999, los ochenta y ocho volúmenes de *La Nuit des Temps* de la colección francesa *Zodiaque* recogieron la existencia de 8600 iglesias románicas en Europa entre los siglos XI y XIII¹⁴. Si bien no se trata de una recopilación exhaustiva y la presencia de edificios por áreas geográficas no es homogénea, se han podido elaborar análisis relativos a la distribución y las densidades, en particular en Francia, a partir de los mapas que acompañaban la colección. Se ha calculado que el reparto regional de edificios eclesiásticos era muy desigual, desde las regiones con menor densidad como Bretaña, con 2,6 iglesias por 1000 km² y una mediana a la iglesia más próxima de 13,24 km, a la zona sur de Charente, la que presenta mayor densidad, con cuarenta y seis edificios por 1000 km² y una mediana a la iglesia más próxima de 3,2 km. Significativamente, Île de France y Orleans, las regiones de más baja densidad, se corresponden con la zona de mayor anclaje de la monarquía francesa, dato este que podría hacernos reflexionar sobre un número de relaciones espaciales y materiales¹⁵. Por otra parte, en el departamento de Saona y Loira, en Borgoña, segundo en densidad de edificios después de Charente y en cuyo territorio se sitúan complejos eclesiásticos tan significativos como Autun, Mâcon y Cluny, se han geolocalizado más de trescientos edificios, algunos de los cuales aún conservan restos materiales, otros cuyo emplazamiento es conocido a pesar de carecer de vestigios, todos ellos ausentes de la documentación¹⁶.

En la península ibérica, los cuarenta y nueve volúmenes publicados desde 1990 de la *Enciclopedia del Románico*, que como en el caso de la colección de *Zodiaque* sitúa su foco temático en la identificación y catalogación de arquitectura fundamentalmente eclesiástica construida entre los siglos XI y XIII, han censado un corpus de edificios cuyas cifras indican la amplitud de la empresa y las enormes posibilidades de sistematización, análisis e interpretaciones históricas a considerar. Se registran más de nueve mil construcciones de las que se conserva algún resto material, con una distribución regional significativa: los diecisiete volúmenes dedicados a Castilla y León incluyen 2250 entradas, de las cuales, por ejemplo, 489 corresponden a Segovia (421 edificios eclesiásticos frente a sesenta y

¹⁴ Sobre el origen de la colección *Zodiaque*, ver J. T. Marquardt, *Zodiaque: Making Medieval Modern 1951-2001*, University Park, Pennsylvania, Penn State University Press, 2015.

¹⁵ N. Perreaux, «Des structures inconciliables? Cartographie comparée des chartes et des édifices “romans” (X^e-XIII^e siècles)», *BUCEMA (Bulletin du centre d'études médiévales d'Auxerre)*, Hors-série n.º 9, 2016, <https://doi.org/10.4000/cem.13817>

¹⁶ A. Guerreau, «Les édifices romans en Saône-et-Loire: Bilan, questions et perspectives», *HAL*, 2009, http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/36/35/66/PDF/guerreau_edificesromans_saoneetloire.pdf

ocho civiles)¹⁷. La posibilidad de censar y sistematizar el vasto conjunto de datos recogido en la *Enciclopedia del Románico* desde hace tres décadas ha abierto vías de investigación susceptibles de abordar tanto la cuantificación comparada entre diversas áreas hispanas con contextos diversos como la correspondencia espacial de fenómenos históricos. Una cuestión a tomar en consideración es la correlación, como se ha señalado más arriba, entre la evidencia material y los testimonios documentales, diferenciando los edificios que han conservado algún resto material, ya sea en planta o en altura, de los que exclusivamente aparecen en la documentación, donde a veces la imagen que se proyecta es la de construcciones eclesiásticas a las que se entregan ricas y abundantes dotaciones, de las que no se conoce su localización, no han dejado traza alguna o aparecen solo en una ocasión en un registro escrito para luego desvanecerse para siempre¹⁸.

2. LA PETRIFICACIÓN DE LA RIQUEZA COMO PROCESO CONSTRUCTIVO. LA PERCEPCIÓN DE UN FENÓMENO

Sirva este excursus sobre los problemas que conlleva definir un objeto de estudio cuantificable –con todos los matices regionales, cronológicos, tipológicos, de materiales– y sobre las oportunidades que puede ofrecer para ello la gestión de grandes conjuntos de datos, para enmarcar este artículo y plantear algunas ideas generales sobre el proceso de petrificación de la riqueza al que se asiste en el occidente cristiano –en el caso particular de este artículo, la península ibérica–, su cronología, sus promotores y los recursos disponibles para ello, en un arco temporal que arranca en los primeros compases del siglo XI, se generaliza a partir de las décadas centrales del siglo XII, y se puede rastrear hasta las finales del siglo XIII, abordándolo mediante el análisis conjunto de los restos materiales y los testimonios documentales¹⁹.

¹⁷ La *Enciclopedia del Románico en la Península Ibérica* ha sido publicada por la Fundación Santa María la Real de Patrimonio Histórico, con la que el proyecto *Petrifying Wealth* firmó en 2018 un convenio de colaboración e intercambio de datos.

¹⁸ Sobre alguno de estos aspectos, A. Rodríguez, «À propos des objets nécessaires. Dotations monastiques et circulation d'objets dans le royaume de Léon dans le Haut Moyen Âge», en L. Feller y A. Rodríguez (eds.), *Objets sous contrainte. Circulation et valeur des choses au Moyen Âge*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2013, pp. 63-89.

¹⁹ Este es el objetivo declarado del Proyecto de Investigación actualmente en curso *Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300*, financiado por la convocatoria europea ERC-Advanced Grant (GA-695515). Duración: 2017-2022. Investigadores Principales: Ana Rodríguez (Instituto de Historia, CCHS-CSIC) y Sandro Carocci (Università Roma Tor Vergata).

La hipótesis de partida de la investigación interdisciplinar que se está llevando a cabo en el proyecto *Petrifying Wealth*, surge de los datos presentados en las páginas previas relativos a la cronología de las transformaciones en los procesos constructivos y a algunos análisis de casos locales y regionales. Los indicios de muy diversa índole permiten afirmar que entre los años 1050 y 1300 el paisaje europeo se petrificó –definiendo la petrificación como una edilia de calidad realizada siguiendo ciclos productivos complejos, y no solo como un proceso relacionado con los materiales de construcción utilizados, como podría suponerse a causa de la terminología²⁰– y que esa petrificación se produjo en un doble sentido. En primer lugar, en el literal: esto es, Europa, y en particular, el sur de Europa –la península ibérica, Italia y el sur de Francia– focos geográficos de la investigación en curso, se pobló de edificios construidos en piedra o en otros materiales duraderos. El paisaje europeo se petrificó también en un sentido diferente, aunque complementario, anclando en la tierra una riqueza que había sido mucho más volátil, materializada en muchas ocasiones en los objetos altomedievales que pueblan los museos, para invertirla en bienes inmuebles, en la construcción, reconstrucción o ampliación de una gran cantidad de edificios. Siendo abrumadora la preeminencia cuantitativa y cualitativa de los edificios eclesiásticos sobre los laicos, esta proporción es muy variable dependiendo de contextos regionales y de cronologías. Teniendo en cuenta este planteamiento, el conjunto de datos recogidos y sistematizados, procedentes tanto del registro material como de la evidencia documental, ha permitido abordar cuestiones de cuantificación y clasificación.

La cronología y el análisis regional son los ejes fundamentales sobre los que se articula la investigación del proyecto *Petrifying Wealth*. La adscripción cronológica –en horquillas de cincuenta años si no se puede precisar más la fecha aproximada de construcción– de un elevado número de edificios señala fases y momentos específicos de explosión constructiva y otros de extensión más continuada. El análisis regional permite hacer algunas consideraciones sobre el paisaje construido y lo que supondría la percepción del territorio para sus habitantes en los siglos centrales de la Edad Media. Algunas imágenes pueden ser muy evocadoras al respecto. En torno al año 1050, un caballero que acom-

²⁰ La definición de la petrificación como una edilia de calidad realizada siguiendo ciclos productivos complejos fue fraguando a lo largo del congreso *Il Paesaggio Pietrificato. La storia sociale dell'Europa tra X e XIII secolo attraverso l'archeologia del costruito*, celebrado en Arezzo en febrero de 2020 y ha sido desarrollada en la introducción al volumen monográfico resultante de esta reunión por A. Molinari, «La “pietrificazione” del costruito nell'Europa meridionale del pieno medioevo. Considerazioni comparative dalla prospettiva archeologica», *Archeologia dell'Architettura*, 26, 2021 (en prensa).

pañara a los reyes de León en sus incursiones a las regiones musulmanas de al-Andalus –como integrante de las huestes de Alfonso VI en su camino a Toledo en 1085, por ejemplo– solo habría encontrado grandes estructuras de piedra en las murallas de época romana que aún conservaban algunas de las villas en torno al río Tajo y en los grandes monasterios que se habían construido en las décadas previas en las regiones antiguas del reino. También, por supuesto, en el acueducto de la ciudad de Segovia, de cuya repoblación en 1088 llevada a cabo por Raimundo de Borgoña hablan los *Anales Toledanos*²¹. Quizás ese mismo caballero, al recorrer con el rey el camino entre la ciudad regia de León y el monasterio de Sahagún, aprovechando una de las numerosas calzadas romanas que siguieron transitándose en los siglos medievales, pudiera ver algunas de las escasas iglesias cuyos vestigios materiales se conservan para esa época²².

Por el contrario, en torno a cien años más tarde, en 1180 por ejemplo, los muros sólidamente contruidos saldrían por todas partes al paso de quienes recorrieran las tierras de la península ibérica, de la Italia central o en el sur de Francia (regiones donde, como se ha indicado más arriba, se desarrolla nuestra investigación), como también en la mayor parte de Europa. Estarían en los recintos amurallados de los castillos, como ya un siglo antes, pero ahora más sólidos y contruidos con una sillería bien cortada; y, sobre todo, en torres, palacios y casas situados en el interior de los castillos, en particular en los lugares donde se han conservado vestigios suficientes como es el caso de Italia. El Camino de Santiago en los años centrales del siglo XII, en el recorrido que se superpondría a la calzada romana leonesa a la que se acaba de hacer referencia, estaría salpicado de una red tupida de construcciones en materiales duraderos, fundamentalmente de iglesias en piedra, que mostraría la enorme transformación del paisaje y los cambios sucedidos en las instituciones propietarias de esas edificaciones, además de una inversión masiva de riqueza, por lo general muy difícil de cuantificar, pero condición necesaria para levantarlas. Desde finales del siglo XI, castillos imponentes dotarían a Aragón y Navarra de una fisonomía de carácter militar característica. A partir del siglo XII se extendería por Cataluña un elemento característico de su paisaje rural, el *mas*, conjunto indivisible de la casa y las tierras que formaban la explotación agrícola campesina, elaborado en piedra y en ocasiones dotado, desde mediados

²¹ «La cibdad de Segovia fue muchos tiempos hierma, e después poblaronla. Era MCXXVI», F. de Berganza (ed.), *Antigüedades de España*, t. II, Madrid, 1721, p. 569.

²² Como la vía romana de *Segisamunculum* a *Legio VII Gemina*, que unía Sasamón con León, pasando por Sahagún. El mapa digital de la red viaria romana se puede consultar en <https://viatore.icac.cat/Map/>

de esa centuria, de una torre defensiva, levantada también en piedra y cal²³. En torno a 1200 se habrían levantado ya en Segovia, en la zona fronteriza castellana al sur del Duero, más de una veintena de las iglesias que aún se conservan en la ciudad, la mayoría de ellas en piedra caliza bien cortada²⁴. También en esas fechas se iniciaría la construcción de las grandes catedrales castellanas –algunas erigidas sobre edificios previos, otras como Toledo sobre la mezquita conquistada ciento cincuenta años antes–, así como de los muros que rodeaban las villas nuevas²⁵.

La percepción del fenómeno constructivo no es, sin embargo, fácil de rastrear en las fuentes escritas, ya sean documentales o narrativas. El componente territorial está muy presente en el relato de algunos acontecimientos, tanto en la negociación de tratados matrimoniales o fronterizos como en los itinerarios regios o nobiliarios de diversa índole, pero es difícil que la densificación constructiva que muestra claramente la evidencia material se refleje en la documentación. A pesar de ello, superponer estos dos registros proporciona datos relevantes para explicar, por ejemplo, el interés de los poderosos por ciertos conjuntos de lugares, o lo que podía implicar controlar algunas regiones donde existía una tupida red de iglesias, o si, como se ha señalado en el caso de Francia, se puede establecer una correlación entre mayor o menor densidad en edificios eclesiásticos y zonas de mayor o menor anclaje del poder regio. Dos ejemplos procedentes de la documentación pueden servir para ilustrar la diversidad de situaciones.

El primero de ellos procede de la documentación regia. En 1170, el rey de Castilla Alfonso VIII, con ocasión de su matrimonio, entregaba en calidad de arras a su esposa Leonor de Inglaterra una serie de lugares en tierras castellanas, como se enumera en el documento conservado en el Archivo de la Corona de Aragón y emitido en Tarazona. Estos eran Burgos, Castrojeriz, Amaya, Avia, Saldaña, Monzón, Tariego, Carrión, Dueñas, Cabezón, Medina del Campo,

²³ L. To Figueras, «Le mas catalan du XII^e s. Genèse et évolution d'une structure d'encadrement et d'asservissement de la paysannerie», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 36, n.º 142, 1993, pp. 151-177. V. Farías Zurita, *El mas i la vila a la Catalunya medieval. Els fonaments d'una societat senyorialitzada (segles XI-XIV)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009.

²⁴ Este caso de estudio se está trabajando en el seno del proyecto *Petrifying Wealth*: R. Maira Vidal, «Identidad y dimensión social de la construcción plenomedieval eclesiástica en Segovia y Sepúlveda entre los siglos XI y XIII: similitudes y divergencias», *Studia Historica. Historia medieval*, 39, n.º 1, 2021, pp. 95-122, <https://doi.org/10.14201/shhme202139195122>

²⁵ A. Sáinz Esteban, «Sistema constructivo y costes de la construcción de las murallas medievales en las Comunidades de Villa y Tierra. Comparación de los casos de Coca y Fuentidueña», en R. Maira Vidal y A. Rodríguez (eds.), *El coste de la construcción medieval. Materiales, recursos y sistemas constructivos para la petrificación del paisaje entre los siglos XI y XIII*, Instituto Juan de Herrera, Madrid, 2021, pp. 95-120, <http://hdl.handle.net/10261/250338>

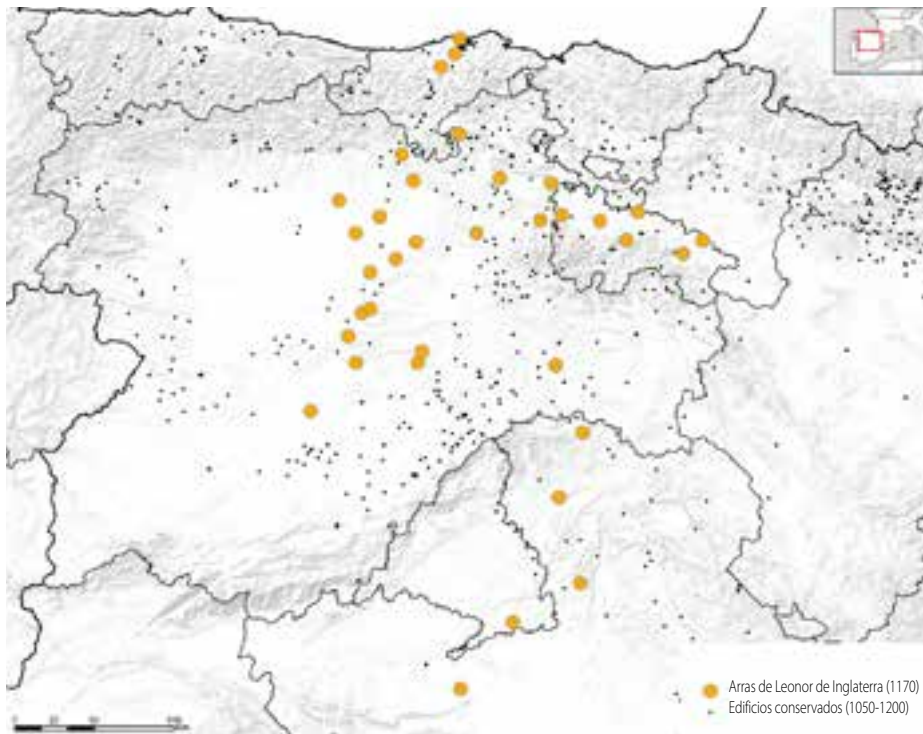


Figura 1. Las arras de Leonor de Inglaterra. 1170.

Astudillo, Aguilar, Villaescusa, Cavedo, Viesgo, Bricia de Santillana, Tudela, Calahorra, Arnedo, Viguera, Metria, y los castillos y ciudades de Nájera, Logroño, Grañón, Belorado, Pancorbo, Piedralada, Poza, Monasterio, Atienza, Osma, Peñafiel, Curial, Hita, Zorita, Oreja y Peña Negra, que constituyen por una parte un área bien articulada en el eje del Camino de Santiago y, por otra, una franja fronteriza entre Castilla y León, en torno a la Tierra de Campos, disputada entre ambos reinos entre las últimas décadas del siglo XII y las primeras del XIII²⁶. La distribución estratégica es perceptible en una cartografía que

²⁶ El pergamino original de la carta de arras está conservado en Archivo de la Corona de Aragón (ACA), pergaminos Alfonso II, carpeta 43, n.º 92. En J. González, *El reino de Castilla en época de Alfonso VIII*, Madrid, CSIC, 1960, 3 vols., vol. I, pp. 189-193, se incluye una imagen de la carta de arras y una transcripción. J. M. Cerdá, «Matrimonio y patrimonio. Las arras de Leonor Plantagenet, reina consorte de Castilla», *Anuario de Estudios Medievales*, 46/1, 2016, pp. 63-96. Ver también A. Rodríguez, «Dotes y arras en la política territorial de la monarquía feudal castellana: siglos XII-XIII», *Arenal* 2/2, 1995, pp. 271-293.

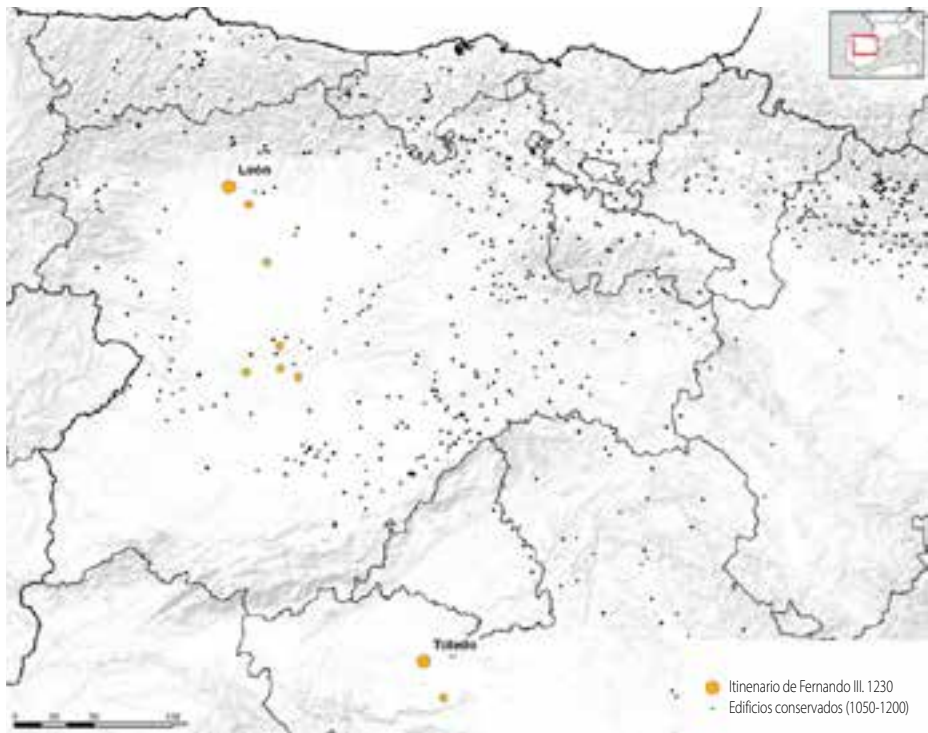


Figura 2. Itinerario de Fernando III en 1230.

recoja los lugares nombrados en el documento, aunque nada hace posible intuir la densidad edificada en las zonas donde se ubican.

La superposición a los lugares citados en la carta de arras de Leonor de Inglaterra de los restos materiales conservados a los que se puede atribuir una cronología anterior a 1200 –recogidos en la base de datos de *Petrifying Wealth* y parcialmente en abierto en el visor cartográfico elaborado en el seno del proyecto de investigación (http://pc224-47.cchs.csic.es/spatial/petri_spatial.html)– permite apreciar la densificación del paisaje construido y su distribución desigual en las décadas finales del siglo XII, al tiempo que analizar posibles relaciones espaciales entre los testimonios documentales y materiales (fig. 1). También nos acerca a una dimensión de lo vivido, de lo que podrían percibir quienes atravesaban esas posesiones de la reina encontrándose a su paso parajes muy poco habitados y con escasos edificios en pie junto a otros, fundamentalmente en el entorno del Camino de Santiago, donde irían surgiendo construcciones al paso de los viandantes.

Otro ejemplo de este mismo juego entre la evidencia documental que ilustra sobre dinámicas territoriales y los restos materiales conservados como an-

clajes espaciales lo proporciona el recorrido que, según *De Rebus Hispaniae*, la crónica escrita por el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada en torno a 1240, llevó a Fernando III, a la muerte de su padre el rey Alfonso IX de León, acompañado de su madre la reina Berenguela en 1230, desde Toledo a León para disputar a sus hermanastras portuguesas el trono paterno. El itinerario hasta llegar a León pasó a través de los castillos que pertenecían a la reina en la frontera castellano-leonesa²⁷:

Erant autem cum eo Rodericus pontifex Toletanus (...) et alii nobiles et magnates et plures milites ciuitatum, qui cum rege inclito uenientes reginam nobilem in pago qui Orgacium dicitur inuenerunt et inde comuniter urbem regiam intrauerunt; a qua, mora posposita, omnes continuo recesserunt et ad oppidum quod Agger Sellarum dicitur preuenerunt; indeque ad castrum Sancti Cipriani de Moçoth cum matre (...) Sequenti dei eum similiter in Valla Lalii receperunt, ubi ad regem tanquam ad dominum ex Tauro nobilissimo oppido (...) Altera uero die Taurum intrauimus, ubi omnibus annuentibus rex Fernandus, facto sibi hominio, in regem et dominum est receptus. Indeque per castra domine regine aliquandiu incedentes, recepimus ex aliis ciuitatibus milites et nuncios uenientes (...). Nam quam cito uenimus Maioricam et Mansellam, regi se protinus reddiderunt. Sequenti uero die intrauimus Legionem, que in regno illo sedis regie preminet dignitate).

Este itinerario, de nuevo, se percibe de forma diferente si se refleja la densidad desigual de lo construido representado en los restos materiales conservados y documentados en la primera mitad del siglo XIII.

El itinerario que, según las crónicas de la época, recorrió el rey Fernando III de Castilla en 1230 para proclamarse rey en la ciudad de León, muestra dos aspectos de interés, que se perciben en la figura 2. El primero, el de algunos lugares principales rodeados de restos de edificios conservados y visibles en esas décadas centrales del siglo XIII, que nos dan idea de la densidad edilicia y de la realidad percibida por los contemporáneos que nunca es explícita en las fuentes escritas conservadas. Pero también se constatan los notables vacíos constructivos, si se compara fundamentalmente con otras regiones castellanas, que serían difícilmen-

²⁷ J. Fernández Valverde (ed.), *Rodrigo Jiménez de Rada. Historia de rebus Hispaniae sive Historia gothica*, Turnhout, 1987 (*Corpus Christianorum. Continuatio Medievalis*, 72), libro IX, capítulo XIV. Estaban con ellos, es decir, con Fernando III y Berenguela, el arzobispo de Toledo, autor de la crónica y testigo presencial, además de otros nobles y caballeros de las ciudades. Partieron de Orgaz hasta llegar a la ciudad regia, Toledo, y de ahí a Tordesillas y luego a San Cebrián de Mazote, Villalpando, Toro («siendo la noble reina la que planeaba todo esto con gran habilidad»), Mayorga y Mansilla, hasta llegar a León. Crónica traducida por el mismo editor, Juan Fernández Valverde, en R. Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, Madrid, Alianza Universidad, 1989, p. 347.

te perceptibles sin un análisis combinado de este tipo. Surgen varias cuestiones en la observación de una densidad tan desigual. La primera y fundamental es que la abundante documentación de la época –emitida fundamentalmente por la Catedral de León– está repleta de referencias a iglesias de las que nada se ha conservado, la mayoría imposibles de localizar porque son menciones únicas, lo que implica que el vacío material no se corresponde con una ausencia documental y que esas construcciones probablemente existieron en algún momento y han desaparecido sin dejar rastro. Se trataría, a partir de esta observación, de explicar esa desaparición, bien debida a la calidad de los edificios y a sus materiales de construcción, que habrían provocado una desaparición natural en el tiempo atribuible a la mala conservación o a la destrucción con el objeto de erigir nuevos templos en épocas modernas, o bien a estrategias territoriales de los poderes medievales con una intencionalidad clara en los ritmos y procesos constructivos²⁸.

3. CRONOLOGÍA Y FASES CONSTRUCTIVAS. INTERPRETACIONES A PARTIR DE LA CARTOGRAFÍA

Para poder analizar el fenómeno de petrificación de los siglos centrales de la Edad Media, ha sido necesario censar las evidencias materiales conservadas en el ámbito cristiano a las que se puede atribuir una cronología precisa o relativa a partir de fuentes diversas, tanto textuales como materiales. La incorporación de grandes conjuntos de datos como los que proporciona la *Enciclopedia del Románico*, editada por la Fundación Santa María la Real de Patrimonio Histórico (<https://www.romanicodigital.com/>), ha permitido sistematizar, georreferenciar y datar los complejos arquitectónicos de los que se conservan restos materiales y que se han incorporado a la base de datos *PetrifyingWealth*.

El Sistema de Información Geográfica que se ha creado como una herramienta básica para poder hacer interpretaciones a diferentes escalas, se ha nutrido por tanto de información procedente de fuentes documentales, arqueológicas, arquitectónicas, iconográficas, epigráficas y de los repertorios digitales existentes para ámbito cristiano en cada vez mayor volumen a disposición de los investigadores. En cifras globales, se han incorporado a una base de datos, con su salida en un visor cartográfico en abierto, un total de casi dieciocho mil

²⁸ Todos estos aspectos forman parte de las investigaciones que se están actualmente llevando a cabo en el proyecto de investigación. Los resultados están actualmente en proceso de elaboración y de publicación de los resultados preliminares. Ver en este mismo volumen, G. Mancebo, «Lo visible y lo invisible en la materialidad de los edificios en León (1050-1300)».

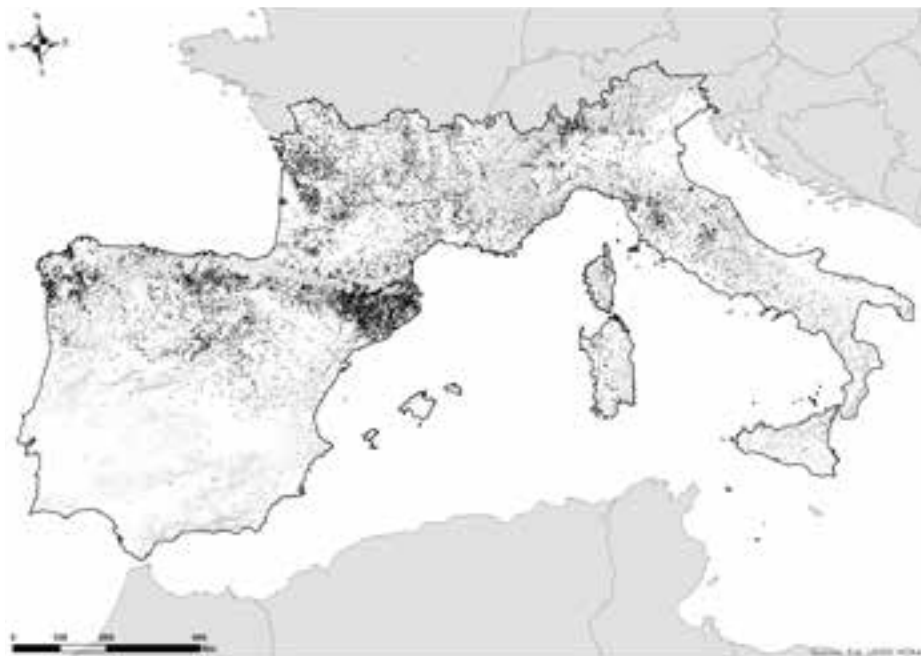


Figura 3. Complejos arquitectónicos georreferenciados en la base de datos *Petri-fying Wealth* (1050-1300).

construcciones erigidas en el espacio geográfico correspondiente al proyecto de investigación (la península ibérica, Italia y el sur de Francia), tanto laicas como eclesiásticas. Todas ellas han sido georreferenciadas porque se han conservado vestigios materiales de algún tipo, ya sea en planta o en altura²⁹.

²⁹ La procedencia de los datos se especifica en la información que aparece en el visor cartográfico: http://pc224-47.cchs.csic.es/spatial/petri_spatial.html Los relativos a los edificios provienen de la *Enciclopedia del Románico en la Península Ibérica*, Fundación Santa María la Real de Patrimonio Histórico, <https://www.romanicodigital.com/> y de J. Castells, «Mapas del románico», <https://www.romanicodigital.com/otros-contenidos/mapas-románico>; los datos epigráficos provienen del *Archivo Epigráfico de Hispania*, <https://www.ucm.es/archivoepigraficohispania/bases-de-datos>, la *Enciclopedia del Románico...*, *op. cit.*, V. García Lobo, *Corpus inscriptionum hispaniae mediaevalium*, 6 vols., León, Universidad de León, L. Martínez Ángel, *Las inscripciones medievales de la provincia de Segovia*, León, Universidad de León, 2000, J. Santiago Fernández, *La Epigrafía latina medieval en los condados catalanes (815-circ. 1150)*, Madrid, Castellum, 2003, «Corpus des inscriptions de la France médiévale», <https://www.persee.fr/collection/cifm> y M. Barroca, *Epigrafía Medieval Portuguesa (862-1422)*, Fundação Calouste Gulbenkian y Fundação para a Ciência e Tecnologia, Lisboa, 2000; y los relativos a los caminos históricos, de: <https://dataverse.harvard.edu/>, «The Viator-e Map. The roads of the Western Roman Empire», <https://viatore.icac.cat/Map/>, «El Camino de Santiago», <https://www.ign.es/web/resources/publicaciones/Camino-Santiago/index.html>, «Via Francigena», www.viefrancigene.org El diseño y gestión de la base de datos ha sido realizado por Enrique Capdevila Montes, responsable TIC del proyecto. Es asimismo autor de todos los mapas que se publican en este artículo.

De estos dieciocho mil complejos arquitectónicos –mostrados en la figura 3– se han analizado en detalle más de 7500, diferenciados en su tipología laica o eclesiástica, así como en la caracterización de los edificios –iglesias, monasterios, casas, palacios, fortalezas, murallas–. Se les ha dotado igualmente de cronología –a partir de la fecha de fundación precisa o aproximada o de la fecha de la primera mención documental–, así como de algunos elementos funcionales –pórticos, torres, espadañas– y de los tipos de materiales constructivos, mayoritariamente piedra y ladrillo o la combinación de ambos³⁰.

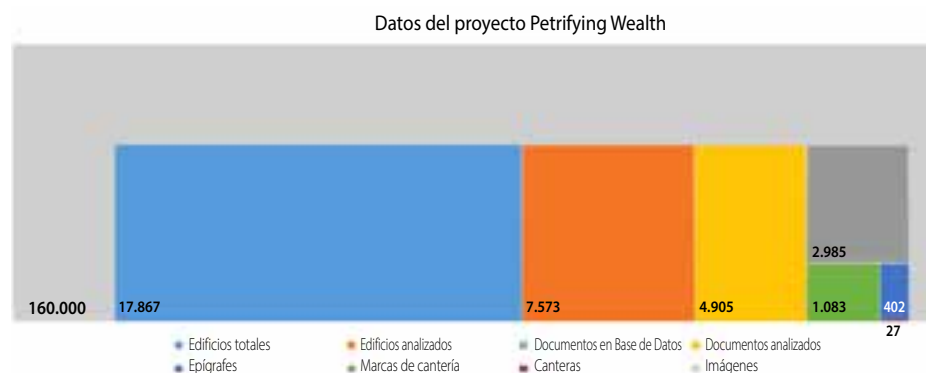


Figura 4. Datos sistematizados en el proyecto *Petrifying Wealth*.

Las construcciones incorporadas a la base de datos se acompañan de un total de 160 000 imágenes que las ilustran, procedentes también de la *Enciclopedia del Románico*. Además, se han analizado más de cuatrocientos epígrafes relacionados con complejos arquitectónicos situados en las áreas de estudio, pero solo aquellos que proporcionan información de la materialidad de los edificios, como fechas de construcción, consagración o reconsagración, modificación o destrucción, artífices, materiales constructivos, motivaciones o promotores³¹.

³⁰ En la elección de los materiales de construcción intervenían, en realidad, múltiples factores que no se limitaban a la disponibilidad de los recursos locales, sino que eran también de carácter simbólico y de identidad social o familiar. Cuestiones como la de si los edificios en piedra están vinculados a grupos socialmente más coherentes y estables, o la superioridad de la piedra sobre la madera, han sido, y siguen siendo, objeto de discusión. Estas son cuestiones que están siendo analizadas actualmente por miembros del proyecto. Un ejemplo lo aporta en este volumen Hannah Thomson, «Santa María de la Cabeza: revisión del único templo en ladrillo de la Ávila románica».

³¹ Elementos funcionales de los edificios, epígrafes, canteras, marcas de cantería (más de mil), también los documentos incorporados a la base de datos, forman parte de las investigaciones y tesis doctorales en curso o ya realizadas. Ver, entre otros trabajos, A. Ledesma, «Ecerint incindi et

Por su parte, la documentación incorporada (casi cinco mil documentos, si bien el proceso sigue en curso) no lo ha sido de manera exhaustiva sino en función de las necesidades de la investigación, razón por la cual no se pueden extraer por ahora conclusiones generales como sucede con la evidencia material.

No obstante, y como se ha indicado en las páginas iniciales de este artículo al hilo de algunos ejemplos reseñados, la existencia de correspondencia entre los restos materiales conservados y la evidencia escrita plantea cuestiones metodológicas importantes de representatividad, ya que de un porcentaje muy alto de construcciones que se citan –y se fechan– en la documentación, con una sola ocurrencia en la mayoría de los casos, no se conserva resto alguno ni posibilidad de localización³².

Las dataciones de los 7800 edificios analizados de los que se conservan restos materiales, obtenidas bien a través de los análisis de fases constructivas procedentes de la arqueología de la arquitectura y de la historia de la construcción, de elementos formales e iconográficos, de las menciones inscritas en los textos epigráficos o de la fechas de construcción/reconstrucción, consagración o destrucción recogidas en la documentación, permiten establecer cronologías, casi siempre aproximadas, del surgimiento, expansión y densificación desigual de los procesos de petrificación en los siglos centrales de la Edad Media (fig. 5).

extrahy lapides de lapidicina monasterii. Tensiones y conflictos en torno a las canteras durante la Edad Media hispana», *Studia Historica. Historia Medieval*, 39/1, 2021, <https://doi.org/10.14201/shh-me2021391147170> En este mismo volumen, R. Maira Vidal, «La construcción medieval en las Merindades de Burgos entre los siglos XI y XII: costes, sistemas constructivos, recursos empleados y especialización de los talleres», J. Morelló, «Construir en espacios protegidos: a propósito de las sagreras catalanas y de la gestación de identidades colectivas, siglos XI-XIII», T. Martínez, «El material de una ciudad: la construcción en piedra de Zamora entre los siglos XI y XIII» y A. Piñel, «Alamudes en el románico hispano ¿elementos de una fortificación?».

³² Se podría cifrar en torno a un 15-20%, muy similar al que otras investigaciones señalan para Galicia y otras regiones europeas, los edificios de los que se conservan restos materiales en relación con todos los que aparecen citados en la documentación de los que no se conserva evidencia alguna. Investigaciones en curso en el seno del proyecto darán cifras más precisas. Con respecto a Francia, ver N. Perreux, «Des structures inconciliables? Cartographie comparée des chartes et des édifices “romans” (X^e-XIII^e siècles)», *BUCEMA (Bulletin du centre d'études médiévales d'Auxerre)*, Hors-série n.º 9, 2016, <https://doi.org/10.4000/cem.13817>, quien establece una correspondencia masiva entre las zonas que poseen un pico de documentos para los siglos X-XII y las que poseen una mayor densidad de edificios románicos. Constata, por otra parte, que las regiones con débiles densidades de edificios románicos no son solo las que tienen menos documentos de los siglos X al XII, sino también las que tienen un pico de diplomas para los siglos XIII y XIV. Considera, por ello, que esta correspondencia no puede considerarse fruto del azar. Los edificios se construyeron en ciertas zonas, y su número corresponde a un grado variable de dinámicas regionales, una dinámica reflejada en las transacciones contenidas en los documentos. Para Perreux, ello no supone que no hubiera una malla previa, sino que la monumentalización de los *loca sancta* fue variable y respondía al ritmo de la estructuración de los diferentes espacios.

Estableciendo intervalos de cincuenta años entre los años 1000 y 1300, en los que la fecha que se consigna es la primera en la que se supone la existencia de un complejo arquitectónico acabado, ya sea precisa o aproximada, se ha elaborado una cartografía de los territorios cristianos de la península ibérica³³.

Se pueden hacer algunas observaciones generales sobre la densidad de edificios teniendo en cuenta la distribución de lo construido en distintas fases cronológicas. Se ha elaborado una cartografía dinámica a partir del cruce de los datos de complejos arquitectónicos georreferenciados con sus fechas aproximadas de construcción o su primera mención documental. Los datos en los que se apoyan estas consideraciones permiten en algunos casos ir más allá e interpretar los procesos sociales y económicos que enmarcan las cuestiones materiales y sus implicaciones. No obstante, no es el objetivo de este artículo llevar a cabo un análisis del vínculo estructural entre riqueza individual y colectiva y la inversión en construcciones imponentes y duraderas –análisis que se está llevando a cabo actualmente en el seno del proyecto y cuyos resultados están ya viendo la luz–, sino presentar unas primeras reflexiones sobre la amplitud de los espacios construidos y la rápida difusión de edificaciones en piedra y en otros materiales duraderos en los siglos centrales de la Edad Media³⁴.

Una primera constatación (a partir de los complejos arquitectónicos georreferenciados en la figura 6), es que el proceso de petrificación fue muy desigual en el territorio peninsular. Aunque antecede los límites cronológicos establecidos para el proyecto *Petrifying Wealth*, el punto de partida puede situarse entre los siglos IX y X, con tres núcleos de densificación inicial: el asturiano, el pirenaico aragonés y el de Barcelona y su entorno. En el siglo X, a pesar de que son escasos los restos conservados, estos se sitúan principalmente en los núcleos políticos más estables del periodo, el reino de Asturias, con una notable

³³ La cartografía se ha elaborado tomando como zona de estudio la meseta norte, la cordillera Cantábrica, la región pirenaica, Navarra, Rioja, Huesca y Zaragoza, Cuenca y Guadalajara, Barcelona y parte central y norte de Lérida. Se han excluido de este análisis preliminar el sur de Lérida, el noreste de Gerona y Tarragona, toda Galicia menos Orense, la costa levantina y la meseta sur, al no haber aún terminado de sistematizar las referencias relativas a los edificios conservados y sus cronologías en esas regiones. La muestra de casi ocho mil complejos arquitectónicos puede, no obstante, considerarse suficientemente representativa. La organización de todos estos datos y su análisis cartográfico han sido realizados por Enrique Capdevila Montes en el seno del proyecto *Petrifying Wealth*.

³⁴ E. Capdevila y A. Uriarte, «Análisis espacio-temporal de las construcciones eclesiásticas en la mitad norte de la península ibérica (ss. X-XIII)», artículo en preparación, donde se calcula la densidad a partir de un análisis de isócronas, extrapolando los resultados de cada una de ellas para generar un mapa de calor. Se ha aplicado sobre la zona de estudio que, como se ha indicado más arriba, incluye la meseta norte, la cordillera Cantábrica, la región pirenaica, Navarra, Rioja, Huesca y Zaragoza, Cuenca y Guadalajara, Barcelona y parte central y norte de Lérida.



Figura 5. Complejos arquitectónicos georreferenciados y analizados en la base de datos *PetrifyingWealth*. Península ibérica (1050-1300).

concentración de edificios en piedra en torno a la ciudad de Oviedo, en algunos puntos del condado de Castilla y en los condados catalanes, principalmente en el entorno de la actual comarca del Bages. En las primeras décadas del siglo XI la situación en la zona de estudio parece similar, caracterizada por un progreso lento del proceso edilicio, que se fue extendiendo por el norte del valle del Ebro y puntos concretos de la meseta norte y cordillera Cantábrica, si bien el crecimiento se ralentizó en el núcleo inicial centrado en Asturias. Fueron los condados catalanes los que experimentaron en el siglo XI una mayor expansión constructiva, destacando principalmente las comarcas de Noguera y Cerdanya, pero sobre todo el entorno de Barcelona (valles Occidental y Bajo Llobregat), la comarca de Osona (por ejemplo, con la construcción de la catedral de Sant Pere de Vic) y la ya mencionada comarca de Bages. Aun así, Barcelona siguió siendo el área con mayor número de edificios cuya construcción en piedra puede fecharse en esa época.

La tendencia de las décadas anteriores se prolonga a lo largo del siglo XI. A finales de la centuria, la mayor densidad de edificios construidos en materiales duraderos que han llegado total o parcialmente hasta nosotros corresponde a la comarca de Osona, con la irrupción del entorno de la población de Jaca como

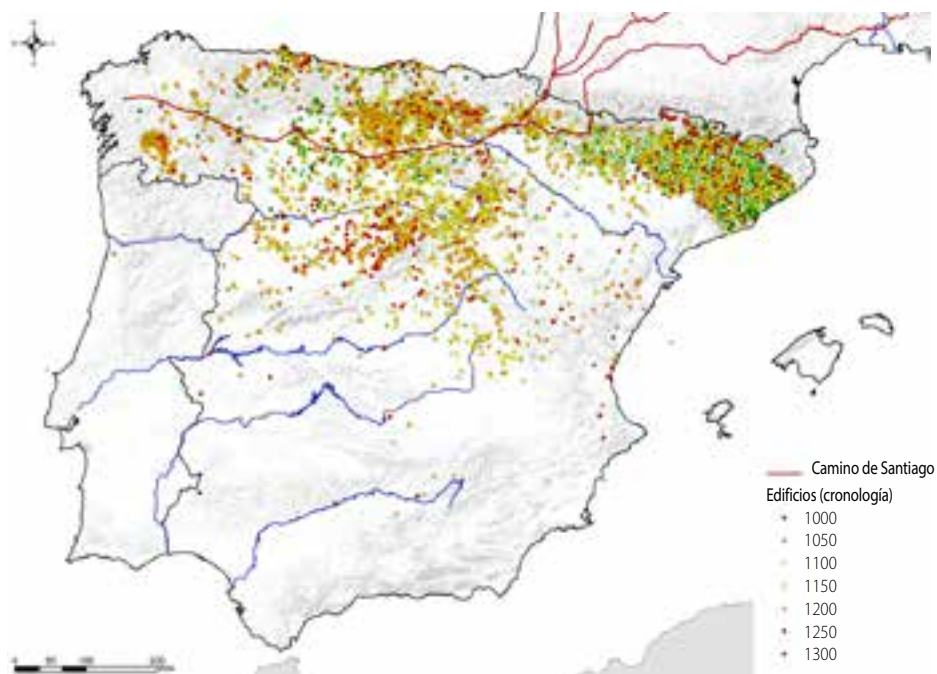


Figura 6. Cronología de complejos arquitectónicos (1000-1300).

otro caso destacable de concentración de edificios de estas características, mayoritariamente de carácter eclesiástico, como la catedral de San Pedro el Viejo o el monasterio de Santa María de Iguacel, cuya inscripción fundacional conservada *in situ* data su construcción en 1072, reinando en Aragón Sancho Ramírez. En las décadas finales aparece un nuevo núcleo al sur del río Duero (sur de la actual provincia de Soria, y las comarcas de Segovia y Sepúlveda). En el caso de la villa de Sepúlveda, por ejemplo, la primera muestra de petrificación se da en el siglo XI con la muralla, a la que se añade posteriormente la iglesia del Salvador. Este proceso se intensifica con la construcción en el siglo XII de varias iglesias, casi fortificadas, y del alzado de la imponente torre del Salvador³⁵.

Ya en el siglo XII se aprecia un cambio de tendencia dentro del proceso constructivo, aunque este se produce de forma muy paulatina, al menos en las primeras décadas. Cataluña seguirá contando con las zonas más densas en edificaciones, en

³⁵ F. Giovannini y E. Capdevila Montes, «La petrificación de una villa: Historia social de Sepúlveda a través de la Arqueología de la Arquitectura», en *VI Congreso de Arqueología Medieval (España-Portugal)*, 2009. <https://digital.csic.es/handle/10261/229802>

concreto las comarcas de Osona y este de Noguera. En el entorno de Barcelona prosigue la actividad edilicia, aunque a un ritmo menor, mientras que Asturias pasa a ser una zona residual en términos cuantitativos. En el norte de la Meseta, el norte del Ebro y el sur del Duero continuó la expansión territorial del proceso constructivo. A lo largo del siglo XII, los edificios conservados parecen relacionarse fundamentalmente con centros de poder, mientras que la gran difusión de la petrificación se produce en la segunda mitad del siglo, con la densificación de la red parroquial (o de una red de iglesias en los nuevos centros aldeanos). Lo más destacable de la primera mitad del siglo XII es la proliferación de núcleos poblacionales con concentraciones de edificios en piedra, lo que podría ser reflejo de desarrollo urbano, destacando las ciudades de Zamora y Segovia, y en menor proporción Sepúlveda, León, Huesca o en algunos puntos de Cataluña como Ager o Rialb.

A mediados del siglo XII el proceso constructivo se aceleró notablemente, afectando principalmente al área castellana. Cataluña siguió siendo la región con mayor densidad, acentuándose aún más las zonas antes mencionadas y conectándose entre sí, lo mismo que sucede en el entorno de Huesca o Jaca. Estructuras como molinos o puentes a lo largo del Camino de Santiago, sirvieron, a su vez, para tejer una red viaria que fomentó el desarrollo de las grandes rutas de peregrinación³⁶. Empezaron a destacar nuevas áreas al norte de Castilla como las merindades de Burgos³⁷ o Aguilar de Campoo en la montaña palentina, o los entornos de ciudades como Zamora o Segovia principalmente, donde se da una fuerte concentración de edificios eclesiásticos construidos en piedra, o también al sur del Duero, Soria, Ávila, Sepúlveda o Salamanca. Fuera de este ámbito territorial, se dan fuertes concentraciones de edificaciones que hay que analizar en su propio contexto, como es el caso de Uncastillo (Huesca), con seis imponentes iglesias conservadas y datables dentro de esta cronología, las de Santa María, San Miguel, San Juan, San Lorenzo, San Martín y San Felices³⁸.

A comienzos del siglo XIII, el último cuyos edificios hemos censado y sistematizado con su correspondiente cronología en el visor cartográfico del pro-

³⁶ Estas estructuras cruciales para la petrificación de la riqueza se han analizado en el congreso del proyecto *Petrifying Wealth* que se celebró en septiembre de 2021 (online) con el título *Building for Economy. New Perspectives on the Economic Take-Off in Southern Europe (1050-1300)*, organizado por Sandro Carocci y Alessio Fiore.

³⁷ Véase en este mismo volumen el artículo de Rocío Maira Vidal sobre costes, sistemas constructivos y recursos empleados en la construcción en las Merindades de Burgos entre los siglos XI y XIII. Se muestra en una gráfica la actividad edilicia en la zona en periodos de cincuenta años. Entre 1150 y 1200 se construyen setenta y un iglesias, frente a las dieciocho de 1100-1150 y las cuarenta y ocho de 1200-1250.

³⁸ J. Perratore, «The saint above the door: hagiographic sculpture in twelfth-century Uncastillo», *Journal of Medieval Iberian Studies*, 9/1 (2017), pp. 72-98.

yecto *Petrifying Wealth*, prosiguió el fuerte crecimiento contemplado en la segunda mitad del siglo anterior, aunque el cambio de tendencia es ya patente. El área catalana, a pesar de que siguió siendo la zona con una densificación generalizada, pareció estabilizarse; por el contrario, destaca el fuerte crecimiento en el reino de Castilla y el sur del Duero. El entorno de Aguilar de Campoo se densificó con un elevado número de edificios eclesiásticos que han perdurado contruidos en material duradero en la montaña palentina, y en menor medida la zona de merindades, el entorno de Pamplona o el norte de Guadalajara. En lo relativo a la concentración edilicia, la tendencia también se acentúa, siendo las ciudades al sur del Duero las que mantienen un fuerte crecimiento, principalmente Zamora y Segovia, con una veintena de iglesias en piedra conservadas cuya cronología inicial corresponde a estas fechas; con menor densidad se situarían Soria o Salamanca, y con márgenes entre seis y doce complejos arquitectónicos fechados en la primera mitad del XIII se encontrarían Ávila, Sepúlveda, Cuellar, Ayllón o Toro, al margen de Barcelona o pequeñas villas como la anteriormente mencionada Uncastillo, que parecen estabilizarse ya en este momento. Por tanto, el ritmo constructivo disminuye, centrándose más en los núcleos urbanos y en las comunidades de Villa y Tierra castellananas. Se constata, por último, que a mediados del siglo XIII las nuevas construcciones en entornos no urbanos son muy escasas.

Se puede terminar este recorrido sobre la petrificación en buena parte de la mitad norte de la península ibérica y las fases cronológicas que arrojan las dataciones de los restos conservados indicando que, de forma general, el proceso constructivo en materiales duraderos descolló de forma lenta y desigual y solo en determinados focos a lo largo del siglo X, para ir incrementándose a lo largo del siglo XI y experimentar un brusco crecimiento entre mediados del siglo XII y las décadas centrales del XIII, para estabilizarse al final de la época de estudio.

A modo de conclusión del panorama cronológico general que se acaba de esbozar, se puede mostrar la densidad de complejos arquitectónicos a la altura de 1300 en el mapa de calor de la figura 7, donde destaca la concentración de complejos arquitectónicos en algunas zonas precisas³⁹. La densificación en regiones específicas es evidente a partir del siglo XI, pero es ya en el XIII cuando alcanza su mayor expresión, posible reflejo del desarrollo urbano que se con-

³⁹ Esta densidad proviene del análisis de isócronas, extrapolando los resultados de cada una de ellas para generar un mapa de calor. La zona de Aguilar de Campoo es la que tiene esas densidades tan altas, aunque sería necesaria una corrección en las zonas de montaña que no son habitables. Datos elaborados por E. Capdevila y A. Uriarte, «Análisis espacio-temporal de las construcciones eclesiásticas en la mitad norte de la península ibérica (ss. X-XIII)», en preparación.

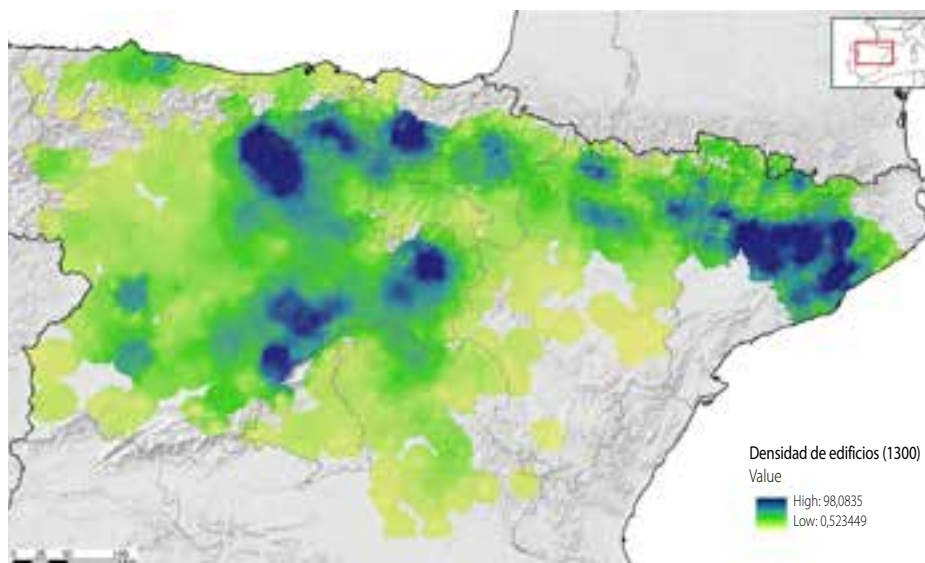


Figura 7. Densidad de complejos arquitectónicos (1300).

centra principalmente en el área comprendida al sur del río Duero y norte del Sistema Central. Queda patente por lo tanto que no es un proceso uniforme, ni territorial ni cronológicamente, y que una vez constatado debe explicarse a través de análisis históricos contextualizados.

La interpretación de los fenómenos sociales una vez establecida la plasmación espacial de las dinámicas regionales y sus cronologías es el paso siguiente al que nos lleva el trabajo de sistematización de datos que se ha presentado en este artículo. La rapidez, amplitud y dinámica de la actividad constructiva que se ha mostrado en las páginas precedentes, de la edificación de iglesias, monasterios, torres, murallas de castillos, palacios, casas urbanas o casas situadas en el interior de fortalezas, complejos productivos, entre otras posibilidades, confirma la hipótesis de que es precisamente en los siglos XII y XIII cuando se hace evidente un vínculo estructural entre riqueza individual y colectiva, por una parte, y la inversión en construcciones en piedra o en otro tipo de materiales duraderos. A partir de 1050, con una cronología escalonada según las diversas regiones, pero coincidente en su gran difusión a lo largo del siglo XII, la edificación duradera en piedra, ladrillo o mampostería se instituye como un instrumento para manifestar la identidad propia de una institución eclesiástica, de un linaje señorial, de un concejo o una comunidad de villa y tierra, de una comunidad rural o de las familias que integraban ambas, así como la expresión de la capacidad de acción individual o colectiva.

La construcción medieval en Las Merindades de Burgos entre los siglos XI y XIII

Costes, sistemas constructivos, recursos
empleados y especialización de los talleres*

Rocío Maira Vidal

Instituto de Historia. CSIC
rociomaira@enjarje.com

1. LOS COSTES DE LA CONSTRUCCIÓN PLENOMEDIEVAL

El estudio de los costes de la construcción entre los siglos XI al XIII plantea grandes dificultades por la carencia de documentos originales donde se especifiquen los gastos de las actividades relacionadas con la ejecución de los edificios¹. Los libros de obra medievales conservados, que presentan la relación de las cuentas y gastos de las obras llevadas a cabo en catedrales y monasterios, no pertenecen a la cronología de estudio que nos ocupa. Este tipo de documentos data de siglos posteriores, del XIV en adelante², y su información no siempre se puede extrapolar a los periodos precedentes.

Los recursos materiales y humanos utilizados en la construcción plenomedieval fueron reproducidos en distintos formatos artísticos, en esculturas, pinturas y vidrieras. Estas representaciones son las únicas fuentes originales

* Esta investigación se ha desarrollado dentro del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300» del CCHS-CSIC Instituto de Historia, financiado por el programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea bajo el acuerdo n.º 695515.

¹ Se conservan escasos documentos medievales que aporten detalles sobre las obras de construcción. Uno de ellos es el manuscrito del monje Gervase sobre la reconstrucción de la cabecera de la catedral de Canterbury después del incendio que destruyó la catedral normanda previa. Sin embargo, este documento no hace referencia a los costes. J. Foyle, *Architecture of Canterbury Cathedral*, Londres, Scala, 2013. Otro manuscrito de especial interés para la historia de la construcción medieval es el cuaderno de Villard de Honnecourt que recoge los croquis e ideas del arquitecto francés, pero tampoco aporta datos sobre el gasto en la construcción. Bibliothèque Nationale de France (BNF), Villard de Honnecourt. 1225 c. Carnet, MS fr 19093.

² P. Bernardi, *Bâtir au Moyen Âge (XIII^e-milieu XVI^e siècle)*, Paris, CNRS, 2011.

que nos permiten conocer las distintas actividades y artesanos relacionados con la construcción³. Sin embargo, contamos con otra fuente original de gran valor que puede aportar aquella información que no menciona la documentación y que no recoge la iconografía: los edificios mismos. El análisis comparativo de los sistemas constructivos en una muestra suficientemente numerosa de edificios construidos en una área concreta y representativos de esa zona puede proporcionar información muy valiosa sobre los recursos, que varían dependiendo del caso⁴. El mayor o menor gasto dedicado a las distintas actividades de la obra se puede cuantificar en función de algunos parámetros: la disponibilidad del material en el entorno cercano, su transporte, la mano de obra especializada que participó en su construcción, el aparejo utilizado, el tiempo requerido en los trabajos, los medios auxiliares de madera empleados y la presencia o ausencia de estructuras complejas de difícil ejecución. La comparación de las soluciones utilizadas en cada caso aporta información sobre el gasto. Estos datos muestran la organización de la construcción en la Plena Edad Media, una de las actividades económicas más importantes, lo que dará nuevos datos sobre la sociedad plenomedieval.

Mi labor en el proyecto de investigación «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300» es el estudio de los costes de la construcción plenomedieval, tarea que he abordado a partir del análisis comparativo de los recursos constructivos empleados en distintas regiones y poblaciones medievales de la península ibérica, como Segovia, Sepúlveda, Soria o Las Merindades de Burgos. Este último caso de estudio es de gran interés por tratarse de un área rural de una extensión considerable, con una orografía muy particular que sin duda se ve reflejada en las características de los edificios medievales construidos.

2. LAS MERINDADES DE BURGOS

Es una comarca situada en la zona septentrional de la actual provincia de Burgos que cuenta con una superficie de 2851 kilómetros cuadrados⁵. Linda con Cantabria, Vizcaya y Álava, y presenta una orografía irregular surcada por valles y colinas que debieron de influir en gran medida en las comunicaciones en-

³ G. Binding, *Medieval Building Techniques*, Stroud, Tempus Publishing Limited, 2004.

⁴ R. Maira Vidal, «Identidad y dimensión social de la construcción plenomedieval eclesiástica en Segovia y Sepúlveda entre los siglos XI y XIII: similitudes y divergencias», *Studia Histórica. Historia Medieval*, 39 (1), 2021, pp. 95-122.

⁵ Fuente: Wikipedia.

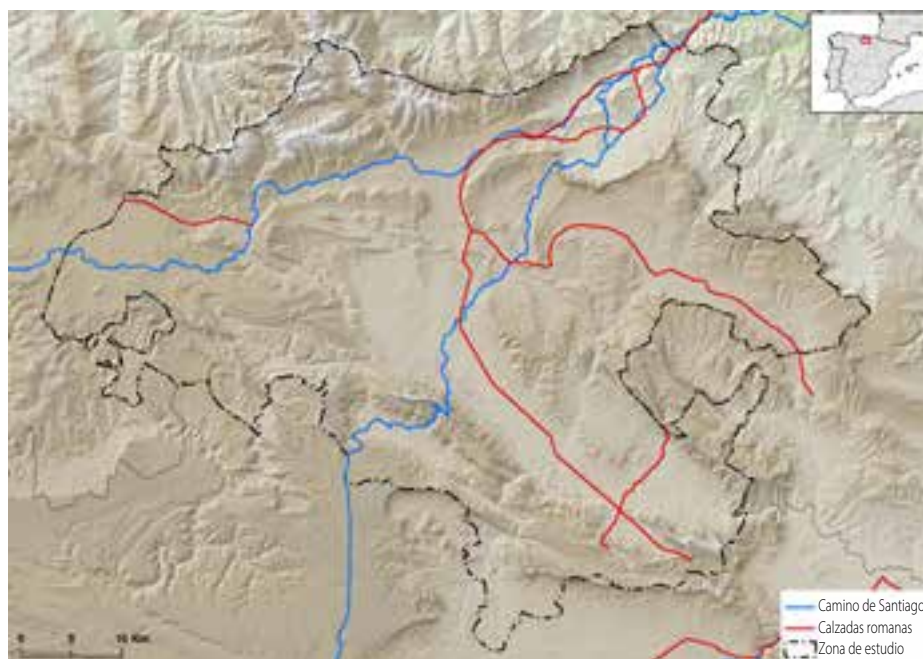


Figura 1. Mapa de la orografía de Las Merindades con las vías de comunicación principales conservadas que habrían funcionado en la cronología de estudio. Imagen elaborada por Enrique Capdevila.

tre las diferentes localidades medievales, como ocurre aún hoy día. Los distintos valles que la conforman debieron de funcionar en cierta manera de forma autónoma frente a los circundantes, al menos en lo que a la explotación de recursos se refiere, especialmente en aquellas actividades relacionadas con la extracción y el transporte del material, actividades más costosas de la obra y donde más influía la orografía del terreno. Estas diferencias se perciben en los materiales empleados, distintos entre algunos valles a pesar de la proximidad, e incluso en la distribución de los edificios por la región. El relieve del terreno, escarpado en algunos casos, impide la visibilidad y un tránsito sencillo entre valles contiguos, lo que pudo repercutir en la explotación de recursos cercanos y la construcción de sus iglesias⁶.

El río Ebro discurre por el extremo meridional de la comarca, surcándola de oeste a este. Debió de utilizarse como vía de comunicación e incluso pudo haberse empleado para el transporte de ciertas cantidades de material que no

⁶ I. Martín Viso, *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la Península Ibérica. Siglos VI-XIII*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000.

requiriesen embarcaciones de gran eslora. El resto de afluentes y riachuelos de la zona no debieron de utilizarse como medio de transporte a juzgar por la dimensión de sus cauces, aunque sí habrían repercutido negativamente en la facilidad para recorrer el territorio por vía terrestre, complicando las comunicaciones entre las distintas poblaciones.

La cordillera de mayor altura separa a la comarca de la actual Comunidad Autónoma de Cantabria, configurando una barrera natural hacia el noroeste y el norte, atravesada en su extremo oriental por una derivación del Camino de Santiago, así como por antiguas calzadas romanas que discurren hacia el sur, conectando el valle de Mena con el norte de la península ibérica (fig. 1).

Los recursos naturales en la zona indican que en la época plenomedieval también contarían con abundante madera de bosque para la construcción y para combustible.

3. INCREMENTO Y EVOLUCIÓN DE LA ACTIVIDAD CONSTRUCTIVA EN LA CRONOLOGÍA DE ESTUDIO: LA EXPLOSIÓN EDILICIA DEL SIGLO XII

Las construcciones previas a la cronología de estudio son eremitorios excavados en roca situados fundamentalmente en el entorno próximo a la zona por la que discurre el río Ebro. Las escasas iglesias que datan del siglo XI sugieren un tímido inicio de la actividad edilicia con materiales no perecederos en esta centuria. En la primera mitad se construyó el primer edificio de la región con materiales duraderos, el monasterio de Oña⁷, cuyo control sobre el territorio se materializó con la construcción de un priorato subordinado, San Pedro de Tejada, erigido aproximadamente un siglo después, en la primera mitad del siglo XII. En la segunda mitad del siglo XI únicamente se construyeron dos nuevos edificios, la iglesia de San Salvador en Escaño y la iglesia de Escanduso, situadas muy próximas entre sí, a un kilómetro escaso de distancia. Las características de ambos edificios indican que fueron construidas con medios y recursos muy diferentes, probablemente por promotores distintos, con diferencias significativas en su capacidad económica. Su proximidad indicaría que cada edificio respondía a necesidades distintas. La iglesia de Escaño quizá se construyó como símbolo de los poderes en la región, mientras que la pequeña iglesia de Escanduso daría servicio a la población local que se asentó en la proximidades de Escaño.

⁷ Las conclusiones a las que he llegado son fruto de esta investigación, en la que únicamente he tenido en cuenta los edificios que se conservan.

Desde el siglo XII la construcción experimentó un crecimiento notable, especialmente llamativo en la segunda mitad⁸. En este periodo de cincuenta años el ritmo de construcción en la zona era de al menos más de un edificio al año⁹, teniendo en cuenta únicamente las iglesias conservadas, por lo que probablemente la actividad edilicia era mucho mayor¹⁰.

En el siglo XIII hubo una clara disminución de la actividad constructiva. En la primera mitad se redujo un tercio respecto a la actividad que se detecta durante los cincuenta años previos¹¹. Entre 1250 y 1300 este número se redujo aún más¹², ralentizando el ritmo constructivo a casi la mitad respecto de la actividad edilicia detectada en la primera mitad del siglo XII (fig. 2).

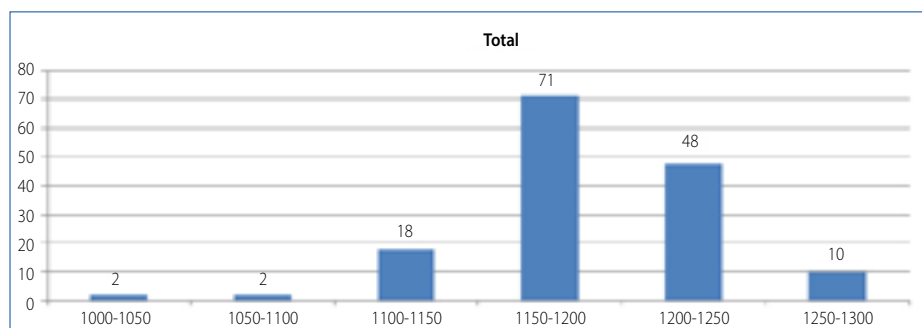


Figura 2. Gráfica que ilustra la actividad edilicia en Las Merindades de Burgos durante la cronología de estudio. Se muestra el número de edificios construidos en subperiodos de cincuenta años. Realizada por la autora.

Estos datos nos permiten afirmar que la actividad edilicia se convirtió en un verdadero motor económico en la región en la segunda mitad del siglo XII, donde cada año varios edificios se encontraban en construcción al mismo tiempo. La movilización de recursos necesaria para llevarlos a cabo, tal y como veremos posteriormente, nos permiten comprender la relevancia de este sector para la sociedad plenomedieval.

⁸ En la primera mitad del siglo XII se construyeron al menos dieciocho iglesias, mientras que en la segunda mitad este número casi se cuadruplicó, con un total de setenta y un edificios datados entre 1150 y 1200.

⁹ Únicamente se están teniendo en cuenta los edificios eclesiásticos, no los civiles, por lo que la actividad constructiva de la zona podría haber sido aún mayor.

¹⁰ Ana Rodríguez, investigadora principal del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300», está estudiando la documentación de Oña, donde ha detectado numerosas referencias a edificios que han desaparecido.

¹¹ Cuarenta y ocho edificios datan de la primera mitad del siglo XIII.

¹² En este periodo se construyeron un total de diez iglesias.

4. METODOLOGÍA: EL ESTUDIO DE LOS COSTES DE LA CONSTRUCCIÓN A PARTIR DEL ANÁLISIS DE LOS RECURSOS UTILIZADOS

Las Merindades es un caso de estudio idóneo para abordar el análisis de los costes de la construcción por el elevado número de edificios conservados de esta cronología, que suman un total de 146¹³, de los cuales cuarenta y siete han sido analizados *in situ*¹⁴ y el resto a partir de los datos que aporta la investigación realizada por la *Enciclopedia del románico*¹⁵.

El análisis comparativo realizado se apoya en la base de datos desarrollada en el proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300», que permite comparar la información para contrastar las diferencias y semejanzas en los sistemas constructivos de los distintos edificios¹⁶. Para valorar el coste se han tenido en cuenta las actividades que pudieron repercutir en mayor medida; el tamaño y la tipología arquitectónica del edificio, los materiales empleados, los lugares de extracción y su transporte hasta la obra, el aparejo y la especialización de la mano de obra y, por último, las estructuras más representativas o simbólicas que pudieron elevar de forma notable el gasto general final. Además se llevó a cabo la clasificación de los edificios en función de la cronología de su construcción¹⁷. A partir de estos resultados se han realizado análisis estadísticos para cuantificar la casuística general, así como los casos que se salen de la norma, alcanzando las conclusiones pertinentes que se avanzarán al final de este artículo.

¹³ La detección de los edificios conservados se ha realizado a partir de la información publicada por la *Enciclopedia del románico*, a la que hay que añadir numerosas búsquedas en distintas páginas de internet que recogen información sobre otro tipo de edificios datados en esta cronología, como castillos, que no están incluidos en la obra citada por no pertenecer al estilo románico. M. García Guinea, J. Rodríguez Montañés y Peridis, *Enciclopedia del románico en Castilla y León. Burgos. Tomos I y III*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del Románico, 2000.

¹⁴ Los cuarenta y siete edificios analizados *in situ* se pueden consultar en la base de datos elaborada para el proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300». Aunque en la base de datos se incluyen todos los edificios conservados, en aquellos analizados de forma pormenorizada se proporciona información sobre sus sistemas constructivos. La base de datos del proyecto se encuentra disponible en el visor cartográfico elaborado. J. M. Martín Jiménez, E. Capdevila Montes y A. Rodríguez, «Visor cartográfico del proyecto Petrifying Wealth», en el repositorio institucional Digital CSIC, pc224-47.cchs.csic.es/spatial/petri_spatial_es.html

¹⁵ M. García Guinea, J. Rodríguez Montañés y Peridis. *Enciclopedia del románico...*, *op. cit.*

¹⁶ E. Capdevila Montes, A. Piñel Bordallo y A. Rodríguez, «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300. Horizon 2020 DMP (Intermediate outline)», en el repositorio institucional Digital CSIC, digital.csic.es/handle/10261/155640

¹⁷ Se ha considerado válida la cronología que aporta la *Enciclopedia del románico*, aunque en algunos de los cuarenta y siete edificios estudiados *in situ* se han afinado los periodos cronológicos propuestos según los sistemas constructivos empleados, fundamentalmente en los edificios construidos con bóvedas de crucería. M. García Guinea, J. Rodríguez Montañés y Peridis, *Enciclopedia del románico...*, *op. cit.*

4.1. Los sistemas constructivos: dos tipologías arquitectónicas en función del coste

Se ha realizado una clasificación de las iglesias en dos tipologías arquitectónicas cuyas características reflejan un poder adquisitivo de sus promotores y un gasto en los recursos empleados muy diferente.

La tipología 1 agrupa los edificios de mayor relevancia, que presentan estructuras complejas destacadas al exterior en volumen o altura. Se trataría de construcciones que probablemente fueron sufragadas por los poderes locales, cuya función podría estar relacionada con el control del territorio, ya que se trata de edificios con cierta monumentalidad, como es el caso de San Pedro de Tejada, priorato dependiente directamente del monasterio de Oña. Sus sistemas constructivos delatan una importante inversión económica. La tipología 2 aglutina edificios de distinta relevancia por ser estructuras de menor entidad, con un coste de ejecución más reducido. En su mayoría debían ser iglesias que daban servicio a la población local.

Los edificios de la tipología 1 son menos numerosos, dieciséis frente a ciento catorce de la tipología 2¹⁸. En general, las iglesias de la tipología 1 se situaban en zonas bien comunicadas, cerca de las derivaciones del Camino de Santiago que atraviesan la región desde su esquina noreste hasta el extremo suroeste. Otras se sitúan próximas a las calzadas romanas, que cruzan este territorio en su extremo oriental en el eje norte-sur. Su ubicación se encuentra en los valles o en las faldas de las colinas, en cotas relativamente bajas (fig. 3). No se sitúan en áreas protegidas, en cotas altas con difícil accesibilidad, quizá por no jugar un papel protector frente a la población sino simbólico, por lo que no necesitarían una buena visibilidad general sino ser vistos por la población circundante¹⁹. Es probable que una vez construidas atrajesen a nuevos pobladores impulsando la ejecución de las vías de comunicación principales. Estos edificios se encuentran relativamente distantes unos de otros²⁰, repartidos por el territorio, aunque nin-

¹⁸ En este cómputo se están teniendo en cuenta los edificios que se conservan en su totalidad y también las hipótesis planteadas en los casos en los que, a pesar de no haberse conservado el edificio completo, existen indicios suficientes para plantear su pertenencia a una tipología u otra. La iglesia de San Pelayo en Puentevedy no se ha tenido en cuenta porque las partes de la fábrica que se conservan no permiten plantear hipótesis sobre sus características tipológicas.

¹⁹ Al tratarse de edificios notablemente más altos que el resto, se verían desde largas distancias a pesar de no encontrarse en colinas, dominando los territorios situados a menor cota.

²⁰ Excepto tres casos que se sitúan muy próximos y cuyas características arquitectónicas son parecidas: la iglesia de San Miguel Arcángel en Valdenoceda, la de San Nicolás en El Almiñé y la de San Pedro de Tejada en Puente-Arenas, situadas casi equidistantes unas de otras, a unos tres kilómetros de distancia.

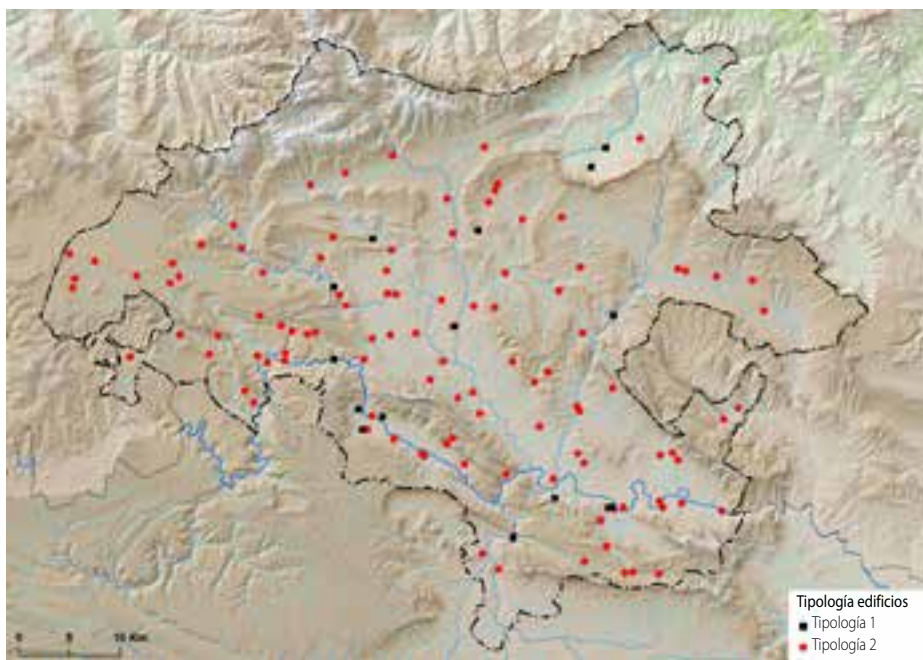


Figura 3. Expansión de las tipologías 1 y 2 en el territorio. Imagen realizada por Enrique Capdevila a partir de los datos analizados por la autora.

guno se ubica en el valle central, donde se sitúan actualmente las poblaciones de Medina de Pomar y Villarcayo, ni tampoco en la cordillera noroeste. Se concentran formando aproximadamente un círculo alrededor de esta planicie central, próximos a las colinas perimetrales que configuran el control natural de acceso a esta zona, fruto de la orografía del lugar. Esta disposición indicaría que servían también para controlar los accesos al corazón del territorio.

Por contra, el área de expansión de la tipología 2 es notablemente más amplia, extendiéndose por los valles pero ocupando también las cotas altas. Únicamente quedaron libres de edificación las cumbres de las colinas. Su expansión es bastante homogénea y extensiva al tratarse de un grupo numeroso, alcanzando incluso las áreas que no fueron ocupadas por edificios de la tipología 1, como la cordillera noroeste y la meseta central (fig. 3).

Atendiendo a su cronología, la mayor parte de edificios construidos en el siglo XI pertenecen a la tipología 1, lo que probablemente señala el asentamiento y consolidación en el territorio de los poderes locales. Una vez situados, debieron de atraer nuevos pobladores, lo que dio comienzo a la densificación de la construcción de edificios pertenecientes a la tipología 2, para dar respuesta a las necesidades de esta población, presumiblemente creciente desde el siglo XII.



Figura 4. Subtipos de la tipología 1. Subtipo 1A, iglesia de San Pedro de Tejada (A); Subtipo 1B, iglesia de Nuestra Señora de la Antigua en Butrera (B); Subtipo 1C, iglesia de San Lorenzo en Vallejo de Mena (C); Subtipo 1D, iglesia de San Andrés en Tabliega (D). Fotografías de la autora.

Dentro de ambas tipologías se pueden distinguir cuatro subtipos distintos en función de la ejecución de estructuras complejas y de la especialización de la mano de obra utilizada:

Subgrupos de la tipología 1 (fig. 4):

Subgrupo 1A²¹: Su máximo exponente es la iglesia de San Pedro de Tejada. Se trata de edificios de una sola nave con planta basilical y cabecera semicircular. Su característica más representativa es el cimborrio, que destaca en altura.

²¹ Al subtipo 1A pertenecen un total de siete iglesias: San Salvador en Escaño, Santa María en Siones, San Miguel Arcángel en Valdenoceda, San Pedro de Tejada en Puente-Arenas, San Nicolás en El Almiñé y la ermita de San Pantaleón de Losa. La iglesia del Monasterio de San Juan de la Oz en Cillaperlata, del que actualmente solo se conserva el zócalo de sus muros, probablemente perteneció a esta subtipología.

Subgrupo 1B²²: Son iglesias de una sola nave con planta de cruz latina. No presentan cuerpos destacados en altura; por el contrario, su brazo crucero se desarrolla en planta destacando en la volumetría exterior del edificio por su desarrollo horizontal.

Subgrupo 1C²³: Son edificios de planta basilical y cabecera semicircular. Su aspecto es masivo porque no hay estructuras que destaquen en altura o planta.

Subgrupo 1D²⁴: Estos edificios son una combinación de las características de los subgrupos 1A y 1B. Presentan planta en cruz latina y su crucero no solo destaca en horizontal sino también en altura.

La subtipología 1A es la más numerosa, quizá por la influencia del priorato de San Pedro de Tejada en la zona; de hecho, el foco de influencia de este subtipo se encuentra en el valle de Valdenoceda, donde se sitúa este cenobio²⁵. El subtipo menos numeroso, con tan solo dos ejemplos, es el 1D, lo que resulta llamativo porque es el modelo arquitectónico que debió de presentar el monasterio de Oña en origen si consideramos válida las hipótesis que plantea la *Enciclopedia del románico*²⁶, con el crucero destacado tanto en planta como en altura con un cimborrio central.

Los edificios de la tipología 2 debieron de ser sufragados por la población local, lo que explicaría diferencias tan significativas en los recursos empleados como las encontradas en los distintos subtipos. Esta clasificación responde fundamentalmente a la presencia o ausencia de bóvedas, así como a la solución de la cabecera: semicircular o de testero plano. La elección de una solución u otra

²² En el subtipo 1B se incluyen cuatro edificios: las iglesias de Nuestra Señora de la Antigua en Butrera, Nuestra Señora del Rosario en Medina de Pomar y San Juan Bautista en Oña. La fábrica original que aún se conserva en la iglesia de San Vicente en Frías nos han permitido incluirla en este grupo.

²³ A este subgrupo pertenecen tres iglesias: San Lorenzo en Vallejo de Mena, la iglesia del monasterio de Rioseco y la del convento de San Francisco en Frías.

²⁴ En este grupo se incluyen la iglesia de San Andrés en Tabliega y la iglesia del monasterio de Oña (según la hipótesis sobre su configuración original planteada por M. García Guinea, J. Rodríguez Montañés y Peridis, *Enciclopedia del románico...*, *op. cit.*

²⁵ El resto de casos se encuentran repartidos por la región.

²⁶ Se conservan apenas unos vestigios de la iglesia original del monasterio de Oña, en el brazo crucero norte y en la caja de muros de las naves. Según las hipótesis de la *Enciclopedia del románico*, se trataría de una iglesia de tres ábsides cuyo crucero, cubierto con cúpula de caliza sobre trompas, destacaría en altura con un cimborrio. Contaría con tres naves y una torre con husillo adosada al brazo crucero norte. Como podemos observar en los muros del crucero que conservan parte de la fábrica original, para construir esta iglesia se utilizó una combinación de caliza y tufo. Estos elementos debieron de suponer un sello de identidad, puesto que la iglesia del antiguo priorato de San Pedro de Tejada, subordinado del monasterio de Oña, utiliza los mismos materiales, también bajo criterios constructivos. M. García Guinea, J. Rodríguez Montañés y Peridis, *Enciclopedia del románico...*, *op. cit.*



Figura 5. Subtipos de la tipología 2. Subtipo 2A, iglesia de San Miguel Arcángel en Tartalés de los Montes (A); Subtipo 2B, iglesia de San Cristóbal Mártir en Ailanes (B); Subtipo 2C, iglesia de la Expectación de Nuestra Señora en Colina de Losa (C); Subtipo 2D, iglesia de San Clemente Papa en Lozares de Tobalina (D). Planimetría de la *Enciclopedia del románico* (M. García Guinea, J. Rodríguez Montañés y Peridis).

habría repercutido de forma considerable en los costes al requerir mano de obra de mayor cualificación y una gran cantidad de material y medios auxiliares en las estructuras con una mayor complejidad de ejecución.

Subgrupos de la tipología 2 (fig. 5):

Subgrupo 2A: Son iglesias cuya cabecera, de testero plano, es el único espacio abovedado. Su cubrición se realizaba con bóvedas de cañón, mientras que la nave se cubría con cubierta de madera.

Subgrupo 2B: A este grupo pertenecen las iglesias rematadas con cabecera semicircular cubierta con bóveda en vuelta de horno. La nave contaba con cubiertas de madera.

Subgrupo 2C: Estas iglesias presentan cabecera semicircular, como en el caso anterior, aunque en esta ocasión los abovedamientos se extienden a todo el edificio.

Subgrupo 2D: Son iglesias con la cabecera resuelta en testero plano, pero que a diferencia del grupo 1A, cuentan con bóvedas en todo el edificio.

Las cabeceras con testero plano requirieron la participación de mano de obra de menor especialización frente a las cabeceras semicirculares. En estas últimas, los muros en la cara de intradós y extradós son curvos y los lechos late-

rales de cada pieza son convergentes, lo que implica la utilización de herramientas diferentes que permitan tallar los sillares con la curvatura necesaria. Por el contrario, en las cabeceras de testero plano los sillares son prismáticos y rectos, como en el resto de muros del edificio, lo que no plantea grandes dificultades.

Los abovedamientos son estructuras complejas cuyo coste podía elevar de forma muy notable el gasto final de la obra. Necesitaron importantes medios auxiliares para llevar a cabo su montaje, además de mano de obra especializada y maestros con amplios conocimientos geométricos y constructivos. Quizá por ello en algunos casos se reservaron únicamente para la cabecera, lugar más simbólico y representativo de la iglesia. Dependiendo del tipo de abovedamiento utilizado, podemos valorar la cantidad de recursos empleados en su construcción.

Teniendo en cuenta estos datos, podemos ordenar las subtipologías del tipo 2 en función del coste, de mayor a menor gasto: 2C, 2D, 2B y 2A. Las soluciones menos económicas son aquellas que cuentan con abovedamientos en todo el edificio. El subtipo más numeroso es el 2B, con ábside semicircular y bóvedas únicamente en la cabecera. En este caso, el mayor esfuerzo económico se empleaba en el lugar más representativo del edificio. Es la parte que se construía en primer lugar y la de mayor importancia. De esta forma el resto del edificio se ejecutaría con menos recursos, mano de obra local y menos cantidad de material, abaratando los costes finales.

Las iglesias pertenecientes a la tipología 2, precisamente por tratarse de estructuras más modestas, han sufrido grandes transformaciones a partir del siglo XIV. Se han propuesto las hipótesis pertinentes sobre la configuración de su estructura primigenia de manera que pudiesen incluirse en los análisis tipológicos²⁷. Aquellos edificios donde los muros de la nave tienen una sección importante²⁸ y cuentan además con contrafuertes se han considerado iglesias completamente abovedadas en origen.

Si analizamos únicamente los edificios conservados en su totalidad, excluyendo las hipótesis realizadas en los edificios transformados, se concluye que fueron más numerosas las iglesias completamente abovedadas; sin embargo, estos datos inducen a error, ya que los edificios que han sufrido mayores transformaciones posteriores son aquellos que no contaban con bóvedas en la

²⁷ Los edificios de la tipología 1 se han conservado mejor, por lo que únicamente tres de los dieciséis casos son hipótesis. De los ciento diez edificios catalogados dentro de la tipología 2, prácticamente la mitad son hipótesis, cincuenta y ocho casos. En aquellos ejemplos en los que la cabecera ha desaparecido completamente no es posible plantear su morfología original, por lo que han quedado fuera de la clasificación realizada.

²⁸ De aproximadamente un metro de grosor.

nave²⁹. Para solventar este sesgo, hay que tener en cuenta también los edificios transformados, pudiendo afirmar que las tipologías más numerosas eran aquellas que limitaban sus abovedamientos a la cabecera.

4.2. La evolución de las tipologías arquitectónicas en la cronología de estudio

Tan solo tres de las iglesias datan del siglo XI y dos de ellas pertenecen a la tipología 1. En esta centuria los poderes locales empezaban a establecer los primeros edificios como símbolos de su influencia y capacidad económica en la zona. En el siglo XII los edificios incluidos en esta tipología aumentan en número, especialmente en su segunda mitad, para descender desde comienzos del siglo XIII. Probablemente este descenso estaba relacionado con una menor necesidad de construir edificios representativos del poder, ya garantizado a través de las construcciones realizadas en los siglos precedentes. Los edificios de la tipología 2 son casi inexistentes en el siglo XI; sin embargo, asentado el poder en la zona, la población local debió de aumentar disparando al construcción de esta tipología en el siglo XII, sobre todo en su segunda mitad. En el siglo XIII su construcción descendió poco a poco, indicio quizás de una población estable.

Los sistemas constructivos y las formas arquitectónicas empleadas en estos edificios fueron evolucionando a lo largo del tiempo. En los siglos XI y XII la mayor parte de las iglesias de la tipología 2 se construían con ábside semicircular en la cabecera y contaban con bóvedas solo en este espacio. En la primera mitad del siglo XIII la arquitectura se transformó, la cabecera semicircular se sustituyó por la de testero plano y comenzaron a construirse abovedamientos en todo el edificio. En la segunda mitad del siglo XIII las iglesias de testero plano siguieron predominando, mientras que se abandonaron las bóvedas en la nave, quedando la cabecera como único espacio abovedado.

Se percibe una intención de ir abaratando y disminuyendo los recursos empleados en la construcción desde el siglo XI hasta el siglo XIII. En los siglos XI y XII se utilizaban soluciones constructivas que requerían una mano de obra de mayor especialización, como son las cabeceras semicirculares abovedadas con bóvedas en vuelta de horno, y quizá por ello en el siglo XII se concentraban este tipo de recursos en la parte más representativa del edificio. Entre finales del

²⁹ Los edificios que en origen fueron completamente abovedados son construcciones de mayor relevancia, con una gran cantidad de recursos empleados, y precisamente estas características influyeron para que se transformasen menos a lo largo de la historia.

siglo XII y principios del siglo XIII se incrementaron los recursos generales empleados, abovedando todo el edificio; sin embargo, desde la mitad del siglo XIII las cabeceras se construían con testero plano cubiertas con bóvedas de cañón, lo que permitía simplificar las labores de talla y de ejecución, contando con mano de obra de menor especialización –cuadrillas locales itinerantes que daban servicio a las obras en curso de los distintos valles–. De nuevo los abovedamientos se reservaban para la cabecera. De esta forma se aprovechaban en mayor medida los recursos para abaratar los costes.

4.3. El transporte del material

Se emplearon tres materiales diferentes en la construcción plenomedieval en Las Merindades: toba o tufa, caliza y arenisca. Cada uno de ellos presenta ventajas e inconvenientes que sin embargo no modificaron en gran medida la elección de un material sobre otro, pues su uso dependía de la cercanía a los puntos de extracción.

La toba o tufa es caliza aligerada, muy porosa y blanda. Se puede tallar con un simple serrucho, lo que facilitaba el trabajo de cantería; sin embargo, las oquedades que presenta podían suponer un problema, especialmente en la realización de elementos escultóricos. La aparición de una oquedad podía arruinar la pieza durante el proceso de talla, por lo que no resultaba un material idóneo para los elementos decorativos o compositivos. La caliza, por el contrario, es un material de mayor dureza, lo que dificulta en mayor medida su talla al necesitar destreza y fuerza para tallar los sillares.

La tufa se utilizó de forma premeditada e inteligente en algunos edificios, combinada con caliza, reservándola para las partes altas del edificio con la intención de aligerar el peso. La calidad de la caliza resultaba idónea para la realización de los elementos escultóricos. En la iglesia de San Pedro de Tejada la tufa se reservó para la parte alta de las bóvedas, los dos tercios superiores, aligerando el peso de la estructura y sus empujes laterales. El primer tercio de las bóvedas se ejecutó con caliza por tratarse de una piedra de mayor consistencia, idónea para soportar los empujes de la estructura. En otros edificios, como la iglesia de San Miguel Arcángel en Valdenoceda, se utilizaron caliza y tufa mezcladas en las fábricas de forma indiscriminada, aunque los elementos escultóricos se tallaron en caliza.

La arenisca de la zona es calcarenita, un conglomerante de sílice muy corrosivo con el metal. Es una piedra blanda, más fácil de tallar que la caliza, pero con una desventaja importante; las herramientas de talla se desgastan rápidamente al contacto con la piedra, lo que obliga a afilarlas constantemente y

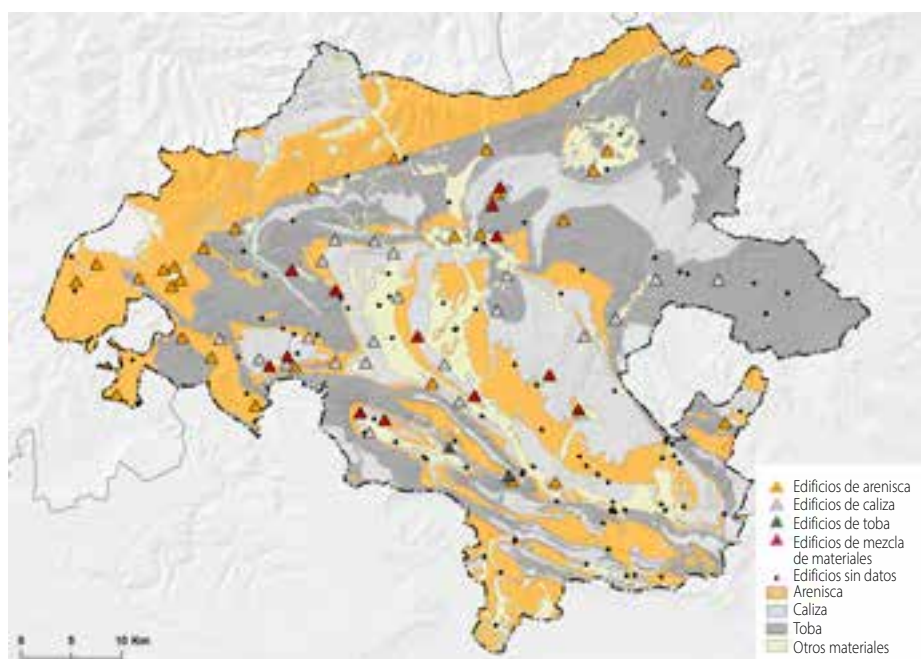


Figura 6. Mapa geológico de Las Merindades de Burgos junto con los materiales utilizados en las distintas iglesias de la región. Se trata de materiales locales. Mapa realizado por Enrique Capdevila a partir de los datos analizados por la autora.

a cambiarlas por otras nuevas a menudo. Este desgaste ralentizaría mucho el trabajo³⁰, lo que afectaría a los plazos de ejecución, al gasto en herramientas y al coste general de la obra. A cambio, sus colores son muy llamativos, contiene hierro que se manifiesta en vetas de color rojizo, mezcladas con blancos y amarillentos que le proporcionan una estética más atractiva que la caliza local.

No conocemos el material de construcción utilizado en todos los casos de estudio, únicamente disponemos de esta información en aproximadamente la mitad

³⁰ En una conversación informal que mantuve con Miguel Sobrino, escultor y profesor en la ETSAM de la Universidad Politécnica de Madrid, me comentó las características de este tipo de piedra, con la que había trabajado recientemente en un encargo profesional. El trabajo requería la reposición de unos capiteles por otros nuevos esculpidos en este tipo de arenisca. Al cabo de varias horas se percató de que avanzaba cada vez más despacio, no le cundía el trabajo porque las herramientas se habían desgastado demasiado rápido y requerían un afilado. En los zócalos de los edificios realizados con este material, especialmente en la cabecera, podemos encontrar muescas longitudinales realizadas con herramientas afiladas, probablemente cuchillos. Son erosiones que se han realizado en la sillería al intentar afilar cuchillos contra ella. Los pobladores de la zona, al tanto de las características de la calcarenita, han utilizado recientemente la fábrica de las iglesias para afilar sus herramientas, aprovechando las cualidades corrosivas de esta piedra.

de los edificios³¹, por lo que las conclusiones al respecto nos permiten únicamente conjeturar hipótesis que suponemos podrían aplicarse a los casos restantes.

A partir del análisis del mapa geológico realizado por el Instituto Geológico y Minero de España (2018), se han podido determinar los materiales constructivos disponibles en la zona³². Comparando estos resultados con los materiales empleados en los edificios, se puede concluir que se utilizó el tipo de piedra local más cercano disponible en cada caso (fig. 6). La arenisca se empleó en los edificios situados en el extremo noroeste del territorio, mientras que la tufa y la toba se utilizaron en las iglesias ubicadas en la zona central y sur de Las Merindades.

La ausencia de estudios arqueológicos y geológicos específicos no nos permite conocer la situación de las zonas de extracción históricas³³. Tampoco disponemos de registros de las canteras en la documentación histórica. Sin embargo, comparando la distancia de cada edificio a las zonas más próximas del terreno con el tipo de material empleado, podemos afirmar que las distancias entre la cantera y la obra eran muy cortas, no más de cinco kilómetros³⁴. A pesar de la

³¹ Conocemos el material con el que fueron construidas setenta y nueve iglesias; sin embargo, en las setenta y seis restantes es un dato desconocido.

³² Aunque en la meseta central hay aluvi6n, arcillas, yesos, margas y arenas –materiales necesarios para la fabricaci6n de ladrillo–, no se utiliz6 en los edificios de la cronología de estudio, solo en abovedamientos de reformas posteriores (del siglo XV en adelante).

³³ La investigaci6n realizada por Arribas Magro aporta datos sobre la sociedad medieval en *Las Merindades de Burgos en la Edad Media* y adem6s recopila los estudios realizados hasta la fecha. Ha sido publicada en varios libros: M. C. S. Arribas Magro, *Valpuesta y Berberana, El Valle de Tobalina, Medina de Pomar y sus aldeas, San Zadornil y sus aldeas, Villalba de Losa y su vez, Frias y sus arrabales*, Burgos, Asociaci6n Cultural y Científica Iberoamericana, 2019. M. C. S. Arribas Magro, *El Valle del Manzanedo. El Valle de Mena*, Burgos, Asociaci6n Cultural y Científica Iberoamericana, 2019. M. C. S. Arribas Magro, *Las siete Merindades de Castilla la Vieja. Castilla la Vieja, Sotocuevas, Valdeporres y Montija*, Burgos, Asociaci6n Cultural y Científica Iberoamericana, 2018. M. C. S. Arribas Magro, *Las Merindades de Burgos: un an6lisis jurisdiccional y socioecon6mico desde la Antigüedad a la Edad Media*, Tesis doctoral, Universidad de Burgos, 2012.

³⁴ Los estudios de caso sobre la construcci6n medieval permiten afirmar que normalmente las distancias a la cantera eran mayores, entre veinte y treinta kil6metros. E. Alfaro Suescun, «Los costes de la arquitectura eclesi6stica en 6lava durante los siglos XII-XIII. Una relectura a partir de los materiales, los instrumentos de talla y las innovaciones t6cnicas», en R. Maira Vidal y A. Rodríguez (eds.), *El coste de la construcci6n medieval. Materiales, recursos y sistemas constructivos para la petrificaci6n del paisaje entre los siglos XI y XIII*, Madrid, Instituto Juan de Herrera e Instituto de Historia, CSIC, 2021, pp. 49-68. M. A. Causarano, «Costruire a Siena tra XII e XIII secolo: cantieri, costi e materiale», en R. Maira Vidal y A. Rodríguez (eds.), *El coste de la construcci6n medieval...*, *op. cit.*, pp. 207-230. La proximidad a los puntos de extracci6n en Las Merindades podría considerarse excepcionalmente corta, y habría sido una ventaja notable para contrarrestar las dificultades de comunicaci6n del territorio como consecuencia de su orografía irregular, con valles y colinas que complicaban el movimiento de cargas pesadas de un lado a otro. R. Maira Vidal, «El estudio de los costes de la arquitectura plenomedieval a partir del an6lisis de las t6cnicas constructivas y los recursos utilizados», en R. Maira Vidal y A. Rodríguez (eds.), *El coste de...*, *op. cit.*, pp. 1-26.

cercanía, el traslado del material no estaría exento de dificultades como consecuencia de la orografía del terreno, con pendientes considerables en algunas zonas. La piedra es un material pesado y difícil de trasladar. La proximidad a los lugares de extracción habría permitido abaratar notablemente los costes, especialmente en lugares con una orografía complicada.

El transporte es uno de los gastos más importantes de la obra. Según la documentación medieval conservada, el transporte terrestre habría tenido un coste bastante mayor frente al fluvial y al marítimo³⁵. A la dificultad derivada de las pendientes del terreno, habría que añadir el estado de los caminos, que sería variable con las estaciones del año. El transporte se realizaba con carros tirados por cuatro caballos o con caballos de carga atravesando los montes y colinas, sin necesidad de contar con una calzada³⁶. Es probable que el método de transporte utilizado en buena parte de los edificios de Las Merindades fuese este último³⁷, ya que la morfología y la pendiente del terreno habrían aconsejado este sistema³⁸.

Para ilustrar la importancia del gasto del transporte en la construcción medieval se ha realizado un cálculo comparativo de la cantidad de material transportado en edificios con un tamaño muy diferente, uno de ellos de la tipo-

³⁵ J. Gimpel, *The medieval machine. The industrial revolution of the Middle Ages*, Aldershot, University Press Cambridge, 1988. J. Gimpel, *La revolución industrial en la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1981. R. Maira Vidal, «El estudio de los costes de la arquitectura plenomedieval a partir del análisis de las técnicas constructivas y los recursos utilizados», en R. Maira Vidal y A. Rodríguez (eds.), *El coste de..., op. cit.*, pp. 1-26.

³⁶ J. Masschaele, «Transport Costs in Medieval England», *The Economic History Review*, 46 (2), 1993, pp. 266-279. R. Maira Vidal, «El estudio de los costes de la arquitectura plenomedieval a partir del análisis de las técnicas constructivas y los recursos utilizados», en R. Maira Vidal y A. Rodríguez (eds.), *El coste de..., op. cit.*, pp. 1-26.

³⁷ Algunos investigadores han podido confirmar que el transporte con animales de carga podía suponer un mayor gasto frente al traslado con carros. M. A. Causarano, «Costruire a Siena tra XII e XIII secolo: cantieri, costi e materiale», en R. Maira Vidal y A. Rodríguez (eds.), *El coste de..., op. cit.*, pp. 207-230. Causarano afirma que su coste habría sido mayor porque en cada viaje se podía trasladar menos cantidad de material, lo que obligaba a realizar un mayor número de viajes. Sin embargo, en Las Merindades de Burgos el traslado con carros no debía de suponer un ahorro importante, pues las distancias realizadas por los caminos serían considerablemente mayores que los recorridos realizados por los animales de carga.

³⁸ No contamos con documentación o excavaciones arqueológicas que permitan situar los caminos disponibles en la etapa medieval, aunque probablemente estarían en uso las derivaciones del Camino de Santiago y las calzadas romanas. Buena parte de los edificios se sitúan en zonas de difícil acceso, en la falda de las colinas. Es fácil que en estos casos se utilizasen animales de carga, especialmente cuando los lugares de extracción se localizaban al otro lado de las colinas más cercanas, con distancias cortas en línea recta aunque con fuertes pendientes que habrían impedido el tránsito por caminos.

logía 1 y el otro de la tipología 2. La movilización de recursos para llevar a cabo el transporte del material desde la cantera es en ambos casos muy relevante.

En la iglesia de San Lorenzo de Vallejo de Mena (fig. 4) (tipología 1; realizada con arenisca³⁹; 221,70 m²), los muros de la iglesia tienen 1445,38 m³ de volumen⁴⁰. Se ha considerado que son muros de tres hojas, dos de sillería y una de relleno interior de argamasa con cascotes⁴¹. Teniendo en cuenta el peso que puede llevar cada caballo en carros con cuatro animales de tiro⁴², se habrían necesitado 1253 carros de sillería, 313 carros de cascotes y 181 carros de cal en polvo, lo que asciende a un total de 1747 carros de material. Esta iglesia presenta abovedamientos de gran tamaño en la cabecera y la nave. El volumen de piedra de las bóvedas asciende a 157,52 m³ de arenisca, lo que se traduce en 205 carros para el transporte de la piedra hasta la obra⁴³.

En la iglesia de San Miguel de Cornezuelo⁴⁴ (fig. 7) (tipología 2; realizada con caliza⁴⁵; 56 m²)⁴⁶, los muros de la cabecera y la nave tienen un volumen total de 445,34 m³. Probablemente, igual que en el caso anterior, se trata de muros de dos hojas de sillería con relleno interior de cascotes y cal⁴⁷. Teniendo

³⁹ La densidad de la arenisca es 2600 kg/m³. La cal en polvo tiene una densidad de 1000 kg/m³ (fuente: ingemecanica.com).

⁴⁰ El área de los muros de la nave es 103,83 m², mientras que el de los muros de la cabecera es 40 m². La altura de los muros en la nave es 10,70 m y en la cabecera es 8,36 metros; por tanto, el volumen de la nave es 1110,98 m³ y el de la cabecera, 334,40 m³.

⁴¹ Se ha considerado que las tres hojas son iguales de grosor. La hoja interior de relleno se ha estimado que está formada por un 50 % de cal y un 50 % de cascotes de piedra.

⁴² Los caballos de carga pueden llevar 1 m³ de volumen de madera cada uno según www.energie-cheval.fr. La densidad depende de cada tipo de árbol. Las coníferas, comunes en construcción, tienen una densidad de entre 400 y 550 kg/m³ (fuente: ingemecanica.com). Cada caballo podría cargar 500 kg, es decir, cada carro llevaría 2 toneladas de peso.

⁴³ La superficie de las bóvedas se ha medido en el modelo 3D obtenido de la medición fotogramétrica realizada. Su superficie es 525,05 m². Se ha estimado un grosor de los plementos de 0,30 metros, teniendo en cuenta que al tratarse de una bóveda de transición entre las estructuras románicas y las góticas, debe contar con un canto generoso. Su grosor no se ha podido medir, es una estimación a partir de mediciones previas realizadas por la autora en estructuras similares, también de transición y de la misma cronología, como la bóveda sexpartita de la catedral de Ávila cuyos plementos oscilan entre 0,25 y 0,40 metros de canto. El volumen de piedra trasladada habría sido de 409539 kg.

⁴⁴ La longitud del espacio interior es 12,76 metros y la anchura de su nave, 5 metros. Los muros de la nave se elevan 7 metros sobre el suelo y tienen un área de 46,34 m². Los de la cabecera tienen 5,40 metros de altura hasta el comienzo de las bóvedas y su área es de 22,40 m².

⁴⁵ La densidad de la piedra caliza oscila entre 2700 kg/m³ si es compacta y 2400 kg/m³ si es porosa (tufa) (fuente: ingemecanica.com).

⁴⁶ En este cálculo únicamente se han tenido en cuenta la cabecera y la nave, por ser los dos únicos elementos originales del conjunto.

⁴⁷ La anchura de sus muros oscila entre 0,90 y 1 metro de profundidad. No se han podido hacer catas, pero se plantea como hipótesis dos hojas de 30 cm de profundidad de sillería y el restante de relleno de cal y canto. El volumen de ambas hojas es 296,89 m³, por lo que se estima que se habrían transportado un total de 801603 kg de caliza.



Figura 7. Vistas exterior e interior de la iglesia de San Miguel de Cornezuolo. Fotografías de la autora.

en cuenta el volumen que puede trasladar cada caballo de tiro, se habrían necesitado 400 carros⁴⁸ de sillería de caliza, 100 carros de cascotes y 56 carros de cal en polvo⁴⁹, es decir, solo en la ejecución de la caja de muros, sin tener en cuenta los abovedamientos, se habrían necesitado más de 500 carros de material⁵⁰. Este edificio únicamente cuenta con abovedamientos en su cabecera, bóveda en vuelta de horno en el altar y bóveda de cañón sobre el presbiterio. La superficie de ambas bóvedas suma 28,30 m². Si consideramos que el canto de sus sillares es 0,30 m, se habrían necesitado 7,08 m³ de caliza para ejecutarlas, es decir, siete carros⁵¹.

La diferencia de los recursos empleados en el transporte de material entre edificios que pertenecen a distintas tipologías es muy notable. En las iglesias de la tipología 1, como San Lorenzo, se habría invertido un coste entre tres y cinco

⁴⁸ El cálculo se ha realizado con carros tirados por cuatro caballos, que era el transporte habitual según J. Masschaele, «Transport Costs...», *op. cit.*, pp. 266-279.

⁴⁹ Se ha considerado que un tercio del volumen de los muros es relleno, es decir, 148,45 m³. Sin conocer su composición real, se ha considerado como hipótesis un relleno compuesto por 50 % de cal y 50 % de mampuestos sobrantes de la talla de la piedra caliza, es decir, 74,23 m³ de cada material. Serían 200421 kg de caliza y 74230 kg de cal.

⁵⁰ Se ha considerado que los sillares se habrían tallado en cantera, para no trasladar material sobrante.

⁵¹ La superficie de la esfera es 4πr². El radio de la bóveda en vuelta de horno es 1,90 m. Su superficie es la cuarta parte de la superficie de la esfera, es decir, 11,34 m². Para calcular el área de la bóveda de cañón se ha calculado la superficie del cilindro, 2πrh, siendo el radio de la bóveda 2,40 m y su altura (en este caso su longitud) 2,25 m. Su superficie es la de la mitad del cilindro, es decir, 16,96 m². No se ha podido medir el trasdós de las bóvedas, por lo que se ha estimado un canto de 0,30 m, teniendo en cuenta que en estas estructuras la profundidad de los sillares oscila normalmente entre 0,25 y 0,40 m. El volumen de la bóveda en vuelta de horno es de 2,84 m³, mientras que el de la bóveda de cañón es de 4,24 m³.

veces mayor respecto al empleado en las iglesias de la tipología 2, como San Miguel de Cornezuolo, teniendo en cuenta únicamente la ejecución de los muros. Sin embargo, la construcción de las bóvedas dispararía el coste de forma exponencial, multiplicando por treinta el gasto del transporte en las iglesias con abovedamientos en todo el edificio respecto de las iglesias con abovedamientos solo en la nave.

Los promotores de los edificios pertenecientes a la tipología 1, ligados al poder local, tendrían la capacidad económica suficiente para movilizar los recursos necesarios para abordar obras de mayor envergadura, afrontando los gastos de construcción de las infraestructuras necesarias, como por ejemplo la apertura de canteras, la movilización de mano de obra especializada o la construcción de caminos hasta los puntos de extracción. Por el contrario los edificios de la tipología 2 no habrían sido capaces por sí mismos de poner en marcha la actividad constructiva al no poder generar las infraestructuras y el tejido social y económico necesarios por su cuenta.

4.4. Materiales, cronología y aparejo: evolución de los sistemas constructivos

La utilización de un material u otro es variable a lo largo del tiempo. En el siglo XI se utilizó fundamentalmente la caliza, en ocasiones combinada con la toba⁵². A partir del siglo XII empezó a usarse la arenisca, aunque la caliza siguió siendo el material común. La tendencia se invirtió en el siglo XIII, momento en que la arenisca es el material más utilizado. La preferencia por uno u otro no tenía tanto que ver con la construcción sino con las áreas que ocupaban los nuevos edificios. La elección del material estaría relacionada fundamentalmente con los lugares de extracción más cercanos disponibles. La meseta central y los valles aledaños se ocuparon en primer lugar; sin embargo, en el extremo noroeste de Las Merindades, rico en arenisca, se fue densificando el número de edificios construidos en piedra hacia la segunda mitad de la cronología de estudio.

La comparación del material y los tipos de aparejo utilizados en cada edificio nos han permitido detectar una mayor preferencia por algunos de ellos dependiendo de la piedra utilizada. Teniendo en cuenta además la cronología⁵³,

⁵² El monasterio de Oña se construyó con caliza y tufo y data de la primera mitad del siglo XI, lo que pudo influir en la elección de estos materiales en esta primera centuria de la cronología.

⁵³ Si únicamente tomamos en cuenta una de las variables para analizar el material, por ejemplo la cronología, llegaremos a conclusiones parciales, puesto que se percibe una mayor presencia de un material frente a otro dependiendo del periodo cronológico. Si solo se valora el aparejo frente al tipo

observamos que en el siglo XI y la primera mitad del XII la sillería se construye mayoritariamente en caliza; sin embargo, desde la segunda mitad del siglo XII esta tendencia cambia y es la sillería de arenisca la más abundante, sobre todo a partir del siglo XIII⁵⁴. En los edificios construidos con mampostería se detecta un uso mayoritario de la caliza en la segunda mitad del siglo XII, mientras que en el resto de la cronología no hay diferencias significativas entre los distintos materiales empleados con este tipo de aparejo.

Hasta la segunda mitad del siglo XII son las canteras de caliza las que presentan mayor actividad. Los edificios de la tipología 1 que se construyeron antes de 1150 debieron de poner en marcha las canteras para la talla de la sillería de sus muros. Quizá por ello existe una mayor presencia de mampostería de caliza en la segunda mitad del siglo XII, procedente del aprovechamiento del material sobrante de los grandes bloques de caliza extraídos unas décadas antes⁵⁵. Estos recursos habrían favorecido la construcción de los edificios de la tipología 2. En todo caso, la preferencia por la caliza hasta el siglo XIII estaría relacionada con la disponibilidad de material en los lugares en los que comenzó a materializarse la construcción con piedra⁵⁶.

La tipología 1 se construyó fundamentalmente con caliza, a veces combinada con tufa. Los edificios de esta tipología construidos con arenisca se concentran sobre todo en la zona norte de Las Merindades, en el valle de Mena. La utilización de un material frente a otro, tal como ya se ha mencionado, dependía fundamentalmente de la localización de los edificios, aunque siendo obras promovidas por los poderes locales habrían tenido opciones de recurrir a materiales diferentes que se encontrasen a mayor distancia. La preferencia por

de piedra empleada, las conclusiones también tendrán un sesgo, puesto que la sillería se realizó preferentemente en arenisca. Sin embargo, esto depende de más factores: la ubicación es fundamental, ya que los lugares de extracción estaban a muy pocos kilómetros de distancia; la densificación de la construcción no se produjo de la misma manera en las distintas zonas que conforman Las Merindades. En cronologías tempranas se densificó en mayor medida la construcción del área central, donde la caliza y la tufa son los materiales disponibles. Además la utilización de un aparejo u otro también dependió de la capacidad económica de los promotores y, por tanto, de la tipología del edificio.

⁵⁴ En conjunto, la arenisca se utilizó en mayor medida para las obras realizadas en sillería, lo que podría deberse a una mayor disponibilidad de bloques de cantera adecuados para realizar grandes sillares. Quizá la caliza presentaba una mayor dificultad para obtener buenos sillares.

⁵⁵ El incremento en el uso de mampostería de caliza en este periodo podría estar relacionado también con el expolio y la reutilización de material de edificios previos desmantelados.

⁵⁶ La combinación de diferentes tipos de piedra en una misma fábrica no es común en estos edificios y se detecta en mayor medida en la segunda mitad del siglo XII. Normalmente el uso de la tufa viene asociada a la utilización de caliza. La toba es una caliza más porosa, por lo que los lugares de extracción de ambas piedras debían de situarse próximos. Estructuralmente hablando, se comportan de forma parecida, aunque las oquedades de la tufa la convierten en un material más vulnerable a los esfuerzos y el clima.

la caliza también habría podido responder a la influencia de la arquitectura de Oña, con mayor presencia en la zona central y sur por la ubicación del priorato de San Pedro de Tejada. El valle de Mena, tanto por su arquitectura como por el uso del material, parece ser una zona independiente que recibe influencia del norte de la península ibérica y de la región occidental francesa⁵⁷, como consecuencia de la cercanía al Camino de Santiago. En la tipología 2 se utilizó tanto la arenisca como la caliza. En todo caso, los promotores de este tipo de edificios, que contarían con recursos limitados, se habrían visto obligados a explotar los recursos disponibles más cercanos.

4.5. La especialización de la mano de obra y la transformación de los sistemas de producción asociados a la construcción

En los siglos XI y XII el aparejo que se utilizaba en mayor medida era la sillería, sin embargo su uso fue decreciendo en favor de la mampostería a medida que avanzaba el siglo XIII. Estos cambios parecen responder a una reducción de la especialización de la mano de obra empleada en la construcción, lo que habría permitido abaratar los costes.

Los edificios que no fueron realizados completamente en sillería normalmente presentaban mampostería en sus muros y sillería en los elementos más relevantes para la configuración del edificio, así como la conservación y estabilidad de la estructura, como en las esquinas de los muros, los contrafuertes o las estructuras representativas (las portadas o la cabecera del edificio)⁵⁸.

La participación de trabajadores con mayor cualificación debía de repercutir en el coste de los salarios, pero también en los tiempos de ejecución, que podían alargarse notablemente, lo que aumentaría significativamente los costes de la construcción. Nuevamente la comparación entre las iglesias de San Lorenzo y San Miguel ilustra la variación del coste entre ambas tipologías:

En la iglesia de San Lorenzo de Vallejo de Mena se tallaron 1000 m³ de sillera de arenisca, es decir, 2 millones y medio de kg de piedra para construir sus muros (fig. 4). Cada sillar pesa aproximadamente 50 kg de peso, por lo que podemos estimar que habrían sido necesarios dos operarios para el manejo y disposición de cada sillar. Para la construcción de las bóvedas se utilizó mano de obra de mayor especialización, que tuvo que tallar 409 539 kg de piedra.

⁵⁷ La presencia de bóvedas angevinas y aquitanas en el valle de Mena señala esta relación con los territorios que ocupan la zona occidental francesa.

⁵⁸ Los ejemplos de los que no disponemos de datos sobre el aparejo son muy escasos, apenas un octavo del total, por lo que los resultados se pueden considerar concluyentes.

En la iglesia de San Miguel de Cornezuelo se tallaron 800 000 kg de piedra para construir los muros del edificio, y 14 150,6 kg para ejecutar las bóvedas⁵⁹ (fig. 7).

La comparación entre ambas obras –2900 toneladas de piedra tallada en el edificio de la tipología 1 y 814 toneladas en el de la tipología 2– permite afirmar que la mano de obra especializada habría supuesto 3,5 veces más en los edificios del tipo 1. Sin embargo, desconocemos el tiempo que tardaron en realizar estas obras, por lo que no podemos calcular el número de operarios contratados para tal fin.

La sillería es sin duda un aparejo mucho más caro, ya que implicaba la necesidad de contar con buenas canteras para extraer bloques de piedra resistentes y con un tamaño suficiente para poder desbastar el sillar con la dimensión y forma requeridas. Este tipo de aparejo incrementaría notablemente el gasto de transporte por tratarse de elementos de rotura frágil, que tendrían que protegerse durante el traslado para evitar las fracturas en la pieza y el mellado de los bordes. La independencia en la realización de unas actividades respecto de otras en la obra es una característica de la construcción medieval⁶⁰, como apuntaba Kimpel en sus estudios⁶¹. Los sillares se desbastarían primero en la cantera y después requerirían un repaso a pie de obra antes de su colocación, donde se podrían corregir las piezas que hubiesen sufrido daños en el traslado. La talla en cantera y a pie de obra serían actividades independientes entre sí, lo que facilitaría el trabajo y acortaría los plazos de ejecución. El traslado y la talla de la mampostería es mucho más sencilla y económica por su tamaño e irregularidad. Requiere bloques de piedra más pequeños y con menos condicionantes en la disposición de la veta, porque no necesita garantizar una resistencia mínima a la fractura frágil. Además, su talla habría necesitado menos trabajo y una menor especialización de los trabajadores. En algunos casos se podría haber reutilizado material de derribo de edificaciones circundantes o aquel sobrante de la talla de sillares en la cantera, especialmente si se trataba de mampuestos de menor tamaño y lajas, lo que habría abaratado aún más la construcción.

⁵⁹ Para construir la bóveda en vuelta de horno se habrían tallado 5670,6 kg de piedra, mientras que para la bóveda de cañón del presbiterio habrían sido necesarios 8480 kg.

⁶⁰ R. Bechmann, «Comment la standardisation et préfabrication, développées aux XII^e-XIII^e siècles dans le système de construction, ont permis l'extraordinaire floraison des cathédrales "gothiques"», en V. Nègre, R. Carvais, A. Guillerme y J. Sakarovitch (eds.), *Edifice & Artifice. Histoire Constructives. Actes du Premier Congrès Francophone d'Histoire de la Construction. Paris 19-21 de Juin 2008*, Paris, Picard, 2010, pp. 771-780.

⁶¹ D. Kimpel, «Le développement de la taille en série dans l'architecture médiévale et son rôle dans l'histoire économique», *Bulletin Monumental*, t. 135, 1977, pp. 195-222.

El uso de mampostería de escaso tamaño repercute en la cantidad de cal necesaria para construir los muros y, por tanto, en el número de hornos necesarios para producirla⁶². La sillería se colocaba prácticamente a hueso, ocupando las dos caras del muro, interior y exterior, siendo el relleno de cascotes de piedra, arena y cal. En el caso de los muros de mampostería y sillarejo, la cantidad de cal utilizada sería mayor, ya que además del relleno interior del muro habría sido necesario tomar con cal los mampuestos en ambas hojas y realizar un enfoscado final para proteger los muros.

En el siglo XI no existirían las infraestructuras necesarias en la zona para llevar a cabo una actividad constructiva con materiales no perecederos como la que se desarrolló con posterioridad. Probablemente la mano de obra especializada y los medios necesarios habrían surgido a partir de la demanda generada por la obra del monasterio de Oña. Los medios humanos se habrían trasladado al corazón de la región con posterioridad, dando lugar a las primeras iglesias. En el siglo XII se produce una gran explosión edilicia y se detecta tanto el uso de sillería como de otros aparejos, como mampostería o sillarejo, prácticamente en la misma proporción. La actividad edilicia debió de desarrollar dos niveles productivos para responder a dos tipos de demanda diferentes. Por un lado, el nivel más desarrollado asociado a edificios cuyos promotores gozaban de un mayor poder adquisitivo y que dinamizaron la producción en las canteras⁶³, las vías de comunicación y la formación y movimiento de profesionales especializados en cantería. Con este sistema conviviría una organización más informal que daría servicio a los edificios sufragados por promotores de menor poder económico⁶⁴, generando trabajo no especializado, rápido y económico, apro-

⁶² Es posible que muchos de estos edificios se construyesen con morteros de barro, lo que habría reducido el coste. Este dato no se ha podido comprobar a gran escala. La mayor parte de los edificios visitados han sido rejuntados recientemente con cemento, por lo que no es posible saber cuál era el mortero original. En la arquitectura medieval de la misma cronología construida en Álava y Treviño se ha detectado la utilización de morteros de barro en vez de cal. E. Alfaro Suescun, «La arquitectura eclesíastica en Álava y Treviño durante los siglos XII-XIII: promotores, constructores y significados en un momento de transición», *Arqueología de la Arquitectura*, 14, 2017, pp. 1-28.

⁶³ El uso de sillería fue mayoritario en la tipología 1, especialmente entre los siglos XI y XII. A partir del siglo XIII se empezó a combinar la sillería con el resto de aparejos.

⁶⁴ En la tipología 2 los edificios construidos con mampostería y aparejos económicos son más del doble respecto de aquellos realizados en sillería. En la primera mitad del siglo XII, las iglesias que formaban parte del tipo 2 se construyeron mayoritariamente en sillería; sin embargo, en la segunda mitad la mayor parte de edificios se ejecutaron de mampostería. A partir del siglo XIII, la sillería solo se utilizó en casos aislados hasta desaparecer. Las iglesias del subtipo 2A, con cabecera de testero plano abovedada, y del subtipo 2C, de cabecera semicircular y bóvedas en todo el edificio, se construyeron mayoritariamente en mampostería. Por el contrario, las de los subtipos 2B, con cabecera semicircular abovedada, y 2D, testero plano en la cabecera con bóvedas en todo el edificio, presentan el mismo número de casos construidos con sillería y con mampostería.

vechando material sobrante de la cantera o de derribo y que podría ejecutarse por la población local debidamente organizada. Ambos niveles económicos de producción y trabajo podrían superponerse y convivir.

Esta red de producción implementada a lo largo del siglo XII se iría transformando en el siglo XIII, momento en que los aparejos de menor calidad – como la mampostería– pasaron a ser los mayoritarios. La sillería fue desapareciendo rápidamente, lo que se habría traducido en un cambio en los sistemas de producción asociados a la construcción, siendo menos especializada, más rápida y más económica. Estos datos confirman la tendencia hacia la reducción de costes a partir de una menor cualificación de los talleres y una disminución en el trabajo realizado en la cantera.

4.6. Estructuras de mayor coste: bóvedas y torres

Construir bóvedas suponía un sobrecoste importante frente a las cubiertas de madera, ya que era necesario realizar previamente medios auxiliares, cimbras sólidas ejecutadas por carpinteros especializados. Esta madera no se podía reutilizar después de finalizar los trabajos, porque se degradaba en gran medida al estar a la intemperie y aguantar el desgaste durante los meses de obra. Además, las bóvedas requerían maestros con conocimientos en geometría y canteros especializados. Sus muros de apoyo debían ser más fuertes y robustos, con mayores grosores y más cantidad de material, capaces de contrarrestar los empujes de estas estructuras.

La cabecera de ábside semicircular cubierta con bóveda en vuelta de horno fue la solución más utilizada desde el siglo XI hasta la segunda mitad del siglo XIII⁶⁵. Este tipo de cabecera requería un mayor coste, con mano de obra especializada capaz de tallar los sillares de los muros curvos. La curvatura de la cara interior del muro es distinta a la de la cara exterior, por lo que era necesario utilizar herramientas diferentes para el intradós y el extradós de las fábricas, lo que complicaba la organización de la obra. Además, las caras laterales de los

⁶⁵ El número de iglesias con cabecera semicircular es casi el doble del de iglesias que presentan cabecera de testero plano. El uso de los ábsides semicirculares comenzó en el siglo XI, mientras que las iglesias de testero plano empezaron a construirse en el siglo XII. En todo caso, en el siglo XII las cabeceras semicirculares siguieron siendo las más numerosas, tendencia que se agudizó hacia la segunda mitad de este siglo, momento en que el número de casos de cabecera semicircular era 2,5 veces superior a las que presentaban el testero plano. En el siglo XIII ambas cabeceras eran utilizadas por igual; sin embargo, en la segunda mitad de la centuria el uso de la cabecera semicircular decreció notablemente.

sillares son convergentes entre sí. Por el contrario, la cabecera de testero plano se cubría con bóveda de cañón. Sus sillares no son curvos sino prismáticos, lo que habría simplificado la talla de forma notable.

Otra de las soluciones más empleadas en los siglos XI y XII son las cúpulas sobre trompas, cuya ejecución requiere también sillares curvos, con distinta curvatura en su cara de intradós y de extradós, y con lechos convergentes (fig. 8). Tanto en las cúpulas como en las bóvedas de horno, que son cuartos de esfera, los sillares de cada hilada son distintos respecto de los de las hiladas sucesivas. Las más bajas presentan radios de mayor abertura, mientras que las situadas a cotas más altas son anillos más cerrados, con sillares de curvatura más pronunciada. Esta particularidad obliga a utilizar distintos baiveles para cada hilada, lo que complica la talla y la organización de la obra.

A partir del siglo XII comenzaron a construirse las primeras bóvedas de crucería, como las bóvedas aquitanas de la iglesia de San Lorenzo en Vallejo de Mena (fig. 8). Estas estructuras eran masivas y requerían un importante trabajo de talla, similar al requerido en las cúpulas y bóvedas de horno. En estas bóvedas, a diferencia de los sillares de las cúpulas, las únicas piezas talladas con curvatura son los nervios. Los sillares de plementería son piezas prismáticas, sin curvatura y con sus caras paralelas entre sí, por lo que su ejecución habría sido más sencilla y se habría realizado a destajo por una cuadrilla de canteros. Estas piezas se colocaron casi a hueso, con una perfección en la talla tal que habría requerido realizarlas *in situ* para garantizar que encajasen perfectamente unas con otras. La simplificación en la talla de los plementos respecto de los sillares de las cúpulas y las bóvedas semiesféricas habría acortado los tiempos de ejecución y habría requerido una talla y organización más sencillas. En todo caso, son estructuras de transición que requerían aún una alta especialización de los canteros.

Otras bóvedas de crucería construidas entre los siglos XII y XIII presentan un menor número de nervios, únicamente cuatro, como las bóvedas angevinas de la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua de Butrera y son verdaderas bóvedas de crucería, concebidas como tales (fig. 8). En este tipo de estructuras la mano de obra especializada se empleaba en la talla de las dovelas de los nervios, piezas curvas con secciones complejas. Por el contrario, sus superficies de plementería se ejecutaron con sillarejos tomados con mortero de cal, donde las juntas permitían errores en las piezas, absorbiendo las imperfecciones de la talla, mucho menos especializada que en los casos anteriores. Las hiladas de los plementos no son iguales entre sí –algunas más estrechas que otras– e incluso en algunos casos se disponían en forma de cuña para corregir las desviaciones en la dirección de las hiladas previas. Este tipo de abovedamientos requería una menor especialización y presentaba menos dificultades en la talla. Además, se



Figura 8. Cúpula de la iglesia de San Pedro de Tejada (A); Bóvedas aquitanas en la iglesia de San Lorenzo en Vallejo de Mena (B); bóveda angevina en la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua de Butrera (C). Fotografías y modelos en 3D elaborados por la autora.

trataba de estructuras muy adaptables a los condicionantes previos de la fábrica, por lo que acabaron sustituyendo a las soluciones previas. La evolución de los abovedamientos indica nuevamente una tendencia al abaratamiento de los costes en la mano de obra.

Las cúpulas y bóvedas en vuelta de horno habrían necesitado complejas cimbras de madera, muy cuajadas de vigas y tableros para soportar los pesados sillares de cada hilada. En el caso de las cúpulas, una vez cerrado cada anillo de plementos, la hilada sería autoportante, pudiendo ser descimbrada para utilizar los medios auxiliares en las hiladas sucesivas. Esto no sería posible en las bóvedas en vuelta de horno, al ser cuartos de esfera, lo que habría complicado las cimbras considerablemente, elevando también el gasto. En el caso de las bóvedas de crucería, las cimbras habrían sido necesarias para el montaje de los nervios, pudiendo aligerar los medios auxiliares para la ejecución de las plementerías⁶⁶. Las bóvedas aquitanas, más parecidas en su ejecución a las cúpulas,

⁶⁶ Son superficies cuyo canto es notablemente menor que los grosores de los sillares en cúpulas y en bóvedas en vuelta de horno. Los nervios funcionan como cimbras permanentes, sirviendo de apoyo a las hiladas de la plementería, lo que habría aminorado el número de medios auxiliares en su ejecución.

habrían requerido una mayor cantidad de madera para sujetarlas, mientras que las bóvedas angevinas y las cuatripartitas se habrían ejecutado con sistemas más sencillos. Se percibe de nuevo una tendencia hacia el ahorro de costes, en este caso intentando reducir la cantidad de madera empleada, simplificando así los medios auxiliares⁶⁷.

Las bóvedas de crucería se utilizaron fundamentalmente en el valle de Mena. Este tipo de estructuras, bóvedas angevinas y aquitanas, son propias de los territorios próximos a la costa occidental francesa, de donde pudieron ser originarios los artífices que las construyeron.

Las torres son también elementos difíciles y costosos, especialmente por las alturas que alcanzaban, lo que complicaba las estructuras auxiliares, la carga y descarga del material y los trabajos de montaje. El diseño de los andamios era más complejo, ya que debían garantizar su estabilidad, tarea difícil por su gran altura. Las grúas debían ser también más complicadas al tener que elevar las cargas a cotas más altas. Además, solían ejecutarse otras estructuras asociadas a las torres, como los husillos o escaleras de caracol que facilitan su acceso. La mano de obra para su ejecución era especializada, ya que sus muros curvos requerían la talla de sillares con curvatura y caras convergentes. Tanto las torres como los husillos habrían jugado un papel defensivo en el edificio, con fuerte simbología, con saeteras estratégicamente posicionadas para defender el acceso.

CONCLUSIONES

La construcción con materiales duraderos en Las Merindades de Burgos comenzó en el siglo XI, aunque la verdadera explosión edilicia se produjo en la segunda mitad del siglo XII. Al principio la inversión económica en construcción fue mayor, empleando más recursos materiales y humanos; sin embargo, hacia finales de la cronología esta tendencia se invirtió, disminuyendo la especialización de la mano de obra y simplificando la estructura. El crecimiento exponencial del número de edificios a partir de 1150, especialmente de aquellas construcciones más modestas promovidas por la población local, indicaría que se pudo producir un aumento en el número de habitantes hacia el final de esta

⁶⁷ La madera era un material caro y amenazado ya en el siglo XIII. R. Bechmann, *Des arbres et des hommes. La forêt au moyen-âge*, France, Flammarion, 1984. R. Maira Vidal, «El estudio de los costes...», *op. cit.*, pp. 1-26.

centuria, lo que a su vez habría contribuido al desarrollo de la actividad edilicia. La población debió de estabilizarse a lo largo del siglo XIII.

Las iglesias más relevantes, realizadas por promotores adinerados, representativas del poder y símbolos del control del territorio, debieron de constituir el motor de la implantación de un sistema de producción para la construcción basado en el uso de la sillería y en la especialización de cuadrillas de canteros. La construcción de este tipo de edificios es mayor entre los siglos XI y XII, disminuyendo a partir del siglo XIII, probablemente porque ya no existía la necesidad de aumentar su número porque la representación del poder local en la zona estaría consolidada.

Menos de la mitad de las iglesias de menor entidad, llevadas a cabo por promotores con una capacidad económica más modesta, utilizaron los mismos recursos que las iglesias de mayor tamaño, sillería y mano de obra especializada, aunque en menor proporción, contribuyendo con la demanda generada al asentamiento de este tipo de producción. El resto de edificios de este tipo, algo más de la mitad, debieron de contar con un tejido productivo menos especializado, a cargo de la población local, que permitiría abaratar los costes. Ambos tipos de producción debieron de convivir en el siglo XII. Sin embargo, a partir del siglo XIII la especialización en cantería disminuyó y el gasto en los recursos empleados también. El tejido productivo especializado en cantería fue desapareciendo poco a poco, incluso de las iglesias de mayor entidad.

A lo largo de la cronología de estudio se detectan varios intentos por equilibrar el gasto general de la obra. Los materiales son de cercanía, prácticamente localizados *in situ*. En la mayor parte de los edificios de segundo orden el único espacio abovedado y ejecutado en sillería es la cabecera, lugar representativo del edificio donde la inversión era notablemente mayor respecto de la nave. Por el contrario, en las iglesias abovedadas completamente se intentó compensar la inversión en estas estructuras abaratando los costes en mano de obra, empleando aparejos más económicos –como la mampostería o el sillarejo– que no requerían canteros especializados. Los estudios realizados permiten afirmar que la construcción de bóvedas podía multiplicar por treinta el coste de la construcción, una diferencia difícil de asumir para la mayor parte de promotores.

La gran cantidad de iglesias construidas durante la cronología de estudio, especialmente entre 1150 y 1200, más de una cada año, nos permiten afirmar que la construcción no fue únicamente una inversión de la riqueza de los promotores como consecuencia de su economía creciente, sino que se conformó como uno de los motores económicos principales, dinamizando el trabajo y la actividad constructiva en la región.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a Ana Rodríguez y Therese Martin, investigadoras del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300», por la revisión de este texto. Agradezco también a Enrique Capdevila, responsable técnico del proyecto, la realización de los mapas de las figuras 1, 3 y 6 para este artículo a partir de los datos que he elaborado en mi investigación.

Nobiltà e pietrificazione della ricchezza fra città e campagna (Italia, 1000-1280)*

Sandro Carocci

Università di Roma «Tor Vergata»
carocci@lettere.uniroma2.it

In esilio in Francia da alcuni anni, intorno al 1265 Brunetto Latini scriveva nel *Trésor*, una enciclopedia ricchissima di osservazioni personali: «gli italiani, che guerreggiano spesso fra loro, [in città] amano fare torri e altre case in pietra, mentre fuori città fanno fossati, palizzate, mura, torrette e porte scorrevoli. I loro edifici sono forniti di mangani, pietre, frecce e di tutte le cose utili alla guerra, in difesa e attacco, per salvaguardare la vita degli uomini all'interno e all'esterno. I francesi, invece, fanno case grandi e confortevoli, e affrescate, con camere ampie, per avere gioia e piacere senza guerra e senza fastidi»¹.

Cosa c'è di vero nell'osservazione di uno dei massimi intellettuali della Firenze del secondo Duecento, il maestro di filosofia e retorica che avrebbe insegnato a Dante «come l'uom s'eterna»? In Italia l'edilizia dei ceti abbienti era davvero caratterizzata dall'asprezza bellica, da un'architettura di difesa e attacco così diversa da quella francese e europea? Cosa distingueva le regioni dell'Italia centro-settentrionale, familiari a Brunetto, da quelle del meridione? Perché, per la campagna, il *Trésor* parla di palizzate, fossati e torrette? In Italia, la pietrificazione era forse un fenomeno in primo luogo urbano? E quali spiegazioni possiamo dare alle (eventuali) peculiarità italiane?

* Questo lavoro è stato interamente realizzato con il progetto *Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300*. Questo progetto ha ricevuto un finanziamento dall'European Research Council (ERC) nell'ambito dell'European Union's Horizon 2020 research and innovation programme (grant agreement n.° 695515).

¹ Brunetto Latini, *Tresor*, a cura di P. G. Beltrami, Torino, Einaudi, 2007, pp. 228-229. Sull'autore, v. G. Inglese, «Latini, Brunetto», in *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 64, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Treccani, 2005, pp. 4-12.

1. CHIARIMENTI PRELIMINARI: PIETRIFICAZIONE, RICCHEZZA, NOBILTÀ

Per rispondere a queste domande, occorre analizzare nel loro insieme i caratteri dell'investimento edilizio realizzato dai vari gruppi nobiliari presenti in Italia dall'XI secolo fino al tardo XIII. Questa analisi è uno dei filoni del progetto ERC *Petrifying Wealth*, sul quale è opportuno fornire un chiarimento. Da chiarire, inoltre, è la stessa nozione di nobiltà.

L'espressione «pietrificazione della ricchezza», che ricorre anche nel titolo di questo contributo, si presta ad un duplice equivoco, che riguarda tanto la nozione di pietrificazione quanto quella di ricchezza. Il termine pietrificazione ha solo un valore evocatore del tema al centro del progetto: la proliferazione degli immobili in edilizia durevole. La durata di un edificio dipende anche dal tipo di materiale, e fra tutti i materiali durevoli indubbiamente spicca la pietra. Tuttavia nel nostro progetto la pietra è un emblema, una metonimia della durata nel tempo. Esistono altri materiali durevoli, in primo luogo laterizi. Ma soprattutto, la sopravvivenza di un immobile deriva, più ancora che dal materiale utilizzato, dalla complessità dei cicli produttivi e dei cantieri costruttivi che vi sono stati impiegati. Il livello minimo di «complessità durevole» nell'Europa meridionale è costituito dalla fabbricazione della calce, per legare pietre, mattoni, tapial/pisé. Dopo di che le tecniche edilizie durevoli sono molteplici: l'opera incerta, il tapial con calce, le murature realizzate con materiali di reimpiego, con bozze e conci nuovi, o con laterizi, oppure l'opera quadrata costruita con conci di cava perfettamente squadrati². L'esempio delle case contadine inglesi del XIII secolo a traviature curvate costruite da carpentieri specializzati attesta poi come nell'Europa settentrionale l'investimento edilizio per il futuro si è a volte basato non tanto sulla muratura, limitata alle basi in cui erano inserite le travi in legno, ma appunto sull'uso sapiente, condotto da specialisti all'interno di un cantiere complesso, di un materiale, il legno, che sbagliremmo a considerare come deperibile di per sé³.

Anche il secondo termine del binomio, la ricchezza, si presta ad equivoci. Il sottotitolo del progetto ERC, che qualifica il fenomeno come *Collective Investment in Identity* chiarisce che il dato economico, la ricchezza, non è la tematica centrale. Il processo che indaghiamo fu ben più complesso di un semplice fenomeno economico. Coinvolse l'economia, certamente, ma riguardò soprattutto il livello materiale e tecnico, il piano ideologico e religioso, quello delle identità sociali in-

² È quanto dimostrano bene i risultati del convegno *Il paesaggio pietrificato. La storia sociale dell'Europa tra X e XIII secolo attraverso l'archeologia del costruito* (Arezzo, 7-8 febbraio 2020), edito in *Archeologia dell'Architettura*, 26, 2021.

³ C. Dyer, «The revolution in constructing peasant buildings in Britain, 900-1300», in *Il paesaggio pietrificato...*, *op. cit.*, pp. 265-273.

dividuali, familiari e di gruppo, il piano dei simboli e delle ostentazioni, e infine il piano dell'affermazione politico-militare. La diffusione massiccia e generalizzata dell'architettura durevole avvenne a partire dal pieno XI secolo, dunque in una fase che si pensava tutta di crescita economica, e questo spiega perché in passato gli studi hanno interpretato questo cambiamento edilizio (quando lo hanno percepito) essenzialmente come un fenomeno economico, dovuto alla maggiore ricchezza prodotta e presente nell'Occidente latino. Contro questa lettura monocausale, si possono fare due osservazioni. La prima, è che ormai c'è la tendenza a ritardare al XII secolo inoltrato il vero momento di inizio dell'espansione economica medievale⁴. La seconda, e più importante, è che la crescita economica dei secoli XII-XIII è indubbiamente stata il *contesto* di quella che chiamiamo pietrificazione della ricchezza, un fattore cioè che la ha favorita e stimolata: ma non può essere vista come la sola o la principale causa. Il mutamento edilizio fu rapido, avvenne in sincronia anche in aree dall'andamento economico diverso, e in settori di diverso dinamismo economico (città e campagne; aree montuose e pianure). Più in generale, tanto nelle città che nelle campagne, contro letture economiciste va sottolineato che nella maggioranza dei casi la repentina diffusione dell'edilizia durevole non sembra collegabile ad un balzo in avanti dei redditi permesso dalla crescita economica. Questa nuova forma di consumo ha certamente potuto contare sul lento e plurisecolare aumento delle risorse economiche presenti nei mondi locali, ma è stata in primo luogo determinata da mutamenti di natura in senso lato culturale e sociale, non economica. Ad esempio, per la fine dell'XI secolo e per la prima metà o addirittura i primi due terzi del secolo successivo, il proliferare di torri all'interno delle città è solo in piccola parte collegato al decollo dell'economia urbana, ancora assente o nelle sue primissime fasi. Del resto anche quando l'economia è in netta crescita, il nesso con il processo di pietrificazione non è né scontato, né diretto. Il caso della Sicilia islamica, ricca e con un'economia molto complessa eppure priva di edilizia legata con malta di calce in larga scala, attesta bene come la costruzione duratura fosse un'opzione sociale e culturale, non il riflesso di una vitalità economica⁵.

La pietrificazione della ricchezza, peraltro, ha avuto anche una sua specifica faccia economica. Da un certo momento in poi, il fenomeno è un indicatore potente dei processi di crescita e di aumentata capacità di prelievo da parte di istituzioni, famiglie e gruppi. Come dirò più avanti, alla fine dell'XI secolo l'in-

⁴ Ad es., come anticipazione di una più vasta ricerca in corso, *ofr.* C. Wickham, «Prima della crescita: quale società?», in *La crescita economica dell'Occidente medievale. Un tema storico non ancora esaurito*, Roma, Viella, 2017, pp. 93-106.

⁵ A. Molinari, «La "pietrificazione" del costruito nell'Europa meridionale del pieno medioevo. Considerazioni comparative dalla prospettiva archeologica», in *Il paesaggio pietrificato...*, *op. cit.*, pp. 275-287.

tensa attività costruttiva portata avanti nelle campagne da molte famiglie nobili va senza dubbio collegata all'introduzione della signoria territoriale e dei suoi prelievi. Di massima, però, il nesso fra crescita economica e edilizia duratura è più complesso: l'aumento della capacità di spesa si accompagna a processi di commercializzazione e monetizzazione dell'economia, che a loro volta consentono la diffusione di lavoratori specializzati nell'edilizia, dando così la possibilità di rendere generali e accessibili a molti soggetti quei cicli produttivi complessi che sono indispensabili all'edilizia durevole. Ulteriore problema sono le ricadute economiche dei nuovi consumi architettonici: il diffondersi di cantieri complessi determinò l'apertura di un nuovo settore economico collegato alle costruzioni (non solo edilizia, ma cave, calcare, trasporti, infrastrutture), e nuove specializzazioni che diedero vita a un settore trainante e fondamentale per incrementare e accelerare la crescita economica. Possiamo dire che in questo caso il mutamento culturale, cioè i nuovi significati che i diversi soggetti sociali attribuirono all'edilizia, ha stimolato e per certi aspetti determinato il mutamento economico.

Il terzo chiarimento preliminare riguarda la natura e i caratteri della nobiltà. Come in tutte le storiografie europee, in Italia il tema è stato materia di discussioni infinite, che non è opportuno ripercorrere in questa sede. Mi limito a ricordare che, per l'XI-XIII secolo, con il termine nobiltà gli storici dell'Italia intendono una pluralità di soggetti sociali diversi. Il loro minimo comun denominatore è molto generale: la capacità di combattere a cavallo; tutti gli altri connotati (poteri, ricchezze, stile di vita, attività professionali, cultura, sistemi successori, ecc.) sono molto variabili.

Alcuni di questi nobili hanno una fisionomia tutto sommato simile a quella della nobiltà più diffusa in Europa: sono signori di uomini e terre. L'ampiezza dei loro possedimenti, dei loro poteri e della loro capacità di prelievo cambia in realtà moltissimo a seconda delle epoche e dei soggetti, ma il dato di fondo della loro supremazia – il dominio signorile – è abbastanza comune. Sempre nelle campagne, esiste poi una nobiltà per così dire di seconda fila, costituita da signori a piccolissima scala, che dominano su un piccolo gruppo di famiglie contadine; talvolta non esercitano formalmente nessun potere signorile, ma grazie all'ampiezza del patrimonio fondiario hanno comunque contadini che lavorano alle loro dipendenze. Sono *militēs castrī* e notabili locali di vario tipo, ancora male studiati e per i quali vedremo che è difficile individuare specifiche modalità di partecipazione al processo di pietrificazione⁶.

⁶ S. Carocci, *Signorie di Mezzogiorno. Società rurali, poteri aristocratici e monarchia (XII-XIII secolo)*, Roma, Viella, 2014, pp. 265-310; F. Del Tredici, «Militēs, conflitti ed edifici: ambiente rurale», in *Petrified Conflicts (Southern Europe, 1000-1300)*, i. c. s.

Se nelle campagne italiane la situazione nobiliare appare simile ad altre regioni europee, nelle città è invece per molti aspetti diversa. In tutte le città dell'Italia centro-settentrionale così come in alcuni centri urbani del Sud (e anche della Francia meridionale), la nobiltà è il gruppo sociale politicamente più attivo e a lungo egemone. Nell'ultimo ventennio, grazie soprattutto alle ricerche di Jean-Claude Maire Vigueur, è però cambiato il modo con cui gli storici considerano la nobiltà cittadina⁷. Si ritiene adesso che tutti i cittadini in grado di partecipare come cavalieri alle attività militari, il gruppo che le fonti chiamano la *militia* cittadina, usufruissero di privilegi politici, fiscali e economici che li qualificavano come nobiltà. Questo gruppo sociale era ampio, e poteva comprendere anche un decimo della popolazione. Era attraversato da forti differenze di ricchezza e di attività professionali, visto che annoverava sia grandi proprietari fondiari, compreso a volte qualche signore rurale, sia mercanti, banchieri, giuristi e medi proprietari fondiari. Eppure nella prima fase della storia dei comuni italiani restò un gruppo sociale omogeneo e egemone, che ovunque diede vita ai comuni, guidandoli per tutto il XII secolo e per parte del successivo. La condivisione di attività militari, privilegi fiscali e economici, stile di vita e valori culturali permise di superare le differenze sociali interne. L'espansione economica e demografica delle città, l'inurbamento di signori rurali e processi di polarizzazione politica accentuarono tuttavia nel corso del tempo le diversità interne alla *militia*, che già negli ultimi decenni del XII secolo iniziò a perdere quella omogeneità di fondo che l'aveva fino ad allora caratterizzata. Ne derivò una accentuazione della conflittualità interna, destinata come vedremo a incidere sugli investimenti edilizi.

In sede preliminare, occorre poi ricordare altre due caratteristiche della nobiltà italiana⁸. Una è comune a tutta la nobiltà europea, la seconda è peculiare (in parte) alla penisola. La caratteristica comune è il processo di definizione in senso agnatico della parentela. I raggruppamenti familiari altomedievali, che davano molto peso alle relazioni per via femminile, vennero sostituiti da parentele definite in modo sempre più rigido come un'esclusività maschile, dando vita al cosiddetto lignaggio agnatico. Il processo appare ovunque già solida-

⁷ J.-C. Maire Vigueur, *Cavalieri e cittadini. Guerra, conflitti e società nell'Italia comunale*, Bologna, Il Mulino, 2004; fra le numerose discussioni storiografiche, v. P. Grillo, «Cavalieri, cittadini e comune consolare», in *I comuni di Jean-Claude Maire Vigueur Percorsi storiografici*, a cura di M. T. Caciorgna, S. Carocci e A. Zorzi, Roma, Viella, 2014, pp. 157-176.

⁸ Rinvio soltanto alla sintesi di F. Leverotti, *Famiglia e istituzioni nel medioevo italiano. Dal tardo antico al rinascimento*, Roma, Carocci, 2005, e ai saggi raccolti in G. Duby e J. Le Goff (eds.), *Famiglia e parentela nell'Italia medievale*, Bologna, Il Mulino, 1982. Per il Sud, S. Carocci, *Signorie di Mezzogiorno...*, *op. cit.*, pp. 171-176.

mente avviato alla fine dell’XI secolo, e quasi ovunque giunge a compimento entro la metà del XII secolo. Se il lignaggio agnatico è la caratteristica comune, la successione egualitaria fra tutti i figli maschi è invece una caratteristica peculiare alla nobiltà dell’Italia centro-settentrionale (in realtà una peculiarità relativa, visto che è presente anche in alcune altre regioni dell’Europa meridionale). Per tutto il periodo qui considerato, dunque anche in un’epoca relativamente tarda, non esisteva la primogenitura, e almeno in teoria i figli cadetti avevano diritto a una quota dell’asse ereditario simile a quella del primogenito. Di conseguenza, i lignaggi agnatici subivano continue frammentazioni, e i rami successori si moltiplicavano ad ogni generazione. Così, mentre gli alberi genealogici di molte casate aristocratiche nord-europee, dove le ramificazioni sono rare, assomigliano a stretti cipressi, gli alberi genealogici della nobiltà italiana sembrano invece querce gigantesche, con un intrico di rami e sottorami. Come vedremo, tanto la definizione rigidamente maschile della parentela quanto la continua frammentazione successoria dei lignaggi agnatici ebbero un potente impatto sul significato sociale, politico e simbolico attribuito agli edifici familiari.

La situazione nell’Italia meridionale è diversa e più variegata. In alcune regioni del Sud, come la Sicilia, nelle città il lignaggio agnatico stentò a comparire, perché la parentela continuò a dare grande spazio anche alle relazioni per via femminile, unendo parentela agnatica e cognatica. In altre regioni, le famiglie nobili delle città sembrano seguire (mancano però studi adeguati) sviluppi simili a quelli dell’Italia centro-settentrionale, sia nella creazione di lignaggi agnatici che nella frammentazione successoria. Il passaggio al lignaggio agnatico si verificò appieno e con ancora maggiore precocità in quasi tutta la nobiltà signorile delle campagne, anche su influsso anche dei conquistatori normanni. Con maggiore gradualità, in questo gruppo nobiliare la pratica successoria dominante divenne nel corso della prima metà del XII secolo simile a quella dell’Europa settentrionale, perché (salvo in Abruzzo e per alcune singole famiglie) prevedeva il passaggio al solo primogenito della maggior parte del patrimonio familiare.

2. LE CAMPAGNE: MILITES E NOTABILI

È giunto adesso il momento di affrontare gli investimenti nobiliari in architettura durevole. Tratterò separatamente, come indica il titolo di questo contributo, città e campagna. È una distinzione che faccio per chiarezza espositiva, ma che in parte è fuori luogo, perché come vedremo molte famiglie nobili fecero impor-

tanti investimenti edilizi sia in città che in campagna. La cronologia considerata va dal 1000, quando è dato di scorgere i primi chiari segni di un processo di pietrificazione, fino al tardo XIII secolo, un'epoca in cui la nobiltà è ormai cambiata per effetto di mutamenti politici e sociali, riconfigurando radicalmente i suoi investimenti edilizi.

Inizierò con le campagne, e con le famiglie di *milites castri* e altri notabili locali. Non è facile, perché come dicevo quella dei *milites castri* è la tipologia di nobile sulla quale abbiamo di gran lunga il minor numero di informazioni. Gli scavi archeologici dei castelli-villaggio hanno privilegiato l'area dove aveva sede il potere signorile, posta di solito sulla sommità dell'insediamento, e hanno dedicato molta minore attenzione alle zone insediative sottostanti, dove vivevano i contadini e gli stessi cavalieri. E anche quando gli scavi hanno riguardato le residenze della popolazione, solo raramente è stata prestata adeguata attenzione al censimento degli edifici di maggior pregio. La conseguenza è che, dal punto di vista materiale, per adesso le élites dei castelli sono spesso invisibili⁹. Il potenziale informativo è peraltro elevato, come mostrano in Piemonte gli scavi condotti nel castello di Manzano, che hanno attribuito proprio ai cavalieri del castello la costruzione, nei primi decenni del XII secolo, di una serie di case in pietra. In questo caso «i cavalieri imitavano, su scala più ridotta, le strutture e i materiali» che da poco tempo, come vedremo, anche i loro signori avevano adottato. In questo modo i *milites* marcavano la distanza dal resto della popolazione del castello, che abitava ancora in case di legno¹⁰.

Moltiplicare esempi di questo tipo è difficile anche ricorrendo alle fonti scritte. Una eccezione è costituita dai villaggi sottoposti alla signoria del vescovo di Verona e dei canonici della cattedrale, illuminati da una ricca documentazione¹¹. Vescovo e canonici appaiono in una posizione di debolezza nei confronti di villaggi dinamici, a volte di grosse dimensioni, e con un ceto di notabili potente e ambizioso. In questi centri, il notabilato locale, costituito da quelli che le fonti designano *milites terreri*, cioè cavalieri non della città ma del territorio, condusse nel corso della seconda metà del XII secolo un'intensa attività edilizia, con la costruzione di torri e di veri e propri piccoli castelli. L'attività costruttiva

⁹ Non molto è cambiato da quanto osservavo nel 2010: S. Carocci, «Archeologia e mondi rurali dopo il Mille. Uno sguardo dalle fonti scritte», *Archeologia Medievale*, 37, 2010, pp. 259-266, pp. 261-262.

¹⁰ A. Fiore, *Il mutamento signorile. Aspetti di potere e comunicazione politica nelle campagne dell'Italia centro-settentrionale (1080-1130 c.)*, Firenze, FUP, 2017, p. 72.

¹¹ La documentazione è studiata e in buona parte pubblicata da A. Castagnetti, «*Ut nullus incipiat hedicare forticam*». *Comune veronese e signorie rurali nell'età di Federico I*, Verona, Libreria Universitaria Editrice, 1984.

si accompagnava a scontri fra le famiglie di notabili locali. Sappiamo che il vescovo, per riportare la pace nel suo villaggio di Porto di Legnago, aveva ordinato di abbattere le case più alte e di distruggere i loro apprestamenti difensivi in legno (*bertiscae, belfredi*)¹². Alcuni esponenti di grande spicco del notabilato locale cercavano addirittura di acquisire diritti signorili su una parte degli abitanti, e questi tentativi erano sostenuti, sotto il profilo edilizio, dalla costruzione di piccoli castelli. Per cercare di contenere le gravi minacce che simili operazioni recavano al proprio potere, vescovo e canonici alternarono divieti e distruzioni con tentativi di accordo. Nel 1174, e poi di nuovo negli anni successivi almeno fino al 1179, il vescovo e l'arciprete della cattedrale ottennero dal comune di Verona la conferma del *bannum* che avevano emanato, sotto la pena di 25 lire, contro la costruzione di «turrim, casaturrim, dugnonem, betefreudum et castellum neque aliam aliquam forticiam» in qualsiasi abitato sotto la loro signoria¹³. Nell'aprile del 1186, scomunicarono un notevole del villaggio di Bionde colpevole di proseguire nella costruzione di una propria fortificazione nonostante i divieti signorili. Ma il mese successivo acquistarono per ben 100 lire da altri tre cavalieri locali il *dugnonem et castellum cum fossatis et edificiis* che costoro avevano in passato edificato; e le fortificazioni vennero subito riconcesse in feudo ai venditori, adesso vincolati dalla fedeltà vassallatica e da una serie di obblighi più specifici¹⁴. La costruzione di torri all'interno dei villaggi appare poi molto più frequente di quella di piccoli castelli. A Cerea, nonostante i divieti episcopali, all'inizio del XIII secolo le fonti menzionano l'esistenza di una quindicina di torri appartenenti alle principali famiglie locali, e anche altrove, nelle terre del vescovo, sono attestati torri e scontri fra famiglie. Tutto questo ha giustamente permesso di parlare della «diffusione nei centri più grossi della campagna di un costume che si avvicina e potremmo dire “si modella” su quello già in atto nella società cittadina»¹⁵.

Casi come questi attestano che la nobiltà di secondo piano delle campagne ha certamente dato un grosso contributo alla trasformazione fisica che, come vedremo fra poco, i castelli subirono proprio nel XII secolo. Soprattutto nei centri più grandi e in genere destinati a liberarsi precocemente dal dominio signorile, la costruzione di torri da parte dei notabili locali dovette essere, dalla metà del XII secolo, un fenomeno abbastanza diffuso. Ha riguardato anche San Gimignano, il simbolo oggi per eccellenza dell'italico medioevo turrato, sotto la

¹² *Ibid.*, p. 43.

¹³ *Ibid.*, pp. 34-35 e doc. nn. 7-10, pp. 93-97.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 51-52 e doc. nn. 12-15, pp. 99-102.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 43-44, 48-50.

signoria del vescovo di Volterra fino al 1199¹⁶. Ma ne sappiamo in realtà ancora poco, poiché la documentazione scritta di solito è meno esplicita che nel caso veronese e gli studi sono in una fase iniziale.

3. LE CAMPAGNE: IL «PRIMO» INCASTELLAMENTO

Dal punto di vista dell'intensità delle ricerche, per le campagne italiane le cose cambiano del tutto se, abbandonati i livelli inferiori del mondo nobiliare, passiamo alle famiglie dotate di vere e proprie signorie. L'investimento edilizio di maggiore rilievo di questi signori rurali costituisce infatti una tematica che, dalla pubblicazione del libro di Pierre Toubert nel 1973, non ha cessato di appassionare un numero impressionante dapprima di storici e poi di archeologi: il castello¹⁷.

Rispetto all'impostazione di Toubert e alle prime ricerche, moltissimo è cambiato. Negli studi recenti sui castelli, la cifra interpretativa più comune è la variabilità, l'irriducibile molteplicità tanto nell'aspetto materiale dei castelli, quanto del loro impatto sul territorio. Una grande enfasi viene inoltre posta sulla gradualità e la lentezza di tutti i processi evolutivi e sulla necessità di sfumare e differenziare. Questa varietà e questa gradualità riguardano il rapporto fra castello e signoria, il suo impatto sull'insediamento, il significato economico e molti altri elementi, fra cui anche quello che qui più ci interessa, cioè la forma materiale dei castelli.

Molti studiosi stranieri, influenzati dalla modellizzazione di Toubert, considerano il castello italiano essenzialmente un villaggio fortificato. Invece ormai sappiamo che anche in Italia molti castelli erano residenze aristocratiche o, più raramente, presidi militari, depositi-rifugio, centri gestionali. Potevano essere insediamenti dominati da una rocca signorile interna al circuito difensivo, oppure da esso separata. Potevano avere settori palesemente privilegiati o esserne privi. Potevano essere del tutto o parzialmente in legno e in terra, oppure parzialmente o del tutto in muratura e pietra. «Il modello di castello di pietra fornito per il Lazio dal Toubert costituisce di fatto per molte aree un punto di arrivo di un processo di fortificazione degli insediamenti rurali a fini di difesa, prestigio e potere perseguito inizialmente con materiali la cui messa in opera

¹⁶ L. Giorgi e P. Matracchi, *Le torri di San Gimignano: architettura, città, restauro*, Firenze, DIDAPress, 2019.

¹⁷ P. Toubert, *Les structures du Latium Médiéval. Le Latium méridional et la Sabine du X^e à la fin du XII^e siècle*, Roma, École Française de Rome, 1973.

non richiedeva dispiego di forza lavoro e capacità organizzative e tecniche specializzate e neppure forte potere di coercizione»¹⁸.

Pur nella grande varietà di situazioni, credo gli studi permettano di individuare uno sviluppo abbastanza chiaro¹⁹. Per l'Italia si deve parlare non di incastellamento, al singolare, ma di incastellamenti, al plurale. Per sintetizzare, possiamo dire che in Italia fra X e XIII secolo si sono succeduti almeno tre diversi incastellamenti.

Il primo incastellamento è avvenuto nell'epoca più studiata da Toubert: il X secolo e la prima metà dell'XI secolo. Durante questa prima fase, i castelli italiani assomigliano ben poco, anche nel Lazio, al villaggio fortificato e tutto in muratura che descriveva Toubert. All'opposto, le strutture materiali più attestate dagli scavi sono costituite da difese fatte di palizzate di travi, terrapieni, fossati e a volte motte, che proteggevano case e magazzini in legno o tecnica mista. Per tutto il X secolo, l'utilizzo della muratura per le cinte difensive e le torri compare solo in via eccezionale, in una piccola minoranza di castelli.

Queste eccezioni sono collegate quasi immancabilmente a un rapporto stretto con il potere pubblico: le prime murature compaiono cioè in centri appartenenti al fisco regio, oppure a marchesi e altri grandi ufficiali legati ai sovrani; talvolta anche a qualche vescovo. Sono castelli che Giovanna Bianchi ha non a caso etichettato, proprio per sottolinearne l'eccezionalità, come «siti fuori scala». Anche nei centri del fisco regio, peraltro, il ricorso alla muratura non era sempre reputato necessario. Lo attesta bene l'esempio di Vetricella, nella Toscana meridionale. Qui la torre in legno, protetta da una triplice cerchia di fossati e innalzata nella seconda metà del IX secolo al centro di una grande proprietà regia, subì alla fine del secolo successivo una grossa trasformazione che comprendeva una ricostruzione in forme più complesse, la creazione di una chiesa con cimitero, e altri interventi, fra cui la colmatura di parte dei fossati e la pavimentazione con malta dell'area esterna alla torre: ma nonostante l'abbondante uso di malta di calce, testimoniato anche dalla costruzione di due miscelatori, la diffusione della muratura rimase limitatissima, perché fu impiegata soltanto nel basamento in pietra che sosteneva la torre, costruita in legno o materiali misti²⁰.

¹⁸ P. Galetti, «Edilizia residenziale e incastellamento», in A. Augenti e P. Galetti (eds.), *L'incastellamento: storia e archeologia. A 40 anni da Les structures di Pierre Toubert*, Spoleto, CISAM, 2018, pp. 65-80, p. 76.

¹⁹ Salvo diversa indicazione, per l'Italia centro-settentrionale in questo e il prossimo paragrafo riassumo quanto ho detto in «Conclusioni. I tanti incastellamenti italiani», in A. Augenti e P. Galetti (eds.), *L'incastellamento...*, *op. cit.*, pp. 513-528.

²⁰ G. Bianchi, «Dalla pietrificazione dei poteri alla pietrificazione della ricchezza. Uso funzionale e simbolico della pietra tra Toscana e Centro-Nord della penisola (X-XII secolo)», in *Il paesaggio pietrificato...*, *op. cit.*, pp. 97-117.



Figura 1. A sinistra: Campiglia Marittima (L). Ricostruzione dell'abitato di X secolo (immagine tratta da G. Bianchi, *Campiglia. Un castello e il suo territorio*, Firenze, All'Insegna del Giglio, 2003, p. 181). A destra: il sito di Vetricella (Scarlaro, GR). Ipotesi ricostruttiva della torre caratterizzata da un basamento in pietra (9 x 9 m ca.) e alzata in legno (ricostruzione grafica di Francesco Sala, progetto Erc-Advanced nEU-Med, UNISI, con modifiche).

Nella prima metà dell'XI secolo osserviamo un aumento delle cinte murate e delle torri in pietra, questa volta anche per iniziativa, in alcuni casi, di famiglie nobili. Tuttavia si trattava in genere di iniziative piuttosto modeste per dimensioni e complessità strutturale, e piuttosto rare. Anche queste, infatti, erano eccezioni. Le famiglie nobili ancora in molti casi non fondavano affatto castelli; e quando decidevano di farlo, non riconoscevano nel castello un luogo dove effettuare grandi investimenti economici, politici e simbolici. Per un'edilizia duratura c'era ancora davvero poco spazio.

La constatazione può essere estesa, ma con alcuni significativi aggiustamenti, alle regioni meridionali della penisola prima della conquista normanna. Nella Sicilia ancora islamica e nei territori bizantini di Puglia, la forza degli apparati statali e la debolezza delle aristocrazie, quando non addirittura la loro completa assenza, rendono impossibile parlare di castelli di proprietà nobiliare. Per il resto del meridione, l'effettiva portata dell'incastellamento pre-normanno è oggetto di valutazioni discordanti, e le certezze sulla configurazione materiale dei castelli risultano scarse, perché se gli studi, sostenuti da una manciata di fonti scritte, danno per scontata la diffusa presenza di muratura, i dati archeologici sono del tutto insufficienti. La linea interpretativa che va prevalendo ha comunque abbandonato l'idea di un incastellamento nobiliare diffuso e precoce. Questo ridimensionamento ha riguardato anche l'Abruzzo, per cui in passato era stata proposta un'evoluzione molto simile a quella fornita per il Lazio da Toubert. Se alcuni castelli nobiliari in Abruzzo vennero in effetti costruiti già nel X secolo e nella prima metà del successivo, si trattò per lo più di iniziative condotte dai conti e che hanno riguardato solo alcune aree. Anche nei territori

di Montecassino e nei principati di Capua e Benevento la creazione di castelli prima dell'appesantirsi della presenza normanna, sensibile dal 1040-50, è stata ridimensionata nel numero e, soprattutto, sottratta all'idea di un'attiva e spontanea iniziativa aristocratica. I castelli di fondazione aristocratica non solo appaiono meno numerosi di quelli voluti da monasteri e principi, ma spesso i loro nobili fondatori sembrano agire in collegamento con il potere pubblico, e non in autonomia. Più a meridione, cioè in gran parte di Campania, Basilicata e Calabria, la fondazione di castelli restò poi rara fino alla conquista normanna²¹.

4. IL «SECONDO» E IL «TERZO» INCASTELLAMENTO

Dalla metà e con più frequenza dall'ultimo ventennio dell'XI secolo, i castelli subirono grandi trasformazioni materiali. Iniziò una fase nuova, un «secondo incastellamento» che dal 1060-80 si protrasse fin dopo la metà del XII secolo. In quest'epoca il cambiamento materiale appare enorme: riguarda il passaggio dal legno alla pietra di molti ma non di tutti i castelli, e soprattutto le dimensioni e il livello di complessità e monumentalità dei castelli. Vennero costruite cinte possenti a chiusura dell'area sommitale, create robuste torri, cisterne e palazzi, rifondate chiese e, in un secondo momento, edificate case in muratura per gli abitanti interni e esterni alla cinta fortificata.

Per la prima volta, nella maggioranza dei castelli comparvero zone destinate alla residenza signorile: segno chiaro che la nobiltà sceglieva adesso di compiere cospicui investimenti nella configurazione materiale dei castelli perché molte famiglie nobili della città si trasferivano in campagna, e dunque nei castelli. Un buon numero di castelli non ospitava contadini, ma solo i signori con il loro seguito. Solo in questa fase il castello diventava centrale nella sfera del potere, del prelievo di risorse, nelle rappresentazioni della preminenza sociale, nei modi di inquadramento della popolazione rurale. «Questo cambiamento materiale dei castelli non rappresenta solo una crescita della loro efficacia militare, ma anche un mutamento di funzioni, da strumento militare più o meno precario a stabile struttura politica»²².

Un cambiamento analogo, ma reso più veloce e drammatico dalla conquista normanna, si verificò in tutto il meridione già dalla metà dell'XI secolo.

²¹ Un'esposizione critica delle ricerche in S. Carocci, *Signorie di Mezzogiorno...*, pp. 46-56, cui si aggiunga almeno G. Noyé, «New Light on the Society of Byzantine Italy», in J. Howard-Johnston (ed.), *Social Change in Town and Country in Eleventh-Century Byzantium*, Oxford, OUP, 2020, pp. 157-195.

²² L. Provero, «Dall'incastellamento alle signorie: risorse, società e poteri», in A. Augenti e P. Galetti (eds.), *L'incastellamento...*, *op. cit.*, pp. 51-63, p. 57.

Soprattutto dall'ultimo terzo del secolo, con la stabilizzazione dell'insediamento normanno i castelli si moltiplicarono ovunque (ad eccezione della Sicilia e, in una prima fase, della Calabria centro-meridionale), e acquistarono una centralità assoluta nella geografia politica. Proclamarsi *senior* o *dominator* di un castello divenne per la nobiltà normanna non solo un'ostentazione ricorrente, ma l'elemento base per affermare la propria preminenza²³. La fisionomia materiale dei primi castelli normanni appare variabilissima, e vi sono siti, come quello ben indagato di Vaccarizza in Puglia, dove i nuovi signori eressero una torre in legno su motta; in altri siti la fortificazione protesse anche l'insediamento, dal quale comunque sempre si differenziava la parte signorile, protetta da una cinta di solito quadrangolare con al centro o ai margini una torre più o meno possente. Di solito l'investimento edilizio della nuova nobiltà signorile prevede l'utilizzo di muratura irregolare, costituita da conci di piccola o media taglia spaccati o appena sbazzati. «Alla regolarità e all'eleganza degli apparati murari» non era dunque assegnato «un ruolo rappresentativo del potere», visto che con quella bella opera quadrata che proprio loro avevano introdotto i conquistatori normanni edificarono soltanto le chiese²⁴.

In questa fase, a quasi due secoli dalla loro comparsa nel territorio italiano, i castelli sono allo stesso tempo una causa e una prova dell'affermarsi di una signoria nel senso pieno del termine, una signoria che assume una fisionomia territoriale, sviluppa nuovi poteri di controllo, accresce il tasso di violenza, innalza il prelievo sulla produzione contadina.

In questo contesto, per la prima volta vi erano le ragioni perché la nobiltà avesse i mezzi economici e soprattutto le ragioni materiali e politiche per compiere nei castelli grandi investimenti in un'edilizia durevole. La spiegazione principale del mutamento è qui. Tuttavia non è possibile considerare i nuovi castelli sempre e soltanto un epifenomeno della signoria, cioè la prova del cambiamento avvenuto con lo sviluppo dei poteri territoriali di prelievo e comando. Sappiamo che la materialità dei castelli non va collegata solo al concreto esercizio del potere, ma è gravida di simboli. Oltre a motivazioni funzionali, l'imponenza di muri di cinta, torrioni e palazzi aveva ragioni immateriali, di tipo simbolico e ideologico; talvolta, erano queste la principale o addirittura l'unica ragione delle scelte edilizie compiute. Anche l'ubicazione delle fortezze aveva una valenza

²³ S. Carocci, *Signorie di Mezzogiorno...*, *op. cit.*, pp. 69-71.

²⁴ Oltre a S. Carocci, *Signorie di Mezzogiorno...*, *op. cit.*, pp. 92-97, si vedano almeno P. Favia, «Luoghi, tempi, protagonisti, contesti e declinazioni dell'incastellamento nella Puglia centro-settentrionale», in A. Augenti e P. Galetti (eds.), *L'incastellamento...*, *op. cit.*, pp. 413-435; R. Giuliani, «La pietrificazione del paesaggio costruito fra X e XII secolo in Puglia centro-settentrionale nel panorama edilizio del Mezzogiorno: i dati archeologici», in *Il paesaggio pietrificato...*, *op. cit.*, pp. 37-51.

simbolica. Per i tanti castelli che in Val d'Aosta sovrastano dall'alto le vallate, è stato ad esempio sostenuto che la loro collocazione non mirava, com'è uso dire, al controllo delle vie di comunicazione, ma aveva «un preciso scopo ostentatorio, doveva cioè essere visibile dalla popolazione e dai viaggiatori: per divenire esibizione di se stesso, della sua autorità e delle sue qualità architettoniche, il castello cioè non doveva vedere ma essere visto»²⁵.

Questo valore di simbolo e ostentazione spiega perché una ricerca di monumentalità appaia presente anche in zone dove le signorie erano frammentate, deboli, lontane dal potere esercitare liberamente violenze e esosi prelievi. Tuttavia, quando la presa signorile era modesta, o persino evanescente, i signori potevano rassegnarsi a una scelta opposta, di totale disinteresse per l'investimento in fortificazioni. In questi casi, a volte optavano per accollare direttamente ai sottoposti gli oneri di pietrificazione. Ad esempio nel 1138 i canonici di Verona concordarono una forte riduzione del prelievo signorile sul loro castello di Poiano, ottenendo in cambio l'impegno dei sottoposti a «rifare e rafforzare (*reficere et confirmare*) con pietra e calce» la torre e le mura del castello, fino ad allora con tutta probabilità ancora in legno; alcuni anni prima, nel 1121, gli abitanti di un altro castello dei canonici, Marzana, avevano promesso di costruire *de malta calcine* una torre merlata, il muro di cinta con camminamento e le proprie case²⁶. Oppure, semplicemente, i signori non effettuavano e non facevano effettuare alcun investimento edilizio. Nel vasto territorio intorno a Milano, dove per varie ragioni la signoria di tipo territoriale stentò ad affermarsi per tutto il XII secolo, i castelli, pur numerosi, non subirono quel processo di accrescimento edilizio tipico della fase del secondo incastellamento²⁷.

Alla metà del XII secolo nella storia dei castelli italiani cominciò una nuova fase, definibile come un «terzo incastellamento». Iniziò allora e proseguì fino al pieno XIII secolo un processo di selezione, ampliamento e nuova configurazione materiale di un certo numero di castelli. Il paesaggio dei castelli subì un ulteriore cambiamento.

²⁵ M. Cortelazzo, «La metamorfosi di un paesaggio alpino: l'incastellamento valdostano tra X e XIII secolo», *Bulletin d'études préhistoriques et archéologiques alpines*, 28, 2017, pp. 181-220, a p. 182; *cf.* anche A. Fiore, *Il mutamento signorile...*, *op. cit.*, p. 66.

²⁶ A. Castagnetti, *Le comunità rurali dalla soggezione signorile alla giurisdizione del comune cittadino*, Verona, Libreria Universitaria Editrice, 1983, documenti alle pp. 97-110, n. 11 (Marzana), e n. 12 (Poiano: «reficere et confirmare debent supradictum castrum, quod Pulianum dicitur, de turre et muro cum petra et calce secundum arbitrium duorum bonorum hominum dehinc usque ad festivitatem sancti Michaelis et postea ad novem annos»). Per questi e altri esempi, *cf.* A. A. Settia, *Castelli medievali*, Bologna, Il Mulino, 2017, pp. 102-112.

²⁷ F. Del Tredici, «Castelli, mutazione signorile e crescita economica nell'Italia dei secoli XI-XII. Il caso di Milano e del suo territorio», *Reti Medievali Rivista*, 23, 2022, i.c.s.

La regione dove il fenomeno è stato meglio studiato è la Toscana. Qui fra 1150 e 1230 grandi signori laici ed ecclesiastici promossero la fondazione ex novo o la rifondazione in forme profondamente innovate di decine e decine di insediamenti castrensi. Queste iniziative comportarono spesso accordi fra signori diversi, che accettavano di contribuire al nuovo insediamento sia con risorse economiche e politiche, sia promuovendo il trasferimento di loro soggetti. In altre regioni la cronologia è un po' diversa, e a Nord un buon numero di nuovi insediamenti non venne creato dalla nobiltà, ma dai comuni cittadini. Ovunque comunque i nuovi castelli presentano i requisiti di quell'*urbanisme villageois* che Toubert poneva all'origine dell'incastellamento: erano abitati pianificati, con una certa regolarità topografica, con buone cinte murarie, con un vasto utilizzo di calce e pietra tanto nelle strutture signorili quanto in gran parte delle abitazioni contadine (dove peraltro la muratura si impose completamente solo nel corso del XIII secolo). Avevano in genere una popolazione numerosa, che spontaneamente oppure in seguito al trasferimento programmato da altri siti, castrensi e non, si concentrava nelle nuove realtà, che vincevano nella competizione per attrarre popolazione e risorse economiche. Casi famosi sono fondazioni di centri proto-urbani: Mentecurliano e Radicondoli degli Aldobrandeschi, Poggio Bonizo e Montevarchi dei Guidi, Semifonte degli Alberti²⁸. In questi centri, l'investimento in edilizia durevole era promosso dai signori, ma veniva anche praticato spontaneamente da un numero crescente di abitanti, cui la crescita economica dava i mezzi per emulare il comportamento dei ceti signorili e degli abitanti delle città. Era in castelli di questo tipo che soprattutto sorgevano le torri costruite da notabili locali, di cui ho parlato all'inizio.

In queste operazioni un ruolo importante venne giocato sia da accordi fra signori diversi, sia da pattuizioni interne alle parentele, quelle *societates* fra *consortes* che la continua proliferazione di rami successori, tipica della nobiltà italiana, rendeva come vedremo molto frequenti all'interno delle città. Per i castelli, un caso eclatante, che peraltro prevedeva interventi edilizi limitati alla sola rocca, è il consorzio giurato nel 1218 dai due rami di un antico casato che prendevano nome da due castelli, Corvaia e Vallecchia, posti uno di fronte all'altro a dominio della strada che dal mare portava a Lucca. Nel 1218 gli esponenti della *domus* di Corvaia e di quella di Vallecchia decisero, assieme a numerose altre famiglie aristocratiche dell'area, di mettere in comune tutte le terre, gli edifici, i castelli, gli uomini e i diritti signorili per costituire un ampio consorzio, guidato da un

²⁸ M. E. Cortese, *Castra e terre nuove. Strategie signorili e cittadine per la fondazione di nuovi insediamenti in Toscana (metà XII-fine XIII secolo)*, in D. Friedman, P. Pirillo (a cura di), *Le terre nuove*, Firenze, 2004, pp. 283-318, a pp. 297-303.

rector nominato ad anni alterni dalle due *domus*. Grandi lavori erano previsti per migliorare le strutture difensive di uno dei due castelli principali, Vallecchia, dove entro tre anni un *castrarum cum turre* doveva essere costruito a spese dei Vallecchia stessi seguendo però, quanto ad ampiezza e dimensioni, le indicazioni dei Corvaia, che evidentemente avevano già adeguato il proprio castello ai nuovi standard dell'edilizia fortificata²⁹.

Nel meridione la situazione è meno chiara. Nei castelli, gli interventi signorili di drastico ampliamento demografico e materiale, simili a quelli osservabili nel centro-nord, sembrano molto più rari. Gli insediamenti maggiori sotto il dominio signorile erano tuttavia *civitates*, con vescovi, clero e una società abbastanza differenziata, ed è difficile accertare quando lo sviluppo manifestato da alcune di queste città dipendesse dall'iniziativa signorile, o fosse piuttosto il portato di una dinamica indipendente. Nelle città come nei castelli, appaiono comunque diffusi miglioramenti nell'ampiezza e nella complessità delle strutture edilizie e un più completo ricorso alla muratura. Alla metà del XII secolo, il settore signorile dei siti manifesta a volte quello che è stato descritto come «l'abbandono da parte della committenza normanna del presidio cosiddetto "turriforme", costituito dal *donjon* quadrangolo posto al centro o ai margini di un angusto circuito difensivo», a favore di «un nuovo modello castrale con evidenti connotati palaziali»³⁰.

Questa trasformazione è evidente in un piccolo numero di siti, appartenenti alla massima aristocrazia del Regno, e conosce in età sveva esiti notevolissimi, ma circoscritti a pochi casi peculiari. Vicino Acerra, su un'altura isolata, il conte Tommaso II d'Aquino costruì dopo il 1240 il Castello del Matinale, una residenza fortificata quadrangolare, con cinque torri e un cortile interno circondato su tutti i lati da edifici di rilievo³¹. A Caserta, subito fuori dalle mura cittadine i conti, nel terzo quarto del XII secolo, sostituirono il precedente torrione signorile con un palazzo posto in una cinta esagonale, che poi, dal 1240, conobbe miglioramenti impressionanti: lungo tutte le pareti interne della cinta esagonale venne costruito un corpo di fabbrica continuo, destinato a fungere da sontuosa residenza e dotato di saloni voltati, di «un monumentale sistema

²⁹ Il patto di consorzio è edito da F. Niccolai, *I consorzi nobiliari ed il comune nell'alta e media Italia*, Bologna, Zanichelli, 1940, pp. 139-143; sulla famiglia, P. Tomei, «*Milites elegantes*». *Le strutture aristocratiche nel territorio lucchese (800-1100 c.)*, Firenze, Firenze University Press, 2019, pp. 243-267 (pp. 263-266 sul documento del 1218).

³⁰ P. F. Pistilli, *Castelli normanni e svevi in Terra di Lavoro. Insediamenti fortificati in un territorio di confine*, San Casciano, Libro Co. Italia, 2003, p. 180.

³¹ *Ibid.*, pp. 187-208.

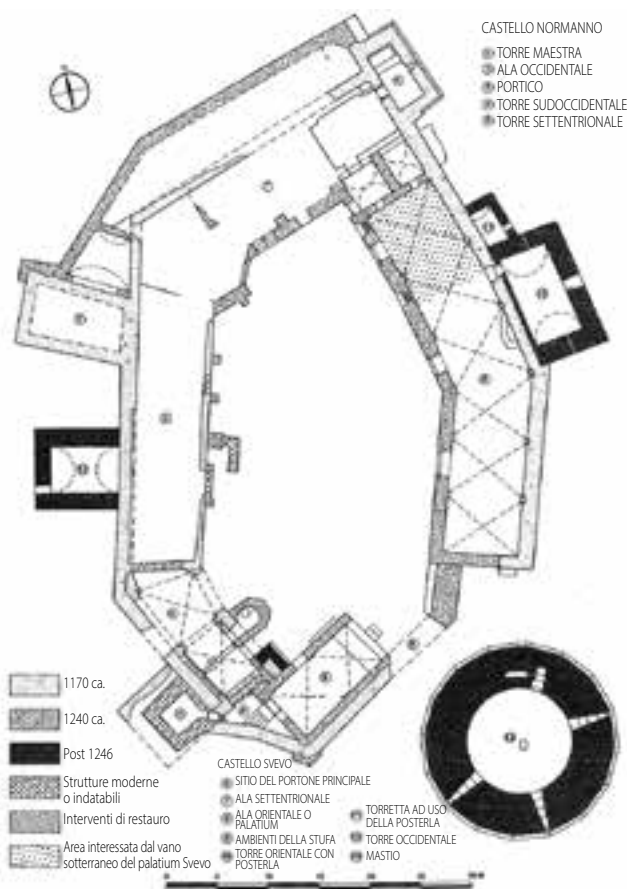
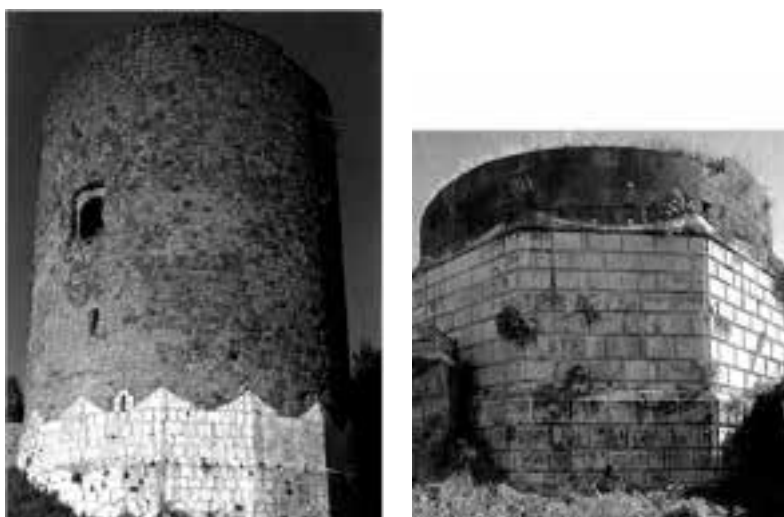


Figura 2. Il castello di Casertavecchia: in alto a sinistra veduta del mastio da sud-ovest; in alto a destra il basamento della torre occidentale della Porta delle Torri di Capua; in basso pianta del pianoterra del castello di Casertavecchia (immagini tratte da P. F. Pistilli, *Castelli...*, op. cit., pp. 152, 154, 176).

finestrato» e di strutture di comfort, come un complesso termale³². Dopo pochi anni al castello vennero aggiunti due bastioni rettangolari e, subito all'esterno della porta di ingresso, uno sbalorditivo mastio cilindrico collegato al castello da ponti retraibili e dotato di caratteristiche uniche nel panorama signorile italiano del tempo. Aveva 20 metri di diametro, 30 di altezza, murature spesse oltre 4 metri, rampe di scale collocate nello spessore della muratura, un'ampia cisterna al piano terra, una stanza intermedia voltata e una sala di rappresentanza con camino al piano superiore. All'esterno, la muratura attesta livelli davvero inusuali di ostentazione architettonica: per i primi metri il paramento è costituito da due fasce poliedriche di sedici lati in regolari e bianchi conci di calcare, che nella parte superiore presentano in ciascuno dei sedici spigoli dei prismi triangolari, in origine forse decorati con emblemi della famiglia e destinati a permettere il passaggio dall'impianto poligonale alla sovrastante struttura circolare, costituita da blocchi di tufo, scuri e attentamente squadriati.

Ad Acerra come a Caserta, sarebbe sbagliato vedere in queste sontuose realizzazioni architettoniche un esempio delle residenze tipiche della grande aristocrazia meridionale. Entrambi i conti erano importanti funzionari della corte imperiale, e soprattutto entrambi erano generi dell'imperatore, di cui avevano sposato due figlie. Nella pianta, nella collocazione, nelle strutture interne e nelle ostentazioni architettoniche le loro realizzazioni edilizie manifestano molteplici punti di contatto con le *domus* imperiali federiciane. La singolare architettura del mastio cilindrico di Caserta è poi una citazione esplicita della non lontana e sontuosa Porta delle Torri di Capua, costruita pochi anni prima da Federico II per marcare scenograficamente l'ingresso nel Regno, della quale il mastio di Caserta riprende lo zoccolo in due fasce poliedriche più chiare raccordato da prismi triangolari ad un elevato circolare in muratura più scura. Questa «emulazione della raffinata ed esigente committenza federiciane da parte di un potente dignitario di corte» e di un genero dell'imperatore esprimeva in primo luogo il potere di Federico II, più che della stirpe comitale, e lo stesso accadeva per il castello di Tommaso d'Aquino, anch'egli conte, ma in primo luogo genero e funzionario dell'imperatore³³. Si può essere certi che agli altri esponenti della massima aristocrazia del Regno simili ostentazioni architettoniche fossero precluse: Federico II non soltanto aveva vietato ogni

³² *Ibid.*, pp. 152-187, offre un'analisi storico-architettonica di dettaglio, con illustrazione anche dei possibili modelli francesi per il mastio cilindrico.

³³ *Ibid.*, p. 183, peraltro con un'enfasi eccessiva di un supposto ruolo di «celebrazione della casata comitale» presente nella costruzione; sulla porta capuana, oggetto di ampia bibliografia, rinvio solo a M. D'Onofrio, «Capua, Porta di», in *Federico II. Enciclopedia fridericana*, I, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2005, pp. 229-236.

nuova fortificazione, ma aveva condotto una politica demolitoria nei confronti dei maggiori casati, al punto che alla morte dell'imperatore appena quattro contee conservavano un titolare³⁴.

5. ALTRI INVESTIMENTI RURALI

I castelli naturalmente non erano l'unico investimento edilizio effettuato dalla nobiltà nelle campagne. I nobili investivano in macchinari che fornivano loro grandi redditi, come mulini, frantoi, gualchiere, e in altre strutture funzionali a produzione e scambi, come ponti e canali³⁵. Se mulini e macchinari erano i maggiori investimenti edilizi effettuati dalla nobiltà rurale fuori dai castelli, la nobiltà cittadina nelle campagne praticava un'attività edilizia destinata in primo luogo a valorizzare le sue proprietà fondiari. È il caso delle *cassine* lombarde, dei poderi toscani, delle aziende fortificate di varia natura realizzate dai proprietari cittadini³⁶.

Un altro esempio sono i massicci interventi edilizi che la nobiltà di Roma effettuò dalla fine del XII secolo e per tutto il XIII secolo nelle grandi aziende agrarie che andava costituendo nella Campagna Romana, i cosiddetti casali³⁷. Nelle centinaia di casali creati dalla nobiltà romana nel raggio di circa 30 km dalla città, quasi sempre troviamo una torre e un *castellarium*. Le torri erano alte 20, talvolta 30 metri. Avevano pianta in prevalenza quadrata, con il lato di 4-7 metri. La sommità era coronata di merli, dotata di ventiere lignee e di caditoie. Le aperture erano costituite da feritoie, al piano terreno, e da finestre, ai piani superiori. Per aumentare la sicurezza, l'accesso alla torre era spesso consentito da una porta situata al primo livello, mediante scale rimovibili. Il *castellarium* era una cinta difensiva che circondava torre e altri edifici. Aveva dimensioni molto variabili. Spesso era alta solo 2-3 metri, e senza ulteriori fortificazioni; in alcuni casi era merlata e dotata di una torre a controllo della porta di ingresso. All'interno del *castellarium* vennero costruiti abitazioni di vario tipo, in legno le più semplici e in muratura le più complesse. Le fonti ricordano anche *domus*

³⁴ Una sintesi degli interventi imperiali a controllo della nobiltà in S. Carocci, *Signorie di Mezzogiorno...*, *op. cit.*, pp. 168-197.

³⁵ Il tema è stato oggetto del convegno *Building for Economy. New Perspectives on the Economic Take-Off in Southern Europe (1050-1300)*, 15-16 settembre 2021, i cui atti sono in stampa.

³⁶ L. Tabarrini, «Giving form to the demand for agricultural commodities in northern and central Italy: Landed estates and their buildings (12th-13th centuries)», in *Building for Economy...*, *op. cit.*

³⁷ S. Carocci e M. Venditelli, *L'origine della Campagna Romana. Casali, castelli e villaggi nel XII e XIII secolo*, Roma, Società Romana di Storia Patria, 2004.



Figura 3. A sinistra, la torre del casale dei Santi Quattro Coronati (Roma): struttura a pianta rettangolare (6,80 x 6 m ca.) e altezza di circa 20 m. A destra, la torre di Bo (Padova), particolare del basamento della costruzione (immagini tratte da S. Carocci e M. Vendittelli, *L'origine della Campagna Romana...*, op. cit., Fig. 19; A. Chavarría Arnau (ed.), *Padova...*, op. cit., p. 30.

solarate (case a due piani), *caminate* (edifici di rilievo provvisti di camino), e un piccolo numero di *palatia*, edifici di pregio destinati a eventuali residenze dei proprietari.

Si trattò, nel suo complesso, di un investimento edilizio di ampiezza impressionante. In poco più di un secolo, nei suoi casali la nobiltà romana costruì centinaia e centinaia di torri, centinaia di cinte fortificate e un numero ancora maggiore di altri edifici. In quello stesso periodo, dentro la città quella stessa nobiltà innalzò almeno duecento torri, palazzi e un gran numero di altri edifici. Dunque, in campagna venne come duplicato quell'intenso investimento in muratura durevole che la nobiltà stava facendo all'interno della città.

Come in città, anche nei casali gli scopi di questa imponente attività costruttiva erano molteplici. Occorre dare spazio a fattori culturali e simbolici. Al pari degli edifici edificati all'interno della città, la torre, il *castellarium* e gli altri immobili di un casale erano anche uno strumento per marcare l'affermazione di una famiglia su un dato settore della campagna. Non è un caso se le torri dei casali presentano spesso elementi architettonici di qualche pregio: murature vergate, cioè connotate da paramenti esterni in fasce orizzontali di pietre di colore diverso; cornici in travertino o marmo delle finestre, doccioni in pietra, addirittura in alcuni casi reggi-stendardo in pietra alla sommità delle torri. Ciò non toglie che la principale funzione delle torri e dei *castellaria* fosse molto concreta e diretta: scaturiva dalla necessità di proteggere uomini, bestiame, raccolti e beni in un territorio connotato da lunghe fasi di insicurezza. Non aveva però finalità militari, ma economiche: gli investimenti in torri, in *castellaria* e in ogni altro edificio erano cioè in primo luogo investimenti produttivi. Costituivano lo strumento principale per garantire la redditività delle somme spese per acquistare le terre che circondavano il casale, realizzare impianti produttivi, comprare bestiame e sementi.

Il caso delle Campagna Romana è ben conosciuto perché lo spopolamento completo del territorio nel XV-XIX secolo ha conservato con poche trasformazioni gran parte dei casali. Come però ricorda il brano di Brunetto Latini citato in apertura, almeno fino al XIV secolo anche in altre regioni era uso dotare di strutture difensive gli edifici dei proprietari cittadini³⁸.

Altri investimenti edilizi della nobiltà nelle campagne riguardavano la religione. Fin dall'alto medioevo le famiglie nobili di un certo rilievo hanno individuato nelle fondazione e nel controllo di istituzioni religiose, soprattutto monasteri, uno strumento fondamentale di legittimazione, prestigio, consolidamento familiare, e anche di crescita patrimoniale. Sono cose note e non torno a raccontarle. Vorrei però sottolineare come dal tardo X secolo anche livelli più modesti del mondo nobiliare abbiano investito nell'edilizia religiosa per le ragioni che ho appena ricordato. La cosa appare evidente nelle tante piccole chiese fondate nei villaggi del Sud Italia da cavalieri e altri notabili locali. L'investimento nobiliare in edilizia religiosa è testimoniato d'altra parte un po' in tutte le regioni, e a volte oggetto di accordi consortili molto precoci. Già nell'agosto del 1000, ad esempio, nel villaggio di Ferrera, vicino a Pavia, quattro coppie di fratelli e altri consorti fondarono una chiesa e riservarono a sé e ai propri discendenti il diritto

³⁸ Molti esempi nei saggi raccolti in R. Comba, F. Panero e G. Pinto (eds.), *Motte, torri e casetorri nelle campagne medievali (secoli XII-XV)*. Omaggio ad Aldo A. Settia, Cherasco, Centro Internazionale di Studi sugli Insediamenti Medievali, 2007.

di indicarne il rettore, in modo che la chiesa e i suoi beni restassero in perpetuo sotto il controllo della consorzeria³⁹.

A volte, si ha l'impressione che l'investimento in chiese e monasteri, per quanto appaia praticato anche da famiglie signorili, fosse un'opzione adottata soprattutto da nobili privi di solidi poteri di dominio territoriale. Non a caso nel territorio milanese, dove la signoria territoriale conobbe scarsissimo sviluppo, nell'XI e XII secolo gli investimenti nobiliari nell'edificazione di pievi, chiese private, chiese canonicali e monasteri appaiono particolarmente frequenti. Impossibilitata a concretizzarsi nella creazione di un territorio sottoposto al dominio di un castello, la presenza egemone di una famiglia si esprimeva attraverso edifici religiosi, talvolta in modo clamoroso. Circa 35 chilometri a nord di Milano, la pieve di Galliano fu ad esempio drasticamente trasformata nel 1007. Oltre a vasti interventi edilizi, fra cui la costruzione di un nuovo abside e di un campanile in facciata, l'interno venne decorato con un vastissimo ciclo di affreschi. Promotore dell'iniziativa e raffigurato negli affreschi stessi in qualità di donatore era il futuro arcivescovo di Milano, Ariberto d'Intimiano, che all'epoca agiva però come *custos* della pieve e rappresentante dei da Intimiano, un gruppo familiare che, come molti altri nobili di Milano, derivava una parte consistente della sua potenza proprio dal controllo delle risorse di questa e altre pievi⁴⁰.

Un caso diverso e reso peculiare da una sorprendente testimonianza epigrafica, ma che egualmente rivela il bisogno di compensare con un investimento in edilizia religiosa una debolezza politica e di controllo signorile, viene dalla piccola chiesa di S. Stefano, a 500 metri da Collescipoli, un castello dell'Umbria meridionale. L'intera facciata della chiesa, a 3 metri di altezza, ha al centro un bassorilievo con la *Crocifissione* e ai lati due *charte lapidarie* scritte su cinque lastre di marmo, con un'impaginazione libraria, articolata in nove colonne. Le epigrafi contengono la trascrizione di due atti notarili del 1094. Nel primo una serie di personaggi, fra cui tre gruppi di fratelli, donano la chiesa e ogni diritto, anche di patronato, al prete Lupone, forse fratello di due donatori, e ai suoi successori. Il secondo atto attesta che la loro cessione non è poi così completa. Mentre infatti i donatori confermano che non interverranno nella chiesa e i suoi

³⁹ R. Maiocchi, *Carte del monastero di San Maiolo nell'almo Collegio Borromeo di Pavia: 932-1266*, Torino, Miglietta, 1932 (Biblioteca della società storica subalpina, 129), doc. n. 2, pp. 4-6, illustrato da C. Violante, «Alcune caratteristiche delle strutture familiari in Lombardia, Emilia e Toscana durante i secoli IX-XII», in *Famiglia e parentela*, *op. cit.*, pp. 19-82, a pp. 50-51. Le principali ricerche sulle chiese private del sud Italia sono indicate in V. Loré, *Monasteri, principi, aristocrazie. La Trinità di Cava nei secoli XI e XII*, Spoleto, CISAM, 2008, pp. 105-115, e S. Carocci, *Signorie di Mezzogiorno...*, *op. cit.*, p. 492.

⁴⁰ F. Del Tredici, «Castelli, mutazione signorile...», *op. cit.*

beni contro la volontà del prete stesso e dei suoi successori, Lupone promette da parte sua di non cedere mai la chiesa a nessuna autorità ecclesiastica, cioè a nessun «monastero, canonica, vescovo o abate». Una eventuale trasgressione sua o di un successore sarebbe stata sanzionata non solo con una multa doppia (10 lire) rispetto a quella prevista per la trasgressione di un donatore, ma anche con l'espulsione del chierico e la sua sostituzione con un nuovo *ministrator* scelto dai donatori stessi⁴¹.



Figura 4. La chiesa di Santo Stefano di Collescipoli (TR). In evidenza particolare dell'epigrafe in travertino riportante il rogito notarile che documenta l'atto di donazione della chiesa e dei suoi beni (immagine tratta dal sito www.iluoghidelsilenzio.it).

Come interpretare queste due strane epigrafi? Esse attestano che un gruppo di nobili del territorio di Narni, con forti interessi su Collescipoli ma a quel che sembra non titolari di una piena signoria, possedevano una chiesa nelle vicinanze del castello. Forse era stata fondata e dotata di beni dai loro padri; di certo aveva da poco subito un grosso rifacimento nella facciata, visto che le lastre marmoree scolpite e scritte si inseriscono perfettamente nella muratura. S. Stefano era insomma la tipica chiesa privata di un gruppo di notabili locali. Tuttavia la Riforma gregoriana stava ormai rendendo inammissibile il possesso laico di un edificio di culto. Si ricorse dunque a un sotterfugio: la chiesa fu concessa a un chierico, probabilmente parente, con l'impegno a evitare il suo

⁴¹ Le epigrafi sono state pubblicate in *Inscriptiones Medii Aevi Italiae, saec. VI-XII, 2, Umbria - Terni*, ed. P. Guerini, Spoleto, CISAM, 2010, pp. 99-112; un'ampia analisi (di cui però non condivido l'interpretazione circa le finalità delle epigrafi) è proposta da M. L. Bottazzi, «Ancora sulle epigrafi di Collescipoli del 1094. Per una storia delle *chartae lapidariae*», *Bollettino della Deputazione di storia patria per l'Umbria*, 108, 2012, pp. 501-522.

passaggio nelle mani del vescovo, del potente e vicino monastero di Farfa o di qualsiasi autorità ecclesiastica esterna, allo scopo di tutelarne l'indipendenza (*ut predicta ecclesia semper permaneat in sua libertate*). Coscienti del carattere inusuale e aleatorio del negozio, i proprietari ritennero opportuno pietrificarlo nello scritto, imponendolo a tutti i fedeli come l'elemento più caratteristico della costruzione. Non sappiamo quanto la forza memoriale della scrittura esposta sia riuscita a tutelarli. Nel XII secolo, celebrare e supportare i tentativi di affermazione familiare attraverso il controllo di chiese diventava sempre più complicato. Ma in alcune aree rurali e, soprattutto, in alcune città, l'investimento nell'edilizia ecclesiastica continuò, come vedremo, ad avere un ruolo importante nelle strategie dei nobili.

6. I COMPLESSI EDILIZI DELLA NOBILTÀ URBANA: LE ESIGENZE RESIDENZIALI

Spostiamoci nelle città. Nell'alto medioevo, gli investimenti nobiliari in muratura durevole restarono molto modesti. Una parziale eccezione è Roma, dove gli scavi hanno individuato case di IX-X secolo costruite con blocchi di tufo e laterizi di reimpiego messi in opera in modo irregolare, ma legati con buona malta. Roma altomedievale, tuttavia, era la città di gran lunga più complessa dell'intero Occidente cristiano sotto il profilo sociale ed economico, e non a caso Chris Wickham ha sottolineato come le case private romane siano fra quelle più elaborate finora ritrovate nell'Europa altomedievale⁴².

La vera svolta è più tarda. Solo il pieno e più spesso ancora il tardo XI secolo segnò nella maggioranza delle città il ritorno ad un legame organico fra preminenza nobiliare e edilizia duratura con cantieri complessi, ed è soltanto nel XII e XIII secolo che questo legame si manifesta con tutta la sua forza.

I termini chiave per descrivere il massiccio investimento in muratura che venne allora realizzato dalla nobiltà cittadina sono due: torre e complesso familiare. La torre è un immobile ben caratterizzato, di cui parlerò più avanti. Il complesso o quartiere familiare non è invece un singolo immobile, ma un insieme di possessi urbani di diverso tipo, compresa spesso la torre. Per definire questa realtà gli storici usano espressioni diverse: blocchi di abitazione, contrada nobiliare, quartiere familiare, complesso gentilizio, enclave di famiglia, e simili. Nelle fonti scritte si oscilla fra termini di natura topografica, come *contrada* presente ovunque, *hora* tipico di alcune città venete, *cantone* usato a Torino; termini

⁴² C. Wickham, *Roma medievale. Crisi e stabilità di una città. 900-1150*, Roma, Viella, 2013, p. 153.

di natura edilizia, come *accasamentum* a Roma; e termini che uniscono riferimenti edilizi e allusioni politico-giurisdizionali, come *curia*, *curtivum* e *curtis*⁴³.

I complessi edilizi costituiti dalla nobiltà cittadina italiana sono una realtà ben nota, soprattutto grazie agli studi su Genova, Firenze, Mantova, Roma, Torino e Verona⁴⁴. La successione egualitaria di tutti i figli maschi, come ho detto tipica della nobiltà italiana, e la conseguente moltiplicazione delle linee di discendenza rendevano le parentele agnatiche molto numerose. Eppure i loro membri tendevano a concentrare la maggior parte dei propri investimenti edilizi in una stessa area della città, a volte in una stessa strada o isolato di case. Gli immobili che componevano il complesso erano tipologicamente diversi: torri; magazzini, botteghe e strutture di servizio come forni e terme; portici; piccole piazze; case di abitazione per le diverse famiglie che componevano la parentela; altre case date in affitto a seguaci e destinate ad accogliere le nuove famiglie della parentela stessa; a partire dal tardo XII secolo, molto spesso un immobile residenziale di una qualche monumentalità, chiamato *domus magna* o *palatium*⁴⁵. A ciò si aggiungeva a volte il patronato di una chiesa. L'impronta e il controllo sullo spazio della parentela nobile appaiono molto forti, e non meraviglia che

⁴³ Panoramiche generali sono J.-C. Maire Vigueur, *Cavalieri e cittadini...*, *op. cit.*, pp. 359-374, e M. Gravela, «Curie, Fortresses and Palaces. Family groups and urban space in Late Medieval Italy», in J. Solórzano Telechea, J. Haemers e C. Liddy (eds.), *La familia urbana: matrimonio, parentesco y linaje en la Edad Media*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2021, pp. 375-400.

⁴⁴ E. Poleggi, «Le contrade delle consorterie nobiliari a Genova tra il XII e il XIII secolo», *Urbanistica*, 42-43, 1965, pp. 15-20; L. Grossi Bianchi e E. Poleggi, *Una città portuale del Medioevo. Genova nei secoli X-XVI*, Genova, Sagep, 1979; C. Lansing, *The Florentine magnates: lineage and faction in a medieval commune*, Princeton, Princeton University Press, 1991, pp. 48-57 e 84-105; G. Gardoni, *Fra torri e «magna domus». Famiglie e spazi urbani a Mantova (secoli XII-XIII)*, Verona, Libreria Universitaria Editrice, 2008; H. Broise e J.-C. Maire Vigueur, «Strutture famigliari, spazio domestico e architettura civile a Roma alla fine del Medioevo», in F. Zeri (ed.), *Storia dell'arte italiana. Dal Medioevo al Novecento. XII. Momenti di architettura*, Torino, Einaudi, 1983, pp. 97-160; per Torino, M. Gravela, «Curie, Fortresses...», *op. cit.*; G. M. Varanini, «Torri e caserri a Verona in età comunale: assetto urbano e classe dirigente», in R. Comba (ed.), *Paesaggi urbani dell'Italia padana nei sec. VIII-XIV*, Bologna, Cappelli, 1988, pp. 173-249.

⁴⁵ Occorre avvertire che entrambi i termini rinviano a immobili di una qualche complessità, ma hanno anche una valenza ideologica. Per questo in alcune città *magna domus* sembra indicare, prima ancora che l'edificio architettonicamente più grande di una parentela, quello che meglio la rappresentava in quanto era mantenuto indiviso fra i suoi membri. Quanto al termine *palatium*, era stato riservato nell'alto medioevo solo agli edifici e alla corte dell'imperatore, e poi dal 1000 ai palazzi episcopali (M. C. Miller, *The Bishop's Palace. Architecture and Authority in Medieval Italy*, Ithaca, Cornell University Press, 2000, pp. 89-95), passando solo dopo la metà del XII secolo a indicare la sede di comuni e infine alle famiglie aristocratiche: per questo fino al primo XIII secolo talvolta le fonti sembrano definire come *palatium* gli edifici di proprietà nobiliare soprattutto quanto ospitavano un qualche ufficiale del comune. Cfr. G. Gardoni, *Fra torri e «magna domus»...*, *op. cit.*, pp. 28-29, 31-33, 73-74.

spesso si usasse il nome della parentela egemone per designare un'area della città (*contrata Tholomeorum, curtis Advocatorum, ecc.*).

A volte gli edifici del complesso parentale, pur essendo situati in un'area ristretta, non erano tutti topograficamente coerenti, e lasciavano spazio per la presenza di immobili appartenenti ad altri proprietari. L'assenza di coerenza poteva essere causata dal gran numero di famiglie nobili presenti nel cuore della città, la parte di più antica urbanizzazione, dove l'affollamento del poco spazio disponibile rendeva obbligatoria qualche sovrapposizione. Ma poteva anche accadere, come a Roma, che alcune famiglie nobili fossero poco interessate a perseguire l'occupazione completa dell'area che dominavano. Nella maggioranza dei casi e delle città, peraltro, l'ideale perseguito era diverso: era quello di una totale occupazione di un'area urbana. In alcuni casi, attestati soprattutto a Genova e Verona, questo atteggiamento poteva portare a una sorta di privatizzazione dello spazio; in molti altri si limitava a creare aree sottoposte al forte controllo della famiglia, ma non definibili come privatizzate. Del resto anche nei centri come Genova, dove in passato si è insistito sulla privatizzazione nobiliare del territorio urbano, adesso le ricerche tendono a circoscrivere il fenomeno, notando che il ricambio sociale e le vicende politiche rendevano di breve durata queste forme totali di controllo nobiliare⁴⁶. Quello che contava era l'egemonia sul territorio circostante, testimoniata anche dal ruolo per certi aspetti pubblico della presenza nobiliare: ad esempio a Verona, in occasione di un giuramento di tutti i cittadini nel 1254, se i residenti nelle zone di recente urbanizzazione, dove l'insediamento della nobiltà era meno forte, giurarono nelle chiese, sui sagrati o nei portici dove si riuniva la *vicinia*, nel centro urbano si riunirono invece sotto la torre e il portico della famiglia egemone⁴⁷.

I complessi parentali erano onnipresenti nelle città del centro-nord e in alcune del meridione. La ricchezza del lignaggio, il suo potere, la sua ampiezza numerica, le vicende politiche e un'infinità di altri fattori rendevano ogni complesso diverso dagli altri. Poteva accadere che i complessi dei lignaggi nobiliari presentassero in una città elementi edilizi altrove più rari o assenti. A Pisa e Amalfi i portici erano inusuali, a Firenze, Chieri e Genova frequenti; le chiese e le cappelle gentilizie erano diffuse a Genova e in Toscana, ma rare a Verona e Milano; le case di abitazione di Pisa e Amalfi avevano molti più piani di quelle di Firenze o Verona⁴⁸. Spesso le ragioni di queste differenze ci

⁴⁶ P. Guglielmotti, *Genova*, Spoleto, CISAM, 2013, pp. 15-16.

⁴⁷ G. M. Varanini, *Verona*, Spoleto, CISAM, 2021, pp. 38-39.

⁴⁸ Oltre che sugli studi indicati nelle note precedenti, mi baso sulle fonti che illustrerò in seguito e su: G. Gargano, «Case-azienda e fortificazioni urbane di Amalfi», in E. De Minicis (ed.), *Case e*

sfuggono, anche se è chiaro che ovunque un ruolo importante è stato giocato dalla conformazione topografica della città e dall'emulazione fra lignaggi. In altri casi, la presenza di determinati elementi appare facilmente spiegabile: la diffusione di botteghe e magazzini nei complessi della nobiltà di Genova e Amalfi nasceva dalla partecipazione ai commerci, e la presenza di stalle per buoi e bestiame da lavoro nei complessi romani si spiega con l'impegno della nobiltà cittadina nella gestione dei casali, le grosse aziende fondiarie di cui ho parlato. La grande varietà dei singoli casi e le peculiarità locali non devono tuttavia impedire di constatare che, nella fisionomia dei complessi nobiliari, fra le varie città prevaleva una somiglianza di base. Presenti ovunque, erano in fin dei conti abbastanza simili.

In un articolo importante, Marta Gravela ha giustamente sottolineato come occorra andare al di là di questa sensazione di onnipresenza e somiglianza⁴⁹. Per cercare di articolare il quadro possiamo allora muovere dalla constatazione che in effetti ovunque la politica urbanistica nobiliare era determinata dagli stessi fattori, riconducibili grosso modo a quattro ambiti, fra loro strettamente correlati: i bisogni residenziali e le pratiche di vita dei nuclei familiari che costituivano la parentela; l'ambito delle funzioni politico-militari dei complessi; quello della proclamazione identitaria e simbolica della parentela; infine il ruolo di supporto a relazioni di solidarietà parentale e di alleanza politica.

Il primo gruppo di fattori che operava nel plasmare i patrimoni urbani della nobiltà erano dunque le sue esigenze residenziali. Nei complessi le abitazioni rappresentavano il tipo di edificio più numeroso, ma non costituivano un insieme unitario, non erano cioè un'unica unità abitativa, dove parenti anche lontani vivessero, come dicevano i fiorentini, a «uno pane e uno vino», condividendo residenza e gestione domestica. All'opposto, ogni complesso annoverava più abitazioni autonome, ciascuna dotata di una cucina. Non c'è tuttavia accordo sulla natura del gruppo di coresidenti nella stessa abitazione. Per alcuni studiosi, lo scopo del gran numero di case possedute dal lignaggio

torri medievali, 4, *Indagini sui centri dell'Italia meridionale e insulare, sec. XI-XV: Campania, Basilicata, Puglia, Calabria, Sicilia e Sardegna*, Roma, Edizioni Kappa, 2014, pp. 41-60; I. Maddalena, «Le torri degli "hospicia" a Chieri», in E. De Minicis e E. Guidoni (eds.), *Case e torri medievali*, 3, *Indagini sui Centri dell'Italia Comunale (Sec. XI-XV) Piemonte, Liguria, Lombardia, Viterbo*, Roma, Edizioni Kappa, 2005, pp. 25-36; E. Saita, «Una 'città turrita'? Milano e le sue torri nel medioevo», *Nuova rivista storica*, 80, 1996, pp. 293-338; P. Grillo, *Milano in età comunale (1183-1276). Istituzioni, società, economia*, Spoleto, CISAM, 2001, pp. 63-84 e 249-250; F. Redi, *Pisa com'era: archeologia, urbanistica e strutture materiali (secoli V-XIV)*, Napoli, Liguori, 1991.

⁴⁹ M. Gravela, «Curie, Fortresses...», *op. cit.*

era quello di conciliare coesione parentale e autonomia coniugale, assegnando ad ogni nuova giovane coppia una residenza autonoma posta nelle immediate vicinanze della dimora paterna⁵⁰. Altre ricerche fanno però osservare il gran numero di casi in cui l'unità di coesidenti era più vasta. Talora si trattava di un ampliamento transitorio, quando per varie circostanze la famiglia coniugale doveva accogliere parenti anziani, vedovi o orfani. Altre volte sembra una situazione duratura, determinata da precisi ideali domestici. Descrivendo le dimore dei tre gruppi di fratelli in cui si divideva il ramo del suo lignaggio, il fiorentino Neri Strinati attesta ad esempio che i membri di ogni fraterna vivevano assieme, usufruendo di un'unica cucina, pur se i singoli fratelli coniugati avevano una camera propria⁵¹. Come sembra accadesse nel caso degli Strinati, poteva anche avvenire che l'ampiezza del principale edificio della famiglia permettesse l'esistenza sotto uno stesso tetto di diverse abitazioni di parenti, magari in piani diversi. La situazione di gran lunga più comune erano tuttavia edifici ben distinti.

Che avvenisse in abitazioni del tutto autonome oppure poste sotto uno stesso tetto, la vita dei membri del lignaggio conservava in ogni caso un profilo comunitario. In comune restavano, lo vedremo, edifici strategici come la torre; ma di uso comune erano anche tutta una serie di altri elementi, dall'intenso valore sociale: il portico costruito spesso sotto uno dei principali edifici del complesso, dove i parenti si riunivano per cerimonie e discussioni; la piazza su cui affacciavano molte delle varie abitazioni; il pozzo, il forno e a volte il bagno caldo; magazzini e stalle comuni. La coesione o almeno la vicinanza topografica degli immobili era un fattore forte di comune sociabilità, e questo è uno degli elementi che spiegano perché gli investimenti edilizi di una parentela si concentrassero di solito in un'area ristretta. Ciò non toglie che, come sempre avviene, anche la regola della concentrazione topografica degli immobili avesse le sue eccezioni. Accadeva che qualche nobile acquistasse case e magari anche palazzi e torri lontano dal suo complesso parentale. Ma fino al tardo XIII secolo, quando diventa più comune il rallentamento della coesione parentale, queste erano appunto eccezioni, di volta in volta spiegabili con una improvvisa abbondanza di risorse economiche, con il desiderio di controllare nuovi settori del territorio urbano, o con l'autonomizzarsi di alcune linee di discendenza dal lignaggio di origine.

⁵⁰ Ad es. J.-C. Maire Vigueur, *Cavalieri e cittadini...*, *op. cit.*, p. 371.

⁵¹ *Storia della guerra di Semifonte scritta da mess. Pace da Certaldo e Cronichetta di Neri degli Strinati*, a cura di R. Martini, Firenze 1753, pp. 97-133, pp. 124-126; C. Lansing, *The Florentine magnates...*, *op. cit.*, p. 99.

7. I COMPLESSI EDILIZI DELLA NOBILTÀ URBANA: RUOLO MILITARE E POLITICO

Il secondo insieme di fattori che spingevano le parentele a costituire i propri complessi era come dicevo di natura militare e politica. La cosa è del tutto comprensibile, visto che per l'intero XII secolo e, in forme un po' un mutata, anche nella prima metà del XIII secolo, al cuore della politica cittadina vi furono innanzitutto le parentele nobiliari, in competizione accanita e, spesso, violenta per il controllo delle cariche e della politica cittadina, delle risorse pubbliche, delle attività militari, della fiscalità, e via dicendo. Il complesso immobiliare era uno strumento fondamentale per operare bene in questo contesto al tempo stesso politico e militare.

Nella maggioranza delle città, la funzione militare e politica dei complessi immobiliari dei lignaggi nobili appare fortissima già in epoca precoce. L'importanza delle torri e delle *curie* nobiliari di Genova nella sua animata e contrastata vita politica è illuminata da molte attestazioni cronistiche; ma anche le vicende interne di Siena, Firenze, Roma e tante altre città non lasciano dubbi sul ruolo cruciale dei complessi parentali sia nelle fasi di vera e propria guerra civile, sia nel più ordinario svolgimento di una vita politica che doveva essere sostenuta dalla coesione della parentela, dalla sua presa sul vicinato e dalla sicurezza materiale di uomini e beni.

Innumerevoli erano le strade per potenziare il rilievo militare e politico delle *curie* familiari. Si ricorreva anche a cessioni simili al feudo oblato. A Verona, ad esempio, nel 1226 Adelardino da Rendingara comprò per ben 1200 lire alcuni edifici e una torre utili alla protezione delle proprie dimore, reinfeudandoli immediatamente al venditore che in futuro, in quanto vassallo, avrebbe non solo dovuto sostenerlo, ma garantiva anche di cedere la torre ad Adelardino per almeno trenta giorni ogni anno⁵². Un analogo negozio era già avvenuto in città nel 1190, quando membri della famiglia Avvocati comprarono da due fratelli *de Pigna* e subito riconcessero loro in feudo una casa prossima alla loro *curtis*, che era protetta da una torre e comprendeva edifici affacciati su uno spazio interno. Gli obblighi dei vassalli erano notevoli. Dovevano prestare aiuto agli Avvocati, con la sola riserva di fedeltà all'imperatore e a due nobili cittadini, con i quali i *de Pigna* avevano evidentemente da tempo un'alleanza. Dovevano inoltre concedere la casa come percorso di accesso alle torri degli Avvocati e permettere loro di utilizzarla, particolarmente la parte superiore (*de supra*), in caso di scontri che

⁵² Documento edito da G. M. Varanini, «Torri e casetorri a Verona...», *op. cit.*, pp. 240-244 (e pp. 187-194 per commenti).

riguardassero non solo gli Avvocati stessi, ma anche i loro amici; in quest'ultimo caso l'obbligo di cedere la casa veniva però meno se gli Avvocati non si mettevano direttamente a capo della contesa, o se i loro amici volevano combattere parenti prossimi o stretti alleati dei *de Pigna* («contra suos proximos parentes nec contra suos intimos»)⁵³. Non meraviglia la domanda formulata da un cronista viterbese, intorno al 1233, sgomento di fronte ai disastri subiti dalla sua città durante le precedenti lotte civili e la conseguente vittoria di Roma: «le belle torri e i palazzi con le tante case sono forse *serpentes et dracones* che uccidono e divorano gli abitanti della città»⁵⁴? La risposta ovviamente negativa (la colpa non è delle cose inanimate, ma degli uomini) non maschera i rischi connotati alle modalità insediative della nobiltà in una «urban life dominated by tall towers, long knives, and short tempers»⁵⁵.

Non tutte le città e non tutti i tipi di nobiltà cittadina erano però uguali. A Roma, nel XIII secolo l'importanza militare e politica degli immobili urbani appare fortissima per i baroni, la grande nobiltà che egemonizzava il comune, e molto minore per le altre famiglie nobili⁵⁶. A Milano, secondo Paolo Grillo, «la superiorità militare e il dominio sul territorio urbano da parte delle autorità comunali» limitavano la conflittualità aristocratica, rendendo meno drammatica la lotta politico-sociale⁵⁷. Per questo appaiono più rare che in altre città sia la menzione di scontri fra parentele nobili, sia la presenza di torri e complessi fortificati. Nella piccola città di Torino, lo sviluppo delle parentele aristocratiche e il loro controllo dello spazio urbano erano più deboli e tardivi, e si realizzarono soltanto alla fine del XIII secolo⁵⁸. Nella maggioranza delle città, invece, la funzione militare e politica dei complessi immobiliari dei lignaggi nobili sembra fortissima già in epoca precoce.

Nelle città dell'Italia meridionale la situazione appare ancora più diversificata. In molte città, i quartieri familiari sembrano poco diffusi, per quel che

⁵³ A. Castagnetti, «La famiglia veronese degli Avvocati (secoli XI-XIII)», in *Studi sul medioevo cristiano offerti a Raffaello Morghen per il 90.° anniversario dell'Istituto storico italiano (1883-1973)*, Roma, Istituto storico italiano per il medio evo, 1974, pp. 251-292, pp. 268-269, e doc. edito in A. Castagnetti, «*Ut nullus incipiat...*», *op. cit.*, n. 15, pp. 103-104.

⁵⁴ P. Egidi, «Le croniche di Viterbo scritte da frate Francesco d'Andrea», *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, 24, 1901, pp. 197-252, 299-371, a p. 329; per la datazione e il possibile autore, vedi C. Mayer, «Il più antico nucleo della storiografia di Viterbo. I *Gesta Viterbi* e la storia della loro tradizione», *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, 91, 2011, pp. 1-29.

⁵⁵ S. Bensch, *Barcelona and its rulers 1096-1291*, Cambridge, CUP, 2002, p. 11.

⁵⁶ S. Carocci e N. Giannini, «Portici, palazzi, torri e fortezze. Edilizia e famiglie aristocratiche a Roma (XII-XIV secolo)», *Studia historica. Historia medieval*, 39/1, 2021, pp. 7-44.

⁵⁷ P. Grillo, *Milano*, *op. cit.*, p. 86.

⁵⁸ M. Gravela, «Curie, Fortresses...», *op. cit.*, pp. 382-384, 392-396.

si capisce; in ogni caso, se pure i complessi nobiliari esistevano, mancavano certamente di torri e grandi apprestamenti militari. La constatazione riguarda persino Palermo, la capitale del Regno. Qui è indubbia la presenza, fin dall'età islamica, di edifici a più piani, che i geografi musulmani descrivono come palazzi simili a ben murati castelli. Esistevano poi dimore lussuose, come quelle dei potentissimi grandi funzionari della corte, dove erano edificate anche chiese celebri per mosaici e architettura, come la Martorana nel palazzo di Giorgio di Antiochia e S. Cataldo in quello di Maione di Bari. Queste dimore dovevano certamente avere qualche protezione, ma torri e vere e proprie fortificazioni non vengono menzionate. Nemmeno compaiono nelle poche descrizioni dettagliate fornite dalle fonti, come ad esempio per le abitazioni del logoteta Nicola e del cancelliere regio Matteo D'Aiello, che erano strutture residenziali complesse e con connotati monumentali, con chiesa, *magna domus*, sala per riunioni, bagno turco, edifici vari e giardini⁵⁹.

In una minoranza di città meridionali, invece, la situazione appare per molti aspetti simile a quella del centro-nord. A Trani, nel 1131 Alessio, figlio del *protonobilissimus* Grifone Imperiale, era proprietario di un'impressionante serie di immobili, articolati in tre nuclei. Oltre a molte strutture minori in legno e a terre libere, accanto a una porta della città possedeva una *casa maior* e una *camenata* circondate da un muro e collegate con sovrappassi sia a una *turris maior alta*, sia a un monastero chiaramente legato alla famiglia, visto che nella chiesa monastica Alessio aveva fatto edificare diverse tombe a parete, una delle quali *cum camera*, e assisteva direttamente ai divini uffici da un'apertura praticata al termine del sovrappasso di collegamento fra il monastero e la sua abitazione. Subito fuori dalle mura della città v'era una seconda torre caratterizzata da una scultura leonina (*est leo sculptus in silice*) e unita ad una casa con forno; ignota è infine la collocazione di una terza torre con casa annessa, entrambe di nuova costruzione⁶⁰. Amalfi, da parte sua, si caratterizzava per residenze nobiliari complesse, alte anche cinque piani e dotate di fondachi, botteghe, filatoi e, in alcuni casi,

⁵⁹ E. Pezzini, «Palermo in the 12th Century: Transformations in forma urbis», in A. Nef (ed.), *A companion to medieval Palermo: the history of a Mediterranean city from 600 to 1500*, Leiden, Brill, 2013, pp. 195-234, a pp. 214-216, 221-225; per la Martorana e S. Cataldo, R. Di Liberto, «Norman Palermo: Architecture between the 11th and 12th century», *ivi*, pp. 139-194, a pp. 149, 153. Su questo punto non condivisibile il sempre fondamentale (anche per Salerno) P. Delogu, «I Normanni in città. Schemi politici ed urbanistici», in *Società, potere e popolo nell'età di Ruggero II. Atti delle terze giornate normanno-sveve*, Bari, Dedalo, 1977, pp. 173-204, p. 203.

⁶⁰ G. Prologo (ed.), *Le carte che si conservano nello archivio del Capitolo metropolitano della città di Trani (dal IX secolo fino all'anno 1266)*, Barletta, Vecchi e Soci, 1877, n. 33, a. 1131, pp. 80-86; una proposta di localizzazione degli immobili citati è B. Ronchi, *Indagine sullo sviluppo urbanistico di Trani dall'XI al XVIII secolo*, Fasano Brindisi, Schena, 1984, p. 28 e relativa carta.

bagno arabo⁶¹. A Gaeta, Bari e in altre città meridionali la presenza di complessi familiari è ipotizzabile in base alla diffusione, come vedremo, di torri, ma manca di attestazioni esplicite.

8. TORRI E LOTTE POLITICHE

Gli altri due ambiti che spiegano la diffusione e l'apparente somiglianza dei complessi parentali sono come dicevo quello della proclamazione identitaria e simbolica della parentela, e quello di supporto a solidarietà familiari e politiche. Per comprendere meglio questi altri punti, è opportuno passare a una componente specifica dei complessi familiari, le torri. Alle torri e al loro ruolo simbolico e identitario (e ovviamente militare) dedicherò i paragrafi 8-10, affrontando solo in seguito il tema del nesso fra edilizia e solidarietà familiari e politiche.

La torre, assieme alla cattedrale, è da sempre considerata la quintessenza della città medievale italiana. Non è una convinzione solo del Romanticismo, o degli storici contemporanei. In pieno Rinascimento, Leon Battista Alberti notava con finezza che prima del 1250 v'era stata, nell'edilizia delle città italiane, un'epoca caratterizzata dal *morbus turrium astruendarum*, dal «morbo di costruire torri». «Nessun capo di famiglia – scrive Alberti – sembrava potere fare a meno di una torre, al punto che dappertutto sorgevano foreste di torri»⁶². Come ricordavo all'inizio, proprio alla fine dell'epoca di cui parlava Alberti, intorno al 1260, Brunetto Latini notava la passione degli italiani «en faire tors et autres maisons de pierre».

In effetti, i censimenti di torri medievali condotti per varie città danno cifre strabilianti: 186 torri sono state contate a Firenze, un centinaio a Bologna, oltre 200 e forse 300 a Roma, molte più di 64 a Perugia, 60 a Savona, 30 a Noli, e via dicendo⁶³. Il possesso di torri, o di una parte di una torre, era a Firenze così diffuso nella nobiltà che il massimo studioso di Firenze in età romanica ha proposto di eti-

⁶¹ G. Gargano, «Case-azienda...», *op. cit.*

⁶² L. B. Alberti, *L'architettura. Testo latino e traduzione a cura di Giovanni Orlandi*, Milano, Il Polifilo, 1966, pp. 698-699: «Non tamen proximam abhinc annos CC aetatem laudo quam habuit communis quidem morbus turrium astruendarum, etiam minutis in oppidis: nemo pater familias turre carere visus est; hinc passim silvae surgebant turrium».

⁶³ Firenze: L. Macci e V. Orgera, *Architettura e civiltà delle torri. Torri e famiglie nella Firenze medioevale*, Firenze, Edifir, 1994; Bologna: F. Bocchi, *Bologna nei secoli IV-XIV mille anni di storia urbanistica di una metropoli medioevale*, Bologna, Bononia university press, 2008, p. 100; Roma, S. Carocci e N. Gianini, «Portici, palazzi...», *op. cit.*, p. 18; Perugia: S. Tiberini, «Dalla "torre degli Oddi" alla torre degli Sciri: un possibile percorso storiografico sulle torri private perugine», *Bollettino per l'Umbria*, 112, 2015, pp. 43-70, 49-50; Noli e Savona: A. Cagnana, *Muri e maestri. Gli Antelami nella Liguria medioevale*, Ventimiglia, Philobiblon, 2020, pp. 87, 94.

chettare «società delle torri» la nobiltà cittadina⁶⁴. Soprattutto nelle zone più centrali delle città, dove maggiore era l'insediamento delle parentele nobili, la densità delle torri doveva certamente autorizzare la metafora della foresta proposta da Leon Battista Alberti. Ne abbiamo innumerevoli testimonianze, materiali e documentarie. Nel 1236, ad esempio, i Gualfredi concessero ai Simonetti metà di una torre e di una casa nel Mercato Nuovo di Firenze che erano a loro volta coerenti con altre tre torri, una dei Simonetti stessi, l'altra dei Cavalcanti e l'ultima designata come *turris Capitorii*⁶⁵. Significativo è anche un passo del cronista genovese Ottobono Scriba, che narra come nel 1194 gli Spinola avessero dotato la propria torre di una trave oscillante, che come un ariete aveva prima perforato e poi fatto crollare una torre nemica, costruita evidentemente a brevissima distanza⁶⁶. Alcuni storici hanno pensato che le torri fossero «tra loro in contatto così stretto da renderle di fatto inutilizzabili come strumenti bellici»⁶⁷, ma in realtà il dubbio non sembra condiviso dai costruttori, che non esitavano a elevare torri in prossimità dei nemici.

La cronologia della torre urbana è abbastanza chiara. Vede una precocità delle città portuali, come Pisa e Genova, e soprattutto di quelle del meridione. A Gaeta, in particolare, la diffusione delle torri sembra avvenire con un anticipo di quasi due secoli. Nel 906 il testamento del duca Docibile I, che aveva promosso un allargamento delle mura cittadine, attesta una presenza di torri private, soprattutto nella zona di ampliamento, davvero sorprendente per l'epoca: a una figlia lascia, fra gli altri beni, una torre che ha comprato dal *presbiter* Stefano e due spazi ineditificati posti ai piedi della *turre de Georgia* e della *turre longa*; a un'altra figlia va una casa con una torre; a un figlio la *turre amare* che il duca ha comprato da *Rampho de Dimitri*. Anche il testamento del duca Docibile II, del 954, ricorda che il duca aveva comprato almeno due torri da nobili locali⁶⁸.

⁶⁴ E. Faini, *Firenze nell'età romanica (1000-1211): l'espansione urbana, lo sviluppo istituzionale, il rapporto con il territorio*, Firenze, Olschki, 2010, p. 202.

⁶⁵ P. Santini, *Documenti sull'antica costituzione del comune di Firenze*, Firenze, Vieusseux, 1895, pp. 537-538.

⁶⁶ L. T. Belgrano e C. Imperiale (eds.), *Annali genovesi di Caffaro e de' suoi continuatori dal MCLXXIV al MCCXXIV*, II, Roma, Istituto storico italiano, 1901, pp. 44-45.

⁶⁷ A. A. Settia, *Castelli medievali*, op. cit., p. 124.

⁶⁸ *Codex Diplomaticus Cajetanus*, I, Montecassino, Typhis Archicoenobii, 1887, n. 19, pp. 32-33, n. 52, p. 94. Su Gaeta medievale, vedi M. D'Onofrio e M. Gianandrea (eds.), *Gaeta medievale e la sua cattedrale*, Roma, Campisano, 2018, e in particolare: G. Villa, «Aspetti dell'urbanistica di Gaeta nel Medioevo (secc. VIII-XIII)», pp. 91-112 (pp. 100-107 per le torri), e M. T. Caciorgna, «Una città in espansione: aspetti sociali, istituzionali ed economici di Gaeta nei secoli XI-XIV», pp. 31-40. Le ragioni della eccezionale precocità di Gaeta, che restano da indagare, vanno probabilmente cercate nel coinvolgimento nella gestione politica della città di molte famiglie e nelle loro strutture interne; poco utili appaiono invece le ipotesi, talora avanzate, di una imitazione di supposti modelli bizantini (gr. P. Delogu, «Il ducato di Gaeta. Dal IX all'XI secolo. Istituzioni e società», in *Storia del Mezzogiorno*, vol II/1, Napoli, Edizioni del Sole, 1988, pp. 189-236).

Nel centro-nord la cronologia è sensibilmente più tarda. Isolate menzioni di torri di private compaiono già a fine X secolo a Lucca, oppure poco dopo a Roma e in altre città⁶⁹. Ma il vero divampare di quel «morbo di costruire torri» di cui parlava L.B. Alberti è un fenomeno posteriore. A Pisa, il cosiddetto lodo emanato dal vescovo Daiberto nel 1089-90 per limitare l'altezza massima delle torri e le loro potenzialità offensive mostra che la proliferazione delle torri era relativamente recente, ma già in pieno sviluppo⁷⁰. In altre città il decollo è forse un po' posteriore. Appare comunque ormai fortissimo nei primi decenni del XII secolo. Quando nel 1120 Mosè di Brolo scrive un poema in lode di Bergamo e del suo regime politico, considera già la rarità di torri come una prova di una città calma, con poche lotte interne: anzi, è proprio la scarsità di torri l'elemento che più di tutti, per Mosè, dimostra che fra i meriti dei consoli alla guida di Bergamo v'è la pace instaurata fra i cittadini⁷¹.

La moltiplicazioni delle torri proseguì per tutto il XII secolo. Manifesta un andamento a strappi, con fasi di accelerazione e fasi di rallentamento. Un periodo senza dubbio di intense costruzioni fu l'ultimo quarto del XII secolo, in connessione con l'intensificazione allora registrata dalle lotte interne a una nobiltà cittadina che andava sempre più diversificandosi. Non a caso è a questi decenni che risalgono molti contratti di società di torre, di cui parlerò dopo. Nelle città del meridione dove le torri erano diffuse, certamente una piccola minoranza, la cronologia è in parte diversa. Come nel centro-nord, nei primi decenni del XII secolo a Bari come a Gaeta, Amalfi e Trani (ma non a Salerno o Palermo, solo per citare i più grandi centri privi di torri familiari) le menzioni di torri si infittiscono. Quando narra la tumultuosa vita politica interna nel periodo in cui, dopo la rivolta del 1114, Bari si era liberata dal dominio normanno, la cronaca dell'Anonimo Barese è un susseguirsi di attacchi a case difese e a torri, dalle quali gli assalitori immancabilmente precipitano i custodi⁷². In questo stesso periodo, così accesa doveva essere a Gaeta la com-

⁶⁹ Per le torri nelle fonti scritte dell'Italia centro-settentrionale lo studioso di riferimento è Aldo A. Settia, di cui si vedano almeno: *Castelli medievali*, op. cit., e «*Erme torri*»: simboli di potere fra città e campagna, Cuneo-Vercelli, Società storica vercellese, 2007.

⁷⁰ Edizione critica in G. Rossetti, «Il lodo del vescovo Daiberto sull'altezza delle torri», in *Pisa e la Toscana occidentale nel Medioevo*, II, Pisa, Gisem, 1991, pp. 25-47; la migliore analisi è M. Ronzani, *Chiesa e «Civitas» di Pisa nella seconda metà del secolo XI. Dall'avvento del vescovo Guido all'elevazione di Daiberto a metropoli di Corsica (1060-1092)*, Pisa, Gisem-Ets, 1997, pp. 229-240.

⁷¹ G. Cremaschi, *Mosè di Brolo e la cultura a Bergamo nei secoli XI e XII*, Bergamo, Società editrice S. Alessandro, 1945, vv. 267-272; cfr. G. Gorni, «Il liber Pergaminus di Mosè del Brolo», *Studi Medievali*, 11, 1970, pp. 409-460.

⁷² «Anonymous Barensis Chronicon (855-1149)», in L. A. Muratori (ed.), *Rerum Italicarum Scriptores*, vol. V, Milano, Societas Palatina, 1724, pp. 147-156, pp. 155-156. Per il contesto politico e ur-

petizione nell'innalzare torri da spingere il governo cittadino ad emanare il secondo provvedimento in assoluto noto, in tutta Italia, volto a limitare l'altezza degli edifici (il primo è il citato lodo pisano del vescovo Daiberto). Nel 1124 Docibile di Gregorio Anatoli accettava, secondo quanto stabilito dai quattro consoli e dal *populus*, che la torre «quam nunc noviter fabrico et in altius ascendo» non superasse l'altezza di un'altra torre presa come riferimento; doveva inoltre avere un tetto a falde, meno adatto di un terrazzo sommitale ai tiri e all'alloggiamento di macchine belliche. Se però in futuro altri nobili rifiutavano di accettare il provvedimento, allora Docibile sarebbe stato libero di elevare ulteriormente la sua torre e di coprirla a terrazzo⁷³.

Simili interventi dei governi cittadini compaiono, sporadicamente, nei decenni successivi. Ad esempio a Genova vennero presi nel 1143, in seguito disattesi, e poi ribaditi con severità nel 1196; a Firenze sono anteriori al 1180⁷⁴. Nel meridione, la situazione delle torri familiari divenne rapidamente più problematica. La nascita della monarchia nel 1130 e il forte controllo regio sulle città diminuivano il ruolo di torri e case fortificate, visto che la vita politica cittadina non era più decisa dalla competizione fra le famiglie, ma da un potere esterno che, inoltre, guardava con ostilità alle fortificazioni private. L'affermazione del potere monarchico segnò in molte città una drastica limitazione delle torri. Nel luglio del 1139 la sottomissione della città pugliesi, ottenuta da Ruggero II dopo la vittoria sull'esercito pontificio e il riconoscimento del suo titolo regio da parte di Innocenzo II, nel racconto dei cronisti consistette in primo luogo nella distruzione delle mura esterne e delle torri interne alle città; quelle di Trani, anzi, furono abbattute direttamente dagli abitanti, come segno di sottomissione⁷⁵. A Trani, Bari e in altri centri, questo spiega il rarefarsi delle menzioni documentarie di torri, che tuttavia in parte sopravvissero o rinacquero. Due torri sono menzionate a Trani nel 1172, una terza nel 1213; altre due compaiono a Troia nel 1154⁷⁶. Tuttavia a partire dal 1220, il grande potere

banistico: P. Oldfield, «Urban Government in Southern Italy, c. 1085-c. 1127», *English Historical Review*, 122, n. 497, 2007, pp. 579-608, 600-607; R. Iorio, «L'urbanistica medievale di Bari tra X e XIII secolo», *Archivio Storico Pugliese*, 48, 1995, pp. 17-100.

⁷³ *Codex Diplomaticus Cajetanus*, II, Montecassino, Typhis Archicoenobii, 1891, n. 305, pp. 222-223.

⁷⁴ C. Imperiale (ed.), *Codice diplomatico della repubblica di Genova*, I, Roma, Istituto storico italiano, 1936, p. 163, e L. T. Belgrano e C. Imperiale (eds.), *Annali genovesi...*, *op. cit.*, p. 61; E. Faini, *Firenze*, *op. cit.*, p. 198.

⁷⁵ *Alexandri Telesini abbatis ystoria Rogerii regis Sicilie Calabrie atque Apulie*, L. De Nava (ed.), Roma, Istituto storico italiano per il medioevo, 1991, p. 47.

⁷⁶ J. M. Martin (ed.), *Les chartes de Troia. Edition et étude critique des plus anciens documents conservés à l'Archivio capitolare*, Bari, Società di storia patria per la Puglia, 1976, pp. 233, a. 1154 (fra i confini di un terreno edificabile figurano una torre e la «viam publicam qua itur ante tures»); A. Prologo

raggiunto da Federico II sancì, in molte città, la morte definitiva dell'edilizia turrita e difesa. Nelle Assise di Capua del 1221 e di nuovo nel *Liber Augustalis* del 1231, l'imperatore ordinò in tutto il Regno la distruzione di castelli e torri costruiti dopo il 1190, durante il periodo di crisi del potere monarchico, vietando inoltre la costruzione di torri private nei territori del demanio regio, e dunque in tutte le città di qualche rilievo, che appunto erano sempre demaniali⁷⁷. Negli anni successivi, la cronaca Riccardo di San Germano ricorda distruzioni sistematiche: a Gaeta nel 1234 un funzionario dell'imperatore prese in custodia una trentina di torri, che l'anno successivo furono tutte distrutte, ad eccezione di quattro, probabilmente utili alla difesa del porto cittadino; nel 1241 fu la volta delle torri di Benevento, appena sottratta al papato, e nel 1242 la distruzione toccò a tutte le torri di Bari⁷⁸.

Nell'Italia comunale nel XIII secolo le torri continuarono invece la loro vita e le loro funzioni. Tuttavia assistiamo quasi ovunque ad un rallentamento delle costruzioni, che diviene molto evidente soprattutto verso la metà del secolo. Con i governi podestarili e poi, soprattutto, con i regimi di Popolo, i comuni misero in atto politiche per limitare il potenziale militare delle torri. A volte furono provvedimenti drastici, come quello preso a Roma nel 1257 dal capitano del Popolo Brancaleone degli Andalò, che secondo un cronista avrebbe ordinato la distruzione di ben 140 torri. Più spesso i comuni si limitarono a stabilire l'altezza massima delle torri, che il Primo Popolo di Firenze fissò ad esempio nel 1250 in 29 metri. Oppure cercarono di depotenziare l'uso delle loro parti superiori. Abbiamo anche norme un po' sorprendenti, come quella emanata a Bologna nel 1252, che permetteva di salire nelle torri solo fino a 20 metri di altezza, e vietava l'esistenza di scale che consentissero di andare più in alto⁷⁹. Il mondo in cui le torri operavano, e che aveva favorito la loro diffusione, stava del resto cambiando. Con l'avvento del podestà alla guida del comune, il rafforzarsi di forze di Popolo esterne alla nobiltà e il crescente complicarsi e irrobustirsi delle istituzioni attive nella politica cittadina mutava la dinamica della competizione per il potere e le risorse:

(ed.), *Le carte...*, *op. cit.*, n. 63, pp. 136-137, a. 1172, una *statio* confina con torri sue due lati; n. 110, pp. 222-223, a. 1213: «domum cum turre propre coniuncta».

⁷⁷ Rycardi de Sancto Germano notarii, *Chronica*, C. A. Garufi (ed.), Bologna, Zanichelli, 1938 (*Rerum Italicarum Scriptores*, 7/2), n. 19, p. 92; W. Stürner (ed.), *Die Konstitutionen Friedrichs II. für das Königreich Sizilien*, Hanover, Hahn, 1996 (*Monumenta Germaniae Historica, Constitutiones et acta publica imperatorum et regum*, II, Supplementum), pp. 400-401.

⁷⁸ Rycardi de Sancto Germano notarii, *Chronica*, *op. cit.*, pp. 188, 190, 208, 213.

⁷⁹ Per Roma, S. Carocci e N. Giannini, «Portici, palazzi...», *op. cit.*, p. 24 (al quale rinvio per ogni ulteriore riferimento alla situazione di Roma); Firenze, R. Davidsohn, *Storia di Firenze*, II, Sansoni, Firenze, 1977, p. 533; L. Frati (ed.), *Statuti di Bologna dall'anno 1245 all'anno 1267*, I, Bologna, Regia Tipografia, 1869, p. 280.

l'azione politica si complicava, non era più affidata come in passato alle parentele nobili e alla loro capacità di affermazione, anche armata. Le strategie politiche dei lignaggi nobili dovevano fondarsi sempre meno sulla coercizione fisica e militare, e sempre più su azioni politiche più elaborate, basate su clientele, pressioni indirette, partecipazione a uffici, appartenenze a partiti locali e sovralocali.

9. INVESTIMENTI SIMBOLICI IN TORRI

Da un punto di vista materiale, le torri sono immobili molto variabili. Il termine *turris*, non a caso, è a volte sostituito da quello di *domus*, oppure accompagnato da diminutivi come *turricella*. Gli statuti mostrano che la qualifica di torre era legalmente attribuita anche a edifici tutto sommato bassi (a Roma l'altezza era appena di cinque ponteggi, circa 8-9 metri). Tanto le fonti scritte quanto la ricognizione archeologica del sopravvissuto mostrano edifici turrati di ogni tipo: torri sottili e altissime, fino ai 90 e più metri raggiunti dalla torre degli Asinelli a Bologna; torri alte, ma massicce, come la Torre dei Conti e le Milizie a Roma; torri più comuni, alte fra i 15 e i 30 metri, comunque fra loro molto diverse per spessori murari e apparati⁸⁰.

Molte torri rivelano un forte investimento nella complessità edilizia. Mostrano a volte ottime competenze tecniche, come quelle che alla fine dell'XI secolo permisero a Bologna di costruire gli oltre 92 metri della torre degli Asinelli, con una canna muraria in mattoni che si assottiglia con l'altezza per alleggerire il peso. Soprattutto, la tecnica edilizia utilizzata rivela la portata dell'investimento simbolico. A Brescia, le torri di XII secolo hanno tutte il basamento di grossi conci di marmo antico, a volte a scarpa, e l'elevato in muratura a bugnato rustico, con un'ostentazione di imponenza tanto maggiore se si considera che il resto dell'edilizia doveva essere in legno o di modesta muratura. A Padova i primi 3-4 metri delle torri erano in grossi blocchi calcare bianco o di trachite di rimpiego, con un alzata in laterizi antichi (cfr. fig. 3)⁸¹. A Genova, dall'inizio del XII secolo le torri vennero costruite in opera quadrata, realizzata con pietre estratte in cava

⁸⁰ Per un orientamento nell'ampia bibliografia su Bologna, v. F. Bocchi, *Bologna nei secoli IX-XIV...*, *op. cit.*, pp. 45-48.

⁸¹ F. Bergonzoni, *La torre degli Asinelli. La più celebre delle torri bolognesi fra storia, cronaca e arte muraria*, Bologna, Istituto Carlo Tincani, 1994 (Paola Galetti, che ringrazio, mi comunica che la ricerca recente ipotizza un'origine pubblica della torre, proprio in ragione dell'elevato investimento che ha richiesto); M. Corteletti, «Torri, case-torri e case "fortificate" a Brescia nel bassomedioevo», in E. De Minicis (ed.), *Case e torri*, *op. cit.*, pp. 108-118; A. Chavarría Arnau, «Case solarate e domus incastellate: architettura residenziale a Padova tra alto medioevo e il XII secolo», in *Eadem* (ed.), *Padova: architetture medievali*, Mantova, SSA, 2011, pp. 21-33, 26-31.

e prelaborate da scalpellini in conci ben rifiniti, apparecchiati in corsi orizzontali e con letti di posa molto sottili, per comporre «un possente tessuto murario in pietre, talora spianate, talora bugnate». Si trattava di «un'opera muraria assolutamente nuova», che è stato supposto venne appresa in Medio Oriente dalle maestranze che le famiglie nobili genovesi avevano portato con sé nella I crociata. Definita *opus novum*, questa muratura nel XII secolo divenne in Liguria il marcatore simbolico di Genova, che la impiegava propagandisticamente per la costruzione delle fortezze comunali a presidio del territorio: tanta era la sua bellezza, dice un cronista, e tanta la sua solidità che i passanti restavano attoniti, e di per sé la sola la notizia di questo suo impatto emozionale riempiva di gioia gli amici e di immenso terrore i nemici della città⁸². A Roma, l'investimento simbolico sulle torri è rivelato dalla tecnica edilizia, che usava all'esterno laterizi antichi bene selezionati, se il caso rilavorati e accuratamente messi in posa, e riservava al paramento interno l'uso dei tuffelli, meno prestigiosi. Ulteriore elemento di ostentazione erano le cornici in marmo delle finestre dei piani alti, e l'inserimento al culmine della torre di mensola porta stendardo in marmo.

Il prestigio delle torri e l'investimento simbolico ad esse affidato è anche attestato dai nomi. Quasi tutte le torri avevano un nome proprio. Nella maggioranza dei casi, derivava dalla famiglia proprietaria, ed è un'ulteriore prova del ruolo della torre nel materializzare una parentela e proclamarne la supremazia in quello spazio urbano. V'erano anche nomi evocativi, connessi a Roma con il passato antico (Augusta, Milizie, ecc.), oppure di origine variata, come La Castagna di Firenze, o la Garisenda di Bologna.

Per tutta una lunga prima fase, che nella maggioranza delle città arriva alla fine del XII secolo, la possanza simbolica della torre sembra affidata, oltre che alla qualità della muratura, alla sua altezza. Negli accordi relativi alle torri, si prevedevano tempistiche serrate per la velocità di innalzamento, e si sottolineava l'intima connessione fra torre e *honor parentele*. Un patto bolognese del 1177 prevedeva addirittura che la torre crescesse di oltre 25 metri in soli due mesi, il che mi sembra veramente sbalorditivo⁸³. Nel 1209, a Firenze, sempre un innal-

⁸² A. Cagnana, «Pietre per il vescovo, per il signore, per la comunità. Tecniche murarie e assetti sociali fra X e XV secolo nella Repubblica di Genova», in *Il paesaggio pietrificato...*, *op. cit.*, pp. 37-51 da cui cito, e *Eadem, Muri e maestri...*, *op. cit.*, pp. 55-63 (p. 72 per l'impatto emozionale).

⁸³ F. Niccolai, *I consorzi nobiliari...*, *op. cit.*, pp. 166-167. Rogato l'11 settembre 1177 fra sette esponenti del lignaggio dei Carbonesi e tal Marchisello, il patto prevedeva che Marchisello consegnasse una sua casa voltata (*tubata*) ai Carbonesi, che potevano utilizzarne una parte a loro scelta per edificare una torre. I Carbonesi ottenevano da Marchisello per edificare i primi venti «ponti» (*puncti*) di altezza, cioè 26 metri (un «ponte» equivaleva in media a 130 cm: *cf.* G. Gozzadini, *Delle torri gentilizie di Bologna e delle famiglie alle quali appartennero*, Bologna, Zanichelli, 1880, p. 24), un contributo di 30 lire, e si assumevano poi tutte le spese dell'ulteriore innalzamento. I primi venti ponti



Figura 5. Porta Santa Fede di Genova. A destra particolari della muratura in opera quadrata (immagini tratte dalla presentazione di A. Cagnana dal titolo *Dal muro del vescovo al muro del mercante. Trasformazioni sociali ed economiche fra XI e XII secolo nelle città della Liguria* nell'ambito del convegno internazionale *Il paesaggio pietrificato*, *op. cit.* e da A. Cagnana, «L'introduzione dell'opera quadrata medievale a Genova: aspetti tecnologici e contesto sociale», *Arqueologia de la Arquitectura*, 4, 2005, p. 36).

zamento di oltre 25 metri era ordinato da un altro accordo, ma in questo caso nel termine di un anno⁸⁴. Tornando al 1177, a Verona un atto di *societas et conventio ac concordia* relativo alla torre degli Amenardi stipulato fra cinque gruppi di

dovevano essere costruiti entro la festa di S. Martino, l' 11 novembre, a meno che Marchisello avesse diversamente voluto (probabilmente posticipando i suoi pagamenti, che dovevano avvenire per metà al raggiungimento dei primi cinque ponti, e per il resto all'altezza di quindici ponti).

⁸⁴ F. Niccolai, *I consorzi nobiliari...*, *op. cit.*, pp. 160-162 (su cui P. Santini, «Società delle torri in Firenze», *Archivio Storico Italiano*, 20, 1887, pp. 25-58 e 178-204, a pp. 51-53): ognuno dei tre gruppi di soci doveva innalzare la torre di 15 braccia pisane, pari a poco meno di 9 metri.

soci, in parte parenti e in parte alleati, stabiliva che bastasse il desiderio di due soci per obbligare tutti gli altri a partecipare all'innalzamento o, in alternativa, a versare entro un anno dalla conclusione dei lavori, sotto pena della perdita della torre stessa, la loro quota della somma spesa *ad turrem levandam*⁸⁵. L'altezza era strettamente connessa all'onore dei proprietari: nel 1196, a Bologna, nove membri della famiglia Carbonesi, alcuni dei quali già presenti nel citato atto del 1177, giurarono di fare quanto stabilito dai due di loro eletti come arbitri nelle questioni relative all'innalzamento della torre comune (*de facto elevationis predictae turris*), purché costoro decidessero ciò che più andava *ad honorem parentele*⁸⁶. «Che tuttavia l'onore venga sempre prima della salvezza degli stessi edifici» era anche la massima di comportamento che a Lucca, nel 1216, doveva guidare i rettori del consorzio proprietario della *Turris filiorum Pandulfi* quando si trattava di utilizzare in guerra la torre⁸⁷.

La competizione per l'altezza è testimoniata dalle evidenze architettoniche, anche se, nella maggioranza delle città, nel corso del tempo le torri sono state quasi immancabilmente troncate di gran parte dell'alzato. Nessun dubbio lasciano però i ricordati limiti che i comuni, come Gaeta nel 1124, cercavano di porre alla gara verso il cielo, e i patimenti che queste limitazioni suscitavano nelle stirpi nobili. Alcuni patti stabiliscono per i soci l'obbligo di accrescere la torre se per caso i limiti comunali venissero abrogati o addolciti. Nel 1209, ad esempio, i soci di una torre fiorentina si accordarono su una serie di lavori da effettuare (costruzione di una volta, di un portico, di aggetti esterni) e, soprattutto, si obbligarono come abbiamo visto a innalzare la torre di oltre 25 metri entro un anno qualora l'*interdictum* di costruzione promulgato dal comune divenisse un *divietum ruptum*, cioè perdesse valore e efficacia⁸⁸.

Queste attestazioni riguardano una tipologia di torri tipica dell'XI-XII secolo, che viene spesso chiamata «militare»: immobili destinati ad attività belliche, privi di funzioni residenziali, con planimetria, strutture e interni tutto sommato simili. Proprio questa somiglianza di base spiega perché il valore delle torri dipendesse spesso da un unico parametro, l'altezza. Nel 1191 gli statuti di Pistoia

⁸⁵ A. Castagnetti, *La società veronese nel Medioevo*, Verona, Libreria universitaria editrice, 1983, doc. n. 4, pp. 116-118 (sul quale *cf. ibid.* pp. 60-63 e G. M. Varanini, «Torri e casertorri a Verona...», *op. cit.*, pp. 188-190).

⁸⁶ F. Niccolai, *I consorzi nobiliari...*, *op. cit.*, pp. 168-169.

⁸⁷ Archivio di stato di Lucca (ASL), Diplomatico, Cenami (II acquisto Ghivizzani), pergamena del 1216.05.11 e 12: ai rettori del consorzio era concessa la massima libertà di azione «pro turri danda vel non danda secundum quod eis melius visus fuerit: ita tamen ut honor preponatur salvitati domorum, si rectoribus melius visus fuerit».

⁸⁸ F. Niccolai, *I consorzi nobiliari...*, *op. cit.*, pp. 160-162.

stabilivano che il socio di una torre potesse vendere la sua quota al prezzo massimo di 12 lire a «ponte», mentre una successiva disposizione, del 1217, indica un valore di 10 lire; cifre molto più alte di quelle stabilite a Firenze nel 1180 per favorire i membri di un consorzio, che potevano acquistare per appena 2-3 lire a ponte la parte di un socio che volesse abbandonare il consorzio⁸⁹.

10. CASETORRI E PALAZZI

Per le torri di cui ho finora parlato, l'assenza di usi abitativi è attestata dalla ridottissima superficie interna, dalla pochezza delle aperture, dalla totale mancanza dei più semplici elementi di comfort, come latrine e caminetti, e dalla collocazione lontana dal suolo della porta di ingresso⁹⁰. Le torri genovesi, ad esempio, avevano una superficie interna di 4-4,5 metri quadri, una porta di ingresso a 7-7,5 metri di altezza e una misera disponibilità di aria e luce. A Roma, sembra che alcune torri fossero cave, cioè prive di solai, per gran parte della loro altezza. Anche le fonti scritte testimoniano che questa tipologia di torri non era destinata a stabile abitazione. Gli accordi tra consorti stabilivano ad esempio che la torre dovesse essere sempre pronta ad accogliere un consorte in pericolo; nel 1180 a Firenze, addirittura la società fra Giandonati e Fifanti stabiliva che i rettori della società, appena apprendevano che uno dei soci aveva qualche *litem aut brigam* pericolose, gli dovevano immediatamente portare le chiavi delle torri, in una sorta di «rito attraverso cui la *societas* assumeva l'onere della difesa di un suo membro»⁹¹.

Allo stesso tempo, le fonti scritte suggeriscono di sfumare il quadro. Resa impossibile dall'angustia dello spazio calpestabile interno alla muratura, la funzione abitativa, almeno per brevi periodi, poteva svolgersi negli aggetti in legno di cui molte torri erano fornite. Nel 1177, i patti relativi alla veronese torre degli Amenardi stabilivano ad esempio che i due soci principali avrebbero potuto costruire, sui fianchi della torre, due sporti chiusi, chiamati a Verona *ponticella*, nei quali qualsiasi socio poteva andare ad abitare se un qualche conflitto rendeva pericolosa la sua permanenza nella casa di residenza; ma era un'evenienza

⁸⁹ P. Santini, «Società delle torri...», *op. cit.*, pp. 35-37, 47-49; *Idem, Documenti...*, *op. cit.*, pp. 523-526 (dove si parla di 20-30 soldi a braccio, che è circa la metà di un ponte).

⁹⁰ In alcune città, anche le torri militari a volte potevano avere una porta al piano terra, peraltro spesso senza comunicazione con i piani superiori; a Pisa, poi, le torri a volte al piano terra avevano addirittura un portico passante, che ne indeboliva il potenziale militare (F. Redi, *Pisa com'era...*, *op. cit.*, pp. 177-190, 260-281).

⁹¹ E. Faini, *Firenze, op. cit.*, p. 200.

chiaramente considerata provvisoria⁹². Dalla fine del XII secolo, le fonti fanno talvolta esplicito riferimento a uno stabile uso abitativo delle torri: ad esempio a Bologna nel 1252 consentivano fossero abitate solo fino a 20 metri di altezza, mentre gli statuti di Lucca, del 1308 ma riprendendo in parte normativa anteriore, autorizzavano chi abitava la torre comune a crearvi porte e finestre; in un'altra rubrica, ordinavano che la torre da cui avvenivano lanci proibiti di proiettili non venisse abbattuta qualora fosse l'abitazione di un consorte estraneo all'accaduto⁹³. Va detto, però, che queste norme fanno probabilmente riferimento a torri della seconda tipologia, di cui dirò qui oltre, oppure solo alle stanze situate al piano terra, separate dai piani superiori da una volta – questo è il caso ad esempio di un «habitorium turre a gula arcorum inferius» menzionato in documento lucchese del 1196⁹⁴.

Nella seconda metà del XII secolo, e soprattutto nel primo Duecento, si diffonde un'altra tipologia di torre, che gli storici hanno battezzato casa-torre, anche se il termine compare solo in alcune città. In questa tipologia gli scopi militari appaiono chiaramente subordinati a esigenze abitative. Questo carattere ibrido è rivelato anche da esitazioni terminologiche significative: a Mantova, ad esempio, uno stesso edificio è chiamato nelle fonti, e talora in uno stesso documento, *domus*, *domus alta murata*, *domus alta murata sive turris*, *turris sive casaturris*⁹⁵. L'architettura delle case-torri è meno uniforme di quella delle torri cosiddette militari. Planimetria, dimensioni, struttura e finiture mutavano a seconda della città, dell'epoca e dei singoli edifici. Ovunque erano immobili caratterizzati da una minore altezza e da una superficie interna maggiore, con porte anche al piano terra, un maggior numero di aperture, finestre di grosse dimensioni, ballatoi, e talvolta anche intere pareti tamponate con materiali leggeri. Nelle torri di Genova, ad esempio, le planimetrie divennero più ampie ed articolate e gli spazi interni meno angusti e più ariosi e illuminati, visto che grandi ed eleganti polifore sostituirono le strette feritoie anteriori; il basamento della struttura fu spesso costituito da un elegante porticato. Mutò anche la tecnica costruttiva: l'uso dei grandi conci squadrate, in calcare, fu limitato al basamento, mentre l'alzato venne eseguito «in laterizi, più facili da produrre e da mettere in opera, ma soprattutto da trasportare». «Tutto ciò denoterebbe la volontà, da parte della committenza, di comunicare il peso sociale attraverso elementi differenti rispetto

⁹² Cfr. nota 85.

⁹³ L. Frati (ed.), *Statuti di Bologna...*, op. cit., p. 280; *Statuto del Comune di Lucca dell'anno 1308: ora per la prima volta pubblicato*, Lucca, Giusti, 1867, pp. 283-284.

⁹⁴ ASL, Diplomatico, Deposito Certosa, 1196 marzo 7.

⁹⁵ G. Gardoni, *Fra torri e «magnae domus»...*, op. cit., p. 26.

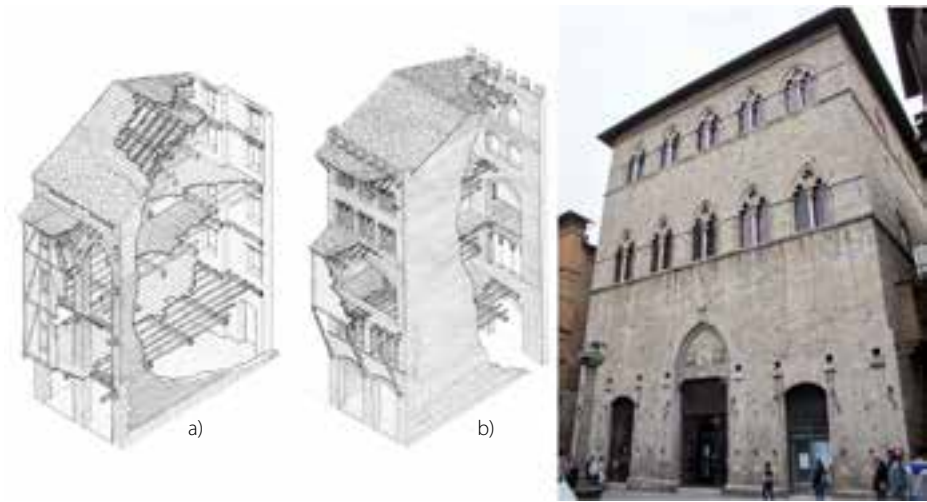


Figura 6. A destra: le case torri di Pisa di XIII secolo, assonometrie ricostruttive del complesso Stefani (a) e di palazzo Mosca (b) (immagini tratte da F. Redi, *Pisa...*, *op. cit.*, p. 185). A sinistra: palazzo Tolomei di Siena (immagine tratta dal sito www.wikipedia.it).

al secolo precedente; ai caratteri di robustezza ed impenetrabilità si sostituirebbero quelli della magnificenza e dell'eleganza»⁹⁶.

Questi mutamenti comportavano un depotenziamento delle valenze militari. Nel XIII secolo, questo progressivo mutare del significato delle nuove torri è attestato quasi ovunque, con poche eccezioni, come le torri dei baroni di Roma. Assunse peraltro, come accennavo, fisionomie diverse. Le famose case-torri di Pisa erano connotate dalla debolezza militare: la struttura era a pilastri paralleli, cioè aveva una muratura compatta solo sui fianchi mentre la facciata era libera, con strutture in legno aggettanti chiuse da tamponature leggere, in legno o argilla⁹⁷. A Siena, i cosiddetti *castellari* che nel XII secolo appartenevano alle maggiori stirpi nobili, tutti dotati di torre, vennero trasformati in *casamenta*, un insieme di edifici di pregio atti alla difesa ma soprattutto alla residenza, all'ostentazione e alle attività mercantili. Un caso famoso è il *casamentum* costruito dai Tolomei all'inizio del Duecento, con al centro il grande palazzo che ancora stupisce i turisti, dotato di magazzini e di un grande ambiente al piano terra, residenze ai piani superiori, vari altri edifici annessi, una piazza e una chiesa sotto patronato.

⁹⁶ A. Cagnana e R. Mussardo, «Le torri di Genova fra XII e XIII secolo: caratteri architettonici, committenti, costruttori», *Archeologia dell'Architettura*, 17, 2012, pp. 94-110, cit. a pp. 102-103.

⁹⁷ F. Redi, *Pisa com'era...*, *op. cit.*

Una struttura possente, ma attenta più a valenze estetiche, di ostentazione e di magnificenza, che non alle funzionalità militari⁹⁸.

Nella funzione residenziale delle torri, forse le città meridionali furono, ancora una volta, più precoci. In realtà, si tratta solo di un'impressione, che le sistematiche demolizioni volute dai sovrani normanni e svevi rendono difficile da verificare sulle evidenze materiali superstiti. Nel caso di Gaeta e Bari le fonti scritte lasciano però intuire torri dotate di aperture anche al piano terra, con una presenza diffusa di botteghe. A Gaeta l'uso residenziale è suggerito da alcuni documenti che descrivono le torri come articolate in piani (detti *membra*) e connesse con edifici adiacenti, dal ritrovamento di eleganti bifore e finestre decorate ai piani alti e persino da un bassorilievo che raffigura Gaeta come una città gremita di edifici turriformi dotati di grandi finestre⁹⁹. A Bari, il cronista racconta che nel 1115 una torre venne presa semplicemente poggiando, notte-tempo e in silenzio, una scala di legno sul tetto di una casa vicina, da cui gli assalitori avevano raggiunto un piano posto sopra quello dove si trovava il custode a guardia della torre, che venne sorpreso e catturato dagli avversari scesi dalla scala interna. Verrebbe quasi fatto di dubitare della valenza militare di questi immobili, se le fonti scritte non fossero chiarissime al riguardo, parlando di un loro uso «ad guerram faciendam», della minaccia che la loro presenza costituiva per la *pax* cittadina, della presenza notturna all'interno della torre di guardiani specializzati (nel 1117 un *saracenus* di guardia a una torre viene gettato «a summa altitudine ad terram»)¹⁰⁰. Il dubbio appare peraltro fondato per Amalfi, dove le cosiddette case-torri, pur essendo edifici alti anche più di cinque piani, contenevano botteghe, filatoi, ambienti domestici e, soprattutto, erano sul retro spesso come appoggiate al forte pendio che caratterizza l'orografia amalfitana, al punto che accadeva che il quarto piano di un edificio desse sul retro accesso ad orti e giardini¹⁰¹.

Dal pieno XIII secolo, sempre più spesso le torri sembrano conservare a fatica quella preminenza simbolica e sociale che le aveva fino ad allora connotate. I podestà comunali e soprattutto i governi popolari della seconda metà del secolo ordinarono la distruzione di molte torri, e numerose altre vennero distrutte in seguito al prevalere dell'una o dell'altra fazione. La torre perdeva comunque

⁹⁸ R. Mucciarelli, *I Tolomei banchieri di Siena: la parabola di un casato nel XIII e XIV secolo*, Siena, Protagon, 1995, pp. 153-160; P. Cammarosano, *Siena*, Spoleto, CISAM, 2009, pp. 160-162.

⁹⁹ Oltre al doc. 1124 citato sopra nota 73, particolarmente espliciti sono i documenti del 1207 e 1208 editi in *Codex Diplomaticus Cajetanus, op. cit.*, II, n. 423 e 424, pp. 407-409; per le bifore e il bassorilievo, v. G. Villa, «Aspetti dell'urbanistica...», *op. cit.*, pp. 104-107.

¹⁰⁰ *Cfr.* sopra nota 72.

¹⁰¹ G. Gargano, «Case-azienda...», *op. cit.*



Figura 7. A destra: Gaeta, Cattedrale, Candelabro pasquale. A sinistra: Gaeta, palazzo cosiddetto di Docibile (immagini tratte da G. Villa, «Aspetti dell'urbanistica...», *op. cit.*, foto 15 e 16).

di rilievo militare, politico, simbolico e economico anche senza gli interventi distruttivi degli avversari. Il cambiamento più indicativo avvenne nei documenti che elencavano i beni di un lignaggio: se nel XII secolo e nei primi decenni del successivo le torri erano immancabilmente menzionate per prime, in seguito accadde sempre più frequente che fossero ricordate come un immobile fra gli altri, comunque meno importante del *palatium/domus magna* su cui tornerò fra breve. Ma abbiamo altre testimonianze significative. Ad esempio a Pisa nel 1286 fecero la comparsa leggi inimmaginabili in passato, volte a evitare il crollo di questi alti edifici per assenza di manutenzione, evidentemente trascurata dagli antichi proprietari¹⁰².

Quello che forse più minacciava la preminenza della torre era il rilievo crescente assunto dalla presenza di uno o più immobili che in passato erano del tutto assenti o, più spesso, meno centrali nei patrimoni immobiliari della nobiltà: i *palatia* e le *domus magne*. La proclamazione identitaria e simbolica della parentela si affidava sempre più spesso ad edifici che venivano adesso costruiti con dimensioni inusualmente grandi per i parametri dell'epoca, con una cura architettonica inconsueta, con caratteri residenziali e strutture di comfort, con stanze di rappresentanza riccamente decorate. L'investimento economico e simbolico della famiglia in questi nuovi immobili andava a svantaggio della torre che sorgeva nei loro pressi. Con frequenza crescente, poteva accadere che della torre si facesse del tutto a meno. Ad esempio a Padova nel corso del

¹⁰² F. Bonaini (ed.), *Statuti inediti della città di Pisa dal XII al XIV secolo*, I, Firenze, Viesusseux, 1854, p. 457.

Duecento sempre più spesso le famiglie nobili decisero di costruire i loro nuovi palazzi senza alcuna torre di protezione. È significativo che all'inizio del XIV secolo Giovanni da Nono, nella sua descrizione delle maggiori famiglie padovane, distingue fra palazzi antichi (*vetus*) con torri affiancate, e palazzi *nova*, privi di torre¹⁰³.

Questa lenta migrazione del fulcro dell'ostentazione nobiliare dalla torre a immobili residenziali di pregio era favorita da un appannamento dell'attività militare e dei valori cavallereschi nell'orizzonte politico e simbolico della nobiltà, da mutamenti di gusti e di stile di vita, dalla maggiore ricchezza disponibile per realizzare ostentazioni edilizie, dalle politiche portate avanti dai comuni di Popolo e da altri elementi ancora. A Firenze, la fine del XIII secolo segna la comparsa di palazzi nobiliari di un'ampiezza monumentale, costruiti con bei paramenti in pietra, con facciate impressionanti ma difficili da difendere, e che attestano un mutamento drastico del tradizionale interesse per il complesso familiare chiuso: agli immobili «turned inwards, clustered around a family piazza», famiglie come quella dei Cerchi preferivano adesso «palaces facing outward, onto a major public street»¹⁰⁴. Era l'inizio di una evoluzione, destinata a sfociare, generazioni dopo, nei palazzi rinascimentali.

Anche in questa evoluzione, ancora una volta alcune città del meridione sembrano precedere quelle del centro-nord. In questo caso, il riferimento è a esperienze architettoniche eccezionali, frutto di connessioni culturali ed economiche del tutto particolari, che si realizzarono nelle aree di origine dei grandi funzionari finanziari del Regno sotto gli svevi e i primi sovrani angioini. Soprattutto nella Costa d'Amalfi, e in particolare a Ravello e Scala, le relazioni sovralocali e le ricchezze impressionanti accumulate da Rufolo, d'Afflitto, Trara, Sasso, *de Pando* e poche altre famiglie diedero vita a residenze di grande lusso e splendore architettonico. Costituiti da vari edifici collegati fra loro e articolati su due o tre piani, questi complessi edilizi erano circondati da mura difese da torri angolari. «Gli ambienti interni contenevano camere riscaldate da camini, cucine, forni, atri colonnati, chiostrini decorati con motivi arabeggianti a tarsie, foglie e fiamme, bagni arabi, cisterne, pozzi, cantine, depositi, stalle, ambienti per la vinificazione, orti, giardini, terrazze coltivate». In alcuni complessi erano costruite chiese e cappelle, e poi «ambienti di gusto arabo, a forma cubica e in origine coperti da ampie cupole», fontane, cupole scanalate, chiostrini moreschi, logge, «colonnine binate a tortiglione, su cui poggiavano archi acuti intrecciati di pietra nera». Come per i palazzi dei conti di Caserta

¹⁰³ A. Chavarría Arnau, «Case solarate...», *op. cit.*, pp. 31-33.

¹⁰⁴ C. Lansing, *The Florentine magnates...*, *op. cit.*, p. 105.



Figura 8. Villa Ruffolo, Ravello (SA). A destra particolare del prospetto centrale del loggiato in stile moresco (immagini tratte dai siti www.wikipedia.org e www.villarufolo.com).

e Acerra, anche in questo caso ciò che permetteva all'aristocrazia di realizzare ostentazioni architettoniche impressionanti per costo e orizzonti culturali era l'intima connessione con la monarchia¹⁰⁵.

11. PIETRIFICARE LE SOLIDARIETÀ

L'ultimo fattore che spingeva alla creazione di complessi edilizi familiari e all'edificazione di torri era la loro capacità di sostenere e concretizzare nell'edilizia fondamentali relazioni sociali e politiche di solidarietà, in ambito familiare come nella competizione per il controllo di cariche, risorse collettive e organismi di governo.

¹⁰⁵ Una panoramica è fornita da G. Gargano, «Case-azienda...», *op. cit.*, pp. 56-59, con rinvio a bibliografia anteriore; su Villa Ruffolo, il solo complesso che per quanto rimaneggiato è ancora chiaramente leggibile nelle sue ostentazioni architettoniche, v. P. Peduto, *Un giardino-palazzo islamico del sec. XIII: l'artificio di Villa Ruffolo a Ravello*, Salerno 1996, e G. Imperato, *Villa Ruffolo nella letteratura, nella storia, nell'arte*, Amalfi, De Luca, 1979. Per il contesto storico e sociale, v. V. von Falkenhausen, «Tra commercio e politica: l'élite di Ravello dall'XI al XIII secolo», in M. Gianandrea e P. Pistilli (eds.), *L'apogeo di Ravello nel Mediterraneo: cultura e patronato artistico di un'élite medievale*, Roma, Campisano, 2020, pp. 17-28.

In passato gli storici hanno indagato solo il primo tipo di solidarietà, quella familiare, studiando i cosiddetti consorzi familiari¹⁰⁶. Lo hanno fatto con buone ragioni. La successione egualitaria fra i figli maschi, che come ricordavo all'inizio differenziava la nobiltà italiana da quella di altre regioni europee, si rifletteva sulla conformazione fisica dei patrimoni edilizi, quasi imponendo la creazione dei complessi familiari, e sulla loro stessa valenza sociale. Gli studi hanno ricostruito la formidabile capacità riproduttiva di molti casati nobili che, grazie al matrimonio in giovane età di molti figli e al loro rapido passaggio a nuove nozze in caso di vedovanza, spesso ha fatto proliferare all'inverosimile le linee di discendenza. Un settantennio dopo la sua morte, avvenuta nel 1237, Giangaetano Orsini aveva ad esempio una discendenza costituita da decine di uomini e donne e da almeno tredici linee di discendenza agnatica diverse, cioè di pronipoti che a loro volta avevano figli maschi. L'ampiezza della parentela poteva essere, come ha scritto un grande storico del secolo scorso, un rischio mortale, perché troppe volte nella storia dei lignaggi nobili italiani «il numero non fu potenza, fu anzi il contrario, fu il principio della debolezza e della decadenza»¹⁰⁷. Il pericolo nasceva sia dalla frammentazione dei patrimoni, sia dalla conflittualità interna alla parentela. Insolitamente prolisso, un documento lucchese del 1295 elenca le tante cause che potevano portare a contrasti: liti di natura patrimoniale, debolezze morali e di comportamento come il gioco, l'ubriachezza, la superbia, la stoltezza (*ratione gule, ludi, potus, superbie, fatuitatis et modici sensus*), contrasti politici e persino *paupertas et indigentia*, cioè i processi di mobilità sociale inversa che accentuavano troppo le distanze fra i parenti¹⁰⁸.

In questo contesto, il complesso familiare costituiva una pratica insediativa e edilizia che sorgeva dalla numerosità della parentela, facendone un elemento di forza nel territorio urbano. Un ruolo cruciale era giocato soprattutto dalla torre e dal palazzo o *domus magna*. Oltre al simbolo di una parentela, questi immobili strategici erano lo strumento per proteggerne la coesione man mano che si moltiplicavano i rami familiari. Per ovviare al rallentarsi della solidarietà di sangue, torri e palazzi restavano in comune anche fra parenti molto lontani. La proprietà era articolata in quote ideali di possesso a volte molto piccole, fino a 1/48, 1/100 o anche meno, mentre l'uso restava comune a tutti parenti o più

¹⁰⁶ Una rassegna degli studi in E. Faini, «Società di torre e società cittadina. Sui *pacta turris* del XII secolo», in S. Diacciati e L. Tanzini (eds.), *Società e poteri nell'Italia medievale. Studi degli allievi per Jean-Claude Maire Vigueur*, Roma, Viella, 2014, pp. 19-39, 21-24.

¹⁰⁷ S. Carocci, *Baroni di Roma. Dominazioni signorili e lignaggi aristocratici nel Duecento e nel primo Trecento*, Roma, École française de Rome, 1993, tavola genealogia 11, e p. 166 per la frase di Ernesto Sestan citata nel testo.

¹⁰⁸ ASL, Diplomatico, Arnolfini, 1295.12.06.

spesso era regolato da accordi specifici. Il lussuoso *casamentum* dei Tolomei di cui ho parlato prima aveva una grande sala di uso comune al piano terra, mentre le due ali del palazzo era abitate, alternativamente, per dieci anni da ciascuno dei due rami del casato; i singoli esponenti possedevano quote minuscole, addirittura di 1/192¹⁰⁹.

Molto spesso venivano redatti patti di consorzio: la solidarietà fra parenti diventava un obbligo contrattuale. Nel 1194, a Bologna, addirittura due fratelli, Ugolino e Cavazza, si recarono dal notaio per stipulare formale promessa a fornirsi aiuto con tutte le loro case e torri, e a non alienarle senza consenso; l'impegno gravava anche sui loro eredi, per i quali si sottolineava in particolare il divieto di alienazione¹¹⁰. Di norma, però, la parentela coinvolta era ben più vasta, e molto più dettagliati e diversificati erano gli obblighi sottoscritti dai consorti.

L'ampiezza e la varietà degli accordi fra consorti non sorprende, visto che si trattava di atti frutto della libera pattuizione, della contingenza politica, delle peculiarità familiari, e della natura stessa del patrimonio edilizio posseduto o programmato. Eppure in tutti si percepisce una chiara uniformità di fondo, e l'operare delle medesime preoccupazioni. Già in epoca precoce, questa uniformità è anche rivelata dallo sforzo intrapreso da alcuni comuni per cercare di regolare la vita dei consorzi di torre con specifiche norme statutarie, relative ad alcune cause ricorrenti di conflittualità fra i loro membri. Nel 1191 il comune di Pistoia, all'epoca ancora saldamente controllato dalla nobiltà cittadina, intervenne per tutelare da alienazioni i possessi consortili, una materia che certamente stava molto a cuore dei ceti dirigenti. Ai consorti delle torri cittadine venne permesso di alienare la propria quota solo per manifesta povertà o altra grave necessità e soltanto ad altri membri del consorzio. Per evitare contenziosi, la richiesta di alienazione doveva essere notificata agli altri consorti almeno due volte e con cinque giorni di intervallo; solo in caso di un loro rifiuto all'acquisto era lecito vendere fuori dal consorzio, a patto naturalmente che l'acquirente non fosse un *inimicus* di qualche consorte e si impegnasse a giurare i patti stabiliti fra i soci¹¹¹. Sempre a Pistoia, nel 1217 il comune intervenne su un altro punto di possibile contenzioso fra i consorti, la successione ereditaria delle torri: chi aveva discendenza diretta, doveva obbligatoriamente lasciare agli eredi tutta la sua quota;

¹⁰⁹ R. Mucciarelli, *I Tolomei...*, *op. cit.*, p. 184.

¹¹⁰ F. Niccolai, *I consorzi nobiliari...*, *op. cit.*, pp. 167-168.

¹¹¹ P. Santini, «Società delle torri...», *op. cit.*, p. 36, da una pergamena inedita; la rubrica è ripresa con poche varianti nel 1296 da L. Zdekauer (ed.), *Statutum potestatis comunis Pistorii*, Milano, Hoepli, 1888, p. 225.

in assenza di discendenza diretta, si potevano lasciare eredi fratelli, sorelle e parenti collaterali, e persino estranei, i quali però non avrebbero ricevuto la quota della torre loro assegnata dal defunto, ma soltanto un risarcimento di 10 lire a «ponte» pagato dagli altri consorti. In seguito, ma in una data imprecisabile, il comune di Pistoia regolò altri aspetti dei consorzi di torre: se la torre era fino allora accessibile solo attraverso proprietà di singoli consorti, il socio privo di un suo ingresso poteva aprirne uno dai propri immobili o anche direttamente dalla strada pubblica; i consorti di una torre non potevano vietare di costruire aggetti e murature, probabilmente in altezza, al socio che lo desiderasse; e i lavori di miglioria che un consorte praticava, anche contro il parere dei soci, nel *casamentum* o *casa* comuni (ma non quelli alla torre) dovevano venirgli risarciti dagli altri membri, a meno che i patti consortili prevedessero diversamente¹¹².

Norme relative ai consorzi ricorrono in numerose raccolte statutarie, con una diffusione che testimonia l'importanza politica, sociale e militare di questi raggruppamenti. Al centro delle disposizioni statutarie, a volte vediamo la volontà di limitare le potenzialità negative che il possesso consortile di torri aveva su pace civica e ordine pubblico¹¹³. Le norme insistono sui limiti o i divieti al lancio di proiettili dalle torri e sulle regole da seguire per evitare di danneggiare i consorti se una torre doveva essere demolita in tutto o in parte a causa dell'illecito comportamento di un singolo socio. Sono preoccupazioni diffuse soprattutto dal terzo-quarto decennio del XIII secolo, e tipiche dei governi comunali che avevano accolto forze sociali diverse dalla nobiltà; peraltro abbiamo visto che anche in epoche anteriori l'indiscussa egemonia aristocratica sui governi cittadini si era talvolta accompagnata a provvedimenti volti a limitare i conflitti incentrati sulle torri.

Altre raccolte statutarie, come quelle appena esaminate di Pistoia, muovono invece, in primo luogo, dal desiderio del governo comunale e della stessa aristocrazia di garantire la pace fra i soci, limitando le potenzialità di contrasto intrinseche in ogni dinamica consortile. La normativa forse più dettagliata compare nei tardi statuti di Lucca del 1308, che obbligavano il podestà del comune ad intromettersi in molteplici aspetti della vita dei consorzi: il podestà doveva costringere un consorte recalcitrante a giurare ai soci il rispetto dei patti; indagava se effettivamente i giovani richiesti di giurare avevano compiuto la prescritta età di quattordici anni; anche se gli altri soci si opponevano, doveva permettere

¹¹² *Ibid.*, pp. 224-226: norme tradite nella redazione del 1296, ma sicuramente anteriori.

¹¹³ Una panoramica in F. Lattanzio, «Il ruolo della pietrificazione negli statuti delle città italiane dei secoli XII-XIII», in A. Rodríguez (ed.), *Textualization and Petrification. Written Sources, Identity and the Materiality of Buildings*, i.c.s.

a un consorte di costruire archi di collegamento in muratura fra la torre e le proprie case; vigilava sulle vendite e le cessioni in fitto delle quote di torre compiute da un socio senza avvisare i consorti e offrire loro la prelazione; comminava severe pene al consorte di una qualsiasi immobile difeso (*de turri vel bertesca sive de arcichasa*) che attaccasse un proprio socio, o che rifiutasse di cedergli la torre nei casi previsti dal patto di consorzio; più in generale, doveva intervenire nelle liti fra consorti, ma sempre rispettando quanto stabilito dai soci al momento della costituzione della società e scritto nel *pactum in instrumento consortatus insertum*¹¹⁴.

Molte di queste norme sono sicuramente anteriori al 1308, ma una sola risulta chiaramente databile, almeno per una sua parte. È la rubrica 62 del IV libro, che ordinava al podestà di intervenire se i consorti gli chiedevano di far giurare il *sacramentum turris*, cioè i patti della società di torre, a qualche membro che si rifiutava. Veniva indicato anche l'articolato giuramento da prestare, che peraltro i consorti erano liberi di cambiare a piacimento tramite un atto notarile. Trascritta per intero, questa lunga formula di giuramento era attribuita a due personaggi, il console Soffredo *Partis* e il *iurisperitus* Paganello, attestati fra il 1181 e il 1212¹¹⁵: risale dunque a un periodo in cui le famiglie nobili coinvolte in questi consorzi ancora controllavano in larga parte il comune. Con grande dettaglio, console e giusperito impegnarono in primo luogo i giuranti a evitare qualsiasi conflitto fra i consorti stessi, fra tutti i loro parenti in linea maschile, e con alcuni più stretti parenti per via femminile. Seguiva una casistica ancor più dettagliata su quali parenti esterni al consorzio avessero la possibilità di utilizzare la torre per un proprio conflitto: ai cugini (per via maschile) la torre andava sempre concessa, mentre la casistica relativa a parenti per via femminile prevedeva che, fra i cognati dei consorti, il fratello della moglie di un consorte prevalesse sul marito della sorella; torre e consorzio si dovevano invece mantenere neutrali se la contrapposizione era fra il suocero e il cognato di due consorti. A vantaggio di quel consorte che, in base a quanto previsto sopra, avesse diritto a utilizzare la torre per un suo conflitto o, nei casi ammessi, per quello di un parente per via femminile, la formula di giuramento sanciva poi l'obbligo di tutti i membri ad aiutarlo a recuperare la torre da chi in quel momento la deteneva. Inoltre vincolava i consorti a non impedire in nessuno modo a un altro socio l'accesso alla torre o a una sua parte; e altro ancora. Questo non fu certamente

¹¹⁴ *Statuto del Comune di Lucca...*, *op. cit.*, pp. 281-288.

¹¹⁵ Per le attestazioni documentarie di *Paganellus iurisperitus et Soffredus Partis* rinvio a A. de Conno, «Il consorzio di torre tra normativa interna e legislazione statutaria: l'esempio lucchese», *Ricerche storiche*, 23, 1993, pp. 3-14, a pp. 10-11, in nota, che propone di datare la formula al 1190-1210 (si aggiunga la carica di console treguano di Soffredo nel 1181: P. Guidi e O. Parenti (eds.), *Regesto del Capitolo di Lucca*, II, Roma, Istituto storico italiano 1912, p. 289).

il solo intervento preso in quegli anni dal comune lucchese. Una pergamena del 1216 ricorda ad esempio che anni addietro, durante il consolato di Uberto Rossi e altri quattro consoli, era stato emanato un *ordinamentum pro consortibus turrium* destinato a evitare che i consorti si dessero, proprio per questioni relative alla torre, qualsiasi *offensam et iniuriam*, o che cercassero di sottrarsi la torre¹¹⁶.

L'esistenza stessa di queste e altre disposizioni attesta come i governi cittadini giudicassero fondamentale, per l'ordine pubblico e la dinamica politica, un regolare andamento della vita di consorzi che coinvolgevano la gran parte di quella che nel XII secolo e oltre era la classe dirigente stessa del comune, e che poi, con il pieno affermarsi dei governi podestarili e di Popolo, restava comunque una fetta cospicua degli strati superiori della società urbana. Proprio la vicinanza fra nobiltà e governo comunale spiega bene anche la «grandissima somiglianza ed affinità» fra le disposizioni statutarie e le norme che i consorzi si davano autonomamente¹¹⁷. Ma sarebbe sbagliato pensare che i consorzi abbiano adottato passivamente modelli proposti dai legislatori comunali. Nella grande maggioranza delle città gli statuti non sembrano proporre alcun modello di *sacramentum* consortile; del resto, il solo testo pervenutoci per intero è appunto quello di Lucca. Nella stessa Lucca, inoltre, da un lato gli statuti davano esplicitamente ai consorti di torre piena libertà di cambiare i patti e il relativo giuramento¹¹⁸, e dall'altro sappiamo che molte delle disposizioni presenti nella formula di *sacramentum turris* redatta dal console Soffredo *Partis* e dal *iurisperitus* Paganello vennero riprese da patti già esistenti, stipulati per istituire società di torre. Ad esempio, per quello che possiamo giudicare dal testo pervenutoci, la *ordinatio, compositio atque sacramentum* che nel 1175 regolava la società di torre dei Cenami già riportava impegni simili a quelli che di lì a qualche lustro sarebbero stati inseriti nella formula di *sacramentum turris* sopra ricordata¹¹⁹.

¹¹⁶ ASL, Diplomatico, Cenami (II acquisto Ghivizzani), 1216.05.11 e 12, « constitutio facta tempore consulatus Uberti Rossi de Burgo et Gerardini Glandonis [...] de ordinamento facto pro consortibus turrium quod unus alii nullam offensam et iniuriam inter se facere debeant de turri consortiali nec unus alii eam tollere debeat ». In base ai nomi dei consoli in carica, A. de Conno, «Il consorzio di torre...», *op. cit.*, p. 6, ipotizza che la *constitutio* risalga al 1213.

¹¹⁷ L'osservazione è di F. Niccolai, *I consorzi nobilitari...*, *op. cit.*, p. 69.

¹¹⁸ Di conseguenza gli accordi fra consorti dichiaravano esplicitamente la scelta di ricorrere alla formula di giuramento inserita negli statuti; si vedano ad esempio in patti del 1226 e 1258 citati da A. de Conno, «Il consorzio di torre...», *op. cit.*, p. 9, nota 21, che prevedevano che i soci giurassero «secundum formam lucani constituti».

¹¹⁹ Si veda ad esempio la chiara assonanza fra un brano dell'*ordinatio* del 1175 e quanto previsto dal *sacramentum turris* stabilito da Soffredo e Paganello: «si frater carnalis uxoris alicuius sui consortis habuerit negotium cum frate meo primo consobrino turris debet remanere in pace, et si pater uxoris alicuius mei consortis habuerit negotium cum meo primo consobrino vel cum meo fratre legiptimo de matre, turris debet remanere absque servitium partium» (brano riportato da ASL, Diplomatico,

12. PATTI DI TORRE E SOLIDARIETÀ POLITICHE

I patti di torre oggi superstiti rappresentano una quota irrisoria di quelli a suo tempo redatti. In tutto, ho reperito per il XII secolo e per i primi ottanta anni del XIII il testo, almeno parziale, di una ventina scarsa di patti relativi a consorzi di torri. Provengono da Bologna, Chieri, Firenze, Lucca, Padova, Siena, Treviso e Verona¹²⁰. Il mio censimento è provvisorio, ma dubito che sia molto lontano dal totale effettivo. Innumerevoli patti di torre sono andati perduti dapprima quando i consorzi si sono sciolti, e poi quando gli archivi familiari vennero distrutti. Rivelatore è il caso di Firenze: se la città conserva il maggior numero di patti di consorzio, è merito del salvataggio documentario compiuto nel XVII secolo, quando molti archivi laici furono smantellati, dall'Accademico fiorentino Carlo Strozzi, che aveva il privilegio granducale di esaminare tutte le pergamene destinate alla distruzione¹²¹.

Nei *pacta turris*, le tematiche ricorrenti sono in gran parte quelle già viste, e oggetto delle normative statutarie: l'età di giuramento dei figli dei membri del consorzio (di solito quattordici, a volte quindici anni)¹²², i limiti alle alienazioni e il diritto di prelazione dei soci, le modalità di successione, la casistica anche minuta

Cenami – Il acquisto Ghivizzani, 1216.05.11 e 12); «item si negotium eveniret inter aliquos quorum unus esset primus cosinus consortis mei in turri, tunc debeat habere turrim, et sic de ceteris gradibus. Item si negotium interveniret inter aliquos quorum unus esset carnalis frater legitimus uxoris mee et alius maritus sororis carnalis legitimus consortis mei, tunc debeat ille turrim habere [...]»; item, si negotio vertente inter patrem uxoris mee et fratrem carnalem uxoris consortis mei, tunc neutra partium cum turri debeat adiuvari» (*Statuto del Comune di Lucca...*, *op. cit.*, p. 281).

¹²⁰ Questi i patti o le menzioni di patti utilizzati nelle pagine seguenti (dove saranno indicati con il riferimento alla città e all'anno). Bologna: patti del 1177 (F. Niccolai, *I consorzi nobiliari...*, *op. cit.*, pp. 166-167), 1194 (*ibid.*, pp. 167-168), 1196 (*ibid.*, pp. 168-169); Chieri: 1220 (*ibid.*, pp. 107-109); Firenze: 1137 (L. Macci e V. Orgera, *Architettura*, *op. cit.*, n. 1, p. 212), 1165 (P. Santini, *Documenti...*, *op. cit.*, pp. 517-518), 1179 Basciagatta (*ibid.*, p. 521), 1179: Caponsacchi (*ibid.*, pp. 519-521, con le aggiunte di E. Faini, «Società di torre...», *op. cit.*, a pp. 20, 26-28), 1180 (P. Santini, *Documenti...*, *op. cit.*, pp. 523-526), 1181 (*ibid.*, p. 523), 1183 (*ibid.*, p. 527), 1201 (*ibid.*, pp. 529-530), 1209 (*ibid.*, pp. 530-535), 1222 (P. Santini, «Società delle torri...», *op. cit.*, p. 186, in nota); Lucca: 1175 (parzialmente trascritto nel seguente patto del 1216), 1216 (ASL, Diplomatico, Cenami – Il acquisto Ghivizzani, 1216.05.11 e 12), 1235 (ASL, Diplomatico, Serviti, 1235.03.27 e 1235.07.27), 1287 (F. Niccolai, *I consorzi nobiliari...*, *op. cit.*, pp. 147-152), 1295 (ASL, Diplomatico, Arnolfini, 1295.12.06); Padova: 1124 (*Codice diplomatico padovano*, I, Venezia, Tipografia del commercio, 1879, n. 158, pp. 128-129); Siena: 1254 (Archivio di stato di Siena, Diplomatico Tolomei, 1253 marzo 19: sono grato a Roberta Mucciarelli per avermi fornito una trascrizione); Verona: 1177 (A. Castagnetti, *La società veronese...*, *op. cit.*, pp. 116-119); Treviso: 1186 (G. Liberali, *Gli statuti del comune di Treviso*, I, Venezia, Deputazione di storia patria per le Venezie, 1950, pp. XXIII-XXIV, in nota).

¹²¹ Cfr. E. Faini, «Società di torre...», *op. cit.*, pp. 25-26.

¹²² Raramente anche 16 anni, come a Lucca nel 1287 (qui e in seguito, per l'indicazione dei patti, ricordo che i riferimenti sono sempre alla nota 120).

dei diritti di utilizzazione della torre in caso di conflitto, norme per la sua gestione ordinaria in tempo di pace. Patti e statuti sono accomunati anche dalla presenza di severe norme volte ad escludere le donne da ogni diritto successorio. Nel 1177, i patti relativi alla torre bolognese dei Carbonesi prevedevano non solo l'esclusiva successione per via maschile, ma comminavano l'ingente multa di 100 lire e la perdita della quota posseduta alle donne che, per assenza di parenti maschi, rivendicavano diritti ereditari sulla torre. In tutti o in una parte di questi ambiti, ogni patto stabiliva specifiche disposizioni. Ad esempio, il diritto a risiedere in caso di conflitto nella torre a volte era dato per scontato, altre volte oggetto di specifici chiarimenti: doveva avvenire nelle strutture in aggetto (*ponticelli*) a Verona nel 1177, mentre a Chieri nel 1220 il *lectum* andava collocato nella casa comune annessa alla torre, e senza tenere conto delle notevoli differenze nelle quote di possesso dei vari consorti. Anche l'esclusività maschile dell'eredità, che ricorre in molti statuti, nei patti poteva venire variamente declinata: a volte rendendola ancor più stretta, come per la torre dei Carbonesi a Bologna nel 1177, ma in alcuni casi attenuandola, come nei patti sulle torri fiorentine dei Caponsacchi e di Basciagatta, del 1179 e del 1183, che concedevano la successione per via femminile probabilmente per sanzionare una situazione già esistente, cioè la presenza di un socio anziano privo di figli maschi¹²³. Negli stessi statuti, peraltro, l'esclusione femminile poteva mancare: a Pistoia nel 1217, ad esempio, si stabilì che la quota della torre consortile poteva essere lasciata in testamento a figli di entrambi i sessi¹²⁴.

Le pattuizioni affrontano anche alcune questioni del tutto trascurate dagli statuti. V'erano, in primo luogo, i problemi connessi alla costruzione stessa delle torri. In varie città, i più antichi patti conservati avevano come tematica centrale proprio i tempi, le spese e le forme di edificazione di torri ancora non esistenti, ma destinate a essere un possesso comune del consorzio (così avvenne a Padova nel 1124, Firenze nel 1137, Bologna nel 1177, Treviso nel 1186 e Chieri nel 1220). Com'è ovvio, le soluzioni erano di tutti i tipi. A volte, il contributo di un socio si limitava alla fornitura del terreno o della casa sopra cui costruire la torre. Nel 1124, il padovano Giovanni Tadi e il genero accordarono uno sconto sul prezzo di una terra venduta a Patavino, detto *Sintilla*, se questi vi costruiva una torre che poi sarebbe stata utilizzata in comune *ad faciendam werram* da Giovanni, suo genero e Patavino, assieme ai rispettivi *homines*. I patti di costruzione tendono a diventare, con il passare del tempo, molto dettagliati. Quello già richiamato, stabilito a Bologna nel 1177 fra vari membri dei Carbonesi e tale

¹²³ Una rassegna delle clausole contro la successione femminile presenti nei patti fiorentini in E. Faini, «Aspetti delle relazioni familiari nel Fiorentino: il mutamento tra i secoli XI e XIII», *Mélanges de l'École française de Rome. Moyen-Age*, 121, 2009, pp. 137-157, a p. 148.

¹²⁴ P. Santini, «Società delle torri...», *op. cit.*, p. 36.

Marchisello, prevedeva non soltanto le ricordate, serratissime tempistiche di elevazione e una chiara indicazione delle spese, ma anche norme per regolare l'eventuale risarcimento dei danni arrecati alla casa voltata (*tubata*) di Marchisello che era coinvolta nell'edificazione della torre. Si arrivava anche a dettagliate descrizioni tecniche, come quelle contenute negli accordi stabiliti nel 1235 fra due gruppi familiari dei Talliabue per *fundare et hedificare turrem* nella contrada lucchese di Porta S. Gervasio: vi si parla a più riprese di orientamento, lunghezza e spessore delle murature, di particolari architettonici, di tempi di costruzione e poi di pilastri, *murum travisagnum* e arcate; particolare attenzione è dedicata a due *coxae turris*, termine che indicava la parte interrata e i primi metri di altezza (in questo caso fino a circa dieci metri, dove iniziavano le *imposite arcuum*) delle possenti murature laterali di sostegno della torre.

Un secondo ambito trascurato dagli statuti erano le strutture di governo interne ai consorzi. Talune società, in effetti, sembrano farne a meno. Nel 1177, i soci della torre veronese degli Armenardi prendevano alcune decisioni all'unanimità, su consenso della *communitas* tutta, e altre con una maggioranza dei due quinti; nello stesso anno, a Bologna l'atto istitutivo del consorzio fra Carbonesi e Marchisello non menzionava una struttura interna di governo, ma rimetteva eventuali controversie al giudizio di due arbitri. Più che la norma, sembrano però eccezioni, a volte motivate dal ristretto numero di soci, altre volte dallo stato ancora iniziale del consorzio, appena costituitosi per progettare la costruzione della torre. Di solito, quando incontriamo una società di torre già funzionante, essa è dotata di una propria struttura interna, guidata a rotazione da incaricati eletti fra i soci e variamente chiamati *consules*, *rectores* o *capitanei*. Per lo più agivano in coppia, ma il loro numero poteva essere superiore: quattro sono i *consules et rectores societatis turris de Pulci* menzionati nel 1181 e addirittura sei i consoli di un'altra società fiorentina attestati nel 1222.

In linea generale, consoli e rettori dovevano sorvegliare il rispetto di tutte le clausole contenute nell'atto istitutivo della società, e fungere da arbitri nella soluzione dei contenziosi. I loro compiti di base erano dunque gli stessi che gli statuti di Lucca attribuivano al podestà cittadino, e proprio questa concorrenza di ruoli è forse la principale ragione del silenzio statutario sulle strutture organizzative dei consorzi. Peraltro, è del tutto ovvio che i consorzi preferissero affidare a propri esponenti, e non ad ufficiali del comune, funzioni così importanti. Da rettori e consoli del consorzio ci si aspettava che risolvessero rapidamente i contrasti fra i soci, e senza ricorrere a giudici esterni¹²⁵. Inoltre trattavano una

¹²⁵ A volte venne indicato anche il tempo massimo per risolvere il contenzioso, che era ad esempio di un mese nel patto fiorentino del 1180 e di due mesi in quello di Bologna del 1196.

serie di questioni di dettaglio: ripartivano le eventuali spese edilizie, stabilivano se un membro del consorzio poteva negoziare un matrimonio (*parentela*) con un *capitalis inimicus* di un altro socio¹²⁶, consegnavano materialmente la torre al socio che ne aveva bisogno¹²⁷, negoziavano l'ammissione di nuovi soci, eleggevano i propri successori, e tanto altro. Gli ufficiali alla guida del consorzio avevano anche il compito di sovrintendere ogni cambiamento ai patti costitutivi del consorzio stesso. Dopo avere sentito *consilium et voluntas* degli altri soci, nel 1216 i due *consules et capitanei* del consorzio lucchese «de turri de Burgo que turris dicitur Turris filiorum Pandulfi» dettarono ad esempio una lunga serie di *capitula* per cambiare l'*ordinamentum et compositio atque sacramentum* stabilito nel 1175 dagli antichi consorti. Fra le aggiunte compare il rinvio a quanto da poco stabilito dal comune in merito alle liti fra consorti; questa tuttavia non era certamente la causa principale dei cambiamenti introdotti nel *sacramentum consortatici*, che riguardavano le modalità per cambiare ulteriormente i patti, la ripartizione delle spese e dei proventi del consorzio, e, soprattutto, un accrescimento complessivo dei poteri di comando di *consules et capitanei* nelle fasi di conflitto, soprattutto nella decisione se concedere o meno la torre a parenti esterni al consorzio e nella facoltà di *comandare et discomandare* i consorti in caso di guerre e altri scontri¹²⁸.

A lungo i consorzi di torre sono stati considerati in modo negativo, come prova di un'arretratezza, come simbolo di un potere familistico che si opponeva al Comune. Grazie soprattutto agli studi di Carol Lansing e Enrico Faini, adesso le cose sono cambiate. È emerso con forza il secondo tipo di solidarietà generata dalla condivisione di torri e palazzi, la solidarietà politica. I consorzi di torre non vengono più visti come un elemento di arretratezza, ma all'opposto sono considerati in molti casi come un fattore di progresso. Spesso la condivisione di una torre non era «il punto d'arrivo di una ramificata storia familiare, ma il punto di partenza di un progetto politico»¹²⁹. I consorzi, oltre che dalle frammentazioni successorie, nascevano dalla volontà di stabilire solide alleanze all'esterno della parentela e di creare associazioni atte ad agire in modo efficace sullo scenario politico. Molti dei consorzi di cui ho parlato finora erano vere e proprie società fra eguali, che raggruppavano personaggi senza alcun legame parentale, ma che decidevano di agire

¹²⁶ Così ad esempio a Firenze nel 1180.

¹²⁷ Ad es. Firenze: 1180 e Lucca: 1216.

¹²⁸ Non concordo dunque con A. de Conno, «Il consorzio di torre...», *op. cit.*, p. 6, che identifica la ragione dei cambiamenti apportati nel 1216 ai patti del 1175 nel desiderio di adeguarsi alla nuova normativa comunale.

¹²⁹ E. Faini, «Per uno studio del patto politico: patti di torre e società popolari nelle città italiane. Secoli XII-XIII», in J. Solórzano Telechea, J. Haemers e C. Liddy (eds.), *La familia urbana...*, *op. cit.*, pp. 201-215, a p. 203.

sulla scena politica su un piano di parità e in modo organizzato e formalizzato. Anche la consegna della torre consortile a famiglie legate per via femminile che erano impegnate in qualche proprio conflitto, consegna esplicitamente prevista e regolata da statuti e pattuizioni, non fa parte di una logica di stretta parentela agnatica; invece attesta il più ampio rilievo politico dei possessi fortificati consortili.

Il documento che forse più chiaramente rivela queste finalità è un patto di *societas* del 1180 relativo a due torri poste nel cuore di Firenze. Venne stipulato da una trentina di soci. Tutti erano obbligati a partecipare alle spese di *hedificatio*, cioè di miglioramento e innalzamento; tutti dovevano consegnare le torri a chiunque di loro fosse coinvolto in un conflitto e lo aiutavano contro i suoi nemici; tutti si impegnavano a evitare ogni contrasto interno, riconoscevano l'autorità dei *rectores* della società e si impegnavano a non alienare ad esterni le loro quote. È un patto di consorzio come sempre dettagliato, e ricco di particolari. Però non era un contratto interno a una parentela, perché i soci appartenevano a due famiglie, i Giandonati e i Fifanti, e ad altri casati loro alleati. In ballo non c'era la coesione fra parenti, ma molto di più. Negli anni precedenti, i due gruppi avevano militato su fronti contrapposti, che si erano combattuti ferocemente¹³⁰.

Questo esempio mostra bene il significato reale di questa e di molte altre società di torre: erano paci garantite dallo scambio di porzioni di edifici strategici. «Garantire agli ex nemici l'accesso alle proprie fortezze cittadine aveva un valore molto più che simbolico; significava, di fatto, neutralizzarne il potenziale militare»¹³¹; e su questa base si poteva costituire un nuovo potente gruppo politico nobiliare, una *societas* che agiva unitariamente sotto la guida dei suoi *rectores*. L'investimento in muratura durevole era un formidabile strumento non solo di azione, ma anche di progettazione politica. Consorzi fra estranei costituiti attorno alla gestione e alla stessa costruzione di edifici strategici potevano riguardare anche immobili di modesta valenza militare, ma dall'alto valore simbolico. L'esempio migliore è stato illustrato da Nicol Ryssov per Treviso: nel 1186 esponenti dell'importante famiglia dei di Ragione e una ventina di altri nobili cittadini giurarono una società per la costruzione di un palazzo con loggia, destinato con ogni probabilità a fungere da prima residenza degli ufficiali comunali e da mezzo formidabile per l'affermazione definitiva dei di Ragione, capaci di porsi al «coordinamento di un vasto gruppo che si colloca al centro della vita cittadina»¹³².

¹³⁰ Illuminante l'analisi di E. Faini, «Società di torre...», *op. cit.*

¹³¹ E. Faini, «Aspetti», *op. cit.*, p. 142.

¹³² N. Ryssov, *La società trevigiana allo specchio. Dinamiche sociali tra città e contado alla luce del «Processo Onigo» (1262-1265)*, tesi di laurea, rel. Prof.ssa E. Scarton, Università di Udine 2019, pp. 161-165, cit. p. 165 (sono grato all'autore per l'invio della sua tesi inedita e della copia del documento).

Nel possesso comune di immobili strategici occorre quindi distinguere tra situazioni diverse. In una maggioranza di casi, erano la struttura stessa della parentela, la sua articolazione e il bisogno di un suo rafforzamento identitario a dettare la comunione di immobili, e questa natura biologica della relazione rendeva spesso superflue esplicite pattuizioni. In altri casi, invece, era necessario ricorrere a patti scritti. In parte, ciò avveniva allo scopo di rafforzare per via contrattuale la solidarietà parentale, irrobustendo la naturale tendenza a identificare comunanza di sangue e di immobili. In una misura forse maggiore, però, il ricorso a formali pattuizioni era frutto di una consapevole scelta di andare oltre i coaguli ereditati e rigidi costituiti dalla parentela, aggregando estranei attorno a un progetto politico e organizzando la partecipazione di gruppo su un piano egualitario, con regole formalizzate e con ufficiali eletti fra i soci e a scadenza. Muovendo dall'analisi dei patti stipulati a Firenze nell'epoca di grande conflittualità fra famiglie nobili degli anni 1170-1190, Enrico Faini ha molto insistito su questo punto, sostenendo che «il rafforzamento del legame familiare non era lo scopo principale di queste associazioni», per le quali occorre rifiutare la visione negativa nella storiografia, che li liquida come fenomeni a base familistica e clientelare¹³³. All'opposto, va riconosciuto invece che proprio per il loro scopo di promuovere una partecipazione alla vita politica al tempo stesso collettiva, organizzata e strutturata da regole e ufficiali, questi patti si inserivano appieno in una più generale pulsione delle società urbane italiane, anticipando forme di partecipazione politica che sarebbero state sviluppate appieno dal Popolo¹³⁴.

Sono giudizi condivisibili, anche se talora perentori e validi soprattutto per fasi circoscritte della storia di singole città. Attestano bene il ruolo fondante degli immobili urbani nella definizione non solo delle identità familiari, ma anche di quelle politiche. Fanno supporre, inoltre, che la capacità delle torri di coagulare attorno a sé interessi politici ed economici di famiglie diverse abbia non poco contribuito alla moltiplicazione delle torri stesse. Occorre tuttavia evitare di assumerli come l'unica spiegazione, e cercare di articolare la valutazione di questi patti di consorzio in base alle città e alle contingenze politiche delle diverse epoche.

Suggerisce cautela anche la constatazione di quanto sia difficile stabilire in che misura la forma di possesso prevalente di torri e palazzi fosse quella consortile. Per una fase più antica vien fatto di dubitarne. Fino alla metà del XII secolo almeno, la maggioranza delle torri sembra edificata da un singolo personaggio, in un momento cruciale della sua affermazione politica e sociale. Di conseguen-

¹³³ E. Faini, «Società di torre...», *op. cit.*, p. 34.

¹³⁴ Il parallelismo con le forme associative del Popolo duecentesco è sviluppato da E. Faini, «*La familia urbana...*», *op. cit.*

za, la maggior parte degli immobili risulta proprietà del fondatore, o dei suoi figli. Già allora appaiono però gruppi di possesso più vasti, e molte torri risultano fondate per iniziativa di personaggi uniti in consorzio. Con il passare del tempo, la proprietà consortile sembra dilagare. Le frammentazioni successorie si succedevano, mentre le modalità della competizione politica mutavano e, come si è detto, le torri venivano utilizzate per ampliare le alleanze. Possedere torre e complesso familiare da soli e, soprattutto, utilizzarli in tempo di guerra soltanto con il sostegno dei propri diretti seguaci doveva spesso rivelarsi un fattore di debolezza, rispetto a chi poteva contare sulla solidarietà di numerosi consorti.

Già nel tardo XII secolo, nella maggioranza delle città il caso di torri e complessi nelle mani solo di un personaggio o dei suoi figli sembra così diventare più l'eccezione che la regola. Queste eccezioni riguardavano famiglie in potente ascesa, come i baroni romani all'inizio del XIII secolo, o singole città dalla storia evidentemente, per questi aspetti, peculiare. È il caso di Viterbo, dove ancora nei primi decenni del XIII secolo si tendeva ad assegnare a ciascun figlio la proprietà completa di una torre o di un palazzo. Questa pratica, tipica delle più grandi famiglie viterbesi, doveva essere imitata anche da molte altre stirpi nobili, poiché nelle fonti la presenza di edifici consortili risulta relativamente rara¹³⁵. Se per Viterbo le ragioni di questa apparante peculiarità non sono chiare, più facilmente spiegabile è invece la rarità dei consorzi familiari in Italia meridionale: in primo luogo, essa dipese dalla forza degli apparati regi e dalla loro ostilità verso immobili, come torri e complessi familiari, che favorivano il protagonismo politico e militare delle famiglie cittadine.

13. PECULIARITÀ ITALIANE

La notazione di Brunetto Latini da cui sono partito, sull'aspetto munito delle residenze cittadine della nobiltà, era come si è visto del tutto esatta per le regioni centro-settentrionali. Dopo una precoce comparsa di torri e complessi fortificati, il Mezzogiorno ha seguito una strada diversa. Anche nelle città del resto d'Europa l'insediamento aristocratico appare diverso e meno militarizzato. Certo, in alcune città tedesche troviamo dei parziali paragoni con i complessi parentali e le torri della nobiltà italiana. In Provenza, poi, ricerche recenti mostrano una situazione in parte simile all'Italia, almeno per quel che riguarda la diffusione di

¹³⁵ A. Pagani, *Viterbo nei secoli XI-XIII. Spazio urbano e aristocrazia cittadina*, Manziana, Vecchiarelli, 2002, pp. 218-251, per le torri viterbesi, e p. 216, per il «principio ispiratore» di assegnare «a ognuno dei figli almeno un edificio dal carattere prestigioso».

torri nobili¹³⁶. Anzi, la Provenza è un caso interessante, perché rivela, a seconda dei centri, grandi diversità nella presenza di torri e dimore aristocratiche: le torri appaiono rarissime in centri come Saumane, sottoposti a un unico signore, ma divengono numerose in località dominate dalla cosignorìa di cavalieri locali, come Venasque e L'Isle sur la Sorgue, che aveva una cinquantina di co-signori. Tolosa aveva probabilmente molte torri, abbattute durante la crociata albigese, e la ricerca archeologica va individuando torri anche in altre città del Midi. Di queste torri, peraltro, nelle fonti scritte non v'è quasi menzione, e non sembrano al centro di accessi conflitti interni alla città. Quando poi ci spostiamo nella penisola iberica l'eccezionalità italiana appare massima. Tutte le città spagnole, comprese città portuali come Barcellona, per tanti aspetti simile ai centri marittimi italiani, sono contraddistinte dall'assenza di insediamenti fortificati della nobiltà¹³⁷.

Per spiegare la peculiarità delle città italiane possiamo pensare che i centri della Penisola offrissero molte più risorse economiche per cui competere e con cui costruire immobili fortificati; ma l'ipotesi come abbiamo visto è in parte inficiata dalla ricerca storico-economica recente, secondo cui il vero decollo delle economie cittadine, successivo alla metà del XII secolo, è posteriore di almeno due generazioni alla comparsa delle torri. Certamente ha contato la crescente capacità di autogoverno urbano e la conseguente formazione di un ambiente ideale al divampare della competizione fra stirpi nobili, che invece veniva frenata dalla presenza di poteri superiori, come avvenne nelle città francesi, iberiche e, con la monarchia normanno-sveva, anche nel Mezzogiorno. Inoltre nelle città dell'Italia centro-settentrionale l'assenza di poteri superiori permetteva una partecipazione ai conflitti politici vasta, non limitata a pochi casati strapotenti ma aperta a tutte le famiglie della nobiltà, invogliandole a dotarsi di adeguati strumenti edilizi per agire in modo efficace sul piano politico e militare. Così come, ovviamente, bisogna tenere conto della diversa composizione sociale delle città.

I fattori che andrebbero considerati per una valutazione completa sono numerosissimi, e ancora da indagare. In questa sede, voglio piuttosto sottolineare che il caso italiano è una riprova di ciò che ha notato Alessandra Molinari al termine di un incontro volto a indagare gli investimenti immobiliari dal pun-

¹³⁶ Spunti comparativi in J. Heers, *Le clan familial au Moyen Age. Étude sur les structures politiques et sociales des milieux urbains*, Paris, Presses Universitaires de France, 1974; per la Provenza, vedi adesso S. Balossino, G. Butaud e F. Guyonnet, «Les tours en ville. Noblesse et habitat à Avignon et dans la région comtadine (XI^e-XV^e siècle)», *Provence historique*, 260, 2016, pp. 403-430, e C. Polo, *Les résidences aristocratiques dans le Comtat Venaissin (XIV^e-XV^e siècles)*, Thèse de doctorat, Avignon Université, 2021.

¹³⁷ S. Bensch, *Barcelona...*, *op. cit.*

to di vista archeologico: la pietrificazione, l'investimento identitario in edilizia duratura e complessa, per svilupparsi appieno certo deve avere a disposizione risorse economiche e specializzazioni produttive, ma soprattutto ha bisogno di competizione, emulazione e conflittualità¹³⁸. Fra il tardo XI secolo e la metà del XIII di tutto questo le città italiane e soprattutto la sua nobiltà abbondavano, visto che crescevano le risorse dei suoi vertici sociali, il senso di comunità diveniva più forte, la parentela si definiva in modalità nuove, la mobilità sociale si accentuava, si sviluppavano comuni autonomi e nuove forme di organizzazione del potere e della politica. Questo nesso fra competitività ambientale e pietrificazione spiega anche la concentrazione delle torri provenzali nei centri sottoposti a co-signori in concorrenza. E ci fa capire perché in Italia il maggiore sviluppo delle torri avvenne nel XII secolo: era l'epoca in cui fu maggiore e più immediata la competizione fra le parentele nobili per controllo politico della città. Questà è la ragione principale perché l'Italia delle torri appare così diversa.

L'Italia era diversa, per certi aspetti, anche nelle modalità della pietrificazione aristocratica nella campagna. Rispetto a quanto accadeva nell'Europa centro-settentrionale, nei castelli italiani troviamo ben più di rado possenti donjons e grandi palazzi-fortezza. Appaiono meno accentuate sia l'ostentazione di possanza militare, sia più in generale quella che è stata chiamata la *spatial ideology* delle aristocrazie europee: una volontà nobiliare di presentarsi nello spazio che avrebbe trovato la sua concreta espressione proprio nei castelli, facendone strumenti di isolamento dal resto della popolazione, di proclamazione di virtù militari, di speciali rapporti con antiche sedi del potere, di una volontà di plasmare il paesaggio a scopi pratici¹³⁹. Questi aspetti dell'edilizia signorile europea sono collegati a una gerarchizzazione delle famiglie nobili più ampia e formalizzata che in Italia centro-settentrionale, a un assetto dei sistemi familiari orientato dal predominio dei figli maggiori, a una maggiore presenza di poteri concorrenti e inglobanti. Non a caso in Italia le massime manifestazioni edilizie di possanza dell'aristocrazia signorile non vengono dalle regioni centro-settentrionali, ma come abbiamo visto dal meridione, che con l'Europa condivideva sia la presenza di un forte potere superiore, sia il privilegio ereditario dei primogeniti¹⁴⁰.

Il diverso atteggiamento della nobiltà italiana verso i castelli rinvia anche a un diverso bisogno di legittimazione. È stato osservato che, nella Toscana meridionale, i signori che più investivano in residenze complesse, sontuose e

¹³⁸ A. Molinari, «La “pietrificazione” del costruito...», *op. cit.*

¹³⁹ M. Hansson, *Aristocratic Landscape. The Spatial Ideology of the Medieval Aristocracy*, Malmö, Daleks Grafiska, 2006.

¹⁴⁰ Si vedano sopra, alle note 31-34, i casi di Caserta e del Castello del Matinale.

possenti non erano gli Aldobrandeschi, di gran lunga i più potenti, ma stirpi come i Della Gherardesca e i Pannocchieschi, meno potenti ma più bisognose di ricorre a «quel complesso sistema di simboli» rappresentato dalla costruzione di un castello possente «per rimarcare il loro potere e giustificare l'esercizio di diritti signorili ormai svincolati dalla gestione pubblica»¹⁴¹. Ora una differenza importante fra i signori italiani e quelli, ad esempio, di Inghilterra e Francia settentrionale è proprio la minore forza strutturale della signoria, sotto il profilo pratico e soprattutto sotto quello ideologico¹⁴². Di qui deriva la scelta italiana di realizzare castelli-villaggio, che racchiudessero anche contadini. I signori italiani non dominavano, è stato detto, *sopra* i contadini, ma *attraverso* i contadini e il loro consenso¹⁴³. Per questo le campagne italiane non erano adatte all'ostentazione edilizia di grandi fortezze signorili. Per i grandi dongioni dell'Europa centro-settentrionale l'Italia avrebbe certamente avuto le risorse economiche, ma mancava di spazio politico e ideologico.

E così in Italia centro-settentrionale la sede privilegiata della pietrificazione aristocratica non furono le campagne, come avvenne nel resto d'Europa, ma le città. Forse Brunetto Latini aveva torto quando adombrava per le campagne una scarsa presenza della pietra. Certamente, però, coglieva bene l'orientamento di fondo dei grandi investimenti nobiliari in muratura durevole che dal tardo XI secolo erano divenuti un carattere strutturale del paesaggio, della società e dell'economia.

.....

¹⁴¹ G. Bianchi, «Dominare e gestire un territorio. Ascesa e sviluppo delle «signorie forti» nella Maremma toscana centrosettentrionale tra X e metà XII secolo», *Archeologia Medievale*, 37, 2010, pp. 93-103, a p. 100.

¹⁴² Primi spunti comparativi in A. Fiore, *Il mutamento signorile...*, *op. cit.*, pp. 207, 269-274.

¹⁴³ C. Wickham, «A che serve l'incastellamento?», in M. Barcelò e P. Toubert (eds.), *L'incastellamento. Actes des rencontres de Gerone (1992) et de Rome (1994)*, Roma, École française de Rome, 1998, pp. 31-41.

La participación nobiliaria en la construcción de la identidad social tras la conquista

El caso de Nuno Sanç en Mallorca*

Inés Calderón Medina

Instituto de Historia, CCHS-CSIC
ines.calderon@cchs.csic.es

*A María Barceló Crespi,
mi querida maestra mediterránea.*

Entre los siglos XI y XIII la península ibérica conoció un periodo de expansión de los reinos cristianos en detrimento del poder musulmán establecido en el sur. Este proceso expansivo conllevó la necesidad de adecuar las antiguas estructuras islámicas a las nuevas necesidades cristianas tanto de organización espacial, como de administración, económicas o espirituales. Este proceso fue dirigido desde varios poderes: la monarquía, la Iglesia y, también la nobleza.

A pesar de que la participación nobiliaria fue muy destacada, aún se desconocen ciertos aspectos y la magnitud de su actuación en la construcción de una nueva sociedad cristiana. Los testimonios de los siglos XI y XII acerca de la participación nobiliaria en este proceso son numerosos en lo relativo a la construcción, sobre todo, de edificios eclesiásticos, que utilizaron también para construir su identidad; pero será en el momento de máxima expansión en el siglo XIII ibérico, cuando los testimonios de esta participación aristocrática en la actividad edilicia son más abundantes y permiten observar mejor este proceso en el ámbito urbano, sobre todo en ciertos espacios.

En las siguientes páginas se pone la mirada en un ejemplo que, tal vez, no es excepcional, sino que puede estar definiendo el comportamiento habitual

* Este trabajo forma parte de la aportación de la autora al proyecto El ejercicio del poder en la Edad Media: espacios, agentes y escrituras (siglos XI-XV) (HAR2017-84718-P), financiado por MICINN-AEI-UE-FEDER.

de la nobleza tras el repartimiento de las nuevas tierras conquistadas. Lo que sí es excepcional, probablemente, es la documentación conservada que permite analizar la actuación nobiliaria en el proceso de adecuación de Madina Mayurqa, una ciudad islámica, la octava ciudad del al-Andalus, en una ciudad cristiana, en un espacio de tiempo relativamente corto y que se inicia de manera casi inmediata a la conquista.

Las autoridades islámicas de Mayurqa no capitularon y las tropas de Jaime I tomaron violentamente la ciudad, ocasionando un gran número de muertos y destrucción. Tras la toma de la ciudad se procedió al repartimiento entre los magnates, obispos y los colectivos urbanos que participaron en la conquista¹. Así, se establecieron grandes señoríos: uno eclesiástico en manos del obispo de Barcelona, y tres grandes señoríos laicos propiedad de Huc IV, conde de Ampurias; Gastón de Montcada, vizconde de Bearn; y de Nuno Sanç, conde de Roselló², que en 1242 se reintegrará en la porción real, tras la muerte del conde. La porción regia fue gestionada desde 1232 por el infante don Pedro de Portugal, señor del reino de Mallorca, quien, además, era propietario de una parte importante de la misma³. Los magnates repartieron una parte destacada de su patrimonio entre sus porcioneros y éstos también entre sus vasallos y nuevos pobladores. A partir de 1235 además se crea el obispado de Mallorca, para cuya dotación los magnates cedieron la décima parte de sus bienes⁴.

¹ A. Mas i Fornés, «Les conquestes de Mallorca i d'Eivissa», en *Institut d'estudis catalans. Memòries de la secció històrico-arqueològica*, XCII. *Commemoració del VIII centenari del naixement de Jaume I*, 2013, vol. II, pp. 403-439. R. Soto i Company y G. Jover Avellà, «Els dominis feudals a la Mallorca baixmedieval segles XIII-XVI», *Revista d'història medieval*, 1997, 8, pp. 217-274.

² Nuno Sanç era hijo del infante Sancho, conde de Provenza, el tío de Jaime I y de la dama castellana Sancha Núñez de Lara, hija del conde Nuño Pérez de Lara y Teresa Fernández de Traba, la hija de Teresa de Portugal y Fernando Pérez de Lara. En 1212 recibe el gobierno de los condados de Roselló y Cerdaña y las tierras de Vallespir y Conflent. En 1229 participó en la conquista de Mallorca, en la que tuvo un gran protagonismo. Tras un pacto con Guillem de Montgrí, conquistará en 1235 junto al infante Pedro de Portugal las islas de Ibiza y Formentera, donde recibirá un ingente patrimonio. Tras su muerte, su patrimonio pasará a manos de Jaime I. Véase, R. Treton y R. Vivas, «Le testament de Nunó Sanç, seigneur de Roussillon et de Cerdange (17 décembre 1241)», *e-Spania*, 28, 2017. <https://journals.openedition.org/e-spania/27026>

³ La presencia regia se fortaleció en la isla mediante la incorporación, por distintas causas, de los dominios señoriales, como el de Nuno Sanç a su muerte en 1242, o los del Bernat de Santa Eugènia en 1268, Blanca de Montcada en 1284 o Gastón de Bearn en 1300. R. Soto i Company y G. Jover Avellà, «Els dominis feudals...», *op. cit.*, p. 225.

⁴ P. Cateura, «Las cuentas de la colonización feudal. Mallorca 1231-1245», *España Medieval*, 20, 1997, pp. 57-142. J. F. López Bonet, «La dotació de l'església de Mallorca després de la conquesta cristiana (1229-1280)», en *Montpellier, la Couronne d'Aragon et les paus de Langue d'Oc (1204-1349). Actes du XII congrès d'Histoire de la Couronne d'Aragon*, Montpellier, 1988, pp. 115-124.

Los nuevos propietarios reutilizaron los edificios, pero también promovieron la rehabilitación y construcción de casas, centros de producción y lugares de culto en la ciudad. Para analizar la actuación de la nobleza en la actividad edilicia tras la conquista se empleará una fuente excepcional, a pesar de estar incompleta. Se trata del conocido *Capbreu* de Nuno Sanç, un traslado elaborado en 1304 de las anotaciones cortas en manera de registro de las donaciones y establecimientos que hace a sus vasallos de los bienes de su porción en la ciudad, que efectuó su escribanía entre 1232 y 1240⁵. Además, se conserva otro registro conocido como la *Remembrança* de Nuno Sanç en el que se recogen sus propiedades en la ruralia mallorquina, que se utilizará en menor medida. Es muy probable que el resto de los magnates también redactara este tipo de registros con sus propiedades que, sin embargo, no se han conservado. Posiblemente su participación en la construcción de la nueva ciudad fuera análoga a la del conde de Roselló. A pesar de que no se conservan sus cartularios, se utilizarán los diplomas conservados relativos a la porción del conde de Ampurias y del conde de Bearn⁶. Además de la documentación emitida por los magnates, se empleará documentación regia, como el repartimiento, donaciones, las cuentas del batle de 1245⁷; fuentes notariales⁸, documentación eclesiástica, tanto catedralicia y parroquial, como monástica y conventual. La combinación de fuentes permitirá observar el temprano e intenso proceso de construcción que se experimenta en la isla desde los momentos inmediatos a la toma de la ciudad de Mayurqa en 1229, mientras se estaba terminando con

⁵ E. Aguiló, «Capbreu ordonat l'any 1304 dels establiments fets per Nuno Sanç de la seva porció», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lulliana* (en adelante *BSAL*), XIV, Palma, 1912-1913, pp. 209-224, 241-256, 273-285 y *BSAL*, XV, pp. 53-63. Hecho las «XIII calendas novembris» de 1304. La signatura archivística actual del documento es ARM, ECR, 341, ff. 1-57. Asimismo, se conserva un registro de las propiedades que el conde de Roselló tuvo en la ruralia mallorquina. Es una riquísima documentación que en este caso utilizaremos solo puntualmente puesto que este estudio se centra en la ciudad. Véase, A. Mut Calafell y G. Roselló Bordoy, *Remembrança de Nuno Sanç. Una relació de les seves propietats a la ruralia de Mallorca*, Palma, Balears Conselleria de Cultura, Educació i Esport (ed.), 1993.

⁶ Las fuentes que se utilizan para el estudio de estas porciones se conservan en el Archivo del Reino de Mallorca en la serie de Escribanía de Cartas Reials, pues fueron copiadas una vez que el monarca se hizo con las propiedades de los magnates a lo largo del siglo XIII. P. Pérez, «El repartiment feudal de Mallorca: La porció del Comte d'Empuries (1230-1235)», *BSAL*, 70, 2014, pp. 51-73.

⁷ P. Cateura, «Las cuentas de la colonización...», *op. cit.*

⁸ Se empleará la serie Escribanía de Cartas Reials (en adelante ECR) que se custodia en el Archivo del Reino de Mallorca (en adelante ARM). Asimismo se utilizarán otras fuentes custodiadas en el Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Archivo Catedral de Mallorca (ACM), Archivo Diocesano de Mallorca (ADM) Archivo Histórico de la Pabordia de Ibiza (AHPE).

la resistencia en la Serra de Tramuntana en 1232, y que perdurará a lo largo de todo el siglo XIII.

Pero no solo se trata de un proceso de cristianización o construcción de una nueva sociedad, sino que también los nobles están construyendo su identidad y la imagen de su poder tras la conquista. Poco tiempo después, por diversas circunstancias, los magnates abandonarán la isla y dejarán la gestión de sus bienes en manos de sus delegados, habitualmente *milités* de una nobleza media que estaba a su servicio y que logró un gran patrimonio y poder político en la isla.

1. LAS CASAS EN LA MADINA

Madina Mayurqa no capituló ante las tropas de Jaime I y por ello se llevó a cabo una entrada violenta en la ciudad, como muestran las pinturas del maestro de la conquista. La ciudad sufrió un considerable grado de destrucción que queda reflejado en las fuentes. Tras la toma de la ciudad se procedió al repartimiento, en el que cada magnate, obispos y corporaciones municipales que habían participado en la conquista recibieron su parte proporcional, tanto en la ciudad como en el resto del territorio de la isla⁹. El patrimonio inmobiliario estaba integrado por casas, molinos, hornos, baños, mezquitas, huertos, etc.¹⁰ que cada uno de los magnates repartió entre sus porcioneros y estos entre sus vasallos y servidores.

En el repartimiento se identifican multitud de casas con el nombre del antiguo propietario¹¹ y se establece una distinción entre las casas habitadas y las deshabitadas, que corresponde, según Magdalena Riera, al estado de conservación de cada una de ellas. Además, se indica el número de jardines y botigas que recibe cada magnate¹². La autora cifró en 3493 casas las que fue-

⁹ G. Roselló Bordoy, «Mallorca 1232: Colectivos urbanos, órdenes militares y reparto del botín», *Aragón en la Edad Media*, 19, 2006, pp. 461-483.

¹⁰ M. Bernat i Roca, «Algunes notes sobre forns de Madina Mayurqa / Ciutat de Mallorca al segle XIII», *BSAL*, 63, 2006, pp. 7-24. M. Bernat i Roca, «*Ista sunt molendina [...] Super aquam de Caneto. (Un abans i un després, Ciutat de Mallorca 1229-1232)*», en A. R. Serrano Espases, *Actes IX congrès Internacional de Molinologia: Memòria, arquitectura, enginyeria i futur*, 2018, pp. 165-178.

¹¹ M. Riera Frau, *Evolució urbana y topografía de Madina Mayurqa*, Palma, Ayuntamiento de Palma, 1993, p. 103. G. Roselló Bordoy, *El Islam en las Islas Baleares. Mallorca musulmana según la remembrança de Nuno Sanç*, Palma, Universitat de Ses Illes Balears, 2007, p. 63.

¹² G. Roselló Bordoy, *Documents cabdals del Regne de Mallorca. Llibre del Repartiment de Mallorca o Llibre del Rei*, Palma, Parlament de les Illes Balears, 2008, p. 23, corresponde con ARM, Còdex 2, f. 33r.

ron repartidas entre los magnates¹³: Nuno Sanç recibió 338, de las que 67, casi un 20 %, estaban deshabitadas; el obispo de Barcelona: 387, deshabitadas 109 (28 %); el vizconde de Bearn 339 casas, 62 deshabitadas (18 %) y el conde de Ampurias, 314 casas, solo 7 de ellas estaban deshabitadas (2 %). El monarca se reservó en su porción 2122 casas, situadas en la zona áulica de la ciudad, de las que 621 estaban deshabitadas (29 %). Si atendemos a estas cifras que recoge el Libro del Repartimiento el porcentaje de casas deshabitadas o en mal estado de conservación oscila entre un casi 30 % en la porción real y en torno al 20 % de los principales magnates y, apenas un 2 % de las casas propiedad del conde de Ampurias. A la luz de las fuentes, parece que el proceso de ocupación y rehabilitación o nueva construcción de edificios habitacionales se inició con celeridad.

Pocos días después de la toma de la ciudad y del reparto del botín, y mientras se estaba haciendo frente a la resistencia musulmana en la sierra de Tramuntana, los magnates comenzaron a donar o establecer los bienes que habían recibido. Se puso en marcha un activo mercado inmobiliario, en el que era habitual el cambio de titular del establecimiento a condición de que el censo anual permaneciera inmutable y fuera recibido por el señor¹⁴.

La documentación referente a la ciudad contiene numerosas alusiones a casas de origen islámico propiedad de los magnates, a las que la documentación latina se refiere como «hospitia sarracénica¹⁵, statica, casalicium»¹⁶ y, mayoritariamente, «domos».

La primera noticia conservada está fechada en enero de 1231, se trata de la donación de Berenguer de Montreal, batle del rey, a Elías Nexono de «duo hospicia sarracénica que se tenent et que donimus rex habet in Almodayna Ciuitatis Maioricarum»¹⁷. En febrero de 1232 Arnaldo, procurador de la condesa de Bearn, donó a Juan de Vila Restad «tria hospitia sarracénica»¹⁸.

¹³ M. Riera Frau, *Evolución urbana*, p. 106.

¹⁴ R. Soto i Company y G. Jover Avellà, «Els dominis feudals...», *op. cit.*, p. 248.

¹⁵ C. Coll, *Llibre Manual de Pere Romeo, notari públic de Mallorca* (Tesis inédita defendida en la Universidad de las Islas Baleares en Palma en 2016), doc. 52.

¹⁶ Hay más referencias a *casalicium*, como la donación a María de Medina de «domos et casalicium eis continuum quas habemus in Maioricis». ARM, ECR, 341, f. 12v, doc. 1. Otra a Guillermo preposición «quosdam domos et casalicium eis continuum quas habemus in Majoricis iuxta palacia» (se refiere a la Almudaina), ARM, ECR, 341, f. 14r. doc. 1.

¹⁷ L. Pérez Martínez, «Corpus documental balear (s. XIII)». *Fontes Rerum Balearium* (en adelante *FRB*), I, n.º 1, 1977, pp. 1-112; II, n.º 2, 1978, pp. 113-176; n.º 3, 1978, pp. 177-208; n.º 4, 1978, pp. 209-257; n.º 5, 1978, pp. 225-272. FRB, doc. 48. Fechado el 8 de enero de 1231.

¹⁸ «que se tenent, que dominus Gastonus predictus ratione portione sive domorum habet in civitate Maioricarum, sicut affrontant, ex una parte, in litore maris, et ex alia parte in Almudaina, palacio

En julio de 1232, Arnaldo Adarró, Duran, Pedro Morata, Guillem Pampo¹⁹ otorgaron, en nombre del rey, a Berenguer de Vilagelans «duo hospicia sarracenescha»²⁰. El conde Nuno Sanç también donó en octubre de 1233 «duo hospicia sarracenicca» a Ramon de Fonte²¹. Las condiciones habituales en las que se donan estas casas son: «cum solis et suprapostis, hostiis, ianuis, introibus et exitibus suis et pretenenciis a celo usque ad abissum de cetero tu et tuis habeatis, teneatis, posideatis et expletetis libera et franca»²².

En otras ocasiones se emplea el término «statica», que debe ser entendido como un espacio habitacional, en ocasiones una sala, una habitación o espacios con distintas fisionomías separados de otros en el edificio²³. En febrero de 1233, el conde de Roselló donó a Vasallo de Finar y Guillermo de Monte «duo statica sarracenicca domorum continua»²⁴, «duas sataticas domorum sarraceniccas» a Bernat de Ribí²⁵, y «duo statica sarracenicca... satis iuxta ecclesia sancti Nicolhay»²⁶ a Laffrancho Baya. En marzo de 1233 concedió a Bernardo Arcadi «duas staticas domorum sarracenicchas»²⁷, y «tria statica domorum sarracenicca continua» a Bernardo Palet²⁸. Asimismo, en agosto de 1233 otorgó a Poncio de Cavelar y Pedro Flamench «duo statica domorum sarracenicca»²⁹.

Otra de las denominaciones que se encuentran habitualmente en la documentación de Nuno Sanç es la de «casalicium»³⁰, que denomina un espacio

domini regis, et ex tercia parte, in carraria, et de quarta parte, in dominus sacriste gerundensis». L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 102, fechado el 18 de febrero de 1232.

¹⁹ Los cuatro tenían potestad por parte del rey para repartir los bienes que su porción entre los hombres de Barcelona, como es Berenguer de Villagelans.

²⁰ L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 116. Estos mismos donan otras casas el 4 de agosto de 1232 a Pedro de Palacio «domos cum retrocurali». *FRB*, doc. 135.

²¹ ARM, ECR, 341, f. 35r, doc. 1. E. Aguiló, p. 254, doc. 269.

²² L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 116.

²³ E. Guinot y J. Torró, «De la Madina a la ciutat. Les pobles del sud i la urbanització dels extramurs de València (1270-1370)», *Saitibi*, 51-52, 2002, pp. 51-103.

²⁴ ARM, ECR, 341, f. 14v, doc. 2. L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 257, E. Aguiló, p. 221, doc. 106. Se registran otros ejemplos en el Capbreu de Nuno Sanç en los que cede «Statica domorum continua», ECR, 341, f. 18r, doc. 1.

²⁵ ARM, ECR, 341, f. 15v, doc. 3. L. Pérez Martínez, *FRB*, 269. E. Aguiló, p. 222, doc. 115.

²⁶ ARM, ECR, 341, f. 16v, doc. 3. L. Pérez Martínez, *FRB*, 279, E. Aguiló, p. 222, doc. 124.

²⁷ ARM, ECR, 341, f. 17v, doc. 2. Nuno Sanç también donó a Guillermo David «duas staticas domorum sarraceniccas in Maioricarum». ARM, ECR, 341, f. 22v, doc. 2. E. Aguiló, p. 243, doc. 170.

²⁸ ARM, ECR, 341, f. 24v, doc. 3.

²⁹ ARM, ECR, 341, f. 32v, doc. 2. E. Aguiló, p. 250. Ese mismo mes donó «duo statica sarracenicca continua a Pedro Marlio». ARM, ECR, 341, f. 33r, doc. 4. E. Aguiló, p. 255.

³⁰ Hay más referencias a «casalicium», como la donación a María de Medina de «domos et casalicium eis continuum quas habemus in Maioricis». ARM, ECR, 341, f. 12v, doc. 1. Otra a Guillermo «preposito quosdam domos et casalicium eis continuum quas habemus in Majoricis iuxta palacia» (se refiere a la Almudaina). ARM, ECR, 341, f. 14r. doc. 1.

para construir casas. El conde donó a Guillermo Jautzpert «duo statica domorum iuxta ripia et casalitia que sunt retro ipsas domos»³¹, y a Bernat de Saona, en agosto de 1233, le dona «domos cum casalicio eius continuo in Ciuitate Maioricarum ultra riuum»³².

No se conocen demasiados aspectos de la estructura de las casas³³, aunque en ocasiones, la documentación transmite alguna mínima descripción como la donación «duas domos paruas in ciuitate Maioricarum» que el conde donó a Aparicio³⁴, casas con corral: «domos cum quodam retrocurtali»³⁵, casas con patio o huerto: «domum cum solum»³⁶, «domibus et ortali»³⁷, «domos in Majoricis cum ortalli»³⁸. Los establecimientos o donaciones de casas se hacen de acuerdo a las siguientes condiciones: «cum solis et suprapostis, guttis, stillicidiis, ostis, ianuis, fenestris, cispertibus, parietibus, foveis, cloachis, ingressibus et egressibus suis et cum omnibus que pertinent vel pertinere debent ad predictas domos de abisso usque ad celum dono vobis et vestris predictas domos in perpetuum»³⁹.

Barceló y Roselló Bordoy afirman que las casas sarracenas eran de pequeño tamaño, tal vez eso explique en todas las donaciones conservadas el número de edificios objeto de la transacción era un mínimo de dos, como parece suceder también en Valencia⁴⁰. El material con el que estaban construidas habitualmente era tapial que resistió mal la virulencia conquistadora.

La mayoría de los establecimientos o donaciones no conllevan la condición de construir, reconstruir o mejorar las casas, aunque se documentan algunos casos en los que quien recibió la casa realizó algunas obras de rehabilitación, que venían a aumentar su valor. Así, en 1239 el conde Nuno entregó a Pedro Pinxenes y su esposa Causida unas casas que con anterioridad había dado a Pedro de Capmain. Se las cede salvo el derecho que aún tenía Pedro de Capmain, quien deberá pagar, si quisiera recuperar las casas, lo que Pedro

³¹ ARM, ECR, 341, f. 19v, doc. 2.

³² ARM, ECR, 341, f. 33v, doc. 4. E. Aguiló, p. 259.

³³ Bernat i Roca ha elaborado una pequeña clasificación tipológica utilizando las pinturas conservadas. M. Bernat i Roca, «De Madina a urbs gòtica: Ciutat de Mallorca, 1230-1300», en T. Sabater Rebassa y E. Carrero Santamaría, *La ciutat de Mallorca i els segles del gòtic: XXVIII Jornades d'estudis locals*, Palma, 2010, pp. 115-148.

³⁴ ARM, ECR, 341, f. 14v, doc. 4. E. Aguiló, p. 221, doc. 112. ARM, ECR, 341, f. 25r, doc. 4. E. Aguiló, p. 246, doc. 192.

³⁵ C. Coll, *Manual de Pere Romeu*, doc. 235.

³⁶ *Ibid.*, doc. 263.

³⁷ E. Aguiló, p. 221, doc. ARM, ECR, 342, f. 3v, doc. 1.

³⁸ E. Aguiló, p. 224, doc. 139. ARM, ECR, 341, f. 18r, doc. 4.

³⁹ L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 64 fechado el 5 de junio de 1231.

⁴⁰ «XX staticas, scilicet suas sarracenas pro una christianica». E. Guinot y J. Torró, «De la madina...», *op. cit.*, p. 56.

Pinxenes había invertido en la obra; es decir, 47 sueldos, «quos misistis in opere et missione dictarum domorum»⁴¹.

Pero los magnates desde los momentos inmediatos a la conquista, también establecen o donan, casas, patios o solares en los que ordenan el mejoramiento de las estructuras o a una nueva construcción, sobre todo en los espacios de mayor actividad comercial, como la Ribera marítima o la plaza de Santa Eulalia. Así Nuno Sanç en 1233 dona a Guillem mercader y su consanguínea Cecilia «quonddam casalicium ad domos faciendo»⁴². Tal vez, uno de los ejemplos más detallados y elocuentes del Capbreu es el de la donación efectuada en agosto de 1239 por el conde de Roselló al Tabernero Guillermo y su esposa María de Orta de «domos cum operatoris et cum porticum eiusdem (...) Soluimus etiam uobis illum meloimentum quod ibi feceritis et illud opus scilicet quod operatus fuistis». La obra implicaría la edificación de nuevos cimientos y paredes para lo que Nuno Sanç les da licencia: «quod feceratis parietem et fundamenta noua ultra quam esse consueuerat uersus uiam»⁴³. Esta casa lindaba con la de Berenguer Vedel a quien ese mismo día el conde da licencia «quod possis facere hostia un utraque uia»⁴⁴, para mejorar su actividad comercial. O la donación que hace el conde en 1239 al *milite* Petro de Rupe en concepto de caballería «quondam pati quod habemus in ciuitate Maioricarum in azoch»⁴⁵ (...) ad faciendum ibi domos, operatoria uel ortum, uel quecumque bastimenta usque uolueris»⁴⁶.

Pero también es posible observar cómo los porcioneros de Nuno establecieron las propiedades que habían recibido de manos del magnate, entre sus vasallos, con la condición de edificar nuevos edificios. Es el caso de Alamán

⁴¹ Posiblemente se trataba de un mercader de Barcelona. G. Roselló Bordoy, «Mallorca 1232: colectivos...», *op. cit.*, p. 470. E. Aguiló, p. 54, doc. 409. «Damus tibi Petro Pinxenes et Causide, uxori tue, quasdam domos quas dedimus Petro de Campain. Et affrontat de duabus partibus in viis, de tercia in domibus Arnaldi Calaffat, de quarta in domibus Fine, quas per nos tenet. Ad census I mazmotine in festo pasche, faticam, scribaniam, etc. Hanc donacionem tibi facimus saluo iure P de Campain, ita quod si P de Campayn uoluerit recuperare dictas domos soluat tibi XXXVII solidos quos misistis in opere et missione dictarum domorum, quos habeas super dictas domos».

⁴² L. Pérez Martínez, *FRB*, 270. E. Aguiló, p. 222, doc. 116. ARM, ECR, 341, doc. 15v, doc. 3. E. Aguiló, p. 222, doc. 116. «Damus tibi Guillermo mercader, et Cecilie, consanguinee tue, et uestris in perpetuum, quoddam casalicium ad domos faciendo. Et affrontat de tribus partibus in honore nostro et in uia iuxta atzoch. Salua nobis una mazmotina anuatim in pasche, fadigam X dierum et signum perole». E. Aguiló, p. 224, doc. 142.

⁴³ *Ibid.*, doc. 380.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 283, doc. 381.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 281, doc. 364.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 53, doc. 404.

de Sadaba⁴⁷, uno de los vasallos más destacados del conde Nuno que dona en 1236 a Bernat de Cardona y su esposa, «ad domus facienda illud spacium», que había recibido del conde, próximo a la plaza de la Quartera⁴⁸.

En 1242 se registra la existencia de casas inhabitables como los «duo hospicia sarracena destrumpta cum corralo»⁴⁹, que el infante don Pedro había concedido a Pedro de Navarra y su esposa Inés y que es vendido a Ferré de Oller⁵⁰. Tanto el propietario como el comprador pertenecían a la mesnada del infante. Ese mismo año, Bernardo de Rocha establece a Pere de Pertegàs unas casas en la judería que tenía de Pedro de Portugal, con la condición de mejorarlas y mantenerlas en buen estado: «ad meliorandam et tenendam condrectas»⁵¹.

Posiblemente el proceso de reconstrucción de la ciudad fue lento, pues aún en 1273, en la porción del conde de Ampurias se registran edificios destruídos, como los «duo hospicia sarracena destrupta (..) que sunt ortum», que Eulalia, viuda y heredera de Juan Argel, y esposa de Juan de Lancia, establece a Guillem para que construya casas, «ad domos hedificandum, operandum et construendum et ad condricte tenendum et ad meliorandum et non peiorandum»⁵².

Las referencias a la construcción de nuevas casas continúan a lo largo de todo el siglo XIII. En 1269 Cornaldo de Nápoles establece a Domingo y Lancio Cordicer un patio de tierra que tenía en la porción del rey «ad construendas domos in illo hortali»⁵³. En 1272 María y su hijo Castell Corna establecen unas casas a Marco de Agremont que habían recibido del conde de Ampurias «ad construendam domos»⁵⁴. Asimismo, en 1273 el zapatero Bernat establece un patio que había recibido del conde de Ampurias entre dos torres en la Almudai-

⁴⁷ Este noble de origen aragonés es uno de los vasallos de Nuno que más propiedades recibió de manos del conde de Roselló también en la ruralia mallorquina. Véase P. Cateura, «La repoblación nobiliaria de Mallorca per Nuno Sanç», *Historiographie de la Couronne d'Aragon, II*, Gap, 1989, pp. 99-114, 104-108.

⁴⁸ ARM, ECR, 341, f. 91v, doc. 5.

⁴⁹ ARM, ECR, 342, f. 106v, doc. 1.

⁵⁰ Este Ferrer de Oller le establece Guillem de Torrella una mezquita y tres corrales. «dono et stabilio ad bene meliorandum et operandum tibi Ferrario Ollerio et tuis successoribus in eternum quandam masquitam cum tribus corralibus que ibi sunt in civitate maioricarum intus Almodaynam in porcione eiusdem domini episcopi gerundensis». L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 97.

⁵¹ ARM, ECR, 345, f. 94v, doc. 4.

⁵² ARM, ECR, 348, ff. 125r-125v. Un apunte marginal señala que este establecimiento, «De voluntate predictam fuit cancellata»; por lo tanto, parece que la transacción no llegó a realizarse. Otro documento de ese mismo año recoge el establecimiento que hacen Guillem Giliart y a Ferrer Tion y su esposa «ad bene meliorandum, operandum, et ad condricte tenendum et non peiorandum». ARM, ECR, 348, f. 129, doc. 2.

⁵³ ARM, ECR, 347, f. 44v, doc. 1. Regesta R. Roselló Vaquer, *La ciutat de Mallorca després de la conquesta (documentari)*, Roig i Monserrat (ed.), Palma 2004, p. 36.

⁵⁴ ARM, ECR, 348, f. 54, doc. 2.

na, «ad meliorandum, et domos hedificandum et construendum»⁵⁵, al mercader genovés Lapo Galiano, que deberá construir la casa de modo que la puerta de entrada quede en la porción del conde. Asimismo, en 1280 el batle concede licencia a Guillem Dorcha para que construya un horno en su casa situada en la porción de los hombres de Barcelona que mide 48 palmos según caña de Montpellier de longitud y 23 de anchura⁵⁶; lo que equivaldría a 76 metros cuadrados⁵⁷.

1.1. «Signum super hostium»

Desde el repartimiento cada uno de los poderes feudales que se estableció en la ciudad, al tiempo que implantaba el nuevo sistema social, iba creando sus propias bases de poder y su identidad. Para ello los señores mandaron esculpir sus emblemas heráldicos sobre las puertas de los edificios, ya fueran casas, talleres, mezquitas, hornos o molinos, de los que eran propietarios y que donaban o establecían a sus vasallos. Este hecho es un elemento destacado no solo para la recaudación y gestión del patrimonio señorial, sino también para la construcción de la imagen del poder y la identidad nobiliaria en la isla, pues dibuja un paisaje urbano en el que se evidencia gráficamente el dominio señorial.

El primer testimonio de esta práctica se registra apenas tres meses después de la toma de la ciudad, en un diploma fechado el 17 de marzo de 1230 emitido por Huc Ponç, conde de Ampurias, en el que dona una casa dentro de la ciudad a Petro de Basso «signatus super hostium»⁵⁸. Otros testimonios de ese mismo año desarrollan la fórmula y permiten comprender mejor su significado: «Et faciatis vos et vestri signum domus Templi super ostium dictarum domorum ad cognoscendum dominacionem fratrum Templi imperpetuum»⁵⁹. El 1 de mayo de 1231, el procurador de Guillem de Montcada, dona una casa a Ricardo de Sa Serra y le ordena, «et faciatis vos et vestri signum Guillemi de Montecathano super ostium dictarum domorum ad cognoscendam dominacionem Guillemi de Montecathano et suorum imperpetuum»⁶⁰.

⁵⁵ ARM, ECR, 348, f. 74r, doc. 1.

⁵⁶ ARM, ECR, 350, f. 19v, doc. 2. «Damus licenciam ut possit construere et hedificari unum fornium in domos tua quam per francum alodium habes intus ciuitate maioricarum in portione homines barchinone, et domos habet de longitudine XLVIII palmos cannam montepesulani, et de amplitudine XXIII palmos canam montepesulani». Regesta, R. Roselló Vaquer, *La ciutat de Mallorca...*, op. cit., p. 100.

⁵⁷ M. Barceló Crespi y G. Roselló Bordoy, *La casa gòtica a la ciutat de Mallorca*, Palma, L. Muntaner (ed.), p. 31.

⁵⁸ ACM, pergamino 7722.

⁵⁹ ACM, n.º 7723. Fechado el 4 de octubre de 1230.

⁶⁰ L. Pérez Martínez, *FRB*, I, doc. 60.

El mismo mecanismo de identificación de propiedad utilizó Nuno Sanç. En la mayor parte de los establecimientos de casas y otros edificios efectuados entre 1232 y 1240, el Capbreu añade la fórmula «et signum perole», en referencia a las calderas de los Lara su familia materna, que adopta como emblemas de identificación personal⁶¹. Las calderas también fueron esculpidas sobre las puertas de las casas y otros edificios que estableció en Ibiza tras la conquista, «Super hostio predicte mezquite et domorum sit proprio appointum signum perole ad dominationem nostram euidentiis determinandam»⁶².

1.2. Palacios y casas señoriales

A pesar de que las referencias a casas son sumamente abundantes, poco se sabe de las residencias en las que habitó la nobleza. La documentación solo menciona el «Palatium» de la Almudaina⁶³, en el que se instaló Jaime I y después el infante don Pedro de Portugal, señor del reino de Mallorca; además del palacio episcopal⁶⁴. Se desconoce si hubo alguna obra durante la estancia del rey en la Almudaina, aunque parece poco probable; no obstante, en la carta de franqueza que otorga a los judíos en 1231 se menciona la capilla y la casa de sus capellanes dentro del palacio del monarca, pero es posible que se tratara solo de la sacralización de un espacio ya construido en el palacio islámico⁶⁵.

Nada se sabe de las casas en las que habitaron los magnates durante el escaso tiempo que permanecieron en la isla⁶⁶. La documentación hace referencia a torres pero en ningún caso se trata de torres señoriales, sino a las torres de la muralla. A través del Capbreu de Nuno Sanç es posible conocer mínimas

⁶¹ A. Sánchez Mora, *Los Lara. Un linaje castellano de la Plena Edad Media*, Burgos, Diputación de Burgos, 2007, pp. 161-162. Este escudo también fue esculpido en el castillo de Santueri, donde perduró hasta el siglo XIX. G. Roselló Bordoy, *Santueri en 1861*, Felanix, 1969.

⁶² AHPE, Pergaminos 1010. Se trata de un establecimiento de una mezquita con casas en la parte superior, fechado en 1238.

⁶³ G. Roselló Bordoy, «Notes entorn al Castell reial de Madina Mayurqa», *Quaderns de Ca la Gran Cristiana*, 4, 1985, pp. 1-51.

⁶⁴ ACA/CR, Jaime I, Extraserie 66, f. 9. «Ad palatium domini Infantis» y «Ad palatium domini Episcopi».

⁶⁵ L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 74, p. 83. «Palacium nostrum quod est intus Almudainam nostram in quo possitis facere oratorio et sinagogam, excepta capella mea et domibus in quibus clerici sirventes capellam morari consuevunt et excepto palacio nostro maiore in quo nos stare consuevimus». En la actualidad Marta Fernández Siria está realizando su tesis doctoral sobre los palacios de los reyes de Mallorca que, sin duda, aportará novedades al conocimiento sobre este tema.

⁶⁶ En la documentación se hace referencia a la torre del conde de Ampurias, pero se trata de una de las torres de la muralla que perteneció al conde y no de una torre de nueva construcción en la que habitara.



Figura 1. Ventana *coronella* primitiva, Can Penya, siglo XIII. Foto: J. Morata.

descripciones de las casas de algunos de sus servidores como el maestro João de Verim, de origen portugués y primer notario de Nuno Sanç a su llegada a Mallorca. El notario recibió de manos del conde una isleta de casas en la plaza de Santa Eulalia, que era el centro neurálgico del poder del conde de Roselló en la que además tenía un huerto y un taller «ad opus escribanía»⁶⁷.

Barceló Crespi y Roselló Bordoy definen un tipo de casa aristocrática, habitada por nobles y por la oligarquía urbana en la que la planta de acceso al exterior está relacionada con el servicio, las funciones comerciales o productivas y una parte privada. En el primer piso solía situarse la sala noble y, en el segundo piso, en caso de existir, podía ser un espacio de almacenamiento⁶⁸.

⁶⁷ J. Serra i Barceló, «*Domus Magister Johannis*. La transformació d'un espai a Madina Mayurqa», *BSAL*, 64, 2008, pp. 33-68.

⁶⁸ M. Barceló Crespi y G. Roselló Bordoy, *La casa gòtica a la ciutat de Mallorca*, Palma, L. Muntaner (ed.), p. 30.

Aunque Palma es una de las ciudades hispánicas que conserva mayor patrimonio arquitectónico civil medieval, son pocos los testimonios de casas del siglo XIII⁶⁹. Desafortunadamente no se han hallado referencias documentales a la construcción de residencias nobiliarias en esta cronología, por lo que es muy complejo establecer quiénes fueron los propietarios que iniciaron su edificación. A pesar de la escasez documental, se han conservado algunos restos materiales que el proyecto «La casa medieval. Materiales para su estudio en Mallorca»⁷⁰, dirigido por Tina Sabater Rebassa, ha dado a conocer a través de una base de datos online en abierto. En ella se han catalogado ciertos elementos constructivos de ocho edificios, los más antiguos de la ciudad, cuya construcción primitiva ha sido datada a finales del siglo XIII, como la cimentación, ventanas *coronellas*, puertas y columnas, de casas construidas en piedra, y elementos decorativos, como artonados de madera con policromía o pinturas murales que decoraron las salas nobles del primer piso⁷¹.

Can Armadans, situado en la porción de Nuno Sanç, conserva un alfarje con escudos heráldicos, un portal y ventanas *coronellas* primitivas en la primera planta⁷². Can Peña⁷³ aún mantiene una ventana *coronella* primitiva,

⁶⁹ J. Morata *et al.*, «The research in medieval civil architecture in Mallorca. The cases of Can Serra, Can Martí Feliú and Can Oleo (Palma, Mallorca, Spain)», en *Architectural heritage and sustainable development of small and médium cities in south méditerranean regions*, Florence, Edizioni ETS, pp. 335-341.

⁷⁰ Uno de los objetivos principales del proyecto «La casa medieval. Materiales para su estudio en Mallorca» (ref. HAR2016-77032-P), dirigido por Sebastiana Sabater Rebassa, ha sido la elaboración de una base de datos en abierto, elaborada a partir del archivo personal del Dr. José Morata, que incluye cerca de quinientos vestigios de materiales hallados en reformas efectuadas en 142 edificios situados, mayoritariamente, en el centro histórico de la actual ciudad de Palma. M. Cerdà Garriga *et al.*, *Collecció digital Projecte «La casa medieval. Materiales para su estudio en Mallorca»*, Palma, Biblioteca Digital de les Illes Balears, UIB, 2020. <http://ibdigital.uib.es/greenstone/library/collection/casaMedieval/page/about.jsessionid=E79718315A0A20221C4091807024CB>

Quiero agradecer al equipo del proyecto y a su directora que me hayan permitido hacer uso de su base de datos para la elaboración de este artículo, además de su ayuda y amable disponibilidad para resolver mis dudas.

⁷¹ Sobre la pintura mural, véase J. Morata y F. Tugores, *Pintures murals a l'ambit civil a Mallorca (ss. XIII-XIV) 146 casos i una classificació*, Palma, 2017.

⁷² T. Sabater Rebassa, M. Cerdà Garriga y A. Juan Vicens, «Los ventanales de la casa medieval. Tipología, ubicación y cronología de los ejemplos mallorquines», *Lexicon: Storie e Architettura in Sicilia*, extra 2, 2021, pp. 419-432, p. 421. En la actualidad Sabater Rebassa está elaborando un estudio monográfico sobre este edificio. «Una aproximació a l'estudi de ca n'Armadans. Materials i promotors a l'Edat Mitjana» (en prensa) <https://ibdigital.uib.es/greenstone/library/collection/casaMedieval/browse/CL3#CL3.10,CL3.27,CL3.6>

⁷³ Se localiza en la Carrer Can de Gater 8 en Palma.

fecha a finales del siglo XIII, que pudo ser realizada en un taller mallorquín⁷⁴. La cimentación del siglo XIII se ha conservado en Can Granada⁷⁵, y restos de pintura mural con decoración geométrica en las salas nobles del primer piso de Can Poderós⁷⁶, Can Martí Feliú⁷⁷, Can Oleo⁷⁸ y Can Bordoí⁷⁹.

Pero, tal vez, el ejemplo más destacado es Can Catlar del Llorer, situado en la actual calle de Sa Gavella⁸⁰, que hace esquina con la actual calle de la Carnissería, donde se situaba el «macello» de Nuno Sanç, junto a la iglesia de Santa Eulalia. En su rehabilitación en 1977 se halló, en la sala noble del primer piso, el conocido mural de Champassak, datado a finales del siglo XIII⁸¹; además de otros restos de pinturas con decoración geométrica en otras estancias⁸².

⁷⁴ T. Sabater Rebas, M. Cerdà Garriga y A. Juan Vicens, «Los ventanales de la casa medieval...», *op. cit.*, p. 422. El capitel de la columna central de la ventana coronella de dos arcos de Can Peña ha sido analizado estilísticamente por las tres autoras. Su decoración con motivos de piñas en la parte del tambor superior liso, además del grosor de la columna y la morfología de la ventana le lleva a datarlo a finales del siglo XIII y a establecer la producción en un taller local. No se trataría, por tanto, de un material importado de Girona como fue habitual, según ha destacado F. Español, «Las manufacturas arquitectónicas en piedra de Girona durante la Baja Edad Media y su comercialización», *Anuario de Estudios Medievales* 39/2, 2009, pp. 963-1003.

⁷⁵ Se localiza en la calle de Can Granada 10. Podría haber pertenecido a la familia SAGRANADA, mercaderes de Barcelona que recibieron importante patrimonio en esa zona de la ciudad. P. Cateura, «Repoblación, urbanización y comercio en el reino de Mallorca, siglo XIII», *Mayurqa*, 21, 1985-1987, p. 95.

⁷⁶ Se sitúa en C/ Costa de Can Poferos, 6. Conserva un alfarje, un arco y un portal datados desde finales del XIII y principios del XIV. <https://ibdigital.uib.es/greenstone/library/collection/casaMedieval/browse/CL3?sessionid=EDBCB5D7BC2530D371D2C9F32910BACD#CL3.18,CL3.25>

⁷⁷ Conserva varias vigas policromadas de alfarje del siglo XIII y pequeños fragmentos de pintura mural esquemática, situadas en la sala noble del primer piso. J. Morata y F. Tugores, *Pintures murals...*, *op. cit.*, pp. 37, 48. Además de numerosos restos de los siglos XIV y XV. El edificio situado en la calle Martí Feliú, 7 ha sido declarado BIC. <https://ibdigital.uib.es/greenstone/library/collection/casaMedieval/browse/CL3#CL3.6,CL3.18,CL3.21>

⁷⁸ El edificio original del siglo XIII fue reformado en la segunda mitad del siglo XV. Se conservan del XIII fragmentos de pintura mural esquemática en la sala noble del primer piso. J. Morata y F. Tugores, *Pintures murals...*, *op. cit.*, p. 29. Se localiza en el carrer Almudaina, 4. <https://ibdigital.uib.es/greenstone/library/collection/casaMedieval/browse/CL3#CL3.6,CL3.18,CL3.22>

⁷⁹ Se localizaron en excavaciones arqueológicas varios trozos descontextualizados de pintura mural. <https://ibdigital.uib.es/greenstone/library/collection/casaMedieval/browse/CL3#CL3.8>

⁸⁰ Pelai dictó testamento en 1259; por lo que es posible que falleciera poco después. N. García Iniesta y G. Oliver Sunyer, *El Casal dels Numis. Torre dels enagistes de Manacor. ss. XIII- XVI*, Palma, Institut d'Estudis Balearics, 1994, p. 32.

⁸¹ La cronología es similar a la de las pinturas del maestro de la conquista que se custodian en el MNAC de Barcelona.

⁸² En otra estancia del edificio se ha conservado pinturas con decoración geométrica más sencilla de finales del siglo XIII y otro ejemplo del siglo XIV en el patio. J. Morata y F. Tugores, *Pintures murals...*, *op. cit.*, pp. 33, 110.



Figura 2. Mural Champassak. Museo de Mallorca. Segunda mitad siglo XIII.

El mural, que se conserva en el Museo de Mallorca⁸³, muestra una escena de justas en la que un caballero presenta la lanza a una dama que porta un pañuelo, a la que sigue una serie de doncellas que bailan y otras que tocan instrumentos⁸⁴. En la parte inferior aparece un friso con motivos heráldicos identificados con las armas de los Nunis, que luce también el caballero en su escudo y en la gualdrapa de su caballo⁸⁵. La heráldica permite identificar a la

⁸³ Número de inventario 10577, 10576. Tiene unas dimensiones de 175,5 x 92cm.

⁸⁴ G. Roselló Bordoy, «Anònim. Fresc Champassak», en *Mallorca gòtica*, Barcelona-Palma, MNAC-Govern Balear, 1998, pp. 106-107. J. Morata y F. Tugores, *Pintures murals...*, *op. cit.*, pp. 137-138. S. Sabater Rebassa, «La pintura a l'època del Regne Privatiu», en *Bellver 1300-2000. Actes commemoratius dels 700 anys del castell. Exposició i cicle de conferències*, Palma, Ajuntament de Palma, 2001, pp. 35-46, 39.

⁸⁵ M. Quiroga, *Catàlegs del Museu de Mallorca. Patrimoni Heràldic*, Palma, Museu de Mallorca, 2007, pp. 210-211.

parentela promotora de esta casa que, probablemente, se comenzó a construir en la segunda mitad del siglo XIII.

Los Nunis son un grupo de cuatro hermanos⁸⁶, Pelai, Pedro, Juan y Miguel posiblemente de origen portugués, que llegaron en el momento de la conquista al servicio de Nuno Sanç⁸⁷. Son el ejemplo de una nobleza media que asciende mediante el servicio de armas en una nueva zona de conquista, logrando un ingente patrimonio y una destacada posición política en la isla de Mallorca.

Tras la toma de la ciudad Jaime I otorgó a Pedro Nunis unas casas dentro del barrio de la Almudaina⁸⁸. En 1240 fue veguer de Mallorca⁸⁹ y estuvo al servicio del infante don Pedro, quien le entregó un predio, treinta yugadas y cuatrocientas treinta quarteradas en Inca⁹⁰. Con él se trasladó a Valencia en 1244⁹¹, aunque en 1256 se le documenta de nuevo en Mallorca como manumisor del testamento de dicho infante⁹², y confirmando la ratificación de los privilegios y franquicias por parte del infante Jaime (II de Mallorca)⁹³, a quien sirvió hasta su muerte⁹⁴; lo que le garantizó una destacada posición de poder en la isla.

⁸⁶ Son conocidos como los Nunis en la historiografía mallorquina, aunque el patronímico en portugués es Nunes.

⁸⁷ Son consanguíneos de Ferran Yohannis, R. Roselló Vaquer, *La ciutat de Mallorca...*, *op. cit.*, p. 130.

⁸⁸ P. Cateura, «La repoblació nobiliaria...», *op. cit.* Además de la Alquería de Xilvar con XXX jovadas. G. Roselló Bordoy, *Documents cabdals del Regne...*, *op. cit.*, p. 65. En 1240 nombra procurador para que administre los bienes que tiene en la porción regia tanto en Ciutat como en el resto de la isla de Mallorca. ARM, ECR, 342, f. 45r, doc. 4.

⁸⁹ ACM, Pergamins, 7783. En 1241 nombra a Valentín de Torres procurador para que administre los bienes que tiene en la isla. ARM, ECR, 342, f. 45r, doc. 3.

⁹⁰ A. Santamaría, «Alba del reino de Mallorca. Don Pedro de Portugal, el infante desterrado», en *Historia de Mallorca*, III, 1970, pp. 1-84, 40.

⁹¹ Su salida de la isla está documentada en 1242 cuando arma una nave para efectuar un viaje a *Hispania*, es decir, tierras de moros. ARM, ECR, 342, f. 111r, doc. 4. En 1244 confirma en Alzira el diploma por el que el Infante libera a los mallorquines de su homenaje al infante Pedro de Portugal. <https://www.jaumeprimer.uji.es/cgi-bin/arxiu.php?noriginal=000463>. Continúa a su servicio en tierras valencianas en 1246, cuando es nombrado alcalde de Morella, E. Guinot Rodríguez, *Les cartes de poblament valencianes medievals*, València, 1991, p. 192, aunque mantuvo sus propiedades en Mallorca. ARM, ECR, 343, f. 100v, doc. 3. En 1249 continuaba en Valencia, <https://www.jaumeprimer.uji.es/cgi-bin/arxiu.php?noriginal=000941>

⁹² Además de nombrarle manumisor le dona cien sueldos «pro seruiiis que nobis diucius contulerunt». I. Calderón Medina, «El testamento del infante don Pedro de Portugal, señor del reino de Mallorca, Estudi diplomático y edición», *BSAL*, 76, 2020, pp. 267-281, 272.

⁹³ ARM, Llibre de Privilegis i Franqueses confeccionat en 1334 per Romeu dez Poal, ff. 48r-49r. En la actualidad estamos elaborando una monografía sobre el infante don Pedro de Portugal en la que se analiza a quienes le sirvieron.

⁹⁴ P. Mora y L. Andrinal, *Diplomatari del monestir de Santa Maria la Real de Mallorca, vol. I (1232-1260)*, Palma, 1982, doc. 85.

Mientras, su hermano Pelai Nunis recibió de manos de Nuno Sanç, «pro multa bona servicia», unas casas y un huerto en franco alodio que limita al sur con la plaza de Santa Eulalia⁹⁵. El conde le promete «quod non faciemus operatoria in carreio illo ante parietes tuos uersus partem tuam», y le da licencia «quod tu possit aperire portallas in pariete tuo et facere ibi operatoria in tuo si uolueris»⁹⁶. Estas casas limitaban con las de los genoveses y estaban frente al «macello» del conde Nuno en Santa Eulalia⁹⁷. En 1264 Miguel Nunis estableció estas casas con un huerto contiguo que había heredado Pelai «fratris mei»⁹⁸, en la porción de Nuno Sanç que después pasó al rey⁹⁹. Este *milite*¹⁰⁰, Miguel Nunis había recibido del infante don Pedro en 1242 la caballería de Artà¹⁰¹, además poseía numerosas propiedades en Manacor y Felanitx. Desde 1239 se había establecido en la ciudad¹⁰², y en 1254 ejerce como jurado del reino de Mallorca¹⁰³. Tras la muerte del infante portugués sirvió al infante Jaime (II de

⁹⁵ ARM, ECR, 1145, f. 9r. ARM, ECR, 342, f. 79v, doc. 3. En junio de 1242 un establecimiento de un taller entre Ferrer Bonafé y el zapatero Joan Costa, se especifica que se encuentra en la plaza de Santa Eulalia y que linda: «In platea Sancte Eulalie. Affrontat ex alia in via publica, ex alia in operatorio que Petrus de Barchinona tenet per Domini Gastoni, ex alia in honorem Pelay Nuniz, ex alia in operatorio Bernat de Brossa, tenet per domini G. de Bearn». En octubre del mismo año Pedro de Barcelona y su esposa establecen un obrador a Pedro de Miralles que tenía de Gastón de Bearn. El taller estaba situado «ante ecclesiam Sante Eulalie. Affrontat ex una parte in via publica, ex alia parte in operatorio que J. de Costa tenet et ex alia in orto Pelay Nuniz». ARM, ECR, 342, f. 114v, doc. 3. J. Serra i Barceló, «*Domus Magister Iohannis...*», *op. cit.*, p. 48. En enero de 1243, Juan de Costa y Pedro Miralles acuerdan levantar una pared medianera entre ambos talleres. ARM, ECR, 342, f. 151r, doc. 2. Juan Costa y Pedro Miralles declaran en 1250 que esos espacios se los había donado Pelay Nunis «ad construendam operatoria», G. Llompart, N. Yniesta y G. Oliver, *De l'alquería Ancrad a la caballería d'en Nunis (O torre dels Enagistes de Manacor)*, p. 31.

⁹⁶ E. Aguiló, p. 281, doc. 365.

⁹⁷ En abril de 1235 Ferrar de Olzet, batle y procurador del conde Nuno da a Jonnahi de Uerdelay y Francisco y su esposa Hisambel, «quasdam domos in Ciuitate Maioricarum in portione Nunionis Cancii ante carniceriam domini Nunionis Sanci. Et affrontat de una parte den tebat jenvensis, in domibus quas tenet Pelay Nunis, in ferrería, in platea». E. Aguiló, p. 277, doc. 331. En junio de 1239 da a B. de Gardia un taller «prope macellum nostrum, (...) et affrontat de una parte in domibus Iohannis pelicer, de secunda in tenencia Palaci Nuniz». E. Aguiló, p. 284, doc. 385.

⁹⁸ El testamento de Pelai Nunis está fechado en 1259.

⁹⁹ ARM, ECR, 347, f. 234r, doc. 2.

¹⁰⁰ ARM, ECR, 342, f. 74r, doc. 1.

¹⁰¹ G. Morro, *Capdepera medieval. Segles XIII i XIV*, Palma, Edicions Documenta Balear, 2003, p. 44. L. Lliteras, *Artà en el siglo XIII. Estudio y documentos*, Palma, Mascaró Pasarius, 1967, pp. 62, 79, 110.

¹⁰² *Ibid.*, p. 110.

¹⁰³ <https://www.jaumeprimer.uji.es/cgi-bin/arxiu.php?noriginal=000494>. Este diploma en el que el infante Pedro confirma los privilegios mallorquines tras su regreso a Mallorca en 1254, está firmado como testigo por el hermano de Miguel, Pelay Nunis.

Mallorca) quién en 1257 le nombró veguer de Mallorca¹⁰⁴. Murió con anterioridad a 1279¹⁰⁵.

No se ha conservado referencias documentales de la construcción de la casa, por lo que, por el momento, no es posible identificar si fue Pelai, su hermano Miguel quien inició la obra de su casa en la ciudad, puesto que tenían licencia de Nuno Sanç, o si fue algún miembro de la generación posterior. La inversión en su construcción debió de ser elevada, pues se trataría de un edificio de, al menos, dos pisos con una sala noble ricamente decorada con pintura figurativa, poco habitual en la isla. La casa se convirtió en el referente del poder de los Nunis en la ciudad poco tiempo después de la conquista y continuaría siéndolo a lo largo de todo el siglo XIII¹⁰⁶.

Pero la actividad edilicia de este grupo familiar no se limitó a la ciudad, sino que también utilizaron la construcción para crear su identidad y la imagen de su poder en el ámbito rural. Pelai Nunis había recibido de manos de Nuno Sanç la alquería de Ancrad, situada en Manacor¹⁰⁷. En ella comenzó a construirse en la segunda mitad del siglo XIII el conocido en la actualidad como «Casals dels Nunis». García Yniesta y Oliver Sunyer defienden la existencia de una primera construcción cuyo concepto era el de «casal fortificat amb claustre», al que se accede por un «portal forà». Esta edificación primitiva estaría constituida en torno a un patio cerrado en el que se dispusieron edificios auxiliares, presididos por una edificación almenada, con un cuerpo de planta baja y un piso superior en forma de torre; bajo la que se abría el «portal forà». El acceso a las salas señoriales situadas en el primer piso se haría posiblemente por una escalera de madera¹⁰⁸. Es el primer ejemplo de construcción de una torre nobiliaria registrado en la isla que sirvió a los Nunis para hacer ostentación de su poder en este espacio que dominaban desde la conquista.

Además, en las tierras que Miguel Nunis (I) tenía en Capdepera se situaba una torre de vigilancia de origen islámico que en las «Ordinacions» de Jaime II de Mallorca es conocida como «La torra d'en Miquel Nunís»¹⁰⁹, y que

¹⁰⁴ ARM, ECR 344, f. 251v, doc. 3.

¹⁰⁵ G. Morro, *Capdepera medieval...*, *op. cit.*, p. 46.

¹⁰⁶ Ya en el siglo XIV otro Miquel Nunis tuvo una casa en la parroquia de San Miguel cuyo inventario de 1375 se conserva.

¹⁰⁷ Sobre el patrimonio que recibió de manos de Nuno Sanç, véase. P. Cateura, «La repoblació nobiliaria...», *op. cit.*, p. 111. En 1235 el infante Pedro de Portugal, que le denomina *milite nostro*, le entrega más propiedades en Manacor. ARM, ECR 1145, f. 17v.

¹⁰⁸ N. García Yniesta y G. Oliver Sunyer, *El Casal dels Nunis...*, *op. cit.*, pp. 10, 52-53, 69-71.

¹⁰⁹ G. Morro, *Capdepera medieval...*, *op. cit.*, p. 253, doc. 72.

el monarca toma como referente para la construcción de la villa fortificada. En este caso la edificación entregada por el rey se identifica con quien la tiene de su mano, Miguel Nunis, que posiblemente fuera el hijo de Miguel Nunis I, que llegó a Mallorca en el tiempo de la conquista. Este Miguel Nunis (II) tuvo otra casa en la ciudad, en la parroquia de San Miguel, que es conocida por su inventario «post mortem» redactado en 1375¹¹⁰.

Los Nunis son un claro ejemplo de una nobleza media que va ascendiendo socialmente y que va adoptando los usos de la alta nobleza y de cómo construyeron la imagen de su poder a través de las edificaciones vinculadas a su familia, tanto en la ciudad como en el ámbito rural.

2. URBANIZACIÓN DE NUEVOS ESPACIOS Y CONSTRUCCIÓN DE EDIFICIOS E INFRAESTRUCTURAS DE PRODUCCIÓN Y COMERCIO

Tras la toma de la ciudad urgía reactivar la actividad económica de la isla, el proceso se inició de inmediato por parte del monarca y también de los magnates que participaron en la conquista. A este proceso se unirá en 1249 la recién creada Universitat. La autoridad municipal comenzará a dirigir la política de infraestructuras para la dinamización económica, aunque, en ocasiones surjan conflictos con la monarquía¹¹¹.

Desde 1230 Jaime I favoreció el establecimiento de mercaderes genoveses, pisanos y marseleses, inició una reestructuración del puerto de Portopí¹¹²

¹¹⁰ G. Llopart, N. Yniesta y G. Oliver, *De l'alqueria Ancrad...*, *op. cit.*, pp. 17-21.

¹¹¹ Cateura destaca el conflicto entre los agentes reales y la Universitat en la segunda mitad del siglo XIII, cuando, en 1273 Jaime I prohíbe que se construyan nuevas edificaciones en este espacio que estaban perjudicando las transacciones mercantiles, lo que generó la revalorización de los edificios ya construídos y la especulación inmobiliaria en este espacio. P. Cateura, «Repoblación, urbanización y comercio...», *op. cit.*, pp. 91-100, 95-98.

¹¹² No hay constancia documental de que el conde Nuno participara en la remodelación del puerto de Portopí que llevó a cabo el monarca, pero sí promovió la construcción del puerto en Coitllure, pues era una infraestructura imprescindible para el desarrollo económico de su condado. En 1239 ya se habían iniciado las obras que él mismo había planificado para la construcción del puerto, próximo al recinto urbano. ARM, ECR, 341, f. 78v. Dos años después, en su testamento ordena que la mitad de la lezda recaudada en la ciudad se emplee para la construcción. R. Treton y R. Vivas, «Le testament de Nunó Sanç...», *op. cit.* «Item, mando quod medietas leude porti de Cauquolibero detur ad faciendum portum, et amplius mille solidi malguriensium de hoc quod michi ibi remanet pro emenda et restitutione de illo quod inde habui racione illius porti, quousque dictus portus sit plenarie factus; et statim facto et completo dicto portu, mando quod dicta leuda quam ibi mando dari pro refectone dicti porti sit soluta inperpetuum tam de mari quam de

y se reservó un número destacado de propiedades en la ribera marítima donde inició un proceso de urbanización que continuó hasta finales del siglo XIII, cuando se experimentó una gran especulación inmobiliaria¹¹³.

Pero la actividad edilicia y de dinamización económica de la ribera marítima mallorquina también estuvo en manos del conde de Roselló desde la toma de la ciudad. El Capbreu de Nuno Sanç muestra el establecimiento en su porción de multitud de talleres y edificios destinados al comercio, como allhónigas, que fueron reutilizados por los nuevos pobladores¹¹⁴, pero también la construcción de nuevos edificios en la ribera¹¹⁵.

En 1233 y tras una donación efectuada por el infante Pedro a los genoveses¹¹⁶, el conde Nuno donó a su cónsul Otgerio de Mazanello un antiguo mercado musulmán en la ribera para que construyeran casas en un plazo de cinco años: «illam partem nostram quam habemus in azoch, sicut includitur per parietes uel tapias ibidem facere domos vel staticas infra V annis, alias a prefato termino in antea irrita et casa sit»¹¹⁷. Pero para favorecer la actividad comercial en las principales calles también fue necesario realizar pequeñas reformas, para las que el conde concedió licencias. Así en 1235 da licencia a Hugolino Pisano «quod aperatis januam in illis domibus nostris que habetis in vico de provenzals, et aperiatur illo in vico maiori de Provenzals sine preiucio domini Nuni et suorum»¹¹⁸, favoreciendo el asentamiento y desarrollo de la actividad económica en este espacio donde estaban asentados los mercaderes provenzales.

terra». <https://journals.openedition.org/e-spania/27026>. Jaime I heredó el condado tras la muerte de Nuno y continuó con la obra. El rey, en su último testamento, ordena a su hijo el infante Jaime, que heredará el reino de Mallorca, que dedique lo recaudado en Roselló y Cerdeña para la finalización del puerto y que después se emplee en el mantenimiento de la infraestructura. A. Riera Melis, «La lezda», p. 100.

¹¹³ P. Cateura, «Repoblación, urbanización y comercio...», *op. cit.*, p. 91.

¹¹⁴ M. Bernat i Roca, «Feudalisme i infraestructura artesanal: de Madina Mayîrqa a Ciutat de Mallorca (1230-1315)», *BSAL*, 53, 1997, pp. 27-70. M. Bernat i Roca, «De Madina a la Urbs...», *op. cit.*, pp. 123-125.

¹¹⁵ El conde tuvo en este espacio numerosas casas y solares que estableció. A su muerte su porción pasaría al monarca que continuó con el asentamiento de nuevos pobladores dedicados al comercio.

¹¹⁶ El infante don Pedro les donó para su establecimiento en la ribera marítima «domos cum quodam furno et casalibus dirruptis et cum quadam masquitam». Posteriormente volveremos sobre este documento. L. Pérez Martínez, FRB, doc. 329.

¹¹⁷ ARM, ECR, 341, f. 28v, doc. 2. E. Aguiló, p. 249, doc. 219. Véase, P. Cateura, «Repoblación, urbanización y comercio...», *op. cit.*, pp. 91-100.

¹¹⁸ E. Aguiló, p. 278, doc. 335.

2.1. La plaza de Santa Eulalia. *Platea Domini Nunoni*

El conde Nuno planificó y promovió con mayor intensidad la construcción en su porción de un amplio espacio que aún estaba sin edificar dentro de la muralla, por el que pasaba un ramal de la acequia. En él se diseñó una plaza en la que se iniciaría la construcción de la iglesia de Santa Eulalia. Serra i Barceló ha planteado una hipótesis de reconstrucción de este espacio, en el que se desarrolló una gran actividad artesanal y comercial¹¹⁹. La plaza de Santa Eulalia se convertiría en el centro neurálgico del poder del conde de Roselló, donde se situaba su escribanía, pero también en el centro de la actividad económica, que le garantizaba importantes ingresos, y de el centro de construcción de su memoria. El propio conde se refiere a ella como «nostra placia» o, en ocasiones, la documentación la denomina «platea Domini Nunoni»¹²⁰. Su jurisdicción y la imagen de su poder se hacía evidente a través de sus armas, que colgaban sobre las puertas de cada una de las casas y los *operatoria* que tenía en ella y por los que recibía un censo anual.

La construcción se inició en los momentos inmediatos a la conquista, promovida por Nuno Sanç, pero también por el monarca y el vizconde de Bearn que tenían propiedades en la plaza¹²¹. Pronto surgieron los enfrentamientos entre ellos, por lo que, en julio de 1232 cuando la construcción de esta plaza ya estaba avanzada, el rey y el conde Nuno llegaron a un acuerdo para la división del espacio y determinaron sus jurisdicciones. El rey cedía a Nuno «mittimus totam illam nostram partem supradictam, videlicet placiam et operatoria ibi in ea noviter hedificata super quibus erat contentio inter nos et vos mota. Ita quos vos et vestri dicta operatoria et placiam in quia dicta operatoria sunt hedificata habeatis perpetuo vos et vestri (...) excepta placia in qua Petrus Martelli hedificat de Novo»¹²².

Las primeras referencias del Capbreu son las donaciones de 1232 en las que el conde dona casas y patios para que construya casas y *operatoria* al mercader catalán Pedro Martel, que había promovido la conquista de la isla¹²³, a quien

¹¹⁹ J. Serra i Barceló, «*Domus Magister Iohannis...*», *op. cit.*, pp. 33-68.

¹²⁰ E. Aguiló, p. 278, doc. 333.

¹²¹ El espacio que ocupa la plaza había sido dividido en el repartimiento por Bernardo de Ampurias y Juan Nunis, «In illa placia illa Sancte Eulalie, in qua operatoria noviter fuerunt hedificata infra menia civitatis Maioricarum, vos karrissime consanguinee noster Nuno, habeatis partem vobis divisam et cognitam per Bernardum de Ampuriss et Iohanne Nunis eo tempore civitatis et regni Maioricarum dividores».

¹²² L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 121.

¹²³ Se trata de Pere Martell el mercader en cuya casa se reunieron el rey y los magnates para planificar la conquista de Mallorca y que arenga a las tropas antes de zarpar de Tarragona. El *llibre* dice que «sabía molt de mar», *Quatre grands croniques. Llibre dels feys*, cap. 47, pp. 127-129. Además de

le entregó además un suelo y un patio en la plaza: «ut habeas cum omni opere et edificio quod ibi facias tu et tui»¹²⁴. Con estas donaciones en un lugar destacado para la actividad económica en la Mallorca cristiana estaba compensando la aportación de Martel en la expedición conquistadora¹²⁵. En 1233 da a el conde Pascual Corregio un patio en la plaza de Santa Eulalia, «ita quod ibi construas et hedificies operatorium»¹²⁶.

Pero también el mismo Nuno Sanç mandó edificar otros *operatoria* que entregó a algunos de sus servidores, como Berenger Compan, al que entrega «quoddam pati ad operatorium faciendum in illa nostra placia in qua hedificamus de nouo operatoria, que est ante domos Magistri Iohannis»¹²⁷. O al Maestro João de Verim, que se convirtió en uno de los principales propietarios de este espacio y quien gestionaba los establecimientos e, incluso, la construcción de nuevos edificios productivos. El conde entrega a su notario el maestro João «pati ad operatorium faciendum in illa nostra platea in qua hedificamus de nouo operatoria que est ante domos vestras», que limitaba con la vía pública y con el patio de que acababa de donar a Berenguer Compan¹²⁸.

En 1234 continuaba la construcción de la plaza cuando el conde dona a Pedro Ortela, «unum pati ad operatorium faciendum de illa nostra placia un quia hedificamus operatoria, sicut nunc terminamus, et ad faciendum ut habeatis»¹²⁹ y unos días después dona a Bernat Company «quoddam pati ad operatorium faciendum in illa nostra placia in qua hedificamus de nouo operatoria, que est ante domos Magistri Iohannis»¹³⁰.

estos espacios dentro de la ciudad en el repartimento recibió media iouada en Aart Axerea. (f. 2v, p. 55), en Sineu 3 iouadas. Su hermano Ferrando Martell, también participó en la conquista y recibió bienes en la isla.

¹²⁴ ARM, ECR, 341, f. 11v, doc. 2. E. Aguiló, p. 218, doc. 84. «Tibi Petro Martello de Tarregona illum solum et pati quod habemus in Maioricis in platea iuxta Almudainam, sicut tenet recta línea de cantono opetariorum nostrorum continuorum domibus Magistri Iohannis, notari nostri, honore ad vallis hospitalis. Et affrontat in via publica, et in orto vallis quod est hospitalis, et in honore prepositi Terrachone, et in alio honore nostro a parte circi. Ut habeas cum omni opere et edificio quod ibi facias tu et tui, saluo nouis uno morabatino in pasche, faticam X dierum et signum perole».

¹²⁵ En su testamento, el conde Nuno reconoce tener una deuda con Pedro Martel de cuatrocientos sueldos de Barcelona. R. Treton y R. Vivas, «Le testament de Nunó Sanç...», *op. cit.*

¹²⁶ ARM, ECR, 341, f. 29v, doc. 2. «Nuno Sancii damus tibi Pascallo Corregio et tuis in perpetuum, unum pati in placia sante Eulalie ante operatorium Rotlandi. Et affrontat in tribus uiis publicis, et de quarta parte in honore nostro. Ita quod ibi construas et hedificies operatorium, et des nobis pro censum unam mazemodiam annuatim in festo pasche». E. Aguiló, p. 249, doc. 226.

¹²⁷ E. Aguiló, p. 274, doc. 302.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 276, doc. 320. Ese mismo año el conde entrega a su notario «unum pati in platea domini Nunis ante santam Eulaliam», *ibid.*, p. 278, doc. 333.

¹²⁹ ARM, ECR, 341, f. 38v, doc. 1. E. Aguiló, p. 274, doc. 300.

¹³⁰ ARM, ECR, 341, f. 38v, doc. 3. E. Aguiló, p. 274, doc. 302.

Para dinamizar aún más la actividad comercial, el conde Nuno promovió el asentamiento de los hombres de Marsella en la plaza, detrás de la iglesia de Santa Eulalia¹³¹, donde ya tenían catorce obradores¹³². En 1234 Nuno Sanç les cambia dos alforfas¹³³ por dos *operatoria* situados en dicha plaza y, además les concede licencia «quod possis in placia ante dicta operatoria construere hedificare et exampliare te tentum in ipsa placia siue carreria quantum nos exemplati fuerimus in eadem, recta linea, quod tuum opus quod ibi fecieris non possit nostrum procedere neque nostrum possit tuum procedere»¹³⁴.

Pocos días después, dona a la Universitat de la ciudad, sus propiedades en la plaza con sus derechos, pero se reserva: «Retinemur tamen nobis et nostris illud pati construenda, uidelicet de janua Ferrari Salzet recta línea usque ad viam que transit inter opus Petri Martelli et dictum pati, sub tali tamen conditione quod nullus possit operari in eadem aut cimiterium facere set semper remaneat ad seruicium dicti comunis et universitatis»¹³⁵.

Aún en agosto de 1239 el conde continuaba promoviendo la actividad constructiva y de dinamización de la actividad artesanal y mercantil, pues da a Guillermo Taberero y su esposa «quasdam domos cum operatoris et cum porticum eiusdem», además les da licencia «quod feceratis parietem et fundamenta noua ultra quam esse consueuerat uersus viam»¹³⁶. Ese mismo mes da a Berenguer Uedel y su esposa unas casas que colindaban con las de Guillermo Taberero y les da licencia para que puedan abrir una nueva puerta: «quod possit facere hostia in utraque uia», para favorecer la venta¹³⁷. Ese año también es cuando se compromete con Pelai Nunis para no construir operatoria en la calle frente a sus propiedades, y además le da licencia para que construya pórticos, si así lo deseara. En enero de 1239 el conde Nuno concede licencia a Ferrer Pican para que construya un arco por encima de una calle, que está al lado de la plaza, para comunicar dos de sus casas que se encontraban frente a frente, con la única condición de que no interrumpiera el tránsito en la calle¹³⁸.

¹³¹ ADM, Parroquia de Santa Eulalia, doc. 10c.

¹³² M. Bernat i Roca, «Feudalisme i infraestructura...», *op. cit.*, p. 39. Los hombres de Marsella tenían treinta y un obradores en la ciudad.

¹³³ Alforfas son sobrados o cámaras altas empleadas como lugar de almacenaje de grano, principalmente.

¹³⁴ ARM, ECR, 341, f. 38v, doc. 4. E. Aguiló, p. 274, doc. 303.

¹³⁵ ARM, ECR, 341, f. 39r, doc. 4. E. Aguiló, p. 275, doc. 307.

¹³⁶ E. Aguiló, p. 283, doc. 380.

¹³⁷ *Ibid.*, doc. 381. Estas casas estaban situadas cerca del macello, pues en noviembre de 1239 el conde establece a Berenger Gasc unas casas y una tabla en el *macello*.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 57, doc. 433. «Dono et stabilio ad operandum et construendum uobis Ferrario Pica, perpetuo tanto in platea que est in Ciuitate Maioricarum ante domos tuas et domo Bernardi Masili

No hay que olvidar que en la mayor parte de las donaciones o establecimientos Nuno Sanç ordena que en el edificio se esculpan sus armas personales, lo que permite imaginar la proyección de la imagen de su poder en este espacio urbano.

Las obras en la plaza de Santa Eulalia se registran también tras la muerte del conde Nuno, en la segunda mitad del siglo XIII. En 1271 el batle del rey concede licencia a Sancho de Madretes para construir dos arcos delante de su casa cerca del cementerio de Santa Eulalia, por la que pagará veinte sueldos¹³⁹. En 1274 el lugarteniente real da licencia a Domingo Busquets para que pueda construir «pilaria et archi» delante de su casa y *operatoria* que tiene en la plaza de Santa Eulalia, que sean de siete palmos según la caña de Montpellier¹⁴⁰. De hecho, esta plaza tuvo una destacada actividad comercial durante toda la Edad Media¹⁴¹.

2.2. «Macellum quem de novo facimus»

En torno a Santa Eulalia, junto a la acequia, el conde Nuno promovió también la edificación de un *macellum* o mercado de venta de carne, para garantizar el abastecimiento y comercio de carne en la ciudad, y por el que obtuvo cuantiosas rentas. La documentación se refiere a él en ocasiones como «carniceriam domini Nunionis Sancii»¹⁴². Su edificación fue muy temprana, pues ya consta en 1232. Se desconoce su estructura primitiva, aunque, por las referencias documentales medievales, pudo responder a una estructura porticada, en torno a una plaza, con una cubierta sujeta sobre columnas, en la que se disponían las tablas de venta¹⁴³, frente a las casas de sus propietarios. Se ubicaba tras

quantum tenet frontiera dictarum domorum tuarum, que uadit usque ad carrariam que transit ante domos Bernardi Caramela (sus casas lindaban con la plaza de Santa Eulalia), et dictam plateam, et de alia in via que transit ante domos tuas et dicta plateam, et de alia in remanente dicte platee, prout dictan plateam tibi assignauit. Item dono tibi et tuis ex parte domini Nunonis et suorum, plenum posse et licenciam quod possis facere et construere super illam carreriam que est inter dictas domos tuas in quibus modo habiatis et dictam plateam quam dono usque ad celum facere construere uolueris ad uoluntatem tuam sine aliqua contradictione, saluo transitu dicte carrarie, sicut modo est dicta carraria assignata inter domos tuas et eadem platea».

¹³⁹ ARM, ECR, 348, f. 19v, doc. 2.

¹⁴⁰ ARM, ECR, 348, f. 178, doc. 2.

¹⁴¹ M. Barceló Crespí y G. Roselló Bordoy, *La ciudad de Mallorca. Vida cotidiana en una ciudad mediterránea medieval*, Palma, Lleonard Muntaner, 2006, pp. 286-287.

¹⁴² E. Aguiló, p. 277, doc. 331. Este diploma está datado en mayo de 1235.

¹⁴³ Zaforteza y Musoles la denomina Carnissería Vella, Carnisseria Damunt, Carnisseria Mayor y la sitúa en la actual Plaza d'en Coll, sin embargo, denomina también otro mercado de carne como Carnisseria Vella que sitúa en la actual calle de Jovellanos y afirma que este es el *macello* de

la cabecera de la iglesia, en la actual calle de la Carnissería y plaza Salvador Coll¹⁴⁴.

La primera referencia documental está fechada en noviembre de 1232 cuando la obra ya estaba avanzada, pues Petro de Savila debería pagar una mazmodia anual al conde por una tabla en el *macellum*: «Petro de Savila promito domino Nuno Sancii quod aquipiam a vobis tabulam in illa platea quam habetis in Maioricis, iuxta acequiam, ante domos quas pro vobis teneo, quando-cumque macellum ibi feceritis et construxeritis vos vel aliquis nomine vestri»¹⁴⁵. Dos días después, el conde da a Ferrer de Berga y a su esposa una casa que «habemus in Maioricis, et insuper unam tabulam in macello, quem de novo facimus, in plaza que est ante domos predictas, que tabula tenet de longo XII palmos et de latitudine VIII palmos»¹⁴⁶.

La adjudicación de tablas para la venta de carne en el mercado continúa en junio de 1233, cuando da a Guillermo de Cafranchara: «duas domos in ciuitate Maioricarum in placia nostra ante cequiam. Et insuper damus tibi unam tabulam in macello, quem de nouo fecimus et construimus in eadem plazia». Estas casas pueden ser las mismas que había entregado pocos meses antes a Pedro Savila, pues tienen los mismos colindantes¹⁴⁷. En julio de este mismo año, el conde parece comenzar a repartir las nuevas casas o talleres, situados al oeste, que en la primera donación a Pedro Savila se denominaban «altri domibus», pues en junio de 1233 entrega al carnicero Bartolome de Vilafranca unas casas con cuatro «operatoria, ante plaziam (...). Et insuper damus tibi unam tabulam

Nuno Sanç, no obstante, en varias donaciones del Capbreu se refiere a la plaza de Santa Eulalia y a propietarios con propiedades documentadas en ella, por lo que consideramos que esta era su ubicación. Esta estructura es la que describe Diego Forteza en el siglo XIX antes de ser derruida. «Un patio o plaza rodeada de una zona porticada, en el lenguaje del documento claustro o porcho cubierta de tejado sostenido por pilares en la que se hallaban los puestos de carne». D. Zaforteza i Musoles, *La ciudad de Mallorca. Ensayo histórico-toponímico*, Palma, 1989, vol. II, pp. 395-409.

¹⁴⁴ M. Barceló Crespi y G. Roselló Bordoy, *La ciudad de Mallorca...*, *op. cit.*, p. 294.

¹⁴⁵ ARM, ECR, f. 8r, doc. 4. E. Aguiló, p. 216, doc. 59. Ese mismo día el conde Nuno le había donado unas «domos affrontant ad oriente in Cequia, a meriedie in meriedie in dominibus Raymundi Saumater. Ab occidente in domibus nostris, a circio in platza». ARM, ECR, 341, f. 8r, doc. 3. E. Aguiló, p. 215, doc. 58.

¹⁴⁶ Fechado el 19 de noviembre de 1232. ARM, ECR, 341, f. 9r, doc. 2. E. Aguiló, p. 216, doc.65. «Affrontant in Tabula Petri Savila et in via publica a parte ponente. Domus affrontant ab oriente in domibus Picornelli. A meridie plazia, a ponente in allis domibus nostris, a circio in domibus quas tenet Garcia Asberti».

¹⁴⁷ E. Aguiló, p. 246, doc. 197. «Damus tibi Gullermo de Czafranchara duas domos in C.M. in placia nostra ante cequiam. Insuper damus tibi unam tabulam in macello quem de novo facimus et construimus in eadem plazia. Affrontant de una parte in domibus Ferrari de Berga quas per nos tenet, et in via et in duabus partibus in honore nostro. Et tabula affrontant in via, et in tabula Ferrari de Berga et in plazia».

in macello quod ibi facimus ante domos illas»¹⁴⁸. Este mismo día dona unas casas a B. Caramela «insuper damus tibi unam tabulam in macello quod ibi facimus ante domos illas»¹⁴⁹. En marzo de 1235 Nuno Sanç aumenta la donación que había hecho a Ferrer de Berga a quien entrega casas «ante plateam domini Nunionis»¹⁵⁰, además de «quandam operatorium in loco ubi modo est macellus, quod operatus sitis quandocumque operabitur platea domini Nunionis ubi modo est carniceria»¹⁵¹. En julio de 1237 el batle y procurador del conde Nuno da unas casas a Raymundo Ferrario y su hijo Arnaldo, «in platea sua ante macellum suum». Las casas lindan con la plaza y con las casas de Ferrer de Berga¹⁵².

En 1239 se aprecia un aumento en la concesión de tablas en la carnicería por parte del conde Nuno, por cambio de adjudicatario, pero ya no hay referencias directas a la construcción, por lo que parece que la obra estaba finalizada¹⁵³, aunque continuaban las obras en las inmediaciones de la carnicería.

¹⁴⁸ Nuno dona a Bartolomé de Vilafranca, carnicero, «et tuis in perpetuum. Quasdam domos cum suis quator operatorii ante plaziam. Et affrontant de duabus partibus in honore nostro, et in duabus uiis. Et insuper damus tibi unam tabulam in macello quod ibi facimus ante domos illas».

¹⁴⁹ E. Aguiló, p. 247, doc. 203. «Damus tibi B. Caramela et tuis in perpetuum, quas domos in Maioricis ante cequiam. Et affrontant de II partibus in honore nostro, et in placia nostra, et in domibus tuis quas tenes per B. Aymerici».

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 280, doc. 352. «Et affrontant in via de duabus, in domibus Raymundi Ferrer, in domibus Bernardo Zizera». En la carta actúa como testigo Pedro Savila que había tenido operatoria en la carnicería.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 280, doc. 353.

¹⁵² *Ibid.*, p. 281, doc. 361. «Et affrontant in domibus domini Nunionis quas olim dederat Guter Dies, in domibus Ferreri de Berga, in honore predictae domini Nunionis, in via platee». Actúan como testigo Pedro de Savila y Ferrer de Berga.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 282, doc. 375. Batle y procurador establece Arnaldo Iohannis unas casas que fueron de Bernard de Ampurias y una «tabulam in mazello nostro (...) et quod teneas in dicta tabula officium macellie. Et affrontant in una parte in via de Cequia, et alia in domibus que fuerunt de Jonahhis Nunis que modo sunt Jacobi de Monte Blanco (...) Damus tibi quandam tabulam in mazello nostro, secundam videlicet a parte superiori que tener cum illa Raymundi Guitardi». Ese mismo día le dona a Jacobo de Monteblanco unas casas contiguas a las de Arnaldo y «quandam tabulam in mazello nostro nouo». *Ibid.*, p. 283, doc. 376. Una semana después entrega a Guillermo de Ordis «predictas domos et quandam tabulam in macello nouo nostro» y otra más en junio de 1239. *Ibid.*, p. 283, doc. 377, p. 284, doc. 283. Da a Ferrario de Turre «quoddam operatorium circa macellum nostrum (...) Quod operatorium affrontant de una parte cum Raymundo Guardia, de secunda in tenetore Berenguer Narbones, de tercia in tabulam de Guiller de Ortis, de quarta in placia nostra. Item damus tibi Guillermo de Ortis II tabulas in dicto marcello. (...) quarum una affrontat de una parte cum tabula Pauchi et Dominico et de secunda cum tabula Orset. Alia uero tabula affrontat cum tabula Raymundi Guardi et alia parte in tabula D». Ese mismo mes concede tres *operatoria* «quoddam operatorium prope macellum quod fuit de mesquita» y tres tablas en él: una a cada hermano B. Gardia y Raymundo Garcia y a Berenguer Narbones. *Ibid.*, p. 284, doc. 385. «Et affrontat de una parte in domibus Iohannis Pelicer, de secunda in tenencia Palaci Nuniz, de tercia Raymundo Gardia, de quarta via publica. Et etiam damus tibi unam tabulam

2.3. La Quartera

Otro espacio con una intensa actividad comercial en Mallorca fue la plaza de la Quartera, donde se estableció el peso del trigo. Comenzó a construirse con anterioridad a 1243 de mano del infante don Pedro de Portugal, señor del reino, aunque después pasó a manos regias. Así, en 1245 Blasco, batle del rey, inició la nueva construcción colindante a la anterior en la que gastó la cantidad de 571 sueldos como refleja en sus cuentas¹⁵⁴. Un documento de ese mismo año en el que el batle dona a Bernat de Cardona un patio para construir «operibus atque hedificis et lapidibus»¹⁵⁵, permite conocer cuál era el estado de la construcción de la plaza «in quo sunt archi facti». Dos años después, Bernat de Cardona ya había construido sus *operatoria*, puesto que son mencionados en el documento fechado en 1247 en el que el monarca dona la Quartera a la Universitat y hace memoria de las intervenciones anteriores en la construcción de la plaza¹⁵⁶.

in macello nostro que se tenet cum tabula Arnaldi Iohannis, et de alia parte in tabula Raymundi Gardia, fratris tui». *Ibid.*, p. 284, doc. 386 «Damus tibi Raymundo Garcia quoddam operatorium quod fuit mesquita intus Ciuitate Maioricarum. Et affrontat de una parte in tendone B. narbones, et de secunda in tenedone Pelay Nuniz, et Cecilie uxoris Johanni Lopeti, de tertia parte in operatorio Iohannis Gardia, fratris tui, et de quarta in platea. Et damus tibi unam tabulam que se continet cum tabula dictis fratris tui et de alia parte in tabula Jaconi de Monte blanco, eodem modo. A finales de agosto de ese mismo año concede a Berenger Narbones «quoddam operatorium de mazquita et quandam tabulam de boqueria un macello nostro nouo. Et affrontat dictum operatorium de una parte in operatorio Raymundi Gardia, de alia parte in operatorio Ferrari de Turre, et de alia parte in domibus Iohannis lo pett, de quarta in tabullis macelli nostri». *Ibid.*, p. 284, doc. 389.

¹⁵⁴ P. Cateura, «Las cuentas de la colonización...», *op. cit.*, p. 101.

¹⁵⁵ ARM, ECR, 341, f. 108, doc. 1, «dono tibi B de Cardona proprio totum illud pati siue solum terre in quo fuit facta quartera vetera et in totum illud pati siue solum terre cum predicto pati contiguo, in quo ego, ex parti domini Regis incepti facere quartariam novam et in quo sunt archi facti».

¹⁵⁶ «Habentes de proposito quod consilio proborum hominum Maioricarum poneremus quarteriam, siue quarterias in predicta civitate Maioricarum, in loco congruo et ydoneo civitatis antedictae, videntes et cognoscentes magis utile congruum ac ydoneum esse, tam nobis quam etiam populatoribus omnibus civitatis, et regni Maioricarum, predictam quarteriam siue quarterias hedificare debere in loco ubi teneri consuevit ac tenetur forum in civitate Maioricarum, in quo loco dompnus Petrus, infans Portugalie tunc dominus regni Maioricarum condiderat et hedificaverat quarteriam siue quarterias, et Blaschus baiulus noster posuerat iam quarteriam siue quarterias eo quod cognoscebant et videbant quarteriam siue quarterias illas esse ad comune bonum civitatis, et proborum hominum eiusdem, et extra, et omnium aliorum ibi venientium, habentes de preposito et voluntate ea facere que cedant ad honorem et comune bonum predictae civitatis et habitantium eiusdem. Idcirco, per nos et nostros gratuito animo, et spontanea voluntate, et ex certa sciencia damus concedimus et laudamus libere et absolute vobis probis hominibus civibus, et habitatoribus predictae civitatis presentibus et futuris, et specialiter vobis probis hominibus qui in circuitu dicti loci estis populati habetis etiam domos, et possessiones in perpetuum in illo loco in quo est et consuevit esse forum civitatis Maiori-

La actividad edilicia continuó durante la segunda mitad del siglo XIII. Así, 1271 el batle concede licencia a Guillem de Cardona para construir «pilaria» delante de su casa, por la que pagará veinticinco sueldos¹⁵⁷; y en 1273 da licencia a Sancho para que pueda construir «duos archos qui habeant II pedis», frente a su obrador en la plaza de la Quartera¹⁵⁸.

La actividad artesanal y comercial continuó desarrollándose en la segunda mitad del siglo XIII cuando se aprecia un incremento en las licencias de construcción de obras destinadas a aumentar el espacio de trabajo, sin limitar la altura de los edificios, pero sin perjudicar el tránsito en las calles comerciales. Son numerosas las licencias otorgadas por el batle para la construcción de determinados elementos como nuevos arcos, escaleras, pilastras, bodegas u hornos en las casas que se extiende por toda la ciudad. En 1256 el batle del infante Jaime concede varias licencias para construir arcos, bodegas y pórticos en la plaza del Mercadal, próxima a la Quartera¹⁵⁹. En 1271 el batle del infante Jaume da licencia a Castelló Marc para «possis facere et hedificare ante domos tuas quas habes in ciuitate maioricarum prope monasterium Santa Margarite arcus siunt pilaria et super ipsis possis trancare usque ad celum (...) dicti arcus semper maneant et aperti transeuntibus»¹⁶⁰. En marzo de 1274 el nuevo batle, Jaime de Granada concede licencia al herrero Pedro Calderó para que «possit faciendi et construendi quandam scala lapidea (...) III palmos ad canna montepesulani»¹⁶¹, por la que pagará diez sueldos.

carum, ita quod iuxta operatoria Bernardi de Cardona versus partem orientalem sit in perpetuum quarteria sive quarterie, omnia ad mensurandum, et unum pondus sive pensum ad ponderandum omnes res que ponderari consueverunt» <http://www.jaumeprimer.uji.es/cgi-bin/arxiu.php?noriginal=000464>

¹⁵⁷ ARM, ECR, 348, f. 35r, doc. 1. Pagará por la licencia veinte sueldos.

¹⁵⁸ ARM, ECR, 348, f. 160r, doc. 2, 160v.

¹⁵⁹ E. Aguiló, «Arcos en la vía pública». *BSAL*, IV, 1892, p. 225. «Damus licentiam tibi Bonastre de Curbis et tuis quis posis facere arcus in quodam pati qui est iuxta tenedonem quod tu tenes per Bn. Poreterio circa quartariam in portione domini regis, et qui tendone ipse Bn. tenet pro domino rege, pro ut, in instrumento acquisitionis continetur, simul cum aliis posesionibus. Qui arcus sint fixi in suo pariete ex una parte, et ex alia parte versus tendone domus Templi, pro ut assignatum est tibi et terminatum. Infra quos arcus sint vidi patentes omnibus inde transeuntibus libere et sine alicuius obstaculo; super quibus arcibus possis onerare usque ad celum libere et quiete occasione opus quod ibi facies, et in dicto pati possis similiter facere foveas sive cigias ad omnes usos vestros dum tamen damnum aliquod non inferatur inde transeuntibus, et quod possis facere unam escalam IIII palmorum domini regis iuxta parietem, cum (...) portale, per quam possitis ascendere ad edificia que operatus fueris super dictis arcibus (...)».

¹⁶⁰ ARM, ECR, 348, f. 19v, doc. 1. Al año siguiente otorga licencia a Pedro de Paracols para que «possit claudere illa duo pilaria que sunt ante domos tuas», por la que pagará ciento diez sueldos. ARM, ECR, 348, f. 174v, doc. 1.

¹⁶¹ ARM, ECR, 348, f. 176v, doc. 2.

3. LOS EDIFICIOS DE CULTO

3.1. La catedral

Tras la toma de la ciudad por las tropas de Jaime I se procedió a la implantación de la nueva religión. El proceso de la creación de una nueva diócesis en Mallorca fue complejo, por los conflictos surgidos entre el papa Gregorio IX y Jaime I acerca de la dotación de la diócesis y los bienes entregados para la construcción de la catedral y las iglesias parroquiales. Pero tras una campaña, dirigida por el papado, se logró que los magnates donaran la décima de los bienes que habían recibido en el repartimiento, entre 1235 y 1239¹⁶².

Algunos de los edificios de culto fueron casas u otros edificios que se adecuaron a los nuevos usos, mientras que, en otras ocasiones, se reutilizaron algunas de las mezquitas de la ciudad. Tras ser purificadas y consagradas, fueron convertidas en iglesias, como la iglesia de San Miguel, en la que se celebraron los primeros oficios tras la conquista, o la mezquita del siglo X sobre la que comenzó a construirse la catedral¹⁶³.

Tras purificar los edificios, se iniciaban obras para adaptarlos al nuevo culto con pequeñas modificaciones a través de altares provisionales que hicieran visibles el nuevo cambio de eje hacia el este¹⁶⁴. Tal vez las primeras obras de adecuación de la mezquita al culto cristiano se iniciaron pronto, pues en la tercera estancia del rey en la isla en 1232 señala que las obras de la catedral estaban avanzadas¹⁶⁵. Algunos documentos tempranos hacen referencia a donaciones para la obra como el testamento de Bernat de Olzet, datado en torno a 1240, en el que entrega diez sueldos «operi Sedis Maioricensi»¹⁶⁶. Antes de

¹⁶² P. Pérez, «El arduo proceso de dotación de la diócesis de Mallorca tras la conquista», ponencia presentada en el congreso *Construir la diócesis medieval: estrategias, agentes e instrumentos*. Agradezco al autor que me haya permitido consultar el trabajo aún inédito.

¹⁶³ A. Pons Cortès, *La catedral de Mallorca i la Consueta antida d'aniversaris*, Palma, El Gall Ed., 2019, p. 67.

¹⁶⁴ M. L. Bueno Sánchez, «Fuga demonio angeli pacis ingresus, El ritual litúrgico romano-galicano en el proceso de transformación de espacios sacros: de la mezquita a la iglesia», en *Simposium Internacional sobre la Catedral de Sevilla en el contexto del gótico final*, Sevilla, Cabildo Metropolitano, pp. 261-280, 274. S. Calvo Capilla, «De mezquita a iglesia: el proceso de cristianización de los lugares de culto en al-Andalus», en P. Giráldez y M. Vendrell (eds.), *Transformació, destrucció i restauració dels espais medievals*, Barcelona, Patrimoni 2.0 Edicions, pp. 129-148.

¹⁶⁵ Sobre las primeras obras de adaptación de la mezquita véase, J. Doumenge i Mesquida, *L'obra de la seu. El procés de construcció de la catedral de Mallorca en el tres-cents*, Palma, pp. 127-132. A. Pons Cortès, *La catedral de Mallorca...*, op. cit., pp. 43-76. M. Ballester Julià, *Evolució constructiva de la catedral de Mallorca. Història, tècniques i materials en els llibres de fàbrica (1570-1630)*, Palma, 2019, pp. 90-97.

¹⁶⁶ P. Mora y L. Andrinal, *Diplomatari del monestir...*, op. cit., doc. 31.

su muerte en 1242 Nuno Sanç había fundado un altar en honor a san Juan¹⁶⁷, y en 1247 el obispo se refiere al altar de Santa María, aunque se desconoce si se trataba de altares móviles. En abril de 1255 en su testamento una mujer llamada Guillerma dona «ecclesie Sedis Maioricensis tres solidos et operi ipsius duos solidos, si ibidem corpus meum sepelietur, sin autem, duos solidos eidem Sedi Mayoricensi inter opus et ecclesiam dimito»¹⁶⁸. En junio de 1255 el infante Pedro de Portugal manda explícitamente construir dentro de la catedral –«in eadem Sede de novo construaturs cum capella et ornatu suo»–, una capilla en honor a san Vicente, patrón de la monarquía portuguesa, que eligió como lugar de sepultura¹⁶⁹.

Dos meses después de la muerte del infante están documentadas obras en la catedral pues el obispo Ramon de Torrellas reconoce a Pere de Brossa¹⁷⁰ que había recibido en comanda del *picapedrer* Poncio 315 quartins de aceite¹⁷¹, que se pagarán en la fiesta de San Juan, destinadas «in voltis et in opera quod modo fit in ecclesie Sancte Marie Sedis»¹⁷². Estos recipientes de barro cocido se utilizarían para aligerar el peso de las bóvedas. Sin embargo, se desconoce su ubicación. Algunos autores han planteado la posibilidad de que fuera una bóveda para construir un primitivo campanario¹⁷³, o que se tratara de la bóveda que se construiría tras la destrucción del mihrab para cubrir el nuevo espacio¹⁷⁴. Tal vez, tampoco se debería descartar que esta bóveda estuviera relacionada con la construcción de la capilla de San Vicente, aunque las lacónicas referencias del documento no permiten confirmar ninguna hipótesis.

Parece que la dotación para la construcción del infante para la capilla de San Vicente no fue suficiente, pues el obispo compró en 1259 una alquería

¹⁶⁷ A. Pons Cortés, *La catedral de Mallorca...*, *op. cit.*, p. 293.

¹⁶⁸ P. Mora y L. Andrinal, *Diplomatari del monestir...*, *op. cit.*, doc. 53.

¹⁶⁹ I. Calderón Medina, «El testamento del infante...», *op. cit.*, p. 275. «Instituimus etiam in eadem Sedem duas lampades, quae perpetuo ardeant die noctuque coram quo altare Sancti Vicentii, quod volumus et precipimus quod in eadem Sede de novo construaturs cum capella et ornatu suo, de bonis nostri, coram quo altare vel iuxta iubemos sepulchrum nostrum fieri honorabiliter, prout decet».

¹⁷⁰ A Pedro de Brossa el conde Nuno le había donado «quandam mesquidam cum domibus et pati eius continuis quam habemus in Majoricis ante Cequiam», ARM, ECR, 341, f. 13v., doc. 1. E. Aguiló, p. 219, doc. 94. Además, se conserva el documento de la comanda que Pedro acepta la comanda de Poncio, *picapedrer*, de los 315 quartins de aceite. ARM, ECR, 344, f. 157v, doc. 3.

¹⁷¹ Posiblemente es el maestro encargado de las primeras obras en la catedral. Su primera referencia en Mallorca está datada en 1252, ACM, CC3399, f. 85v.

¹⁷² ARM, ECR, 344, f. 157v, doc. 4. Edita G. Llompart, «Miscelánea de arquitectura y plástica mallorquina (ss. XIII-XVI)», *Analecta sacra tarraconensia: Revista de ciències historico eclesiàstiques*, 46, 1973, pp. 83-114.

¹⁷³ A. Pons Cortés, *La catedral de Mallorca...*, *op. cit.*, pp. 54-56.

¹⁷⁴ M. Ballester Julià, *Evolució constructiva de la catedral...*, *op. cit.*, p. 97.

y un rafal en el término de Petra a Martín Iohannis, uno de los milites del infante Pedro, «ad honorem et ad hedificandum Santi Vicenti martiris et ob remedio anime quondam illustris P, infantis Portugalie»¹⁷⁵. Una compra que fue ratificada por el rey Jaime I para terminar la construcción de la capilla¹⁷⁶. Sin embargo, es posible que ya estuviera avanzada en 1260, cuando la portuguesa María Fernandis, esposa de Pere Iohannis y cuñada de Martín Iohannes, funda una capellanía en dicho altar. Además de fundar otra en el altar de San Juan instituido por Nuno Sanç. Ambos altares se convirtieron en lugar de memoria para los vasallos de estos grandes señores de la conquista¹⁷⁷.

Las obras de adecuación de la mezquita continuaron, pues en 1269 se consagra el altar mayor y se desarrollaron a lo largo del siglo XIII, hasta que en 1306 se inició la construcción del nuevo edificio gótico¹⁷⁸.

3.2. Las parroquias

Paralelamente a la institución de la diócesis se fue creando la red parroquial que solo se hará efectiva en 1238¹⁷⁹. Desde los primeros momentos inmediatos a la conquista la documentación se refiere a iglesias que después se convirtieron en parroquias, como la iglesia de San Miguel, que había sido mezquita¹⁸⁰. En la parte alta de la ciudad en la porción de Nuno Sanç se encontraba también la iglesia de Santa Eulalia, que es mencionada en octubre de 1230. Poco se sabe del comienzo de las obras en ella que, según algunos autores, promocionó el conde Nuno¹⁸¹, en un espacio que permanecía sin edificar y que se convirtió en el centro del poder del conde de Roselló en la ciudad¹⁸². Palou i Sampol ha planteado la posibilidad de que, incluso, la advocación a Santa Eulalia esté relacionado con el conde Nuno, pues en sus territorios continentales se encontraba

¹⁷⁵ ACM, CC 3399, f. 28r.

¹⁷⁶ ACM, CC 4313, ff. 28v-29r.

¹⁷⁷ ACM, Pergamino, 7865.

¹⁷⁸ J. Doumenge i Mesquida, *L'obra de la seu...*, *op. cit.*, p. 130.

¹⁷⁹ F. Xamena y P. Riera, *Historia de l'Església de Mallorca*, Palma, Ed. Moll, 1986, pp. 42-46. G. A. Reus i Planells, *L'arquitectura religiosa de la Corona de Mallorca (s. XIII-XIV)*, Palma, Lleonard Muntaner, 2019.

¹⁸⁰ R. Soto, «Mesquites urbanes i mesquites rurals a Mayurqa. Estudi documental i problemes d'investigació», *BSAL*, 37, 1979-1980, pp. 113-135, 116. En 1240, Berenguer Jubí y su esposa venden a Bernat, clérigo y rector de la iglesia de San Miguel, un huerto que fue cementerio al lado de la mezquita que en ese momento era la iglesia de San Miguel, ARM, ECR, 342, f. 4r, doc. 3.

¹⁸¹ G. A. Reus i Planells, *L'arquitectura religiosa...*, *op. cit.*, p. 107.

¹⁸² M. Riera Frau, *Evolució urbana...*, *op. cit.*, p. 107. J. Serra i Barceló, «*Domus Magister Iohannis...*», *op. cit.*, pp. 45-46.

la catedral de Elna, dedicada a Santa Eulalia de Mérida¹⁸³. La autora atribuye a Nuno Sanç el inicio de la obra de la iglesia, anterior a la catedral, pues el conde competía con los otros magnates y con el propio monarca. La estructura de la iglesia se construyó siguiendo modelos del Languedoc de iglesias de tres naves, con una nave central de mayor altura, para lograr una mejor iluminación y la construcción de un deambulatorio con capillas absidiales¹⁸⁴. Este modelo se contraponía con el modelo catalán que patrocinaba el monarca. Tras el análisis de las claves de bóveda del deambulatorio que representan a Cristo Salvador entronizado entre los cuatro evangelistas, seguidos de las visiones de Ezequiel y el Apocalipsis, la autora encuentra un paralelismo con los temas representados en las iglesias y catedrales francesas desde finales del siglo XII y durante todo el siglo XIII. Atribuye la autoría a un maestro, posiblemente del sur francés, que llegó a la isla poco después de la conquista y que elaboraría las piezas *in situ*¹⁸⁵. Estima que esta primera fase constructiva de la iglesia se desarrolló entre 1230 y 1250.

En la parte baja de la ciudad, también en la porción de Nuno Sanç, se situaba la iglesia de San Nicolás que se convertiría en parroquia y que es mencionada en el Capbreu desde 1232. En este caso no hay constancia de cuál era el uso anterior del edificio en el que se construyó. Mientras, se estaba construyendo también la iglesia parroquial de San Jaume, cuya primera referencia documental se data en 1230¹⁸⁶.

A pesar de que se conservan pocos datos sobre las primeras obras de las primitivas tres parroquias y de que los restos materiales conservados son escasos, si se analizan las donaciones *ad opera* de los testamentos conservados de la segunda mitad del siglo XIII, queda patente la actividad edilicia que estaba experimentando la red parroquial en la ciudad. De nuevo el testamento de Guillerma, fechado en 1255, permite observar esta la intensa actividad: «Dimito etiam operi Sancti Michelis Ciuitate Mayoriarum duodecim denarios, et operi San Iacobi, duodecim denarios. Item dimito operi Sancte Eulalie Ciuitatis Mayoriarum duodecim denarios»¹⁸⁷.

¹⁸³ J. Palou i Sampol, «L'escultura del deambulatori de Santa Eulàlia (1230-1250)», en T. Sabater Rebassa y E. Carrero Santamaría, *La ciutat de Mallorca i els segles del gòtic: XXVIII Jornades d'estudis locals*, Palma, 2010, pp. 233-244, 235.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 236.

¹⁸⁵ *Ibid.*, pp. 237-238.

¹⁸⁶ G. A. Raus i Planells, *L'arquitectura religiosa...*, *op. cit.*, p. 139.

¹⁸⁷ P. Mora y L. Andrinal, *Diplomatari del monestir...*, *op. cit.*, doc. 53. Además de a la catedral y a las parroquias, también hace donaciones *ad opera* al hospital de los pobres y a las casas de los franciscanos y dominicos que se estaban construyendo en la ciudad.



Figura 3. Capiteles procedentes de la iglesia de San Bartomeu. Museo de Mallorca. Ca. 1230-1231.

3.3. Otras iglesias: San Bartomeu

El Capbreu de Nuno Sanç contiene referencias a varias iglesias o capillas que no fueron convertidas en parroquias, como la iglesia de San Pedro, o la iglesia de San Bartomeu. Esta última, hoy desaparecida, se encontraba situada en la judería creada por el conde Nuno. Es probable que él fuera también el promotor de su construcción. En el Museo de Mallorca se conservan seis capiteles y dos fragmentos de imposta¹⁸⁸, que formarían parte de una galería porticada de la iglesia primigenia que tendría una función litúrgica y de reunión¹⁸⁹. Los capiteles y los restos de imposta son los más antiguos conservados en la ciudad. Aguiló Fiol y Palou Sampol han determinado que por su piedra y su estilo se trataría de materiales importados, producidos posiblemente en el Languedoc¹⁹⁰. Tal vez, al igual que sucedía en la iglesia de Santa Eulalia, se puede ver la impronta del origen y la personalidad de su promotor, el conde Nuno Sanç.

¹⁸⁸ Los capiteles se conservan en el Museo de Mallorca. Su número de inventario es CE05/01/024, NIG DA05/14/014, CE05/01/023 y CE05/01/026 y el de los fragmentos de imposta: CE05/01/003 y CE05/01/009.

¹⁸⁹ R. M. Aguiló Fiol y J. M. Palou Sampol, «Els capitells de Sant Bartomeu i una hipòtesi sobre esglésies del segle XIII a Ciutat de Mallorca», *XXX Jornades d'estudis locals*, Palma, 2012, pp. 253-260, 258.

¹⁹⁰ Esta es la procedencia que también se le atribuye en el inventario del Museo de Mallorca.

4. LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA DEL CONDE NUNO

El conde Nuno Sanç se desprendió de sus casas, solares e, incluso, una antigua construcción denominada *alcaçer*, para fundar y dotar, no solo iglesias, sino también otras instituciones benéfico-asistenciales y religiosas que pronto se convertirían en lugares de construcción y conservación de su memoria.

4.1. El hospital de San Andrés

La primera fundación del conde de Roselló es el conocido hospital de San Andrés, que estaba destinado a la atención a los pobres, pero cuya primera denominación fue de Santa Eulalia. En diciembre de 1232, apenas tres años después de la conquista ya se menciona el hospital, que colindaba con el patio entregado por el conde a Pedro Martel en la plaza de Santa Eulalia¹⁹¹. En febrero de 1233 Nuno Sanç dona a la orden de San Jorge de Alfama un huerto y una mezquita colindante, con la condición de que los frailes «*faciam staticam maiorem*» y tengan una iglesia donde un sacerdote celebre los divinos oficios en sufragio de su alma y la de sus parientes¹⁹². Es decir, que serviría para ampliar las instalaciones de las casas que habría entregado con anterioridad a la orden. Tal vez se utilizó la sala de abluciones de la antigua mezquita para el hospital, como fue habitual en otras ciudades hispanas tras la conquista¹⁹³. Pero además se debería construir una capilla en la que se rezara por la salvación del alma del conde Nuno y sus parientes.

En enero de 1234 Nuno Sanç otorga un documento en el que dota al hospital de los pobres de Santa Eulalia¹⁹⁴, «*in remedium peccatorum nostrorum et*

¹⁹¹ Nuno Sanç establecía un solar a Pedro Martel que lindaba con el hospital. P. Cateura, «Sobre la fundación y dotación del Hospital de San Andrés en la Ciudad de Mallorca por Nuno Sanç», Palma, 1980, pp. 1-29, 17.

¹⁹² L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 266. E. Aguiló, p. 221, doc. 112. ARM ECR, 341, f. 15v, doc. 4. «Nuno diuina aspiracione premoti, damus, concedimus, laudamus et in presenti tradimus, offerimus Deo et sancto Gregorio, et omnibus fratribus et familiaribus eiusdem ordinis, ortum quandam quem habemus in Majoticis iuxta hospitem et mexquidan eidem continua. Tali pacto quod fratres santi Gregorii ibidem suam faciant staticam maiorem, et teneant in eadem ecclesia unum presbiterium qui sempre celebret omne diuinum officium pro anima nostra et nostrorum patrum. Et ita fratres et rectores Sancti Gregorii habeant ordinum predictum cum mezquida et terminis in affrontacionibus per alodium, saluo usufructu Mahistri Johannis, notari nostri, in eodem orto».

¹⁹³ Es el caso de Córdoba, S. Calvo, «*De mezquita a iglesia*», p. 142.

¹⁹⁴ «In remedium peccatorum nostrorum et predecessorum nostrorum, damus et offerimus Deo et hospital pauperum Sancte Eulalie de Maiorichis in manu et posse tui, Egidii, procuratoris dicti

predecessorum nostrorum». Dona a su procurador y a los fratres «illas domos et illud totum spatium terre in quo nunc est situm hospitalis, cum orto contiguo», que limitaba con la torre de Gaston de Bearne, la puerta de la Almudaina y la tenencia de Pedro Martel, excepto dos *operatoria* que pertenecían al obispo de Gerona¹⁹⁵. Como ha señalado Cateura, en 1234 el hospital ya estaba activo. En septiembre de ese mismo año, Guillerma, esposa de Guillem Hugo, hace una manda testamentaria por la que dona diez sueldos al hospital de Santa Eulalia¹⁹⁶. A pesar de su actividad, se desconoce el estado de la construcción; no obstante, parece que la iglesia no había sido construida aún, pues el diploma no la menciona¹⁹⁷. En ella debía haber un presbítero y un escolar, además el conde constituye dos lamparas ardientes a perpetuidad: una debía arder junto al altar día y noche y la otra, durante la noche, en la sala en la que estaban los veinte pobres que debía acoger la institución¹⁹⁸. En su testamento de diciembre de 1241, el conde Nuno se acuerda del hospital de San Andrés que había fundado y le dona cincuenta mazmudias del censo que tenía en Mallorca para el mantenimiento de los pobres y del presbítero que debía tener¹⁹⁹.

Al parecer, en 1234, el hospital solo contaba con las casas, el huerto que el conde le había entregado con anterioridad. Además, don Nuno les dona para su mantenimiento la mitad del Rafal Abelmondar, junto a la ciudad, y la alquería de Santa Eulalia, sita dentro de la ciudad, además de otros bienes raíces²⁰⁰, y les concede licencia para construir un horno. Las obras de ampliación del hospital y de la construcción de la iglesia debieron de iniciarse pronto²⁰¹. No es posible determinar su estado, aunque es probable que, en 1243, tras la muerte del con-

hospitalis, et fratrum ibidem commorantium illas domos et illud totum spatium terre in quo nunc est situm hospitalis, cum orto eidem contiguo usque ad turrin Gastonis, et, sicut, occupat, a porta Almudaine usque ad tenedonem Petri Martelli, exceptis duobus operatoriis episcopi Gerunde».

¹⁹⁵ P. Cateura, «Sobre la fundación y dotación...», *op. cit.*, p. 18, doc. 1.

¹⁹⁶ L. Pérez Martínez, *FRB*, doc. 521.

¹⁹⁷ P. Cateura, «Sobre la fundación y dotación...», *op. cit.*, p. 18, doc. 1.

¹⁹⁸ *Ibid.*, pp. 22-23, doc. 1. «Hanc autem donationem facimus in modum et pactum quod tu, predictus Egidius, et omnes rectores eiusdem Hospitalis beate Eulalie de Maiorichis teneamini nobis tenere in perpetuum quendam presbiterum cum uno scolaro in ecclesia eiusdem hospitalis (...). Constituumus, etiam, et uolumus quod teneatis ibidem perpetuo duas lampadas ardentes, unam earum, uidelicet, coram altari nocte et die, et alteram coram pauperibus nocte in eodem hospitali».

¹⁹⁹ R. Treton y R. Vivas, «Le testament de Nunó Sanç...», *op. cit.*, «dimito hospitali nostro Sancti Andree, quod est in villa Majoricarum, L maimodinadas in censuali nostro, quod habeo et accipio intus villam Majoricarum, et quod dictum hospitale teneat pauperes et capellanum sicut scriptum est inter me et dictum hospitale».

²⁰⁰ P. Cateura, «Sobre la fundación y dotación...», *op. cit.*, pp. 19-20.

²⁰¹ Contreras Mas afirma que comenzó a construirse la iglesia en 1309, pero no aporta ninguna documentación que lo certifique. A. Contreras Mas, «Asistencia hospitalaria en Mallorca bajomedieval. Siglos XIII-XV», *Medicina Balear*, 23, 2, 2008, pp. 14-21, p. 15. Consideramos que el

de Nuno, se estuviera procediendo ya a la construcción de las cubiertas. Ese año, el comendador del hospital, ya denominado de San Andrés por la advocación de la capilla ya construida, Berenguer de Cervera, con el *consilio* de otros fratres, establece a Guillermo Francés un rafal, sito en el término de la ciudad, que les había donado el conde Nuno. De él puede extraer cuanta tierra necesite para la elaboración de tejas y otros materiales: «quantam terram volueris (..) ad faciendum tegulas et aliud opus facere volueris (...). Ita possitis tu et tuis in perpetuum accipere quandam terram volueris in toto termino dicto Raali, et facere dictis tegulas et aliud opus (...) cum adempriu aque et ligne dicti Raallo». Además del aprovechamiento del agua y la leña le concede derecho «ad coquendum» los materiales de construcción que elabore en el horno de la comunidad. A cambio, Guillermo debería entregar al comendador una de cada veintitrés tejas que elabore²⁰². Este documento permite observar la necesidad de tejas y otros materiales de barro cocido para la construcción del hospital y el modo en el que la institución se aprovisionó de ellos, pero también la producción de estos materiales constructivos en la recientemente conquistada ciudad de Mallorca, en la que se estaba desarrollando una intensa actividad edilicia.

En dicho edificio se construyó un envigado decorado con las armas del conde Nuno Sanç del que se conservan dos plafones, datados en torno a 1242²⁰³, que sobrevivieron al incendio de 1894. No obstante, en 1343 por orden de Pedro IV, el edificio fue entregado a la Universitat que continuó utilizando la iglesia con la advocación de San Andrés²⁰⁴. Desde entonces y hasta la actualidad ha sido objeto de numerosas reformas. Uno de los plafones se expone en la actual biblioteca del Ayuntamiento de Palma, en recuerdo del fundador del hospital en el que hoy se continúa ejerciendo el poder municipal.

cambio de advocación del hospital y el uso de material para las cubiertas, puede indicar que la construcción de la iglesia se había iniciado en vida del conde Nuno.

²⁰² ARM, ERC, 342, f. 144r, doc. 2.

²⁰³ Uno de los dos plafones conservados se custodia en el Museo de Mallorca, con el número de inventario general DA05/16/072. Se trata de una tabla policromada con unas dimensiones de 24 x 56,5 cm. La cronología puede ser discutida pues en el edificio, que ha sido restaurado en sucesivas ocasiones desde el siglo XIV, se conservaban dos envigados con la misma heráldica en la iglesia y en el antiguo archivo construido entre 1506 y 1507, por lo que solo un análisis de datación de la madera podría esclarecer la antigüedad de los dos plafones conservados. De lo que no hay duda, es de que la memoria del fundador del hospital permaneció viva hasta el siglo XIX en el edificio. C. Cantarelles Camps y F. Tugores Truyols, «A propòsit de l' església de Sant Andreu i de la capella de Sant Eloi a partir del segle XIV (Casa de la Universitat de la Ciutat de Mallorca-Ajuntament de Palma)», *BSAL*, 70, 2014, pp. 117-139, 125-126.

²⁰⁴ *Ibid.*, pp. 117-139.



Figura 4. Plafón con el emblema heráldico de Nuno Sanç. Museo de Mallorca.

4.4. Santa María la Real de Palma

El conde Nuno promovió el establecimiento de la única casa de la Orden del Císter en las islas. Se ha señalado que Jaime I había prometido al abad de Poblet introducir el Císter en Mallorca²⁰⁵; pero la vinculación con la Orden del Císter del conde de Roselló era estrecha y antigua, pues los Traba, la familia de su abuela materna, Teresa Fernández de Traba, había promovido el establecimiento del Císter en las tierras gallegas²⁰⁶, y los Haro, la familia de su última esposa Teresa López de Haro²⁰⁷, era una de las grandes promotoras del Císter en Castilla y León²⁰⁸.

El proceso fundacional del monasterio de Santa María la Real, situado fuera de la ciudad, se inició con la licencia que otorga Jaime I en septiembre de 1232 a Nuno Sanç «positis dare et assignare locum in quo construatur et

²⁰⁵ El proceso fundacional del monasterio ha levantado un arduo debate historiográfico acerca de la creación de una primera comunidad en Esporles y su traslado en 1239 a la Real. Véase, P. Mora y L. Andrial, *Diplomatari del monestir...*, *op. cit.*, pp. 1-51. G. A. Reus i Planells, «La Orden del Císter en Mallorca. El monasterio de Santa María la Real de Palma», en H. González Zymly y D. Prieto López (eds.), *Monasterio de Piedra, un legado de 800 años. Historia, arte, naturaleza y jardín*, Zaragoza, 2019, pp. 347-356.

²⁰⁶ R. Alonso Álvarez, «Los promotores de la Orden del Císter en los reinos de Castilla y León. Familias aristocráticas y damas nobles», *Anuario de Estudios medievales*, 37/2, 2007, pp. 653-710.

²⁰⁷ Era hija de Lope de Haro y Urraca Alfonso de León, hija de Alfonso IX.

²⁰⁸ Los Haro están relacionados con las fundaciones de San Andrés de Arroyo, Cañas, Santa María de Herce. Véase G. Baurý, *Les religieuses de Castille. Patronage aristocratique et ordre cistercien XII- XIII siècles*, Rennes, 2012.

edificetur monasterium ordinis Cisterciensis, in quo possit vivere et habitare tredecim monachi»²⁰⁹. En junio de 1233 el conde dona, por el remedio de su alma, la villa de Esporles, la alquería de Alpic y el honor de San Lorenzo «ad construendam et constituendum monasterium Cisterciensis Ordinis, in honore Dei et beatissime virginis Marie»²¹⁰, además dona varias alquerías en el término de Manacor y unas casas en la ciudad de Mallorca en la parroquia de Santa Eulalia. Entre 1233 y 1236 los monjes venidos de Poblet, edificaron una primera construcción en Esporles, pues 1236 Alamán de Sadaba dona con el consentimiento de Nuno su alquería de Alcàsser al «Monasterii de Sportulis»²¹¹.

En junio de 1239 el conde de Roselló amplía la dotación, donando todo cuanto tenía en el lugar de La Real, «ad monasterium, Cisterciensis ordinis, ibi construendum nouiter», la alquería de Alcàsser, la de Deià y otros muchos bienes²¹². Al parecer, la primitiva comunidad de Esporles, se trasladó a la nueva ubicación, y se instaló en un edificio, denominado *Alcacer* en la documentación, sobre el que pronto se iniciarían las obras de adecuación a su nuevo uso. El 10 de diciembre de 1240 el noble Berenguer de Montcada y su esposa Blanca compran tres quarteradas de tierras limítrofes con el dominio del monasterio, que donan el mismo día al cenobio. En ambos documentos hacen varias referencias explícitas al cambio de uso del edificio, con expresiones como: «Alcacer quod modo vulgariter nuncupatur Real» o «satis prope dictum monasterium, quod quondam vocabatur Alcasser domini Nunionis Sancti»²¹³.

Parece que las obras se iniciaron de inmediato, pues en 1240 Bernat de Olzet elige el monasterio como lugar de sepultura, y dona una abultada cantidad: «operi cuius monasteri pro redempcione anime mee, dimito de bonis meis mille solidos»²¹⁴. En 1258 ya se estaba construyendo el pórtico del claustro, pues Jaume Mayarda, antes de partir hacia Montpelier, se ofrece como monje y promete dar cuarenta libras para la construcción del pórtico del claustro que se estaba realizando en ese momento²¹⁵. La obra continuaba en 1266 cuando Jaume de Montagut vendió a Bernat de Zaragoza dos suertes de tierra, «iuxta opus nouum monasterii de Regali»²¹⁶.

²⁰⁹ P. Mora y L. Andrial, *Diplomatari del monestir...*, *op. cit.*, doc. 3.

²¹⁰ *Ibid.*, doc. 6.

²¹¹ *Ibid.*, doc. 10.

²¹² *Ibid.*, doc. 15.

²¹³ *Ibid.*, docs. 19, 20.

²¹⁴ *Ibid.*, doc. 31.

²¹⁵ *Ibid.*, doc. 68. «XL libris predictis fiat porticus claustre que est ad faciendum in dicta domo».

²¹⁶ *Ibid.*, doc. 76.

Pero además de cantidades en metálico para la construcción de la obra también se registra la donación de mano de obra esclava. Así en 1272 Joana Genovés cede un esclavo llamado Gayt, hijo de su sarracena Abbone para que trabaje a las órdenes del hermano Oberto, maestro de la obra, en la construcción del monasterio; a cambio de que le enseñe el oficio de «lapiscida»²¹⁷. A lo largo de la década de los ochenta del siglo XIII, Oberto compra varios esclavos que, posiblemente, fueron empleados en la construcción del edificio²¹⁸.

Además de financiar la construcción del altar en honor a San Juan en la catedral, Nuno Sanç cedió una parte importante de su patrimonio inmobiliario, casas, solares y su alcázar, para la construcción de varios edificios de carácter religioso, cuyas obras de reforma y adecuación al nuevo uso se iniciaron poco después de la concesión y posiblemente ya estaban avanzadas a su muerte. Las casas de la Orden de San Jorge de Alfama, el hospital de San Andrés y Santa María la Real se convirtieron en centros de construcción y conservación de su memoria en la isla de Mallorca.

5. CONCLUSIONES

En estas páginas se ha mostrado una visión panorámica de cómo la nobleza participó activamente en la construcción de la nueva sociedad que se establece tras la toma sin capitulación de la Madina Mayurqa.

La documentación permite observar la reutilización de edificios habitacionales de forma inmediata a la conquista, pero también los inicios de un proceso muy temprano de reconstrucción de los mismos con materiales más duraderos, que se acelerará a partir de la década de los sesenta y perdurará lo largo de todo el siglo XIII. Este proceso de reestructuración, según Barceló Crespi y Roselló Bordoy, había avanzado significativamente a mediados del siglo XIV²¹⁹. Asimismo, se detecta la planificación y urbanización de nuevos espacios destinados principalmente a las actividades económicas intramuros. La prontitud con la que se ponen en marcha estos procesos tal vez esté relacionada con el grado de

²¹⁷ *Ibid.*, doc. 90. «Deo et operi monasterii Sancte Marie de Regali, in manu et posse uestri fratre Oberti operarii dicti monasterii recipientis nomine et ratione dicti operis, unum meum sarracenum album, nomine Gayt, filio Abbone, sarracene mee. Quem sarracenum dono dicto operi monasterii predicti (...) Et operarius dicti monasterii teneatur facere doceri dictum sarracenum officium lapicide, et dum uixerit dictus sarracenum seruiat operi ipsius monasterii pro anima mea te parentum meorum».

²¹⁸ *Ibid.*, docs. 113, 122. Véase M. Bernat i Roca, «Feudalisme i infraestructura...», *op. cit.*, p. 60.

²¹⁹ M. Barceló Crespi y G. Roselló Bordoy, *La casa gòtica...*, *op. cit.*, p. 26.

destrucción que supuso la conquista y sus propias motivaciones económicas, pues en el caso valenciano, este proceso de renovación de estructuras y planificación de nuevos barrios comenzó dos o tres generaciones después de la llegada de los cristianos a la ciudad²²⁰.

A través de la figura de Nuno Sanç principalmente se ha observado cómo los nobles intentaron recuperar pronto los gastos efectuados en la conquista a través del establecimiento de las casas y otros edificios que lograron en el repartimiento. Facilitaron inicialmente la reutilización de los edificios, pero también las obras de adecuación a los nuevos usos y promovieron su mejora, incluso nuevas edificaciones con materiales más duraderos, a través de la concesión de licencias de edificación. Promocionaron la implantación de comunidades de comerciantes, cediéndoles sus propios edificios para facilitar el comercio, y promovieron la construcción de nuevos espacios para dinamizar la actividad económica o nuevas infraestructuras, como lonjas o una carnicera, con la que mantener el tejido económico activo, al tiempo que garantizaban el ingreso de sus rentas, mediante el pago de un censo anual por cada una de las propiedades que cedían. Resulta muy llamativo el modo en el poder señorial se hacía evidente en la ciudad y creaba su identidad de una forma muy gráfica; a través de la exposición de las armas de sus propietarios sobre las puertas de cada uno de sus edificios.

A pesar de que no han sobrevivido demasiados restos de casas construídas en el siglo XIII, a través del ejemplo de los Nunis se ha podido observar cómo una nobleza media que ascendió rápidamente en este nuevo espacio de conquista, utilizó la construcción de edificios residenciales en la ciudad y en el campo para construir su identidad y la imagen de su poder.

Pero además de los edificios habitacionales y los destinados a las actividades económicas, se ha podido observar cómo la nobleza promocionó la remodelación o nueva construcción de los templos destinados al culto cristiano, ya fuera la catedral, en la que la intervención de la monarquía fue mayor, en la red de iglesias parroquiales o con la promoción de otras instituciones benéfico asistenciales o cenobíticas en las que construir su imagen y memoria. Se ha podido observar cómo el conde Nuno Sanç dejó su impronta en las iglesias situadas en su porción y cómo cedió una parte importante de sus bienes inmuebles para la edificación del hospital de San Andrés y la única casa del Císter de la isla.

Para concluir son necesarias dos reflexiones: ¿Es excepcional el caso mallorquín? Posiblemente no, puesto que se observan comportamientos similares

²²⁰ E. Guinot, «La construcción de una ciudad», p. 177.

en otras ciudades conquistadas como Valencia, aunque tal vez el grado de destrucción de la Madina Mayurqa tras la entrada violenta de las tropas de Jaime I provocó que el proceso de reconstrucción se iniciara de forma inmediata a la conquista.

¿Es Nuno Sanç un caso excepcional? Probablemente no, lo que son excepcionales son las fuentes conservadas que permiten reconstruir su porción, pero se sabe que el resto de los magnates que participaron en la conquista elaboraron cartularios similares. Su desaparición ha impedido conocer una actuación, tal vez análoga a la de Nuno Sanç. El conde también promocionó la construcción en otras ciudades de sus dominios como en Coitlure o en Ibiza, lo que parece responder a un comportamiento habitual. ¿Estaba actuando de manera diferente a otros magnates catalanes?, ¿actuaba de forma distinta a como lo hicieron sus parientes coetáneos los Lara o los Haro castellanos en Córdoba, Jaén o Sevilla? Posiblemente no. Es factible que su actuación en Mallorca esté revelando el *modus operandi* habitual de la nobleza en este periodo de expansión en el que, mediante la construcción y adecuación de las estructuras de las antiguas ciudades islámicas a la nueva sociedad cristiana, los nobles lograban grandes beneficios a través de las rentas y el comercio, al tiempo que extendían el culto cristiano en las tierras recuperadas al islam y construían su propia memoria y la imagen de su poder.

La pietrificazione dell'identità civica

(Italia centro-settentrionale, 1050-1220 c.)

Alessio Fiore

Università di Torino
alessio.fiore@unito.it

Il mio contributo sarà centrato sui contesti cittadini dell'Italia centro-settentrionale e più in particolare sugli edifici connessi con la pietrificazione dell'identità delle collettività urbane, nella loro fase protocommunale e pienamente comunale¹. Ovviamente queste dinamiche identitarie, come vedremo in seguito, non possono essere lette in modo isolato e devono invece essere collegate all'azione nello spazio urbano degli altri attori istituzionali presenti nei contesti cittadini, in particolare il potere regio e quello episcopale, e ai rispettivi processi di pietrificazione. Mi occuperò quindi anche di questi attori, ma solo nella misura in cui le comunità urbane si relazionano a loro e, più nello specifico, agli edifici cittadini volti a esprimerne l'identità².

Non si tratta certo di temi nuovi sotto il profilo della ricerca, tuttavia fino a oggi gli studi si sono generalmente focalizzati sul periodo più tardo, ovvero la fine del XII e soprattutto il XIII secolo – l'epoca in cui compaiono e si sviluppano broletti e palazzi comunali – oppure, se si sono dedicati a diacronie più risalenti, hanno guardato alle vicende specifiche di una singola città³. Sotto

¹ Uso il termine protocommune per indicare la collettività dei *cives* come specifico attore politico, in una prima fase di relativa formalità, corrispondente tendenzialmente (ma con cronologie differenti di caso in caso) al periodo che va dal tardo XI e ai primi decenni del XII secolo; vedi A. Fiore, *Il mutamento signorile. Aspetti di potere e comunicazione politica nelle campagne dell'Italia centro-settentrionale (1080-1130 c.)*, Firenze, Firenze UP, 2017, p. 109. Per l'analisi di un caso specifico, quello di Roma, in questa specifica prospettiva, si veda D. Internullo, *Senato sapiente. L'alba della cultura laica a Roma nel medioevo (secoli XI-XII)*, Roma, Viella, in press.

² Per una interessante lettura configurazionale dello spazio urbano, imperniata sul rapporto tra palazzi regi, comunali e vescovili si veda G. Andenna, «La delimitazione dello spazio pubblico nelle città: i palazzi dell'impero, dei vescovi e dei comuni», in *Spazio e mobilità nella 'Societas Christiana': spazio, identità, alterità (secoli X-XIII)*, Milano, Vita e Pensiero, 2017, pp. 101-121.

³ Tra i principali lavori sul periodo più tardo A. Giancarlo, «La simbologia del potere nelle città comunali lombarde: i palazzi pubblici», in P. Cammarosano (dir.), *Le forme della propaganda politica nel Due e nel Trecento*, Roma, École Française de Rome, 1994, pp. 369-393. Un importante studio focalizzato sulle vicende della cattedrale di Pisa in M. Ronzani, *Dall'edificatio ecclesiae all'Opera di*

il profilo cronologico proverò invece a concentrarmi soprattutto sulla fase più alta, e quindi sul periodo tra la metà dell'XI e il tardo XII secolo, mantenendo, come detto in precedenza, una prospettiva geograficamente ampia che spero consentirà di valorizzare, proprio grazie a una panoramica di insieme, alcune dinamiche finora passate un poco sottotraccia a livello storiografico, riunendo nel quadro di un'analisi complessiva e strutturale alcune serie di dati che sono state tendenzialmente analizzate in modo separato.

1. IL PANORAMA URBANO PRIMA DEL 1050

Prima di iniziare il discorso centrato sull'identità civica e sulla sua pietrificazione mi sembra indispensabile tracciare, in via preliminare, una rapidissima panoramica sugli edifici connessi a identità istituzionali presenti nelle città dell'Italia centro-settentrionale intorno al 1050, e quindi immediatamente prima del periodo che voglio discutere, in modo da avere ben presente il contesto di partenza su cui si sarebbero innestati i successivi sviluppi. In una prospettiva di questo tipo possiamo innanzitutto dividere queste strutture in due grandi categorie: edifici civili ed edifici di culto. Per quanto riguarda la prima categoria i più importanti edifici civili intorno al 1050 sono in primo luogo i palazzi del tradizionale potere pubblico: si tratta di palazzi regi o talvolta di grandi ufficiali pubblici, come marchesi o conti. Queste strutture non ci sono mai pervenute in alzato, ma sappiamo dalle fonti scritte che in diversi casi si trattava di realtà fortificate visto che talvolta lo stesso edificio, come avviene a Torino per il palazzo marchionale di Porta Susa, è definito nelle fonti *palacium*, mentre altre volte si preferisce *castrum*⁴. Queste strutture erano spesso poste all'interno cinta muraria, ma i palazzi regi erano sempre più di frequente (dal tardo X secolo in poi) costruiti fuori dalle mura, come a Milano, mentre più raramente la loro collocazione era liminale, lungo le mura, in adiacenza a una delle porte, come nel caso di Torino appena menzionato.

A fianco di questi edifici abbiamo poi i palazzi vescovili, che però in questa fase non sono generalmente definiti con il prestigioso lemma *palatia* nelle fonti, ma più semplicemente *domus*, con pochissime eccezioni, tendenzialmente dove il vescovo aveva ricevuto dal regno i poteri giurisdizionali sulla città e sul ter-

S. Maria: nascita e primi sviluppi di un'istituzione nella Pisa dei secoli XI e XII, in M. Haines, L. Riccetti (dir.), *Opera: carattere e ruolo delle fabbriche cittadine fino all'inizio dell'età moderna*, Firenze, Olschki, 1996, pp. 1-70.

⁴ A. A. Settia, «Fisionomia urbanistica e inserimento nel territorio (secoli XI-XIII)», in G. Sergi (dir.), *Storia di Torino. I. Dalla preistoria al comune medievale*, Torino, Einaudi, 1997, pp. 785-831, specialmente 792-799.

ritorio rurale circostante⁵. Probabilmente a livello di conformazione edilizia e strutture materiali erano piuttosto simili ai palazzi regi; alcuni dati archeologici e documentari ci parlano della presenza di una torre e di una grande aula sopraelevata adatta al ricevimento di gruppi e a riunioni⁶. Inoltre spesso l'edificio, e/o il complesso più o meno ampio di costruzioni cui era il perno, era cinto da mura che lo separavano fisicamente, almeno in parte, dal resto della città. Anche in questo caso, a volte, si trattava di vere e proprie fortificazioni, come a Cremona: qui il palazzo vescovile nei primi decenni dell'XI secolo, già con caratteri di fortezza (*castrum*), e dotato al suo fianco di una grande torre, viene descritto in un diploma imperiale come circondato da un doppio muro di cinta a sua volta munito di ben sette torri⁷.

L'altra grande categoria è invece quella degli edifici di culto, cioè delle chiese, che costituiscono una fitta trama che punteggia tutto lo spazio urbano (e suburbano). Generalmente la più massiccia e imponente tra queste costruzioni è la cattedrale che risulta ovviamente strettamente legata alla figura del vescovo. Intorno al 1050 queste chiese cattedrali sono molto spesso ancora edifici di origine tardoantica, più raramente carolingia; pochi sono quelli costruiti *ex novo* all'inizio dell'XI secolo o ristrutturati in modo radicale nei decenni precedenti: tra questi Ivrea o Ancona⁸. A ciò bisogna inoltre aggiungere che i palazzi episcopali sono costruiti praticamente sempre in prossimità della chiesa cattedrale, a cui sono talvolta adiacenti, come peraltro prescritto dai canoni conciliari. I vescovi erano peraltro i fulcri dell'identità cittadina, e non di rado dal X secolo erano anche i detentori del potere giurisdizionale sulla città, il più delle volte per delega regia, come a Novara, Cremona o Modena⁹. Con queste premesse non stupisce che il complesso di edifici che aveva i suoi perni in cattedrale e *domus* vescovile rappresentasse generalmente l'area a carattere più monumentale della città.

Il ruolo della collettività dei cittadini per quanto riguarda le chiese, e in particolare le chiese cattedrali, fino all'inizio dell' XI secolo non sembra di parti-

⁵ Sui palazzi episcopali il riferimento è M. C. Miller, *The Bishop's Palace. Architecture and Authority in Medieval Italy*, Ithaca and London, Cornell UP, 2000.

⁶ M. C. Miller, *Bishop's Palace...*, *op. cit.*, pp. 86-122.

⁷ F. Menant, «Cremona in età precomunale», in G. Andenna (dir.), *Storia di Cremona. Dall'alto medioevo all'età comunale*, Cremona, Bolis, 2004, pp. 106-197, specialmente pp. 106-115. Cfr. *MGH, Diplomata, IV, Die Urkunden Konrads II.*, H. Bresslau (ed.), Hannover, MGH, 1909, n. 251 (a. 1037), pp. 346-348.

⁸ C.G. Boggio, *Il duomo d'Ivrea*, Ivrea, Scuola Tipografica Artigianelli, 1926; M.^a L. Polichetti, *San Ciriaco. La Cattedrale di Ancona. Genesi e sviluppo*, Milano, Federico Motta Editore, 2003.

⁹ G. Sergi, «I poteri temporali del vescovo: il problema storiografico», in G. Francesconi (dir.), *Vescovo e città nell'alto medioevo: quadri generali e realtà toscane*, Pistoia, Società Pistoiese di Storia Patria, 2001, pp. 1-16.

colare rilievo: quando si promuove la costruzione delle chiese cattedrali sono i vescovi (al limite con l'ausilio del clero cittadino) a occupare interamente il proskenio, con i *cives* che restano invece decisamente sullo sfondo. Come è dunque che le collettività urbane, che peraltro fino alla metà dell' XI secolo sono tendenzialmente poco visibili, si relazionano con questi edifici? Le comunità iniziano a manifestarsi nelle fonti come attori autonomi – sganciati dai loro vescovi o dai locali rappresentanti del potere regio – nella prima metà dell' XI secolo proprio attraverso atti di ribellione contro le autorità tradizionali, e queste rivolte si esprimono anche (e per certi versi soprattutto) in atti ostili nei confronti degli edifici civili che rappresentano l'identità dei poteri tradizionali¹⁰. Un caso ben noto è quello della distruzione del *castrum* urbano vescovile, la grande struttura fortificata che circondava la *domus* vescovile, a Cremona negli anni '30 dell'XI secolo: una città di cui il vescovo, non casualmente, era anche il detentore della giurisdizione, per formale concessione regia¹¹. Per molti versi simile la distruzione del palazzo regio a Pavia, che era anche il centro del potere regio in Italia, da parte dei *cives* nel 1024, immediatamente dopo l'arrivo in città della notizia della morte di Enrico II¹². La protesta contro lo *status quo*, l'affermazione di autonomia, e la richiesta di autogestione da parte della collettività urbana, si esprimono quindi anche attraverso la distruzione degli edifici più strettamente associati con il tradizionale potere pubblico. I rivoltosi non si limitano a saccheggiarli o danneggiarli, ma li radono al suolo: sebbene si tratti ancora di pochi casi, essi risultano comunque significativi perché in qualche modo anticipano processi e pratiche che, come vedremo, diventeranno decisamente più diffusi verso la fine del secolo. Da notare comunque che le grandi chiese urbane non vengono invece toccate in modo significativo nel corso di queste ribellioni, anche quando la rivolta è contro il vescovo, come nel caso appena menzionato di Cremona; un dato che ritornerà nelle ben più numerose rivolte nei decenni a cavallo del 1100¹³.

¹⁰ Sull'emersione delle identità collettive in Italia centro-settentrionale come tratto connotante di questa fase, si veda P. Cammarosano, *Storia dell'Italia medievale. Dal VI all'XI secolo*, Roma-Bari, Laterza, 2001, pp. 250-307.

¹¹ F. Menant, «Cremona in età precomunale...», *op. cit.*, pp. 106-112.

¹² Sulla distruzione e il suo contesto si veda da ultimo P. Majocchi, *Pavia città regia. Storia e memoria di una capitale medievale*, Roma, Viella, 2008, pp. 69-71, con i riferimenti alle fonti e alla bibliografia sul tema.

¹³ Un'eccezione in questo senso l'incendio della chiesa di S. Genesio a Genova (comunque non rasa al suolo), nel quadro dei profondi dissidi legati al contrasto tra sostenitori del partito imperiale e filogregoriani; si veda A. Cagnana, «Il conflitto tra comuni e vescovi visto attraverso i palazzi. Il caso di Genova (secc. XI-XIV)», in S. Carocci, F. Del Tredici (dir.), *Petrified Conflicts*, Brepols, Turnhout, in press.

2. LE CHIESE CIVICHE

Le cose cambiano tra la seconda metà dell'XI secolo e l'inizio del XII, anche se con cronologie lievemente scalate: tendenzialmente un poco più precoci nei centri maggiormente vivaci sotto il profilo economico, e un poco più ritardate in quelli meno dinamici. Si tratta di una fase caratterizzata da un sempre maggior protagonismo dei cittadini laici, che si esprime in ambito politico con la contestazione dei tradizionali ordinamenti di potere, in linea con quanto avvenuto già nei primi decenni del secolo, sebbene su scala più ampia, ma anche religioso, con lo sviluppo di movimenti popolari legati al movimento per la riforma in città come Milano, Cremona, Piacenza o Firenze, indicati in alcuni casi con l'etichetta di *pataria*¹⁴.

Questo maggiore protagonismo, che si intensifica ulteriormente con il finire del secolo, appare connesso anche alla grande ondata di costruzioni di nuove chiese (in particolare, ma non solo, le cattedrali, molte delle quali giunte fino a noi) o di importanti ristrutturazioni di edifici religiosi preesistenti. In molte città le collettività urbane, a differenza che in passato giocano infatti un ruolo cruciale nel promuovere e nel finanziare questi nuovi edifici, e hanno quindi una voce in capitolo, nuova quanto forte, sulla loro successiva gestione. A Modena un testo eccezionale come la *Relatio translationis corporis Sancti Geminiani*, risalente al 1110 circa, ci mostra chiaramente come siano i cittadini (*cives*, a loro volta articolati internamente tra *populus* e *militēs*), insieme al clero cittadino, a prendere intorno al 1099, in un momento di vacanza della cattedra vescovile, l'iniziativa di costruire una nuova cattedrale. E, pochissimi anni dopo, una volta ritornato in città un vescovo, i *cives* non perderanno il loro ruolo, ma sapranno confrontarsi molto vivacemente con il presule e il clero cittadino sulle scelte legate alla costruzione della nuova cattedrale e alla gestione della sua *fabrica*¹⁵. Il caso di Modena è probabilmente eccezionale più per la fonte a nostra disposizione, che consente di leggere quasi in presa diretta e in modo chiaro le dinamiche sociali con l'inizio del cantiere, che per le dinamiche stesse. Anche in altre città, come Cremona, l'inizio del cantiere coincide infatti con fasi di vacanza episcopale, ed è quindi più che plausibile che sia stata la collettività dei *cives* a prendere l'iniziativa della costruzione, mantenendo in seguito forti prerogative sull'edificio¹⁶. Si può anzi ipotizzare che queste nuove fondazioni rispondessero anche (seppur non sempre) alla necessità di celebra-

¹⁴ N. D'Acunto, *La lotta per le investiture. Una rivoluzione medievale (998-1122)*, Roma, Carocci, pp. 92-108.

¹⁵ *Relatio translationis corporis Sancti Geminiani*, G. Bertoni (ed.), Lapi, Città di Castello, 1907, pp. 3-8 (Rerum Italicarum Scriptores, II serie, VI).

¹⁶ Su Cremona, si veda C. Zanetti, *La cattedrale di Cremona: storia, evoluzione e simbologia di un edificio romanico*, Cremona, Imaginae, 2008, pp. 41-68.

re e rappresentare una ritrovata unità, dopo una fase segnata anche non solo dalla contestazione da parte dei cittadini delle autorità tradizionali, ma anche da laceranti contrasti interni, che avevano visto spesso la cittadinanza dividersi intorno all'obbedienza politica e/o religiosa¹⁷.

A Pisa la nuova grande cattedrale è costruita con i proventi delle grandi e vittoriose spedizioni militari navali della collettività in area islamica, su impulso della stessa cittadinanza che le aveva promosse, e lo stesso vale per la ricostruzione della cattedrale di San Lorenzo a Genova all'inizio del XII secolo¹⁸. In entrambe le città (pur con cronologie lievemente sfalsate) bisogna peraltro ricordare che il periodo tra il 1080 e la fine del secolo le tensioni interne al corpo sociale arrivarono fino allo scoppio di vere e proprie guerre civili, poi ricomposte anche grazie a una serie di imprese collettive (belliche e costruttive) tra cui appunto le grandi spedizioni oltremare e l'edificazione delle nuove grandi chiese civiche¹⁹. Ma se il bottino di guerra in questi due casi rappresenta il grosso dei finanziamenti necessari ciò non significa che altri fondi non fossero raccolti, su base regolare, da segmenti organizzati della collettività, per sostenere il cantiere. Sempre a Pisa sappiamo infatti, da un documento risalente al 1094, che i fabbri della città si erano impegnati a partire da quella data a versare un contributo annuo di 20 soldi destinato alla *fabrica* del duomo²⁰. Del resto pochissimi anni dopo a Piacenza, altra città che era stata fortemente segnata da divisioni interne, la cattedrale fu costruita almeno in parte con il finanziamento dei paratici cittadini, il cui ruolo, come vedremo meglio tra poco, avrebbe trovato espressione anche negli apparati decorativi interni²¹. Il battistero di Firenze, intitolato a San Giovanni, vede già nel XII secolo come ente di controllo l'arte di Calimala, la più ricca e potente corporazione cittadina, adombrando un intervento di un im-

¹⁷ Sulle lacerazioni politiche all'interno delle città e sulla successiva necessità di ricucirle, importanti riflessioni in E. Riversi, «Dal conflitto al riconoscimento: la rifondazione del 'politico' durante la lotta per le investiture. L'esempio degli scismi diocesani nelle città dell'Italia centro-settentrionale», in press.

¹⁸ Sulle vicende costruttive della cattedrale pisana si veda M. Ronzani, «Dall'edificatio ecclesiae...», *op. cit.*

¹⁹ M. Von der Höh, *Erinnerungskultur und frühe Kommune: Formen und Funktionen des Umgangs mit der Vergangenheit im hochmittelalterlichen Pisa (1050-1150)*, Berlin, Akademie Verlag, 2007 (su Pisa); M. Montesano, «Le guerre dei genovesi nel Mediterraneo: da Gerusalemme alla presa di Almeria e Tortosa (secc. XI-XII)», in D. Baloup, P. Jossierand (dir.), *Guerre, idéologie et religion dans l'espace méditerranéen latin (XI-XIII^e siècle)*, Toulouse, Presses universitaires du Midi, 2006, pp. 255-275; specialmente pp. 255-263.

²⁰ *Carte dell'archivio capitolare di Pisa*, II, M. Tirelli Carli (ed.), Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1977, n. 59 (a. 1094), pp. 138-140.

²¹ L. Cocheti Pratesi, «La decorazione plastica della Cattedrale di Piacenza», in *Il duomo di Piacenza (1122-1972)*, Piacenza, Stabilimento tipografico piacentino, 1975, pp. 52-71.

portante segmento della cittadinanza sin dalla fase di rifondazione dell'edificio nei decenni intorno al 1100²².

Proprio il caso fiorentino può servire a introdurci al fatto che volte i *cives* individuano e finanziano come edificio religioso destinato a veicolare l'immagine della nascente collettività urbana una chiesa diversa dalla cattedrale, che costruiscono *ex novo*, o di cui finanziano la ricostruzione, e di cui la cittadinanza diviene più o meno formalmente patrono collettivo, mantenendo talvolta a lungo tale prerogativa. A Bologna ad esempio i *cives* infatti promuovono non la ricostruzione della vecchia cattedrale, ma un'altra chiesa cioè Sant'Ambrogio²³; un provvisorio catalogo di iniziative analoghe potrebbe comprendere San Zeno a Verona, San Sisto a Pisa e San Secondo ad Asti, solo per citare alcuni dei possibili esempi²⁴. Va d'altra parte sottolineato che la scelta tra la cattedrale e una chiesa diversa da quest'ultima non si configura come mutualmente esclusiva, come mostra ad esempio il caso pisano, in cui la collettività investe massicciamente sul duomo, ma anche, come appena detto, sulla chiesa di San Sisto. Emergono quindi diverse possibili configurazioni nel rapporto tra collettività urbana ed edifici di culto cittadini che rispondono alle diverse configurazioni politico-sociali presenti in ogni città nella delicata fase protocomunale²⁵. In alcuni casi vediamo infatti che la collettività si concentra soprattutto sulla chiesa cattedrale, come a Modena o Alba, a volte investe sulla cattedrale ma anche, contemporaneamente, su un'altra chiesa, come avviene a Pisa e Genova, mentre altrove il legame più forte è quello istituito con una chiesa diversa dalla cattedrale, come invece accade ad Asti, e a Bologna.

Chiamerò d'ora in poi queste chiese (cattedrali e non), connesse in modo specifico con l'identità della collettività politica urbana, 'chiese civiche', proprio per sottolineare il loro peculiare ruolo agli occhi delle rispettive comunità²⁶. Le

²² L. Fabbri, «Calimala e l'Opera di San Giovanni: il governo del battistero di Firenze fra autorità ecclesiastica e potere civile», in F. Gurrieri (dir.), *Il battistero di San Giovanni. Conoscenza, diagnostica, conservazione*, Firenze, Mandragora, 2017, pp. 73-85.

²³ M. Ronzani, «La "chiesa del Comune" nelle città dell'Italia centro-settentrionale (secoli XII-XIV)», *Società e storia*, 21, 1983, pp. 499-534.

²⁴ Su S. Zeno, vedi G. M. Varanini, «Il monastero di San Zeno di Verona nell'età "romantica" (metà XI-metà XIII secolo). Aspetti economici, istituzionali e politici», in *San Zeno Maggiore a Verona. Il campanile e la facciata. Restauri, analisi tecniche e nuove interpretazioni*, Verona, Istituto Salesiano San Zeno, 2015, pp. 29-40; su S. Sisto vedi M. Von der Höh, *Erinnerungskultur und frühe Kommune...*, *op. cit.*, pp. 254-261; su S. Secondo, G. Monaca, *Asti, San Secondo dei mercanti*, Gribaudo, Asti, 1997.

²⁵ Sulle diverse configurazioni sociali possibili in questa fase ha insistito molto C. Wickham in *Sonnambuli verso un mondo nuovo. L'affermazione dei comuni italiani nel XII secolo*, Roma, Viella, 2015. Un'analisi di dettaglio sul caso romano in questa prospettiva in Internullo, *Senato sapiente...*, *op. cit.*

²⁶ Un punto di partenza indispensabile su questi problemi, su una diacronia più lunga (e tendenzialmente più tarda) della mia, è costituito da M. Ronzani, «La "chiesa del Comune"...», *op. cit.*

fonti a nostra disposizione in merito sono purtroppo decisamente meno eloquenti di ciò che vorremmo, ma, come vedremo meglio più avanti, la sostanziale convergenza dei dati provenienti da parecchi centri urbani mostra, pur nella diversità delle sfumature locali, alcune chiare linee di tendenza comuni: linee di tendenza che hanno a che fare con le pratiche connesse con queste chiese civiche, ma anche con gli elementi decorativi di questi edifici che richiamano le comunità stesse. Il funzionamento nelle singole città (vedremo un po' meglio alcuni esempi) non è del tutto identico, ma possiamo vedere una serie di elementi ricorrenti che ci dicono molto su come le collettività urbane si percepiscono tra la fine dell'XI e la metà del XII secolo e su quale immagine di sé intendono proiettare.

Davanti o all'interno della chiesa civica i consoli stipulano atti di particolare importanza, come ad esempio la sottomissione di signori rurali; sempre negli stessi spazi si tengono le assise giudiziari presiedute dai consoli, come dentro San Giorgio, a Genova; nella piazza antistante alla chiesa civica si tengono le assemblee civiche formali, cioè l'arengo, e non, e così via. Ma si tratta anche del luogo dove si collocano anche altri momenti importanti sotto il profilo identitario e valoriale per i *cives*. Sappiamo per esempio, dal poema encomiastico dedicato a Bergamo da Mosè del Brolo, che intorno al 1130 la piazza prospiciente una delle due cattedrali della città lombarda era anche il luogo dove i *milites* cittadini si esercitavano con i propri cavalli da guerra; e la stessa piazza era anche il sito in cui questi animali venivano comprati e venduti²⁷. È più che plausibile che pratiche analoghe fossero in vigore in altre città; del resto le piazze davanti ai grandi edifici religiosi erano anche probabilmente, almeno dentro le mura, i luoghi che offrivano lo spazio migliore per lo svolgimento di attività di questo tipo.

Provando a rimettere insieme gli sparsi dati a nostra disposizione, relativi al periodo a cavallo del 1100, troviamo quindi comunità che investono massicciamente in queste chiese civiche, e le usano come teatro di atti di governo, pratiche di giustizia, assemblee e cerimoniali di grande rilievo collettivo. Se la loro importanza risulta già così del tutto evidente, per capire meglio come le comunità urbane, nella delicata fase in cui si stanno strutturando come realtà politiche, concepiscono sé stesse e pensano la loro immagine e la loro identità in relazione a questi edifici è a mio avviso opportuno rivolgere la nostra attenzione

²⁷ Mosè del Brolo, *Liber Pergaminus*, vv. 191-192: «his quoque cursores et ad aspera bella legendos / experiuntur equos cives et pluris emendos». La più recente edizione, con ampio commento, del testo è stata fornita in G. Gorni, «Il liber Pergaminus di Mosè del Brolo», *Studi Medievali*, s. III, 11, 1970, pp. 409-460. Importanti riflessioni su questo passo e più in generale sul *Liber Pergaminus* in D. Internullo, «*Laudes Urbium* e oltre. Una prospettiva di lunga durata», in press.

proprio alla materialità degli edifici delle chiese civiche, e in particolare ai loro apparati decorativi, come sculture ed epigrafi, usando a questo proposito sia i resti materiali pervenutici, sia le fonti scritte che ne parlano. Prima di procedere con alcuni esempi un poco più dettagliati è opportuno anticipare che l'identità pietrificata che emerge dall'analisi di questa serie di dati è segnata da una marcata caratterizzazione bellica e guerresca, che si esprime non solo attraverso gli apparati scultorei e le epigrafi, ma anche attraverso l'esibizione di trofei militari e di bottino di guerra, che risulta talvolta incorporato nelle stesse strutture architettoniche. È importante sottolineare che si tratta di una caratterizzazione nuova rispetto al recente passato (quello del X e della prima metà dell' XI secolo) quando negli edifici di culto italiani non troviamo nulla di simile. Per capire questa novità è fondamentale importante avere in mente il contesto di guerra dell'epoca, che coincide con il momento cruciale dell'affermazione politica delle comunità urbane. Le guerre civili collegate alla lotta per le investiture sono il contesto in cui le collettività nascono e muovono i loro primi incerti passi, come ha ancora di recente sottolineato Chris Wickham, mentre la loro piena maturazione istituzionale ha luogo verso la metà del XII secolo in un clima bellico oramai endemico e strutturale, che trova peraltro riscontro nella cronachistica cittadina, tutta focalizzata sul tema della guerra²⁸. Ciò trova una piena corrispondenza negli edifici volti a pietrificare l'identità delle collettività urbane che sono concepiti come contenitori e testimonianze di un *honor* comunale di cui la gloria bellica è il componente del tutto centrale, mentre rappresentazioni alternative fondate ad esempio sulla valorizzazione del lavoro artigianale appaiono come vedremo decisamente più rare²⁹.

Per capire meglio occorre ovviamente guardare più da vicino alcuni esempi, partendo dalle decorazioni scultoree presenti all'interno e soprattutto all'esterno delle chiese civiche, in particolare nel periodo che va tra l'inizio e la metà del XII secolo (figg. 1-3). Vediamo rappresentazioni di santi guerrieri in foggia di cavaliere (come il San Romano rappresentato nella lunetta del portale dell'omonima chiesa di Ferrara), scene di battaglia (come l'attacco di guerrieri a cavallo a un castello raffigurato nella lunetta della porta della Pescheria del duomo di Modena), fino ad arrivare a vere e proprie rappresentazioni della cittadinanza in armi (come i *militēs* e i *pedites* con le insegne gialloblu del comune che fiancheg-

²⁸ Wickham, *Sonnambuli verso...*, *op. cit.*; per la centralità della guerra, si veda, Cotza, *Prove di memoria. Origini e sviluppi della storiografia nella Toscana medievale (1080-1250 ca)*, Roma, Carocci, 2021.

²⁹ Sulla celebrazione dell'*honor* cittadino attraverso l'architettura e gli apparati decorativi importanti spunti di ricerca in D. Internullo, «*Decus Urbis. Un'altra prospettiva sui Mirabilia di Roma e le origini del decoro urbano (secoli XII-XV)*», *Quaderni storici*, 163, 2020, pp. 159-183.



Figura 1. Porta della Pescheria. Duomo di Modena (1110 c.).



Figura 2. Pannello della facciata di San Zeno di Verona (1150 c.). Fotografia tomada de San Zeno in Verona, Ediciones Cierre, Caselle di Sommacampagna (Vr) 2014, fotografia de Basilio y Matteo Rodella (© BAMSphoto, Brescia).

giano il vescovo a San Zeno di Verona)³⁰. Siamo peraltro in una fase politica, che dura sostanzialmente per tutto il XII secolo, in cui la forza politico-sociale dominante all'interno dello spazio urbano è quella dei *milites*. Questa attitudine alla violenza, associata a una vera e propria celebrazione della forza militare, è espressa soprattutto nelle decorazioni scultoree dei portali degli edifici

³⁰ Si vedano rispettivamente F. Gandolfo, «Il romanico a Ferrara e nel territorio: momenti e aspetti per un essenziale itinerario architettonico e scultoreo», in A. Vasina (dir.), *Storia di Ferrara*, V, Ferrara, Gabriele Corbo, 1987, pp. 323-373; C. Frugoni *et al.* (dir.), *La porta della Pescheria nel Duomo di Modena*, Modena, Panini, 1991; M. Laurenzi Tabassi, «La lunetta dipinta, la predella e le mensole con i Mesi nel protiro di San Zeno», in *San Zeno Maggiore a Verona. Il campanile e la facciata. Restauri, analisi tecniche e nuove interpretazioni*, Verona, Istituto Salesiano San Zeno, 2015, pp. 323-356.



Figura 3. Lunetta del protiro di San Zeno di Verona (1140 c.). Fotografía tomada de San Zeno en Verona, Ediciones Cierre, Caselle di Sommacampagna (Vr), 2014, fotografía de Basilio y Matteo Rodella (© BAMSphoto, Brescia).

sacri – parliamo di scultura perché le rappresentazioni pittoriche di questa fase sono molto più scarse – più raramente negli apparati decorativi interni, anche se va ricordato almeno il fonte battesimale di San Frediano di Lucca, di metà XII secolo, che risulta decorato con immagini di cavalieri³¹.

È interessante notare che le raffigurazioni di guerrieri (decisamente più spesso a cavallo che non) fanno riferimento a una pluralità di sottotesti assai diversi tra loro: dalle agiografie ai racconti biblici, dalle memorie locali per arrivare addirittura a racconti arturiani nel famoso caso della porta della Pescheria di Modena³². Tuttavia questa pluralità di sottotesti, nella sua apparente eterogeneità, è usata in sostanza come espediente per rappresentare guerrieri (in particolare

³¹ C. Bozzoli, «Il fonte di San Frediano», en C. Bozzoli, M. T. Filieri (dir.), *Scoperta armonia: arte medievale a Lucca*, Lucca, Sku, 2014, pp. 247-250. Da sottolineare che i membri dell'élite cittadina lucchese erano quindi battezzati, facendo il loro ingresso pubblico e ufficiale nella comunità, in un fonte battesimale decorato con guerrieri, in conformità con il ruolo che si aspettava avrebbero assunto essi stessi una volta adulti.

³² Per un inquadramento del sottotesto arturiano della porta della Pescheria, si veda D. Kahn, «La Chanson de Roland dans le décor des églises du XII^e siècle», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 160, 1997, pp. 337-372, specialmente pp. 341-342.

a cavallo), e questo in una fase in cui la vita politica delle città è dominata proprio dal gruppo dei *milites*, e la guerra costituisce un momento fondamentale dell'attività e dell'espressione della città come collettività di *cives*³³. Da sottolineare inoltre che tali raffigurazioni costituiscono una decisa novità rispetto ai precedenti modelli iconografici, privi di questi elementi militari. La rottura visuale con il passato che essi rappresentano può quindi costituire l'indice del cambiamento nella funzione stessa degli edifici sacri. A rafforzare questa ipotesi va aggiunto che, come già detto prima, a Bergamo intorno al 1130 proprio la piazza prospiciente una delle due cattedrali era anche il luogo dove i *milites* cittadini si esercitavano con i propri cavalli da guerra; è più che plausibile che pratiche analoghe fossero in vigore in altre città³⁴. Le raffigurazioni di guerrieri a cavallo all'esterno delle chiese, che si affacciavano su quelle piazze, acquisirebbero quindi un valore ancora maggiore, con un rispecchiamento tra pratiche sociali e raffigurazioni.

Non è tuttavia solo con gli apparati decorativi scultorei che si evidenzia la connessione tra collettività e chiesa civica. Un modo per marcare questo legame, declinandolo però anche in una chiave più istituzionale e meno militarizzata, è attraverso la produzione epigrafica. Il XII secolo è infatti il periodo in cui, sempre sulle mura esterne di questi edifici, sono apposte epigrafi dal valore schiettamente civile, connesse non con l'episcopato, ma con la cittadinanza come corpo politico. Si può infatti trattare di testi, come quelli del duomo di Pisa, che glorificano l'attività militare della città, ma anche di veri e propri documenti epigrafici, che tramandano parte della legislazione emessa dalle istituzioni comunali, come quelli apposti sulle mura delle cattedrali di Ferrara e Genova, o sentenze giudiziarie consolari, come nel caso del duomo di Brescia³⁵. Le mura esterne delle cattedrali rappresentano uno spazio privilegiato per questo tipo di operazioni. Lo scopo è di offrire a questi testi la massima visibilità possibile (ovviamente associata a un alto tasso di conservazione), di collocarli in un luogo che è anche (spesso) luogo di riunione dell'assemblea dei cittadini come corpo politico, cioè dell'arengo, ma anche di 'marcare' attraverso la loro presenza l'edificio sacro, e rivendicare in tal modo la sua natura di simbolo della collettività

³³ Sui *milites* e il loro ruolo all'interno dei comuni urbani italiani nella prima fase dell'epoca comunale il riferimento indispensabile è J. C. Maire Vigueur, *Cavalieri e cittadini. Guerra, conflitti e società nell'Italia comunale*, Bologna, Il Mulino, 2004 (ed. or. 2003), pp. 427-469.

³⁴ Mosè del Brolo, *Liber Pergaminus...*, *op. cit.*, vv. 191-192.

³⁵ Sulle epigrafi del Duomo di Pisa e il programma iconografico in cui vanno inserite il riferimento imprescindibile è ora G. Ammannati, *Menia mira vides. Il Duomo di Pisa: le epigrafi, il programma, la facciata*, Pisa-Roma, Istituti editoriali e poligrafici internazionali, 2019. Sull'epigrafe bresciana M. Rossi, «Le cattedrali e il Broletto di Brescia fra XII e XIV secolo: rapporti e committenze», in A. C. Quintavalle (dir.), *Medioevo: la Chiesa e il Palazzo*, Milano, Electa, 2007, pp. 528-542.

cittadina, non solo sotto il suo profilo religioso ma anche sotto quello più schiettamente politico e istituzionale.

Le chiese civiche sono inoltre anche gli spazi privilegiati per l'esibizione di oggetti a forte carica simbolica legati all'attività bellica condotta dagli eserciti cittadini. Per quanto riguarda Pisa la chiesa di San Sisto, costruita dalla collettività per celebrare la vittoria di Al Mahdia, in Tunisia, del 1087, presenta anche oltre ai tipici bacini ceramici islamici, anche una parte simbolicamente importante del bottino della grande spedizione militare dalle Baleari, avvenuta nel secondo decennio del XII secolo, e cioè la stele funeraria del defunto emiro balearico, incorporata nel muro dell'edificio intorno al 1120 (fig. 4)³⁶. Ma sempre a Pisa l'esempio più evidente è nella cattedrale, che fu sormontata all'esterno da un grande grifone islamico in bronzo, che in base alle ultime analisi fu predato quasi certamente in area iberica nei primi decenni del XII secolo, probabilmente durante la spedizione balearica ricordata poco sopra³⁷. Molto probabilmente venne posto in quella posizione nello stesso momento in cui vennero prodotte le epigrafi sulle mura esterne che celebravano le grandi vittorie pisane contro i saraceni, connettendole esplicitamente con la costruzione della cattedrale (che in una di queste epigrafi si afferma essere stata costruita con il bottino di Palermo)³⁸. C'è quindi un consapevole progetto di affermazione di identità della collettività attraverso l'esibizione pubblica e spettacolare della sua virtù militare.

Anche a Genova, all'interno della cattedrale, ricostruita all'inizio del XII secolo in gran parte con i proventi delle grandi spedizioni militari sulle sponde islamiche del Mediterraneo, sono conservati diversi oggetti che richiamano spedizioni oltremare, come il Sacro Catino³⁹. Erano molto probabilmente destinate al cantiere della cattedrale anche dieci colonne di marmo prese come bottino in una città della costa libanese, che andarono invece perse in un naufragio nel Le-

³⁶ C. Barcelò, «Un epitaffio islamico proveniente da Maiorca portato a Pisa come trofeo di guerra?», *Quaderni di Studi Arabi*, n.s., 1, 2006, pp. 55-68; K. R. Mathews, *Conflict, Commerce, and an Aesthetic of Appropriation in the Italian Maritime Cities, 1000-1150*, Leiden, Brill, 2018, pp. 110-155 su Pisa.

³⁷ Sulla datazione del grifone vedi A. Contadini, «Volando sopra il Mediterraneo: il grifone di Pisa e aspetti della metallistica islamica medievale», in A. Naser Eslami (dir.), *Genova, una capitale del Mediterraneo tra Bisanzio e mondo islamico. Storia, arte e architettura*, Milano-Torino, Bruno Mondadori, 2016, pp. 75-88; A. R. Calderoni Masetti, «Prede belliche dai paesi dell'Islam nelle fonti pisane dell'XI e XII secolo», *Mitteilungen des Kunsthistorischen Institutes in Florenz*, 61, 2019, pp. 147-167.

³⁸ Ammannati, *Menia mira vides...*, *op. cit.*; per un inserimento delle epigrafi nel contesto della produzione letteraria e storica della Pisa dell'epoca, si veda A. Cotza, *Prove di memoria...*, *op. cit.*, pp. 73-210.

³⁹ G. Ameri, «La gemma di Dio: il Sacro Catino di Genova tra «mirabilia» e «raccio»», in A. Orriols, J. Cerdà, J. Duran-Porta (dir.), *Imago & mirabilia. Les formes del prodigi a la Mediterrània medieval / The ways of wonder in Medieval Mediterranean / Las formas del prodigio en el Mediterráneo medieval*, Bellaterra, Publicacions de la UAB, 2020, pp. 287-296.



Figura 4. Epigrafe funeraria dell'emiro di Maiorca al-Murtada. Oggi murata all'interno di San Sisto di Pisa (1083 c.–murata nel 1120 c.).

vante. È tuttavia interessante il progetto di incorporare elementi architettonici di questo tipo nell'edificio stesso, secondo modalità peraltro visibili nel battistero di Firenze e nelle diverse chiese civiche pisane.

Ma l'esibizione del bottino non riguarda a Genova solo la cattedrale, ma un altro edificio sacro, già menzionato, particolarmente legato alla collettività, e cioè la chiesa di San Giorgio⁴⁰. Qui le grandi porte bronzee sottratte come bottino di guerra ad Almeria (forse da una moschea, forse da un palazzo secolare) alla metà del XII secolo diventano il portale della chiesa. Ed è attraverso queste porte, che richiamano una delle più grandi vittorie militari della città, che usciva il vessillo genovese da guerra, rafforzando il valore simbolico dell'atto, certamente legato a una ritualità che per l'epoca in questione ci sfugge completamente, così come ci sfuggono gli analoghi rituali che dovevano essere connessi con l'uscita dei carrocci dalle chiese in cui erano custoditi.

A Pavia è molto probabilmente nella cattedrale che vengono riposti gli oggetti metallici, tra cui un pastorale dorato, che ornavano la cima del campanile del duomo di Milano, presi come bottino dai Pavesi in occasione della distruzione di Milano nel 1162, in cui proprio i Pavesi, al seguito dell'imperatore, si occupano di distruggere il campanile della città nemica⁴¹. A Cremona all'inizio del XIII secolo il carroccio milanese, catturato in battaglia, viene inchiodato alle mura interne della cattedrale, dove sarà esposto per secoli⁴². A Firenze è invece il battistero di San Giovanni, cioè la principale chiesa civica cittadina, il luogo in cui sono conservati con cura gli stendardi strappati in battaglia al nemico dall'esercito fiorentino⁴³.

All'interno (e più raramente all'esterno) di questi edifici sono quindi conservati ed esibiti orgogliosamente oggetti presi come bottino nel corso di spedizioni militari. La loro esibizione richiama il valore militare della collettività, ne celebra le vittorie sui nemici. Incorporare parti del bottino nella struttura materiale degli edifici testimonia plasticamente l'*honor* della città, secondo gli antichi modelli del *decus urbis*⁴⁴. Inoltre è sempre all'interno di questi spazi sacri che sono conservati (fino almeno dalla fine del XII secolo, ma probabilmente da ben prima) le insegne militari che esprimono in modo più chiaro l'identità cittadina e cioè i carrocci, i grandi carri che espongono in battaglia il vessillo

⁴⁰ R. Müller, *Sic hostes Ianua frangit. Spolien und Trophäen im Mittelalterlichen Genua*, Weimar, DVG, 1999, pp. 85-86.

⁴¹ Majocchi, *Pavia città regia...*, *op. cit.*, p. 130.

⁴² E. Voltmer, *Il carroccio*, Torino, Einaudi, 1994, pp. 218-219; non si tratta probabilmente di un caso isolato, vedi a riguardo pp. 215-230.

⁴³ Fabbri, «Calimala e l'Opera...», *op. cit.*

⁴⁴ Internullo, «Decus Urbis...», *op. cit.*



Figura 5. Formella del paratico dei calzolai. Interno del Duomo di Piacenza (1130 c.).

cittadino, e ovviamente il vessillo stesso. A Firenze il carroccio era conservato nella sagrestia di San Giovanni, da cui era solennemente estratto in occasione delle grandi spedizioni militari⁴⁵. Nel caso di Genova (che come città marittima non aveva un carroccio) il vessillo cittadino – particolarmente legato all'attività bellica della flotta – era, come accennato in precedenza, conservato nella chiesa di San Giorgio, patrono della città, da cui era estratto in occasione della partenza delle grandi spedizioni navali genovesi⁴⁶.

Ho voluto sottolineare questa connotazione militare (con significativi tratti cavallereschi, particolarmente visibili soprattutto nel periodo

anteriore al 1150) degli edifici legati alla collettività perché in fondo, se ci pensiamo bene, non è così scontata. Si può percepire (in particolare nella cattedrale di Piacenza, ma anche in misura minore a Modena o Cremona) un altro filone, pur decisamente più minoritario, connesso con la rappresentazione del lavoro, e in particolare quello artigianale come espressione del lavoro alla base della prosperità cittadina. È qualcosa di connesso con l'identità e i valori di larghi strati sociali. Rappresentare il lavoro sulla pietra è un modo per riconoscerne l'importanza come parte della vita associata e dell'identità cittadina. Nel caso, molto noto della cattedrale di Piacenza, la rappresentazione dei paratici (cioè delle locali corporazioni) su alcuni dei pilastri interni della cattedrale è connessa al finanziamento da parte di questi ultimi dei pilastri stessi⁴⁷. Le corporazioni sono quindi alcune delle colonne su cui si regge la cattedrale che rappresenta la comunità cittadina (fig. 5), e si configurano dunque simbolicamente come una delle forze portanti del *populus* urbano. Ma per quanto il simbolismo piacentino sia forte e suggestivo si tratta appunto di un tema minoritario rispetto alla cele-

⁴⁵ Fabbri, «Calimala e l'Opera...», *op. cit.*

⁴⁶ Su Genova, Müller, *Sic hostes Ianua frangit... op. cit.*, pp. 21-46; si veda anche Mathews, *Conflicts, commerce...*, *op. cit.*, pp. 156-192.

⁴⁷ Cochetti Pratesi, «La decorazione plastica...», *op. cit.*

brazione militare che costituisce il nocciolo dell'identità pietrificata (e non solo) delle collettività urbane tra la fine dell' XI e il XII secolo.

Per quanto le chiese civiche costituiscano un contesto di analisi fondamentale per comprendere la progressiva costruzione delle identità politiche collettive in ambito urbano, non erano certo l'unico spazio in cui il processo di pietrificazione aveva luogo. Occorre quindi ora muoversi al di fuori degli edifici di culto e guardare ad altre strutture edilizie urbane e al loro rapporto con la collettività. Parlerò quindi prima delle mura (e delle porte), poi dei palazzi vescovili e regi.

3. LE MURA (E LE PORTE) DELLA CITTÀ

Un'altra struttura edilizia che sembra legata in modo significativo alla collettività cittadina nel lungo XII secolo sono le mura urbane, che costituiscono indubbiamente uno dei principali poli identitari. Come per le cattedrali il periodo che va tra la fine dell' XI secolo e la fine del XII è una fase particolarmente ricca di ampliamenti di cinte murarie, soprattutto negli anni di conflitti armati tra Federico I e i suoi alleati da una parte e le città a lui avversarie dall'altra tra il sesto e l'ottavo decennio del XII secolo. È infatti un periodo di forte espansione demografica, caratterizzato dall'aumento a volte imponente del tessuto urbano, che trascina al di fuori delle vecchie cinte romane, e necessita quindi ampliamenti murari per proteggere le nuove aree costruite⁴⁸. Necessità militari dovute ai conflitti militari, espansione edilizia e ragioni di prestigio convergono nel rendere indispensabili operazioni di questo tipo. Si tratta infatti di realizzazioni che rispondevano a esigenze pratiche estremamente forti, ma che avevano al tempo stesso un valore simbolico e identitario particolarmente significativo. Le mura sono costruite dai cittadini e sono espressione del potere della collettività, e già solo questo esprime un significativo scarto rispetto al passato. In precedenza esse erano infatti responsabilità dei poteri superiori che controllavano la città, fossero essi marchesi, conti o vescovi, come testimonia ad esempio il caso milanese: il vescovo Ansperto nel IX secolo celebrava la sua attività relativa alle mura in un'elegante epigrafe, e ancora al principio dell' XI secolo la responsabilità appare saldamente nelle mani di Ariberto⁴⁹. Invece, intorno alla metà del XII secolo, a Gubbio i costruttori arrivano a malmenare lo stesso vescovo della città, il santo Ubaldo, che voleva

⁴⁸ É. Hubert, «La construction de la ville. Sur l'urbanisation dans l'Italie médiévale», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 59.1, 2004, pp. 109-139.

⁴⁹ F. Del Tredici, «Castelli, mutazione signorile e crescita economica nell'Italia dei secoli XI-XII. Il caso di Milano e del suo territorio», in press.

impedire che il muro passasse su terre coltivate appartenenti alla chiesa locale⁵⁰. Per capire quanto queste mura assumano nel XII secolo una valenza cruciale dal punto di vista identitario una delle fonti migliori è rappresentata dalla cronaca ufficiale del comune di Genova, scritta da Caffaro. La loro edificazione, che avviene in più riprese nel corso del sesto decennio del XII secolo viene vista dal cronista, che scrive a pochi anni di distanza, come una delle grandi imprese dei *cives* genovesi, che proprio grazie alla loro costruzione, portata avanti con la partecipazione di tutti la collettività, non solo finanziaria, ma anche concreta ai lavori di edificazione, possono riaffermare l'autonomia della città davanti alla minaccia imperiale⁵¹. L'intera città (uomini e donne) partecipa. La descrizione negli *Annales* del momento di sforzo più intenso, in cui nel giro di soli otto giorni i genovesi riescono a circondare la loro città un *murum* non definitivo, ma quantomeno efficace, trasuda in Caffaro di orgoglio patrio: «Interim vero viri et mulieres, qui Ianue erant, petras et arenam ad murum die vel nocte trahere non cessantes, tantum muri civitatis infra octo dies construxerunt, quantum illaudabiliter non fecisset per annum aliqua civitatum Italie [...] et robustissimis ita per triduum munierunt, quod totius Italie et Tuscie ac Alemannorum impetum, non ostante divinitate, indempnes excepissent»⁵².

Se le mura urliche costituiscono quindi uno dei perni della pietrificazione dell'identità civica, un altro spazio privilegiato per apporre epigrafi (in questo caso non a carattere legislativo, ma celebrativo) sono quindi proprio le porte delle mura, cioè i punti di passaggio tra interno ed esterno: luoghi in cui la visibilità era elevatissima, in particolare per il forestiero che veniva in città e a cui spesso si rivolgono le iscrizioni, ad esempio quella di porta Soprana, a Genova (fig. 6). Alcuni casi possono dare conto di questo fenomeno, che dovette naturalmente essere molto più vasto rispetto alle fonti che ci sono pervenute, spesso peraltro spostate rispetto alla loro collocazione originale. A Viterbo l'epigrafe apposta plausibilmente intorno al 1100 sulla porta principale di accesso alla città, porta Sonsa, celebra la *libertas* della città e ricorda il diploma concesso da Enrico IV che doveva essere il testo fondante dell'identità politica collettiva, il suo primo riconoscimento da parte del vertice regio⁵³. Una connotazione militare più mar-

⁵⁰ F. Dolbeau, «La vita di Sant'Ubaldo, vescovo di Gubbio, attribuita a Giordano da Città di Castello», *Bollettino della deputazione di Storia Patria per l'Umbria*, 74, 1977, pp. 81-116.

⁵¹ *Annali genovesi di Caffaro e de' suoi continuatori dal 1099 al 1293, I, Caffaro (1080-1166)*, L.T. Belgrano (ed.), Genova, Regio istituto sordo-muti, 1890, pp. 41-48.

⁵² *Ibid.*, p. 51.

⁵³ M. Bottazzi, «Città ed epigrafia», in M. Davide (dir.), *Identità cittadine e aggregazioni sociali in Italia, secoli XI-XV*, Trieste, Centro Europeo Ricerche Medievali, 2012, pp. 275-290, specialmente pp. 283-285.

cata caratterizza invece Genova, che si celebra come città guerriera nell'epigrafe apposta sulla porta Soprana, la porta principale del grande muro di cinta costruito negli anni '50 del XII secolo (fig. 6). La città, che nell'epigrafe si rivolge in prima persona al forestiero, si dice protetta dalla forza militare dei suoi abitanti, nota ai quattro angoli del mondo grazie alle loro imprese, e dalla solidità delle sue straordinarie mura (*miris*)⁵⁴. Una iscrizione ancora più marcatamente volta a celebrare la potenza bellica della città è quella che adornava la cosiddetta Porta Aurea delle mura di Pisa, porta che era quella da cui uscivano i guerrieri pisani quando andavano in guerra⁵⁵. Il *Pisanus populus* vi è definito come *victor* e si celebrano le *strages* dei suoi nemici islamici, mentre la città stessa si proclama portatrice del *decus imperii*, con un richiamo evidente alla potenza militare di Roma stessa, che trova un rispecchiamento nella Pisa contemporanea.



Figura 6. Epigrafe di Porta Soprana di Genova (1160 c.).

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 285-287; si veda anche il vecchio L. T. Belgrano, *La porta Soprana di Sant'Andrea*, Genova, Tipografia del R. Istituto sordo-muti, 1882.

⁵⁵ F. Redi, «La porta aurea di Pisa: un caso forse risolto», in *Pisa e la Toscana occidentale. A Cinzio Violante nei suoi 70 anni*, 2, Pisa, Liguori, 1991, pp. 1-24; Von der Höh, *Erinnerungskultur und frühe Kommune...*, *op. cit.*, pp. 219-232.

Il caso di Milano è particolarmente significativo per le vicende della città e lo specifico contesto di produzione dell'epigrafe. Le mura cittadine sono infatti la prima cosa che l'imperatore Federico Barbarossa (e i suoi alleati lombardi) radono al suolo per iniziare la distruzione di Milano ribelle nel 1162: distruzione che vuole in qualche modo cancellare l'identità stessa di Milano come città. Tuttavia esse sono anche la prima cosa che i Milanesi pochi anni dopo ricostruiscono quando decidono di sfidare l'imperatore, riaffermando così la propria identità collettiva e istituzionale: prima in legno, già nel 1167, e poi, appena possibile, nel 1171, in pietra. E per celebrare l'evento, sulla porta più importante della nuova cinta cittadina, e cioè porta Romana, sono collocate, proprio nel 1171, una epigrafe che ne celebra la ricostruzione e una serie di bassorilievi che narrano questa vicenda cruciale sotto il profilo identitario⁵⁶. Essi raffigurano il rimpatrio della popolazione a Milano, e sono associati a altri bassorilievi sulla vita di Sant'Ambrogio, patrono e protettore celeste della città; e non mancano neppure le consuete rappresentazioni di guerrieri, in questo caso *milites* e *pedites* impegnati a scortare i milanesi nel loro viaggio di ritorno in patria (fig. 7). A rimarcare il legame fortissimo tra mura e istituzione comunale nell'iscrizione erano ricordati anche i nomi dei *consules rei publice* responsabili della costruzione della porta e delle torri annesse.



Figura 7. Fregio di Porta Romana di Milano (1171).

⁵⁶ M. Bottazzi, *L'epigrafe di Porta Romana*, Trieste, Centro Europeo Ricerche Medievali, 2020.

4. CONFIGURAZIONI POLITICHE URBANE E PIETRIFICAZIONE DELL'IDENTITÀ

Possiamo quindi individuare come perni dell'identità collettiva urbana nel periodo che va tra la fine dell'XI a gran parte del XII secolo non solo le chiese civiche, ma anche le mura cittadine. Quale è però in parallelo l'atteggiamento di queste stesse collettività nei confronti degli edifici civili legati ai vescovi e al potere pubblico di matrice regia? Nei confronti dei palazzi regi o di quelli legati ai grandi ufficiali regi l'atteggiamento da parte delle collettività oscilla tra la forte ostilità e un ostentato disinteresse. A Bologna nel secondo decennio del XII secolo l'atto costitutivo della collettività urbana è di fatto la distruzione, armi alla mano, del palazzo regio fortificato (*castrum*) situato nel centro della città⁵⁷. Qualcosa del genere avviene certamente a Torino intorno al 1090, quando, dopo la rivolta dei cittadini contro i marchesi, il vecchio palazzo situato presso porta Susa, che era il tradizionale centro della vita politica cittadina, scompare per sempre dalle fonti⁵⁸. In altri casi, come detto, il processo di affermazione dei *cives* è meno apertamente conflittuale in relazione al potere regio e in questi casi più che ad azioni spettacolari contro gli edifici associati a quel potere vediamo un disinteresse verso quelle strutture. Ad esempio, intorno al 1130, il palazzo imperiale risultava ormai abbandonato, ed era diventato il rifugio degli elementi più socialmente marginali della città (*latruncoli et meretrices*) che ne avevano occupato gli spazi, al punto che i monaci di Sant'Ambrogio tentano di chiederlo in dono all'imperatore⁵⁹. È interessante che i consoli milanesi (e più in generale i rappresentanti della collettività), nonostante lo stato di abbandono non solo non sembrano mostrare alcun interesse per un suo utilizzo, in modo da legittimare il proprio potere, ma neppure siano interessati a tutelarlo dagli occupanti abusivi mantenendolo sgombro. Il palazzo rimane evidentemente un simbolo potente, che si preferisce ignorare e lasciare al degrado in modo consapevole, mentre l'azione e l'identità della collettività si impernia su altri poli, come il palazzo vescovile nel cui ambito i consoli milanesi ottengono al più tardi negli anni '30 del XII secolo un piccolo edificio loro riservato, inizialmente provvisorio, defi-

⁵⁷ C. Wickham, «Sulle origini del comune di Bologna», *Bullettino dell'Istituto storico italiano per il medio evo*, 119, 2017, pp. 209-238.

⁵⁸ R. Bordone, G.G. Fissore, «Caratteri della società urbana fra XI e XII secolo», in G. Sergi (dir.), *Storia di Torino, I, Dalla preistoria al comune medievale*, Torino, Einaudi, 1997, pp. 463-515, specialmente pp. 466-477.

⁵⁹ A. Ambrosioni, «S. Ambrogio alla fine del XII secolo», in *idem, Milano, papato e impero in età medievale. Raccolta di studi*, Milano, Vita e Pensiero, 2003, pp. 85-120, specialmente pp. 95-96.

nito nelle fonti *domus consularie*⁶⁰. Tra vescovo e impero la scelta identitaria dei cittadini di Milano è decisamente sbilanciata verso gli spazi vescovili; e ciò vale non solo per Milano, ma anche per parecchie città del Nord Italia, come Novara⁶¹. L'unica eccezione a questo schema è probabilmente costituita da Pisa, dove l'area della vecchia *curtis* pubblica nel cuore della città, costituisce uno degli spazi privilegiati dell'azione dei rappresentanti della città, a fianco della cattedrale e di San Sisto; un'eccezione che va ricercata nelle origini del protocomune pisano, che nella sua ricerca di legittimità cerca per molti versi di porsi in una linea di continuità con i detentori tradizionale potere pubblico⁶².

Il modello dominante è tuttavia un altro, caratterizzato da una ostilità più o meno espressa verso gli edifici regi (e marchionali), mentre consoli e gli altri rappresentanti formali della collettività frequentano con disinvoltura non solo le chiese, ma generalmente anche gli spazi secolari vescovili, che sono usati per riunioni, cerimonie, assise giudiziarie e atti politici, diventando in diversi casi l'incubatore delle strutture edilizie proprie dei consoli. Il caso di Milano, con la sua simbiosi pietrificata tra episcopato e comune, non è infatti isolato: vediamo in altre città, tra cui Brescia, emergere all'interno e nei pressi del complesso palaziale vescovile una struttura edilizia (ancora modesta sotto il profilo materiale) specificatamente destinata ai consoli urbani⁶³. Se la collettività politica emerge usando (spesso) la figura episcopale come un paravento istituzionale, questo processo si rispecchia in qualche modo nelle dinamiche edilizie, con gli spazi vescovili che diventano l'incubatrice edilizia delle prime strutture edili genuinamente comunali.

In altri casi la situazione risulta ancora più complessa, con le prime strutture edilizie permanenti riservate ai rappresentanti del comune che si trovano non nell'ambito della residenza vescovile, ma risultano addirittura addossate alla chiesa civica, di cui costituiscono un vero e proprio prolungamento strutturale. Le fonti scritte ci mostrano infatti che in città come Alba, Pavia e Asti uno spazio privilegiato dell'azione dei consoli, oltre al palazzo vescovile e all'interno della

⁶⁰ F. Bocchi, «Il Broletto», in *Milano e la Lombardia in età comunale. Secoli XI-XIII*, catalogo della mostra (Milano, Palazzo Reale, 15 aprile-11 luglio 1993), Cinisello Balsamo, Silvana, 1993, pp. 38-42.

⁶¹ C. Tosco, «Potere civile e architettura. La nascita dei palazzi comunali nell'Italia nord-occidentale», *Bollettino storico-bibliografico subalpino*, 97, 1999, pp. 513-545.

⁶² M. Ronzani, «L'affermazione dei Comuni cittadini fra Impero e Papato: Pisa e Lucca da Enrico IV al Barbarossa (1081-1162)», in G. Pinto, L. Tanzini (dir.), *Poteri centrali e autonomie nella Toscana medievale e moderna*, Firenze, Olschki, 2012, pp. 1-57.

⁶³ M. Ferrari, «Palatia que appellantur de comuni. I *Palatia nova* di Brescia come figura della città comunale: aspetti costruttivi e architettonici, elementi decorativi, evoluzione urbana», in P. Boucheron, M. Folin, J.-P. Genet (dir.), *Entre idéal et matériel: Espace, territoire et légitimation du pouvoir (v. 1200-v. 1640)*, Paris, Éditions de la Sorbonne, 2018, pp. 31-62.

chiesa civica (la cattedrale ad Alba e Pavia, la collegiata di San Secondo ad Asti) è costituito da porticati sopraelevati adiacenti all'edificio sacro, chiamati volte⁶⁴. Queste ultime hanno nella parte inferiore degli spazi commerciali e in quella superiore un ambiente che sembra riservato ad azioni che coinvolgono i rappresentanti della comunità. A Pavia il palazzo comunale si costruisce anzi, nel corso del Duecento, proprio come progressivo ampliamento e ristrutturazione di queste prime volte⁶⁵.

Questa tendenziale attrazione verso gli spazi episcopali (civili e religiosi) ha però alcune importanti eccezioni, che vale la pena sottolineare: eccezioni che sono caratterizzate da un'ostilità profonda verso gli spazi del potere 'civile' vescovile. In particolare Arezzo e Imola sono gli esempi migliori di questa ostilità. Se nella maggior parte dei casi il rapporto tra comunità dei cittadini e vescovo è buono, se non addirittura simbiotico, in alcuni casi il vescovo si pone infatti come un duro ostacolo per la maturazione dell'autonomia politica della comunità urbana. In questi casi l'ostilità della collettività nei confronti del vescovo si traduce in una profonda ostilità nei confronti degli spazi in cui si pietrifica l'identità vescovile, in particolare con quelli, come il palazzo che ne esprimono il potere giurisdizionale sulla città. Ad Arezzo la rivolta dei cittadini contro il vescovo si esprime quindi con la distruzione del palazzo vescovile, di cui ci parlano diffusamente le fonti scritte, e (forse) di danneggiamenti alla stessa cattedrale⁶⁶. Distruzioni che sono state confermate, nella loro incisività, anche dalle indagini archeologiche effettuate negli ultimi anni sulla collina cittadina del Pionta, il luogo dove era collocato l'antico nucleo fortificato vescovile aretino⁶⁷.

Nel complesso il periodo che va tra la fine dell'XI secolo e il 1180 circa è marcato, in ambito urbano, dalla compresenza da una pluralità di spazi legati alla collettività e ai suoi rappresentanti: chiesa cattedrale, eventuali altre chiese civiche, palazzo vescovile, strutture più o meno permanenti di esclusiva pertinenza dei consoli adiacenti alla chiesa e nel complesso palatino vescovile, case private di famiglie eminenti, mura urbane⁶⁸. Si tratta di una complessa confi-

⁶⁴ Tosco, «Potere civile...», *op. cit.*

⁶⁵ D. Vicini, «Forma urbana e architetture di Pavia nell'età di Federico II», in «*Speciales fideles imperii*». Pavia e Federico II, Pavia, Comune di Pavia, 1995, pp. 7-26.

⁶⁶ J.P. Delumeau, *Arezzo. Espace et sociétés, 715-1230. Reserches sur Arezzo et son contado du VIII^e au début du XIII^e siècle*, Rome, École Française de Rome, 1996, pp. 1005-1100.

⁶⁷ A. Molinari *et al.*, «I nuovi scavi al Duomo Vecchio di Arezzo (campagne 2016-2018)», *Bollettino d'archeologia online. Direzione generale archeologia, belle arti e paesaggio*, 10.3-4, 2019, pp. 137-148.

⁶⁸ Un'analisi del caso genovese in questa prospettiva in A. Rovere, «Sedi di governo, sedi di cancelleria e archivi comunali a Genova nei secoli XII-XIII», in A. Assini, P. Caroli (dir.), *Spazi per la memoria storica. La storia di Genova attraverso le vicende delle sedi e dei documenti dell'Archivio di Stato*, Roma, Ministero per i beni e le attività culturali. Direzione generale per gli archivi, 2009, pp. 409-426.

gurazione di strutture edilizie, che risulta più o meno diversa da città a città, esattamente come in questa stessa fase le configurazioni politiche del potere protocomunale e poi comunale sono più o meno marcatamente differenti da città a città: un dato questo che è stato sottolineato recentemente da Chris Wickham nel suo libro dedicato alle origini del comune nelle città italiane⁶⁹. In questo senso il rapporto tra il vescovo e l'incipiente comune è fondamentale⁷⁰. Spesso si tratta infatti di una relazione di vera e propria simbiosi che si esplica a livello materiale attraverso la condivisione dei medesimi spazi, che sono i tradizionali spazi vescovili, e cioè la cattedrale e il vicino palazzo episcopale. In questo senso non può stupire come ancora alla metà del XII secolo si possa trovare un vescovo, come avviene ad esempio nei casi di Vercelli o di Ferrara, a rappresentare la città e la collettività dei cittadini, anche in fasi in cui il consolato era attivo⁷¹. A questo rapporto tendenzialmente stretto con il vescovo – che pur presenta importanti eccezioni di segno marcatamente conflittuale, come Arezzo o Imola – si contrappone una relazione con il tradizionale potere regio tendenzialmente improntato al contrasto. Questo rapporto di contrapposizione trova espressione nella distruzione dei palazzi imperiali o nel loro cosciente abbandono: l'impero è una realtà a cui ci si vuole contrapporre esplicitamente o che, nel migliore dei casi, si preferisce ignorare.

I comuni iniziano a costruire proprie strutture secolari ben distinte da quelle vescovili di fatto solo dopo la pace di Costanza con l'imperatore nel 1183, e il processo di edificazioni decolla veramente e si generalizza solo negli anni successivi al 1197 e alla morte di Enrico VI, quando il potere imperiale per almeno un quindicennio conosce una fase di grande debolezza in Italia⁷². In questo nuovo contesto, in cui i comuni sono ormai cristallizzati e legittimati, ma al tempo stesso la minaccia imperiale è del tutto assente, matura anche una chiara separazione istituzionale tra comune e vescovo (segnata non di rado anche da contrasti duri, come ad Alba o Parma) per il tentativo dei comuni di controllare

⁶⁹ Wickham, *Sonnambuli verso...*, *op. cit.*

⁷⁰ M. Ronzani, «Vescovi e città in età comunale (secoli XII-XIII)», in D. Edigati, L. Tanzini (dir.), *La prassi del giusdizionalismo negli Stati italiani: premesse, ricerche, discussioni*, Ariccia, Aracne, 2015, pp. 51-64.

⁷¹ Su Vercelli si veda P. Grillo, «Il comune di Vercelli nel secolo XII: dalle origini alla Lega Lombarda», in *Vercelli nel secolo XII*, Vercelli, Società storica vercellese, 2006, pp. 161-188; su Ferrara si veda A. Castagnetti, *Il processo per Ostiglia. L'arbitrato di Oberto Dell'Orto tra Ferrara e Verona (1151)*, Verona, Goprint edizioni, 2016, pp. 250-255.

⁷² G. Soldi Rondinini, «Evoluzione politico-sociale e forme urbanistiche nella Padania dei secoli XII- XIII: i palazzi pubblici», in E. Brezzi (dir.), *La pace di Costanza 1183. Un difficile equilibrio di poteri fra società italiana ed Impero*, Bologna, Cappelli, 1984, pp. 85-98; Tosco, «Potere civile...», *op. cit.*, sull'area nord-occidentale.

direttamente i beni signorili vescovili nel contado o di sottoporli a regolare tassazione⁷³. A ciò si accompagna una marcata separazione degli spazi identitari, con la diffusione di broletti e palazzi comunali, anche se le concrete modalità materiali con cui di volta in volta si esplica questo processo ci dicono molto sulle relazioni istituzionali in ciascuna città tra comune e vescovo⁷⁴. Per esempio vediamo che nelle città dove più duro è il confronto tra comunità e vescovo il comune sceglie di distaccarsi il più possibile dagli spazi vescovili costruendo il palazzo comunale in un'altra area della città, creando un polo edilizio alternativo a quello episcopale, con una sua propria piazza⁷⁵. A Milano, Novara o Ivrea invece, dove la separazione delle istituzioni cittadine dal vescovo è meno traumatica, il broletto comunale rimane fisicamente vicino agli spazi vescovili, in una linea di continuità con il passato⁷⁶. Mi sono soffermato più rapidamente su questi processi non perché siano meno importanti o meno documentati rispetto alla fase precedente, ma semplicemente perché si tratta di dinamiche già ben studiate negli ultimi decenni; tuttavia credo che una migliore conoscenza della situazione anteriore al 1180 può aiutarle a comprenderle meglio, fornendo un nuovo punto di osservazione su queste dinamiche.

5. CONCLUSIONI

Arrivati alla conclusione del percorso di analisi vorrei quindi provare a ricapitolare almeno alcuni tra i punti toccati e provare a trarre un breve bilancio complessivo.

Nel periodo che va tra la fine dell'XI e il tardo XII secolo l'analisi delle strutture edilizie connesse con le collettività urbane (prima proto-comunali e in seguito pienamente comunali), costituiscono un osservatorio privilegiato per

⁷³ Per una panoramica generale M. Ronzani, «Vescovo e comune nell'Italia comunale del Duecento: qualche riflessione», in L. Paolini (dir.), *Il Vescovo, la chiesa e la città di Reggio in età comunale*, Patròn, Bologna, 2012, pp. 11-28.

⁷⁴ Tosco, «Potere civile...», *op. cit.*

⁷⁵ Il caso di Parma è stato oggetto di un'analisi attenta; si veda M. Areli, *Italian Piazza Transformed: Parma in the Communal Age*, University Park, Penn State UP, 2012. Vedi anche M. L. Vescovi, «Muri e mura, architettura e città. Cantieri e struttura urbana a Parma tra XII e XIII secolo», *Ricerche di S/Confine*, 2.1, 2011, pp. 38-57. Su Novara G. Andenna, «Potere politico e comunicazione simbolica del potere nel Medioevo lombardo: il *palacium Communis*», in *Il Complesso Monumentale del Broletto di Novara e la nuova Galleria Giannoni*, Torino, Edizioni Celid, 2011, pp. 25-37. Per una panoramica sull'area lombarda R. D. Russell, *Vox Civitatis: Aspects of Thirteenth-Century Communal Architecture in Lombardy*, Ann Arbor, Princeton UP, 1989.

⁷⁶ Bocchi, «Il Broletto», *op. cit.*; Tosco, «Potere civile...», *op. cit.*

cogliere alcune delle caratteristiche salienti di tali comunità. Per esempio ci permettono di osservare come il progressivo sviluppo delle istituzioni comunali sia in linea di massima fortemente connesso all'istituzione vescovile, mentre il rapporto con il potere regio sia tendenzialmente di ostilità o, al più, di ostentata indifferenza. Al tempo stesso la fluidità istituzionale del comune (e a maggior ragione del protocomune) si esprime attraverso la pluralità e l'eterogeneità degli spazi frequentati dai suoi rappresentanti. La collettività urbana non investe con decisione su un unico luogo, ma preferisce muoversi più liberamente attraverso una costellazione di luoghi, a sua volta diversa di caso in caso, come più o meno diverse sono le matrici socio-politiche di ciascuna realtà comunale⁷⁷. Ogni comune elabora quindi progressivamente la sua identità ancorandosi a una serie di edifici 'tradizionali' che però vengono almeno parzialmente ricostruiti e risemantizzati nel corso del processo. Le trasformazioni edilizie conferiscono loro un'identità almeno in parte nuova e compatibile con la nuova immagine di sé che le collettività urbane lentamente costruiscono. All'interno di questa mutevole costellazione un ruolo strutturalmente centrale sembra comunque appartenere, fino almeno al tardo XII secolo, alle chiese civiche, che rappresentano molto probabilmente i perni stessi del processo di pietrificazione dell'identità delle comunità urbane.

Un ulteriore aspetto che emerge con evidenza nell'osservazione degli spazi costruiti a cui si lega la progressiva elaborazione di queste nuove identità collettive dalla fine dell'XI secolo, e in particolare delle chiese civiche e delle mura, è la loro marcata caratterizzazione militare. Il ceto dirigente urbano percepisce la comunità di cui è alla guida come un attore militare e vede nell'attività bellica il tratto da valorizzare in modo più appariscente e significativo, come emerge chiaramente dagli apparati scultorei e dalle epigrafi celebrative che ornano queste strutture edilizie. I *milites*, che costituiscono il ceto egemone delle collettività urbane fino al tardo XII secolo, si autodefiniscono come tali proprio in ragione della loro attitudine militare, e ciò ha ovvie ricadute anche sul loro modo di concepire la comunità di cui sono alla guida. Se il brodo di coltura in cui germinano i comuni è quello delle guerre civili connesse alla lotta per le investiture, e la loro successiva maturazione e cristallizzazione istituzionale avviene in un clima bellico endemico, ciò trova una piena espressione negli edifici volti a pietrificare l'identità che sono concepiti come contenitori e testimonianze di un *honor* comunale del quale la gloria bellica è il componente del tutto centrale. Una rappresentazione che trova peraltro il suo perfetto *pendant* nella produzione storiografica

⁷⁷ Wickham, *Sonnambuli verso...*, *op. cit.*

dell'epoca che è espressione di quelle stesse élites, e che è infatti del tutto focalizzata sull'attività militare⁷⁸. Per contro rappresentazioni identitarie alternative, fondate su sistemi di valori almeno in parte diversi, come ad esempio sulla valorizzazione del lavoro artigianale, pur se ben visibili nel caso di Piacenza, appaiono decisamente subordinate e minoritarie. La guerra – sia essa condotta contro gli infedeli, contro l'imperatore, o più prosaicamente contro le città vicine e i signori rurali del contado – è insomma probabilmente il nucleo centrale del processo di costruzione dell'identità civica nel corso del 'lungo XII secolo', e questa centralità trova piena espressione nella pietrificazione di tale identità.

⁷⁸ Sulla storiografia cittadina dell'epoca vedi E. Faini, *Italica gens. Memoria e immaginario politico dei cavalieri cittadini (secoli XII-XIII)*, Roma, Viella, 2018, pp. 51-90.

La piedra en la construcción medieval de Toulouse

Quitterie Cazes

Universidad de Toulouse Jean Jaurès
quitterie.cazes@univ-tlse2.fr

Hablar del uso de la piedra en una ciudad que se caracteriza por estar construida en ladrillo puede parecer anecdótico o incluso paradójico. Sin embargo, la piedra se utilizó en momentos muy concretos, con usos precisos y en circunstancias específicas. Hacer un balance de la cuestión significa preguntarse más ampliamente sobre las opciones relativas al uso y aprovisionamiento de materiales en la construcción urbana. Porque la piedra tiene un coste, pero también contribuye al aspecto decorativo de las edificaciones y, por extensión, de la ciudad: es, por tanto, testimonio de decisiones a la vez técnicas, económicas y estéticas. Si queremos entender el fenómeno en la Edad Media, hay que empezar por plantear un estado de la cuestión durante la Antigüedad. Hacerlo a largo plazo permite también establecer clasificaciones que no son necesariamente cronológicas, sino que reflejan un hecho social.

El aspecto actual de la ciudad de Toulouse muestra una preponderancia del uso del ladrillo. No es hasta los años cincuenta, cuando se desarrolla la moda de dejar las fachadas al descubierto, que los ladrillos de las edificaciones adquieren visibilidad, a pesar de que por su grado de cocción no estuvieran previstos para ello. De hecho, los materiales más utilizados en la ciudad son, en orden decreciente de proporción, el ladrillo para los paramentos, la cal y los guijarros para el interior de la mampostería y, muy por detrás, los materiales líticos.

1. LOS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN EN TOULOUSE

La ciudad de Toulouse se fundó a principios del siglo I d. C., en el punto de contacto entre el istmo galo que conecta el Mediterráneo en Narbona y el valle del Garona que conduce al océano Atlántico. La ciudad está situada en una vasta llanura aluvial, lo que determina el aprovisionamiento de materiales para su construcción.

El ladrillo se fabrica a partir del limo arcilloso de las orillas del río; lamentablemente, no se ha excavado ningún horno de ladrillos en los alrededores de la ciudad, cuya ubicación es conocida por los textos respecto a la Edad Media y a la época moderna, pero la zonificación arqueológica actual no llega hasta ellos.

Los guijarros se encuentran en el Garona, siendo el material más económico y de más fácil accesibilidad, utilizado como relleno en los trabajos de mampostería y en los cimientos.

En Toulouse, la piedra solo juega un papel marginal en términos cuantitativos. Sin embargo, su uso varía según la época y nos proporciona una serie de indicadores que, muy a menudo, permiten calificar a los propietarios y constructores.

El autor de referencia sobre el uso de la piedra en las edificaciones tolosanas es un erudito geólogo, Gaston Astre, que trabajó en los años 1930-1970. Él muestra cómo los materiales de la ciudad proceden de cuatro capas geológicas y/o zonas geográficas distintas¹:

- La llanura proporciona los guijarros, la arena y el limo que se utilizó esencialmente del siglo XIV al XVIII como aglutinante para la mampostería.
- Las laderas proporcionan el aprovisionamiento de margas y molasas que han sido cortadas por el lecho del río.
- De los Prepirineos norte y del Plantaurel se han extraído las calizas de Belbèze, Furne y Boussens con diferentes facies (a unos setenta kilómetros al sur de Toulouse).
- Los Pirineos son ricos en mármoles: de Saint-Béat para el mármol blanco y de Aubert (cerca de Saint-Girons) para el mármol negro vetado de blanco –el llamado Grand Antique d’Aubert, explotado principalmente a finales de la Antigüedad–. A ellos hay que añadir los mármoles de colores de Cierp, Campan y Sarrancolin.

Para Gaston Astre, las calizas margosas utilizadas en las construcciones proceden del departamento de Gers (al oeste de Toulouse). Frédéric Veyssièrre, geólogo de formación y arqueólogo del Inrap, se ha ocupado de la cuestión de los materiales líticos en todas las excavaciones desde los años noventa y le debemos mucho². En particular, demostró que esta molasa estampeana, de la que existen bancos en el Gers, en L’Isle-Jourdain como ya había identificado

¹ G. Astre, « Pierres et monuments de Toulouse les matériaux d’une ville et le caractère qu’elle en acquiert », *Bulletin de la Société archéologique du Midi de la France*, 3^e série, II, 1934-1937, pp. 291-359.

² F. Veyssièrre, « Les matériaux de construction de Saint-Pierre-des-Cuisines à Toulouse durant le haut Moyen Âge (V^e-VI^e-XI^e siècles) », en *Archéologie du Midi médiéval*, t. 8-9, 1990, pp. 187-192.

Gaston Astre, también existe en el propio Toulouse; algunos de estos bancos todavía afloran en el emplazamiento de las antiguas islas del Garona. Cabe señalar que el curso actual del río, bien encauzado entre los diques construidos en los siglos XVIII y XIX, ya no se parece al río torrencial que era hasta esas fechas. El arqueólogo Henri Molet ha podido reconstruir el perfil y la ubicación de las numerosas islas a lo largo de su curso, aguas abajo del vado del Bazacle (el último vado existente en el curso del Garona antes del Atlántico). Estas islas fueron erradicadas sistemáticamente en los siglos XIX y XX. Los cambios en el curso del río a lo largo de los dos últimos siglos han hecho improbable que se encuentren rastros de la extracción antigua y medieval de esta piedra caliza.

2. ANTIGÜEDAD

La procedencia a menudo lejana de los materiales líticos de buena calidad dio lugar a un fenómeno de reutilización sistemática a lo largo de la Edad Media. Por lo tanto, debemos empezar por observar lo que ocurre en la Antigüedad.

Si bien se utilizó el ladrillo en la construcción de uno de los *oppida* de los alrededores –Vieille-Toulouse, con un templo fechado por una inscripción del año 47 a. C.–, al fundarse la ciudad bajo Augusto, lo primero que se hizo fue definir su perímetro construyendo una muralla de tres kilómetros de longitud que dejaba la ciudad abierta al Garona (fig. 1).

El recinto, regularmente jalonado por torres, tiene una anchura de 2,40 m: sobre una base de guijarros aglomerados con mortero, el muro está formado por cajones de ladrillo escalonados con un relleno interior de guijarros y mortero. El revestimiento está formado, hasta 1,40 m de altura, de sillarejo de piedra caliza de la zona del Plantaurel, interrumpido –a dos tercios de la altura– por tres hiladas de ladrillo; por encima, el revestimiento es solo de ladrillos. En este caso, el uso de la piedra solo en la parte inferior responde a la necesidad de proteger el muro de la degradación³. Se ha podido calcular que se utilizaron unas 3000 toneladas de sillarejos de piedra caliza y casi 10 000 toneladas de cal⁴ (con tantos o más guijarros, y unos 1,5 millones de ladrillos). Aunque las piedras de la misma procedencia ya se habían utilizado en el siglo I a.C., es la primera vez que se usan cantidades tan grandes de piedra caliza de forma concertada. Sin embargo, el aspecto general de estos muros era el del ladrillo. Así lo expresó el

³ R. De Filippo, « Nouvelle définition de l'enceinte romaine de Toulouse », *Gallia*, t. 50, 1993, pp. 181-204 (aquí p. 197).

⁴ <https://www.inrap.fr/le-rempart-antique-de-toulouse-11957>

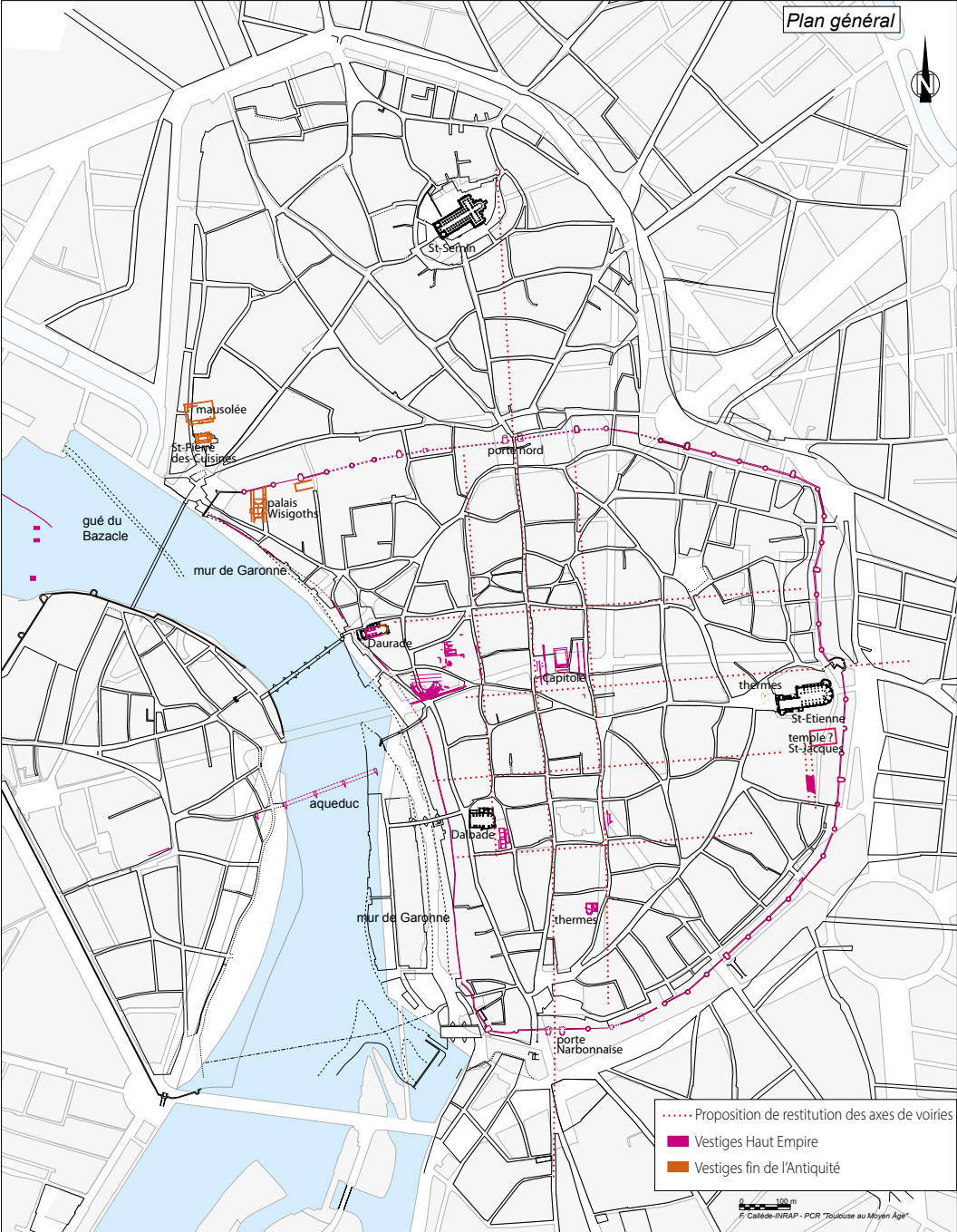


Figura 1. Mapa de Toulouse en la Antigüedad (dibujo F. Callède, modif. Q. Cazes).

poeta bordelés Ausonio, a finales del siglo IV, al celebrar los *coctilibus muris* de la ciudad⁵.

El uso de la piedra caliza de Furne o Belbèze sigue caracterizando la decoración de los monumentos de la ciudad a principios del siglo I. Así es como las puertas de la ciudad habían sido decoradas con piedra que, además de una iconografía que aún hoy sigue siendo muy desconocida, por la policromía de los materiales, realizaba el prestigio de estas entradas verdaderamente monumentales.

La puerta norte de la ciudad se descubrió durante las excavaciones para la construcción de un aparcamiento en 1971. Tiene tres pasajes y un patio interior circular (este con un diámetro de 10,24 m) entre dos torres. Las grandes dovelas de piedra de caliza del Plantaurel que cubrían uno de los pasajes daban animación al alzado de ladrillo, dada la policromía de los materiales, como muestra un dibujo de Du Rosoy de 1771⁶. En el transcurso de dichas excavaciones, también se encontraron en algunos niveles de esta misma zona fragmentos de columnas acanaladas y capiteles, por lo que se asociaron a esta puerta. Sin embargo, la menor calidad de la piedra y el carácter más bien tosco de la escultura llevan a Daniel Cazes a sugerir que proceden de algunos monumentos funerarios que fueron desmontados y reutilizados en un momento desconocido.

La torre oriental de la puerta sur se encontró durante las excavaciones de la década de 2000. Tiene las mismas características que la puerta norte, a excepción de la planta poligonal de la cara exterior de las torres. También estaba decorada. Fue destruida a mediados del siglo XVI, pero se ha conservado un dibujo de Servais Cornouaille que muestra el alzado de lo que él llama un «arco de triunfo», que Antoine Noguier, en 1556, especifica como «esculpido en piedra blanca»⁷, y que tal vez sea la decoración de uno de los pasajes aún entonces visible. Era un trofeo de armas que se superpone a los bárbaros vencidos. Para Gaston Astre, se trataba de una caliza nankin del Plantaurel.

Esta misma piedra caliza se utilizó a inicios del siglo I para los muros del doble pórtico que rodeaba el templo capitolino, situado en el centro de la ciudad antigua, como continuación del foro⁸. También se ha encontrado en el muro que bordea la calzada verdaderamente monumental (unos veinte metros) que pasaba

⁵ XIX, *Ordo urbium nobilium*, vers 98-99.

⁶ B. F. Du Rosoy, *Annales de la ville de Toulouse*, t. 1, París, 1771, pp. 429-445.

⁷ A. Noguier, *Histoire tolosaine*, Toulouse, 1556, pp. 22-28.

⁸ J.-C. Arramond *et al.*, « Le *Capitolium* de Tolosa ? Les fouilles du parking Esquirol. Premiers résultats et essai d'interprétation », *Gallia*, t. 54, 1997, pp. 203-238.

por delante del probable templo cerca de la puerta oriental de la ciudad⁹; es decir, este material se utiliza en la construcción de la red de calles realizada por las autoridades públicas. Cabe destacar que los numerosos fragmentos de capiteles, bases y columnas acanaladas pertenecientes a la primera fase de la construcción del pórtico que rodea el templo son todos de piedra caliza de Belbèze.

El templo propiamente dicho se construyó durante los años 60-80 y fue completamente destruido en los años 400. Con una anchura de veintisiete metros y una longitud restaurada de treinta y cinco metros (sin la escalera que lo precedía), era uno de los más grandes de la Galia romana, después del de Narbona, recientemente reestudiado. Sus cimientos estaban formados por un muro muy potente de piedra margosa y gujarros del Garona, mientras que en los alzados se utilizó piedra caliza fina y ladrillos. Los arqueólogos han encontrado elementos que permiten restaurar columnas de 1,50 m de diámetro, formadas por un núcleo de ladrillo recubierto de placas de mármol acanalado con junquillos, de un tipo especialmente monumental presente en Narbona y Tarragona, coronadas por grandes capiteles de mármol. Es la primera evidencia del uso del mármol en grandes cantidades en la ciudad.

Hay referencias a otro templo, aunque no lo conocemos. Durante la demolición en 1811 de una de las iglesias del grupo episcopal, Saint-Jacques, Alexandre Du Mège dijo haber visto unos sesenta sillares de mármol que formaban la base del edificio¹⁰. Dos de ellos fueron descubiertos durante un sondeo arqueológico realizado en 1990 a pocos metros de la iglesia: estos grandes sillares de mármol blanco proceden de las canteras de Saint-Béat. Du Mège también había visto –y depositado en el museo– un fragmento de una bonita cornisa de mármol. En 1992 también se encontró una esquirla perteneciente a la misma pieza, lo que confirma lo dicho por Du Mège. Por lo tanto, es probable que esta iglesia de Santiago fuera la que sucedió a este templo. El uso de mármol para el podio del templo sugiere que pertenece a la segunda fase de monumentalización de la ciudad antigua, a finales del siglo I o principios del II, lo que se confirma con la datación del trozo de cornisa atribuible a la época de Adriano.

Otros varios yacimientos de la antigua ciudad dan testimonio del uso de materiales líticos procedentes de los Prepirineos. Por ejemplo, la gran alcantari-

⁹ Q. Cazes et al., « Les fouilles du Rectorat à Toulouse », en *Mémoires de la Société archéologique du Midi de la France*, 1989, pp. 743; J. Catalo, L. Llech y J. Ribeiro, *Extension Préfecture, rue Sainte-Anne rue Saint-Jacques*, DFS AFAN/SRA Midi-Pyrénées, 1995, p. 95.

¹⁰ A. Du Mège, *Monumens Religieux des Volces Tectosages*, Toulouse, 1814, pp. 289-290; *Notice des Monumens antiques et des objets de sculpture moderne conservés au Musée de Toulouse*, Toulouse, 1828, p. 47; *Description du Musée des Antiques de Toulouse*, Paris, 1835, p. 139; « Mémoire sur le cloître Saint-Étienne de Toulouse », en *Mémoires de l'Académie des Sciences, Inscriptions et Belles-Lettres de Toulouse*, t. IV, 2^e partie, Toulouse, 1837, p. 255.

lla bajo el *cardo* principal está hecha con escombros de piedra caliza roja, pero la bóveda es de travertino, elegido por sus cualidades de ligereza¹¹. De hecho, aún sin revisar el total de los restos hallados durante las excavaciones de los últimos cincuenta años, se constata que en la Antigüedad suele haber un solo tipo de material lítico por muro, casi siempre asociado al ladrillo.

3. ANTIGÜEDAD TARDÍA Y ALTA EDAD MEDIA

Las excavaciones arqueológicas han demostrado que la ciudad romana conoció su mayor desarrollo y densificación urbana alrededor del año 400. Con la cristianización de la ciudad, los principales polos urbanos se desplazaron. El templo Capitolino, que estaba en el centro de la ciudad, es sistemáticamente destruido, mientras se construyen varias iglesias. En el interior de las murallas, la catedral se estableció en el sector monumental del templo, cerca de la muralla, controlando así la puerta oriental del recinto, y la iglesia de la Daurade fue construida en una pequeña elevación del terreno bordeando el Garona. Fuera de las murallas y al norte de la ciudad se encuentran las iglesias funerarias de Saint-Sernin y Saint-Pierre-des-Cuisines, conocidas por la arqueología (probablemente hubo otras, aún por descubrir).

A lo largo de la Antigüedad, y más concretamente en los siglos IV y V, el mármol llegó en grandes cantidades desde los Pirineos, especialmente desde las canteras de Aubert y de Saint-Béat. En el caso del «Grand Antique» de Aubert, todas las excavaciones de los últimos 30 años han aportado muchos elementos de aplacado de dicho mármol; se conserva también una columna procedente de la iglesia de Santiago en el núcleo episcopal cuyo capitel se fecha a finales del siglo IV-inicios del V. Así también lo demostraron las excavaciones realizadas en el Museo de Saint-Raymond en 1994-1995, que pusieron al descubierto un horno de cal de grandes dimensiones. La última cocción no se completó, con lo que se salvaron trozos de capiteles y columnas de mármol, muy probablemente procedentes de mausoleos de la necrópolis de Saint-Sernin, así como también varios fragmentos de sarcófagos; es más que probable que fueran los restos de un taller de escultura implantado a orilla de la necrópolis de Saint-Sernin¹².

En aquella época, los métodos de construcción cambiaron profundamente, según se deduce de los pocos indicios de que disponemos. Para las casas, hacen

¹¹ F. Veyssière, « Les matériaux... », *op. cit.*, p. 192, nota 9.

¹² Q. Cazes y D. Cazes, *Saint-Sernin de Toulouse. De Saturnin au chef-d'oeuvre de l'art roman*, Graulhet, 2008, pp. 37-42.

su aparición los zócalos de guijarros con un alzado que puede ser indistintamente de ladrillos, madera o adobe. Cabe señalar que varias excavaciones arqueológicas han mostrado que estas construcciones invaden el trazado de las calles, lo que probablemente refleja un debilitamiento del poder municipal. En el caso de edificios monumentales, la reutilización de materiales es sistemática, lo cual determina un cambio en los métodos de construcción.

En la iglesia funeraria de Saint-Pierre-des-Cuisines, hay buenas pruebas de ello. Las tres primeras fases de la iglesia, de los años 400, de los siglos VI o VII y de la primera mitad del siglo XI, se basan en reutilización de materiales, pero la distribución y la combinación de los tipos de materiales son diferentes en las distintas fases: para la fase paleocristiana y altomedieval, tres tipos de piedra arenisca, ocho tipos de piedra caliza y un tipo de mármol –solo cambia la calidad del mortero–, y para la fase prerrománica, siete tipos de arenisca, cinco tipos de caliza y tres tipos de mármol¹³.

En la primera iglesia, los cimientos son de ladrillos recuperados, colocados en *opus spicatum* a todo lo ancho de la mampostería y las hiladas son muy irregulares. Los dos paramentos están formados por ladrillos fragmentados y elementos grandes (entre quince y treinta centímetros) de piedra caliza, arenisca y mármol, así como de guijarros; están dispuestos en hiladas regulares (fig. 2). Encierran la mampostería de relleno hecha con materiales más pequeños (entre cinco y diez centímetros). Ninguno de los ladrillos está entero y su grosor es variable, lo que demuestra que proceden de diferentes edificios. Representan el 77 % del número de fragmentos de los elementos del edificio, el 9 % en paramentos y el 68 % en el relleno. Desde el punto de vista del volumen, las piedras dominan claramente. Frédéric Veyssière ha demostrado que el uso de los materiales está ligado a su tamaño y no a su naturaleza litológica.

En la fase del siglo VI-VII, los materiales son los mismos, solo cambia el mortero, de menor calidad. Es interesante observar que, en una tercera fase atribuible a la primera mitad del siglo XI, se encuentra el mismo fenómeno de reutilización e idéntica forma de construir, aunque el uso de los materiales muestra una tendencia a vincular más estrechamente el revestimiento y el relleno. Lo que cambia es la proporción de materiales, lo cual indica que el suministro proviene de otros edificios, probablemente también construidos con materiales reciclados. Los ladrillos son algo más numerosos: representan el 89 % de los elementos constructivos, de los cuales el 23 % son para el revestimiento y el 66 % para el relleno. La piedra caliza se utiliza para el revestimiento cuando

¹³ F. Veyssière, « Les matériaux... », *op. cit.*, pp. 187-192.



Figura 2. Saint-Pierre-des-Cuisines, exterior del transepto norte.

tiene un tamaño de diez a veinte centímetros y en el interior del muro cuando tiene un tamaño de cinco a quince centímetros. Las areniscas, que son mucho más diversas que en la fase anterior, se utilizan principalmente para el relleno (de cinco a diez centímetros de tamaño). Solo aparecen como revestimiento en los contrafuertes, en forma de sillares cuadrangulares (de treinta a cincuenta centímetros) colocados directamente sobre el sustrato, y en una pilastra del arco de entrada de la absidiola: sin duda provienen de una única construcción.

Poco después de la edificación de la primera iglesia, a mediados del siglo V, se construyó un gran monumento, interpretado como el mausoleo de los reyes visigodos de Tolosa, del que se excavaron dos secciones en 1996 y 2011-2012¹⁴. Tres galerías y un antecuerpo frente a la iglesia forman un rectángulo de 40 x 50 m, cuya parte central no ha sido excavada. El monumento, articulado con la iglesia, está hecho con materiales reutilizados, ladrillos, guijarros y algunas piedras. En los potentes cimientos se alternan dos o tres hiladas de guijarros con una o dos hiladas de ladrillos. La parte inferior del alzado conservado es de piedras irregulares; el mortero deja a la vista la cara de cada sillar, para dar un aspecto regular al alzado. Se reutilizan materiales, pero el objetivo es dar la apa-

¹⁴ J. Catalo *et al.*, « Le monument wisigothique du site de l'école d'économie de Toulouse », en E. Boube, A. Corrochano y J. Hernandez (eds.), *Du royaume goth au Midi mérovingien*, Actes des 34^e journées internationales d'archéologie mérovingienne, AFAM, Toulouse, noviembre 2013, Burdeos, Ausonius, Mémoires 56, 2019, pp. 83-97.



Figura 3. Muro interior del pórtico sur del mausoleo del siglo v.

riencia de un alzado de sillaría regular (fig. 3).

Es exactamente la misma técnica que se utilizó para la construcción de la parte del palacio de los reyes visigodos que se excavó al otro lado de la muralla en 1988 y que se destruyó al año siguiente. En estos edificios, como en la iglesia de Saint-Pierre-des-Cuisines en su primera fase, la reutilización

sistemática de los materiales va acompañada de una nueva concepción de la mampostería. Ya no hay distinción entre paramento y relleno. Los fragmentos de ladrillo se colocan de forma plana a lo ancho del muro, con las piezas más grandes formando el paramento, y se extiende una gruesa capa de mortero (5-6 cm) por encima. El mismo procedimiento se utiliza para las hileras de guijarros, que se colocan en diagonal, en plano o en vertical, según su módulo, y se cubren con una gruesa capa de mortero. Este método requiere gran cantidad de mortero, que es de excelente calidad: también se fabrica con piedras o mármoles antiguos recuperados, como demuestra el horno de cal descubierto en las excavaciones del Museo de Saint-Raymond en 1994-1995.

Otra estructura de mampostería formada por piedras y ladrillos aún sobrevive y forma una parte del muro occidental de la actual capilla Sainte-Anne, cerca de la catedral. Se trata de un segmento de la fachada de la iglesia de Saint-Jacques, que sucedió al templo mencionado anteriormente, y que ha sufrido varias reconstrucciones importantes: un tabique de ladrillos que se fecha de finales de la Antigüedad y, sobre todo, una mampostería de piedras de todo tipo, piedras reutilizadas y ladrillos fragmentados que podría haber sido reconstruida durante el periodo carolingio. La fase posterior, que puede atribuirse al periodo románico, se construyó íntegramente en ladrillo.

Otra mampostería podría pertenecer a la Alta Edad Media: el relleno de un vano en la antigua muralla, descubierto en 2006¹⁵. En este caso, se puede poner en relación con la consolidación de las defensas de Toulouse en el periodo carolingio. Las excavaciones delante de la Porte Narbonnaise realizadas por Jean Catalo han

¹⁵ C. Darles y M. Cabarrou, *Etude architecturale des vestiges de l'enceinte de Toulouse – 12 rue Sainte-Anne, 15 rue Bida*, Rapport d'opération, Toulouse, 2008.

sacado a la luz un foso muy amplio de la época carolingia¹⁶. Varias otras intervenciones arqueológicas han demostrado que este foso se excavó alrededor de toda la ciudad antigua, lo que implica un enorme esfuerzo de defensa.

De hecho, entre los años 400 y 1050, todas las construcciones de alguna importancia reveladas por la arqueología se realizaron sistemáticamente con estos materiales recuperados. Es una forma de liberar el espacio urbano mediante el reciclaje de materiales de edificios antiguos y, en cierto modo, prolongar manera de hacer de la Antigüedad. Más importante, el tipo de materiales utilizados genera una nueva forma de concebir la construcción de muros. Sin embargo, el aspecto de los paramentos no era necesariamente «pobre». En el probable mausoleo de los reyes visigodos se descubrieron grandes cantidades de fragmentos de aplacado de mármol, y en el tramo de la galería excavado al norte de la iglesia de Saint-Pierre-des-Cuisines se conservaba parte del suelo de baldosas de mármol blanco y negro. En el caso de la iglesia en su fase del siglo V, a pesar del aspecto más bien descuidado de los alzados, el suelo del ábside estaba hecho de un mosaico con decoración geométrica con pájaros y peces; en su fase del siglo XI, los muros del lado interior estaban simplemente encalados. Tampoco hay que olvidar que los promotores de estos edificios monumentales pertenecían a las élites de la ciudad: reyes visigodos, obispos y, probablemente, el conde de Toulouse para la fase del siglo XI de Saint-Pierre-des-Cuisines. No les faltó ambición para sus construcciones ni medios para conseguirlas, porque la producción de ladrillos continuó durante la Alta Edad Media y su calidad demuestra que no hubo pérdida de destreza.

Para la Antigüedad, el arqueólogo Raphaël De Filippo ha demostrado que la fabricación de ladrillos solo se conoce durante el siglo I; para él, en los siglos siguientes el reemplazo parece sistemático¹⁷. Pero probablemente hay que matizar dicha opinión. Porque si los ladrillos del siglo I son identificables gracias a las marcas, los de los siglos siguientes permanecen «anónimos». Por lo tanto, es necesario proceder a dataciones científicas. Entre las primeras experiencias de datación por termoluminiscencia promovidas por Georges Bacrabère a finales de los años setenta, los ladrillos de la muralla construida a lo largo del Garona habían sido datados a finales del siglo III; sin embargo, la muestra era probablemente demasiado pequeña para poder considerar fiables los resultados y, de hecho, esta muralla se dataría en el siglo IV.

¹⁶ J. Catalo y Q. Cazes (dirs.), *Toulouse au Moyen Âge. 1000 ans d'histoire urbaine*, Portet-sur-Garonne, 2011, pp. 28-30.

¹⁷ R. De Filippo, « Le remploi de la brique dans l'Antiquité tardive : le cas toulousain », *Archéopages*, INRAP, n.º 29, abril 2010.

Durante las excavaciones realizadas antes de la construcción del nuevo Palacio de Justicia, hace veinte años, los arqueólogos descubrieron parte del «château Narbonnais» construido por el conde Raimundo V poco antes de 1170. La datación arqueomagnética de los ladrillos da un intervalo cronológico de 876 a 951. No se trata de datar el muro, que está bien atestiguado por la estratigrafía, sino los materiales¹⁸. Aquí se ha reutilizado una gran masa de ladrillos, tal vez los del edificio anterior que solo se conoce por grandes negativos. Cabe señalar también que los ladrillos tienen un módulo medio de 39 x 26 x 4 cm, muy cercano al utilizado en la época romana.

Así, parece que la fabricación de ladrillos nunca cesó en Toulouse, aunque no hayamos tenido la oportunidad de excavar los correspondientes hornos. En este contexto, donde, hay que repetirlo, la calidad de los morteros sigue siendo excelente, la capacidad de construir edificios monumentales persiste. La reutilización sistemática de los materiales, especialmente de las piedras, no es probablemente más que una cuestión de oportunidad. También hay que preguntarse por la capacidad de seguir abasteciendo a la ciudad de materiales de construcción desde una zona relativamente lejana (entre sesenta y setenta kilómetros). Pero, como veremos para el periodo románico, molasas estampiensas de menor calidad que la caliza prepirenaica se encontraban en la propia Toulouse, fácilmente accesibles a orillas del Garona. Sin embargo, no se utilizaron, probablemente porque no cumplían los requisitos de calidad de la construcción a semejanza de lo que se hacía en la Antigüedad.

4. EDAD MEDIA

4.1. Saint-Sernin, la influencia de un modelo arquitectónico

Es a la luz de la singularidad de estas reutilizaciones sistemáticas que debemos comprender la novedad de la construcción de Saint-Sernin, a partir de los años 1070¹⁹. Se observa la reaparición de la mampostería bien labrada, con revestimiento de ladrillo y piedra –más adelante solo de ladrillo–, lo que atestigua el florecimiento de un oficio y de una producción que ha pasado a ser masiva.

En Saint-Sernin, por primera vez desde la Antigüedad, se cortaron sillares de tamaño medio, utilizados en las ventanas y en los contrafuertes (fig. 4). El

¹⁸ J. Catalo *et al.*, *Toulouse. Palais de Justice, RFO*. Toulouse, 2007, p. 115.

¹⁹ Q. Cazes y D. Cazes, *Saint-Sernin de Toulouse. De Saturnin au chef-d'œuvre de l'art roman*, Graulhet, 2008, p. 60 sq.

resto del paramento es de ladrillos, mientras que el interior de los muros se hace con guijarros y mortero de cal. La técnica de construcción también se basa en métodos de la Antigüedad. ¿Por qué este cambio? Hay varias respuestas posibles. Este tipo de mampostería tripartita, con dos paramentos y un relleno unidos por un mortero de buena calidad que da una gran coherencia, facilita construir muros suficientemente anchos para resistir los empujes ejercidos por las bóvedas. Permite también construir las a una gran altura (veintiún metros bajo bóveda). Este tipo de planta, con un deambulatorio y capillas radiales, incorpora también sillares. Desde la tesis de Pierre Martin en 2012²⁰, sabemos que esta planta apareció en el Valle del Loira alrededor del año 1000, al mismo tiempo que el uso de sillares de tamaño medio muy bien labrados. Es lo que se constata en la construcción de las grandes colegiadas de Saint-Martin de Tours o Saint-Martial de Limoges²¹. Pero no es específico de las iglesias, sino que también se ve en los castillos de la misma época, la fortaleza de Loches, por ejemplo, ahora fechada por dendrocronología en el primer tercio del XI²².

Sabemos que esta planta llegó a Toulouse a través de Sainte-Foy de Conques porque las dimensiones de los pilares del transepto son absolutamente idénticas, lo que demuestra que el arquitecto tolosano midió la iglesia en construcción de Conques²³. Su cabecera, construida entre los años 1030 y 1040, se caracteriza entre otras cosas por los sillares.

En Saint-Sernin, el impacto técnico del modelo parece ser, por tanto, un factor determinante en la elección de los materiales, teniendo en cuenta la realidad local en términos de abastecimiento. La propuesta era llevar la arquitectura en una dirección decididamente nueva, utilizando una fórmula moderna pero basándose en el modelo más prestigioso de las basílicas funerarias, el de San Pedro del Vaticano en Roma, lo que supone una forma de pensar completamente medieval. Al mismo tiempo, la tentación de recuperar la construcción monumental «al estilo antiguo» se hace presente: en las partes bajas de los ábsides, las primeras en construirse, se crean motivos de piedra o se utiliza el *opus reticulatum*,

²⁰ Pierre Martin, *Les premiers chevets à déambulatoire et chapelles rayonnantes de la Loire moyenne (X^e-XI^e siècles)*, Universidad de Poitiers, 2010.

²¹ X. Lhermite y A. Marty, « Saint-Martial de Limoges, l'apport des fouilles à la connaissance de l'abbatiale du Sauveur », *Saint-Martial de Limoges, Millénaire de l'abbatiale romane (1018-2018)*, en *Bulletin monumental*, t. 178-1, 2020, pp. 19-30.

²² J. Mesqui, « La tour maîtresse du donjon de Loches », *Bulletin Monumental*, t. 156-1, 1998, pp. 65-128.

²³ Q. Cazes, « Recherches sur les origines du chevet de Saint-Sernin de Toulouse », *Saint-Martial de Limoges. Millénaire de l'abbatiale romane, 1018-2018*, en *Bulletin monumental*, t. 178-1, 2020, pp. 139-148.



Figura 4. Saint-Sernin, cabecera.

pero estos métodos, que reproducen prácticas de la Antigüedad y de la Alta Edad Media, se abandonan rápidamente en favor de la modernidad.

La obra se aprovisiona tanto de ladrillos como de piedras. Este doble aprovisionamiento permite realizarla con una gran rapidez: el transepto tiene sesenta y cuatro metros de longitud y toda la cabecera fue construida y abovedada ya en 1100, es decir, en un periodo de unos treinta años. Muchas de las piedras fueron sustituidas en el siglo XIX (la mayoría eran molasas estampiensas, que no han resistido el paso del tiempo). En cambio, en el interior y en la parte occidental se conservan las piedras originales.

No hay regularidad en la distribución de piedras y ladrillos. Llama la atención que no se intentara conseguir una simetría en la disposición de los materiales. En un primer momento, había abundancia de piedra, como se puede ver en los portales (por ejemplo, en el reverso del muro sur del transepto), pero también en el zócalo que marca el afloramiento de los cimientos en todo el perímetro de la iglesia.

Estas piedras son de diferentes tipos. Cuando hay piedra caliza de Furne, Bellèze o Boussens, o bien arenisca más dura, se trata de reutilizaciones, pero en forma de sillares recortados: llevan la huella de las herramientas (principalmente un martillo de corte) utilizadas para tallar cada cara. Se encuentran sobre todo en los pilares, en el interior del transepto. La mayoría de las piedras son, sin embargo, molasa estampiese que procede de las orillas del Garona. Muy fácil de cortar, endurece al secarse; las marcas dejadas por las herramientas son entonces menos finas y menos densas.

Cabe también señalar que hay marcas lapidarias en el transepto que parecen corresponder a una fase en la que las obras avanzaban muy rápidamente: pueden reflejar un cierto nivel de organización en una fase en la que había múltiples fuentes de materiales. Sin embargo, estas marcas son muy rudimentarias y no tienen en absoluto la calidad epigráfica de los signos estudiados por Lei Huang para la construcción de la abacial de Conques²⁴.

Esta misma molasa estampiese seguía utilizándose ampliamente hacia el año 1100, cuando se construyó la puerta Miègeville, uno de los pocos lugares del exterior del edificio donde se conservan los materiales originales. Algunas hiladas de ladrillos compensan la ausencia de piedra; obviamente, esta irregularidad en el color de los materiales no supuso ningún problema para los constructores (fig. 5).

²⁴ L. Huang, *L'abbatiale de Sainte-Foy de Conques (XI-XII siècles)*, Tesis doctoral, Universidad de París 1-Panthéon Sorbonne, 2018.

TOULOUSE. SAINT-SERNIN. Porte Miègeville
 Relevé d'élévation avec indication des matériaux - État juillet 2005
 Dessin Q. Cazes. 2005

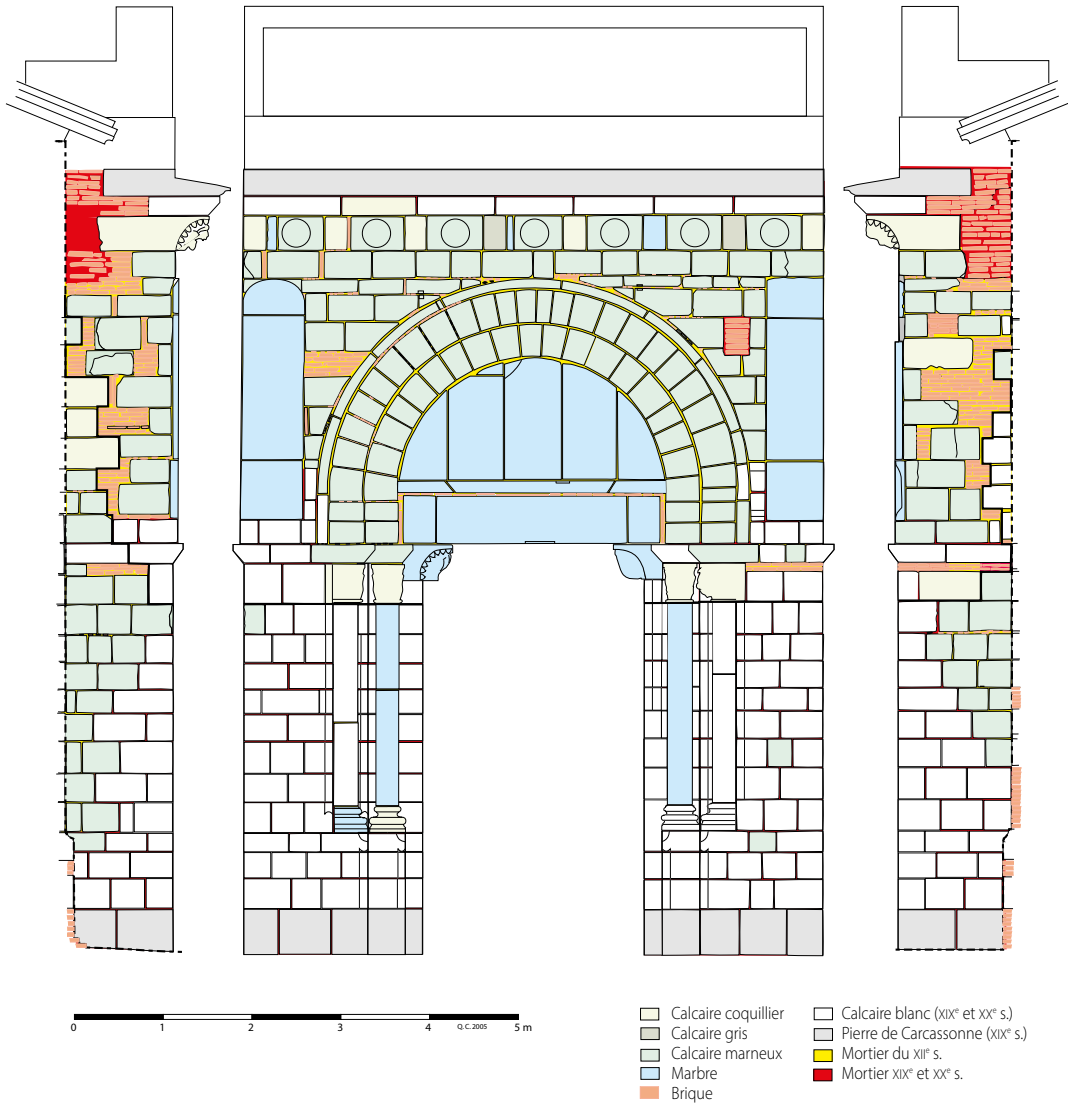


Figura 5. Saint-Sernin, puerta Miègeville (dibujo Q. Cazes).

Poco a poco, a partir de la década de 1120, la piedra se dejó de aplicar en la construcción. Se ha dicho que se debió al menor coste de la construcción, por el coste de transporte de los materiales. Sin embargo, esto no es cierto si tenemos en cuenta que todas las piedras que no son de sustitución proceden de las orillas del Garona. Además, la fabricación del ladrillo también tiene un coste, al igual que el mortero. El uso de ladrillos requiere una mayor cantidad de mortero que la piedra. En Saint-Sernin, al principio de la obra los sillares tienen una altura media de treinta centímetros, los ladrillos de cuatro centímetros y las juntas de mortero son de dos centímetros como máximo: por lo tanto, se necesita cinco veces más mortero para unir los ladrillos que para unir las piedras. Esto está relacionado con las enormes cantidades de mortero que deben ocupar la mitad de la masa del relleno. Teniendo en cuenta que generalmente se utilizan medios ladrillos en los paramentos, para un muro de dos metros de espesor el ladrillo solo representa el 20 % del total de la mampostería, y el resto, guijarros y mortero, el 80 %; si el muro tiene un ancho de un metro, la proporción es aproximadamente del 30 % para los ladrillos y del 70 % para el resto²⁵.

En cuanto a la escasez de piedra a partir de los años 1120, probablemente haya que invocar otros argumentos. Al mismo tiempo, los pocos capiteles del interior del edificio y los del claustro se esculpieron de forma más «severa», renunciando a la figuración humana. Se trata de un verdadero cambio de rumbo en un edificio que se había centrado en la calidad plástica de las obras, en el refinamiento de la cultura implicada en sus modelos subyacentes y en la profundidad dogmática de su significado. ¿Cómo no relacionar estos dos fenómenos con la evolución de una cierta sensibilidad, ilustrada por las famosas diatribas de san Bernardo de Claraval? Tanto la arquitectura como la escultura se volvieron menos demostrativas, en favor de una simplicidad que podía ser una nueva expresión de la búsqueda de la monumentalidad.

En Saint-Sernin, por tanto, si la piedra cuidadosamente colocada se utilizó en el último tercio del siglo XI, fue sin duda para ajustarse a un modelo de otra región. El monumento también refleja un cambio de escala en el edificio (tanto en longitud como en altura) y desarrolla un gran tecnicismo, especialmente en el abovedado. Esto requería la utilización de técnicas de construcción más elaboradas que las anteriores y, en este sentido, volvieron a prácticas similares a las utilizadas durante la Antigüedad. Este uso conjunto de la piedra y el ladrillo se ha convertido en una especie de marca registrada de Saint-Sernin, transmitiendo

²⁵ Q. Cazes, « La brique à Toulouse au XI^e et au début du XII^e siècle », en S. Balcon-Berry, B. Bois-savit-Camus y P. Chevalier (dirs.), *La mémoire des pierres, Mélanges d'archéologie, d'art et d'histoire en l'honneur de Christian Sapin*, Bibliothèque de l'Antiquité tardive, 29, Brepols, 2016, pp. 119-128.

probablemente una imagen de modernidad arquitectónica. Por lo tanto, no es de extrañar que encontremos en otros lugares, en los años 1100, un uso conjunto de estos materiales (que ninguna razón técnica justifica), en la propia Toulouse en la fase románica de Saint-Pierre-des-Cuisines, o en otras iglesias de la región.

Podemos preguntarnos si la policromía en el exterior del edificio era intencionada, lo que parece probable. Esto plantea la cuestión de un posible enlucido de los paramentos, difícil de responder dado que todos sus rastros fueron erradicados sistemáticamente durante las restauraciones del siglo XIX. Sin embargo, por un lado, los ladrillos tienen una calidad de cocción que les permite resistir la exposición a la intemperie. Por otra parte, es poco probable que el abandono del uso de la piedra a partir de la década de 1120 se deba a opciones técnicas o económicas: se trata, pues, de una evolución del gusto, lo que sugiere que los revestimientos de los muros siguieron siendo visibles.

4.2. Saint-Étienne: ideología del poder e importancia del modelo en el uso de la piedra

La catedral de Saint-Étienne fue reconstruida en los años 1070-1120 con los paramentos hechos completamente de ladrillo. En los restos que se conservan de esta fase románica, las claves de los *oculi* son de piedra y ladrillo, alternándose, siguiendo la moda establecida por Saint-Sernin.

A principios del siglo XIII, en el marco de la lucha contra la herejía albigena que pronto se convertiría en cruzada, el papa nombró a Foulque de Marseille, antiguo trovador y ex abad del monasterio cisterciense del Thoronet, para la sede episcopal. El primer acto del obispo fue reconstruir la catedral, que ciertamente no lo necesitaba, pues había sido terminada solo tres cuartos de siglo antes. De la iglesia románica de tres naves, conservó los muros exteriores pero derribó los pilares interiores para crear un vasto espacio único que prefigura la nueva unidad de la Iglesia mediante la reunión de los fieles.

Además, el obispo Foulque amplió el edificio anterior en dirección al oeste. De hecho, «borró» la fachada anterior que se abría a la ciudad para dar la nueva imagen de su iglesia. La nueva fachada es totalmente de piedra (fig. 6). Bajo un potente arco apuntado, tiene tres niveles. El inferior, que incluía tres portales, desapareció como consecuencia de las reformas del siglo XV. Encima, una hilera de siete arcos coronada por un rosetón rodeado por dos ventanales rematados por un arco de medio punto, de estructura totalmente cisterciense. Así, la fachada es al mismo tiempo monumental, despejada y potente gracias al uso de la piedra. En este caso, el uso de la piedra acompaña una remodelación del edificio con fuertes implicaciones ideológicas.



Figura 6. Catedral Saint-Étienne, fachada.

Pero la historia no se acaba ahí. Un cuarto de siglo después de la finalización del proyecto, el contexto político ha cambiado: el condado de Toulouse pasa a manos de la corona francesa en 1271 y, hacia 1275, el nuevo obispo, Bertrand de l'Isle-Jourdain, emprende la construcción de un nuevo coro, primer paso hacia una renovación total del edificio, una catedral «a la francesa». El interior está realizado íntegramente en piedra caliza del Plantaurel, con sillares de gran tamaño utilizados habitualmente en las construcciones góticas. Ello refleja sin duda la influencia de los modelos del norte, pero también la excepcional financiación de las obras, que demuestra que el rey se ocupa de sus nuevos súbditos. El exterior muestra la habitual combinación de piedra y ladrillo, con una preponderancia de la piedra en la parte inferior del edificio –probablemente había un considerable aprovisionamiento de piedra al principio de la construcción–. Las piedras presentan algunas marcas de cantero pero de escasa calidad, lo que demuestra que su uso era puramente técnico y, sin duda, inusual por parte de los constructores.

4.3. Los «Jacobins»: la sublimación de la piedra

Otros dos usos de la piedra se pueden ver con la iglesia de los *Jacobins*, la iglesia del primer gran convento dominico construido en Toulouse donde se había fundado la orden. Este edificio fue construido en varias etapas entre los años 1230 y 1340. El exterior es todo de ladrillo y responde a la estética «severa» promovida desde principios del siglo XII, especialmente en el ambiente cisterciense.

El interior del edificio muestra la sutil combinación de un volumen extraordinario y un ambiente colorido en el que domina la piedra bajo dos formas complementarias (fig. 7). La piedra de Boussens prevalece en las columnas de veintidós metros de altura que separan las dos naves. La gran unidad del material, de la misma procedencia, es el resultado de un encargo específico. Ello demuestra que existe un proyecto unitario y un perfecto dominio técnico: con un diámetro de 1,63 m en la base y de 1,32 m en la parte superior (1,84 m y 1,53 m para la columna más oriental, que lleva la famosa «palmera»), estas columnas son de una regularidad perfecta y son suficientes para soportar las bóvedas de crucería de cada tramo de las dos naves paralelas. En este caso, la piedra era indispensable para tal proeza técnica. Estas columnas monumentales estaban pintadas imitando el mármol, formando espirales invertidas de una columna a otra. El gusto por la piedra se refleja también en su representación pintada, de los siglos XIII y XIV, como sustitución de la verdadera piedra, en todas las paredes y bóvedas, a modo de falsos sillares. Esta elección tiene sentido y confiere al edificio su unidad y belleza: independientemente del material de ladrillo

o piedra, la apariencia es que toda la iglesia está construida con mármoles de colores; en definitiva, como el Templo de Salomón. El contraste entre el exterior, que ofrece a los habitantes de la ciudad una solidez y un rigor absolutos en las formas monumentales de ladrillo, material común a toda la ciudad, y el interior, que cumple las promesas de la Jerusalén celestial en la intensa vibración cromática de los mármoles falsos, resulta extraordinario. En este sentido, la arquitectura es perfectamente programática respecto al papel que los dominicos querían desempeñar en la sociedad, a pesar de que, cuando la iglesia tomó su forma definitiva a finales del siglo XIII, los religiosos se habían alejado del ideal de pobreza de sus orígenes.



Figura 7. Iglesia del convento de los Dominicos (*Jacobins*).

Reencontramos las características de esta sorprendente iglesia en otras numerosas iglesias de Toulouse, empezando por la de los franciscanos (*cordeliers*), también de los siglos XIII y XIV, hoy en su mayor parte destruida, de dimensiones enormes que prefiguraban las de la catedral de Albi. En este caso, así como en el de la iglesia de los carmelitanos, de la misma época, es preciso señalar la presencia de portaladas hechas en su totalidad de piedra caliza, esculpidas, con programa estatuario más o menos desarrollado, también existente en la famosa capilla Nuestra Señora de Rieux de los franciscanos.

4.4. Ornamentos de piedra

A partir del siglo XIII, la piedra se utilizó para los ornamentos arquitectónico. Además de los portales de las iglesias y conventos, las puertas de las casas burguesas, los rellenos de las ventanas y las arcuaciones de los claustros se elaboraron con piedra caliza de Belbèze, siendo la de Furne muy popular en los siglos XIV y XV. Esta nueva prevalencia de la piedra, más acusada aún a finales del XIV en el gran claustro de los Agustinos, inspiró también muchas obras del siglo XV (catedral, Saint-Nicolas, Trésorerie, casas...), cuyos ornamentos flamígeros, de origen nórdico pero tan de moda en la Europa de fines de la Edad Media, precisaban el uso de este material. La moda de la estereotomía erudita en los siglos XV y XVI también contribuyó a un mayor uso de la piedra, como en el patio del hotel de Bernuy, construido por Louis Privat poco después de 1530. Ello favoreció igualmente la llegada de numerosos escultores septentrionales al sur de Francia, así como también a la península ibérica.

En cuanto al hábitat urbano, los restos encontrados en las excavaciones arqueológicas muestran construcciones de ladrillo, a veces ligadas con mortero de tierra para las más modestas. Entre las casas que se conservan, hay verdaderos palacios urbanos como el de Pierre Maurand, de finales del siglo XIII (calle del



Figura 8. Casa medieval de la calle Croix-Baragnon, detalle.

Taur), que muestra una poderosa torre en la esquina de dos calles a lo largo de las cuales se extienden edificaciones de al menos dos plantas. Todo el conjunto es de ladrillo, pero se desconoce totalmente si estos potentes alzados estaban enlucidos o no; en cualquier caso, la calidad de cocción del ladrillo es tal que no es necesario el enlucido. Un siglo más tarde, hermosas casas polivalentes, como la de la calle Croix-Baragnon (fig. 8), utilizaban la piedra, pero solo para los capiteles y ornamentos esculpidos de la fachada que atestiguan la riqueza y el gusto de su propietario. La diferencia entre estos dos ejemplos radica esencialmente en la calidad de la decoración ofrecida a la vista de los transeúntes; quizá no se trate de una cuestión relacionada con el tipo de hábitat, elitista o comercial, sino de una sensibilidad diferente según la época.

En cualquier caso, las casas de piedra son extremadamente raras. Esto es lo que hace más preciosa la mención de una *aula petrini* comprada por la poderosa familia Barrau en 1182, no lejos de la Daurade: la piedra utilizada para construirla sirvió para singularizarla en el paisaje urbano, y nos hubiera mucho gustado conocerla.

5. CONCLUSIÓN

El aspecto actual de Toulouse es el de una ciudad construida en ladrillo, como otras ciudades ribereñas como Zaragoza o Bolonia. Esta imagen es el resultado de una realidad, la del material más utilizado, pero también de una construcción histórica que se remonta a finales del siglo XIX. Fue entonces cuando los cenáculos poéticos acuñaron el término «ciudad rosa» para significar el particular encanto femenino de la ciudad, y este epíteto fue adoptado por la naciente oficina de turismo²⁶. Esta noción se extendió luego al color de las fachadas de ladrillo, sobre todo a partir de los años cincuenta cuando se eliminó el revoque coloreado de la época moderna para recuperar el material de construcción en una perspectiva de búsqueda de autenticidad y de resaltar un particularismo regional.

Sin embargo, cuando observamos la construcción de Toulouse a largo plazo, nos damos cuenta de que no es el uso del ladrillo, que es muy común, lo que ha permitido distinguir una u otra construcción, sino el uso de la piedra. Estas prácticas suelen estar en consonancia con las modas de otros lugares, lo que no impide un uso singular de los materiales. Así, desde la creación de la ciudad en la época de Augusto, la piedra llegó en grandes cantidades desde el Prepirineo,

²⁶ L. Barlangue, « L'invention du surnom de " Toulouse ville rose " », *Toulouse, une métropole méridionale : vingt siècles de vie urbaine*, Méridiennes, 2009.

utilizada tanto por razones técnicas –reforzando la base de la muralla contra la erosión– como por razones ideológicas: las decoraciones de las puertas expresan la victoria del Imperio, si el «arco de triunfo» conocido por el dibujo de Servais Cornouaille es efectivamente uno de los pasajes de la puerta sur. Más ampliamente, es todo el recinto el que expresa el poder de Roma, simbólico como es en estos tiempos de paz. Los circuitos de aprovisionamiento estaban entonces bien establecidos. En el último tercio del siglo I, la monumentalización de la ciudad adquirió una forma aún más lujosa con las decoraciones de mármol extraído de los Pirineos. En esto Toulouse siguió los pasos de Roma, Narbona o Tarragona. Por lo que sabemos, al final de la Antigüedad y en la Alta Edad Media, los edificios se construyeron de forma diferente, utilizando en gran parte materiales de reutilización, tanto piedras como ladrillos, con mortero de alta calidad: el *savoir-faire* antiguo persistió, aunque las formas de la construcción cambiaran.

Cuando se empezó a construir Saint-Sernin en la década de 1070, se produjo una verdadera ruptura con el pasado: tecnológica, arquitectónica y, en última instancia, política (afirmación del vínculo con Roma, independencia del obispo, etc.). Los canónigos de Saint-Sernin demostraron una extraordinaria ambición respecto al edificio destinado a ser el relicario monumental del cuerpo del primer obispo de Toulouse, fallecido en el año 250. El modelo es el de las inmensas construcciones imaginadas en el reino capeto, mezclado con la referencia en términos de basílicas martiriales, la de San Pedro en el Vaticano. Probablemente debido al prestigio de este modelo arquitectónico, el maestro de obras optó también, como en Tours, Limoges o Conques, por utilizar sillares de tamaño medio para los contrafuertes, las esquinas y los marcos de las ventanas de la propia construcción, pero también para la escultura que, desde el principio de la obra, se desplegó con profusión.

Esta conformidad con modelos que sugieren el uso de la piedra o con técnicas que exigen su uso se encuentra también, pero con un alcance diferente, en la construcción del coro de la catedral de Saint-Étienne, con el uso de la piedra exclusivo en el interior, más comedido en el exterior: con ello, sin duda, se privilegiaba el punto de vista de los que frecuentaban el edificio, los poderosos canónigos y el obispo de esta riquísima diócesis en primer lugar. El periodo gótico también desarrolló motivos arquitectónicos que imponían el uso de la piedra: rellenos de ventanas o arcadas del claustro, portales con estatuas, antes de que el gusto por la estereotomía erudita de finales de la Edad Media extendiera esta moda a las más bellas residencias de los grandes mercaderes o parlamentarios. La piedra también ofrece la posibilidad de desarrollar una decoración exterior de la que disfrutaban las casas más opulentas. De hecho, la adopción de estos procesos y formas, expresión de un gusto ampliamente extendido, es una de las maneras con que las élites urbanas, tanto religiosas como civiles, demuestran su

integración en el reino de Francia, del que Toulouse, también desde este punto de vista, es una de las «buenas ciudades». De este modo, estas élites se sumaron también a las corrientes e intercambios internacionales que se multiplicaron a finales de la Edad Media. Más original, pero también más marginal, es la producción en serie de capiteles de mármol para los numerosos conventos de la ciudad en los siglos XIII y XIV. El mármol procede esencialmente de Saint-Béat, como en la Antigüedad, lo cual implica la reactivación de los circuitos comerciales y una exigencia nueva: en una ciudad que había llevado la «cultura del claustro» a su punto álgido en el siglo XII con los maravillosos conjuntos de capiteles de piedra de los claustros de Saint-Sernin, Saint-Étienne y La Daurade, en el periodo gótico se opta por otro material, el mármol, sin duda más prestigioso.

En un paisaje urbano totalmente de ladrillo, la piedra es también una expresión del poder del que la encarga, patente a principios del XIII en la fachada occidental de la catedral de Saint-Étienne, y también aplicado a las casas. Aunque solo conservamos una mención de una *domus petrini* de la época medieval, la época moderna ha producido un caso elocuente, el del «hotel de piedra» cuya fachada fue construida para François de Clary, primer presidente del Parlamento, por el arquitecto Pierre Souffron en 1611: atestigua la importancia social del material cuando se expone a la mirada de la ciudad. Esto es la arrogancia y la demostración de poder y riqueza del hombre que también fue dignatario de los Juegos Florales. Esta decoración de teatro real, inspirada en el Renacimiento italiano, incluía también mármoles recuperados de los restos antiguos de la ciudad.

El uso de la piedra también es el resultado de los valores llevados por la cultura y por el imaginario. Hemos mencionado ya el sorprendente contraste entre el aspecto severo del exterior de la iglesia de los Jacobinos y el lujo interior evocado por la diversidad y la riqueza de las pinturas de falso mármol que cubren todo el alzado interior. La decoración pintada que imita el aspecto de la piedra es habitual en las casas medievales, y está más o menos cuidada, mostrando a veces hermosas invenciones²⁷. En las iglesias, el falso mármol de los pilares o los alzados no es solo una simulación de materiales considerados suntuosos y que evocan las construcciones más ricas de la Antigüedad. El mármol también es portador de valores específicos: por la luminosidad del material y sus múltiples colores, por las referencias bíblicas al Templo de Salomón, es en cierto modo un vector de lo sagrado. En los Jacobinos, lo que se propone es realmente la visión de otro mundo: la simulación de un material que conduce a una proyección en el más allá.

²⁷ Así, la decoración pintada analizada por Anaïs Charrier en la casa del 63 de la calle Delpéch en Cahors: A. Charrier, *Cahors. Immeuble 63 rue Delpéch*, Cahors, 2017, pp. 14-17.

La pietrificazione di una città: la storia sociale di Tivoli nel Medioevo attraverso l'archeologia dell'architettura*

Fabio Giovannini

Università degli Studi di Roma Tor Vergata
fa.giovannini@gmail.com

INTRODUZIONE

Durante i secoli centrali del Medioevo, il paesaggio europeo si trasforma attraverso il progressivo, ma evidente, ritorno ad un'edilizia in materiale durevole di qualità; si tratta di un profondo cambiamento strutturale che coinvolge nuovi concetti ideologici, dinamiche istituzionali e pratiche sociali.

Questa è la frase tipica con la quale, solitamente, i membri del gruppo di ricerca di Petrifying Wealth hanno l'abitudine di iniziare un articolo o una riflessione quando vogliono riassumere quale sia l'intuizione iniziale sulla quale si basa il nostro progetto. Uno dei modi che è stato scelto per cercare di capire quali siano le motivazioni ed i significati di questa *pietrificazione*¹ dell'Europa Mediterranea è quello di realizzare alcune ricerche puntuali, degli approfondimenti su alcuni casi di studio, ossia delle indagini su realtà circoscritte che possano essere un utile elemento di riflessione e di confronto per comprendere a pieno questo fenomeno.

* Questo lavoro è stato interamente realizzato con il progetto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300». Questo progetto ha ricevuto un finanziamento dal Consiglio di Ricerca Europeo (ERC) nell'ambito del Programma di Ricerca ed Innovazione Horizon 2020 (GRANT AGREEMENT n. 695515).

¹ Sul significato e concetto di pietrificazione si rinvia al paragrafo intitolato '*Pietrificazione/ generalizzazione dell'edilizia di qualità con cicli produttivi complessi*' in A. Molinari, «La "pietrificazione" del costruito nell'Europa meridionale del pieno medioevo. Considerazioni comparative dalla prospettiva archeologica», in F. Giovannini, A. Molinari (a cura di), *Il paesaggio pietrificato. La storia sociale dell'Europa tra X e XIII secolo attraverso l'archeologia del costruito*, Atti del Convegno Internazionale, ERC project Petrifying Wealth (Arezzo, 7-8 febbraio 2020), *Archeologia dell'Architettura*, XXVI, 2021, pp. 7-287.

Per il contesto della penisola italiana, ad esempio, come ha ricordato anche S. Carocci in una recente pubblicazione, nell'ambito del progetto *Petrifying Wealth*, la città di Roma ha un posto d'onore, grazie alla ricchezza delle testimonianze materiali di epoca medievale ancora presenti all'interno del suo tessuto urbano e all'eccezionale quantità di ricerche storiche ed archeologiche che l'hanno vista protagonista². E in quest'ottica, la ricerca di un possibile elemento di confronto ha portato a porre la nostra attenzione sulla città di Tivoli. Perché, quindi, proprio Tivoli? Perché la città si trova a meno di 30 km da Roma, la sua storia (medievale e non solo) è fortemente connessa alle vicende che interessarono il centro maggiore e perché quello che potremmo definire in ambito architettonico come 'il modello romano' sembra essere recepito tra la seconda metà/fine dell'XI ed il XIV secolo anche all'interno del tessuto costruttivo tiburtino. Infatti, nonostante le complesse vicende che legano le due città, caratterizzate durante i secoli centrali del medioevo da una condizione di conflitto sfociata in alcuni momenti in veri e propri scontri armati, sembra essersi verificato contestualmente anche un intenso scambio culturale ed una trasmissione di conoscenze e competenze tecniche. Inoltre, come si proverà a descrivere nelle pagine seguenti, il tessuto urbano del centro storico di Tivoli conserva un significativo numero di evidenze materiali riconducibili al periodo di nostro interesse; si tratta di testimonianze ancora visibili sebbene inserite al centro di una complessa stratificazione di azioni costruttive di riordino urbanistico e di modifiche architettoniche, realizzate a partire dai primi anni dell'età moderna e poggiate sui resti delle antiche pianificazioni ed urbanizzazioni di epoca romana.

Lo studio dell'edilizia storica di Tivoli non è certo una novità: la città è stata oggetto di attività di ricerca per quanto riguarda sia le testimonianze architettoniche della *Tibur* di epoca classica³ sia le analisi del tessuto urbano e delle costruzioni riconducibili al medioevo ed all'età moderna⁴. Consape-

² S. Carocci e N. Giannini, «Portici, palazzi, torri e fortezze. Edilizia e famiglie aristocratiche a Roma (XII-XIV secolo)», in *La petrificación de la riqueza: construcción e identidad en la Península ibérica e Italia, siglos XI-XIII*, Salamanca, Universidad de Salamanca, *Studia Historica, Historia Medieval*, 39 (1), 2021, pp. 7-44 (in particolare, p. 8). L'indagine sistematica delle tecniche e delle tipologie edilizie di epoca medievale della città di Roma nell'ambito del progetto *Petrifying Wealth* è stata realizzata da N. Giannini, alla cui opera, attualmente in fase di elaborazione, dal titolo *Abitare e costruire a Roma nel Medioevo. Materiali per un atlante dell'edilizia civile medievale di Roma* si rinvia fin d'ora per un approfondimento.

³ Come testo di riferimento si rinvia a F. C. Giuliani, *Tibur. Pars Prima*, Roma, De Luca, 1970.

⁴ Come esempio, si rimanda alla recente pubblicazione che raccoglie gli interventi presentati alla giornata di studio organizzata dal Comune di Tivoli nel 2016 e dedicata allo studio del contesto architettonico, urbano e paesaggistico della città e del territorio circostante: R. Martines e E. Pallottino (a cura di), *Tivoli, un laboratorio urbano. Ieri, oggi, domani*, Roma, TrE Press, 2019.

voli di questo presupposto, questa indagine è stata progettata con l'intento di offrire un nuovo punto vista sullo sviluppo materiale della città con sguardo archeologico e con il proposito di trovare elementi nuovi e, quando possibile, osservare in maniera alternativa quelli già conosciuti. L'obiettivo è quello di mettere a disposizione un nuovo strumento di confronto con il quale contribuire alla ricerca delle motivazioni che portarono alla pietrificazione del medioevo.

Nelle pagine seguenti è proposta una sintesi dei dati raccolti e sono presentati i primi risultati ottenuti sui quali poter sviluppare future riflessioni.

1. LA METODOLOGIA DELLA RICERCA

Partendo dalle premesse sintetizzate nel paragrafo precedente, si è deciso di affrontare lo studio dell'edilizia storica medievale della città di Tivoli seguendo i principi ed i metodi dell'archeologia dell'architettura⁵.

Sebbene *Petrifying Wealth* non sia un progetto di archeologia ma una ricerca che abbraccia più discipline, come si ha modo di apprezzare anche attraverso la lettura dei contributi dedicati alla pietrificazione della ricchezza ed all'identità sociale dei secoli centrali del medioevo presentati in questo volume, i suoi quesiti storici si muovono proprio a partire da suggestioni proposte dall'archeologia. Quindi, il contributo che può offrire, in generale, la ricerca archeologica appare fondamentale e, più in particolare, lo studio delle evidenze architettoniche di una città a continuità di vita come Tivoli attraverso l'analisi stratigrafica degli elevati ci è sembrato che potesse essere un buon punto di partenza per approfondire ed ampliare le nostre conoscenze sulla sua pietrificazione.

Cercando di applicare gli strumenti propri dell'archeologia dell'architettura si è provato ad identificare tutti quegli indicatori che potessero fornire informazioni su quella che potremmo definire la storia sociale del costruito. A partire dalla registrazione delle evidenze materiali si è cercato di seguire il percorso di quello schema proposto alcuni anni fa da J. A. Quirós Castillo e da lui definito «mapa conceptual de análisis de las técnicas constructivas»⁶. Un modello interpretativo pensato per l'analisi delle murature ma che può essere

⁵ G. P. Brogiolo e A. Cagnana (a cura di), *Archeologia dell'architettura. Metodi ed interpretazioni*, Firenze, All'Insegna del Giglio, 2012.

⁶ J. A. Quirós Castillo, «Técnicas constructivas altomedievales en la ciudad de Pisa y en la Toscana nordoccidental», *Arqueología de la Arquitectura*, 4, 2005, pp. 81-112.

esteso, come è già stato suggerito anche da G. Bianchi, allo studio «di un intero manufatto edilizio, inteso nel suo sviluppo volumetrico e in rapporto al contesto abitativo di riferimento». Specifica, infatti, la studiosa che nello schema «come tre principali soggetti determinanti l'esito di un procedimento costruttivo ritroviamo i *promotori*, i *costruttori* ed i *recettori*, figure queste che, se connesse al più generale ambito politico ed economico locale, risultano costituire i possibili principali punti di riferimento per la ricostruzione di una storia sociale delle architetture»⁷.

Tendendo ben presenti questi fattori, è stato pianificato lo studio di Tivoli, una città circondata da un territorio piuttosto articolato dal punto di vista geografico, formata su di un'altura compresa tra il complesso dei Monti Sabini e dei Prenestini, in un punto di guado del fiume Aniene ed in una zona di contatto tra l'area latina e quella sabina, vertice di un naturale percorso di crinale che collega l'area della pianura romana ad ovest con i territori montani abruzzesi ad est (fig. 1). Si tratta di un insediamento pluristratificato, all'interno del quale le più antiche tracce di frequentazione antropica sembrano risalire all'epoca preistorica (VI-VI secolo a. C.) e dove sono ancora ben evidenti i segni architettonici e l'impronta urbanistica della *Tibur* di epoca classica e tardo-imperiale⁸. Al contrario, le dinamiche insediative di Tivoli del periodo di transizione dall'epoca tardo imperiale al medioevo sono ancora piuttosto incerte, sebbene anche recentemente siano state promosse ricerche sull'evoluzione topografica della città tra il III ed il X secolo⁹.

L'analisi del centro storico tiburtino, condotta dallo scrivente, è stata svolta all'interno dell'area compresa nella più ampia estensione della cerchia muraria di epoca medievale, uno spazio di circa 35 ettari di superficie edificata, corrispondente all'espansione dell'abitato cittadino fino alla metà dell'Ottocento. È stata realizzata una valutazione preliminare del tessuto urbano attraverso l'utilizzo di fotografie aeree e satellitari, della cartografia attuale e di quella storica, come la carta archeologica della città o le planimetrie del Catasto Gregoriano della prima metà dell'Ottocento. Inoltre, si è potuto ottenere una valutazione iniziale delle fasi di formazione del tessuto urbano attraverso la realizzazione di

⁷ G. Bianchi, «Archeologia dell'Architettura e indicatori materiali di storia sociale: il caso toscano e l'Italia centro Nord tra IX e XII secolo», *Archeologia dell'Architettura*, XV, 2011, pp. 205-210 (in particolare, p. 205).

⁸ Si veda, ad esempio, M. G. Corsini, *Ipotesi sul luogo e la città di Tivoli*, Ferrante, Roma, 1982; F. C. Giuliani, *Tibur*, *op. cit.*

⁹ Si veda, ad esempio, A. Cicogna, «Continuità di vita e trasformazioni di un sistema difensivo tra l'età tardoantica e l'altomedioevo: il caso di Tivoli», in C. Cecalupo, G. A. Lanzetta e P. Ralli (a cura di), *RACIA 2018, Ricerche di Archeologia Cristiana, Tardantichità e Altomedioevo (1^a International Conference of PhD Students, Rome, 5th-7th february 2018)*, Oxford, Archeopress, 2018, pp. 144-152.

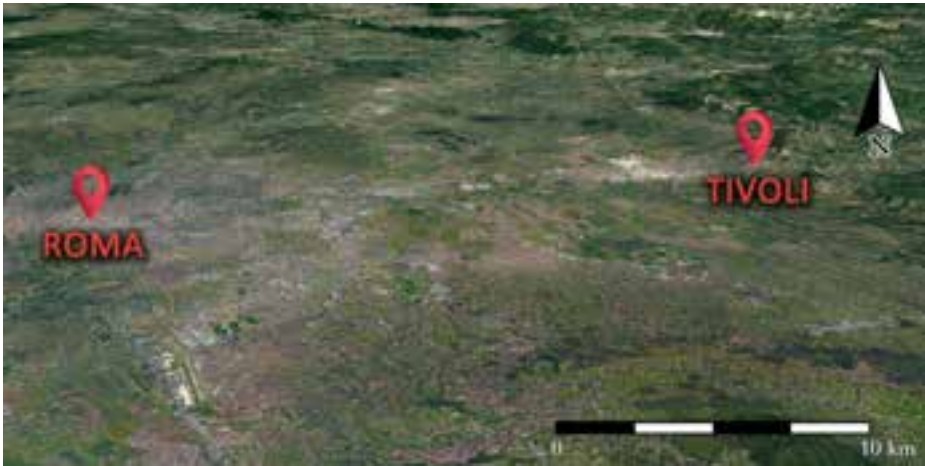


Figura 1. La campagna romana e la localizzazione della città di Tivoli (immagine satellitare tratta da Google Earth e modificata dall'autore).

una base cartografica su piattaforma GIS¹⁰ e l'integrazione dei dati provenienti da ricerche preesistenti¹¹. Tivoli, come ogni attuale città, è il risultato di un lungo processo di stratificazioni architettoniche riconducibili a diverse fasi storiche, delle quali è possibile riconoscere le tracce a partire dalla lettura delle singole azioni costruttive ancora visibili sui prospetti degli edifici per poi passare alla forma dei manufatti edilizi, alla struttura dei complessi architettonici ed alla configurazione del tessuto urbano¹².

¹⁰ È possibile consultare una selezione preliminare dei dati inseriti all'interno del database del progetto attraverso un visore cartografico che attualmente raccoglie informazioni di oltre 17000 edifici ed evidenze architettoniche databili ad un contesto cronologico compreso tra XI e XIV secolo (al quale si accede attraverso la pagina web del progetto Petrifying Wealth: www.petrifyingwealth.eu). Informazioni sulla struttura del database possono essere reperite all'interno del *Data Management Plan* del progetto elaborato, nella sua ultima versione, da E. Capdevila Montes, A. Piñel Bordallo e A. Rodríguez (consultabile al seguente link <http://hdl.handle.net/10261/239862>). Sul tema dell'utilizzo dei GIS in archeologia si rimanda, inoltre, a J. Bogdani, *Archeologia e tecnologie di rete. Metodi strumenti e risorse digitali*, Roma, BraDypUS, 2019.

¹¹ Si ricorda, ad esempio, l'interessante ricerca condotta da G. Brunori e A. Cretarola (*Eadem, Tivoli Lettura di una città*, tesi di Laurea Magistrale in Restauro, Facoltà di Architettura, Università degli Studi di Roma Tre, anno 2015-2016). Una sintesi di questo lavoro si trova in M. Zampilli *et al.*, «Formazione e trasformazione della struttura urbana di Tivoli», in R. Martines e E. Pallottino (a cura di), *Tivoli, un laboratorio urbano*, *op. cit.*, pp. 27-53.

¹² Su questo argomento si veda anche l'approccio tipologico-processuale adottato da G. Brunori e A. Cretarola per lo studio dell'organismo urbano tiburtino (per una sintesi si veda: G. Brunori e A. Cretarola, «Lettura della struttura urbana di Tivoli», in M. Zampilli *et al.*, «Formazione e trasformazione», *op. cit.*, pp. 33-39).

L'indagine sul campo è iniziata con una serie di ricognizioni all'interno del centro storico, un'attività utile all'individuazione delle evidenze architettoniche riconducibili all'epoca medievale. Ogni elemento materiale è stato localizzato spazialmente e registrato all'interno della piattaforma GIS, è stato schedato secondo parametri standardizzati ed è stato documentato sia attraverso fotografie prospettiche che, quando si è ritenuto utile o necessario, tramite rilievi digitali fotogrammetrici¹³.

Attualmente sono stati individuati 106 corpi di fabbrica, ossia edifici (unità edilizie), con tracce architettoniche riconducibili all'epoca medievale; un gruppo di evidenze che possono variare dalla sopravvivenza di un ridotto lacerto murario, rispetto al quale si può riconoscere una specifica tecnica costruttiva, a intere fabbriche che conservano ancora la loro struttura originaria, sebbene alterata dagli interventi delle epoche successive.

2. LE TESTIMONIANZE ARCHITETTONICHE DELLA CITTÀ MEDIEVALE

2.1. L'incerto sviluppo urbano tra il X e la prima metà dell'XI secolo

L'immagine di Tivoli proposta dalla storiografia del secolo scorso attraverso lo studio delle fonti scritte di X e XI secolo è quella di una città che sembra rimanere stabile nella sua conformazione acquisita nel corso dell'epoca tardoantica almeno fino alla metà dell'XI secolo¹⁴. Fino a quel momento la distinzione tra lo spazio urbano e l'area rurale sembra essere stata definita dal circuito murario di epoca romana, una struttura in origine forse risalente al II secolo a. C. e che, nel corso dei secoli successivi, dovrebbe essere stata soggetta a recuperi strutturali e a parziali riforme¹⁵. In base a questa ricostruzione, il tessuto urbano doveva occupare una superficie di circa 10 ettari e doveva essere costituito apparentemente da un abitato piuttosto rarefatto, caratterizzato dai ruderi dei

¹³ G. P. Brogiolo e A. Cagnana, *Archeologia dell'Architettura*, *op. cit.*; T. Mannoni, «Il problema complesso delle murature storiche in pietra 1. Cultura materiale e cronotipologia», *Archeologia dell'architettura*, II, 1997, pp. 15-24; R. Parenti, «Sulle possibilità di datazione e di classificazione delle murature», in R. Francovich e R. Parenti (a cura di), *Archeologia e restauro dei monumenti*, Firenze, All'Insegna del Giglio, 1988, pp. 280-304; T. Mannoni, «Metodi di datazione dell'edilizia storica», *Archeologia Medievale*, XI, 1984, pp. 396-401.

¹⁴ Si veda, ad esempio, P. Delogu, «Territorio e cultura fra Tivoli e Subiaco nel Medio Evo», *Atti e Memorie della Società tiburtina di storia e d'arte*, 1979, p. 42, oppure V. Pacifici, «Tivoli nel Medioevo», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1925-1926, pp. 217-265.

¹⁵ Si veda, ad esempio, A. Cicogna, «Continuità di vita», *op. cit.*

fabbricati di età romana ormai dismessi e da ampi spazi aperti in parte utilizzati per le colture¹⁶.

In alcuni documenti di X secolo sono citati per la prima volta alcuni edifici turriti (indicati con i termini *turris* o *turricella*) che sembrano essere già in questa epoca gli elementi architettonici di rappresentanza, insieme alle chiese, dell'assetto sociale della città¹⁷. Si tratterebbe di fabbriche di proprietà dei ceti aristocratici ed ecclesiastici.

Le torri qui descritte sono spesso localizzate lungo le mura, un dato che potrebbe suggerire una loro diretta connessione con il circuito murario: forse si potrebbe trattare delle stesse torri della cortina recuperate e convertite ad un uso privato come strumenti difensivi, di controllo degli accessi cittadini e, forse, potrebbero aver già rivestito una funzione di manifestazione del ruolo sociale dei proprietari. Tuttavia, le informazioni su queste strutture sono piuttosto limitate per proporre interpretazioni attendibili sul loro ruolo e funzione all'interno del tessuto abitativo tiburtino, anche perché, almeno per il momento, non è stato possibile incontrare sicuri riscontri materiali di queste strutture attestate nelle fonti scritte; fatta eccezione, forse, per la Torre di S. Caterina: una costruzione impiegata, credibilmente già nel corso del Trecento, come campanile di un omonimo monastero femminile¹⁸, ma la cui struttura originaria sembra essere stata un elemento difensivo annesso alla più antica cinta muraria cittadina, i cui resti sono ancora presenti nell'area circostante¹⁹. Infatti, le ricerche condotte su queste evidenze localizzate lungo il limite nord-ovest del centro abitato da parte di F. C. Giuliani²⁰, e riprese in vari studi successivi, hanno permesso di riconoscere, oltre i rifacimenti delle mura ed i resti di alcuni edifici annessi databili al pieno e tardo medioevo, gli interventi di ristrutturazione del sistema difensivo di epoca tardoantica: un'attività inquadrata cronologicamente in un primo mo-

¹⁶ Riguardo a questa proposta di ricostruzione storica si veda anche quanto riportato in G. Corsini, *Ipotesi sul luogo e la città di Tivoli*, Roma, Ferrante, 1982; C. Pierattini, «Tivoli in età barbarica», *Conversazioni sulla storia di Tivoli*, 1980; I. Belli Barsali, «Problemi dell'abitato di Tivoli nell'Alto Medioevo», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1979, pp. 125-147; R. Martines, «La struttura urbana di Tivoli medievale. I. Note sulla formazione urbanistica di Tivoli», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1979, pp. 149-159.

¹⁷ Si vedano, ad esempio, i seguenti documenti editi: G. Levi e L. Allodi, *Il regesto sublacense del secolo XI*, Roma, Reale Società Romana di Storia Patria, 1885, pp. 200-201; L. Bruzza, *Regesto della Chieda di Tivoli*, Roma, 1880, pp. 27, 57 e segg.; I. Giorgi e U. Balzani, *Il regesto di Farfa compilato da Gregorio di Catino*, II, Roma, 1879, p. 109. Fonti citate in P. Delogu, «Territorio e cultura fra Tivoli», *op. cit.*, p. 43, nota n. 42.

¹⁸ F. Ferruti, «Note su alcune chiese di Tivoli nel Medioevo», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 2017, p. 159; F. C. Giuliani, *Tibur*, *op. cit.*, pp. 109-113.

¹⁹ F. C. Giuliani, *Tibur*, *op. cit.*

²⁰ *Ibidem*.

mento al VI secolo e, più recentemente, circoscritta alla prima metà di questo secolo grazie ad uno studio condotto da A. Cicogna²¹. Anche l'edificazione della torre di S. Caterina è attribuita a questa fase di restauri: un fabbricato a pianta quadrangolare realizzato, in origine, con una muratura in laterizi di reimpiego, che si posizionava in aggetto verso l'esterno su un angolo del preesistente circuito murario costruito con grandi blocchi di tufo calcareo giallo di epoca romana; una architettura che nella sua porzione superiore mostra ancora le tracce del suo utilizzo in età medievale e della sua annessione all'omonimo convento nel corso del XIV secolo, nonché dei continui adattamenti e riusi fatti fino ad epoca recente.

Comunque sia, a prescindere o meno dall'individuazione di un legame tra la torre di S. Caterina e le torri citate nei documenti di X-XI secolo, si potrebbe riconoscere in queste attestazioni una testimonianza scritta di una sorta di archetipo architettonico e concettuale della tipologia edilizia di edifici turriti ad uso abitativo, che si diffonderanno ampiamente in città nel corso dei due secoli successivi, le cui testimonianze materiali sono descritte nelle pagine seguenti.

Oltre a queste torri, a Tivoli dovevano essere presenti anche altre abitazioni aristocratiche, delle quali ci parla sempre la documentazione di metà X secolo²². Ma anche di queste attestazioni, almeno per il momento, non sono state identificate evidenze concrete attraverso la ricognizione all'interno del tessuto urbano; probabilmente anche a causa della mancanza in città di indagini di scavo che possano mettere in evidenza questa tipologia di dati materiali per questa altezza cronologica²³.

Sempre attraverso le fonti documentarie di questo periodo, gli edifici ecclesiastici attestati dovevano essere l'altra evidente forma di investimento architettonico della città. Cercando di posizionare in pianta nella maniera più accurata possibile la loro ubicazione, sembra che si dovessero trovare diffusi principalmente intorno alla cattedrale e nei pressi degli accessi in città, con una funzione, probabilmente, di consacrazione religiosa degli spazi. Si potrebbe trattare, forse, di costruzioni promosse sia da enti ecclesiastici che per iniziativa di famiglie aristocratiche, ma che sembrerebbero rimanere pur sempre sotto il controllo

²¹ A. Cicogna, «Continuità di vita», *op. cit.*, pp. 147-148.

²² Si rimanda a quanto indicato in merito da P. Delogu, «Territorio e cultura fra Tivoli», *op. cit.*, p. 43, nota n. 42. e, come esempio, si ricorda il documento datato al 945 che al rigo 34 di p. 20 riporta «... per theodosius dux. de casa in foru. trimisse...» (pubblicato in L. Bruzza, *Regesto della Chieda di Tivoli*, Roma, 1880, p. 20).

²³ Su questo tema si rimanda anche a quanto recentemente sostenuto da A. Molinari nell'ambito di ricerche dedicate allo studio dell'edilizia storica (A. Molinari, «La "pietrificazione" del costruito», *op. cit.*).

del vescovo, la figura che appare essere l'autorità principale di Tivoli in questa epoca e l'effettiva guida politica ed economica in ambito cittadino per una popolazione costituita da piccoli proprietari terrieri e da un non ben definito ceto aristocratico²⁴. Infatti, in relazione al ruolo di centralità della figura del vescovo per il X e soprattutto l'XI secolo, il centro politico ed amministrativo della città sembra rimanere proprio quella che era stata l'area del Foro, dove in questo periodo la cattedrale lì presente doveva rappresentare il centro del potere di una città che si poneva come unico insediamento di riferimento per l'organizzazione e la gestione del proprio territorio²⁵.

2.2. La manifestazione materiale dell'ascesa di Tivoli nella seconda metà dell'XI secolo

Nel corso della seconda metà dell'XI secolo le analisi storiografiche concordano nel riconoscere la progressiva crescita dell'influenza politica della città nella gestione e nel controllo del territorio tiburtino-sublacense²⁶, un'area nel corso della prima metà del secolo ripartita tra la potente famiglia romana dei Crescenzi ed i suoi seguaci, il monastero benedettino di S. Paolo fuori le mura e quello, sempre benedettino, di Subiaco²⁷. Nello specifico, l'iniziativa politica nella regione dovrebbe essere gradualmente passata a Tivoli, che nel XII secolo risulta aver assunto un ruolo da protagonista all'interno delle vicende politiche e sociali locali. Infatti, è in questi anni che si attesta un cambiamento d'orientamento delle

²⁴ F. Ferruti, «Note su alcune chiese», *op. cit.*; P. Delogu, «Territorio e cultura fra Tivoli», *op. cit.*, pp. 43-44; V. Pacifici, «Tivoli nel Medioevo», *op. cit.*, p. 219.

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ Soltanto intorno alla metà dell'XI secolo nei documenti si trova attestato un territorio tiburtino, inteso come effettivo spazio giurisdizionale dipendente da Tivoli (V. Pacifici, «Tivoli nel Medioevo», *op. cit.*, p. 221). Attraverso la documentazione d'archivio pervenuta, Tivoli appare come l'unico centro di riferimento di un territorio sfruttato essenzialmente come spazio rurale. Non sembra possibile riconoscere alcun intervento volto alla fondazione di nuovi abitati o ad attività d'incastellamento di nuovi siti (P. Delogu, «Territorio e cultura fra Tivoli», *op. cit.*, p. 42).

²⁷ È noto che a partire dal pontificato di Leone IX, il papato sembra aver posto tra i suoi obiettivi quello di un diretto controllo sul territorio laziale, in opposizione alla dominazione delle grandi signorie aristocratiche. In particolare, in base alla ricostruzione storica proposta da P. Delogu, nell'area in esame il papa cerca di realizzare questo proposito ponendosi in contrapposizione alla famiglia Crescenzi decretandone la decadenza tramite l'istituzione, nella sua area territoriale d'influenza, di una nuova signoria fedele alla Chiesa di Roma, concretizzatasi nell'attribuzione di nuove proprietà al monastero di S. Paolo fuori le mura. Secondo le intenzioni del papato, la regione tiburtino-sublacense appare essere stata circoscritta all'interno delle zone d'influenza del monastero romano e di quello di Subiaco, in modo da risultare isolata ed impossibilitata ad aderire a nuove definizioni territoriali (P. Delogu, «Territorio e cultura fra Tivoli», *op. cit.*, pp. 44-51).

strategie di gestione e di amministrazione del territorio cittadino. Questa nuova politica è testimoniata dalle attività militari volte all'imposizione di un dominio urbano sulle vicine valli dell'Empiglione e dell'Aniene tiburtino, e proseguita con le rivendicazioni di diritti vescovili su alcune porzioni di territorio nei confronti dello stesso monastero sublacense. L'evento è ulteriormente manifestato da una perentoria politica espansionistica portata avanti da conti e rettori tiburtini verso i centri abitati ad est della città, sottraendo territorio e suscitando l'ostilità sia del monastero di Subiaco che di quello di S. Paolo fuori le mura²⁸.

Queste vicende sembrano aver infastidito e preoccupato le autorità romane, ed in particolare il papato, che riconosceva in una possibile crescita di Tivoli la formazione di un sito strategicamente pericoloso ai fini del controllo e gestione di questa porzione del territorio. Si aprì, così, una fase di scontri tra le due città che vide, dopo alcune vicende favorevoli ai tiburtini, la sconfitta di Tivoli nel 1143. A questo evento seguì la sottomissione del centro urbano alla Chiesa romana e la cessione di gran parte dei territori conquistati in precedenza. Ma questa condizione di dipendenza da Roma sembra essere stata mal sopportata dalla comunità tiburtina e già nei primi anni della seconda metà del XII secolo le fonti storiche attestano l'intenzione di sottrarsi al controllo romano e di porsi sotto la protezione imperiale. Inoltre, di lì a poco, è documentata anche la ripresa delle attività di conquista di nuovi territori, soprattutto a discapito del monastero sublacense di S. Benedetto²⁹.

Le vicende qui sintetizzate, sembrano avere un riscontro anche nelle architetture. Infatti, è proprio a partire dalla seconda metà dell'XI secolo che anche nelle evidenze archeologiche si possono riconoscere le prime testimonianze di una nuova fase di sviluppo urbano: la città appare ora soggetta ad una crescita del tessuto edilizio attraverso una notevole attività di *pietrificazione*.

Le evidenze architettoniche conservano i segni di quello che potremmo forse definire un *risveglio* delle attività edilizie in materiale durevole; ma più che una ripresa dell'uso della pietra si ha qui un riuso del laterizio.

Attraverso l'impiego di maestranze probabilmente dotate di un buon livello di specializzazione vengono recuperati i mattoni delle fabbriche di epoca

²⁸ *Ibid.*, pp. 51-52; V. Pacifici, «Tivoli nel Medioevo», *op. cit.*, pp. 308-321.

²⁹ Tuttavia, in questi stessi anni la città appare pur sempre sottostare, almeno parzialmente, al controllo di Roma. Infatti, sia per gli anni venti che per gli anni trenta del Duecento l'amministrazione della giustizia all'interno del contesto tiburtino, ed i proventi derivanti da questa attività, sembrano essere gestiti direttamente proprio dal comune romano. Per una sintesi sulle vicende e sulle fonti che testimoniano i fatti di questo periodo si rimanda a S. Carocci, *Tivoli nel basso medioevo*, Roma, Istituto Storico Italiano per il Medioevo, pp. 29-33. Si confronti inoltre V. Pacifici, «Tivoli nel Medioevo», *op. cit.*, pp. 293-319.

antica e, forse già a partire dalla metà dell'XI secolo, vengono realizzate o ristrutturate alcune chiese, o perlomeno alcune loro componenti, come ad esempio i campanili. Si pensi alla ricostruzione della cattedrale dedicata a S. Lorenzo³⁰, un intervento le cui testimonianze materiali visibili oggi si limitano, essenzialmente, al basamento del campanile³¹ e ad alcune occasionali porzioni delle murature perimetrali³², oppure ai possibili resti delle chiese dei SS. Andrea e Saba³³ e dei

³⁰ La prima attestazione attendibile di una cattedrale di Tivoli risale agli inizi del IX secolo (contenuta in un passo della vita di papa Leone III descritta nel *Liber Pontificalis*, a cura di L. Duchesne, II, Parigi, 1892, p. 13). La datazione della sua costruzione sopra i resti della probabile basilica romana nell'area del foro rimane incerta: innanzitutto, come ci ricorda A. Cicogna, l'identificazione della chiesa citata in questa fonte con l'attuale edificio episcopale si basa, essenzialmente, sulla datazione all'altomedioevo di alcuni resti di decorazioni architettoniche presenti in alcune porzioni di muratura dell'edificio ecclesiastico ed in qualche fabbricato presente nelle vicinanze, oltre a due documenti risalenti al X secolo (A. Cicogna, «La cattedrale di Tivoli: nuovi dati sulla conoscenza del monumento», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1984, pp. 156-159). Tuttavia, alcuni studi non escludono l'ipotesi che, in un periodo precedente alla sua prima documentazione, la cattedrale potesse essere stata installata in un'area diversa da quella attuale (si veda, ad esempio, a I. Belli Barsali, «Problemi dell'abitato di Tivoli nell'alto medioevo», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1979, pp. 126-147; si rimanda anche a M. Vendittelli, «Testimonianze sulla cattedrale di Tivoli nel medioevo», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1984, pp. 73-114); altre ricerche, invece, ipotizzano la presenza della sede vescovile in questo luogo forse già tra la fine del VI e l'inizio del VII secolo (da ultimo, F. Ferruti, «Note su alcune chiese», *op. cit.*, pp. 146-147). Il quesito dell'identificazione ed ubicazione della prima cattedrale tiburtina è stato trattato anche in V. Pacifici, «Tivoli nel Medioevo», *op. cit.*, p. 131; A. Persili, «La chiesa del beato Pietro apostolo "inter duos ludes" alle origini del cristianesimo di Tivoli», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1970, pp. 15-48; C. Pierattini, «La cattedrale di S. Lorenzo a Tivoli», in R. Lefevre (a cura di), *Cattedrali nel Lazio, Lunario Romano*, 1987, XVI, pp. 121-140; F. Ferruti, «La cattedrale di San Lorenzo a Tivoli: espressione della storia di un popolo», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 2008, pp. 135-148. Oltre alla bibliografia citata, è possibile trovare informazioni sul complesso episcopale tiburtino nei seguenti contributi: P. Y. Le Pogam, «Un monumento poco conosciuto: il palazzo vescovile di Tivoli», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 2003, pp. 133-184; C. Cioffi, «Il foro di Tivoli, lo stato attuale delle conoscenze alla luce delle ultime acquisizioni», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 2008, pp. 95-114.

³¹ M. Vendittelli, «Tecniche murarie a Tivoli tra XI e XII secolo», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1982, pp. 52-53.

³² Come i casi segnalati da M. Vendittelli relativi al paramento murario in mattoni di reimpiego esterno del perimetrale sinistro dell'odierno fabbricato e, forse, alle strutture di raccordo sempre in laterizi osservabili sul lato interno dell'originaria abside di epoca romana costruita in *opus incertum* (M. Vendittelli, «Testimonianze sulla cattedrale», *op. cit.*, pp. 83-85). Si rinvia, inoltre all'analisi strutturale realizzata da A. Cicogna, «La cattedrale di Tivoli», *op. cit.*, pp. 179-202.

³³ Le evidenze attribuite ai resti della chiesa di S. Saba sono limitate ad un protiro sorretto da una colonna realizzata in stile ionico e da una porzione di muratura in laterizi di reimpiego visibile sul lato sinistro di questa struttura in corrispondenza dell'inizio di via del Colle (F. Ferruti, «Note su alcune chiese», *op. cit.*, pp. 152-153; M. Vendittelli, «Tecniche murarie», *op. cit.*, pp. 52-53). Grazie alla documentazione conservata, sappiamo che la chiesa è consacrata nel 1138 (G. Cascioli, «Nuova serie dei vescovi di Tivoli», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1923, p. 110).

SS. Sebastiano e Barbara³⁴, a quelli attribuiti alla chiesa di S. Alessandro³⁵, alle porzioni originarie della chiesa di S. Stefano³⁶ ed ai campanili delle chiese di S. Andrea, S. Michele, S. Biagio e S. Nicola in Selci³⁷. Si tratta di attività edilizie alle quali si possono aggiungere, credibilmente, anche il totale rifacimento della chiesa di S. Pietro Maggiore³⁸, le costruzioni delle chiese di S. Silvestro e di S. Cecilia³⁹ ed inoltre il probabile rifacimento del palazzo vescovile⁴⁰ che si affacciava sulla *platea Maior*⁴¹ della città. Si tratta, quindi, di una serie di attività costruttive di ambito ecclesiastico, alcune delle quali sembrano trovare una loro collocazione cronologica già nel corso della seconda metà dell'XI secolo e poi con maggiore evidenza nel corso della prima metà di quello successivo⁴².

³⁴ La chiesa dei SS. Sebastiano e Barbara viene localizzata nei pressi dell'Arco del Macello, il passaggio che collega piazza del Duomo con via del Colle. Qui, sul prospetto del complesso edilizio che fiancheggia la strada, è presente una limitata porzione di parete non interessata da intonacatura che è costituita da una muratura in laterizi caratterizzata dalla presenza di una cornice decorata a denti di sega. Queste evidenze sono identificate come i probabili resti dell'edificio ecclesiastico ricostruito tra l'XI ed il XII secolo (F. Ferruti, «Note su alcune chiese», *op. cit.*, pp. 150-151).

³⁵ I resti della chiesa di S. Alessandro sono tradizionalmente identificati con la parete in laterizi alternati a filari di bozze di tufo inglobata all'interno di un fabbricato di successiva costruzione visibile lungo via del Tempio d'Ercole (si veda, ad esempio, A. Cicogna, «La cattedrale di Tivoli», *op. cit.*, pp. 158 e 193). F. Ferruti, invece, riprendendo quanto riportato dall'autore settecentesco G. C. Crocchianti, è del parere di riconoscere in queste evidenze la piccola chiesa di S. Maria in Oliveto e d'individuare l'edificio dedicato a S. Alessandro nella struttura realizzata al di sopra dei resti del *ponderarium* di epoca romana nei pressi della cattedrale cittadina (F. Ferruti, «Note su alcune chiese», *op. cit.*, pp. 149-150; G. C. Crocchianti, *L'istoria delle chiese della città di Tivoli*, Roma, 1726. Riguardo alla Mensa Ponderaria e l'*Augusteum* di Tivoli, per una sintesi si rimanda a S. Caporossi, «Il *Ponderarium-Augusteum* di Tivoli», *Bullettino della Commissione Archeologia Comunale di Roma*, 113, 2012, pp. 79-96).

³⁶ A. Ottati, «Alcuni casi di reimpiego nella Tivoli medievale», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 2011, p. 133; G. U. Petrocchi, «La chiesa di S. Stefano nell'impianto urbanistico medioevale», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1993, pp. 49-57; V. Pacifici, «La Chiesa di S. Stefano. Vicende storiche», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1936, pp. 51-89.

³⁷ F. Ferruti, «Note su alcune chiese», *op. cit.*, pp. 155-158; M. Vendittelli, «Testimonianze sulla cattedrale», *op. cit.*, pp. 109-112.

³⁸ V. Fiocchi Nicolai *et al.*, «Ricerche sotto la chiesa di S. Pietro a Tivoli: dalle strutture di epoca romana all'edificio di culto paleocristiano», in G. Ghini e Z. Mari (a cura di), *Lazio e Sabina*, 9, Atti del Convegno, Nono Incontro di Studi sul Lazio e la Sabina (Roma, 27-29 marzo 2012), Roma, Quasar, 2013, pp. 33-45; A. Ottati, «Alcuni casi di reimpiego», *op. cit.*, pp. 127-131; M. Vendittelli, «Testimonianze sulla cattedrale», *op. cit.*, p. 86; M. De Vita, «Il restauro della chiesa di S. Pietro in Tivoli o della Carità», *Atti e Memorie della Società Tiburtina di Storia e d'Arte*, 1952.

³⁹ A. Ottati, «Alcuni casi di reimpiego», *op. cit.*, pp. 131-132.

⁴⁰ M. Vendittelli, «Testimonianze sulla cattedrale...», *op. cit.*, p. 104.

⁴¹ Corrispondente con l'attuale piazza Domenico Tani.

⁴² Sull'attribuzione cronologica di questi edifici ad un periodo compreso tra la seconda metà dell'XI ed il XII secolo si veda M. Vendittelli, «Tecniche murarie», *op. cit.*; *idem*, «Testimonianze sulla cattedrale», *op. cit.*, pp. 86-87, in particolare la nota 21.

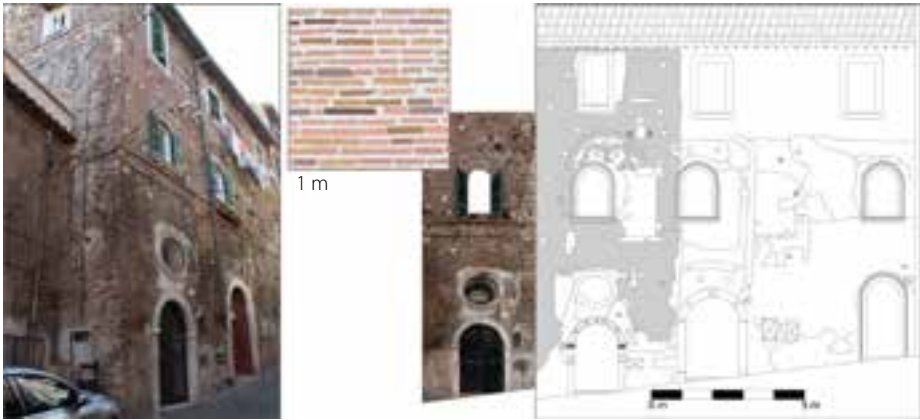


Figura 2. Esempio di una casa-torre di XII secolo (Tivoli, via dei Selci, 8).

Infatti, è proprio a partire dal XII secolo, in concomitanza con la costruzione di chiese e campanili, che si attesta la diffusione anche di un'edilizia civile contraddistinta dalle stesse modalità costruttive delle murature a vista. Si diffondono edifici dotati di un notevole sviluppo verticale e di un evidente significato simbolico. Si tratta della prima generazione di case-torri, presenti principalmente, tranne poche eccezioni, all'interno dell'estensione altomedievale della città, definita pur sempre dal tracciato del circuito murario di origine imperiale e riutilizzato sia in età tardo-antica che poi altomedievale.

Queste case-torri, in alcuni casi, presentano ancora qualche caratteristica architettonica da riferire ad una funzione difensiva⁴³, che però, più spesso, ha ceduto il passo agli aspetti legati all'abitabilità ed alla qualità estetica dell'architettura⁴⁴, elementi probabilmente dotati di un forte valore di rappresentazione del ruolo e della posizione sociale dei promotori (fig. 2).

Quello che non è stato possibile rilevare attraverso la ricognizione del centro abitato, almeno per il momento, è l'attestazione dei tipici edifici turriformi di XII secolo contraddistinti da evidenti caratteristiche architettoniche spesso definite 'militari', come una ridotta superficie interna, una scarsa presenza di aperture ed una porta di accesso posizionata ad alcuni metri dal suolo. Non si ritiene, tuttavia, che si possa parlare di un'assenza di questa tipologia edilizia

⁴³ Come, ad esempio, il notevole sviluppo in elevato o la robustezza e consistenza delle murature perimetrali.

⁴⁴ Come la ricerca di armonia e coerenza delle apparecchiature murarie, la maggiore quantità di aperture e la presenza di volumi interni idonei alla realizzazione di spazi abitativi sufficientemente confortevoli.

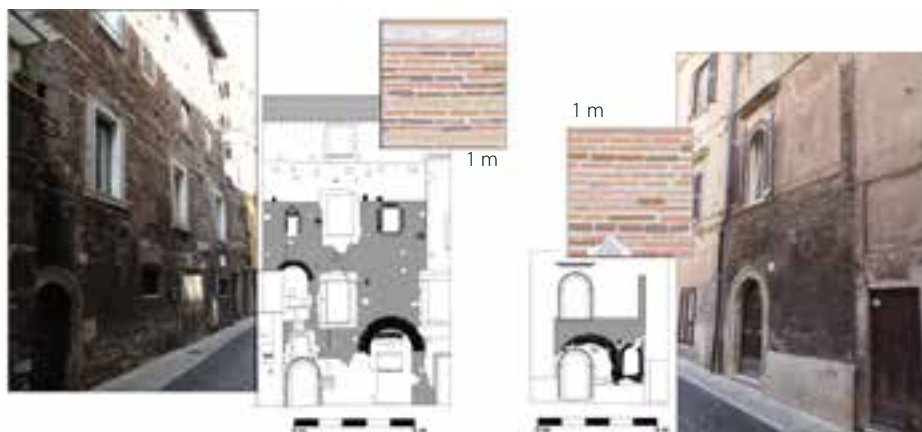


Figura 3. Due esempi di una casa di XII secolo (Tivoli, via di Postera, 39 e 9).

all'interno della città tiburtina, quanto piuttosto, di una difficoltà nell'identificare questo tipo di architettura attraverso la ricognizione archeologica di questo centro abitato; una condizione determinata, probabilmente, dalla limitata visibilità delle evidenze materiali riferibili con certezza a questa classe di immobili. Si suppone, infatti, che anche a Tivoli si sia diffusa questa tipologia architettonica durante i secoli centrali del medioevo, come è avvenuto in molte altre città dell'Italia centro-settentrionale e come è attestato, ad esempio, anche nella vicina e maggiore città di Roma⁴⁵. Per alcuni campioni di studio sono stati riconosciuti, in effetti, alcuni aspetti costruttivi (come alcuni fabbricati con tracce di murature realizzate con tecniche databili al XII secolo che sembrano presentare una ridotta planimetria quadrangolare ed un notevole sviluppo in verticale) che suggerirebbero una loro collocazione all'interno di questa tipologia, ma le più tarde trasformazioni architettoniche che hanno interessato gli interi complessi edilizi rendono, almeno per il momento, incerta una loro precisa classificazione.

Al contrario, i dati raccolti offrono maggiori informazioni per un'altra tipologia edilizia. Infatti, nello stesso periodo di costruzione delle case-torri sembrano affiancarsi edifici realizzati sempre con le stesse tecniche costruttive che hanno previsto principalmente l'utilizzo di laterizi di reimpiego, ma che indirizzano la loro morfologia architettonica verso un uso prettamente abitativo ed orientato, forse, verso le attività commerciali. Si tratta di case ad uno o due piani, caratterizzate da grandi aperture del piano terra ed affacciate lungo i principali percorsi stradali cittadini, le cui caratteristiche costruttive ed architettoniche ri-

⁴⁵ Da ultimo, si rimanda a S. Carocci e N. Giannini, «Portici, palazzi, torri e fortezze», *op. cit.*, pp. 18-25.

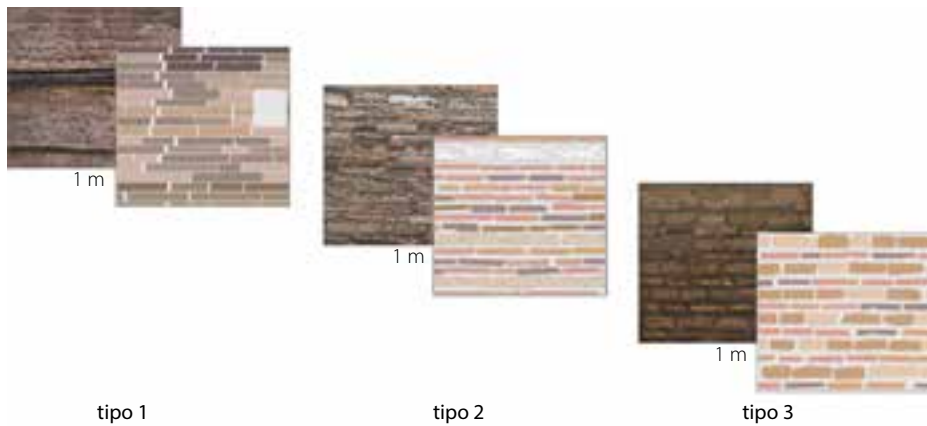


Figura 4. Le tecniche costruttive in laterizi (e altri materiali litici) del XII secolo.

mandano comunque ad una classe medio-alta; figure dotate di un certo spessore sociale e livello economico (fig. 3).

Nel loro complesso, le dimensioni dei corpi di fabbrica e le tecniche di costruzione adottate possono essere indicatori dell'investimento economico effettuato ed, eventualmente, fornire informazioni sulle condizioni dei promotori di queste opere. È utile, a titolo di esempio, ricordare la differenza tra le similari modalità di costruzione rappresentate dalle tipologie di apparato murario registrate in questo studio come *tipi 1, 2 e 3*: si tratta di tipologie che hanno previsto l'impiego di mattoni, disposti su corsi orizzontali o sub-orizzontali, legati con buona malta tenace e regolarizzando l'apparecchiatura muraria con la stilatura dei letti di posa (fig. 4). In particolare, i laterizi utilizzati sono tutti di recupero, una prassi che ha reso necessario un investimento economico da parte dei committenti ed una specifica abilità da parte dei costruttori⁴⁶.

⁴⁶ Su questo argomento si rimanda a D. Esposito e S. Passigli «Mine, petraie, calcare e il recupero dei materiali da costruzione a Roma», in A. Cortonesi e A. Modigliani (a cura di), *Lavoro, arti e mercato a Roma in età rinascimentale*, Roma, Roma nel Rinascimento, 2019, pp. 35-68; D. Esposito, «Tecniche costruttive con laterizi a Roma e in area romana fra XIII e XIV secolo», *Archeologia dell'Architettura*, XX, 2015, pp. 69-74 (in particolare pp. 73-74); D. Esposito, «The reuse building site in the Roman area through the Middle Age and contemporary times», in V. Russo (a cura di), *Landscape as Architecture. Identity and conservation of Crapolla cultural site*, Firenze, Nardini, 2014, pp. 233-240; E. Montelli, *Tecniche costruttive murarie medievali. Mattoni e laterizi in Roma e nel Lazio fra X e XV secolo*, Roma, «l'Erma» di Bretschneider, 2011, pp. 109-114; E. Montelli, *Recupero e reimpiego dei mattoni in architetture del XII e del XIII secolo a Roma*, in J. F. Bernard, Ph. Bernardi e D. Esposito (a cura di), «Il reimpiego in architettura. Recupero, trasformazione, uso», Roma, Collection de l'École française de Rome, 2008, pp. 123-134.

Nella seconda e nella terza tipologia di muratura, però, non è stato fatto un utilizzo esclusivo di mattoni, ma questi sono stati impiegati contemporaneamente ad altro materiale di più accessibile approvvigionamento, come il tufo, lavorato e sagomato in bozzette⁴⁷. Si tratta di tecniche che dovrebbero aver fatto la loro comparsa nel contesto tiburtino quasi contemporaneamente e quindi potrebbero essere considerati indicatori di costi diversificati della costruzione: da questo punto di vista, la messa in opera di una tecnica rispetto a un'altra potrebbe aver richiesto un maggiore o minore investimento economico e di conseguenza avere anche un diverso valore di rappresentanza sociale. In alcuni casi, però, si è osservato che l'utilizzo di materiali misti sembra seguire criteri costruttivi ordinati e armonici, come ad esempio un'alternanza regolare tra filari di laterizi e di elementi lapidei, un modo di costruire che forse è stato adottato più per ottenere un modello 'estetico' apprezzato e condiviso all'interno della comunità cittadina che soltanto per una maggiore convenienza economica e realizzativa.

Nel corso del XII secolo, oltre che dalle nuove forme di edilizia residenziale, il processo di crescita della città sembra essere testimoniato anche dalla realizzazione di un nuovo circuito murario, un'ingente opera di fortificazione di un abitato protetto da mura che ora aumenta la sua superficie urbana di circa 20 ettari. Vengono inglobati i nuovi borghi che si stavano andando a creare ai margini del precedente circuito e lungo le principali direttrici viarie (fig. 5).

La datazione della costruzione delle mura è un tema abbastanza dibattuto, anche perché non ci sono testimonianze dirette sul periodo di edificazione della struttura. La tradizione storiografica indica nel 1155 l'anno di avvio della realizzazione dell'opera e per volontà di Federico Barbarossa⁴⁸. Questa ricostruzione si basa essenzialmente sull'interpretazione di quattro cronache medievali che descrivono le vicende legate all'incoronazione di Federico I e del suo passaggio per Tivoli durante il viaggio di ritorno⁴⁹. Ma in tutti questi testi si racconta di un intervento di riedificazione della città, senza un riferimento diretto alla realizzazione di un nuovo circuito murario. In uno studio di topografia medievale elaborato alla fine degli anni '70 del secolo scorso, lo storico M. Vendittelli ha

⁴⁷ Riguardo alle murature in blocchetti lapidei dell'area romana si rimanda a: D. Esposito, *Tecniche murarie e organizzazione del cantiere a Roma e in area romana nei secoli II-XIV: alcuni indicatori*, in A. Molinari, L. Spera, R. Santangeli Valenzani, «L'archeologia della produzione a Roma (secoli V-XV)». Atti del Convegno Internazionale di Studi (Roma, 27-29 marzo 2014)», Roma-Bari, Edipuglia, 2015, pp. 345-354; D. Esposito, *Tecniche costruttive murarie medievali: murature a tuffelli in area romana*, Roma, «l'Erma» di Bretschneider, 1998.

⁴⁸ V. Pacifici, «Tivoli nel Medioevo», *op. cit.*, pp. 298-300.

⁴⁹ Riportate in *ibidem*.



Figura 5. Ricostruzione dell'andamento della cinta muraria di XII secolo e rappresentazione della suddivisione bassomedievale della città in rioni.

proposto una differente datazione del circuito murario basata sull'analisi di una serie di fonti documentarie. Secondo questa interpretazione, le attività d'edificazione dell'opera sono iniziate dopo l'anno 1051 e sembrano essere portate a termine, almeno per quanto riguarda il settore occidentale dell'abitato, entro l'anno 1065⁵⁰. Tuttavia, recentemente anche questa proposta di datazione delle mura attraverso le fonti scritte a disposizione è stata messa in dubbio⁵¹.

Attualmente, si conservano solo pochi tratti di questo circuito difensivo urbano. La maggior parte dei resti della muratura sono stati dismessi oppure inglobati all'interno di corpi di fabbrica successivi. Ad esempio, è visibile una

⁵⁰ M. Venditelli, «La “Civitas Vetus” tiburtina. Una nuova proposta di datazione per le seconde mura urbane di Tivoli», *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, 102, Roma, 1979, pp. 157-178; *idem*, «Datazione di una cerchia di mura urbane sulla base dei dati topografici forniti dalla documentazione scritta: l'esempio di Tivoli (sec. XI)», in G. Noyé (a cura di), *Castrum 2. Structures de l'habitat et occupation du sol dans les pays méditerranéens: les méthodes et l'apport de l'archéologie extensive*, Actes du colloque de Paris (12-15 novembre 1984), Roma, Collection de l'École française de Rome 105/2, 1988, pp. 268-270.

⁵¹ Si veda lo studio della documentazione letteraria realizzato da A. Vella in merito alle indagini condotte sulla chiesa di S. Pietro di Tivoli (V. Fiocchi Nicolai *et al.*, «Ricerche sotto la chiesa di S. Pietro», *op. cit.*, pp. 36-37).

porzione del tracciato in pietra sul limite sud-est dei giardini di villa d'Este, sebbene gli ingenti rifacimenti connessi alla realizzazione del grande parco della residenza ne abbiano fortemente alterato la morfologia originaria e rendano attualmente complessa un'analisi della tipologia costruttiva. Un'altra porzione ancora parzialmente visibile si trova nello spazio compreso tra l'odierno piazzale delle Nazioni Unite e l'area archeologica dell'anfiteatro romano. Tuttavia, anche qui le opere connesse alla realizzazione della Rocca Pia alla metà del XV secolo sembrano aver alterato la conformazione originale della struttura e reso piuttosto complesso un esame tipologico. Pur tuttavia, allo stato attuale di questo studio⁵², dall'osservazione preliminare dei lacerti identificati e dall'analisi della tecnica muraria adottata per la costruzione⁵³ sembrerebbe più plausibile orientare il periodo di edificazione della cortina difensiva al XII secolo, in base al confronto con alcune strutture dell'area laziale che sembrano presentare un'analoga modalità costruttiva⁵⁴.

2.3. Le architetture di XII secolo ed il significato del reimpiego

In merito al valore rappresentativo e di manifestazione dell'identità sociale dei promotori, può essere utile sottolineare il significato e l'importanza che può aver avuto il riutilizzo di materiale antico per l'edificazione di questi nuovi edifici nel

⁵² Dato lo stato di conservazione e la leggibilità delle evidenze, ci si riserva di approfondire l'esame delle testimonianze e di ampliare la raccolta dei campioni di comparazione.

⁵³ Si tratta di una muratura realizzata con pietre di calcare e, in percentuale minore, di tufo grossolanamente sbizzate o più semplicemente soltanto spaccate, di medie e piccole dimensioni. La definizione approssimativa dei contorni dei pezzi determina una posa in opera piuttosto irregolare, sebbene sia stata ricercata una loro disposizione su corsi sub orizzontali con l'ausilio di zeppa e lastre litiche e talvolta sdoppiando i filari stessi.

⁵⁴ Si vedano, ad esempio, le tecniche costruttive datate al XII secolo identificate nell'area dei Monti Lucretili (M. Bernardi, *L'incastellamento nei Monti Lucretili. Dinamiche insediative e paesaggio rurale tra alto e basso medioevo*, Oxford, BAR, International Series 3027, 2021, p. 88), nell'area sublacense (G. Doronzo, «Materiali e tecniche costruttive in area sublacense», in L. Pani Ermini (a cura di), *Le valli dei monaci. Atti del Convegno Internazionale di Studio (Roma, Subiaco, 17-19 maggio 2010)*, Spoleto, Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, 2012, pp. 15-16), in quella della campagna romana (D. Esposito, «Architettura e tecniche costruttive dei casali della Campagna Romana nei secoli XII-XIV», in S. Carocci e M. Vendittelli (a cura di), *L'origine della Campagna Romana. Casali, castelli e villaggi nel XII e XIII secolo*, Roma, Società Romana di Storia Patria, 2004, pp. 216-221; D. Esposito, *Architettura e costruzione dei casali della Campagna Romana fra XII e XIV secolo*, Roma, Società Romana di Storia Patria, 2005, pp. 34-37) e in Sabina (M. De Meo, *Tecniche costruttive medievali. La Sabina*, Roma, «l'Erma» di Bretschneider, 2006, pp. 202-210). A questi campioni, forse, si possono aggiungere dei riscontri anche con alcune porzioni restaurate delle mura Aureliane datate a questo stesso arco cronologico (da ultimo: N. Giannini, *Abitare e costruire a Roma nel Medioevo. Materiali per un atlante dell'edilizia civile medievale di Roma*, c.s.).

corso del XII secolo, e forse già durante la seconda metà del secolo precedente⁵⁵. Una scelta determinata non soltanto da motivazioni funzionali, economiche o pratiche, ma credibilmente anche dal valore che avevano questi materiali in base a quella che potremmo definire la percezione del reimpiego che si aveva a Tivoli nel medioevo, ossia *the reuse value of spolia* per dirla con R. Brilliant e D. Kinney⁵⁶.

Infatti, il recupero ed il riuso di elementi e materiali costruttivi del passato è stato definito un fenomeno «trasversale» da D. Esposito⁵⁷ che in più occasioni si è occupata di questo tema, in particolare per l'area romana e, più in generale, laziale. La studiosa spesso ha ricordato che si è trattato di un processo indotto da diverse motivazioni che possono andare, appunto, da quelle di carattere economico e pratico a quelle simboliche e rappresentative, o anche estetiche. Infatti, in ambito romano (e non solo) anche nel periodo tra il XII ed il XIV secolo i materiali di recupero potevano essere riciclati per la produzione di leganti oppure reimpiegati nella tessitura esterna o nei nuclei interni delle murature⁵⁸. In alcuni casi, il reimpiego prevedeva la scelta di specifici pezzi che potevano essere utilizzati in punti particolari della trama muraria in base ad un criterio di selezione funzionale o meccanico. In altri casi, invece, la scelta sembra essere stata determinata principalmente dal particolare valore estetico che veniva attribuito a questi elementi, in base a un «senso comune dell'antico ravvisabile nella ricchezza e nel colore dei materiali, nella forma dei pezzi e nelle eventuali decorazioni dei frammenti reimpiegati»; un impulso, così lo si potrebbe definire,

⁵⁵ Per un quadro generale su questo tema si rimanda a J. F. Bernard, Ph. Bernardi, D. Esposito (a cura di), «Il reimpiego in architettura», *op. cit.*; inoltre, per il caso specifico del reimpiego di elementi in materiale laterizio si rinvia a E. Bukowiecki, A. Pizzo e R. Volpe, «Demolire, Riciclare, Reinventare. La lunga vita del laterizio romano nella storia dell'architettura», Roma, Quasar, 2021.

⁵⁶ R. Brilliant e D. Kinney (a cura di), *Reuse Value. Spolia and Appropriation in Art and Architecture from Constantine to Sherrie Levine*, Farnham, Ashgate Publishing Limited, 2011.

⁵⁷ D. Esposito, «Introduzione», in J. F. Bernard, Ph. Bernardi e D. Esposito (a cura di), «Il reimpiego in architettura», *op. cit.*, pp. 251-254.

⁵⁸ Ad esempio, si rimanda a D. Esposito, «The reuse building site», *op. cit.*; D. Esposito, «Realidad de la arquitectura y técnicas constructivas de los muros medievales en Roma y en Lazio (Italia). Reflexiones sobre la recuperación del *opus caementicium* romano», in S. Huerta *et al.* (a cura di), *Actas del Sexto Congreso Nacional de Historia de la Construcción (Valencia, 21-24 de octubre de 2009)*, Madrid, Instituto Juan de la Herrera, 2009, pp. 415-424; D. Esposito, «Selezione e posizione degli elementi di reimpiego nelle tessiture murarie: osservazioni su alcuni esempi in area romana fra XII e XIV secolo», in J. Fr. Bernard, Ph. Bernardi e D. Esposito (a cura di), *Il reimpiego in architettura*, *op. cit.*, pp. 625-637; Ph. Bernardi e D. Esposito, «Recyclage, récupération, remploi. Les diverses formes d'usage de l'«ancien» dans l'architecture du X^e au XIII^e siècle», in P. Toubert e P. Moret (a cura di), *Remploi, citation, plagiat. Conduites et pratiques médiévales (X^e-XIII^e siècle)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 191-210.

fondato su un particolare «modo di percepire l'antico da parte di uomini non sempre animati da conoscenze o passioni antiquarie e piuttosto colpiti da una percezione ingenua dell'antico»⁵⁹.

Le murature laterizie medievali tiburtine sembrano essere state realizzate quasi integralmente con mattoni antichi, una caratteristica che, a sua volta, sembra concordare con quanto è stato osservato anche nella vicina città di Roma⁶⁰. Qui sono presenti anche fonti storiche che ci tramandano notizie sulla pratica medievale di demolire le costruzioni di epoche precedenti per recuperarne i materiali da costruzione. Una prassi che sembra aver contraddistinto la città per lungo tempo, se si pensa che continua ad essere testimoniata ancora alla fine dell'Ottocento del secolo scorso⁶¹.

Il reimpiego dei materiali da costruzione, secondo le modalità osservabili nelle architetture tiburtine, deve aver previsto un indubbio grado di organizzazione da parte delle maestranze abili nel recupero e nella lavorazione di questi materiali, benché non rimanga in proposito alcuna testimonianza nei documenti d'archivio. Un'attività che comunque dovrebbe aver richiesto, come già rilevato, un'evidente forma di investimento da parte dei promotori⁶².

La decisione di impiegare una parte dei propri capitali in costruzioni in materiali durevoli anche a Tivoli appare l'esito di processi complessi indotti da motivazioni diverse, che possono essere individuate in ambito economico, sociale e culturale⁶³. Tra le possibili cause, l'impiego di *spolia*, sia come compo-

⁵⁹ D. Esposito, «Selezione e posizione degli elementi», *op. cit.*, pp. 626-627.

⁶⁰ Si veda, ad esempio, N. Giannini, «L'edilizia di Roma medievale. Nuove acquisizioni sui modi di costruire in laterizio a Roma tra VIII e XIII secolo», in E. Bukowiecki, A. Pizzo e R. Volpe, «Demolire, Riciclare, Reinventare», *op. cit.*, pp. 211-224; oppure E. Montelli, *Tecniche costruttive murarie medievali*, *op. cit.*

⁶¹ Si pensi, ad esempio, al manifesto presente su un edificio dipinto nella veduta di via Rua nel Ghetto di Roma, opera di Ettore Roesler Franz del 1888, attualmente conservata al Museo di Roma in Trastevere, dove E. Montelli nel suo volume sulle tecniche costruttive medievali in mattoni di Roma ricorda che è possibile leggere «demolizioni nel ghetto / disponibile grossa partita deli / seguenti materiali» (*Eadem, Tecniche costruttive murarie medievali*, *op. cit.*, p. 89, nota 359). Si veda, inoltre, *ibid.*, pp. 63-68.

⁶² In riferimento al tema dei costi e tempi della produzione edilizia si rinvia a: R. Maira Vidal e A. Rodríguez (eds.), *El coste de la construcción medieval: materiales, recursos y sistemas constructivos para la petrificación del paisaje entre los siglos XI y XIII*, Madrid, Instituto de Historia (CSIC) / Instituto Juan de Herrera, 2021; G. P. Brogiolo, S. Camporeale e A. Chavarría Arnau, «Costi, tempi e metri cubi: giornata di studi (Padova, 28 ottobre 2016): quantificare in architettura», *Archeologia dell'Architettura*, XXII, 2017.

⁶³ Su questo tema si rimanda alle riflessioni di sintesi di A. Molinari in merito agli atti del convegno internazionale tenutosi ad Arezzo nel febbraio del 2020 sul tema della «pietrificazione del paesaggio» durante i secoli centrali del medioevo (A. Molinari, «La "pietrificazione" del costruito», *op. cit.*). Si rinvia inoltre al dibattito emerso durante il convegno internazionale *Building for Economy*.

nenti principali delle tessiture murarie sia come elementi decorativi, sembra rientrare in una forma di investimento in identità collettiva⁶⁴, perché sembra trattarsi di una scelta con la quale si voleva far recepire un messaggio legato alla manifestazione del proprio *status* sociale ed economico, credibilmente anche attraverso un richiamo a quell'ideale società antica che li aveva preceduti⁶⁵. Infatti, come è già stato osservato da A. Ottati⁶⁶, «l'espressione del prestigio e della cultura dei proprietari delle case» sembra manifestarsi anche tramite l'impiego di «frammenti antichi decorati» di pietre calcaree, come marmo e travertino, che quasi «fuoriescono dalle murature delle case, torri e chiese tiburtine». Si tratta di elementi che l'autore definisce «esposti ed ostentati», in qualche caso ben ordinati all'interno delle linee architettoniche degli edifici (come ad esempio per le cornici marcapiano) e talvolta posizionati all'interno della tessitura muraria in maniera apparentemente incoerente, ma che pur sempre sembrano essere legati ad una forma di reimpiego voluta e meditata.

2.4. L'evoluzione dei fabbricati e del tessuto urbano tra XIII e XIV secolo

Materiale costruttivo ed elementi architettonici di reimpiego sono utilizzati anche per la realizzazione di un'altra delle tipologie edilizie che doveva caratterizzare la città già forse nel XII e poi, con maggiore probabilità, nel XIII secolo, le abitazioni con portici⁶⁷. Si tratta di strutture affacciate sui principali percorsi cittadini, realiz-

New perspective on the Economic take-off in southern Europe (1050-1300) organizzato da S. Carocci e A. Fiore nel settembre 2021, i cui atti saranno presto oggetto di pubblicazione.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ In merito all'interpretazione del reimpiego di *spolia* nell'architettura medievale come sintetica bibliografia di riferimento si rinvia a D. Kinney, «The Paradigm of Spolia», in U. Rehm (ed.), *Mittelalterliche Mythenrezeption. Paradigmen und Paradigmenwechsel*, Böhlau Verlag, 2015, pp. 173-264; R. Brilliant e D. Kinney (a cura di), *Reuse Value. Spolia, op. cit.*; A. Grohmann, *Il recupero, la riutilizzazione e la distruzione dell'antico nelle città del territorio italiano nell'alto Medioevo*, in G. Chittolini e G. Petti Balbi, G. Vitolo (a cura di), *Città e territori nell'Italia del Medioevo. Studi in onore di Gabriella Rossetti*, Napoli, 2007, pp. 17-39; M. D'Onofrio (a cura di), *Rilavorazione dell'antico nel Medioevo*, Roma, 2003; A. Esch, *Reimpiego*, in *Enciclopedia dell'Arte Medievale*, Roma, IX, 1998, pp. 876-878; L. de Lachenal, *Spolia: uso e reimpiego dell'antico dal III al XIV secolo*, Milano, 1995; M. Greenhalgh, *The Survival of Roman Antiquities in the Middle Ages*, Londra, 1989; S. Settis, *Continuità, distanza, conoscenza: tre usi dell'antico*, in S. Settis (a cura di), *Memoria dell'antico nell'arte italiana*, Torino, 1986, vol. 3, pp. 373-486; M. Greenhalgh, «Ipsa ruina docet»: *l'uso dell'antico nel Medioevo*, in S. Settis (a cura di), *Memoria dell'antico nell'arte italiana*, Torino, 1984, vol. 2, pp. 115-167.

⁶⁶ A. Ottati, «Alcuni casi di reimpiego», *op. cit.*

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 134-142; *idem*, «Reimpiego di materiale classico in strutture porticate nel borgo medievale di Tivoli», in J. F. Bernard, Ph. Bernardi e D. Esposito (a cura di), «Il reimpiego in architettura», *op. cit.*, pp. 95-108.

zate con materiali di riuso come, parti di colonne, basamenti, architravi e capitelli, che andavano a definire un'architettura che in questo stesso periodo si trova ampiamente diffusa a Roma⁶⁸. Un modello che anche a Tivoli, credibilmente, possedeva un valore simbolico e diveniva espressione della condizione sociale e del prestigio dei proprietari⁶⁹; valori direttamente conferiti proprio dal riutilizzo di pezzi antichi «scelti» e dalla realizzazione di elementi nuovi ispirati a quegli stessi modelli⁷⁰. Attualmente, le evidenze visibili di questo tipo di architetture, riconducibili principalmente al Duecento, sono molto limitate, questo a causa degli interventi edilizi successivi al XIV secolo ed, in particolare, a partire da quelle operazioni di accorpamento che subirono molte unità abitative medievali che determinarono la loro conversione in palazzetti nobiliari tra la fine del medioevo e l'epoca moderna⁷¹. È comunque possibile intuire la loro presenza in alcuni punti della città come, ad esempio, nelle piazze di S. Nicola, del Duomo, Palatina e lungo via del Colle, via Campitelli e dell'evocativo vicolo del Colonnato (fig. 6). Senza entrare troppo nel dettaglio, si può dire che si tratta nella maggior parte dei casi di elementi di reimpiego di epoca romana che, fatta eccezione per alcuni capitelli databili all'età augustea (come quelli individuati nella chiesa di S. Pietro ed in quella di S. Silvestro), dovevano probabilmente provenire dalle attività di spoliazione della vicina Villa Adriana⁷². Si tratta quasi sempre di elementi collocati ben in vista, quindi con un consapevole significato (di richiamo al passato), una precisa volontà ideologica e anche una manifestazione della propria forza economica.

Come accennato, le tracce di queste abitazioni con portici trovano diversi confronti con i casi attestati a Roma⁷³, un dato che suggerisce, ancora una volta, lo scambio culturale e di competenze che sembra esserci stato tra queste due città. A questo proposito, la presenza di un tipo architettonico che potremmo definire, in questo caso, tipico romano all'interno dell'abitato tiburtino è stata opportunamente letta sia come «adesione» ad un modello della città maggiore,

⁶⁸ Da ultimo: S. Carocci e N. Giannini, «Portici, palazzi, torri e fortezze», *op.cit.*, pp. 11-12. Si veda inoltre N. Giannini, «Dal frammento alla città: archeologia dell'edilizia per la Roma medievale», in C. Tristano (a cura di), *Frammenti di un discorso storico: per una grammatica dell'aldilà del frammento*, Spoleto, Fondazione Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 2019, pp. 109-126; N. Giannini, «Abitare a Roma nel medioevo: dall'edilizia civile allo spazio urbano, primi risultati della ricerca», *Archeologia Medievale*, XLIII, 2016, pp. 289-308; P. Pensabene, «I portici delle case medievali di Roma», in J. F. Bernard, Ph. Bernardi e D. Esposito (a cura di), «Il reimpiego in architettura», *op. cit.*, pp. 67-94.

⁶⁹ A. Ottati, «Alcuni casi di reimpiego», *op. cit.*, p. 134.

⁷⁰ Sui possibili significati della scelta e del posizionamento di determinati elementi di reimpiego si rimanda a D. Esposito, «Selezione e posizione degli elementi», *op. cit.*

⁷¹ A. Ottati, «Alcuni casi di reimpiego», *op. cit.*, p. 134.

⁷² *Ibid.*, p. 142.

⁷³ *Supra*, nota 68.



Figura 6. Alcuni esempi delle testimonianze architettoniche di case porticate medievali di Tivoli.



Figura 7. Due esempi di edifici realizzati con una muratura in blocchetti lapidei di tufo (Tivoli, via del Duomo, 4 e 26).

sia come un «tentativo di emancipazione» da parte dell'abitato minore, che tiene comunque Roma come il punto di riferimento e d'ispirazione⁷⁴.

Per tutto il XIII secolo, all'interno dello spazio protetto dalle mura urbane sembra proseguire un'intensa attività edilizia che determina la ridefinizione e la crescita del tessuto insediativo. Adesso è possibile identificare una nuova evoluzione dei tipi edilizi e l'attestazione di nuove tecniche costruttive. Le tipologie architettoniche di più alta qualità, come le case-torri e le case con grandi aperture al piano terreno, sembrano proseguire la loro fase di diffu-

⁷⁴ A. Ottati, «Alcuni casi di reimpiego», *op. cit.*, p. 142.

sione all'interno del tessuto edilizio cittadino. In questo periodo nelle attività di costruzione subentra il più accessibile impiego dei tufelli (fig. 7); fattore determinato forse anche dalla progressiva diminuzione della disponibilità di laterizi antichi e il credibile conseguente aumento dei costi di reperimento di questo materiale. Con la realizzazione di murature in blocchetti lapidei, con un formato e dimensioni simili a quelle dei mattoni viene adottata quella che è stata definita una *forma di 'recupero' ideale* di una tecnica che trova i suoi archetipi pur sempre nel mondo classico romano e viene rielaborata e riadattata alle esigenze della società bassomedievale⁷⁵.

Tra XIII e XIV secolo la tecnica a blocchetti di tufo presenta numerose varianti con diversi gradi di accuratezza nella lavorazione dei materiali e nella posa in opera. Inoltre, viene impiegato anche altro materiale, come frammenti e blocchi di rocce calcaree, i cui pezzi vengono spesso grossolanamente lavorati per realizzare un'apparecchiatura muraria di minore qualità ma di simile funzionalità.

Sempre tra la seconda metà del XIII e il XIV secolo alle case-torri ed alle case con grandi aperture al piano terra, si affiancano nuove strutture turrette, gli edifici con profferlo, spesso realizzati in appoggio a strutture preesistenti che sono state oggetto di parziale modifica o ampliamento per accorpamento, e si hanno nuove abitazioni con portici colonnati sormontati da archi a pieno centro in affaccio sui fronti stradali (fig. 8).



Figura 8. Alcuni esempi di tipologie di edifici tiburtini databili tra la metà del XIII e il XIV secolo.

⁷⁵ D. Esposito, «Selezione e posizione degli elementi», *op. cit.*, pp. 626-627.

3. CONCLUSIONI

Da questo percorso attraverso i dati raccolti sulle scelte edilizie compiute dalla società della Tivoli medievale, per quanto parziale e sintetico, si evince come il periodo che si apre a partire dalla seconda metà dell'XI secolo sia un momento fondamentale nella storia della città.

È il periodo in cui Tivoli cambia la sua impostazione politica: un fenomeno che porta ad una riorganizzazione delle istituzioni cittadine, alla concentrazione dei diritti pubblici nella figura del vescovo ed alle prime manifestazioni della formazione di un organismo protocomunale.

In questa fase, le strutture istituzionali comunali non erano ancora pienamente formalizzate ma la collettività dei *cives* dovrebbe essere stata già in grado di organizzare una propria azione politica, probabilmente in collaborazione con il più tradizionale riferimento dell'istituzione vescovile.

Una comunità urbana in corso di affermazione sul piano sociale e politico, che da una parte tentava di instaurare forme di controllo sul territorio rurale circostante la città e dall'altra, forse, cercava di costruire un proprio consenso interno all'abitato urbano anche attraverso la manifestazione materiale della propria identità sociale. La fase di risveglio dell'edilizia in materiale durevole potrebbe essere letta anche in quest'ottica. Citando una frase di S. Carocci tratta dalle conclusioni di un recente contributo sull'edilizia delle famiglie aristocratiche di Roma, così come nella città maggiore, anche a Tivoli «pietra, laterizi e malta sembrano essersi imposti come uno strumento fondamentale per manifestare la propria identità e come luogo di espressione dell'agency individuale e familiare»⁷⁶.

L'aristocrazia ed i ceti medio-alti della società tiburtina investono le proprie ricchezze in costruzioni durevoli realizzate, in parte e con percentuali diverse, con materiale di reimpiego e di riuso, come mattoni, ma anche elementi strutturali come colonne, architravi e mensole, e componenti decorative, come capitelli, cornici ed anche soltanto sporadici frammenti scolpiti. Una scelta ponderata con evidenti significati simbolici e di espressione d'identità, legati alla volontà di affermazione del proprio ruolo sociale e politico che, in particolare, le famiglie aristocratiche sembrano svolgere soprattutto a livello di quartiere. Questo diviene il loro effettivo punto di riferimento dalle cui torri, case ed edifici di pregio potevano agire politicamente, definire alleanze ed imporre la propria egemonia, e «affermare e ribadire la coesione della parentela attraverso il possesso e l'uso comune»⁷⁷ di questi edifici e di questi spazi circoscritti entro poche vie.

⁷⁶ S. Carocci e N. Giannini, «Portici, palazzi, torri e fortezze», *op. cit.*, p. 40.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 41.

E questa identità si esprime non solo nel XII, ma anche nel XIII e poi ancora nel XIV secolo, a partire dalla progressiva formazione dell'istituzione comunale, che a livello urbanistico determina un cambiamento delle dinamiche pubbliche e di rappresentanza del potere all'interno della città definita dalla nuova cinta muraria medievale. Il centro del potere e delle pratiche sociali si sposta dall'antica sede del Foro, luogo dell'amministrazione cittadina sin dall'epoca classica e poi fulcro dell'attività vescovile, alla nuova area di svolgimento delle pratiche sociali nell'attuale piazza Palatina. Qui viene stabilita la sede del Comune.

Un'identità che continua a manifestarsi anche attraverso la costruzione di specifiche tipologie edilizie, quali torri, case-torri, edifici a uno o due piani e complessi porticati. Tutta la città sembra essere coinvolta in questo processo di investimento nella muratura, con diversi gradi e possibilità e, talvolta, attivando comportamenti di emulazione nei confronti delle classi aristocratiche da parte dei livelli sociali inferiori. Si pensi, ad esempio, alle case con portici credibilmente da riferire ad una committenza non solo aristocratica ma comunque benestante⁷⁸.

Allo stesso tempo, alcune delle strutture identificate potrebbero essere interpretate anche come grandi abitazioni e, con questa ipotesi, si potrebbero trovare forse alcuni confronti con quelle costruzioni di Roma che anche recentemente sono state definite *domus magne* nell'ambito delle ricerche realizzate da N. Giannini e che sono ricondotte alle famiglie nobili della vicina e maggiore città⁷⁹: un'entità politicamente nemica e contraria alle iniziative espansioniste tiburtine per tutto il XII e XIII secolo, fino alla definitiva sottomissione nel 1254; contestualmente una realtà urbana di riferimento e di ispirazione dal punto di vista architettonico, come sembrano testimoniare le apparecchiature murarie e gli elementi architettonici di chiese, campanili, abitazioni a più piani, case porticate e quelle con profferlo.

Tutto questo processo sin dal principio aveva richiesto un forte investimento di risorse economiche che iniziano ad essere impiegate quando la comunità urbana mostra i primi segni di un cambiamento di natura sociale, politica e culturale tra la seconda metà dell'XI e gli inizi del XII secolo, ovvero nel momento in cui comincia a manifestarsi la necessità di esprimere il proprio *status* e la propria identità, individuale, familiare, di quartiere, di comunità.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 13-18.

La ciudad en obras. Costes y gestión de las grandes construcciones en la Valencia del siglo XIV

Juan Vicente García Marsilla

Universitat de València
Juan.V. Garcia-Marsilla@uv.es

El gran impulso constructor que sembró Europa de edificios de piedra o ladrillo entre los siglos XI y XIII no se detuvo después de forma súbita, sino que continuó a lo largo del XIV, a pesar de todas las calamidades que azotaron a esa centuria, y más en regiones del continente que habían sido recientemente incorporadas al sistema feudal y que por tanto siguieron atrayendo inmigrantes y generando dinámicas de crecimiento a mucho más largo plazo. Ese fue el caso de la ciudad de Valencia, conquistada por el rey de Aragón Jaime I en 1238 y rápidamente convertida en la capital de un nuevo reino, en la que nos centraremos en este caso. Además, el sector edilicio se benefició en los siglos finales de la Edad Media de una serie de novedades cruciales, como fueron la mayor «sedentarización» de los maestros de obras, asentados ahora de forma casi permanente en una ciudad concreta; las mejoras técnicas y la producción seriada de piezas arquitectónicas que llevaron a lo que se conoce hoy como el «estilo gótico»; y unos métodos perfeccionados de gestión, apoyados en una economía más monetizada y en un uso frecuente de la escritura y la contabilidad, todo lo cual permite hoy a los historiadores contar con fuentes de archivo mucho más ricas que en épocas anteriores a la hora de estudiar estos temas a partir del siglo XIV.

Gracias a todo ello se han realizado en las últimas décadas numerosos estudios sobre el sector de la construcción en esa época en diversas áreas del continente, y algunos historiadores lo han intentado conectar con las sucesivas coyunturas económicas. Baste recordar las teorías de Roberto Sabatino López,

* Este artículo se enmarca en las investigaciones llevadas a cabo al amparo del proyecto de investigación «¿Crecimiento sin desarrollo? Distribución de la riqueza, movilidad social y acción política en la Europa mediterránea (siglos XIII-XV) (PGC2018-099275-B-I00)», del Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

expuestas en las décadas de 1950 y 1960, que achacaban al esfuerzo realizado en algunas ciudades del norte de Francia en el siglo XIII para levantar sus monumentales catedrales su propio declive, o consideraban el gran *boom* artístico de la Italia del Renacimiento como el producto de la decadencia económica, al ser resultado de la amortización de unos capitales que ya no encontraban otras inversiones más productivas y se refugiaban en la construcción de palacios e iglesias¹. Frente a esos razonamientos alzó la voz posteriormente Richard Goldthwaite, quien por el contrario consideró que los gastos en edificios e imágenes no debían ser considerados como estrategias de autoprotección, sino como la formación de un «capital social» que además consolidó en Italia un mercado interno fundamental para la estabilidad económica². Pocos, de hecho, insisten hoy en día en la existencia de una contradicción entre crecimiento económico e inversión edilicia, y aunque es posible que en algún caso un monarca o un municipio apostase fuerte por mejorar su imagen en momentos de dificultades patrocinando grandes obras, lo más frecuente era que la inversión de dinero, tiempo y fuerzas productivas, en edificios duraderos, se llevara a cabo cuando la disponibilidad de capitales lo permitiera. La construcción de una gran catedral gótica, por ejemplo, aunque asociada a las autoridades religiosas, se ha considerado también la máxima expresión del orgullo ciudadano y de la competitividad entre urbes, e incluso no faltan los que han destacado el papel de esas enormes fábricas en la transformación de la sociedad feudal y en los orígenes del más temprano capitalismo³. Con todo, el de la construcción era un sector productivo que no se debe menospreciar en la Baja Edad Media, tanto por su capacidad de activar la economía en grandes áreas rurales que abastecían de materiales a las ciudades, como también por la población urbana directamente implicada en él: todos los canteros, albañiles, carpinteros, herreros, vidrieros o proveedores que en algunas de las grandes ciudades industriales de la época, como Brujas por ejemplo, alcanzaban hasta al 10 % de la población⁴. Por tanto,

¹ R. S. López, «Économie et architecture médiévales. Cela aurait-il tué ceci?», *Annales E.S.C.* 1952/4, pp. 433-438: *idem*, «Hard Times and Investment in Culture», en K. H. Dannefeldt (ed.), *The Renaissance. Medieval or Modern?*, Boston, D. C. Heath and Company, 1966, pp. 50-61.

² R. A. Goldthwaite, *The Building of Renaissance Florence: An Economic and Social History*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1980; y especialmente, *Wealth and the demand for Art in Italy, 1300-1600*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1995.

³ V. L. Owen, «The economic legacy of gothic cathedral building: France and England compared», *Journal of Cultural Economics*, 13, 1989, pp. 89-100.

⁴ J.-P. Sosson, *Pour une approche économique et sociale du bâtiment: l'exemple des travaux publics à Bruges aux XIV^e et XV^e siècles*, Bruselas, Bulletin de la Commission Royale des Monuments et des Sites, 1972. Sobre la importancia de las industrias de la construcción en el ámbito rural, J. V. García Marsilla y T. Izquierdo Aranda, *Abastecer la obra gótica. El mercado de materiales de construcción y la ordenación del territorio*

el desarrollo arquitectónico de una ciudad no puede entenderse de una forma «autárquica», ni se escapa totalmente de las lógicas económicas. Las grandes obras no eran elementos improductivos en sí, sino inversiones de gran calado que afectaban muy directamente al tejido social de una urbe⁵. Por ello, para entender la continuidad de la inercia constructiva incluso en tiempos de supuesta «crisis», es necesario situar este sector en el contexto concreto de las ciudades que lo alimentaron y patrocinaron, y aquí lo trataremos de comprender en una ciudad en particular, en la que, además, las fuentes escritas bajomedievales son especialmente ricas, como es Valencia.

De esta manera, el texto que sigue se articula en cuatro partes: la primera es, como anunciábamos, una puesta en escena de la Valencia de los siglos XIII y XIV, para entender el marco histórico en el que se desarrollaron las grandes construcciones de las que se va a tratar. En segundo lugar, se presentarán las tres grandes instituciones que estuvieron detrás de esos edificios: el rey, la catedral y el municipio, explicando las estrategias de financiación que se aplicaron en los tres casos y las peculiaridades de sus respectivas formas de gestión y contabilidad. Después será el momento de estimar los costes de las campañas constructivas, partiendo de los gastos previos a los trabajos y sobre todo centrándose en la mano de obra, su organización, sus salarios y su mayor o menor grado de flexibilidad. Y por último será el momento de preguntarse cómo incidió la construcción de estas grandes obras en la economía de la ciudad y del territorio que la rodea, especialmente a través del abastecimiento de los materiales de construcción, para observar cómo este sector edilicio, sobre todo en su vertiente «pública», llegó a vertebrar económicamente el territorio circundante.

1. VALENCIA, EL EMPUJE DE UNA CIUDAD «JOVEN»

La ciudad que nos ocupa, Valencia, tiene un origen romano, ya que fue fundada en el 138 a. C. por el cónsul Décimo Junio Bruto, según datos de Tito Livio. Aun así, podía ser considerada en el siglo XIV una «ciudad joven», si atendemos a su

en la Valencia bajomedieval, Valencia, Generalitat Valenciana, Conselleria d'Infraestructures, Territori i Medi Ambient, 2013; o A. Barlucchi, «Strutture produttive industriali di proprietà comunale: fornaci, fabbriche e gualchiere nel contado della Toscana interna (secoli XIII-XV)», en G. V. Parigino (ed.), *Beni comuni e strutture della proprietà. Dinamiche e conflitti in area toscana fra basso medioevo ed età contemporanea*, Florencia, Associazione di Studi Storici Elio Conti, 2017, pp. 99-130.

⁵ Tal y como explica Ph. Bernardi, *Bâtir au Moyen Âge*, París, CNRS Éditions, 2011, pp. 66-70. Véase también: H. Kraus, *Gold was the Mortar: The Economics of Cathedral Building*, Londres y Boston, Routledge and Kegan Paul, 1979.

reciente incorporación al mundo feudal cristiano, que se produjo en 1238 con la conquista del rey aragonés Jaime I y la posterior colonización por migrantes del norte, catalanes y aragoneses fundamentalmente, aunque tampoco faltaron navarros y occitanos. A ello habría que añadir que, en el recién creado reino de Valencia, la corona experimentó toda una serie de novedades precisamente para reforzar su poder frente a la nobleza y el clero, que tanto se lo habían limitado en sus territorios de origen. Realmente, la primera gran novedad fue la misma creación de un reino distinto al de Aragón y al principado de Cataluña, en vez de anexionar las conquistas a una de esas dos entidades, o dividir las entre ellas. Nació así el reino de Valencia, un nuevo estado creado «para» la ciudad, que era concebida como el puntal básico del poder monárquico, la gran aliada de los reyes que, precisamente por eso, iba a contar con grandes privilegios, entre ellos la imposición de un fuero basado en el derecho romano que al principio sería aplicado solo a la capital, pero que muy pronto tendría vocación de ordenar todo el nuevo estado.

En el momento de la conquista Valencia era *Balansiya* (البيسنل اف), una ciudad musulmana que, en virtud del pacto de rendición firmado por Jaime I y el emir Zayyan idn Mardanish, sus habitantes debieron abandonar en apenas tres días para dejar paso a la entrada triunfal del monarca conquistador. En los dos primeros siglos de su existencia como ciudad feudal se llevó a cabo en ella un proceso acelerado de transformación de su aspecto islámico por otro más acorde a las pautas del urbanismo occidental, con el arrasamiento de barrios enteros y la construcción de nuevas casas adaptadas a la familia nuclear típica de los colonos cristianos⁶. El fenómeno de la fundación de *pobles* urbanas estuvo muy ligado a ese proceso. Con esa denominación de *pobla* –«puebla» en castellano– no solo se referían en la Edad Media a una villa de nueva creación, de las muchas que nacieron entonces en el País Valenciano, sino que en el ámbito estricto de la ciudad se trataba de barrios musulmanes comprados por un particular –un noble, un mercader o un jurista– para asolarlos y organizar el terreno con calles rectas y plano ortogonal, y después alquilar o establecer a censo las nuevas casas a inquilinos recién llegados. Entre las mejor estudiadas está por ejemplo la *pobla* de Pere de Vila-rasa, un abogado especulador que además en 1313 recibió del rey Jaime II el privilegio de construir en su nuevo barrio, y explotar en régimen de monopolio, un horno y unos baños, los llamados hoy «Baños del Almirante», de aspecto

⁶ A. Furió y J. V. García Marsilla, «La ville entre deux cultures. Valence et son urbanisme entre Islam et féodalité», en S. Bourdin, M. Paoli y A. Reltgen-Tallon, *La forme de la ville de l'Antiquité à la Renaissance*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2015, pp. 37-55.

moruno pero edificados en época cristiana y con una lógica totalmente feudal⁷. Pero la de Vila-rasa fue solo una *pobla* entre tantas, ya que hubo casi una cincuentena como esa entre aquellas intramuros de la muralla islámica y las de los arrabales⁸.

Esa ciudad en continua transformación era por tanto un hervidero constructivo en un contexto de firme crecimiento demográfico. Aunque los datos sobre la población son, como siempre cuando hablamos de la Edad Media, solo aproximativos, parece que en el momento de la conquista (1238) habría en Balansiya unos quince mil quinientos habitantes⁹. A finales del siglo XIV, como mínimo ese número se había duplicado y superaba con seguridad los treinta mil habitantes, que quizá serían cuarenta mil si contamos la abundante población que vivía desperdigada por la huerta cercana, en fincas aisladas llamadas «alquerías» o en pequeñas aldeas arracimadas en torno a los caminos¹⁰. Ese crecimiento tiene además su expresión espacial en la construcción de la nueva muralla a mediados del XIV. Hasta ese momento, la superficie de la ciudad intramuros era de apenas cuarenta y siete hectáreas y el único recinto defensivo, el

⁷ C. Camps y J. Torró, «Baños, hornos y pueblas: La pobla de Vila-Rasa y la reordenación urbana de Valencia en el siglo XIV», en *Historia de la Ciudad. II: Territorio, sociedad y Patrimonio: una visión arquitectónica de la historia de la ciudad de Valencia*, Valencia, Ícaro, 2002, pp. 125-146.

⁸ J. Torró y E. Guinot, «De la Madina a la ciutat: les pobles del sud i la urbanització dels extramurs de València (1270-1370)», *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, 51-52, 2001-2002, pp. 51-103; J. V. García Marsilla, *Vivir a crédito en la Valencia medieval. De los orígenes del sistema censal al endeudamiento del municipio*, Valencia, PUV-Ajuntament de València, 2002, pp. 143-145; P. Iradiel, «Mercado inmobiliario, crédito y crecimiento urbano medieval en Valencia», en *Mercado inmobiliario y paisajes urbanos en el Occidente europeo (siglos XI-XV). Semana de Estudios Medievales Estella, 17-21 de julio 2006*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007, pp. 377-415.

⁹ L. Torres Balbás, «Extensión y demografía de las ciudades hispanomusulmanas», *Studia islámica*, 3, 1955, pp. 35-60, 56.

¹⁰ Es la opinión de la mayoría de los que han estudiado la evolución demográfica de la ciudad, especialmente de E. Cruselles, «La población de la ciudad de Valencia en los siglos XIV y XV», *Revista d'Història Medieval*, 10, 1999, pp. 45-84. Según explica este autor, Valencia contaba ya con 6275 contribuyentes en 1366, lo que, multiplicado por la típica media de 4,5 individuos por fuego ya correspondería a 28237 habitantes, pero a ello habría que añadir no menos de un 10-15% de población flotante no censada, si seguimos la media hallada en otras ciudades europeas, además de que el coeficiente 4,5 se antoja demasiado bajo, según los sondeos de unidades familiares realizados por el mismo autor. En esas fechas comenzó el gran crecimiento de la ciudad tras la guerra, que habría que tener también en cuenta. Por otra parte, no se debe olvidar la población de la Huerta circundante, dentro por tanto del término de la ciudad, que a principios del siglo XV se ha calculado en unos tres mil fuegos más a partir de los listados fiscales (F. Arroyo Ilera, «Población y poblamiento en la huerta de Valencia a fines de la Edad Media», *Cuadernos de Geografía*, 39-40, 1986, pp. 125-155, 136).

construido en el siglo XI por Abd al-Aziz ibn Amir¹¹. Sin embargo, la población había ya, a mediados del siglo XIV, rebosado con mucho ese pequeño corsé y habían crecido arrabales externos hacia todos los puntos cardinales. Por eso, cuando llegó la cruenta guerra con Castilla, la llamada «guerra de los Dos Pedros», se inició la construcción de una nueva muralla financiada en parte con la venta fragmentada del espacio ocupado por la muralla islámica a particulares. El nuevo recinto triplicaba el anterior, hasta las 143 hectáreas, aunque es cierto que algunos de esos nuevos espacios no se llegaron a ocupar efectivamente hasta bien entrado el siglo XVIII¹².

Ese crecimiento se produce en el siglo que conocemos como el de las crisis, y efectivamente Valencia, como todo el Occidente europeo, padeció en esta centuria los desajustes de una sociedad en transformación, como las grandes carestías, especialmente la de 1333 o *mal any primer* y la de 1374-1375, que debió de ser la más importante. Desde luego también irrumpió en ella la peste negra en 1348, y sus rebrotes o «nuevas olas» se sucedieron cada ciertos años, y además fueron frecuentes los conflictos bélicos, en concreto dos especialmente importantes: la rebelión de la Unión, en la que Valencia se enfrentó a la política autoritaria de Pedro el Ceremonioso entre 1347 y 1348, y sobre todo la guerra con Castilla entre 1356 y 1369, que fue especialmente destructiva para el reino de Valencia e incluso para la capital, asediada en dos ocasiones. Y sin embargo, Valencia no dejó de crecer gracias a un flujo migratorio continuo, llegado tanto del mismo reino como de otras zonas, especialmente Castilla, Aragón y Cataluña, pero también Occitania¹³. Eso compensó con creces las pérdidas por

¹¹ Entre las muchas publicaciones sobre la muralla islámica se pueden citar: Á. Badía Capilla y J. Pascual Pacheco, *Las murallas árabes de Valencia*, Ajuntament de València, Quaderns de difusió arqueològica, 2, 1991, pp. 1-34; y J. Ferrandis Montesinos, «La muralla islámica de Valencia: Poliorcética y escenografía», en *Historia de la ciudad VII: el paisaje cultural*, Valencia, Ícaro, 2015, pp. 41-53. Sobre su estado a inicios del siglo XIV: M. Benítez Bolorinos, «La muralla medieval en el reino de Valencia a comienzos del Trescientos. Fiscalidad regia e identidad colectiva», *Miscelánea Medieval Murciana*, 37, 2013, pp. 53-70. A ello hay que unir la síntesis de J. Ferrandis, G. Fernández y E. Ibáñez, *Las murallas de Valencia*, Valencia, Vinatea, 2019.

¹² A. Serra Desfilis, «La construcción de las murallas de Valencia en el siglo XIV: ampliación, defensa y administración», *Historia de la ciudad. V: Tradición y progreso*, Valencia, Ícaro, 2008, pp. 79-93; y del mismo autor, «Ingeniería y construcción en las murallas de Valencia en el siglo XIV», en M. Arenillas et al. (eds.), *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, Madrid, Instituto Juan de Herrera, 2007, vol. 2, pp. 883-894.

¹³ Véase E. Cruselles, «La población de la ciudad de Valencia...», *op. cit.*, especialmente pp. 56-66; A. Rubio Vela, «Infancia y marginación. En torno a las instituciones trecentistas valencianas para el socorro de huérfanos», *Revista d'Història Medieval*, 1, 1990, pp. 111-153, y M. D. Cabanes Pecourt, *Avencindados en la ciudad de Valencia en la época medieval «avehinaments» (1308-1478)*, Valencia, Ajuntament de València, 2008.

los repuntes de la mortalidad, pero sobre todo, cuando se amortiguó ese ciclo infernal de calamidades al acabar la guerra, comenzó hacia 1370 una época de indudable crecimiento para la ciudad que duraría más de un siglo y transformaría completamente la urbe hasta convertirla en una de las grandes ciudades portuarias del Mediterráneo.

Por eso, a pesar de todas esas puntuales adversidades, en los siglos XIII y XIV se realizaron construcciones importantes en Valencia, entre las cuales algunas se conservan hasta la actualidad, como la iglesia y el complejo de San Juan del Hospital, propiedad de dicha orden militar; el convento de Santo Domingo y especialmente su aula capitular; el monasterio de San Vicente de la Roqueta o las iglesias parroquiales, cuyas fases iniciales siempre corresponden a esa época, como las de Santa Catalina, San Martín, San Nicolás, San Esteban, San Juan del Mercado o el Salvador, manteniendo esta última aún en pie su torre románica.

2. LAS TRES GRANDES INSTITUCIONES CONSTRUCTORAS Y SUS MÉTODOS DE GESTIÓN

Sin embargo, fueron tres grandes instituciones las que patrocinaron los mayores edificios, los que constituyeron la auténtica proyección «pública» de aquella sociedad: la corona, la diócesis valentina y el municipio. La corona, señora de la ciudad, la visitaba muy de cuando en cuando, y para sus estancias, normalmente efímeras, disponía del Palacio del Real, situado extramuros, en la ribera norte del río Turia, que por desgracia fue demolido a principios del siglo XIX, con motivo de la guerra del Francés, pero del que quedan libros de obras, imágenes y algunos restos que los arqueólogos han sacado a la luz en diversas campañas¹⁴. Además, los oficiales reales disponían de algunas construcciones en la urbe, como el mismo al mudín o depósito de grano, que era de titularidad real; el *alfòndec* o alhóndiga de la morería, donde se obligaba a que pernoctaran los mercaderes llegados de países islámicos, así como otros monopolios del barrio islámico; y los centros en los que se recaudaban impuestos, como la gabela de la sal, el peso real y la ceca de acuñación de moneda ubicada en la ciudad¹⁵.

¹⁴ M. Gómez-Ferrer, *El Real de Valencia (1238-1810). Historia arquitectónica de un palacio desaparecido*, Valencia, Institutió Alfons el Magnànim, 2012; J. V. Boira Marqués (ed.), *El Palacio Real de Valencia. Los planos de Manuel Cavallero (1802)*, Valencia, Ajuntament de València, 2006.

¹⁵ La enumeración de las rentas obtenidas en dichos centros se puede observar por ejemplo en H. García López, «Les rendes reials al regne de València. El memorial de 1426», *Recerques*, 77,

Mucho más visibles actualmente son los resultados de la actividad constructiva desarrollada en la catedral, cuya mayor parte se erigió a lo largo de los siglos XIII y XIV. En ese período la misma seo pasó de ser un edificio compacto en forma de cruz latina con girola, cuya nave central estaba cubierta con grandes bóvedas de crucería de plementería de ladrillo, y cuyo campanario se encontraba adosado en un lateral, a convertirse en un complejo episcopal «a la italiana». En el Trecentos, de hecho, se construyeron exentos hacia la parte de los pies de la catedral, primero el aula capitular –hoy capilla del Santo Cáliz–, obra de Andreu Julià, entre 1356 y 1369, y después el nuevo campanario, conocido hoy popularmente como el «Miguelete» o *Miquelet*, iniciado en 1380 por ese mismo maestro de obras y cuya construcción se prolongó hasta 1425 con el remate de Martí Llobet¹⁶. Fue también durante este período cuando se realizaron las puertas, primero la románica o de la *Almoina*, hacia 1262, después la primera gótica, la de los Apóstoles, para la que se contrató a Nicolau de Ancona en 1303, mientras que la original de los pies del edificio, trasladada supuestamente más tarde a la entrada del aula capitular, y obra original de Pere Balaguer, fue iniciada en 1424¹⁷. No todas estas obras, por desgracia, se pueden analizar pormenorizadamente a partir de fuentes contables, ya que los Libros de Fábrica de la catedral de Valencia solo se conservan a partir de 1380 y presentan lagunas hasta las primeras décadas del siglo XV. Aun así, disponemos de algunos pergaminos anteriores que suelen ser también muy útiles para el estudio de los procesos constructivos.

La tercera gran institución, el municipio, desarrolló también su propia actividad constructiva, financiando edificios como su propia sede o Casa de la Ciutat, o más tarde las atarazanas municipales y la Casa de las Rocas, donde aún se guardan las carrozas de la procesión del Corpus Christi¹⁸. Sin embargo, la

2020, pp. 55-84. Solo el almuñín sobrevive en pie en la actualidad. Sobre él, véase: I. Aguilar Civera, *L'Almodí de València i els espais del comerç*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 1996.

¹⁶ Entre las muchas publicaciones sobre la catedral de Valencia y su desarrollo constructivo, la más reciente es el volumen colectivo *La catedral de Valencia. Historia, Cultura y Patrimonio*, Valencia, Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, 2018.

¹⁷ Sobre las puertas de la catedral: J. V. García Marsilla, «Accesos a l'infinit. Les portalades gòtiques valencianes i la seva iconografia», en F. Español y J. Valero (eds.), *Ianua Coeli. Portalades gòtiques a la Corona d'Aragó*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans-Amics de l'Art Romànic, 2020, pp. 81-104.

¹⁸ A. Serra Desfilis, «El fasto del palacio inacabado. La casa de la ciudad de la Valencia en los siglos XIV y XV», en *Historia de la Ciudad III. Arquitectura y transformación urbana de la ciudad de Valencia*, Valencia, Ícaro, 2003, pp. 73-99; del mismo autor: «Historia de dos palacios y una ciudad: Valencia, 1238-1460», *Anales de Historia del Arte*, 23, especial 2, 2013, pp. 333-367; F. Iborra Bernad, «La Casa de la Ciutat», en R. Narbona (ed.), *Ciudad y Reino. Claves del Siglo de Oro valenciano*, Valencia, Ajuntament de València, 2015, pp. 116-121; G. Contreras Zamorano, *Las atarazanas del Grao de la*

gran obra civil de la Valencia del siglo XIV fueron sin duda las nuevas murallas, comenzadas a mediados de esa centuria; aunque en realidad en este caso fue una nueva institución supramunicipal la que se hizo cargo de su construcción y mantenimiento: la llamada Junta de Murs i Valls (junta de muros y fosos), creada por Pedro el Ceremonioso en 1358 como consecuencia de una de tantas riadas catastróficas que ha padecido Valencia a lo largo de su historia. El rey creó así un organismo para regularizar el cauce del río y encargarse de acabar las murallas y de mantenerlas en correcto funcionamiento. En él no solo participaba el municipio de la capital, sino también representantes de los tres brazos de las cortes del reino y de todos los pueblos del entorno, que debían pagar un canon anual a cambio de poder protegerse dentro de las murallas en momentos de peligro¹⁹. Posteriormente, la ciudad pasó a tener un protagonismo casi absoluto en esta institución, de manera que en ciertos momentos llegó a nombrar a su dirigente *de facto*, el *sotsobrer* y, sobre todo, la Junta de Murs i Valls se convirtió en una especie de concejalía de obras públicas encargada de cualquier intervención en la ciudad y en su término rural, incluidas reparaciones de calles, alcantarillas, cruces de término, puentes, acequias o caminos²⁰. Así pues, desde que se empezaron a compilar los libros de la Sotsobreria de Murs i Valls, con su formato alargado de cuaderno, es decir, desde el año 1380 –el mismo en el que comienzan las cuentas de la catedral–, se conserva en dicha serie testimonio detallado de todas las obras públicas llevadas a cabo en Valencia hasta el ocaso del régimen foral a comienzos del XVIII, aunque desde 1589, y con motivo de una nueva riada, se desgajó una Fàbrica Nova del Riu que gestionaría separadamente los puentes y pretiles sobre el río Turia²¹.

El funcionamiento de la Junta de Murs i Valls es un buen ejemplo de la que fue una de las máximas de la gestión de las obras en la Valencia medieval:

.....

mar, Valencia, Ajuntament de València, 2002; F. Iborra y M. Miquel, «La Casa de las Atarazanas de Valencia y Joan del Poyo (I)», *Anuario de Estudios Medievales*, 37/1, 2007, pp. 387-409; C. Ridaura Cumplido, *La casa de las Rocas. Fundamento para su declaración como BIC (Bien de Interés Cultural)*, Valencia, Ajuntament de València, 1996.

¹⁹ V. Meliό Uribe, *La «Junta de Murs i Valls»: historia de las obras pύblicas en la Valencia del antiguo régimen, siglos XIV-XVIII*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 1991.

²⁰ Una muestra de ese control municipal de la institución fue la sentencia arbitral dictada en 1406, A. Campos Perales, «La sentència arbitral de murs i valls del 1406. Estudi i edició», *Mirabilia/MedTrans*, 1, 2015, pp. 72-100.

²¹ Sobre esa nueva fábrica sus primeras obras, véase: M. J. Teixidor de Otto, «Una obra emblemática de la Fàbrica Nova del Riu el Pont de la Mar (1592-1596)», *Cuadernos de Geografía*, 67-68, 2000, pp. 147-166; y A. Rodrigo Molina y M. I. Giner García, «La construcción de los paredones y pretiles del río Turia a su paso por la ciudad de Valencia. Historia, puesta en obra, materiales, y levantamiento planimétrico», en S. Huerta (coord.), *Actas del Sexto Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, Madrid, Instituto Juan de Herrera, 2009, pp. 1189-1198.

la asignación de unos ingresos concretos y finitos a unas obras determinadas. De esta manera, para financiar la construcción de un edificio se creaba una institución expofeso y se le asignaba unos ingresos con los que los gestores del proceso se tendrían que enfrentar a los desembolsos que las obras generasen. El objetivo final no era otro que controlar los gastos: que no pasara como ocurre con frecuencia en las obras públicas actuales, donde las previsiones iniciales casi siempre se desbordan y a menudo se duplican o triplican. No quiere decir eso que no fuera posible la corrupción, de la que ya quedan rastros de casos tempranos, como por ejemplo en la Lonja de Valencia a finales del siglo XV, pero en principio, al menos en teoría, se debía buscar un equilibrio entre los ingresos asignados y los gastos acometidos²². En concreto, para los gastos de la Junta de Murs i Valls se asignaron unos ingresos fiscales precisos. En primer lugar, una contribución o impuesto directo que pagaban los lugares y villas del término general de Valencia, llamado «Contribuciones de los lugares de la Iglesia y Caballeros». Además, había un impuesto indirecto o «sisa» de un sueldo por cada cahiz de trigo vendido en el almudín o depósito municipal igualmente destinado a las obras. Ese impuesto también se percibía en 1393 en una de las mayores poblaciones que se habían incorporado al término general de Valencia: Sagunto. Y a ello se unían las multas que se cobraban por distintos delitos en la ciudad, e incluso en algún momento se vendieron títulos de deuda pública (censales) con cargo exclusivamente a la Junta y no al municipio (tabla 1).

Tabla 1. Ingresos de la Junta de Murs i Valls del año 1393²³

Imposición de 1 sueldo por cahiz de trigo vendido en el almudín	65 000 sueldos
Imposición de Morvedre (Sagunto)	5000 sueldos
Lugares de la Iglesia y Caballeros	1037 sueldos
Penas y multas	445 sueldos, 2 dineros
Restos del año anterior	170 sueldos, 6 dineros
Total	81 392 sueldos, 8 dineros

²² J. V. García Marsilla, «¿Cuánto cuesta una lonja? El precio de la *Llotja Nova* de Valencia y la gestión económica de su proceso constructivo (1482-1499)», *Lexicon. Storia e architettura in Sicilia e nel Mediterraneo*, Speciale 1, 2021, pp. 193-204, especialmente pp. 195-197.

²³ Archivo Municipal de Valencia (en adelante AMV), Sotsobreria de Murs i Valls d³-12.

Si volvemos al ámbito de la catedral de Valencia, se puede comprobar que la gestión de su Fábrica tomó caminos parecidos. También en sus libros se ofrecen ingresos y gastos, *rebudes i dates* en el lenguaje de la Valencia medieval, y todos los años se realizaba un balance final entre ambos. En este caso, como se observa en la tabla 2, donde están pormenorizados los ingresos del primer año conservado, la parte más importante provenía de los beneficios eclesiásticos que quedaban vacantes en ese momento, porque las plazas no habían sido provistas todavía, llegando a suponer ese ítem más de trece mil sueldos, lo que equivale a un 32 % de los ingresos totales. Otra parte fundamental la constituían las donaciones pías, que se vehiculaban de diversas formas, como por ejemplo mediante bacines o huchas petitorias situados tanto en el interior de la catedral como en sus puertas y en cada una de las iglesias parroquiales de la diócesis, y también los legados testamentarios que personas piadosas dejaban a la obra de la catedral²⁴. Entre todo ello las limosnas a la fábrica supondrían un 7 % de los ingresos. En el fondo, la otra sección que queda, la de los censales, también se originaba a menudo en la generosidad de los fieles que cedían a la fábrica los intereses de los créditos que cobraban, aunque en algún caso era la misma fábrica la que, con su propio dinero, compraba un censal, es decir, prestaba capital a municipios o a particulares y cobraba los intereses en forma de rentas anuales, como hacían muchos ciudadanos y nobles de Valencia²⁵. En concreto, en ese año de 1380 hay que tener en cuenta que se comenzó el campanario nuevo, el Miguelete, que, como veremos, generó cuantiosos gastos extra, entre ellos la expropiación de once casas para habilitar el solar para las obras de la torre, pero en este caso también entre los ingresos aparece la venta de los escombros que se derivaron del derribo de esas casas, que casi importaron mil quinientos sueldos. Lo que no se pagaba al maestro de obras de la catedral, Andreu Julià, porque estaba fuera, en concreto en Tortosa en esos momentos, también se anota como un ingreso, pero el superávit de ese año es un tanto ilusorio porque se debe al gran remanente de deudas de particulares para con la fábrica que se arrastraba del año anterior²⁶.

²⁴ Sobre esos bacines, véase: P. Clari Hidalgo, «*Als portals de la Seu*» *Funcionament i evolució dels Aceptes per a la Fàbrica de la catedral de València. (1380-1520)*, Trabajo Fin de Máster, Universitat de València, 2020.

²⁵ Sobre el mecanismo del censal y su mercado en la Valencia medieval, véase: J. V. García Marsilla, *Vivir a crédito en la Valencia medieval...*, *op. cit.*

²⁶ Archivo de la Catedral de Valencia (en adelante ACV), Llibres d'Obra 1473, vol. de 1380.

Tabla 2. Ingresos de la Fábrica de la Catedral de Valencia, 1380

Deudas de años anteriores	21288 sueldos, 6 dineros
Censales	1179 sueldos, 8 dineros
<i>Vagants</i> (beneficios vacantes)	13270 sueldos, 5 dineros
Bacín de la obra dentro de la catedral	964 sueldos, 2 dineros y mealla
<i>Lexes</i> (legados testamentarios)	101 sueldos, 11 dineros
<i>Mesades</i> (mensualidades no pagadas al maestro de obras por su ausencia)	416 sueldos, 11 dineros
Bacines de los portales	538 sueldos, 11 dineros y mealla
Bacines de las parroquias de la diócesis	1420 sueldos, 2 dineros
Venta de los escombros de las casas derribadas para levantar el Miguelete	1469 sueldos, 7 dineros
Suma total	40640 sueldos, 5 dineros
Total de gastos	34644 sueldos, 6 dineros y mealla
Superávit	5945 sueldos, 11 dineros y mealla

Por último y aunque pueda sorprender, en el caso de las obras del monarca también la estrategia de gestión económica era parecida, y se observa en las intervenciones llevadas a cabo en el Palacio del Real en 1392. En ese año se intervino en el guardarropa del monarca Juan I, que se encontraba en un ala del edificio, y en la cocina de su esposa, Violant de Bar, dado que en este palacio como en otros muchos de la corona aragonesa –por ejemplo el de Barcelona o el de Perpiñán–, rey y reina tenían estancias separadas y prácticamente duplicadas. También en ese caso el *sotsobrer* encargado de gestionar la obra, un tal Ramon de Palou, llevó un cuaderno de ingresos y gastos, aunque entre los primeros solo figura una entrada y es parte de una cantidad de dinero que el municipio de Valencia le entregó al monarca el 7 de diciembre de ese año «para sus necesidades», es decir, una de tantas dádivas extraordinarias que la ciudad dio a sus reyes a lo largo de la Edad Media para ganarse su favor y conseguir privilegios extraordinarios de ellos. En concreto esta se realizó cuando Juan I comenzaba una estancia de dos años en la ciudad del Turia, algo más prolongada de lo habitual hasta el momento. La cantidad que se entregó fue de nada menos que 10000 florines, 110000 sueldos barceloneses, de la cual se apartaron para esta obra 1500 florines, o lo que es lo mismo, 16500 sueldos que irían a parar al obrero del palacio, Pere

d'Artés, y en su nombre a su lugarteniente o *sotsobrer*, el citado Ramon de Palou²⁷. Ignoramos si esa entrega se hizo en metálico o más probablemente mediante una *dita* o transferencia en una de las tablas de cambio de la ciudad, pero lo cierto es que ese fue el presupuesto al que se tuvo que limitar el citado *sotsobrer*. Para valorar esa cantidad se puede considerar que el precio de esas obras «menores» en el palacio equivalía al que se hubiera invertido en la compra de unas ocho viviendas de calidad media en la ciudad, o al salario de más de once años que pudiera cobrar el maestro mayor de obras al cargo, un tal Miquel Gil, que era de cuatro sueldos y medio diarios. El balance del cuaderno cuadró en este caso al milímetro ingresos y gastos e incluso dio también para algunas actuaciones especialmente peculiares llevadas a cabo ese año, en relación directa con la presencia física del monarca y su corte en la ciudad. La más espectacular fue sin duda la instalación de una gran vela de barco que cubrió el patio del Real Vell, la parte más antigua del palacio, para celebrar un gran convite por Navidad, al que fueron invitados caballeros y burgueses de la ciudad, y su desmontaje posterior porque el viento había roto algunos de los cabos y poleas de barco utilizadas para alzar la vela²⁸.

El volumen de las inversiones en estas grandes obras del siglo XIV, en todo caso, era enorme, y se hace patente en las grandes obras arquitectónicas de esa época que aún perduran en la ciudad. Una cuestión que me ha interesado especialmente en los últimos años ha sido tratar de obtener el precio final, lo más aproximado posible, de los grandes edificios de la Valencia medieval, lo que me ha llevado por ejemplo a cifrar el gasto en la construcción de la Lonja a finales del siglo XV (sin el añadido posterior del Consolat del Mar) en 1 861 357 sueldos y dos dineros, cifra que equivalía al presupuesto íntegro del municipio durante un año y medio²⁹. Para el siglo XIV es mucho más difícil alcanzar conclusiones tan precisas, porque las fuentes no suelen conservarse completas. En el caso de la construcción del Miguelete, por ejemplo, que tardó cuarenta y cinco años en acabarse en distintas fases, sin tener en cuenta su remate barroco, solo quedan libros de veintitrés de ellos. Únicamente es posible pues, en este caso, obtener algunas cifras parciales de

²⁷ Archivo del Reino de Valencia (en adelante ARV), Mestre Racional 9157, f. 1r.

²⁸ ARV, Mestre Racional 9157, f. 51r, viernes 20 de diciembre de 1392, «A Johan Martí, menor de dies, a-n Aparici Pérez, a-n Bernat dez Canyella e Jacme Ferragut, a Françou Sagrada, a Johan Cervera e Jaume Sol, e an Johan Martí, major de dies, a Miquel Domènech e a Uguet Barrat, mariners de València, los quals en lo damunt día muntaren a gran perill en les torres velles del Royal del Senyor Rey per ligar e fermar libans e moltes cordes als murons de les dites torres per tenir una vela gran de nau que y posaren per cobrir lo dit Palau Vell, per rahó del convit que'l seyor rey feu en festes de Nadal a alguns cavallers e ciutadans de la dita ciutat e a moltes altres notables persones, com cuynassen en lo dit Palau Vell, ço es a cascun dels dessus nomenats V sous VI diners que munta ab I sou que fon donat a I macip quel-s hi aydà – LVI sous».

²⁹ J. V. García Marsilla, «¿Cuánto cuesta una lonja?...», *op. cit.*

actuaciones concretas. El primer paso que hubo que dar, por ejemplo, ya lo hemos anunciado, fue expropiar once casas que había a los pies de la catedral, en torno a la llamada entonces Plaza de las Coles, para ubicar allí no solo el edificio en sí, que apenas ocupa unos 250 m², sino sobre todo para tener el espacio suficiente en el que montar los andamios y las grúas, acumular los materiales y abrir vías de entrada para que dichos materiales llegaran a la obra a lomos de bestias. El coste de esa expropiación fue de 21 688 sueldos y ocho dineros, si tenemos en cuenta las cantidades que se pagaron a los inquilinos por su propiedad útil y lo que se tuvo que abonar a sus propietarios eminentes, es decir, a aquellos que cobraban rentas por esas casas, para amortizarlas. Solo en derribar las viviendas se fueron otros 5257 sueldos en jornales para los obreros y en los picos y palas que usaron. Ciertamente que parte, como hemos dicho, se recuperó al vender los escombros, en concreto 1469 sueldos, pero en definitiva, sin haber puesto todavía ni la primera piedra, el nuevo campanario ya había costado la friolera de 25 476 sueldos³⁰. Era el precio, sin duda, de construir en el densamente edificado centro de la ciudad. Después los cimientos costaron otros 1559 sueldos y seis dineros, y así podríamos ir sumando. Estas altas cifras explican, más que ninguna limitación de tipo técnico, los largos períodos en los que se dilataba la construcción de estas grandes obras, que además dependían también a menudo de las coyunturas, tanto económicas como políticas, por las que atravesara la institución patrocinadora.

Sí que es factible, sin embargo, evaluar el coste total de la otra gran obra de piedra de la Valencia del siglo XIV: la puerta de Serranos (fig. 1). En este caso se conservan los libros de la Sotsobreria de Murs i Valls de todos los años, aunque se contienen en ellos los gastos, no solo del portal, sino de todas las obras que se llevaron a cabo anualmente en la ciudad y el término rural circundante, por lo que es necesario ir separando los que se referían exclusivamente a este edificio. El resultado asciende a 325 533 sueldos y ocho dineros, una cantidad muy importante, no comparable desde luego a lo que supondría la lonja un siglo más tarde, pero que destaca por la altísima concentración del gasto en apenas cinco años. Porque, aunque se suele afirmar que las puertas de Serranos se edificaron entre 1392 y 1398, casi la totalidad de los trabajos se realizaron en un período aún más corto, entre 1393 y 1397, sin duda un récord que pretendía ser una demostración de la potencia económica de la urbe en los tiempos en que el rey Juan I la visitaba con frecuencia³¹. Se trataba por tanto de construir la que sería la

³⁰ ACV, Llibres d'Obra 1473.

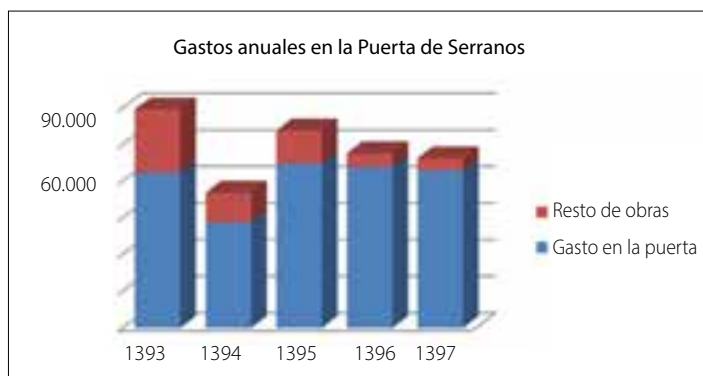
³¹ Datos obtenidos de AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d^a-4 a d^a-9. Sobre este edificio, véase: A. Serra Desfilis, «El Portal de Serranos en los siglos XIV y XV», en F. Cervera y C. Mileto (eds.), *Las Torres de Serranos. Historia y Restauración*, Valencia, Ajuntament de València, 2003, pp. 11-26.

obra emblemática de la ciudad, la auténtica «tarjeta de presentación» del municipio ante los que llegaban a ella, especialmente desde el norte, por donde solían arribar los monarcas desde Aragón o Cataluña, o los mercaderes e inmigrantes de esos mismos territorios. Para entender la importancia de lo gastado en ellas, lo que se invirtió cada año de media en levantar esta entrada monumental fue similar a lo recaudado por uno de los cuatro grandes impuestos locales, el del vino, que solía superar los ochenta mil sueldos anuales, mientras que el precio total del edificio equivaldría casi a la quinta parte del presupuesto municipal de un año³². Es evidente que la obra se «comió» casi el total de lo invertido por la Junta de Murs i Valls en ese quinquenio. Como vemos en la gráfica adjunta, en esos años entre el 70 y el 90 % del dinero de la institución se invirtió en la puerta, dejando muy poco para otros accesos de la muralla, puentes, caminos, atarazanas o alcantarillas, donde también se acometieron intervenciones.



Figura 1. Las puertas de Serranos, uno de los grandes edificios de la Valencia del siglo XIV, proyectada y ejecutada por el maestro de obras Pere Balaguer en poco más de cinco años para la Junta de Murs i Valls. Foto del autor.

³² Datos de J. V. García Marsilla y J. Sáiz Serrano, «De la peita al censal. Finanzas municipales y clases dirigentes en la Valencia de los siglos XIV y XV», en M. Sánchez, A. Furió y P. Bertran (coords.), *Corona, Municipis i Fiscalitat a la Baixa Edat Mitjana*, Lleida, Institut d'Estudis Ilerdencs, 1997, pp. 307-334.



Gráfica 1.

3. LAS CAMPAÑAS Y LA ESPECIALIZACIÓN DE LA MANO DE OBRA

Si algo tenían en todo caso estas tres grandes instituciones concentradas en Valencia, era que garantizaban una continuidad del trabajo, de modo que gracias a ellas, sumadas obviamente a las obras que contrataba una población cada vez más numerosa, existía una demanda sostenida de construcción en la ciudad que hacía ya innecesario a los especialistas del sector desplazarse constantemente en busca de ofertas de trabajo, como sucedía a menudo en los tiempos anteriores, los de las logias ambulantes. Es más, las obras continuas atrajeron, y se nutrieron al mismo tiempo, de una inmigración constante, tanto de maestros reputados y de trabajadores cualificados como de peones sin especialización que aportaban básicamente fuerza y capacidad de sacrificio³³.

A pesar de ello, pocos trabajadores eran contratados de forma continua en toda una campaña, pues el mercado laboral de los obreros de la construcción era extremadamente flexible. Así, incluso en la institución más estable de todas en su oferta de trabajo, la Junta de Murs i Valls, no todos los días eran iguales. Por ejemplo, era muy frecuente que en el mes de enero, quizá por el frío y porque por esa causa los morteros no cuajaran de la manera deseada, el número de trabajadores fuese inusualmente bajo. En la década de 1390, en enero apenas se contrataban entre tres y cinco picapedreros diariamente, mientras que en el resto del año, y sobre todo en primavera y verano, era frecuente encontrar

³³ Sobre las obras en Valencia, y en la Corona de Aragón en general, véase: G. Navarro Espinach, «La industria de la construcción en los países de la Corona de Aragón (siglos XIII-XVI)», en S. Cavacciochi (ed.), *L'edilizia prima de la Rivoluzione Industriale Secc XIII-XVIII, Atti della 37ª Settimana di Studi dell'Istituto di Storia Economica F. Datini*, Florencia, Le Monnier, 2005, pp. 167-208.

juntos, como ocurrió en las torres de Serranos, hasta treinta y uno de estos picapedreros y otros veintinueve *manobres*, es decir, aquellos que preparaban y mantenían dúctil la argamasa³⁴. Hay que tener en cuenta además las más de treinta fiestas locales en las que las obras paraban, y la incertidumbre que producía el tiempo atmosférico, pues cuando llovía también se interrumpían o se reducían al mínimo los trabajos, y por tanto no se pagaba a los asalariados, existiendo incluso casos en los que llovió a mitad de tarde y se les descontó a todos la parte proporcional de su jornal, de manera que podemos decir que los trabajadores de la construcción seguramente miraban al cielo entonces con la misma angustia que los labradores, aunque por causas a menudo opuestas³⁵.

Por otra parte, llama la atención la diferenciación salarial entre los que acuden a trabajar a una obra. En las obras del portal de Serranos, en un día cualquiera, los picapedreros cobraban tres jornales diferentes: tres sueldos y medio diarios los más experimentados; tres sueldos y dos dineros el siguiente escalafón; y tres sueldos los que probablemente estaban comenzando. Al mismo tiempo, los *manobres* o amasadores también estaban jerarquizados, en este caso en cuatro categorías, todas por debajo del picapedrero menos experto, ya que cobraban respectivamente dos sueldos y medio; dos sueldos; un sueldo y ocho dineros; y un sueldo³⁶. En esta última categoría estaban los aprendices, adolescentes que aún no tenían la fuerza de los mayores, pero es interesante comprobar que en algunos casos también había mujeres en este escalafón más bajo, como ocurre en las obras municipales de la década de 1390. Hasta seis aparecen por ejemplo en las cuentas del 28 de julio de 1392: na Guillota, na Guillema, na Bernarda, na Tolsana, na Losella y na Maria³⁷. Todas cobraban un sueldo diario y se debían de dedicar, como ocurre más tarde en las obras de algunos castillos del interior del reino, a acarrear materiales para los que levantaban los muros. Incluso en las escenas de algún retablo, como en el de San Miguel de Pere Lembri (ca. 1400)

³⁴ En enero de 1393, por ejemplo, lo más frecuente es que se contrate solo a Pere Balaguer y tres *piquers*, en cambio el día 31 de mayo de ese año figuran en las listas veintinueve *piquers* y catorce *manobres*, entre estos últimos una mujer, Na Pons, y el 8 de junio hay treinta y un *piquers* y veintinueve *manobres* (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-5, ff. 11r y 20r-26v).

³⁵ El 1 de abril de 1395, por ejemplo, el *sotsobrer* apunta: «La jornada damont de disapte plogué en hora de vespres, per què haguí a gitar la companya de obra e pague'ls lur jornal segons és scrit largament». En efecto, el jornal del maestro se redujo de cuatro sueldos y seis dineros a tres sueldos y tres dineros; los que hacían la argamasa bajaron de dos sueldos seis dineros a un sueldo y once dineros; y los llamados simplemente *jornalers* percibieron un sueldo y tres dineros en vez de los habituales dos sueldos y dos dineros (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-4, f. 10v). Es decir, una lluvia a mitad de tarde llevó a una reducción de entre el 20 y el 25 % del jornal según la categoría del trabajador.

³⁶ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-4, f. 11v.

³⁷ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-4, f. 57r.

realizado para alguna iglesia de la comarca de Morella y hoy en la Hispanic Society de Nueva York, aparece una mujer trabajando para la obra de la ermita del Monte Gargano, transportando mortero en una especie de cesta sobre su cabeza (fig. 2)³⁸. Se podría desde luego hablar aquí de «brecha salarial», pero en aquellos momentos era mucho más que eso, ya que las mujeres no podían medrar en el sistema de aprendizaje de la época y su papel se limitaba al de peones con menor fuerza, cobrando por eso salarios asimilables a los de los adolescentes.

Aún por debajo estaban, sin embargo, los esclavos, que aparecen con mucha frecuencia cortando grandes vigas con sierras que se movían por parejas. De esa manera, carpinteros y panaderos eran los oficios que más esclavos poseían, especialmente para estas faenas duras y repetitivas, y estuvieron presentes, por ejemplo, en las obras del Palacio del Real de 1392, donde los esclavos del carpintero Guillem Salat cobraban a destajo por el número de vigas que hubieran serrado³⁹. El 18 de diciembre de ese año, por ejemplo, serraron cuarenta y seis vigas que les llegaron en diversas carretas, cobrando el amo por el trabajo de sus esclavos sesenta y nueve sueldos y nueve dineros. Y lo mismo ocurrió con otros dos carpinteros propietarios de mano de obra cautiva: Bartomeu Gascó percibió noventa y un sueldos y seis dineros por el trabajo de sus aserradores, y Pere Garriga cobró treinta y tres sueldos y nueve dineros⁴⁰. La importancia de los esclavos en el sector de la carpintería hizo que en las ordenanzas del oficio de los *fusters* de Valencia redactadas a partir de 1400 se incluyera la prohibición de enseñar el oficio a *sclaus negres o de color de codony cuyt* (esclavos negros o de color de membrillo cocido), cláusula racista que se justificaba por la naturaleza estratégica de la profesión, pues se decía que si huían podían enseñar los conocimientos aprendidos en países islámicos, teóricamente hostiles⁴¹.

³⁸ A. José i Pitarch, *Una memoria concreta, Pere Llebri, pintor de Morella y Tortosa (1399-1421)*, Castellón, Generalitat Valenciana-Diputació de Castelló, 2004, pp. 214-215. Sobre las obras de los castillos del interior valenciano, como los de Alpuente o Ademuz, y la participación allí de mujeres: J. V. García Marsilla, «Las obras que nunca se acaban. El mantenimiento de los castillos en la Valencia medieval: sus protagonistas y sus materiales», *Ars Longa*, 12, 2003, pp. 7-15, p. 12.

³⁹ Sobre la preferencia por los esclavos de panaderos y carpinteros, véase: F. J. Marzal Palacios, *La esclavitud en Valencia durante la Baja Edad Media (1375-1425)*, Valencia, Universitat de València, Tesis doctoral inédita, 2006.

⁴⁰ ARV, Mestre Racional 9157, ff. 38r-v.

⁴¹ T. Izquierdo Aranda, *La fustería a la València medieval (1238-1520)*, Castellón, Universitat Jaume I, 2014, pp. 59-60. Es curioso que, en otros casos, esclavos musulmanes eran enviados como regalo para trabajar en obras incluso papales, como los veinte que Alfonso XI de Castilla remitió al papa Benedicto XII a las obras del palacio de Aviñón en 1340, en una región donde la esclavitud no estaba tan extendida (Ph. Bernardi, «Esclaves et artisanat: une main d'œuvre étrangère dans la Provence des XIII^e-XV^e siècles», *Actes du 30^e congrès de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public*, Gotinga, 1999, pp. 79-94).



Figura 2. Una mujer trabajando en un obra medieval. Esta, como otras cuyos nombres aparecen en las fuentes valencianas del Trecentos, se dedica sobre todo a acarrear materiales para que el maestro construya la ermita del Monte Gargano en el retablo de San Miguel de Pere Lembri (Hispanic Society de Nueva York, ca. 1400). Foto tomada de A. José i Pitarch, *Una memoria concreta, Pere Lembri, pintor de Morella y Tortosa (1399-1421)*, Castellón, Generalitat Valenciana-Diputació de Castelló, 2004, p. 215.

En el polo puesto, naturalmente, se hallaban los maestros de obras, entre los que se observa también una cierta jerarquización interna, con la irrupción de algunas grandes figuras cuyo nombre ha trascendido hasta la actualidad, aunque su condición, y desde luego sus honorarios, quedan muy lejos de los de los grandes divos de la arquitectura actual⁴². El nombre más antiguo de un maestro de obras que aparece en los pergaminos de la catedral de Valencia es el de un tal Arnau Vidal, presente ya en 1262, al que se atribuyen algunas capillas del deambulatorio y sobre todo la puerta románica o de la Almoina, que es un calco, ampliado, de la Porta dels Fillols de la Seu Vella de Lleida, de hacia 1220⁴³. Esto, junto con el análisis de las marcas de cantero –que coinciden sobre todo con las encontradas en las iglesias de San Miguel de Foces, en Ibieca, y en la ermita de Salas, ambas en la actual provincia de Huesca–, nos habla probablemente de una primera época en la que todavía predominaban las cuadrillas ambulantes, que sin embargo se estabilizaban ya durante más tiempo en una ciudad cuando recibían grandes encargos que les comprometían durante períodos prolongados⁴⁴. En el caso de Arnau Vidal lo encontramos en los años sucesivos a su intervención en la catedral de Valencia reparando azudes y otros elementos de riego en otra localidad cercana, Alzira, en la ribera del río Júcar⁴⁵. Esa mayor estabilidad es algo parecido a lo que ocurrió, por ejemplo, un siglo antes en Santiago de Compostela con el famoso Maestro Mateo⁴⁶. El mismo contrato conservado del segundo maestro conocido en la seo de Valencia, el de Nicolau de Ancona, de 1303, que en mi opinión

⁴² Sobre la promoción de los maestros de obras entre finales del XIV y el siglo XV: M. Sánchez Verduch, «Maestros de obras en la Valencia gótica: personajes polifacéticos», *Saitabi*, 48, 1998, pp. 273-288.

⁴³ En ese año aparece como testigo de un documento de renuncia a unas casas junto a la catedral en favor del cabildo, el 15 de junio, apenas siete días antes de la teórica puesta de la primera piedra del edificio (AVC, *Pergaminos* 5987). Véase A. Zaragoza y J. Bérchez, «Iglesia catedral Basílica Metropolitana de santa María (Valencia)», *Monumentos de la Comunidad Valenciana. Catálogo de monumentos y conjuntos declarados e incoados, Valencia, arquitectura religiosa*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1995, pp. 16-55, 23.

⁴⁴ C. López González, *La Iglesia de San Miguel de Foces. Historia y arquitectura*, Valencia, Universidad Politécnica de Valencia, 2007.

⁴⁵ En 1274 es llamado *magistro ceque Alzire*, J. Torró, «Després dels musulmans. Les primeres operacions colonitzadores al regne de València i la qüestió de les tècniques hidràuliques», en F. Sabaté (dir.), *Arqueologia medieval. La transformació de la frontera medieval musulmana*, Lleida, Pagès Editoris, 2008, pp. 93-118 y 106-107.

⁴⁶ Se ha afirmado en más de una ocasión que la asignación de rentas al Maestro Mateo sobre el impuesto de la moneda de Santiago en 1168 era una forma de fidelizarlo a su obra y a la ciudad gallega (R. Yzquierdo Peiró, «El Maestro Mateo en la catedral de Santiago», en R. Yzquierdo Peiró (ed.), *Maestro Mateo en el Museo del Prado*, Madrid, Museo del Prado, 2016, pp. 19-51, pp. 88-89).

era francés de la zona del Ródano y no italiano como su apellido podría indicar –vendría de Anconne, cerca de Lyon, y no de la Ancona de las Marcas, si atendemos a los paralelos estilísticos de la portada–, tiene ciertas similitudes con casos como el del maestro gallego, o posteriormente con el contrato que Bartomeu de Girona firmó para la portada de la catedral de Tarragona en 1277⁴⁷. Así, como en el de Girona, en el contrato de Ancona no se nombra en absoluto la portada que se le puede atribuir en la catedral valenciana, la de los Apóstoles, pero se le requieren una serie de habilidades que serían las que debería reunir quien fuera a levantar una fachada, como las de ser experto en vidrieras, esculturas y pinturas. Le concedían además unos honorarios vitalicios de dos sueldos y medio diarios, trabajara o no, más una cantidad anual de cincuenta sueldos para el alquiler de su casa. Se le obligaba, por otra parte, a trabajar en exclusiva para la catedral, o al menos a pedir permiso si quería aceptar alguna otra obra⁴⁸. Sabemos que la portada la levantaría entre 1311 y 1333, y que las esculturas no las ejecutó su taller, sino que fueron añadidas después y fijadas con ganchos de hierro, seguramente por una cuadrilla que vino de Carasona y que más tarde realizaría otras obras similares, como las esculturas del portal de los Apóstoles de Morella⁴⁹.

La catedral de Valencia, como la mayoría de las del Occidente europeo, tenía siempre un maestro de obras en plantilla, y esa era desde luego una especie de canonjía, nunca mejor dicho, a la que todos los artesanos de este ramo aspiraban. La conservación de buena parte de la documentación permite además que conozcamos detalles importantes sobre la forma de actuar de los mismos. Andreu Julià, por ejemplo, el gran maestro del tercer cuarto del siglo XIV, al que se le supone de origen tortosino, hizo un viaje vital de ida y vuelta entre su ciudad de origen y Valencia. Así, entre 1356 y 1369, justo durante la guerra con Castilla, fue el maestro de obras de la catedral de Valencia, y pese a todas las estrecheces del momento, levantó entonces el aula capitular. En aquellos mismos años incluso se desplazó hasta Aviñón para colocar un suelo de cerámica de Manises en el palacio del cardenal Aubert Audoin en 1358, lo que indica la importancia de la conexión entre grandes prelados en esa época para el intercambio de maestros de obras y, por tanto, de influencias arquitectónicas entre

⁴⁷ Sobre esta última, J. Barrachina Navarro, «El mestre Bartomeu de Girona», *Locus Amoenus*, 7, 2004, pp. 117-135.

⁴⁸ ACV, Pergaminos, 440.

⁴⁹ J. V. García Marsilla, «Accesos a l'infinit...», *op. cit.*, pp. 82-87. La cronología concreta de la fachada se ha podido establecer a partir de la heráldica que aparece en ella, gracias a M. Rodrigo Lizondo, «La heráldica en la puerta de los Apóstoles de la Catedral de Valencia», *Archivo de Arte Valenciano*, XCIV, 2013, pp. 17-28.

ciudades a veces muy alejadas entre sí⁵⁰. Después, Andreu Julià fue contratado por la *seu* de su ciudad natal, Tortosa, donde figura como maestro mayor apenas dos años, de 1376 a 1378. Más tarde, de nuevo el cabildo de Valencia le reclamó enviando un mensajero a Tortosa en 1380 para que comenzara el nuevo campanario. Sabemos de hecho de un desplazamiento de Julià a Lleida en 1378 para dibujar la torre que no hacía mucho se había levantado en su catedral, quizá para utilizarla como referente para el Miguelete, lo que sería la primera noticia de uno de estos «viajes inspirativos» realizado por un maestro valenciano con el objetivo de buscar modelos para sus obras, práctica que después sería continuada por otros, como Pere Balaguer⁵¹. Una vez vuelto a Valencia, además de proyectar la torre en un pergamino, Julià se desplazó a unas eras en la cercana Ruzafa para trazar en el suelo, con cuerdas y cal, las dimensiones y estructura del edificio. Allí estuvo hasta seis días, acompañado por varios ayudantes que tuvieron que dormir en una improvisada barraca, todo para trazar las dimensiones de los cimientos y calcular casi con total exactitud que el perímetro de la torre octogonal midiera lo mismo que la altura⁵².

Los juegos geométricos del aula capitular, asentando un octógono sobre un cuadrado (fig. 3), y estas medidas del Miguelete destacan las capacidades matemáticas de este maestro de obras que se convertirían en una de las destrezas que hicieron que cada vez se valorase más la figura de estos proto-arquitectos. El recurso a planos y maquetas, y a la misma escritura para transmitir sus órdenes, les permitió comenzar a delegar parte de la faena en sus ayudantes, lo que es especialmente importante, ya que los maestros más renombrados pudieron así simultanear encargos, acaparando prácticamente el mercado de las grandes construcciones. Esta evolución se vio más acentuada posteriormente, en el siglo XV, pero ya fue muy evidente con la figura de Pere Balaguer. Este personaje fue al mismo tiempo maestro de obras de la catedral, de la ciudad,

⁵⁰ M. Miquel Juan, «Aviñón, foco artístico para la Valencia del siglo XIV. El papel del obispo Vidal de Blanes», en C. Cosmen, V. Herráez y M. Pellón (coords.), *El intercambio artístico entre los reinos hispanos y las cortes europeas en la Baja Edad Media*, León, Universidad de León, 2009, pp. 321-331, 329.

⁵¹ F. Espanyol Beltrán, «La transmisión del conocimiento artístico en la Corona de Aragón (siglos XIV-XV)», *Cuadernos del CEMYR*, 5, 1997, pp. 73-113, 94.

⁵² «Primerament paguí a mestre Julià, mestre major de la dita obra, per VI (dies) que en la setmana pasada fon en la dita obra e prengué mides dels fonaments e anà a les eres de Ruçafa per traçar les dites mides dels fonaments per al dit campanar, e prenia II sous per dia, que fan dels dits VI dies – XII sous» (ACV, Llibres d'Obra 1473, f. 67v, 20 de abril de 1381). Y más adelante: «Ítem comprí d'en Berthomeu Cortés, laurador, XXIII fexos de canyes per a fer dos barraques en què s'asombràs lo mestre e los manobres com avien a menjar, e costarem II diners lo fex, que fan VI sous» (*idem*, f. 68r).

de la cartuja de Valdecris y de la iglesia parroquial de Santa Catalina, la más rica de la urbe, pero además eso no le impidió aceptar encargos en otros templos, como el de San Juan del Hospital⁵³. No podemos decir que se hiciera rico, pero su relación con los grandes promotores de la urbe le aseguró un nivel de bienestar y reconocimiento que se observa sobre todo en la «obra exprés» de las Torres de Serranos. Cuando iban a comenzar los trabajos en 1392, la ciudad tenía su propio *maestre de les obres dels murs nous*, que no era Balaguer sino un tal Arnau Agrafull, al menos desde 1387⁵⁴, pero en cambio se le confió a él la obra, e incluso para ello los dirigentes de la Junta de Murs i Valls le costearon un viaje con la idea de que buscara edificios en los que inspirarse para la nueva puerta monumental de la urbe⁵⁵. Es sabido que viajó por Cataluña, donde parece evidente que el modelo para las torres lo tomó de la Porta Reial del monasterio de Poblet, cuyo tamaño, eso sí, más que duplicaría. Después comenzó las obras cobrando un jornal de cuatro sueldos y seis dineros diarios, lo mismo que percibía quien estaba al frente de la obra de ladrillo y tapial de la muralla, el *obrer de vila* Domingo Beneyto, y que cualquier otro maestro mayor de una obra en la Valencia de la época. Sin embargo, el protagonismo especial de Balaguer se reveló muy pronto. Para acabar más rápidamente la obra y disponer de distintos tipos de piedra en función de dónde debía ser colocada cada una, Balaguer no solo recurrió a la cantera de Godella y Rocafort, a doce kilómetros al norte de Valencia, abastecedora habitual de las obras capitalinas, sino que se desplazó personalmente a las de Almaguer en Alginet, veintisiete kilómetros al sur, en marzo de 1393, y a la de Bellaguarda, junto a Benidorm, a más de ciento treinta kilómetros, en marzo de 1395⁵⁶.

De todo ello hablaremos más tarde, pero lo que se observa de entrada es una confianza absoluta en el maestro, que además aplicó varias mejoras téc-

⁵³ A. Serra y M. Miquel, «Pere Balaguer y la arquitectura valenciana entre los siglos XIV y XV», en *Historia de la ciudad. IV: Memoria urbana*, Valencia, Ícaro, 2005, pp. 89-111.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 94.

⁵⁵ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-4, f. 128v. El 10 de abril de 1392 recibe 165 por un viaje que ya había realizado por Cataluña con ese objeto.

⁵⁶ Las primeras compras de piedra de Almaguer se remontan a principios de abril de 1393, cuando se anota: «Pere Roca, sotsobrer, en lo principi de la dita obra, et en especial als que tallaven la pedra en la pedrera apellada del Almager en territori de Alginet posada, la qual pedra se tallava per obs de les torres del Portal Nou apellat». Una anotación posterior certifica que Pere Balaguer había estado en dicha cantera el 17 de marzo, seguramente para dar su visto bueno a la piedra, aunque no se le pagó hasta el 4 de abril (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls, d³-5 ff. 1r-3v). Los desplazamientos a Bellaguarda en AMV, Sotsobreria de Murs i Valls, d³-7, ff. 10r, 131r y 135r-171r. Véase sobre esto: F. Almela y Vives, «Pere Balaguer y las torres de Serranos», *Archivo de Arte Valenciano*, XXX, 1959, pp. 27-30, concretamente 31-32; y A. Serra y M. Miquel, «Pere Balaguer y la arquitectura valenciana...», *op. cit.*, p. 94.



Figura 3. Bóveda estrellada del aula capítular de la catedral de València (hoy capilla del Santo Cáliz), proyectada como un alarde de geometría en tres dimensiones por el maestro Andreu Julià entre 1356 y 1369. Foto del autor.

nicas y de gestión para acelerar el proceso constructivo. Por ejemplo, diseñó una escalera que permitía a las mulas subir a lo alto de los andamios cargadas con piedras o argamasa⁵⁷; o aplicó recetas de betún que mejoraron la rápida adherencia de ciertas partes esculpidas a la obra, como unos ángeles tenantes con el escudo de la ciudad pintados con pan de oro y azul de Acre realizados en 1394⁵⁸. Las innovaciones de Balaguer valían la pena y la ciudad le pagó desde el 20 de febrero de ese mismo año 1394 el alquiler de una casa situada enfrente de la obra para que la pudiera controlar mejor, en el que se invertían 198 sueldos al año⁵⁹. A continuación, a principios de 1395, le subieron su jornal a 5 sueldos, cosa bastante insólita en mitad de un contrato, digamos, «de larga duración», a pesar de que se produjo en una época de cierto crecimiento de los salarios de los maestros⁶⁰. Además, en señal de reconocimiento, recibió de sus patronos diversos paños de importación de entre los más caros del momento, los de Vervins, en Flandes, a dieciocho sueldos el *alna*, lo que los sitúa en un escalón bastante alto dentro de las calidades y los precios de la época. En 1394 le compraron cuatro *alnes* (3,62 metros), mientras que en diciembre de 1396 fueron nueve *alnes* de la misma tela compradas al pañero Guillem Al mudèver a cambio de 171 sueldos⁶¹. Seguramente los dirigentes de la Junta de

⁵⁷ El 2 de junio de 1393 ya aparece la construcción de un andamio para subir las piezas más pesadas de las bóvedas, AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-5, 2 de junio de 1393, f. 126v: «per lo bastiment, lo qual féu fer per obs de les torres e portal per obs de muntar los volsors, padres, reble e altres coses necessàries per la dita obra». Pero la escalera para que las bestias de carga llegaran al nivel superior –valorada solo la madera de que estaba hecha, aportada por el carpintero Jaume Monçó, en nada menos que 1920 sueldos– debió de ser ideada por el mismo Balaguer, a quien se reconoció que venía muy bien a la obra «com sia molt major avanç a aquella». Véase AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-7, ff. 202r-213r, 21 de junio 1395, citado por A. Serra y M. Miquel, «Pere Balaguer y la arquitectura valenciana...», *op. cit.*, p. 95.

⁵⁸ AMV, *Sotsobreria de Murs i Valls* d³-6, 13 de julio de 1394, f. 196v: «Item costà betún per a obs de pegar les pedres de les quals foren fets IIII àngels que tenien cascun parell lo senyal de la ciutat a XIII de julio – IIII s VI».

⁵⁹ La primera mención aparece el citado día, porque, según dicen las cuentas, «la obra li paga cascun any per tal que estiga prop de la dita obra» (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-6, f. 206v). Sin embargo, es justo un año después cuando se expresa la cuantía entregada, los 198 sueldos, de los que se dice que son «ajuda al lloguer», lo que seguramente quiere decir que dicho alquiler era aún mayor (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-7, f. 202r).

⁶⁰ El paso del jornal de cuatro sueldos y medio al de cinco se registra en los primeros meses de ese año 1395 (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-7, f. 8r). Sobre el incremento de los salarios de los maestros, véase: A. Serra Desfilis, «El mestre de les obres de la ciutat de València (1370-1480)», en *L'Artista-Artesa Medieval a la Corona d'Aragó*, Lleida, Institut d'Estudis Ilerdencs, 1999, pp. 399-417, 401-402; y J. V. García Marsilla y T. Izquierdo Aranda, *Abastecer la obra gòtica...*, *op. cit.*, p. 258.

⁶¹ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-8, f. 215.

Murs i Valls, en esta fase ya avanzada de la construcción, estaban cuidando la imagen de su apreciado maestro en una época en que comenzaron a sucederse las visitas de los *jurats* de la ciudad y sus invitados a la obra, como vemos por los gastos que se empiezan a anotar de confites de azúcar y vino griego para obsequiarles en cada ocasión⁶².

Balaguer también continuó el Miguelete para la catedral, fue el elegido por el rey Martín el Humano para diseñar la obra de la cartuja de Valldecrist, realizó capillas en distintas iglesias, y se puede considerar el epítome del maestro de obras exitoso de la época que abrió el camino para otros posteriores, entre ellos Martí Llobet, que actuó a sus órdenes en las obras de la puerta de Serranos, y sobre todo los grandes nombres de la llamada «estereotomía valenciana» del siglo XV, como Francesc Baldomar o Pere Compte, el autor principal de la lonja⁶³. La neta separación en esta época entre los maestros de la piedra y los del ladrillo y el tapial, y también por supuesto de los carpinteros, es sin embargo otro aspecto a destacar. Y aunque hoy parece concedérsese mayor importancia a los primeros, la comparación de sus honorarios a finales del XIV permite comprobar que esa diferencia no existía, y que hubo también maestros albañiles –*obriers de vila*, como se les llamaba– tan reputados como los canteros y con una evidente capacidad empresarial. El ya citado Domingo Beneyto, por ejemplo, que habría de trabajar con Balaguer en la Puerta de Serranos, era ya antes el *obrer de vila* encargado de las obras de la ciudad, y entre otras cosas alquilaba al municipio sus herramientas y sus pertrechos, como hizo en 1391 con unos cajones de tapial (*tapières*) para la obra del muro de la judería⁶⁴. Mucho más avezados en los negocios estarían posteriormente Joan del Poyo o Francesc Martínez Biulaygua, capaces, ya en el XV, de movilizar grandes cuadrillas multidisciplinares para

⁶² Por ejemplo, ya en febrero de 1395 se registra en las cuentas «a Ramon Comes, especier, per III capces de confits de sucre per a obs dels honorables jurats de la ciutat e altres prohomens que vengueren a veure la obra-XXIII sous; Vin grech e vermell que begueren-XXIII sous» (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-7, f. 204v).

⁶³ A Martí Llobet lo vemos entre los maestros asociados a Balaguer, cobrando cuatro sueldos y seis dineros por ejemplo en mayo de 1396 (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-8, f. 52r). Sobre él: M. Miquel Juan, «Entre la formación la tradición: Martí Lobet a cargo de las obras de la catedral de Valencia», *Espacio, Tiempo y Forma, serie VIII, Historia del Arte*, 22-23, 2009-2010, pp. 13-33. De Baldomar y Compte, entre otras muchas publicaciones: M. Gómez-Ferrer y A. Zaragoza, «Lenguajes, fábricas y oficios en la arquitectura valenciana del tránsito entre la Edad Media y la Edad Moderna (1450-1550)», *Artigrama*, 23, 2008, pp. 149-184; G. Chiva Maroto, *Francesc Baldomar, maestro de la obra de la Seo. Geometría e inspiración bíblica*, Valencia, Universidad Politécnica de Valencia, Tesis doctoral en abierto, 2014; y M. Gómez-Ferrer y A. Zaragoza, *Pere Compte, arquitecto*, Valencia, Ajuntament de València-Consortio de Museos de la Comunidad Valenciana, 2007.

⁶⁴ ARV Sotsobreria de Murs i Valls d³-3, f. 20r.

levantar obras como las techumbres de la Cambra Daurada de la Casa de la Ciutat, o de desarrollar innovaciones arquitectónicas de gran calado como las bóvedas tabicadas de ladrillo⁶⁵.

Por otra parte, existía una brecha importante entre los salarios de los trabajadores de la construcción de la capital y los de otras villas y lugares del reino, normalmente a favor de la primera. Por ejemplo, mientras Balaguer estaba viendo cómo su jornal pasaba de 4,5 sueldos a cinco, por los mismos años, entre 1392 y 1395, el maestro mayor de las obras del castillo de Biar, Pere Bertran, recibía solo cuatro sueldos diarios, aunque, eso sí, había colocado también a su hijo como aprendiz cobrando otros dos⁶⁶. Por su parte, en Gandía, el maestro que hizo en 1397 las letrinas y el enlosado de la gran sala de lo que ahora es el Palacio Ducal, y cuyo nombre ni se molestaron en apuntar los que le pagaron, apenas recibía 3,5 sueldos diarios por su saber⁶⁷. Pero también los salarios del resto del personal eran menores. En la misma Gandía, los trabajadores, la mayoría mudéjares, se agruparon en 1385 en siete categorías, y solo una se hallaba por encima de los dos sueldos, cobrando los demás poco más de un sueldo diario. Únicamente las tareas más especializadas merecían unos honorarios elevados, que los patrocinadores de las obras eran, no obstante, capaces de limitar a los pocos días en que era estrictamente necesario el concurso de los maestros más hábiles. En 1385, por ejemplo, los oficiales del marqués de Villena y futuro duque de Gandía, Alfonso el Viejo, contrataron en diversas ocasiones a un tal *mestre* Bonet, al que le pagaban cinco sueldos por día, más incluso de lo que se conseguía en la capital, pero nunca lo incluyeron en la «plantilla» habitual, sino que recurrían a él cuando necesitaban que realizara tareas complejas, como diseñar un arco cortando a medida las dovelas, el 16 de octubre; obrar unos *peus* o pilares de ladrillo y hacer los *cavallons* (canales u ondulaciones) del tejado el 9 de noviembre; perfilar y blanquear unos bancos el 4 de diciembre; o construir un andamio para un pintor el 16 de diciembre. Los demás días, cuando su concurso no era necesario, Bonet en cambio desaparecía de la nómina de los empleados del señor del lugar⁶⁸.

⁶⁵ Véase sobre ellos: A. Serra Desfilis, «Al servicio de la ciudad. Joan del Poyo y la práctica de la arquitectura en Valencia (1402-1439)», *Ars longa: cuadernos de arte*, 5, 1994, pp. 111-119; y M. Gómez-Ferrer y A. Zaragoza, «Lenguajes, fábricas y oficios en la arquitectura valenciana...», *op. cit.*, especialmente pp. 172-174.

⁶⁶ ARV, Mestre Racional 9260, ff. 10r y ss.

⁶⁷ Aparece simplemente citado como «lo mestre», aunque en cambio el resto de trabajadores sí se llaman por su nombre, como Vilar, Vilavert, Guillem Devinat, Costega, Magorot o Xiqatí, estos últimos musulmanes (ARV, Mestre Racional 12553).

⁶⁸ ARV, Mestre Racional 9202, ff. 3r, 31v, 42r y 48r.

4. VERTEBRANDO EL TERRITORIO. EL ABASTECIMIENTO DE MATERIALES

Sin embargo, tan significativos como los gastos de personal eran los del abastecimiento de materiales, un sector especialmente importante por lo que proponemos en este subtítulo, y es porque el aprovisionamiento de elementos de la construcción contribuyó de forma fundamental a la consolidación de un mercado interno, también en estos materiales humildes, de mucho peso y poco valor, pero que resultaban verdaderamente estratégicos para el desarrollo del país. Debemos partir, en todo caso, de que la ciudad de Valencia en concreto padecía una acuciante falta de materiales en uno de sus períodos de máxima actividad constructiva. Sobre todo faltaba buena piedra, pero también madera y cal, todo lo cual debía de llegar de un entorno rural no demasiado inmediato, dada la naturaleza aluvial del terreno en el que se asienta la ciudad del Turia, que obligaba en algunos casos a transportar materiales desde muy lejos. El auténtico «hambre de piedra» que padecieron los edificios del gótico valenciano a veces ofrece demostraciones bastante sangrantes, como la que se dio en 1392. En ese año, los obreros del Palacio del Real, necesitados de material para la obra de la cocina de la reina, tuvieron que recurrir a desmontar las losas del cementerio judío de la ciudad, de las que obtuvieron nada menos que 268 carretadas de piedra⁶⁹. Desde luego, parece claro que aquello no fue simplemente un recurso de urgencia, sino que hay que entenderlo en el contexto de la recién destruida Judería, atacada el año anterior y que los dirigentes municipales estaban pugnando porque no se reconstruyera, cuando la mayoría de sus integrantes se habían visto forzados a convertirse al cristianismo⁷⁰. Acabar con las raíces de los hebreos a través de la destrucción de lo más visible de su cementerio, y rindiendo además un servicio al monarca, debió de ser en realidad una decisión bastante meditada.

Lo normal, sin embargo, era que la piedra para las grandes obras de la ciudad viniera de las canteras que se encuentran entre los municipios actuales de Godella y Rocafort, nombre este último («roca fuerte») especialmente revelador de la importancia de la explotación de este recurso desde época medieval. De allí se extraía una piedra «tosca», caliza bastante blanda, muy apropiada

⁶⁹ ARV, Mestre Racional 9157, f. 49r, «Primerament doní a paguí a-n Pere Martí e a-n Johan Borrell, carraters de València, per rahó e preu de CCLXVIII carretades de pedra que portaren ab les lurs bésties del Fossar Vell dels Juheus al Reyal del Senyor Rey, qui, a raó de VII sous per V carretades, munten a suma e quantitat de CCCLXXV sous II diners». Es muy probable que por esto, cuando se excavó el citado cementerio, en los años 1993-1996, no se encontrasen estelas funerarias. Véase M. Calvo y J. V. Lerma, «El “Fossar dels Juheus”», *Saitabi*, 46, 1996, pp. 261-275, 263.

⁷⁰ R. Narbona Vizcaíno, «El trienio negro: Valencia, 1389-1391. Turbulencias coetáneas al asalto de la judería», *En la España Medieval*, 35, 2012, pp. 177-210.

para la talla, aunque se deterioraba fácilmente con la lluvia y otros elementos atmosféricos. Los campesinos de Godella se convirtieron en efecto, prácticamente todos ellos, en *tallapedres*, literalmente «cortapiedras», a tiempo parcial, y algunos llegaron a gestionar negocios que aportaban centenares de toneladas de aquella piedra caliza con sus carros a la ciudad año tras año⁷¹. Algunos eran incluso suficientemente hábiles como para cortar piezas prefabricadas para las obras. En 1381, por ejemplo, los *tallapedres* de Godella Guillem Albert y Pasqual lo Castellà firmaron con la Junta de Murs i Valls un contrato para abastecer la obra de uno de los portales menores de la ciudad, el de la plaza dels Cabrerots, estipulando que los *volsors* (dovelas), los *ligadors* (lindares de puertas y ventanas), las *revolteres* (piedras para bóvedas) y las *claus* (claves), es decir, todas aquellas piezas más complejas con partes curvadas, las cobrarían a dieciocho sueldos la docena, mientras que por la *pedra de fil* (los sillares) solo percibirían cinco sueldos por docena⁷². Existía ya por tanto una cierta prefabricación, que se haría mucho más continua durante el siglo XV y que adelantaría considerablemente el trabajo a los constructores que, eso sí, debían rematarlas a pie de obra. Albert y lo Castellà, de hecho, debían enviar en este caso periódicamente bloques de piedra ya desbastados y según un formato estándar que, después, los *piquers* Francesc Tona, Domingo d'Insa, Bartomeu Adam y Joan García acabarían de perfilar para colocarlos debidamente en la obra⁷³. Esto lleva a plantearse a quién corresponderían en realidad las marcas de cantero que se observan en estos edificios, ¿a los proveedores de las canteras de Godella o a estos *pedrapiquers* que las remataban? No se trata de una pregunta menor cuando vemos que, por ejemplo, dichas marcas se repiten en distintos edificios, como en las puertas de Serranos y en la iglesia de San Martín, lo que indica que se levantaron en momentos bastante cercanos en el tiempo y por las mismas personas⁷⁴. Lo cierto es que, en estos casos, los proveedores de piedra desde la cantera solían ser un grupo muy reducido, de entre tres y seis «empresarios» a lo sumo, mientras que el número de marcas supera con frecuencia la decena, lo que hace más verosímil que las hicieran aquellos que colocaban la piedra en la obra y no los suministradores de las piezas, por más que estas presentaran un cierto grado de prefabricación⁷⁵.

⁷¹ J. A. Llibrer Escrig, *Godella, una comunidad rural en la Baja Edad Media*, Godella, Ajuntament de Godella, 1996.

⁷² AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-3, f. 24r.

⁷³ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-3, ff. 24v-29v.

⁷⁴ A. Millán Pérez, *Documentación, catalogación y estudio de las marcas de cantero de la iglesia de San Martín Obispo y San Antonio Abad*, Universidad Politécnica de Valencia, Tesis de Máster, p. 32.

⁷⁵ Por poner un ejemplo, en las torres de Serranos los proveedores de Godella del año 1393 fueron Pasqual Sanchis, Joan Tarragó, Guillamó Pérez, Antoni Esteve, Andreu Esteve y Antoni Albert

La gestión de estas canteras y el transporte de las piedras hasta la ciudad no era nada fácil. Durante el siglo XIV era frecuente que los picapedreros de Godella y otros pueblos cercanos llegaran a pactos con carreteros mudéjares de la localidad de Mislata, cercana a Valencia, que contrataban carretadas desde Godella a las obras. En la muralla, por ejemplo, los proveedores pagaban en 1393 a Çaat Faraig, Abraham Gallart, Abdallà Perera, Ahmed Tacha o Çaat Algarby, en cuyos carros arribaban a la obra cada vez entre cuatro y doce piezas cortadas, ya fueran sillares, dovelas o simples «piezas». Cada viaje costaba –en función del número de piezas y, cabe suponer, de su peso– entre catorce y diecisiete sueldos, lo que encarecía el precio de la piedra entre un 40 y un 60 % por un recorrido de apenas doce kilómetros⁷⁶. No extraña pues que en el siglo XV tendieran a desaparecer esos intermediarios y que entonces ya los distintos empresarios de Godella montaran sus propios convoyes de carretas que llegaban a la ciudad regularmente⁷⁷.

En pocas ocasiones se superó el estrecho marco del abastecimiento local de piedra, y sin duda la más importante fue la ya citada de la construcción de la puerta de Serranos por Pere Balaguer. En esos años se puede observar especialmente la complejidad de poner en explotación esas canteras al servicio de la obra. Así, en 1393 Balaguer se trasladó a la cantera de Almaguer, comprando antes en Valencia las herramientas para arrancar las primeras piedras –una alzaprima y cuatro cuñas para hacer palanca– que llevó en una mula hasta la cantera. Se levantó allí una gran tienda de campaña para los operarios que irían desde Valencia y se la proveyó con camas, sábanas, mantas, cacharros de cocina y vajilla para la comida, además de adquirirse una gran cantidad de cuerda para bajar las piedras⁷⁸. Pere de Montsó, el mismo carpintero al que le encargaron la fábrica del armazón de la tienda de campaña, realizó también los moldes que deberían servir para cortar las piedras a la medida de lo requerido por Pere Balaguer, lo que sin duda evitó al maestro permanecer más tiempo en la cantera, como parte de esas «ventajas de la delegación» de los constructores

(AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-5, ff. 70r-v). En obras más tardías el número se mantuvo estable o a la baja, producto de una mayor concentración de las empresas de la piedra. En la lonja, los proveedores fueron básicamente cuatro, mientras que en las primeras fases de la construcción del Palau de la Generalitat, también a finales del siglo XV, tres de esos mismos cuatro se repartieron el negocio (J. V. García Marsilla, «Una casa para la *Diputació*. Las inversiones en el Palau de la Generalitat y la gestión económica de su proceso constructivo», en A. Furió y J. V. García Marsilla (eds.), *La Veu del Regne. 600 anys de la Generalitat Valenciana, volum III. La Generalitat Valenciana. Espais i imatges de la Generalitat*, Valencia, Generalitat Valenciana-Universitat de València, 2021, pp. 49-80, 65).

⁷⁶ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-5, f. 70r.

⁷⁷ J. V. García Marsilla y T. Izquierdo Aranda, *Abastecer la obra gótica...*, op. cit., p. 54.

⁷⁸ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-5, ff. 5r-8r.

de la época ya señaladas. No olvidemos tampoco que la casa de la obra que estaba a los pies del portal de Serranos mientras este se construía acabó recibiendo también el significativo nombre de *casa dels motles* (casa de los moldes)⁷⁹. Después fue necesario mejorar los caminos de comunicación entre la cantera y Valencia, tarea encomendada a dos vecinos de Alginet, Domingo de Montsó y Jaume Almenar, lo que, junto con los frecuentes gastos realizados en una hostería del lugar que alojaba temporalmente a los obreros, destaca el impacto económico positivo que las grandes obras de la ciudad tenían sobre los lugares que las abastecían⁸⁰.

Dos años más tarde, en 1395, comenzó un proceso similar con la cantera de Bellaguarda en Benidorm, a donde fue también en varias ocasiones Balaguer en persona, realizando allí estancias cortas y dando trabajo a las localidades cercanas para que abastecieran de comida a los picapedreros o limpiaran la cantera, lo que se confió a un vecino de la cercana Polop, Guillem Salelles, antes de comenzar la explotación⁸¹. Allí también se contrató a pescadores que utilizaban sus barcas para llevar por mar los bloques a Valencia, cobrando diez dineros por *quintar*, incluido también algún patrón de Barcelona que estaría comerciando por la zona, como Bartomeu Saner, *porter de barqua de Barchinona*, que contaba seguramente con el barco más grande, en el que cabían 465 quintales de piedra, frente a los 100/250 quintales que transportaban los barqueros locales⁸². El transporte marítimo abarataba considerablemente el coste, aunque también obligaba a concentrar los envíos en los momentos en que el mar se hallara en buenas condiciones para la navegación. Aun así, hay que tener en cuenta que era necesario llevar los bloques de la cantera al mar, y sobre todo después, una vez llegados al Grao o puerto de Valencia, situado entonces a unos dos kilómetros de la ciudad, se debía también recurrir a carreteros que recorrían esa distancia llevando los bloques a pie de obra, cobrando otros 2,5 sueldos por carretada⁸³. Estas campañas eran por tanto todo un desafío logístico en el que se observa hasta qué punto los promotores de las grandes obras eran capaces de movilizar recursos cuando pretendían acabarlas rápidamente.

⁷⁹ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-5, f. 5v, «a Pere de Monçó, fuster, per I fulla prima sotil p obs dels motles dels volsors – II s VI». En el mismo folio se llama a la casa efímera construida a los pies de las torres para la obra la *casa dels motles*.

⁸⁰ J. V. García Marsilla y T. Izquierdo Aranda, *Abastecer la obra gótica...*, *op. cit.*, pp. 59-60.

⁸¹ AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-7, f. 135v.

⁸² Entre ellos Ramon Ruxot, que hizo dos viajes, uno con doscientos treinta quintales y otro con doscientos cincuenta, o Talens, que llevó ciento treinta quintales (AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³-7, f. 136v.)

⁸³ J. V. García Marsilla y T. Izquierdo Aranda, *Abastecer la obra gótica...*, *op. cit.*, p. 63.

Las otras materias primas se solían obtener de un área de algo más de ochocientos kilómetros cuadrados en torno a la capital, que se extendía hasta la media luna que forman una serie de sierras calizas en torno a Valencia, con la Calderona al norte y la sierra Perenxisa al suroeste. De allí provenían miles de toneladas de cal que cada año llegaban para formar parte de los morteros de las obras. Las caleras u hornos de cal se distribuían por las colinas, y poblaciones como Montcada, Riba-roja, Torrent, Picassent, Alaquàs o Albal, entre otras, desarrollaron una auténtica protoindustria de la cal, similar a la de las canteras de Godella (fig. 4)⁸⁴. Muchos de esos lugares los habitaban mudéjares, mano de obra en este caso no demasiado especializada que trabajaba en condiciones duras y bajo un cierto riesgo, siendo el nivel de capitalización de sus empresas considerablemente menor que el de las canteras. En la obra del Palacio del Real de 1392, por ejemplo, la cal la proporcionaron diez proveedores distintos con una sola aportación cada uno, de entre apenas dos o tres cargas y hasta cuarenta y ocho de una sola vez, que aportó el *calciner* de Torrent Martí d'Arenys a cambio de ciento sesenta sueldos. Junto a él, otros cuatro cristianos de esa localidad, otro de Quart y tres musulmanes de Riba-roja completaron las 151 cargas de cal que necesitó la obra, unos treinta mil litros, que importaron 528 sueldos y seis dineros⁸⁵. En las obras de la catedral, en la década de 1390 hay noticia de compras de cal también a una amplia variedad de proveedores con una fuerte presencia igualmente de mudéjares. En 1392, por ejemplo, los mejores negocios los hacía Abraham Achaçen, de Picassent, que aportó 7792 litros de cal y recibió por ello 168 sueldos, mientras que Hamet Camir, de Alaquàs, aportó otros 3339 litros por setenta y siete sueldos⁸⁶. En comparación, las obras de la muralla generaban una demanda mucho mayor, de manera que en los cinco años en que se construyó el Portal de Serranos se invirtieron 48964 sueldos en cal, lo que supone casi dos millones y medio de litros de este material que, aunque es posible que no todo se empleara en esta obra, deja muy claro el enorme esfuerzo productivo que las caleras en torno a la ciudad tenían que hacer cuando se acometía en esta una gran obra⁸⁷.

⁸⁴ J. V. García Marsilla, «Las colinas humeantes. Empresas y empresarios de materiales de construcción en el entorno rural de Valencia (siglos XIV y XV)», en prensa.

⁸⁵ Fueron los siguientes: los vecinos de Torrent Francesc de Nombrevila, tres cargas; Pere Tarí, seis cargas; Joan Çanit, veintinueve cargas; Guillamó Miquel, treinta y dos cargas; y el citado Martí d'Arenys, cuarenta y ocho cargas. De Riba-roja, Mahomar abjanar, seis cargas; Abraham Abjanar, siete cargas y Jucef Alami, una carga. De Quart, Simó Llobregat, treinta y dos cargas (ARV, Mestre Racional 9157, ff. 45r-46v).

⁸⁶ ACV, Llibres d'Obra 1473, libro de 1392, f. 61r.

⁸⁷ El año en el que comenzaron los cimientos de las torres, 1392, fue con diferencia el de mayor gasto en cal, que probablemente también se fue acumulando para los años siguientes: nada menos que 25424 sueldos y diez dineros se invirtieron en ese año. En los siguientes, las cantidades

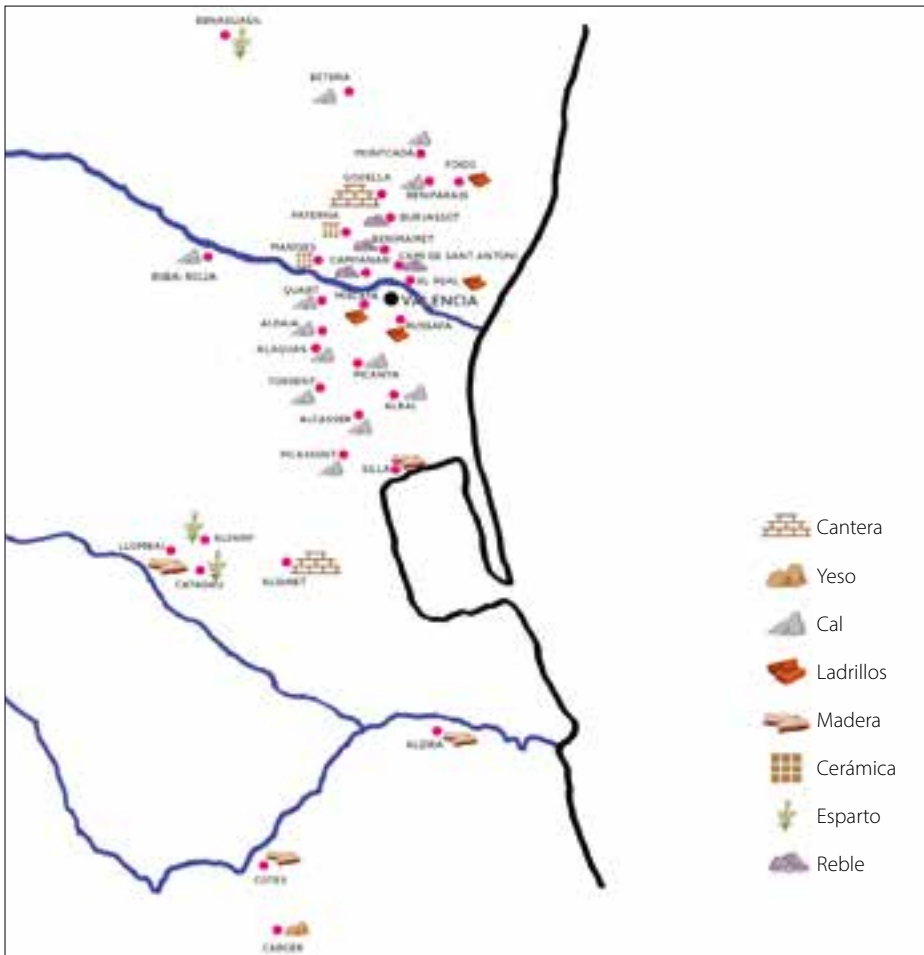


Figura 4. Mapa de los principales centros de abastecimiento de las obras de la ciudad de Valencia en el siglo XIV, indicándose los focos productores de piedra, yeso, cal, ladrillos, madera y otros materiales.

Parecido era el caso de los ladrillos y tejas, también necesitados de una infraestructura de hornos incluso más compleja que las caleras. Su producción era necesaria para las cubiertas, pero también para bóvedas e incluso para edificios completos, como las atarazanas. Las tejerías más cercanas a Valencia se situaban

descendieron considerablemente, pero raro fue el año en que se gastaran menos de seis mil sueldos. En concreto fueron 6704 sueldos y seis dineros en 1393; 3611 sueldos y cinco dineros en 1394; 6288 sueldos y un dinero en 1395; y 6935 sueldos y ocho dineros en 1396 (Datos de AMV, Sotsobreria de Murs i Valls d³:3 a 8).

especialmente en la morería de Mislata, en el último gran recodo que hace el río Turia antes de su desembocadura, donde se produce mucho fango por la acumulación de sedimentos. No sabemos hasta qué punto aquellos musulmanes partían de un cierto saber heredado de la etapa anterior a la conquista o quizás su especialización estuvo alentada por sus señores, que extraían buenos beneficios de gravar esa producción. Lo cierto es que en torno a las villas, castillos e iglesias del reino se fueron conformando una especie de células comarcales de abastecimiento en las que las pautas de distribución de los proveedores se repetían constantemente. En el caso de los ladrillos y tejas, se trataba casi siempre de algún pueblo mayoritaria o totalmente habitado por mudéjares y cercano a un río. Si en Valencia era Mislata el gran productor, cerca de Xàtiva se repetía el esquema con la torre d'en Lloris, en Gandía con Alfauir o en Sagunto con Gilet⁸⁸. Igual se observaba con otros materiales, como el yeso o la cal, de modo que las grandes obras del centro urbano más prominente ordenaban a su alrededor el territorio y la economía, formándose en el reino una auténtica malla de anillos yuxtapuestos en los que se repetía esta especialización interna de los pueblos en distintos materiales de construcción.

Solo la madera escapaba en parte a esa lógica, pues aunque había zonas con importantes recursos forestales, Valencia padecía ya una cierta deforestación en esta época, de manera que los troncos bajaban sobre todo por los ríos –el Turia y el Júcar– y los promotores de las obras se desplazaban hasta Cuenca o Teruel para comprar miles de árboles que dejaban marcados para que luego fueran cortados selectivamente. Entonces se echaban al río, por el cual, controlados por gancheros, llegaban hasta la ciudad, previo pago de algunos impuestos al rey, como el *dret del cinquantè*, un tronco por cada cincuenta, que la corona cobraba en el Júcar. Los carpinteros locales recibían los maderos en Valencia en la rambla del río, normalmente en el recodo que este hace junto al convento de Santo Domingo y el puente de la Mar. Allí, la madera se almacenaba y se secaba durante al menos un año y, una vez seca, se transportaba a las obras en carros, cobrando los carreteros a destajo por sus servicios, previo pacto con el cliente. Así, un carretero llamado Pere Martí cobró en 1393 a la Junta de Murs i Valls por once *camins* o trayectos que hizo llevando troncos desde el Puente de la Mar a las torres de Serranos, a poco más de kilómetro y medio de distancia, a razón de un sueldo por *camí*⁸⁹.

A estos materiales principales se unían otros elementos que la obra también necesitaba, como clavos y otras piezas de hierro, capazos y cuerdas de

⁸⁸ J. V. García Marsilla y T. Izquierdo Aranda, *Abastecer la obra gótica...*, *op. cit.*, p. 131.

⁸⁹ AMV, Sotsobrerria de Murs i Valls d³-5, f. 149r.

esparto, pigmentos para pintar algunas estatuas o retablos adosados a los muros, yeso o reble para rellenar muros, que solía salir en este caso de las mismas esquirlas y otros desechos del corte de piedras realizado en las canteras. En la catedral de Valencia, por ejemplo, la cimentación del Miguelete supuso en 1380 una auténtica «procesión» de carros llevados por campesinos de Godella y de otros lugares cercanos a ese pueblo –Burjassot, Benimàmet, Benicalap, etc.– hasta la catedral, cargados con 6273 quintales de reble, los cuales le costaron al cabildo la nada despreciable cifra de 3136 sueldos y once dineros⁹⁰. La imagen no puede ser más impactante y recuerda hasta qué punto la construcción era un sector que podía ser fundamental a la hora de complementar los ingresos de las familias campesinas. Las incipientes artesanías relacionadas con las grandes obras que hemos ido enumerando, muchas de ellas ubicadas en el ámbito rural, jugarían también ese mismo papel, lo que contribuyó sin duda a dinamizar el territorio y a fijar población en esos núcleos menores en una época en la que, como ya se ha comentado, la fuerza centrípeta ejercida por la capital del reino era cada vez más fuerte.

* * *

La construcción fue por tanto, al menos en la Valencia medieval, un agente económico especialmente potente en el que se desarrollaron innovaciones tecnológicas y se aplicaron nuevas formas de gestión y de logística, algunas, por la concentración de la mano de obra, ya cercanas a los métodos fabriles que habían de triunfar mucho más tarde en otros campos. En definitiva, la «petrificación de la riqueza» de la que habla el proyecto que está en el germen de este volumen no fue en realidad una enorme amortización de capitales, sino más bien todo lo contrario, un elemento de dinamización de primer orden de la economía y la sociedad medievales. Si dicho proceso se inició en la época del crecimiento, en los siglos XI al XIII, apenas decayó, a pesar de las supuestas crisis, en las centurias posteriores. En ellas, con la experiencia acumulada y la introducción de mejoras tanto en el proceso constructivo en sí como en el de gestión y control económico, las obras pudieron a menudo avanzar más deprisa introduciendo importantes novedades estéticas y funcionales. Gracias a esas mejoras abundan mucho más, a partir del siglo XIV, las fuentes contables, al menos en algunas ciudades como la que aquí ha sido objeto de nuestro estudio, lo que facilita una cierta «comparación retrospectiva» que, esperamos, pueda arrojar luz sobre los procesos constructivos en épocas anteriores. Lo que permiten vislumbrar esas

⁹⁰ ACV, Llibres d'Obra 1473, libro de 1380, ff. 71r-82v.

fuentes mucho más pormenorizadas es la constitución de un auténtico *mercado* en este sector, con todo lo que implica este término. Un mercado de capitales, dadas las ingentes sumas que, sobre todo las instituciones, desembolsaron en estos edificios duraderos, convertidos en emblemas de su poder, las cuales obligaron a utilizar para ello formas de financiación cada vez más complejas. Un mercado de mano de obra, en el que hay que recordar que el sector edilicio fue puntero en la utilización predominante de asalariados, entre los cuales la jerarquización acentuada de sus soldadas debió de contribuir a minar cualquier atisbo de inicio de una «conciencia de clase» unitaria. El ascenso imparable de los reputados maestros de obras en estos años es sin duda un buen ejemplo de esa subdivisión interna de los trabajadores y de la importancia que, poco a poco, se iba concediendo a las destrezas de tipo más intelectual y organizativo. Y por supuesto, también un mercado de materiales, que era el que tenía un mayor impacto sobre el territorio, vinculando de forma más directa las grandes metrópolis con los espacios rurales que las rodeaban y abastecían. La construcción, en ese sentido, fue uno de los elementos fundamentales de la difusión de dinámicas preindustriales en estos medios, y debería tenerse también muy en cuenta a la hora de valorar los equilibrios presupuestarios de las familias campesinas en la época bajomedieval. Por todo ello, el análisis de los grandes edificios medievales no puede limitarse únicamente al estudio de su apariencia y de las transformaciones estéticas que en ellos se fueron operando, sino que es muy importante entenderlos también como elementos que, al mismo tiempo, demostraban de forma palpable la evolución de aquellas sociedades medievales y contribuían a que su desarrollo fuera cristalizando.

Construir en espacios sacralizados: a propósito del surgimiento y expansión territorial de las sagreras catalanas, siglos XI-XIII*

Jordi Morelló Baget

Institución Milà i Fontanals, CSIC (Barcelona)
jmorellobaget@gmail.com

De entrada, no está de más dar una definición sucinta de lo que se entiende por «sagrera», esto es, un circuito sacralizado en torno a una iglesia. El propio término hace referencia a un lugar sagrado y, como tal, a un espacio protegido y teóricamente inviolable. Por ende, las primeras edificaciones localizadas dentro de esos espacios sagrados recibieron el nombre de «sacrarios<sacrarius» (en catalán «sagrer»). Una sagrera estaría originalmente constituida por una iglesia y una serie de edificaciones o «sagrers» a su alrededor, delimitando un espacio que también podía ser invocado como «cimiterium», en donde devino habitual que cohabitasen vivos y muertos. Fue, de todos modos, con la construcción de los «sagrers» como pasó a indicarse la extensión del carácter sacro fuera del edificio de la iglesia¹.

* Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300», financiado por el Consejo Europeo de Investigación (ERC) dentro del programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea (acuerdo de subvención n.º 695515).

¹ Según ya indicó R. Martí, «L'ensagreraent: utilitats d'un concepte», en *Les Sagreres a la Catalunya medieval (Jornada d'estudi organitzada per l'Associació d'Història Rural de les Comarques Gironines, 2000)*, Girona, 2007, p. 117. Ninguno de los historiadores que han tratado el tema de las sagreras catalanas pone en duda el carácter sagrado de esos espacios; en cambio, según el historiador francés Michel Lauwers, solo los templos lo serían, pero no los cementerios: «un cimetière désigné et protégé n'était pas pour autant sacré»; M. Lauwers, *Naissance du cimetière. Lieux sacrés et terre des morts dans l'Occident médiéval*, Aubier, Flammarion, 2005, p. 146. En todo caso, el rito de la aspersión abarcaba tanto las paredes interiores del templo como las paredes exteriores y el cementerio, según J. Bellavista, «Consagració d'esglésies i altars a la Catalunya medieval», *Analecta Sacra Tarraconensis*, 67-2, 1994, p. 76. Todo ello se vincula con el ritual de la consagración de los cementerios difundida al norte de Europa a partir del 900, que llegó a tierras catalanas a partir del final del siglo X, según E. Mallorquí, *Parròquia i societat rural al bisbat de Girona, segles XIII-XIV*, Barcelona, Fundació Noguera, 2011, p. 86.

De cómo surgieron las sagreras, o qué explicaciones se han dado al respecto, es una de las cuestiones principales que planteamos; otra cuestión no menos importante es: ¿hasta qué punto se trata de un fenómeno singular de Cataluña? Naturalmente, podrá serlo o no en función de las equivalencias o similitudes que podamos establecer con otras realidades regionales.

Mi trabajo ha tenido dos propósitos básicos: de una parte, realizar una síntesis a modo de revisión historiográfica del tema de la sagrera. Existe al respecto una literatura abundante que no se limita a la serie de trabajos más específicos que se ocupan de la cuestión. De todas formas, si hay un estudio que pueda ser considerado como principal referente es el libro publicado en 2007 como actas de un seminario que se celebró en Girona en el año 2000, ya que reúne aportaciones de tres de los principales autores que más han trabajado el tema, a saber, Ramon Martí, Víctor Farías y Aymat Catafau². Dado que cada uno de estos historiadores se ha adjudicado un área preferente de estudio, se podría echar en falta una visión más global sobre el fenómeno en cuestión, que es precisamente lo que aquí me he propuesto hacer a modo, como ya he dicho, de síntesis.

Otro de los objetivos de mi trabajo ha sido llevar a cabo un estudio a nivel diacrónico sobre la expansión territorial de las sagreras en Cataluña. Ello ha comportado realizar, primero de todo, un inventario más o menos exhaustivo de todas las que son posibles de documentar a partir de la consulta de las fuentes editadas para la época en cuestión. Además de las actas de consagración de

² El libro ya se ha citado en la nota 1. Otros trabajos que pueden ser citados de entrada son los siguientes: P. Bonnassie, «Les sagreras catalanes: la concentration de l'habitat dans le "cercle de paix" des églises (XI^e s.)», en *L'environnement des églises et la topographie religieuse des campagnes médiévales. Actes du III^e congrès international d'archéologie médiévale (Aix-en-Provence, 28-30 septembre 1989)*, Caen, 1994, pp. 68-79; *idem*, «Aux origines des villages ecclésiastiques circulaires: les sagreras catalanes du XI^e siècle», en G. Fabre et al. (dirs.), *Morphogenèse du village médiéval (IX^e-XII^e siècles)*, Actes de la table ronde de Montpellier (Montpellier 22-23 février 1993), Montpellier, 1996, pp. 113-122; R. Martí, «L'ensagrerament: l'adveniment de les sagreras feudals», *Faventia*, 10/12, 1988, pp. 153-182; V. Farías, «La sagrera catalana (c. 1025-c. 1200). Características y desarrollo de un tipo de asentamiento eclesial», *Studia Historia (Historia medieval)*, 11, 1992, pp. 81-121; A. Catafau, *Les celleres et la naissance du village en Roussillon (X-XV siècles)*, Perpignan, El Trabucaire-Presses Universitaires de Perpignan, 1998; J. Bolòs, *Els orígens medievals del paisatge català. L'arqueologia el paisatge com a forma per a conèixer la història de Catalunya*, Abadía de Montserrat, 2004 (cap. «Sagreras i pobles eclesials», pp. 184-202); E. Mallorquí, «Les celleres medievals de les terres de Girona», *Quaderns de la Selva*, 21, 2009, pp. 117-148. Asimismo, los artículos de carácter más divulgativo contenidos en los diferentes volúmenes de la *Catalunya Romànica* (artículos firmados por J. Bolòs, A. Catafau y otros acerca del desarrollo histórico de algunas comarcas), así como el correspondiente capítulo de V. Farías en B. de Riquer (dir.), *Història, política, societat i cultura dels Països Catalans. II. La formació de la societat feudal, segles VI-XII*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1998, pp. 216-222; y el de F. Sabaté, *El territori de la Catalunya medieval. Percepció de l'espai i divisió territorial al llarg de l'Edat Mitjana*, Barcelona, 1997, pp. 82-87.

iglesias³, encontramos referencias a sagreras y «sagrers» en documentos recogidos en los diplomarios, cartularios y colecciones de pergaminos que han sido objeto de ediciones⁴. Más concretamente, son referencias contenidas en testamentos, donaciones, compraventas... En la medida de lo posible, he intentado contrastar esas informaciones con los ejemplos suministrados por los diferentes autores que han tratado el tema, ya sea apoyándose en informaciones obtenidas directamente de fuentes archivísticas o en base a las mismas fuentes editadas.

En segundo lugar, es necesario incorporar a dicha síntesis los trabajos realizados por los arqueólogos en relación con una serie de yacimientos situados en el entorno de algunas iglesias románicas, cuya prospección ha aportado información, si no sobre las propias sagreras, sí sobre el ámbito espacial en el que se desarrollaron. Ciertamente, en algunos casos disponemos de datos documentales y arqueológicos para un mismo lugar; aun así, una cuestión que se

³ En base, sobre todo, a la recopilación de R. Ordeig, *Les dotalies de les esglésies de Catalunya, segles IX-XII*, 4 vols., Vic, ed. del autor, 1993-2004; véase cap. «La sagrera i el cementiri», pp. 211-213, vol. IV.

⁴ Compendios documentales citados en este trabajo: ACSO = A. Bach, «Els documents, del segle XI, de l'arxiu Capitular de Solsona», *Urgellia*, 13, 1996-97, pp. 37-334; ACSU = C. Baraut, «Els documents, dels anys 1051-1075, de l'arxiu Capitular de la Seu d'Urgell», *Urgellia*, 6, 1983, pp. 7-243; *idem*, «Els documents, dels anys 1101-1150, de l'arxiu Capitular de la Seu d'Urgell», *Urgellia*, 9, 1988-1989, pp. 7-312; ADC = F. Rodríguez, *Col·lecció diplomàtica de l'Arxiu Ducal de Cardona (965-1230)*, Barcelona, Fundació Noguera, 2016; CSCV = J. Rius Serra, *Cartulario de Sant Cugat del Vallès*, vol. 2, Barcelona, CSIC, 1946; DACB = C. Batlle *et al.*, *Diplomatari de l'Arxiu Capitular de la catedral de Barcelona, segle XI*, 5 vols., Barcelona, Fundació Noguera, 2006; DADSO = A. Bach, *Diplomatari de l'Arxiu Diocesà de Solsona (1101-1200)*, 2 vols., Barcelona, Fundació Noguera, 2002; DCV = R. Ordeig, *Diplomatari de la catedral de Vic (segle XI)*, 6 vols., Vic, Patronat d'Estudis Osonencs, 1980-2015; DPME = P. Puig, V. Ruiz y J. Soler, *Diplomatari de Sant Pere i Santa Maria d'Ègara. Terrassa, 958-1207*, Barcelona, Fundació Noguera, 2001; DSCM = F. X. Altés, *El Diplomatari del monestir de Santa Cecília de Montserrat*, 38-2, 1996, pp. 291-400; DSJA = J. Ferrer, *Diplomatari del monestir de Sant Joan de les Abadesses (995-1273)*, Barcelona, Fundació Noguera, 2009; DSLM = P. Puig *et al.*, *Diplomatari de Sant Llorenç del Munt (1101-1230)*, Barcelona, Fundació Noguera, 2013; DSMA = Mn. Esteve Pruença, *Diplomatari de Santa Maria d'Amer*, Barcelona, Fundació Noguera, 1995; DSPP = J. Bolòs, *Diplomatari del monestir de Sant Pere de la Portella*, Barcelona, Fundació Noguera, 2009; MCFV = R. Ginebra, *El Manual primer de l'Arxiu de la Cúria Fumada de Vic (1230-1233)*, 2 vols., Barcelona, Fundació Noguera, 1998; PACB = I. Baiges *et al.*, *Els pergamins de l'Arxiu Comtal de Barcelona, de Ramon Berenguer II a Ramon Berenguer IV*, vol. 3, Barcelona, Fundació Noguera, 2010; SPA = R. Chesé, *Col·lecció diplomàtica de Sant Pere d'Àger*, 2 vols., Barcelona, Fundació Noguera, 2011; SPG = E. Mallorquí, *Col·lecció diplomàtica de Sant Pere de Galligants (911-1300)*, 2 vols., Barcelona, Fundació Noguera, 2013; Camprubí = J. Camprubí, *La catedral de Girona entre 1101 i 1144: col·lecció diplomàtica i estudi històric*, tesis doctoral, Barcelona, UAB, 2012; Rocafiguera = F. de Rocafiguera, *La canònica de Santa Maria de l'Estany. Orígens i primera expansió 1080-1157. El seu diplomatarí*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1999; Salvadó = J. Salvadó, *El monestir benedictí de Sant Benet de Bages. Fons documental: identificació, edició i estudi. Segles X-XI*, tesis doctoral, Universitat de Lleida, 2012.

nos plantea ya de inicio es: ¿hasta qué punto las informaciones arqueológicas sirven para confirmar aquello que es atestado a nivel documental?, o viceversa: los datos documentales que manejamos ¿tienen algún tipo de plasmación material en las correspondientes excavaciones del lugar? Intentaré responder al dilema más adelante, al pasar revista al tipo de información suministrada por la arqueología.

Además de los hallazgos localizados bajo tierra, existen otros vestigios que aún son perceptibles en la trama urbanística de algunas poblaciones; me refiero a la huella topográfica de las sagreras. Para ello, hay que recurrir al estudio de los mapas urbanos, como hizo Catafau para el Rosellón –a partir de planos actuales o pretéritos– o como también ha hecho Bolòs, como estudioso de la arqueología del paisaje.

Por último, deberíamos considerar otro campo de estudio, el de la toponimia; al respecto convendría realizar un censo lo más completo posible de los topónimos existentes en Cataluña relacionados con el fenómeno de la sagrera con sus correspondientes localizaciones⁵.

1. LAS SAGRERAS: ¿UN FENÓMENO SINGULAR?

Para aproximarnos al tema desde una óptica amplia, es necesario volver a formular la pregunta: ¿hasta qué punto la sagrera fue un fenómeno circunscrito al ámbito catalán?

Como recuerdan diversos autores, la delimitación de un espacio sagrado en torno a una iglesia ya estaba recogida en la legislación visigoda –en conexión con el antiguo derecho de asilo eclesiástico–, por cuanto aparece regulado en las actas del XII concilio de Toledo del año 681, donde además se establecía un perímetro *in circuitu ecclesiae* de treinta pasos. Y así se encuentra expresado más tarde en el concilio de Coyanza de 1055, lugar situado a la sazón en la diócesis de Oviedo. Asimismo, la perimetración de treinta pasos también fue objeto de regulación en el concilio de Narbona de 1054, que contó con la asistencia de algunos obispos catalanes (no está de más recordar que por aquel entonces las diócesis catalanas dependían de la metrópolis narbonense). A partir de aquí, similares disposiciones aparecen recogidas en las actas de las sucesivas asambleas eclesiásticas celebradas en Cataluña con vistas a la instauración de la Paz y

⁵ Además de los más habituales («Sagrera» y «Cellera»), hay otros a tener en cuenta como «Trentapasses», que es el nombre dado popularmente al municipio de Vilalba Sasserra (Vallès oriental). Naturalmente, tal censo quedaría a medio hacer sin una revisión escrupulosa de la microtoponimia.

Tregua, como la de *Tòluges* (diócesis de Elna) en la década de 1060, si es que no puede considerarse auténtico el primer sínodo celebrado en 1027, que fue presidido por el obispo Oliba de Vic. Tampoco podemos pasar por alto una bula papal de 1059 (*Sicut antiquitus*, de Nicolás II), donde se señalaban treinta pasos de protección para las capillas o iglesias menores y cuarenta para las mayores⁶. De algún modo se trata de un fenómeno que trasciende el ámbito territorial en el que se fueron configurando las sagreras, y no parece casual que todo ello se sitúe en el breve periodo comprendido entre 1054 y 1059.

El fenómeno en cuestión se vincula estrechamente con el movimiento de Paz y Tregua que se expandió por Cataluña –también por el Midi– a partir de mediados del siglo XI⁷. Para J. Bolòs, la Paz y Tregua fue el hecho clave que provocó el desarrollo (o mejor decir «el nacimiento») de las sagreras⁸; lo cierto es que fue en ese movimiento pacificador cuando tuvo lugar la institucionalización de las sagreras en Cataluña, esto es, cuando esos espacios obtuvieron reconocimiento oficial de protección a instancias de la autoridad eclesiástica.

La utilización del término *sacraría* en la acepción de circuito eclesial era una costumbre específicamente catalana⁹. Sin embargo, en otras regiones de la Europa occidental existen vocablos equivalentes para referirse al circuito eclesial, tanto en el sur como en el norte de Francia: algunos ejemplos son los *atria* de la Borgoña, los *cellaria* de Beauvais y de Alsacia –aquí también con el término vulgar de *Gaden*– o los *claustra* del Midi¹⁰. De forma parecida también en Castilla

⁶ J. Baucells, *Vivir en la Edad Media: Barcelona y su entorno en los siglos XIII y XIV (1200-1344)*, vol. 1, Barcelona, IMF-CSIC, 2004, p. 854. La disposición, presidida por el encabezamiento «De confiniis coemeteriorum», forma parte de una carta dirigida a los obispos de la Galia, Aquitania y Vasconia.

⁷ Al respecto, K. Kennelly, «Sobre la paz de Dios y la sagrera en el condado de Barcelona (1030-1130)», *Anuario de estudios medievales*, 5, 1968, pp. 107-136; Th. Gergen, «Le vocabulaire de la protection juridique des “cercles de paix” en Catalogne et en France (X^e-XIII^e siècles)», *Revista de Llengua i Dret*, 43, 2005, pp. 117-128; *idem*, «La Paz de Dios y la protección de personas y de bienes», *Cuadernos de Historia del Derecho*, 11, 2004, pp. 303-325; y también V. Farías, «Problemas cronológicos del movimiento de Paz y Tregua catalán del siglo XI», *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 14-15, 1993-1994, pp. 9-37; *idem*, «“Treva et paz tener”. La “sagrera” y la paz de los obispos en la diócesis de Urgell (siglos XI y XII)», en M. Zimmermann (ed.), *Le Moyen Âge dans les Pyrénées catalanes: Art, culture et société (à la mémoire de Mathias Delcor). Études Roussillonaises*, 21, 2005, pp. 87-92.

⁸ J. Bolòs, *Els orígens medievals...*, *op. cit.*, p. 184. En cambio, según Maria Soler, la sagrera fue «quelcom més que un cercle de pau, en tant que projecte d'abast i objectius força més complexos»; M. Soler, «Feudalisme i nucleació poblacional. Processos de concentració de l'habitat al comtat de Barcelona entre els segles X i XIII», *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 23 (2002), p. 80.

⁹ V. Farías, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, p. 83.

¹⁰ Véase, por ejemplo, el trabajo realizado en términos comparativos de E. Zadora-Río, «Cimetières et habitats de l'ouest de la France et *sagreres* catalans», en *Actes del 3r curs d'arqueologia d'Andorra. La vida medieval als dos vessants del Pirineu*, Andorra Govern, 1995, pp. 278-283. Por lo que respecta al

se encuentran definidos esos espacios, en este caso con el nombre de la medida utilizada para delimitarlos: el *dextrum*¹¹. Otros vocablos asociados al mundo de las sagreras son los de *immunitas* y *salvamentum*, por cuanto también sirvieron para expresar igual sentido de protección¹².

Dicho esto, hay otros dos fenómenos con los que también se relaciona el surgimiento de las sagreras: por un lado, con el proceso de parroquialización del mundo rural, iniciado en los siglos IX-X; y, por otro lado, con la difusión de la arquitectura románica y la renovación de los templos a partir de nuevos edificios levantados con ese nuevo estilo y en cuyo entorno aquellas se formaron. De hecho, la expansión de las sagreras vendría a coincidir *grosso modo* con la generalización del cementerio parroquial¹³. No en balde, el término *cimiterium* también fue utilizado (ss. XI-XII) para designar al circuito eclesial, y es que du-

Midi, véase la breve exposición que hizo en su día P. Bonnassie, «Les sagreras catalanes...», *op. cit.*, pp. 76-77. En todo caso, hay pocas evidencias documentales y arqueológicas sobre qué hay que entender por «claustrum», según Yoan Nattalia en su presentación del dossier «Organiser l'enclos sacré et topographique dans les maisons hospitalières et templières du Midi», *Archéologie du Midi*, 28, 2010.

¹¹ «Una iglesia debía disponer de un *dextrum*, área que se configuraba a partir de las paredes del edificio según un número de pasos dados por una persona en las cuatro direcciones»; J. A. García de Cortázar, «Factores eclesiales en la organización socioeclesiológica del espacio físico en la Edad Media», en *Homenaje al profesor Eloy Benito Ruano*, I, Murcia, Universidad, 2010, p. 303. Al respecto, los trabajos de Enrique Gutiérrez parecen ser los que más inciden en esa cuestión: E. Gutiérrez, *Génesis y evolución del cementerio medieval en Cantabria*, tesis doctoral, Universidad de Cantabria, 2015; L. Mantecón y E. Gutiérrez, «Dos nuevas necrópolis medievales en la comarca de Liébana (Cantabria)», *Nivel Cero* 10, Santander, 2002, pp. 129-137.

¹² «intra salvitatem sacrarii passuum XXX», se dice en el acta de consagración de Sant Martí del Brull (1061); R. Ordeig, *Les dotalies...*, *op. cit.*, doc. n.º 209, p. 191; o la referencia a «sacriam et salvetad» de Santa Maria de Colomers (1155); DSMA, doc. n.º 32. Por lo menos inicialmente, el término en cuestión también aparece vinculado al mundo de las sagreras; véase A. Egea, «Salvetats i "hospitals" a l'Empordà medieval», en *Miscel·lània en honor de Josep Maria Marquès*, a cargo de N. Figueras y P. Vila, Publicacions de l'Abadia de Montserrat/Diputació de Girona, 2010, pp. 109-118.

¹³ A partir del siglo VIII, los testimonios escritos dejan constancia del derecho a escoger libremente el lugar de inhumación y la posibilidad, a todo fiel, de disponer de una sepultura en el espacio sagrado delimitado alrededor de las iglesias; G. Ripoll y N. Molist, «*Cura mortuorum* en el nordeste de la Península Ibérica, siglos IV al XII d. C.», *Territorio, Sociedad y Poder*, 9, 2014, p. 8, citando a Treffort; véase también F. Sabaté y J. Brufal (dirs.), *Arqueologia medieval. Els espais sagrats*, Lleida, Pagès, 2015. El hecho de realizar enterramientos en el entorno de los lugares de culto devino una práctica plenamente consolidada durante el siglo XI, lo que llevó a la desaparición de las tumbas fuera de los cementerios de las iglesias. Por otra parte, se considera que la implantación del cementerio parroquial acompañó al establecimiento de las propias parroquias; J. Vilaginés, «El fenomen parroquial en la societat del Vallès oriental a l'alta edat Mitjana (ss. XI i XII)», *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 9, 1988, p. 130; M. Riu y P. Valdepeñas, «El espacio eclesiástico y la formación de las parroquias en la Cataluña de los siglos IX al XII», en *L'environnement des églises...*, *op. cit.*, pp. 57-67.

rante un cierto tiempo ambas funciones –lugar de protección circunstancial para los vivos y de reposo eterno para los muertos– pudieron coexistir en un mismo espacio¹⁴; de hecho, los cementerios ejercieron de catalizador en la búsqueda de esa protección.

Por último, el desarrollo o evolución ulterior de las sagreras se relaciona con el estudio del poblamiento, esto es, con la configuración de hábitats agrupados y el nacimiento de las primeras villas¹⁵. Ello atañe, de forma más general, a denominaciones diversas según la región estudiada: así, los «villages ecclésials» de los historiadores franceses guardan parangón con los «asentamientos eclesiales», que es la etiqueta utilizada por Farías para el caso de Cataluña, cuando no se recurre a otras denominaciones, como las de «pobles eclesials o de sagrera» (Bolòs). Adelantándonos a lo que comentaré más adelante, podemos ver las sagreras como embriones de futuras villas.

Al proceso de constitución de sagreras, realizado a instancias sobre todo de la Iglesia, se lo ha denominado «ensagreraement», según el término acuñado ya hace años por R. Martí¹⁶, pero tendría su reverso en otro proceso que se ha denominado «emmasament» (Bolòs) como impulso de poblamiento disperso en mansos, a instancias, en ese caso, de los señores laicos. Ello sin dejar al margen que también hubo fortificaciones de sagreras, como una modalidad más del fenómeno del «incastellament» (o encastillamiento) que se dio en la época feudal –en especial, destacan las «celleras castrales» identificadas por Catafau en el Rosellón, a las que habría que añadir algunas otras situadas al sur de los Pirineos–, aunque ya como un proceso que parece ser posterior a la época de implantación propiamente dicha de las sagreras.

2. LAS SAGRERAS EN SU FASE INICIAL DE CONFIGURACIÓN

Como ya se ha destacado, el surgimiento de las sagreras sería una forma de protegerse frente a la violencia feudal, esto es, de los ataques perpetrados por los señores laicos contra el campesinado y la apropiación forzada del producto

¹⁴ «pro salvationem vivorum et sepultura parrochianorum aut aliorum si necessitas fuerit peregrinorum», se dice en el acta de consagración de Sant Martí del Brull (1061); R. Ordeig, *Les dotalies...*, *op. cit.*, doc. n.º 209, p. 191.

¹⁵ Hay quien considera que los señores de los castillos fracasaron en su intento de concentrar a la población en el interior de los recintos castrales, siendo el estamento eclesial el que tomó la iniciativa apostando por un modelo de hábitat concentrado en torno a las iglesias; M. Soler, «Feudalisme i nucleació...», *op. cit.*, p. 75.

¹⁶ Por extensión, el concepto «ensagreraement» también es utilizado para aludir al proceso de formación de hábitat concentrado en torno a las iglesias.

de sus cosechas¹⁷; de ahí que se estableciera un espacio de protección en torno a las iglesias según las disposiciones de los obispos adheridos al movimiento de la Paz y Tregua. Así, las sagreras devinieron enclaves de protección episcopal fuera del control de los señores laicos, propietarios de los castillos desde donde ejercían su dominio sobre el campesinado de los mansos.

Las actas de consagración de iglesias de mediados del siglo XI –por lo menos desde 1045– incluyen delimitaciones precisas de ese espacio protegido donde las cosechas de los campesinos quedaban a resguardo del pillaje o sustracción. Esos espacios protegidos solían ser medidos en pasos eclesiásticos, y más raramente en dextros¹⁸. Si damos por supuesto que un paso sería más o menos equivalente a un metro, es fácil deducir un diámetro para toda la zona delimitada de entre cincuenta-sesenta metros, espacio que debía ser contado, en todo caso, desde la puerta o desde los muros de la iglesia que ocupaba la parte central. Aun así, los autores que se han ocupado de la cuestión no se ponen de acuerdo a la hora de calcular la posible superficie abarcada: desde un mínimo de dos mil ochocientos metros cuadrados, según unos, hasta un máximo de cinco mil, según otros (también dependiendo de la representación de ese espacio: de forma circular o de forma cuadrangular).

Otra cuestión es cómo quedaba delimitado ese espacio. Al respecto, la documentación se hace eco de diferentes elementos: en algunos casos se ponían cruces, como así queda atestiguado en el caso de Sant Miquel de Fluvià –iglesia monacal– y de Solsona –canónica–; en otros casos, se da constancia de fosos o muros¹⁹.

¹⁷ Hay ejemplos diversos de violencia o ataques a sagreras, no solo en el siglo XI, como las que reportaba Bonnassie para el Pallars entre 1060-1080 por parte de los caballeros del conde Artau I, sino también a lo largo de la siguiente centuria, como en la sagrera de Cerqueda (Alt Urgell) en 1106, en la zona del Ampurdán (Sant Miquel de Cruilles-1100 y Santa Maria de Colomers-1155) o en Taradell (Osona) en 1172; (respect.) P. Bonnassie, «Les sagreres catalanes...», *op. cit.*, pp. 74-75; J. Camats, *Iglesia de Urgell: feudalización y reforma (1020-1150)*, tesis doctoral, UNED, 2015, p. 201; A. Egea, «Salvetats...», *op. cit.*, p. 111; J. Bolòs, *Els orígens...*, *op. cit.*, p. 192; o también el caso reportado más abajo de Sant Vicenç de Àger (v. 1173). El propio conde de Barcelona Ramón Berenguer III, en su testamento de 1130, reconoció haber violado una sagrera –la de Palafrugell–, hecho que intentó reparar mediante la donación de un manso al monasterio de Sant Miquel de Fluvià; A. Udina, *Els testaments dels comtes de Barcelona i dels reis de la Corona d'Aragó: de Guifré Borrell a Joan II*, Barcelona, Fundació Noguera, 2001, doc. n.º 11, p. 95.

¹⁸ Los dos ejemplos que podemos traer a colación se localizan en el Vallespir: el cementerio de Santa Maria del Vilar (1114) fue medido en 10 dextros a cada lado. En Costoja, si en un primer momento (1142) se menciona un cementerio de 30 dextros (1142), posteriormente (1159) se indica una sagrera de doce pasos.

¹⁹ La existencia de fosos está atestiguada documentalmente en Polinyà del Vallès, así como en algunas celleras del Rosellón (Llupià, Malloles...). En 1116 hay mención al muro de la cellera de Perpiñán.

Otro aspecto que se deriva de las actas de consagración de iglesias es el uso del término *cimiterium* como sinónimo de sagrera. En relación con el fenómeno del «ensagrerament», la novedad no es encontrar cementerios al lado de iglesias, sino el hecho de que estos pasaran a ser espacios perimetrados, de ahí que podamos hablar de cementerios «termenats» (delimitados). He hecho acopio de las diferentes posibilidades anotadas según el caso, tal y como aparece representado en el mapa 1. Aunque la delimitación de treinta pasos fue la más habitual, también se incluyen delimitaciones por debajo de ese número –hasta un mínimo de doce pasos– y otras por encima –hasta un máximo de sesenta–; en total aparecen delimitados siete tamaños distintos. Si la delimitación de un número menor de pasos se vincula, por regla general, a pequeñas iglesias sufragáneas –dependientes de otras iglesias parroquiales–, las más grandes se corresponden con iglesias monacales o canónicas («ecclesias maiores») ²⁰. Por otra parte, también existe algún caso de atribución de delimitaciones distintas, ya sea para el ámbito de la sagrera, ya sea para el ámbito del cementerio ²¹. A título comparativo, en Castilla, en las pocas ocasiones en las que se señala la extensión del cementerio o del *dextrum*, este resulta ser de setenta y dos pasos (unos cien metros, calculando el paso castellano en 139 cm) ²².

A partir de cuándo y dónde surgieron las primeras sagreras son preguntas obligadas, pero que no son sencillas de responder en función de la documentación disponible. En primer lugar, porque hay toda una serie de documentos indicativos de sagreras fechados en el siglo X o en la primera mitad del XI, cuya autenticidad debe ponerse *sub iudice* –según una serie de elementos analizados por Martí–; serían, pues, documentos falsos o con las fechas manipuladas ²³.

Si nos atenemos al contexto histórico, parece incuestionable que el florecimiento de las sagreras se corresponde con el periodo de crisis de la autoridad pública que se ha situado entre 1020 y 1060 –en plena revolución feudal–. La época discurre en paralelo con la celebración de las primeras asambleas de Paz y Tregua para hacer frente al problema de la violencia feudal, comenzando por la de Toluges de 1027. Así, el punto 3 de los acuerdos tomados en esa localidad del

²⁰ Como son Sant Miquel de Fluvià, Sant Llorenç del Munt y Santa Maria de Vilabertran. Recuérdese la diferenciación establecida en la bula de Nicolás II entre iglesias menores de treinta pasos e iglesias mayores de cuarenta pasos.

²¹ Por ejemplo, en el caso de Ullà se establecía un cementerio de treinta pasos y una sagrera con el doble de pasos (sesenta); en el caso de Vilabertran se documenta un cementerio de sesenta pasos y una sagrera de cien (añádase el caso de Costoja, anotado más arriba).

²² E. Gutiérrez, *Génesis y evolución...*, *op. cit.*, p. 446.

²³ Con todo, aún hay historiadores que siguen haciendo remisión a esos documentos sin tener en cuenta la cronología que parece ser la más idónea sobre los inicios del fenómeno.



Mapa 1. Distribución territorial de las sagreras («cementiris termenats») en función de su tamaño. (Elaboración: Enrique Capdevila Montes).

Rosellón –relativo a la concreción de un espacio sacralizado de treinta pasos de radio en torno a las iglesias– pudo ser el factor desencadenante que estimuló la concentración de la población así como la construcción de pequeños almacenes en esos espacios que pronto recibieron el nombre de «sagreras»²⁴.

De hecho, en una primera época previa a su institucionalización, no hallamos referencias a sagreras sino a lo que pasó a ser uno de sus elementos constitutivos: los «sagrers»²⁵. Así, los primeros «sagrers» documentados se encuentran a partir de 1028 (poco después, por tanto, del supuesto primer sínodo celebrado en Toluges) y en distintas localidades, como son Sant Salvador de Polinyà (Vallès occ.) y Sant Julià de Vilatorca (Osona).

²⁴ Ll. To, «Un obispo del año mil: Oliba de Vic», *Codex Aquilarensis*, 16, 2000, p. 84. Según Farías, se trató de revalidar unas disposiciones promulgadas con anterioridad, quizás en otra asamblea; V. Farías, «Problemas cronológicos...», *op. cit.*, p. 11. Este autor no cree justificado dudar de su autenticidad, a diferencia de la opinión de R. Martí, «L'ensagrèrament: utilitats d'un concepte», *op. cit.*, p. 117.

²⁵ Como decía R. Martí («L'ensagrèrament: utilitats d'un concepte», *op. cit.*, p. 117), los «sagrers» se anticipan a la sagreras propiamente dichas.

Desde la década de 1030, el número de lugares con «sagrers» comienza a multiplicarse. Sin embargo, si dejamos al margen las menciones a simples «sagrers»²⁶, las primeras referencias documentales de sagreras que no presentan dudas sobre su cronología y autenticidad son del año 1052, momento a partir del cual las menciones devienen habituales.

En el mapa 2 tenemos representada la localización de las primeras sagreras documentadas hasta el año 1060 (en total concierne algo más de cincuenta localidades). Todo parece indicar que la difusión territorial del fenómeno fue relativamente rápida, al tiempo que ya comienzan a detectarse unas zonas con mayores concentraciones que otras.



Mapa 2. Primeras sagreras documentadas (hasta 1060).

²⁶ En el caso de Sant Julià de Corts (1039), se plantea la disyuntiva de cómo traducir el término «sacraria», si como plural de «sagrers» o ya como sagrera. En principio, el acusativo plural del sustantivo neutro «sacrarium» es «sacraria», mientras que la forma femenina singular «sacraria» se creó a partir del plural neutro «sacraria» (de ahí la confusión que puede darse en según qué anotaciones). Otras veces se utiliza el acusativo plural «sacrarios» como derivado de un nominativo en -us («sacrarius»). Añádase a todo ello las distintas variantes romanizadas de esos mismos términos latinos (agradezco esas aclaraciones filológicas a la dra. Ana Gómez).

Con el paso del tiempo, algunas sagreras cambiaron el nombre por el de «cellera»; no en balde el término «cellarium» viene a equivaler a «sacrarium». Este cambio se documenta en la segunda mitad del siglo XII, a veces con sucesivas alternancias entre uno y otro término para un mismo lugar, hasta que finalmente se impuso el segundo²⁷. Según Catafau, dicho cambio nominal podría apuntar a una desacralización de esos espacios, al momento en que la preservación de un espacio sagrado dejó de tener su más prístina razón de ser²⁸. Sea como sea, las denominadas *celleras* más bien se corresponden con un estadio evolutivo posterior, como se verá luego en el mapa que hemos elaborado al respecto.

3. RESULTADOS GLOBALES EN FUNCIÓN DE LAS SAGRERAS CENSADAS

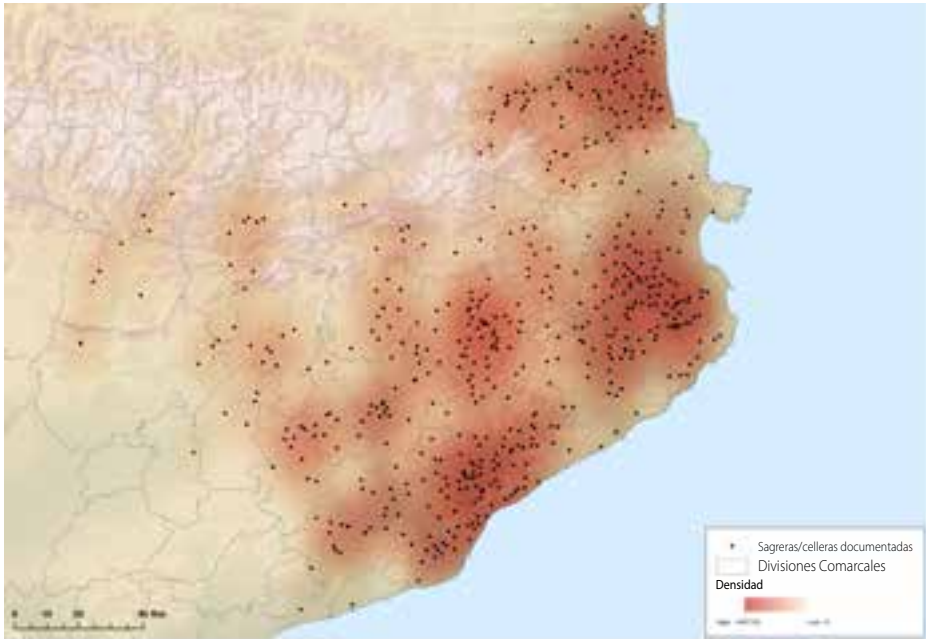
El mapa que presentamos a continuación (mapa 3) contiene el censo completo de las sagreras y/o celleras que tenemos documentadas para Cataluña, a excepción de aquellas que no han podido ser convenientemente identificadas ni localizadas, ni siquiera a partir de coordenadas aproximadas. Aun así, el número total de localizaciones asciende a más de quinientas (538, para ser más precisos).

Dicho censo recoge todos aquellos lugares donde hay constancia documental de «sagrers», aunque luego no se haga mención a ninguna sagrera²⁹. En otros casos, se trata de cementerios perimetrados cuya asimilación a las sagreras se puede presuponer, aunque no siempre esté atestiguado por otras referencias documentales. Asimismo, algunas localizaciones ya únicamente se corresponden con «celleras», nombre que predomina en las menciones más tardías. De hecho, un cierto número de casos documentados se sitúa ya fuera del periodo aquí estudiado. Finalmente, también tenemos censadas otras menciones para las cuales no disponemos de fechas precisas. En suma, nuestra lista ha sido

²⁷ En el caso de Sant Joan d'Aiguaviva (Gironès), hay documentados, en la misma década, tanto el término «cellaria» (1163) como el de «sacraria» (1169). El cambio es mucho más extendido por lo que respecta ya al siglo XIII. Incluso en algún lugar, como en Sant Feliu de Pallerols (Garrotxa), se llega a establecer una diferenciación entre sagrera y cellera, considerando esta última como la «vila nova» configurada al norte de la antigua sagrera; J. Canals y C. Fochs, «La sagrera de Sant Feliu de Pallerols», *Annals del Patronat d'Estudis Històric d'Olot i comarca*, 1992, pp. 19-92.

²⁸ A. Catafau, «Les celleres del Rosselló de mitjan segle XIII a la fi del segle XV. Permanències i evolució d'una forma d'estructuració del poblament», en *Les Sagreras a la Catalunya medieval...*, *op. cit.*, p. 226. Al decir del mismo autor, «la cellera, par son seul nom, a un caractère moins fortement sacralisé que la sagrera»; A. Catafau, «La Cellera et le mas en Roussillon au Moyen Âge: du refuge à l'encadrement seigneuriale», *Journal des Savants*, 2, 1997, p. 349, n. 71.

²⁹ De acuerdo con lo apuntado por J. Bolòs: «quan es parla de sagrers normalment cal pensar que hi havia una sagrera»; J. Bolòs, *Els orígens medievals...*, *op. cit.*, p. 184.



Mapa 3. Localización de todas las sagreras/celleras inventariadas.

confeccionada en base a criterios amplios, ya que incluimos tanto las sagreras verificadas documentalmente como otras que se consideran así a partir de otros presupuestos o indicadores, ya sean arqueológicos o topográficos³⁰.

Como puede apreciarse, la extensión del fenómeno atañe básicamente a la mitad norte del país: va desde Salses –en el Rosellón– hasta la zona del Penedès, como muy al sur, y cubre buena parte del interior del país, hasta Àger como punto situado más a poniente³¹, así como todas las comarcas pirenaicas hasta los dos Pallars (Jussà y Sobirà).

³⁰ En nuestro censo no hemos incluido la Seu d'Urgell, aunque según Eduardo Carrero cada una de las cinco iglesias que configuraban el conjunto catedralicio tuvo un cementerio o atrio particular, entendiéndose por esto el dextro que rodeaba al templo en un número reglado de pasos, siendo un espacio que gozaba de un estatuto jurisdiccional propio que el mismo autor vincula al fenómeno de las sagreras; véase E. Carrero, «La Seu d'Urgell, el último conjunto de iglesias: liturgia, paisaje urbano y arquitectura», *Anuario de estudios medievales*, 40/1, 2010, p. 271.

³¹ Además de la iglesia de Sant Nicolau d'Àger, para la cual se conserva el acta de consagración (1101), en la que aparece delimitado su cementerio en 30 pasos, está el caso de Sant Vicenç d'Àger, donde a lo largo del mismo siglo se recogen noticias de casas localizadas en su cementerio, lo cual parece razón suficiente para considerar el lugar como sagrera; véase F. Fité, «Arquitectura i repoblació a la Catalunya dels segles X-XI: parròquies i sagreres. Els exemples d'Àger i Tartareu», *Lambard. Estudis d'Art Medieval*, XIX, 2006-2007, pp. 86-87.

Como indicaba Farías, las sagreras estuvieron preferentemente localizadas en los llanos, observándose una menor profusión en zonas de montaña, aquí mayormente localizadas a lo largo de los valles fluviales³². La observación, aun siendo a grandes rasgos veraz, podría adolecer del hecho de que parte de las sagreras localizadas en parroquias o iglesias de montaña acabarían desapareciendo al cabo del tiempo, dejando con ello pocos o ningún vestigio, mientras que la mayor parte de las situadas en los llanos fueron las que prosperaron y dieron lugar a nuevos asentamientos o villas. Sea como fuere, el fenómeno aparece prácticamente circunscrito al ámbito de la Catalunya Vieja, con diversos focos principales en zonas de Girona, Barcelona y Rosellón; y, a medida que nos vamos alejando de esos focos, la presencia de sagreras/celleras va disminuyendo gradualmente.

En cuanto a su distribución territorial por comarcas, en la tabla 1 mostramos los porcentajes obtenidos en cada caso, tanto en relación con el número total de sagreras documentadas como también en relación con el número de iglesias registradas en cada comarca para el periodo anterior a 1300, según informaciones que hemos extraído de la *Catalunya Romànica*. No voy a detenerme en ello, puesto que ratifica más al detalle lo que ya se muestra en el mapa global; en todo caso, sirve para constatar cómo los principales agrupamientos se encuentran en las comarcas de las actuales provincias de Barcelona y Girona, junto con lo que hoy en día es la Cataluña Norte, sobre todo el Rosellón. En cambio, la presencia de sagreras es menor en las comarcas leridanas, de modo que los números obtenidos se sitúan en los tramos más bajos de la tabla³³.

Más allá de las delimitaciones administrativas actuales, es interesante ver su distribución por obispados (de acuerdo con las circunscripciones constituidas en la época de referencia): en términos porcentuales, el obispado de Girona se lleva la palma con un 30% del total de las sagreras que tenemos registradas; a continuación se sitúa el de Barcelona (24%); Vic y Elna obtienen porcentajes parejos, entre el 18-19%; finalmente, el obispado de Urgell ya no alcanza el 10%³⁴. Naturalmente, todos esos porcentajes deben ser tomados como meramente orientativos de tal distribución.

³² V. Farías, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, pp. 113-115; *idem*, «La proclamació de la pau...», *op. cit.*, p. 24; *idem*, «'Treva et Paz tenre'...», *op. cit.*, p. 88.

³³ El único caso de localización en la provincia de Tarragona sería el Vendrell –la capital del Baix Penedès– si damos por válida su anotación en la lista confeccionada por M. Soler bajo el epígrafe «nuclis ensagrerats»; M. Soler, «Feudalisme i nucleació...», *op. cit.*, p. 77.

³⁴ En cifras absolutas: Girona, 162 sagreras; Barcelona, 127; Vic, 100; Elna, 97; y Urgell, 50. En este último cómputo incluimos las iglesias de Àger, aunque propiamente formaban parte de un enclave exento de jurisdicción episcopal.

Tabla 1. Distribución comarcal de las sagreras/celleras registradas

Comarca / provincia ³⁵	N.º de sagreras (%)	N.º de iglesias (antes de 1300)	Porcentaje
Rosselló (CN)	67 (12,5 %)	242	27,7 %
Osona (Ba)	52 (9,7 %)	201	25,9 %
Vallès or. (Ba)	47 (8,8 %)	156	30,1 %
Gironès (Gi)	35 (6,6 %)	94	37,2 %
Baix Empordà (Gi)	35 (6,6 %)	102	34,3 %
Bages (Ba)	32 (6,0 %)	232	13,8 %
Selva (Gi)	27 (5,1 %)	106	25,5 %
Alt Empordà (Gi)	24 (4,5 %)	205	11,7 %
Vallès occ. (Ba)	23 (4,3 %)	82	28,0 %
Pla de l'Estany (Gi)	20 (3,7 %)	73	27,4 %
Garrotxa (Gi)	17 (3,2 %)	134	12,7 %
Baix Llobregat (Ba)	17 (3,2 %)	68	25,0 %
Anoia (Ba)	16 (3,0 %)	142	11,3 %
Conflent (CN)	16 (3,0 %)	127	12,6 %
Berguedà (Ba)	15 (2,8 %)	166	9,0 %
Alt Penedès (Ba)	14 (2,6 %)	106	13,2 %
Vallespir (CN)	12 (2,2 %)	51	23,5 %
Maresme (Ba)	12 (2,2 %)	67	17,9 %
Barcelonès (Ba)	11 (2,1 %)	56	19,6 %
Alt Urgell (Lle)	9 (1,7 %)	266	3,4 %
Solsonès (Lle)	9 (1,7 %)	177	5,1 %
Ripollès (Gi)	5 (0,9 %)	90	5,6 %
Pallars Jussà (Lle)	4 (0,7 %)	231	1,7 %
Noguera (Lle)	4 (0,7 %)	244	1,6 %
Pallars Sobirà (Lle)	3 (0,6 %)	204	1,5 %
Segarra (Lle)	3 (0,6 %)	150	2,0 %
Cerdanya (Lle)	2 (0,4 %)	137	1,5 %
Urgell (Lle)	1 (0,2 %)	72	1,4 %
Garraf (Ba)	1 (0,2 %)	13	7,7 %
Baix Penedès (Ta)	1 (0,2 %)	27	3,7 %

³⁵ (CN) = Cataluña Norte; (Ba) = Barcelona; (Gi) = Girona; (Lle) = LLeida; (Ta) = Tarragona.

Otra cosa es examinar su peso dentro de cada obispado, esto es, en relación con el número total de parroquias. Bolòs sostenía que todas las iglesias del obispado de Vic debían de tener una sagrera, por lo menos las que están registradas en las actas de consagración de esa época³⁶, lo que no implica a todas las iglesias de la diócesis. De hecho, ateniéndonos a las listas parroquiales de la diócesis de Vic³⁷, el número de sagreras documentadas –un centenar– vendría a representar una tercera parte de todas las parroquias existentes en esa circunscripción. Por su parte, Mallorquí da un porcentaje más bajo para Girona al considerar que solo un 22,6% de las parroquias de este obispado desarrolló una sagrera³⁸. Por desgracia, no podemos aportar otros referentes que los dos obispados indicados.

Siguiendo con los resultados globalmente obtenidos, hemos elaborado el siguiente gráfico cronológico con todas las sagreras documentadas por años, teniendo en cuenta, en cada caso, el primer año en el que hay referencias documentales a su existencia.

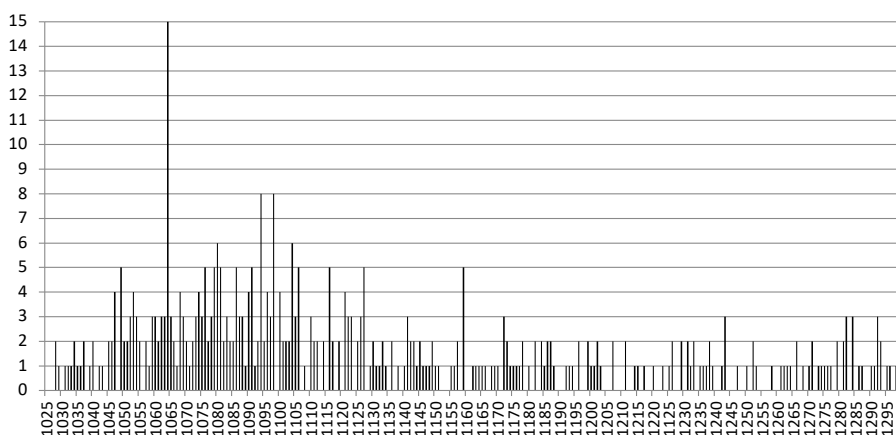


Gráfico 1. Sagreras/Celleras documentadas por años (1028-1299).

Aparentemente, la época de mayor profusión de las sagreras parece situarse en la segunda mitad del siglo XI y primeras décadas del siguiente³⁹. Destaca el año

³⁶ J. Bolòs, «Pobles de sagrera i pobles castrals: dues realitats enfrontades?» en J. Mutgé, R. Salicrú y C. Vela (eds.), *La Corona catalanoaragonesa, l'islam i el món mediterrani. Estudis d'història medieval en homenatge a la doctora Maria Teresa Ferrer i Mallol*, Barcelona, CSIC, 2013, p. 114.

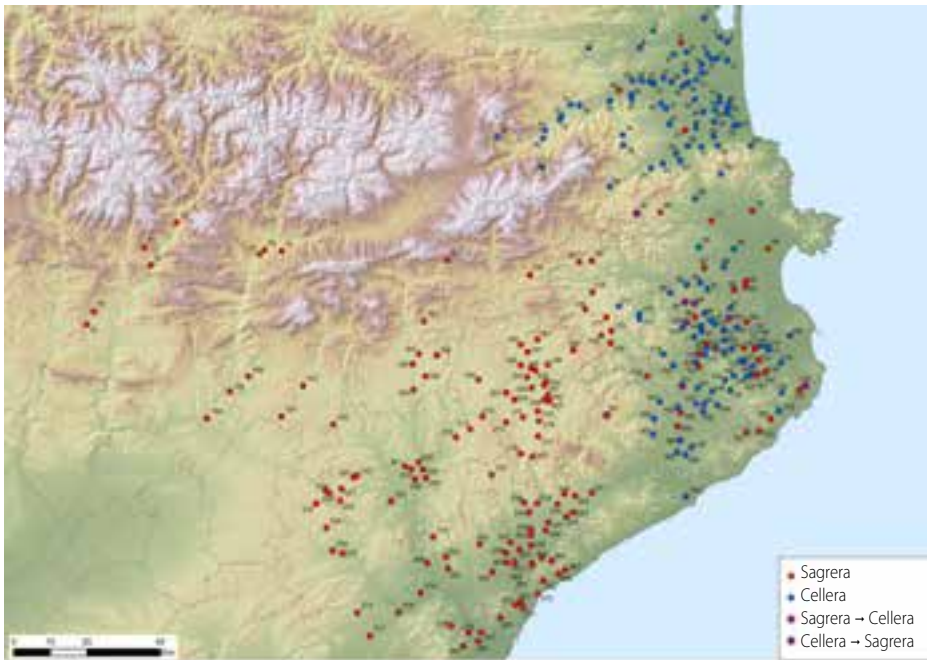
³⁷ Las publicadas en su día por J. Pladevall, «Dues llistes de parròquies del bisbat de Vic del segle XII», *Butlletí arqueològic (Tarragona)*, 113-120, 1971-72, pp. 283-304.

³⁸ E. Mallorquí, *Parròquia i societat...*, op. cit., p. 162.

³⁹ Por su parte, Farías situaba el periodo con mayor número de referencias documentales entre 1050-1150; V. Farías, «La proclamació de la pau...», op. cit., p. 21.

1064 por un hecho que podría estar asociado a la proliferación de disposiciones de última voluntad a raíz, según parece, de una importante hambruna que sacudió el país (como ya se ha dicho, los testamentos son una de las fuentes documentales en las que suelen aparecer registradas donaciones de «sagrers»). Todas las referencias registradas posteriormente tan solo son menciones tardías de sagreras que, no obstante, también habrían tenido su origen en el siglo XI; y más allá del corte establecido en 1299, seguimos documentando sagreras –ya más que nada celleras– como una realidad fosilizada o, dicho de otra manera, por el simple hecho de haber mantenido una tradición en la denominación del lugar⁴⁰.

Volviendo a la dicotomía en la denominación, hemos confeccionado listas separadas de sagreras y celleras cuya respectiva distribución geográfica puede visualizarse en el mapa 4⁴¹. En este caso, solo tenemos en cuenta aquellas sagreras que aparecen documentadas como tales (no solo por localizaciones



Mapa 4. Sagreras y celleras documentadas como tales. (La lista numérica colocada en el Anexo de este artículo permite tener cada localidad identificada).

⁴⁰ De hecho, algunas menciones documentales ya atañen a los siglos XIV y XV.

⁴¹ El mapa se acompaña de una tabla, con la lista de las localizaciones con los años marcados en color rojo para las sagreras y azul para las celleras.

de «sagrers»), lo cual tiene la virtud de restringir la lista a un menor número, concretamente a 161 por lo que se refiere a las sagreras y a 131 para el de las celleras, aunque contabilizando en una y otra lista algunos casos dúplices en función de la denominación (sagrera o cellera) atribuida para diferentes años. Si la primera lista sin depurar daba una cifra superior al medio millar, la obtenida ahora no llega a un total de trescientas sagreras y/o celleras, pero sin duda son estas últimas las que podríamos dar por ciertas; todas las demás entran dentro de la categoría de «supuestas». Por lo demás, el mapa ofrece un panorama general de la distribución territorial, como es la implantación de las denominadas celleras al norte de los Pirineos y en las comarcas de Girona de más al este, lo cual es indicativo de la evolución cronológica ya mencionada.

A partir de aquí, dejamos de lado los resultados globales para meternos de lleno en el meollo de la cuestión. Lo haré en tres apartados sucesivos en los que analizaré diversos aspectos del fenómeno, primero en base a la documentación que he estado revisando, luego en relación con la llamada «arqueología de l'ensagrerament» (R. Martí) y, finalmente, por lo que respecta a la visualización de la huella topográfica de las sagreras a través de varios ejemplos concretos.

4. REVISIÓN DEL FENÓMENO A PARTIR DE LA DOCUMENTACIÓN TEXTUAL

Como se ha dicho al inicio, una sagrera puede definirse como un conjunto de «sagrers», por lo menos en sus comienzos. Por «sacrarium» se entiende un depósito de víveres, en su significado más amplio; en sentido más restringido era un almacén que contenía recipientes para el almacenaje de vino, como así queda atestiguado documentalmente en numerosas ocasiones⁴². En gran parte ello sería también aplicable al término «cellarium», cuyo significado ha acabado siendo el de almacén de vino⁴³; pero mientras el primer término de «sagr» desapareció en el sentido apuntado aquí, el segundo se ha mantenido, quizás en paralelo con la reconversión nominal de las sagreras en celleras.

Otro aspecto que puede ser constatado documentalmente es que esos «sagrers» solían tener dependencias anexas a modo de patios o corrales de anima-

⁴² He aquí diversos ejemplos: (1093) «et cum sacrario et cubo et tonna que ibis est et I barrilio»; (1096) «ipsum vinum qui est in sacrario Arnalli»; (1116) «et ipso sacrario qui ibidem est cum barrilio I vino meliore et archa I et cubo I».

⁴³ Además del significado de *bodega*, otra acepción del término «cellarium» fue el de despensa o lugar donde guardar las provisiones, como así queda recogido en A. Gómez *et al.*, *Glossarium Mediae Latinitatis Cataloniae, ab anno VCCC usque ad annum MC*, ed. digital, vol. I, 19/III/2021.

les⁴⁴. Visto así, es plausible pensar en una función más amplia de esas edificaciones, en el sentido de no solo servir para proteger la producción agraria (cereales, vino...), sino también al ganado⁴⁵; a veces también se mencionan palomares e incluso colmenas, como en Sant Genís dels Agudells (1061)⁴⁶. Otra posible función de esos almacenes sería para guardar el utillaje agrícola, que también era un bien preciado para los agricultores de la época.

En cuanto a la construcción propiamente dicha de «sagrers», merece destacar el único caso que he localizado. Se trata de una compraventa realizada en 1060 entre dos parejas de cónyuges por la que se efectuó el traspaso de un huerto localizado en una iglesia del Alto Urgel (Santa Maria d'Eroles, en el término de Nabiners) para construir un «sagrers» con sus correspondientes accesos («ut faciatis ibi sacrario cum exio et regressio earum»); en parte, dicho huerto lindaba con los «sagrers» de diversos propietarios⁴⁷. Presumiblemente, la construcción correría a cargo de la parte compradora⁴⁸.

Las lindes con otros «sagrers» pertenecientes a distintos propietarios se da en muchas otras transacciones de esa época inicial. En algún caso incluso es posible conocer el número de almacenes de una determinada sagrera: así, por ejemplo, en el siglo XI, Mollet contaría con dieciocho «sagrers» y Reixac con nueve, según datos suministrados por M. Soler⁴⁹; en Cortsaví (Vallespir) se documentan –a finales del mismo siglo– hasta cuarenta y tres «sagrers», todos ellos dentro de la sagrera de treinta pasos. Por tanto, volvemos a la imagen ya descrita de la sagrera como un conjunto de «sagrers» apiñados dentro de un espacio delimitado.

En la documentación de la época encontramos numerosas transacciones de «sagrers» (en singular o en plural), desde traspasos en herencia –incluidos en

⁴⁴ «ipso sacrario cum media curte» (1033); «sacrarium cum suo curtile» (1071); «sacraria mea cum ipso cortalo» (1084); «sacrarium et cortilium que est ad capud» (1127).

⁴⁵ Al respecto, R. Martí, «L'ensagriment...», *op. cit.*, p. 163.

⁴⁶ Respecto de la compra de «sacrarios duos cum curte et ipso abelar cum ipsas apes», que se encontraban junto al cementerio y delante de las puertas de la iglesia de Sant Genís; DACB, vol. 3, doc. n.º 1025, pp. 1619-20.

⁴⁷ ACSU, 6, doc. n.º 719, pp. 93-94; caso citado por V. Farías, «'Trevia et Paz tenre'...», *op. cit.*, p. 88, pero sin hacer referencia a la reconversión del huerto en «sagrers».

⁴⁸ En principio, debían ser edificaciones realizadas por los mismos propietarios. Así, en 1088 se registra un donativo testamentario a instancias del difunto Ademar Sanç respecto de un «sacrarium cum suo hedificio quod ipse construxit»; DCV, vol. 4, doc. n.º 1534. Por otras referencias, parece que aún seguían construyéndose «sagrers» en la primera mitad del siglo XII; concretamente, en un testamento de 1132 recogemos una noticia referente a un «sacrario novo» (de reciente construcción, pues); Rocafiguera, doc. n.º 193, p. 561; también en PACB, doc. n.º 650, p. 1088 (se trata del testamento de Guerau Ponç).

⁴⁹ M. Soler, «Feudalisme i nucleació...», *op. cit.*, p. 80.

testamentos– a compraventas y, con menor frecuencia, en permutas y en transacciones crediticias (empeños). Algunos poseían no uno sino varios «sagrers» en distintas localizaciones. A la hora de testar, los propietarios de los inmuebles procedían a repartirlos entre su propia parentela. En algún caso esos «sagrers» se traspasaban junto con las iglesias que ciertos linajes tenían como propias⁵⁰; así, por ejemplo, en 1050, Sunyer Radulf, señor de varios castillos de la Alta Segarra, concedió a uno de sus tres hijos, Bernat, clérigo aunque menor de edad, la iglesia de Santa Maria de Navarcles (com. Bages) junto con todos los «sagrers» a su alrededor; y por si esto no era suficiente, también le daba el castillo de Llavinaera junto con la iglesia y sus «sagrers» (Sant Pere de Savallinera, com. Anoia)⁵¹.

Asimismo, en los traspasos incluidos en los testamentos entre parientes o familiares es relativamente frecuente encontrar donaciones de clérigos a favor de sus sobrinos también clérigos. Ello revela una intención de mantener esas propiedades ligadas a un determinado clan familiar, tal vez el que había impulsado la fundación y dotación de la iglesia del lugar en tiempos pretéritos. Sea como fuere, es interesante poner atención a otros traspasos en el marco de las sagreras a instancias de esos clérigos locales. Podemos referirnos al caso de Arnau de Galídia, habitante de Celrà (Gironès)⁵²: entre los años 1173-1188 hay registradas cuatro compras efectuadas por dicho clérigo a diferentes personas laicas, ya sea de «sagrers» como también de un «casal enrunat», todos localizados en la sagrera/cellera de Celrà. Esos inmuebles tenían como propietario eminente a la Seo de Girona, institución a la cual debía satisfacerse un censo en especie (caponés). Así pues, lo que dicho clérigo obtuvo con esas compras fue el dominio útil. Ahora bien, deberíamos preguntarnos: ¿qué motivación tendría ese clérigo para acaparar propiedades en la sagrera de Celrà? Una posible respuesta sería para ampliar el espacio de almacenamiento del producto de las rentas parroquiales –caso de querer mantener esos edificios en su función original–; otra posibilidad es que tuviera intención de transformar esas construcciones en viviendas para darlas a censo –en forma de subestablecimiento–, por lo menos en la cuarta compra concerniente al «casal» en ruinas, que debió de adquirir para reedificarlo.

⁵⁰ Recordemos que eran iglesias edificadas en terrenos de propiedad de laicos; al respecto, J. Bolòs y J.-R. Piqué, «Les parròquies: centres espirituals i demarcacions territorials», en *Arrels Cristianes. II: Temps de consolidació. La baixa edat mitjana. Segles XIII-XV*, Lleida, Pagès editors-Bisbat de Lleida, 2008, pp. 111-130.

⁵¹ Salvadó, doc. n.º 1109; DCV, vol. 5, doc. n.º 1680.

⁵² Los datos están tomados de J. Camprubí, *La catedral de Girona entre 1101 i 1144: col·lecció diplomàtica i estudi històric*, tesis doctoral, Barcelona, UAB, 2012, doc. n.º 330, 347, 359; y de los registros de los pergaminos de la Pía Almoína del Archivo Diocesano de Girona (ADG), doc. n.º 2771 (consulta *online*).

Respecto al papel de los clérigos de las sagreras, podemos adherirnos a la tesis de Farías según la cual el sacerdote habitante de la sagrera tenía derecho a exigir el «censum sacrariae» sobre las diferentes edificaciones situadas en aquel recinto. Además, debía vigilar la paz de la sagrera y podía otorgar licencias para construir nuevas edificaciones. Se trataría de «un verdadero gestor del asentamiento eclesial», según dicho historiador⁵³.

A propósito de este «censum sacrariae», podemos ver que se trata de censos módicos, si no simbólicos, y solía pedirse en especie (unas veces, un par de gallinas o capones, otras veces candelas...), aunque no es siempre posible discernir si era una prestación satisfecha por la protección brindada –esto es, como tal «censum sacrariae»– o simplemente por la tenencia o posesión, como ya aparecen registrados algunos «sagrers» en diferentes cabreos o «llevadors» de censos mandados confeccionar por las instituciones eclesiásticas, sobre todo monacales⁵⁴.

Más allá del censo, que se daba a la Iglesia como protectora del lugar, algunos señores laicos intentaron imponer determinadas exacciones consideradas abusivas o contra costumbre. En algún caso se planteaban ciertas renunciaciones; en 1090, Ramon Manfred, señor de Cortsaví –en el Vallespir–, se comprometió a dejar de exigir «toltas» sobre los «sagrers» de aquel lugar⁵⁵. También podemos referirnos a la avenencia suscrita en 1149 entre Gausfred de Santa Coloma y el monasterio de Sant Llorenç del Munt en relación con la sagrera de Santa Maria de Ullastrell (Vallès occ.): dicho señor reconoció al abad que la sagrera era del monasterio, por lo que no podía exigir en ella ninguna exacción o questia⁵⁶.

Otros conflictos, sin embargo, hubieron de solucionarse por la vía judicial. Tenemos el caso de la sentencia dictada hacia 1173 contra el *castlà* de Àger por

⁵³ V. Farías, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, pp. 120-21. En Vidreres, el rector era quien podía efectuar establecimientos para construir casas –en el ámbito denominado las Trenta Passes–; E. Mallorquí, «Tres celleres selvatanes en ple desenvolupament: Santa Coloma de Farners, Cassà de la Selva i Vidreres», en N. Puig y M. Viader (eds.), *Ciutats, vil·les, sagreres. Els nuclis urbans a la baixa edat Mitjana (ss. XIII-XV). Actes del II Seminari d'Estudis Medievals (18-19.XI.2010)*, Hostalric, 2011, p. 87.

⁵⁴ Por ejemplo, en el que mandó hacer el monasterio de Sant Pere de Galligants concerniente a las posesiones que tenía en Palafrugell, se mencionan hasta once «sagrers», por cada uno de los cuales debía pagar el censatario un par de gallinas, excepto uno que pagaba ocho dineros; SPG, doc. n.º 162, p. 229.

⁵⁵ Citado por A. Catafau, «La Cellera et le mas...», *op. cit.*, p. 344.

⁵⁶ DSLM, doc. n.º 82, pp. 157-58. Esta sagrera la había adquirido el monasterio a raíz de la donación del correspondiente término parroquial que hicieron la condesa Ermessenda y su nieto Ramon Berenguer (I) en 1039.

violencias cometidas en las casas del cementerio de Sant Vicenç en su intento de apropiarse de los *stocks* agrícolas de los habitantes de la sagrera o, más concretamente, del diezmo⁵⁷.

En cierto modo, las sagreras pasaron a constituir islotes de jurisdicción eclesiástica, y es que, como se ve con cierta frecuencia, muchas acabarán siendo propiedad de instituciones religiosas. De hecho, ya durante la segunda mitad del siglo XI –a raíz de la difusión de los postulados de la reforma gregoriana–, resultó habitual por parte de algunos próceres laicos realizar donaciones de sagreras (o también de conjuntos de «sagrers») a favor de determinadas instituciones eclesiásticas. Por citar un solo ejemplo: en 1087, Humbert Guitart y su mujer hicieron donación a Santa Maria de Solsona de un alodio en el lugar de Llobera con el dominio directo que tenían sobre la iglesia de Sant Pere y sus «sagrers»⁵⁸. Se trataba, presumiblemente, del traspaso en bloque de toda la sagrera.

Así pues, parece que las sagreras pudieron seguir el mismo destino que las iglesias propias cuando fueron transferidas a monasterios o canónicas⁵⁹. Con el tiempo, las catedrales propietarias de esas sagreras pudieron asignarlas a determinadas canonjías o dignidades capitulares; por ejemplo, la citada parroquia de Celrà –con la cellera– pasó a ser dominio de la pavordía de la Almoina, institución surgida en el seno de la propia seo de Girona.

Llegados a este punto, dejamos de lado los documentos escritos y pasamos a valorar las informaciones suministradas por los arqueólogos a partir de las diferentes excavaciones realizadas en los entornos de algunas iglesias románicas.

5. REVELACIONES DEL SUBSUELO: ¿EXISTE UNA ARQUEOLOGÍA DEL «ENSAGRERAMENT»?

En primer lugar, la sagrera no deja de ser un concepto estrictamente documental que no parece tener traslación directa con los restos arqueológicos que se encuentran bajo tierra. De hecho, no hay evidencias materiales a las posibles delimitaciones de las sagreras, ya sea de muros o zanjas⁶⁰. Respecto, pues, a la

⁵⁷ «quod non faceret aliquam violentiam in domibus illis que sunt in cimiterio sancti Vincentii nec ibi acciperet decimum»; SPA, II, doc. n.º 452, p. 780; el caso lo anota F. Fité, «Arquitectura i repoblació...», *op. cit.*, p. 87.

⁵⁸ ACSO, doc. n.º 269, pp. 140-41. Al respecto, véase V. Fariás: «La proclamació de la pau...», *op. cit.*, pp. 74 y ss., con anotación de otros ejemplos.

⁵⁹ No obstante, tales donaciones de iglesias podían haberse hecho reservando derechos de patronio a favor de las familias que las mandaron construir.

⁶⁰ Normalmente, se trata de áreas circunscritas a solares de los actuales parcelarios urbanos, que solo cubren una parte mínima de las antiguas sagreras. Otras veces solo conciernen al subsuelo

extensión de una sagrera en concreto, aparte de considerar ciertos elementos de la topografía del lugar excavado, los arqueólogos suelen tomar de referencia el número de pasos indicados en las actas de consagración de esas iglesias, si es que dicho documento se ha conservado. Por otra parte, no siempre se ofrecen dataciones precisas de los diferentes elementos hallados en esas excavaciones, más allá de tener en cuenta las tipologías funerarias o las de la cerámica⁶¹.

Dicho esto, los dos principales elementos que aportan las prospecciones arqueológicas son –desde el punto de vista que aquí interesa– las sepulturas y los silos, entendiendo por esto último los recipientes enterrados que servían para guardar el grano de las cosechas (cereales)⁶². Aunque pueden ofrecer cronologías diversas, los silos suelen ser posteriores a las sepulturas (el solo hecho de hallarlos recortando tumbas prueba que nos situamos en dos momentos diferentes). El uso cementerial de esos espacios se asocia a templos prerrománicos, de modo que sería anterior a la época de las sagreras. En términos generales, se ha establecido la siguiente sucesión cronológica: iglesia → cementerio → silos → hábitat⁶³. Sin embargo, en algún caso tal sucesión parece encabalgarse, como así queda atestado en la sagrera de Granollers, donde se presume que hubo un periodo más o menos largo de coexistencia entre sepulturas y silos, mientras no se produjo el traslado del cementerio a otro sector⁶⁴. Otro aspecto destacable es que también se hallan silos dentro de las iglesias –en Sant Julià de Altura, por ejemplo, se han

interior de la iglesia, como en el caso analizado por J. M. Coll y J. Roig, «La intervenció arqueològica a Santa Maria l'Antiga o Santiga (Santa Perpètua de Mogoda, Vallès occ.): De l'església preromànica a l'església renaixentista i barroca», *Arqueologia medieval*, 6-7, 2010-2012, pp. 42-57.

⁶¹ Aquí tenemos en cuenta, entre otros, algunos de los trabajos aparecidos en los sucesivos congresos de arqueología medieval y moderna –actas publicadas a cargo de la Associació Catalana per a la Recerca en Arqueologia Medieval (ACRAM)–, así como diferentes informes realizados desde el punto de vista de análisis del patrimonio histórico.

⁶² Suele tratarse de cuerpos cilíndricos o globulares, y de profundidades variables, con capacidades más bien reducidas, de un metro cúbico o no mucho más.

⁶³ A. Catafau y O. Passarrius, «“Village ecclésial” et *cellera* en Languedoc-Roussillon: qüestions en debat et éclairages archéologiques», en C. Treffort (dir.), *Le cimetière au village dans l'Europe médiévale et moderne. Actes des XXXV^{es} Journées internationales d'histoire de l'abbaye de Flaran, 11 et 12 octobre 2013*, Presses Universitaires du Midi, 2015, p. 109. Esto no obsta para encontrar casos discordantes con la secuencia apuntada: por ejemplo, en la excavación de Sant Pere de Montfullà (com. Gironès) se localizó un campo de silos utilizado como muy tarde hasta el siglo XI, a partir de cuando se sobrepuso el cementerio parroquial; E. Mallorquí, *Parròquia i societat rural...*, *op. cit.*, p. 86.

⁶⁴ Véase A. Pancorbo y J. M. Vila, *La topografía urbana de Granollers entre els segles X i XVI: estat de la qüestió i hipòtesi de configuració*, Granollers, Servei de Patrimoni Arquitectònic Local/Ajuntament, 2006, p. 262. En otras ocasiones se ha detectado una compartimentación espacial en la que cada elemento (silos, hábitat y sepulturas) parece ocupar zonas distintas en el entorno de la iglesia, como en el caso de Caramany –en la Fenolleda– analizado por A. Catafau y O. Passarrius, «Village ecclésial et *cellera*...», *op. cit.*, p. 111.

excavado once; en Santiga, ocho-, pero, más allá del número, esos silos no suelen ser de tamaño mayor que los que se encuentran fuera del muro eclesial.

Es sobre todo en la época de las sagreras –entre mediados del siglo XI y a lo largo del XII– cuando se observa una mayor profusión de recipientes de almacenaje, tanto dentro como fuera de los templos. En ciertas excavaciones el número de silos hallados es considerable: destaca el caso de Sant Vicenç dels Horts –con treinta y seis– y más aún la sagrera de Granollers –con cuarenta y siete–⁶⁵. Generalmente esos silos se encuentran colocados de forma aleatoria, esto es, sin un orden aparente, por lo cual cabe presuponer un uso doméstico, excepto quizás los hallados dentro de los templos, que podrían haberse utilizado, según algunos autores, como depósitos del diezmo o para el almacenaje de las rentas parroquiales. A propósito de esto, también se presupone que esos depósitos deberían de ser de mayor tamaño⁶⁶.

Ni que decir tiene, una vez dejaban de funcionar como almacenes de grano, esos silos se llenaban de desechos. En Mollet se han hallado restos de material constructivo, especialmente de fragmentos de tejas, que podrían ser de las estancias construidas en el mismo lugar⁶⁷. El abandono de los silos se sitúa, en este caso, entre los siglos XII y XIII, quizás ya en la etapa de transición de los silos al hábitat, según el esquema apuntado antes.

Ciertamente, también encontramos referencias documentales a silos dentro de las sagreras, pero son pocas en comparación con las menciones a «sagrers»: ¿serían estos, pues, los edificios en cuyo interior se excavaron aquellos silos? Muy probablemente, los «sagrers/cellers» debieron de ser edificios construidos con materiales peribles, razón por la cual no ha quedado nada de ellos⁶⁸. Sin embargo, podría haber excepciones; en ciertos casos se han hallado estructuras que Martí identificaba como posibles «sagristies» o «sagrers eclesiàstics»

⁶⁵ M. Soberón y C. Ferrer, «La Sagrera de Sant Vicenç dels Horts (Baix Llobregat). Algunes aportacions des de l'arqueologia», en *Actas del IV Congrés d'arqueologia medieval i moderna a Catalunya (Tarragona, del 10 al 13 de juny de 2010)*, vol. I, Tarragona, Ajuntament de Tarragona-ACRAM, 2011, pp. 587-596; I. Moreno y J. Piera, «Intervenció a la plaça de l'Església de Granollers 2002-2003: la necròpolis i la sagrera medieval», en *Actas del III Congrés... (Sabadell, del 18 al 21 de maig de 2006)*, vol. II, Barcelona, ACRAM, 2007, pp. 233-241.

⁶⁶ Al parecer, cabe esperar a una época posterior para encontrar silos de mayor dimensión. En Sant Iscle d'Empordà se ha localizado un extenso silo de final del siglo XII o principio del XIII, pero fuera de los límites de la sagrera; A. Puig, «Aportació al coneixement de la cellera medieval de Sant Iscle d'Empordà a través de l'arqueologia», *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, 50, 2019, pp. 35-54.

⁶⁷ J. Roig, «Dades arqueològiques sobre la sagrera de Sant Vicenç i el nucli medieval de la "villa de Moletó" (ss. XI-XIII): la intervenció al carrer de Gaietà Ventalló, 15-23 de Mollet del Vallès», *Notes*, 31, 2016, p. 70.

⁶⁸ Así lo indican A. Catafau y O. Passarrius, «Village ecclésial et cellera...», *op. cit.*, p. 113.

(en contraste con los de particulares). El mismo autor daba como tal posibilidad dos pequeñas estancias adosadas al muro meridional de la iglesia de Sant Esteve de Caulers (Caldes de Malavella, com. La Selva), construidas con grandes piedras ligadas con fango; y de igual forma otras estructuras anexas a las iglesias de Sant Pere de Roda (l'Esquerda, Osona) y de Sant Esteve de Castellar Vell (Vallès occ.), entre otros ejemplos⁶⁹. Al tratarse de edificaciones sólidas, se han conservado en su fundamentación.

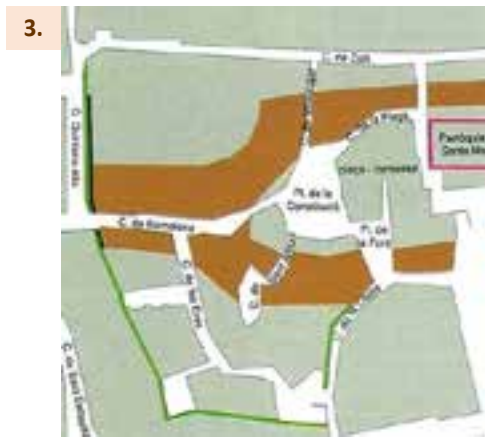
Siguiendo con las tesis apuntadas por R. Martí, esas estancias anexas no serían otra cosa que sacristías subsidiarias de la iglesia, siendo ámbitos que aparecen en época románica (dicho historiador los sitúa en pleno siglo XI), cuyo uso estaría ligado a la recaudación del diezmo parroquial. También postulaba que serían espacios no concebidos como graneros sino como celleros. Sea como fuere, serían equivalentes a los celleros señoriales que mencionaba Catafau, surgidos de resultas del proceso de señorialización de las celleras, cuestión a la que volveré a referirme más tarde.

6. LA HUELLA TOPOGRÁFICA

Las sagreras suelen considerarse exponentes de una morfología protourbana, pues, como ya se ha indicado, devinieron embriones de futuras villas. Ahora bien, la documentación de la época ofrece pocas pistas acerca de la disposición interna de esas agrupaciones eclesiales. No obstante, la existencia misma de calles dentro de las sagreras es una evidencia en función de las confrontaciones que suelen darse, tanto para los «sagrers» como para las casas⁷⁰. Pero, a falta de mayor concreción, debemos acudir a la «lectura» de los planos urbanos. A continuación pasaré revista, si bien de forma somera, a distintos ejemplos (por supuesto, las tramas actuales tan solo son parcialmente indicativas del trazado original, aunque las hay mejor conservadas: véase el correspondiente compendio de imágenes seleccionadas al respecto):

⁶⁹ R. Martí, «L'ensagrerament: utilitats...», *op. cit.*, pp. 172 y ss. A los pies de la iglesia de Sant Salvador de Polinyà se hallaron dos depósitos rectangulares de piedra y mortero de cal, fechados del siglo XIII, sirviendo presuntamente para almacenar cereal, donde antes había un par de silos; J. M. Coll y J. Roig, «Intervenció arqueològica a l'església de St. Salvador de Polinyà (Polinyà del Vallès, Vallès Occidental): de la vila *Pauliniano* a la parroquia de St. Salvador», *Actas del II Congrés d'arqueologia medieval i moderna a Catalunya (Sant Cugat del Vallès, del 18 al 21 d'abril de 2002)*, vol. II, Barcelona, ACRAM, 2003, pp. 730 y 732. Algunos arqueólogos se refieren a los silos hallados en los interiores de las iglesias como pertenecientes a dichos «sagrers eclesiàstics».

⁷⁰ En Sant Cristòfol d'Espina (Vallès or.) se habla de la «strata qui transit per ipsa sacraia» (1098). En Polinyà del Vallès había una calle con el nombre de la iglesia: la de Sant Salvador (1057).



Topografia protourbana:

1. Sant Andreu de Sagàs / DSPP, p. 147
2. Darnius / ICGC
3. Badalona / J. Rosàs, "La vila medieval de Badalona", *Catalunya Romànica*, XX
4. Tuïr / GéoPortail
5. Figuerola d'Orcau / ICGC

Figura 1. Diversos ejemplos de morfología interna de sagreras.



En primer lugar, el caso de Sant Andreu de Sagàs, en la comarca del Berguedà, destaca por tener muy poco de la morfología que se presupone para una sagrera; no en balde, la que ha subsistido al paso del tiempo está muy desfigurada. Bolòs presentó una hipotética delimitación atendiendo a los treinta pasos reglamentarios, si bien en forma cuadrada⁷¹. A propósito de esto, encontramos dos formas distintas de representar las sagreras en función de cómo se haría la delimitación a partir de la fijación de los cuatro puntos cardinales en el entorno de la iglesia. De hecho, la expresión utilizada en las fuentes documentales («in circuitu ecclesie») parece ser un indicador bastante definitorio para abonar la disposición circular en detrimento de la otra forma de representarlas⁷².

El siguiente ejemplo concierne a un pequeño pueblo del Ampurdán (Darnius), donde aún puede apreciarse el esquema en su forma más elemental: la iglesia en el centro, con el cementerio anexo, y un entorno de parcelas habitadas con varios accesos o salidas, pero con una calle principal de entrada al recinto. La imagen resultante sería la de una pequeña «vila closa», coincidente con la sagrera de treinta pasos.

El tercer ejemplo, Badalona, forma parte de poblaciones más evolucionadas, de manera que su hipotética sagrera aparece bastante transformada de lo que originalmente debió de ser. Aquí, por lo que vemos, el centro no es la iglesia sino la plaza, antaño ocupada por el cementerio parroquial⁷³. Mantiene, con todo, una cierta forma circular –más bien ovalada–, con una calle que pudo ser la principal vía de acceso al recinto de la sagrera.

Una de las mejores celleras conservadas está en el Rosellón y es la de Tuïr, tanto en su trazado como en su morfología interna; aquí todas las parcelas están encaradas hacia el centro, donde se encuentra la actual iglesia. En una referencia documental de 1286, aportada por Catafau, se hacía distinción entre la villa y la *cellera*, limitada esta última al espacio central.

Algo similar podría observarse en el caso estudiado por J. M. Vila de Figuerola d'Orcau (para el ámbito del Pallars Jussà, solo tenemos contabilizados tres casos más de sagreras). Sobre esta localidad no existen referentes documen-

⁷¹ Según Bonnassie, en casi todos los casos el espacio de la sagrera era circular u oval; P. Bonnassie, «Aux origines des villages...», *op. cit.*, p. 115. En cambio, Bolòs considera que la planta rectangular sería predominante; J. Bolòs, *Els orígens medievals...*, *op. cit.*, p. 184.

⁷² El caso de Sant Sadurní d'Ogern (Alt Urgell) aún resulta más explícito al respecto: «damus sacarium ad nostram ecclesiam Sancti Saturnini XXX passus ecclesiasticos in girum ad suum proprium alodem» (1111); DADSO, vol. 2, pp. 149-150.

⁷³ Como comenta J. Rosàs, esta sagrera se configuró como una plaza-cementerio, rodeada por pequeñas construcciones (celleros y habitáculos) excepto por la zona de levante, que estaba ocupada por la propia iglesia y una torre, más tarde reconvertida en castillo señorial.

tales, por lo que debemos fiarlo todo a la planimetría urbana. Pues bien, a tenor de lo expuesto por el citado autor, hubo una sagrera cuya estructura quedaría restringida al área circular más próxima a la iglesia –hasta los treinta metros, según el canon habitual–, aunque no deja de ser una presunción⁷⁴. Más allá de este ámbito, se iría configurando la villa medieval, cuya delimitación es mucho más evidente en la actual trama urbana de la localidad.

Así pues, el interior de las sagreras pasó a estar formado por un conglomerado de casas apiñadas en torno a la iglesia, de forma circular, pudiendo tomar el aspecto de auténticas «viles closes» (en lo que a la arqueología del paisaje se refiere, los pueblos de sagrera se suelen contraponer a los pueblos abiertos).

7. RECONVERSIÓN DE LAS SAGRERAS EN HÁBITAT CONCENTRADO

Una de las principales transformaciones operadas en el interior de las sagreras fue la progresiva sustitución de los «sagrers» por viviendas. Hablamos de ámbitos espaciales que se fueron «llenando» de casas, lo que de algún modo presupone esa sustitución⁷⁵. Además, en algunos lugares la presencia de viviendas dentro de la sagrera ya se documenta en el siglo XI⁷⁶.

A diferencia de lo que ocurría con los «sagrers», ahora sí podemos aportar varios ejemplos de construcción de viviendas dentro de las sagreras. De 1051 es una donación a censo realizada por el abad de Sant Cugat del Vallès de unos «casals» en Vallvidrera (Barcelonès), que lindaban con «sagrers», con vistas a la construcción de un manso⁷⁷. En 1098 se registra otra donación a censo de una pieza de tierra en la villa y sagrera de Santa Eulàlia de Provençana, también en la comarca del Barcelonès, para construir unas «bonas domos»⁷⁸. Ya por lo que respecta a la primera mitad del siglo XII, tenemos la concesión realizada por el obispo Ot de Urgell a favor de la propia canónica de un «cimiterio»

⁷⁴ Dicho autor postula que el núcleo original de Figuerola se debió de formar sobre la plataforma más elevada que existe en el entorno de la iglesia y el cementerio, lo que de hecho constituye la parte superior de la colina; J. M. Vila, *Estudi històric del nucli antic de Figuerola d'Orcau (Isona i Conca Dellà)*, p. 96 (agradezco al autor la consulta de este trabajo).

⁷⁵ Los mismos «sagrers» pudieron desempeñar funciones de habitación, como ya señaló V. Farías, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, p. 110.

⁷⁶ En el caso de Premià se alude a «casals» en 1054, y en Sant Pere del Vim (1075) «cum sacriariis et cum domibus que sunt site iusta ipsos sacriarios» (ejemplos tomados de CODOLCAT). En la donación del vizconde Ramon Miró a favor de la canónica de Solsona, en 1080, se hace mención a un solo «sagrere» en medio de «ípsas mansiones qui sunt in circuito sacrate ecclesie Sancte Marie»; ACSO, doc. n.º 242.

⁷⁷ «ibi mansum construas et bene et pulcre edifices»; CSCV, doc. n.º 593, pp. 260-261.

⁷⁸ DACB, vol. 5, doc. n.º 1656, pp. 2562-2563.

en un lugar indeterminado del Berguedà para construir «domos» dentro del espacio delimitado de treinta brazas⁷⁹; diez años después, en 1131, hay documentada la donación de un alodio dentro de la sagrera de Sant Sadurní de Noya (Bages), con el encargo explícito de edificar «domos» y también «cuberia» delante de las puertas⁸⁰.

El principal hecho a destacar aquí es que las primitivas sagreras se fueron reconvirtiendo en hábitat concentrado a tenor de las diversas menciones reseñadas documentalmente, ya sea a «domos», «casas» o «mansiones», los tres términos utilizados en los textos en latín⁸¹. A diferencia de los primeros «sagrers», estas construcciones se levantarían con materiales cada vez más duraderos⁸².

Conocemos el número de viviendas que tuvieron algunas sagreras según la época⁸³. Cuanto más avanzamos en el tiempo, mayor número de casas aparecen registradas, hasta llegar a las veinte anotadas para el caso de Tavertet⁸⁴. Sea como fuere, el aumento del número de casas pudo seguir coexistiendo con el mantenimiento, al menos en parte, de los antiguos celleros, huertos y demás dependencias o anexos.

Por lo que respecta al proceso de transformación de las sagreras en villas, observamos dos fenómenos significativos:

Por una parte, la expansión de las viviendas en esos núcleos eclesiales pudo ir en detrimento del espacio utilizado como cementerio –o de lo que a partir de cierto momento se consideró que debía ser preservado como tal

⁷⁹ «ibi possint omnes gentes qui abitare vollierunt facere domos et stare in illos cum bona treva...»; ACSU 9, doc. n.º 1329, p. 158. Respecto al papel desempeñado por este obispo como impulsor del movimiento de la Paz y Tregua en el ámbito de su diócesis, véase V. Farías, «'Tрева et Paz tenre'...», *op. cit.*

⁸⁰ En este caso, incluso se indica el tamaño de la parcela: cuatro pasos y cinco brazas, tanto de largo como de ancho; DSCM, doc. n.º 267, pp. 335-336.

⁸¹ V. Farías otorga a esos términos distinta significación según la documentación los recoja en singular o en plural; véase V. Farías, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, p. 108.

⁸² Según cierta autora, las primeras construcciones de las sagreras serían de madera, tapia o combinación de piedra y tapia, hasta que no se impuso la piedra y cal como material predominante, ya por lo que respecta al siglo XIII; A. Serra, «Evolución de la construcción del hábitat en el poblamiento rural agrupado en Cataluña del siglo XI al XIII (sagreras, centros fortificados...)», en *Actas del Tercer Congreso Nacional de Historia de la Construcción, Sevilla, 26-28 octubre 2000*, A. Graciani et al. (eds.) Madrid, I. Juan de Herrera, SEDHC, U. Sevilla, Junta Andalucía, COAAT Granada, CEHOPU, 2000, p. 1036.

⁸³ He aquí algunos ejemplos de la comarca del Vallès oriental: Santa Eulàlia de Corró d'Avall y Sant Mamet de Corró d'Amunt, cinco y diez casas, respectivamente, a inicios del siglo XII; Sant Pere de Bigues, cinco (1156); y Sant Vicenç de Mollet, diecisiete (c. 1150). Otro ejemplo más tardío es Sant Cristòfor de Tavertet (Osona): en torno a veinte casas a finales del XIII.

⁸⁴ Frente a la sesentena de masos registrados en su entorno; A. Serra, «Evolución de la construcción...», *op. cit.*, p. 1033.

cementerio⁸⁵, de ahí que se comenzaran a decretar ciertas limitaciones a la construcción, como así queda recogido en una bula de Eugenio III, en 1149, en la que se recordaban las dimensiones del espacio cementerial según si se trataba de iglesias mayores o menores, prohibiendo edificar dentro de ellos⁸⁶. Podemos referirnos igualmente a la concordia establecida en 1191 entre el pavorde de Solsona y los Torroja, en la que el representante del clan (Ramon Torroja) se comprometió a no seguir construyendo dentro del cementerio, cuyo ámbito quedó a partir de entonces mejor delimitado. Pero ello se hizo a cambio de que la canónica validara todo el espacio que ya estaba construido⁸⁷.

Por otra parte, la expansión del poblamiento comenzó a ultrapasar el antiguo espacio de la sagrera⁸⁸, de ahí que en algún caso, como en Sant Julià de Corts, se haga distinción (en 1133) entre dos ámbitos: el de la sagrera y el de la villa –en el primer ámbito estarían localizados los «sagrers» que los parroquianos de esa localidad se repartieron a principios de aquel siglo–. Es más, en las celleras del Rosellón (Catafau), esa dualidad se mantuvo largo tiempo: el cellero dentro de la cellera y la residencia (el mas) en la villa. En Millars, a finales del siglo XIII se documentan treinta y ocho celleros en manos de los habitantes de las casas de la villa, esto es, del núcleo residencial desarrollado más allá del antiguo ámbito de la cellera. En estos casos, por tanto, no hubo una sustitución de los celleros por casas, sino una agregación de viviendas en zonas colindantes con la cellera; de ahí, posiblemente, la mejor conservación de estas en comparación con las de otras zonas.

Ahora bien, la prosperidad de esos núcleos eclesiales, asociados a la configuración de villas-mercado –o a partir de la constitución de otros núcleos de

⁸⁵ Ya en el caso de Santa Maria d'Antiga (1121), se establece una diferenciación espacial entre la sagrera y el cementerio: «ipsam sacrariam ab integrum qua est in circuito predictae ecclesie apud ipso cimiterio»; DSLM, doc. n.º 34, pp. 78-82. Recuérdense los casos anotados más arriba, en los que se atribuía a la sagrera un tamaño mayor al del cementerio.

⁸⁶ Esa prohibición, aplicada aquí a las iglesias de Terrassa, fue ampliada luego por Alejandro III a algunas iglesias más; DPME, docs. n.º 132 y 179, respectivamente.

⁸⁷ El documento en cuestión se encuentra recogido en DADSO, doc. n.º 531, pp. 638-40; ADC, doc. n.º 429, pp. 663-664. Según V. Farías, el *cimiterium* de las *ecclesias maiores* no se destinó a edificación, lo cual no parece ser incompatible con el hecho de que también esas iglesias se hubieran convertido en polo de atracción de un poblamiento agrupado, como la propia villa de Solsona pone de manifiesto.

⁸⁸ Figueres es un caso de expansión del poblamiento más allá del antiguo recinto de la cellera; véase X. Soldevila, «De la cellera i la pobla a la vila reial. Les primeres passes de la Figueres medieval», *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, 44, 2013, pp. 43-66. En Monells, el poblamiento se afianzó al otro lado del río respecto de la cellera que, en torno a 1200, ya tan solo contaba con un par de casas; cf. E. Mallorquí, «La vila de Monells, del segle IX al XII», *Estudis del Baix Empordà*, 18, 1999, pp. 35-54.

desarrollo en torno, ya no de la iglesia, sino del espacio donde se desarrolló el mercado–, llevaría a una progresiva marginalización de las sagreras, si es que no fueron barridas totalmente para dar cabida a otros edificios, como parece ser el caso de Santa Margarida de Martorell⁸⁹.

8. LOS HABITANTES DE LAS SAGRERAS

¿Quiénes habitaban las sagreras? Al respecto, podemos tomar como guía las indicaciones, entre otros, de V. Farías⁹⁰. Inicialmente, los habitantes de esos asentamientos provendrían de las familias campesinas del territorio circundante; se suele argüir, además, que serían los hijos «cabalers» (segundones) de los mansos próximos a las sagreras.

Por otra parte, el hecho de contar algunas sagreras con una herrería presupone que también habría algún herrero; incluso antes de que vinieran a establecerse otras gentes de oficio –quizás los mismos segundones aludidos–. Aun así, como decía M. Aventín, todos sus habitantes seguirían siendo medio campesinos⁹¹. De hecho, para encontrar una mayor variedad en ese sentido hizo falta que las sagreras se convirtieran en villas propiamente dichas, más específicamente en villas-mercado, lo que permitió el establecimiento de otras gentes cumpliendo funciones comerciales, artesanales o administrativas⁹², además de las funciones religiosas asignadas, ya desde buen inicio, al párroco de la iglesia, que, además de ser la figura fundamental de la vida parroquial desarrollada en el ámbito de la sagrera, también devino, como ya se ha indicado, en gestor del asentamiento eclesial.

A partir de cierto momento también pudieron aparecer residencias de nobles, y no necesariamente de miembros de la baja nobleza, ya que también encontramos personajes de mayor rango. Así, en 1089 Ponç I Guerau, vizconde de Girona, reconocía tener una *domus* en la sagrera de Santa Maria de Corcó –cerca de la iglesia–, «qui est meum proprium abitaculum», dice el documen-

⁸⁹ En este caso, la construcción del templo románico, a finales del siglo XII, comportó el derrumbe de las estructuras poblacionales y de almacenaje que constituían la sagrera del siglo XI; M. Soler, «Feudalisme i nucleació poblacional», *op. cit.*, p. 78, n. 31.

⁹⁰ V. Farías, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, pp. 117-118.

⁹¹ M. Aventín, *Vilamajor 872-1299: de la fi del sistema antic a la consolidació del feudalisme*, Sabadell, AUSA, 1990, p. 48.

⁹² Además de lo indicado en sus trabajos sobre la sagrera, véase también, desde un punto de vista más general, V. Farías, «La fundación de villas en la Catalunya Vella (siglos XII-XIII). Una contribución al estudio regional de la urbanización a pequeña escala», en *Ciutats, viles, sagreres...*, *op. cit.*, pp. 9-20.

to⁹³. También podemos referirnos a la casa que el conde de Ampúrias había construido en el cementerio de Santa Maria de Castelló, según una noticia de la misma época⁹⁴. Otro caso concierne al señor de Cruilles, apuntado por E. Mallorquí, quien argüía que las residencias de esos nobles serían en realidad castillos o fortalezas; da por hecho, por tanto, que esas sagreras se convirtieron en «forces» y en donde el proceso de encastillamiento se sobrepuso a una forma anterior de «ensagreraement»⁹⁵. Sea como sea, la presencia de nobles en las sagreras presupone que habían dejado de ser espacios desmilitarizados.

Y es que, con el tiempo, según la tesis de Bonnassie, contemplamos un proceso de desnaturalización de las sagreras: de ser espacios protegidos frente a la rapiña feudal pasaron a ser espacios controlados por los señores, sirviendo como puntos de control de las cosechas de los campesinos y de almacén del producto de las rentas satisfechas por estos; de ahí que fuera necesario contar con la presencia de *bayles*, escogidos entre los miembros de las élites de esas comunidades, como agentes encargados de la recaudación de las rentas que debían ser almacenadas en el cellero del señor, siendo celleros que podían estar ubicados en la antigua sagrera/cellera.

En todo caso, ya se ha dicho que, gracias a las donaciones de laicos practicadas desde finales del siglo XI, muchas sagreras pasaron a ser propiedad de instituciones eclesiásticas, de modo que sus habitantes y bienes seguían estando bajo la jurisdicción y teórica protección eclesiástica. Ciertamente, los habitantes de esos núcleos estaban obligados a satisfacer los correspondientes censos por los inmuebles o viviendas que poseían dentro del perímetro sacralizado. Al respecto, podemos probar a sumergirnos en algunas sagreras de la comarca de Osona –en el entorno de Vic– a partir de la documentación notarial de los primeros años de la década de 1230⁹⁶; de esta manera, se nos desvela un microcosmos de derechos de propiedad en función del tipo de posesión adscrita a las viviendas que aparecen registradas, ya sea en alodio o en tenencia. En la siguiente tabla ofrecemos una relación de los propietarios de casas a partir de operaciones de traspaso de distinta índole, bien del dominio directo, bien del dominio útil.

⁹³ En todo caso, esa *domus* procedía de la herencia de su mujer; Salvadó, doc. n.º 1216, pp. 1941-1942.

⁹⁴ Mencionado por C. Folch, *Els territoris del nord-est de Catalunya durant l'alta edat Mitjana (segles VI-XI d. C.): organització territorial i arqueologia del poblament*, tesis doctoral inédita, Bellaterra, UAB, 2012, p. 138.

⁹⁵ E. Mallorquí, *Parròquia i societat rural...*, *op. cit.*, pp. 90-91, 166-167. Ello guarda relación con las «ecclesias incastellatas» mencionadas más abajo.

⁹⁶ Datos extraídos de los registros de MCFV, docs. n.º 1164, 1907, 1936, 2118, 2332, 2903, 3001, 3099 y 3148.

Tabla 2. La propiedad de las casas en el interior de algunas sagreras de la comarca de Osona

Sagrera – año	Inmueble	Régimen jurídico
Sant Julià de Vilatorrada – 1230	<i>domos</i>	traspasadas en alodio por Bernat de Bellpuig a Guillem de Prat
Santa Maria d'Olost – 1231	<i>domos</i>	a censo del prior de Casserres (monasterio)
Sant Feliu de Terrassola – 1231	<i>clausum – domos</i>	adquirido en alodio por la iglesia de Terrassola y su sacerdote-monje
Santa Eugènia de Berga – 1231	<i>domos novas</i>	adquiridas en alodio por el diácono del mismo lugar
Santa Eugènia de Berga – 1232	<i>domos</i>	en señorío de Bernat de Santa Eugènia
Sant Fruitós de Quadres – 1232	<i>domum</i>	en señorío de Guillem de Calders y su mujer
Vilacetrú – 1233	<i>2/3 domus</i>	a censo de Pere de Casover y su mujer
Sant Genís de Taradell – 1233	<i>domos</i>	en alodio de Pere de Camp
Santa Maria de Folgueroles – 1233	<i>domos</i>	en señorío de Sant Llorenç del Munt (monasterio)
Santa Maria de Folgueroles – 1233	<i>domibus</i>	en señorío de Ferrer de Coll
Sant Joan de Riuprimer – 1233	<i>domum cum operatorium</i>	en señorío de la pabordía de junio (catedral de Vic)

En primer lugar, vemos que entre quienes vivían en las casas de una sagrera aún había propietarios, mientras que otros eran simples tenentes o censatarios sujetos a propietarios foráneos. Además, en una misma sagrera podían coexistir casas vinculadas a distintos propietarios directos o eminentes. Y aunque también había titulares laicos, muchas de esas casas estaban en manos de entes religiosos (monasterios), canónigos o los propios clérigos del lugar, lo que de algún modo parece constituir la tónica más habitual.

9. EVOLUCIÓN ULTERIOR DE LAS SAGRERAS/CELLERAS

En algunos casos, las sagreras pudieron experimentar una ulterior transformación cuando se convirtieron en núcleos fortificados; más en concreto, cabe referirse a las –así designadas en el siglo XII– «ecclesias incastellatas», entendiéndose por esto la construcción de fortificaciones dentro de la sagrera, si es que no fueron las propias iglesias las que se fortificaron⁹⁷.

⁹⁷ Al respecto, P. Bonnassie, «Aux origines des villages...», *op. cit.*, p. 120; *idem*, «Les sagreras catalanes...», *op. cit.*, p. 75; J. Bolòs, *Els orígens medievals...*, *op. cit.*, p. 186; V. Fariás, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, pp. 103-105; E. Mallorquí, *Parròquia i societat...*, *op. cit.*, pp. 280-282.

El hecho es que ya desde los años sesenta del siglo XI, por lo menos en el obispado de Vic hay constancia de que algunas iglesias y sus recintos sagrados eran utilizados como reducto de *militēs* bandidos, desde donde se llevaban a cabo acciones de rapiña contra las poblaciones vecinas en busca de botín que luego era ocultado en esos recintos. Así pues, otro aspecto más relacionado con el mundo de las sagreras concierne a la implantación del señorío banal en fases posteriores a las del «ensagreraent». Por supuesto esas iglesias quedaron excluidas de la paz propugnada por las asambleas de los obispos; no obstante, hubo otras formas de encarar el problema, como la de infeudar algunas de esas iglesias-fortaleza a miembros de la aristocracia local, lo cual podría explicar la presencia de pequeños nobles en algunas sagreras. Finalmente, en virtud de la paz de Fondarella de 1173, todas esas «ecclesias incastellatas» se pusieron bajo la salvaguarda de los condes-reyes, excepción hecha de aquellas que seguían siendo refugio de malhechores. El capítulo en cuestión viene a continuación del que hacía extensiva la paz del rey a las demás iglesias, junto con sus cementerios y sagreras⁹⁸. De todas maneras, se trata de un fenómeno tangencial al tema abordado aquí y, hasta cierto punto, no generalizable⁹⁹.

Otra cuestión aún menos generalizable es la de aquellos asentamientos configurados al pie de castillos a raíz de desplazamientos forzados de poblaciones a instancias señoriales, lo que provocó el abandono de los antiguos asentamientos eclesiales. Me refiero a las celleras castrales documentadas por Catafau en el Rosellón, que fueron resultado de acciones impulsadas por algunos *castellans*¹⁰⁰. Este fenómeno, sin embargo, podría estar relacionado con la necesidad de defender ese territorio frente a posibles amenazas externas desde que el condado rosellonés devino la frontera norte de la Corona de Aragón. El hecho es que, cuanto más avanzamos en el siglo XII, la cellera parece transformarse en otra cosa distinta de lo que había sido en su fase primigenia.

Llegados al siglo XIII, también el término «sagrera» había perdido su significado original, pasando a identificar, al decir de cierta autora, cualquier concentración de casas en torno a una edificación singular, ya fuese de carácter ecle-

⁹⁸ «In primis (...) ecclesias omnes et earum cimiteria (...) sub perpetua pace et securitate constituo. Itaque nullus eas vel earum cimiteria vel sacraria cuiuscumque ecclesie in circuito constituta invadere aut infringere presumat nichilque inde abstrahere atemptet (...); II. Ecclesias quoque incastellatas sub eadem pacis et treuge deffensione constituo; ita tamen quod, si raptores vel fures in eisdem ecclesiis predam vel alia maleficia congregaverint, querimonie ad episcopum in cuius episcopatu commissum fuerit et ad me vel ad baiulum meum defferantur...»; G. Gonzalvo, *La Pau i la Trèva a Catalunya. Origen de les Corts Catalanes*, Barcelona, 1986, pp. 128-129.

⁹⁹ Esas iglesias no han sido cuantificadas, excepto en el caso del Rosellón: S. Leclerc, «Les églises fortifiées en Roussillon», *Études roussillonnaises offertes à Pierre Ponsich*, Perpignan, 1987, pp. 223-33, citado por E. Mallorquí, *Parròquia i societat...*, *op. cit.*, p. 282, n. 55.

¹⁰⁰ A. Catafau, «La Cellera et le mas...», *op. cit.*, p. 352, donde cita varias celleras castrales.

siástico o laico¹⁰¹. En cierta manera, todo agrupamiento poblacional constituido junto a una iglesia podía adoptar elementos similares, incluso morfológicamente, a las de las antiguas sagreras, de ahí que se haya postulado la existencia de sagreras fuera de Cataluña para época más avanzada, lo que *a priori* resulta, ciertamente, extemporáneo¹⁰². El hecho incuestionable es el rol que tuvieron las iglesias y cementerios como polos estructuradores del hábitat a lo largo y ancho de la Europa occidental, siendo las sagreras catalanas un caso paradigmático¹⁰³.

Las únicas permanencias «físicas» que quedan de las antiguas sagreras son las estructuras circulares aun visibles en la trama urbana de muchas poblaciones de la Cataluña Vieja y del Rosellón. Por otra parte, quedan numerosos vestigios toponímicos, esto es, de lugares conocidos con el nombre de Sagrera, tanto en zonas plenamente urbanizadas como en ámbitos rurales, por no hablar también del término Celler, que aún se conserva en la denominación de algunos municipios (es de largo el término que ha sobrevivido mejor al paso de los siglos). También cabe hablar de la pervivencia aún hoy del apellido Sagrera, cuyo uso como topoantropónimo comienza a registrarse en época bastante temprana¹⁰⁴.

Los núcleos originados a partir de una sagrera experimentaron evoluciones dispares: mientras algunos prosperaron, otros quedaron estancados, reducidos a simples mansos o acabaron desapareciendo. Al respecto, Farías establece tres tipos de sagrera en función del nivel de desarrollo: las que no llegaron a configurar un núcleo de hábitat significativo; las configuradas como asentamientos estables y de cierta entidad; las que se constituyeron en el núcleo de un futuro asentamiento protourbano o de una villa propiamente dicha¹⁰⁵.

El resultado es que muchas de las actuales poblaciones de la Cataluña Vieja tienen su origen en sagreras¹⁰⁶. De algún modo, la expansión de las sagreras

¹⁰¹ M. Soler, «Feudalisme i nucleació poblacional...», *op. cit.*, p. 77.

¹⁰² Véase M. Bernat y J. Serra, «Espacios sagrados y comunidades rurales: algunas hipótesis sobre colonización y sagreras en Mallorca (siglos XIII-XIV)», *Boletín de arqueología medieval*, 11, 1997, pp. 157-206. A pesar de la extensión del artículo, los propios autores reconocen que no se conserva ningún rastro documental ni toponímico sobre las supuestas sagreras y celleras mallorquinas analizadas.

¹⁰³ Téngase en cuenta que, en algunas comarcas, como Osona, el número de núcleos originados en torno a iglesias supera con creces a los originados junto a castillos; J. Bolòs, «Pobles de sagrera i pobles castrals...», *op. cit.*

¹⁰⁴ Por ejemplo, en 1242 se documenta cierto juramento dado por Pere de Sagrera, habitante de Sant Martí de Tornedissa, en el valle de Bianya; DSJA, doc. n.º 303, p. 446. En la misma centuria, en una relación de censatarios que tenía el vizconde de Cabrera, aparece nombrado un Bernat de Sagrera; ADG, Pía Almoína, pergamino n.º 1511.

¹⁰⁵ V. Farías, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, pp. 115-117.

¹⁰⁶ Se ha estimado que las celleras se encuentran en el origen de las tres cuartas partes de los setenta y dos núcleos de población de la Garrotxa; E. Mallorquí, *Parroquia i societat rural...*, *op. cit.*, p. 165, n. 69 (no obstante, el número de sagreras contabilizadas en nuestro censo en relación con esa

sirvió para imprimir un sello al país que a la sazón se estaba formando tanto en la configuración del hábitat y del paisaje como también en el acrecentamiento de la cohesión social y la conciencia vecinal, sirviendo de fundamento a la forja de una identidad colectiva a mayor escala.

Ciertamente, hubo distintos procesos generados en el ámbito intracomunitario que sirvieron para afianzar los lazos de cohesión de las poblaciones configuradas en esos núcleos poblacionales; al respecto, no podemos pasar por alto el hecho de que los habitantes de la sagrera-villa tuvieran que contribuir de una u otra forma a la construcción de nuevos templos parroquiales¹⁰⁷. Más en concreto, podemos referirnos a la creación de las denominadas *obrerías*, quizás ya dentro del periodo aquí estudiado¹⁰⁸, cuya función principal sería aunar esfuerzos, tanto humanos como económicos, para llevar a cabo la reconstrucción o mantenimiento de los correspondientes edificios. En todo caso, más que las sagreras, fueron los lazos establecidos en el seno de las parroquias el elemento primordial que habría propiciado ese tipo de organización comunitaria¹⁰⁹.

Por otra parte, asistimos al surgimiento en las principales villas de una incipiente organización comunal, las llamadas «universitates», tal y como fueron vehiculadas a través de las asambleas de vecinos que solían reunirse en el cementerio del lugar. Las mismas obrerías acabarían subsumidas dentro de la propia organización municipal a medida que esta fue afianzándose en el siglo XIV.

Ahora bien, todo esto se dio en un estadio posterior y en el marco de las nuevas villas, ya fueran creadas en torno a iglesias o no, y tanto si tenían su punto de arranque en sagreras como si no. En esa época más avanzada, la sa-

comarca es bastante bajo). Por su parte, Maria Soler cuantifica ese origen, por lo que respecta al territorio del condado de Barcelona, en solo un 40% (no en balde, dicho condado incluye territorio de la Cataluña Nueva, por donde el fenómeno de la sagrera ya no siguió expandiéndose); M. Soler, «Feudalisme i nucleació...», *op. cit.*, p. 76.

¹⁰⁷ Según E. Mallorquí (*Parròquia i societat rural...*, *op. cit.*, p. 160), la construcción de la iglesia parroquial incumbía al conjunto de los habitantes del lugar.

¹⁰⁸ Al respecto, M. Riu databa el surgimiento de las obrerías en la etapa correspondiente al Segundo Románico (s. XII); M. Riu, «Aspectes socials de l'època del Romànic», en AAVV, *Catalunya Romànica*, I, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1994, p. 54. Por su parte, J. Puigvert considera que las obrerías parroquiales se generalizaron, por lo que atañe a la diócesis de Girona, en el siglo XIV, lo que atribuye al proceso de infeudación del diezmo y a la crisis bajomedieval del sistema benefical; J. Puigvert, «Les obreries parroquials i la pagesia benestant. La diòcesi de Girona, segles XVII-XIX», en *Homes, masos, historia. La Catalunya del nord-est (segles XI-XX)*, R. Congost y Ll. To (eds.), Girona, Universitat de Girona/Abadia de Montserrat, 1999, pp. 332 y ss.

¹⁰⁹ No olvidemos que, además de las religiosas, las parroquias asumían otras funciones de interés comunitario; según Farías, «la iglesia, sobre todo si era parroquia, cumplía a nivel local un papel esencial como centro de funciones tanto culturales como sociales. En este sentido, fue (...) uno de los factores que con mayor fuerza cohesionó la colectividad campesina local»; V. Farías, «La sagrera catalana...», *op. cit.*, p. 105.

grera era una pervivencia de los siglos XI y XII que se fue diluyendo en el seno de las villas más prósperas, que conservaron sus antiguos recintos sagrados como reliquias del pasado –tales sagreras pervivieron desnaturalizadas y marginalizadas, como ya se ha dicho–; por tanto, su papel más bien sería irrelevante, por mucho que en algún caso pudiera invocarse la costumbre de la sagrera («ad consuetudinem dicte saccraria Sancti Andree», se decía en pleno siglo XIII en relación con la villa de Sant Andreu de Palomar, estudiada por J. Busqueta). En ese sentido, debemos discrepar del punto de vista expresado por J.-P. Cuvillier cuando decía que la sagrera devino la clave de bóveda de la comunidad rural¹¹⁰. La sagrera, como ya se ha dicho, tan solo fue, si acaso, el embrión de futuras villas, pero los procesos de afianzamiento de los respectivos colectivos vecinales –tanto en la Cataluña Vieja como en el resto del país que se acabó configurando a lo largo de los siglos XII y XIII– ya poco o nada tienen que ver con el hecho de haber constituido sagreras, a no ser que queramos considerar al término en cuestión como sinónimo, simplemente, de villa o de agrupamiento poblacional, desprovisto, pues, de sus connotaciones originales.

* * *

Como se ha podido ver en el transcurso de esta ponencia, el estudio de las sagreras es un tema que sigue planteando muchos interrogantes a los que aún estamos lejos de poder dar respuestas concluyentes. El hecho es que se mantienen distintas hipótesis acerca de la sincronía de los diferentes fenómenos que convergen en la configuración de las sagreras¹¹¹. Ello supone que habrá que seguir profundizando en el tema más allá de lo que he intentado exponer aquí a modo de síntesis global. Pese a todo, esperamos que este trabajo sea verdaderamente útil para todos aquellos historiadores, catalanes o no, que desean tener una mejor comprensión de este fenómeno –hasta cierto punto singular– y de su difusión en la Cataluña Vieja en una época de importantes transformaciones a todos los niveles, no solo por lo que se refiere a cuestiones de poblamiento.

¹¹⁰ J.-P. Cuvillier, «Les communautés rurales de la plaine de Vich (Catalogne) aux XIII^e et XIV^e siècles», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 4, 1968, p. 80; también J. Busqueta, *Una vila del territori de Barcelona: Sant Andreu de Palomar als segles XIII-XIV*, Barcelona, Fundació Salvador Vives i Casajuana, 1991, p. 79, en la cita antes expuesta, así como en su comentario al trabajo de dicho autor.

¹¹¹ Así se ha ido desgranando, en mayor o menor medida, en relación con el proceso de formación de la sociedad feudal, el encastillamiento o castralización, la parroquialización, la configuración de los cementerios parroquiales, el movimiento de Paz y Tregua, la petrificación o expansión de la edificación en piedra, el nacimiento de las villas, etc.

ANEXO

1. Salses 1357	96. Vilavenut 1284 1301	190. Gualter 1207
2. St. Hipòlit de la Salanca 1209	97. Llampaies 1333	191. Peracamps 1091
3. St. Llorenç de la Salanca 1292	98. Vilamarí 1281	192. Bergús 1196
4. Espirà de l'Aglí 1130	99. Pujals dels Cavallers 1075	193. Puig-reig 1271
5. Talteüll 1273	100. Corts 1039 1312	194. La Guàrdia 1121
6. Estagell 1292	101. Camós 1252	195. Olost 1231
7. St. Arnac 1268	102. Sta. Llogaia 1287	196. St. Hipòlit de Voltregà 1231
8. Baixàs 1400	103. Vilella 1270	197. St. Feliu de Torelló 1231
9. Paretstortes 1150	104. Viladasens 1212 1263	198. St. Martí Cescorts 1068
10. Pià 1339	105. Colomers 1155	199. Vila-setrú 1233
11. Canomals 1203	106. Torroella de Montgrí 1292	200. Palau 1072
12. Bonpàs 1386	107. Rupia St. Vicenç 1097	201. Sassorba 1136
13. Vilallonga de la Salanca 1243	108. Rupia St. Esteve 1097	202. Quadres 1232
14. Vernet 1375	109. Parlavà 1274	203. Manlleu 1222
15. St. Esteve del Monestir 1236	110. Matajudaica 1263	204. St. Pere de Roda 1232
16. Perpinyà 1116	111. Fonolleres 1358	205. Cós 1091
17. Malloles 1214	112. La Pera 1242	206. Folgueroles 1233
18. Orla 1185	113. St. Jordi Desvalls 1174	207. Vilatorra 1230
19. Toluges 1291	114. Cervià de Ter 1245	208. Riudeperes 1231
20. El Soler 1406	115. Vilafreser 1243	209. St. Joan de Riuprimer 1233
21. Pessillà de la Ribera 1239	116. Ravós del Terri 1282	210. Berga 1188
22. St. Feliu d'Avall 1055	117. Riudellots de la Creu 1279	211. Malla 1143
23. St. Feliu d'Amunt 1243	118. Llorà 1258	212. Terrassola 1098
24. Millars 1202	119. Puig del Llor 1252	213. Rodoreda 1116
25. Nefiac 1419	120. St. Gregori 1266	214. Sta. Creu de la Plana 1166
26. St. Martí de Corbera 1282	121. Aiguaviva 1163 1169	215. Muntanyola 1177
27. St. Pere de Corbera 1284	122. Sta. Susanna del Mercadal 1081	215. Taradell 1172
28. Illa 1076	123. Fontajau 1193	217. Seva 1200
29. Bulatnera 1363	124. Sarrià de Ter 1087	218. Aiguafreda 1105
30. Marqueixanes 1176	125. Montagut 1217	219. Centelles 1145
31. Eus 1418	126. Ramis 1087	220. Bell-lloc 1315
32. Prada 1277	127. Celrà 1104 1188	221. Santpedor 1081
33. Codalet 1323	128. Bordills 1250	222. Caselles 1235
34. Vilafranca de Conflent 1090	129. St. Martí Vell 1271	223. Fonollosa 1166
35. Pujalt 1343	130. Juià 1253	224. Seguers 1098
36. Fullà 1197	131. Campdorà 1279	225. Prats de Rei 1126
37. St. Pau del Pi 1194	132. Madremanya 1199	226. Sallavinera 1204
38. Bellpuig 1282	133. Millars 1290	227. Malencosa 1201
39. St. Marçal 1262	134. Corçà 1105	228. Maçana 1083
40. Tuïr 1286	135. Peratallada 1266	229. Viver 1111
41. Llupià 1136	136. Palafrugell 1130 1287	230. St. Jaume Sesoliveres 1060
42. Pollestres 1040-70	137. Mont-ras 1229	231. Igualada 1058
43. Tesà 1215	138. Fitor 1337	232. Salelles 1131
44. Mossellons 1266	139. La Bisbal 1052	233. Claret 1130
45. Cornellà del Bercol 1229	140. Cruïlles 1062	234. Olzinelles 1086
46. Bages 1180	141. Cruïlles 1100	235. Navarcs 1050
47. Forques 1108	142. St. Sadurní de l'Heura 1271	236. St. Fruitós de Bages 1063

48. Banyuls dels Aspres 1407	143. Banyeres 1327	237. Castellerçol 1132
49. Montescot 1317	144. Monells 1220	238. Bigues 1156
50. Palol d'Avall 1184	145. Sta. Maria de Montnegre 1356	240. Cànoves 1306
51. Elna 1141	146. St. Mateu de Montnegre 1325	241. Sta. Maria de Palautordera 1057
52. Ortafà 1238	147. Fornells 1357	242. St. Pere de Vilamajor 1266
53. Tatzó d'Avall 1074	148. Llambilles 1196	239. Ametlla del V. 1268
54. Tatzó d'Amunt 1309	149. Sta. Pellaia 1315	244. Corró d'Amunt 1104
55. Fontanet 1301	150. Calonge 1292	245. Espina 1098
56. Voló 1307	151. Fenals 1064	243. St. Julià del Fou 1142
57. Trasserra 1040-70	152. Sta. Cristina d'Aro 1064	246. Cardedeu 1104
58. Montesquiu 1265	153. Solius 1324	247. Corró d'Avall 1104
59. Pla de Corts 1372	154. Cassà 1275	250. Marfà 1066
60. Roca d'Albera 1188	155. Campllong 1314	249. Lliçà d'Amunt 1121
61. Cellerà 1292	156. Salou 1200	248. Granollers 1117
62. Requesens 1261	157. Riudellots 1298	253. Vacarisses 1164
63. Morellàs 1361	158. Sta. Margarida 1074	251. Palau-solità 1126
64. Ceret 1184	159. Vilobí d'Onyar 1337	252. St. Julià d'Altuera 1052
65. Reiners 1377	160. Brunyola 1300	258. Parets del V. 1207
66. Montferrer 1321	161. St. Hilari Sacalm 1199 1337	257. Gallecs 1125
67. Costoja 1159 1267	162. Sta. Coloma de Farners 1326	256. Polinyà 1057
68. Vilars 1075	163. L'Esparra 1321	255. Sorbet 1122
69. Agullana 1402	164. Vallcanera 1329	254. Olesa 1073
70. Delfià 1043	165. Sils 1329	259. Montornès del V. 1162
71. Biure 1072	166. Maçanet 1094	261. Sta. Perpètua de Mogoda 1179
72. Sort 1055	167. Vidreres 1243	262. Antiga 1121
73. Sellu 1098	168. Torre de Cartellà 1292	260. Vallromanes 1264
74. Pujol 1100	169. Palafolls 1226	263. Ullastrell 1149
75. Gulp 1073	170. Olot 1116	265. Martorelles 1092
76. Eroles 1098	171. Sta. Pau 1300	266. St. Martinet 1291
77. Mas d'Eroles 1060	172. Romeria 1226	264. Riu-sec 1054
78. Arfa 1091	173. Mieres 1404	267. Premià de Dalt 1054
79. Cerqueda 1106	174. Cogolló 1303	268. Teià 1238
80. Castellar de n'Hug 1292	175. Les Planes 1329	269. Tiana 1100
81. Bianya 1281	176. Pallerols 1287	274. Samora 1080
82. Toralles 1157	177. Colltort 1305	270. Badalona 1204
83. Cistella 1085	178. Les Preses 1358	272. St. Andreu de Palomar 1144
84. Figueres 1102	179. St. Joan de les Abadesses 1342	275. Morrocurt 1097
85. Castelló d'Empúries 1064	180. Corcó 1089	273. Vilapicina 1064
86. Borrassà 1214	181. St. Pere de Torelló 1225	276. Subirats 1314
87. Navata 1052	182. Borgonyà 1143	271. St. Martí de Provençals 1083
88. Espinavessa 1282	183. Vilada 1127	280. Sarrià 1098
89. Crespià 1360	184. Sagàs 1127	278. Cervelló 1231
90. Serinyà 1237	185. Olvan 1127	277. Cabanyes 1079
91. Orfes 1370	186. Gironella 1127	279. Sta. Coloma de Cervelló 1315
92. Arenys d'Empordà 1105	187. Solsona 1080	281. St. Joan Despí 1084
93. St. Miquel de Fluvià 1045	188. Ogern 1111	282. St. Boi de Llobregat 1054
94. Sta. Eulàlia de Provençana 1098	189. Clua d'Aguilar 1091	283. St. Climent de Llobregat 1211
95. Fontcoberta 1223 1296		

Arquitectura religiosa e identidades colectivas en la Navarra medieval

Javier Martínez de Aguirre

Universidad Complutense de Madrid
jmtzagui@ucm.es

1. CONSTRUCCIONES RUDIMENTARIAS, *MEDIOCREs DOMOS*, «NOTABLES HEDIFICIOS»

En los años finales del pasado siglo, los autores del *Catálogo monumental de Navarra* recorrieron los despoblados del valle de Arriasgoiti, en las estribaciones del Pirineo, a la búsqueda de edificaciones dignas de mención. Al llegar a Biorreta (Beorieta) encontraron «las ruinas de dos o tres edificios, dispersos, cubiertos por la maleza, ninguno de los cuales se identifica con seguridad con la iglesia, si bien uno de ellos de sencilla planta rectangular tiene una cavidad a media altura en un muro lateral que podría ser la credencia»¹. Con tan débil evidencia decidieron levantar su planta (fig. 1). La construcción era de una sencillez pasmosa: rectangular, de unos cuarenta metros cuadrados y con vano de acceso en el muro meridional.

Al otro lado del cordal que divide las cuencas del Erro y el Urrobi les esperaban más núcleos abandonados. La identificación de las iglesias parroquiales era sencilla allí donde los campanarios seguían en pie. En Uloci, la espadaña y la puerta de medio punto delataban que esa había sido la función de una modesta construcción cuya planta apenas se diferenciaba de la de Biorreta (fig. 1). Su interior era menor, poco más de treinta metros cuadrados, acorde con la insignificancia de la localidad (un dicho en vascuence sentenciaba: «aunque regales el pueblo de Uloci, no irá ninguno»²). No muy lejos, en Usoz, la antigua parroquia de planta rectangular de unos cincuenta metros cuadrados había sido

¹ M.^a C. García Gainza (dir.), M. Orbe Sivatte y A. Domeño Martínez de Morentin, *Catálogo monumental de Navarra IV** Merindad de Sangüesa. Jaurrieta-Yésa*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, p. 91.

² *Ulozira, herria emanta ere, ez diñeke bat joan*: Latxaga, *Jaka'ra oñez. Naparroa'n zear*, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1976, p. 142.

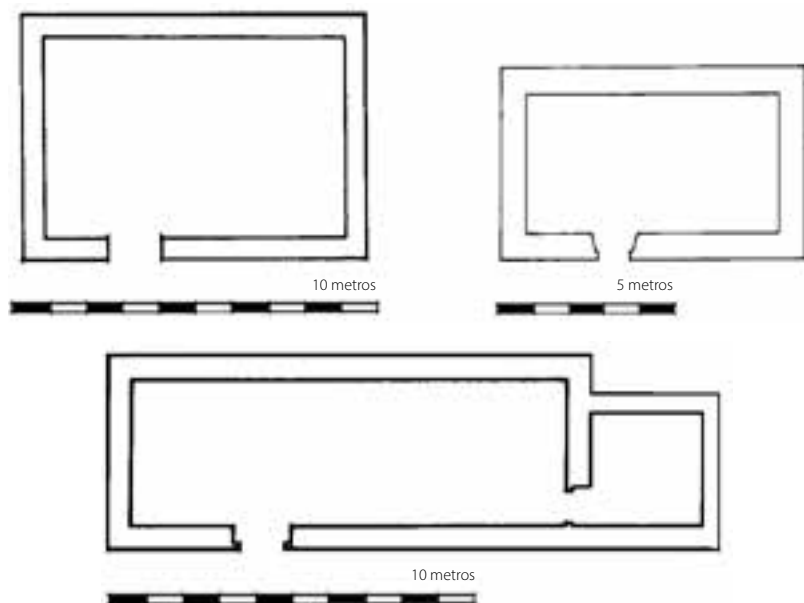


Figura 1. Plantas de las iglesias de Biorreta, Uloci y Usoz (*Catálogo monumental de Navarra*).

reconvertida en vivienda (fig. 1). La torrecilla situada a los pies, con los vanos macizados, un espacio mínimo anejo a la fachada oriental para sacristía y la puerta de medio punto con «arquivolta de ajedrezado sobre imposta» evidenciaban ciertas pretensiones dentro de la limitada monumentalización del edificio y proporcionaban pistas sobre su cronología³.

Biorreta, Uloci y Usoz son tres ejemplos de una tipología eclesial rudimentaria con decenas de manifestaciones en Navarra, especialmente en los valles prepirenaicos de despoblamiento acuciente. De tan simple, no es mencionada en las publicaciones sobre historia de la arquitectura medieval navarra. Se podría afirmar que este género de edificaciones constituye buena muestra de una secular petrificación de la pobreza.

Los elementos espaciales, constructivos y ornamentales presentes en la antigua iglesia de Usoz marcan el umbral a partir del cual es posible identificar visualmente un edificio como templo medieval. Construcciones más básicas,

³ M.^a C. García Gainza (dir.) y M. Orbe Sivatte, *Catálogo Monumental de Navarra IV* Merindad de Sangüesa. Abaurrea Alta-Ikalzu*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, p. 139. El ajedrezado, difundido en el siglo XI, perduró como motivo ornamental de manera inercial, por lo que la arquivolta posiblemente fue tallada en el siglo XII, aunque no sea descartable una datación más tardía.

como Biorreta y Uloci, solo permiten intuir un origen anterior a 1500. El análisis de morteros, maderas y cerámicas podría quizá proporcionar horquillas cronológicas donde situar construcciones así de modestas. Sin embargo, resulta improbable que alguien dedique el tiempo y el dinero precisos para verificar en qué momento de la historia fueron alzadas.

Todavía hubo iglesias medievales con un grado de monumentalización inferior al de Biorreta, erigidas con materiales de escasa resistencia y durabilidad, en ocasiones poco más que cabañas. Algunas pudieron servir como espacios provisionales de culto en fundaciones llamadas a un futuro espectacular desde el punto de vista arquitectónico, como las abadías cistercienses. Posiblemente en determinadas épocas pequeñas edificaciones eclesiales lignarias o de adobe abundaron en el ámbito rural navarro. ¿Habrían sido así algunas o buena parte de las iglesias citadas en documentos de los siglos X y XI⁴?

En su insignificancia, estos templos sin aspiraciones –e incluso de identidad problemática, puesto que consumados especialistas en historia de la arquitectura tuvieron dificultades para identificarlos como tales– informan acerca de quienes los construyeron y los utilizaron durante siglos. Asimilables a los de su entorno, cada uno mostraba peculiaridades. Está por hacer el análisis comparativo de las arquitecturas eclesiales más rudimentarias, esas que, sin pretender la autoafirmación de individuos o comunidades a través de hechos edificatorios, proporcionan pistas acerca del devenir de aldeas diminutas, abandonadas o repobladas al albur de su azarosa alternancia entre pobreza y prosperidad. Nos hacen ver que la irrelevancia histórica de sus habitantes se consolidó en términos de larga duración, puesto que desde la primera cita histórica hasta la actualidad han carecido de recursos para construir espacios comunitarios amplios y de cierta monumentalidad⁵. Al mismo tiempo, revelan capacidades constructivas colectivas, basadas en el dominio de la mampostería y el sillarejo, con las que lo mismo erigían sus viviendas que la casa de Dios, y atestiguan la escasa ambición y los limitados conocimientos del clero rural y de los feligreses que, indiferentes a modas arquitectónicas, nunca consideraron pertinente contratar canteros profesionales de calidad (posiblemente habrían afrontado su

⁴ La información de que disponemos acerca de la arquitectura prerrománica navarra es insuficiente para proporcionar una imagen panorámica de lo construido antes de 1100.

⁵ Posiblemente la primera mención documental de Biorreta/Beorieta sea la de Eneco, «presbitero de Urroz et abbate de Beorieta», presente en el pronunciamiento de una sentencia en la catedral de Pamplona en 1237: J. Goñi Gaztambide, *Colección diplomática de la Catedral de Pamplona. Tomo I (829-1243)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, p. 512, doc. 599. No he localizado referencias tan antiguas de las otras dos poblaciones.

ejecución mediante trabajo vecinal)⁶. Tampoco habrían despertado el interés de sus señores, quienes se acordarían de ellas en raras ocasiones. Una esquila publicada en *ABC* de Madrid en 1956 atestigua cómo ciertas costumbres ligadas a estas iglesias perduraron hasta el despoblamiento definitivo de muchas aldeas en el siglo XX. Notifica el fallecimiento en Lumbier de Dolores Menéndez-Baizán y de Calatayud Morán La Bandera e Yzco, marquesa de Jaureguizar, y la celebración de misas por su alma una vez al mes en las iglesias de Uloci, Ezprogui, Zabalza, Ardanaz, Guerguitián, Zuazu, Monreal, Domeño, Aldunate, Grez, Artozqui, Arzoz, Guembe, Vidaurre, Viguria, Riezu, Echarri, Echauri y Ripa Guenduláin⁷.

Biorreta, Uloci, Usoz y decenas de construcciones semejantes marcan el nivel más rudimentario, al alcance de los promotores y constructores con menos recursos y conocimientos, que se conformaban con espacios de planta rectangular y dimensiones reducidas, en ocasiones menos de cuatro metros de anchura o poco más de seis metros de longitud. Cuatro paredes y un techo bastaban para celebrar el culto cristiano. Era imprescindible una puerta de acceso, abierta generalmente en uno de los lados largos, mayoritariamente el meridional, en su centro o hacia los pies, y una ventana de iluminación, casi siempre situada en el centro de uno de los lados cortos, dirigida hacia oriente. Templos así eran apropiados para aldeas escasamente habitadas, de esas que en los libros del siglo XIV se anotaron con uno o dos fuegos o se identificaron como despobladas⁸. Hablamos de iglesias pobres que aportaron cantidades mínimas en la recaudación del diezmo de 1268, entre veinte y setenta kilos de cereal⁹. Bastaba un sacerdote para encargarse de ellas, como atestigua el *Liber redécime* de 1363, donde más de trescientas localidades figuran atendidas

⁶ Curiosamente, Sancho de Beorieta (Beorieta y Biorreta son dos variantes del mismo topónimo) fue uno de los principales carpinteros al servicio de los reyes de la dinastía Evreux: J. Martínez de Aguirre, *Arte y monarquía en Navarra 1328-1425*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1987, pp. 105-106.

⁷ *ABC*, 2 de diciembre de 1956, p. 94.

⁸ J. Carrasco Pérez, *La población de Navarra en el siglo XIV*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1973.

⁹ El libro de fuegos de la merindad de Sangüesa de 1366 da cuenta de que Biorreta (Beorieta en Arriasoiti) estaba entonces despoblado («nichil, porque no hay ninguno»), ni siquiera menciona Uloci y Usoz figura con dos fuegos (García Lópiz y Sancho Lópiz): J. Carrasco, *La población de Navarra...*, *op. cit.*, p. 470, n.º 230. Uloci (Oloci) contribuyó al diezmo de 1268 con un robo (unos veintiocho litros, que se corresponden con unos veintidós kilogramos) de trigo por diezmo y un cuartal (unos siete litros, que en trigo suponen unos 5,5 kg) por primicia en 1268, mientras Biorreta lo hacía con tres robos de trigo por diezmo y nada por primicia: R. Felones Morrás, «Contribución al estudio de la iglesia navarra del siglo XIII: el libro del diezmo de 1268 (II)», *Príncipe de Viana*, XLIII, 1982, pp. 640-641, n.º 300 y 314. Usoz no figura.

solamente por uno, junto a más de medio centenar sin sacerdote¹⁰. Estas edificaciones humildes contrastaban con las monumentales, atendidas por decenas de religiosos y dotadas de rentas que alcanzaban cifras astronómicas. El libro de rediezmo de 1363 anota, por ejemplo, veintisiete clérigos en la catedral de Pamplona, diecinueve en la parroquia de San Nicolás de la misma ciudad y catorce en la de San Cernin (en Pamplona, en total setenta y uno). Otras cuatro localidades cuentan con treinta o más eclesiásticos¹¹. Las iglesias de mayores dimensiones, como el monasterio de Fitero y la catedral de Pamplona, llegan a rondar o claramente superan los dos mil metros cuadrados de superficie. Frente a la unicidad espacial, el aparejo humilde y la inexistencia o elementalidad de lo ornamental en las iglesias de aldea, las grandes empresas se erigieron con sillería perfectamente escuadrada, múltiples espacios, abundancia y diversidad de ventanales, torres, portadas impactantes y complementos de todo tipo. El epitafio de Carlos III (†1425) en su sepulcro de la catedral de Pamplona los calificó como «notables hedificios» y fueron concebidos para proclamar a los cuatro vientos la identidad de la institución o de sus promotores¹².

El devenir de cada edificio ha estado marcado por la ambición o por el conformismo de quienes lo emprendieron, por la diferente posesión de recursos y por los contratiempos. Decía José Ortega y Gasset que toda vida humana es resultado de la vocación, las circunstancias y el azar¹³. Me resulta sugerente aplicar la misma tríada al conocimiento de los edificios, puesto que en sus orígenes hubo una vocación (la idea que de la construcción tuvieron quienes la impulsaron y proyectaron), les afectaron todo tipo de circunstancias y, cómo no, también dependieron del azar. Si bien las circunstancias pueden estar detrás de aquello que los estudiosos reconocen como identitario, sin duda el componente más significativo en este campo debe atribuirse a lo «vocacional», a las intenciones que a través de la arquitectura desearon satisfacer promotores y constructores. A veces fueron conscientes –como parecerse a una catedral o santuario que les hubiera servido de referente o manifestar un concreto carisma monacal–,

¹⁰ Un considerable número de localidades que hoy tienen iglesias medievales no están citadas en el listado, por lo que el número de templos vacantes sería muy superior. J. Carrasco, *La población de Navarra...*, *op. cit.*, pp. 183-193.

¹¹ *Ibidem*: treinta y seis Estella, treinta y cuatro Artajona, treinta y uno Falces, treinta Tafalla, veintinueve Los Arcos, Lumbier, Caparros, Larraga, Peralta, Olite, Tafalla.

¹² La catedral de Pamplona, cuya reconstrucción fue emprendida en 1394 con el apoyo de Carlos III, fue uno de los «muchos notables hedificios» que el monarca «fezo [...] en su regno»: R. S. Janke, *Jehan Lome y la escultura gótica posterior en Navarra*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra-CSIC, 1977, p. 59. Sin duda en la mente del autor del epitafio estarían sobre todo los palacios.

¹³ J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1983, VIII, p. 468.

mientras en otros casos se contentaban con que la nueva iglesia fuera al menos como la de un pueblo vecino, o bien la superase.

La identificación de esta «vocación» de los edificios no ha sido objetivo prioritario de la historia de la arquitectura, más a menudo atraída por cuestiones estilísticas, tipológicas, estructurales, constructivas, ornamentales o de autoría, etc. Concretamente, el conocimiento de la arquitectura medieval navarra, es decir, lo que de ella hemos escrito los historiadores, ha estado condicionado por dos sesgos. El primero tiene que ver con el universo a estudiar y se resume en la obviedad de que el interés se ha focalizado en la arquitectura llegada a nuestros días, lo que conlleva ignorar posibles claves perdidas, quizá fundamentales para la comprensión del pasado. La importancia de lo que desconocemos quedó demostrada hace treinta años, cuando el descubrimiento de la cimentación de la catedral románica de Pamplona (fig. 2) reveló la ambición arquitectónica de su promotor, el obispo Pedro de Roda, y algunas de las formas con las que la dotó su arquitecto, el maestro Esteban¹⁴. Al mismo tiempo, permitió reinterpretar todo el románico navarro y establecer la rápida difusión de la nueva arquitectura¹⁵. El segundo sesgo deriva del modo como se construyó a lo largo de los siglos XIX y XX el relato sobre la arquitectura medieval europea, centrado en una historia de los estilos arquitectónicos que compaginó la comparación formal con la búsqueda de referencias escritas (documentales o epigráficas). La priorización de las obras que contaban con elementos de fácil caracterización estilística tuvo como consecuencia la marginación de cierto número de edificios y fenómenos históricos.

Un ámbito como el antiguo reino de Navarra reúne condiciones adecuadas para que el estudio de su arquitectura medieval vaya mucho más allá, en extensión y profundidad, de las miradas al uso que, por otra parte, han producido

¹⁴ Sobre los hallazgos derivados de la excavación de la catedral: M.^a A. Mezquíriz Irujo y M. Unzu Urmeneta, *Arqueología de la Catedral de Pamplona. El origen del culto cristiano*, Pamplona, Arzobispado de Pamplona y Tudela, 2021. Sobre la interpretación de los vestigios románicos y su relevancia para la historia de la arquitectura del reino: J. Martínez de Aguirre, «El primer tercio del siglo XII», en C. Fernández-Ladreda (dir.), J. Martínez de Aguirre y C. J. Martínez Álava, *El arte románico en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004, pp. 83-164, y «Catedral de Santa María», en *Enciclopedia del Románico en Navarra*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, 2008, vol. II, pp. 1038-1061.

¹⁵ Por ejemplo, ahora entendemos por qué son tan notorias las combinaciones de polígonos y semicírculos en el trazado de cabeceras de iglesias (Irache, Aralar, San Martín de Unx, San Nicolás de Sangüesa, Cizur Menor, etc.), por qué con cierta frecuencia observamos óculos en los alzados (Irache, Sangüesa, Tudela, etc.) o por qué abundan las portadas con seis columnas y tres arquivoltas (Artaiz, Badostáin, Berrioplano, Cabanillas, Estella, Eusa, Gazólaz, Labiano, Olejua, Osácar, Otazu, Puente la Reina, San Martín de Unx, Sangüesa, Tulebras, Ubani, Zamarce, etc.). Ninguno de estos fenómenos había sido constatado antes de que saliesen a la luz los vestigios de la catedral.

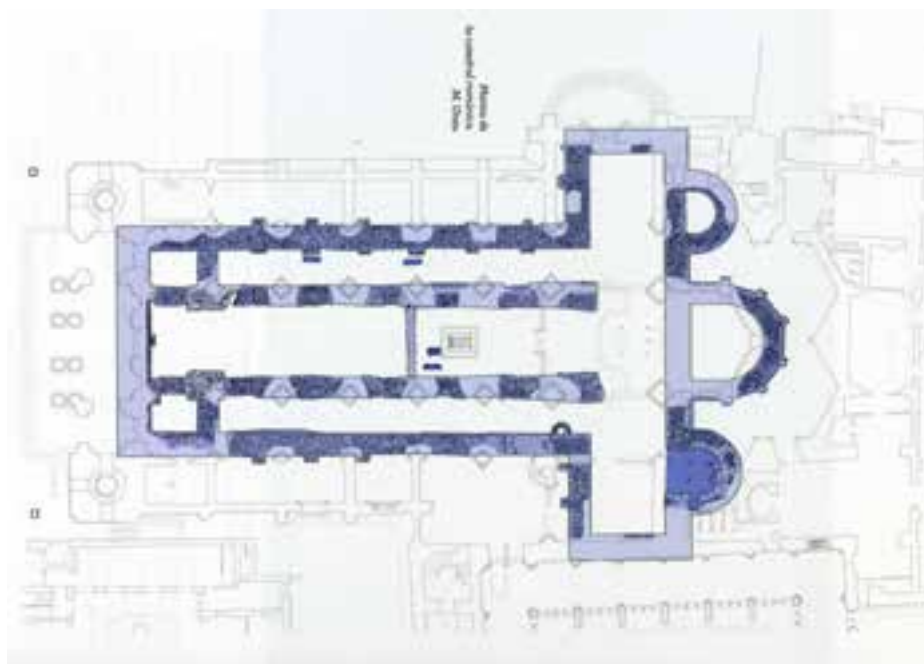


Figura 2. Planta de la catedral románica de Pamplona (Mercedes Unzu).

excelentes frutos en los últimos años. En primer lugar, su territorio es abarcable; en segundo lugar, cuenta con una tradición historiográfica consolidada en la que destacan excelentes herramientas de base, como el *Catálogo monumental de Navarra* dirigido por María Concepción García Gainza (1984-1997), y publicaciones especializadas recientes de alto nivel. Entre los inconvenientes no hay que obviar la escasez documental para determinados periodos y el limitado número de excavaciones arqueológicas emprendidas para proyectar luz sobre los siglos más oscuros, aspecto en el que poco a poco se va avanzando. Desde luego, esta tarea no está al alcance de una ponencia como la presente, en la que me contentaré con esbozar qué opciones manejaron quienes construyeron los edificios religiosos y cuál es su posible relación con la autoafirmación de identidades colectivas.

El *Catálogo monumental de Navarra* reseña en sus nueve volúmenes más de quinientas iglesias en las que la fábrica medieval predomina o resulta suficientemente representativa¹⁶. En cambio, las publicaciones que han sistematizado la

¹⁶ Dirigidos por M.^a Concepción García Gainza y publicados por el Gobierno de Navarra, sus tomos vieron la luz entre 1980 y 1997.

arquitectura medieval con criterios estilísticos se han ocupado de un número muy inferior. La *Enciclopedia del Románico en Navarra*, que tuve la oportunidad de coordinar (2008), da cuenta de unas ciento treinta iglesias románicas¹⁷. El reciente libro *El arte gótico en Navarra* (2015) menciona unas cincuenta góticas, incluyendo algunas iniciadas en románico que fueron continuadas o modificadas¹⁸. Así pues, existe un desfase de unas trescientas iglesias, más de la mitad, de las que los historiadores apenas hemos hablado debido a la escasa relevancia de lo conservado –en muchos casos, tramos de nave anejos a cabeceras renovadas en los siglos XVI a XVIII– o a la dificultad de adscribirlas a un determinado periodo. Muchos de estos templos «ignorados» presentan soluciones que empezaron a utilizarse en el siglo XII y perduraron de manera inercial más allá de la Edad Media. Decenas han sido considerados «de finales del siglo XII y principios del XIII», etiqueta que continuamente aplicó el *Catálogo monumental de Navarra* a los de datación dudosa, carentes de elementos definitorios. Y eso que no es mucho lo requerido para alcanzar conclusiones fiables. Por ejemplo, en San Andrés de Aristu (Urreúl Alto), ni la planta rectangular de unos cincuenta metros cuadrados, ni los muros de sillar y mampostería, que acusan refecciones, resultan elocuentes. Tampoco el interior, cuya única articulación la proporciona el arco destinado a sostener la torre. La ventana axial está cegada y las del muro sur son posteriores a 1500. Por fortuna, una chambrana susceptible de análisis estilístico adorna su puerta, donde fueron torpemente talladas cabecitas humanas y de animales. Sus semejanzas con la portada de Santa María de Arce aproximan su realización al siglo XII y la hacen eco de las novedades llegadas al reino navarro a través de la catedral de Pamplona¹⁹. En otras iglesias, en cambio, todos y cada uno de sus elementos revelan su edificación en un periodo determinado, como sucede con varias erigidas en gótico radiante poco antes de la peste negra (1348). Su planta de nave única, con capilla mayor poligonal de cinco paños y capillas secundarias abiertas a ambos lados del tramo oriental, sus muros de sillaría, sus puertas abocinadas con numerosas arquivoltas apoyadas en pilarcillos moldurados, sus ventanas con lancetas y óculos lobulados o triángulos curvilíneos, sus bóvedas de crucería con nervios de sección rematada en listel, sus pilares baquetonados que a veces apoyan sobre ménsulas, su complemento escultórico formado por portadas con escenas distribuidas en friso, por

¹⁷ J. Martínez de Aguirre (coord. cient.), *Enciclopedia del Románico en Navarra*, 3 vols., Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, 2008.

¹⁸ C. Fernández-Ladreda (dir.) et al., *El arte gótico en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2015.

¹⁹ J. Martínez de Aguirre, *Enciclopedia del Románico...*, op. cit., vol. I, pp. 225-228. La distancia entre ambas supera en poco los diez kilómetros: *ibid.*, pp. 203-210.

capiteles historiados y por claves con figuración, y ocasionalmente sus pinturas murales, todo ello evidencia su realización en dicho periodo²⁰.

Del más rudimentario al más complejo, los proyectos arquitectónicos eran resultado de numerosas decisiones, en buena parte condicionadas por las circunstancias y que solo parcialmente dependían de las capacidades de los artífices. Los distintos grados o niveles de complejidad arquitectónica conforman una escala coherente: lo sencillo corresponde a medios limitados, lo complejo y monumental a recursos abundantes. La elección de una planta no determinaba todo lo demás. Cada decisión era independiente, aunque formara parte de un proyecto completo. Lamentablemente, las claves de esta conjunción de elecciones raras veces son conocidas. Ignoramos, por ejemplo, por qué una iglesia diminuta como Santa Catalina de Azcona, a diferencia de otras de mayor tamaño en el mismo valle, contó con decoración de notable calidad en capiteles y canecillos, y con sillares exquisitamente tallados en el ábside, igual que desconocemos a quién representa el hombre que acerca su índice derecho al ojo esculpido en uno de los relieves (fig. 3)²¹.

Los procesos constructivos del pasado no tuvieron por qué regirse por aquello que en el siglo XXI podamos considerar lógico; de ahí que sea necesario analizar las edificaciones sin ideas preconcebidas, intentando comprender cuál fue la vocación del proyecto o los sucesivos proyectos que dieron forma a cada edificio y cuáles las circunstancias que los explican. Tan habituales como los proyectos integrales fueron las intervenciones pensadas para modificar algo existente, ampliar o sustituir una cabecera, ensanchar o alargar las naves, añadir pórticos o torres, dar énfasis visual o favorecer nuevos usos de los espacios occidentales, etc. Puede llamar la atención, por paradójico, que una iglesia edificada a retazos, en fases sucesivamente inacabadas, caso del Santo Sepulcro de Estella, ostente sin embargo perfectamente concluida una de las más impactantes portadas del gótico navarro. El sentido de lo aparentemente «ilógico» empieza a aclararse cuando fuentes escritas o visuales proporcionan pistas acerca de las intenciones. En este caso estellés, hay indicios para concluir que ricos burgueses

²⁰ En obras generales del siglo XX sobre arquitectura medieval navarra todavía no fueron advertidos los rasgos comunes de estas parroquias de nave única (por ejemplo, J. E. Uranga Galdiano y F. Iñiguez Almech, *Arte medieval navarro. Volumen cuarto. Arte gótico*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1973, pp. 174-175). Ha analizado la homogeneidad del grupo y sus variantes C. Martínez Álava, «El gótico radiante. Arquitectura: parroquias, santuarios y monasterios», en C. Fernández-Ladreda (dir.) *El arte gótico...*, op. cit., pp. 251-282.

²¹ En su mano derecha lleva una gran bola de piedra. Lo acompaña una inscripción donde se lee cómodamente SANSO y con dudas HA RAlA (que muchos han interpretado como GARCIA): *Enciclopedia del Románico*, op. cit., pp. 289-295.



Figura 3. Santa Catalina de Azcona.

del barrio de San Martín financiaron la gran portada para integrar su sepultura monumental en un escenario que, a manera de máquina del tiempo, uniera en el presente permanente de las piedras esculpidas el pasado de la historia de la salvación con el futuro del juicio final²². Hacerlo visible podía ser para ellos más importante que concluir el templo de manera monumental.

Los propósitos de cada promotor, individual o colectivo, se materializaron en hechos arquitectónicos, en dimensiones y espacios, en técnicas constructivas y complementos. Una metodología basada en el análisis inverso de los hechos arquitectónicos es capaz de proporcionar hipótesis verosímiles sobre la toma de decisiones en tres esferas: a) decisiones relativas a la espacialidad: emplazamiento, dimensiones, tipo eclesial, inclusión de ámbitos complementarios, etc.; b) decisiones relativas a las soluciones constructivas: tecnología y elementos; y c) decisiones referentes a los complementos ornamentales y discursivos. ¿En qué

²² La identidad familiar del principal promotor fue tallada en un pequeño escudo, en la peana de una de las estatuas del friso superior de la portada: J. Martínez de Aguirre y F. Menéndez Pidal, *Emblemas heráldicos en el arte medieval navarro*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, pp. 153-155.

medida este tipo de decisiones son relacionables con cuestiones de identidad? El concepto de identidad aplicado a la arquitectura tiene que ver, por una parte, con el conjunto de rasgos propios de un individuo o una colectividad que los caracterizan frente a los demás; y por otra, con la manifestación de la conciencia que una persona o colectividad tiene de ser ella misma y distinta a las demás. Puesto que ninguna construcción medieval fue igual a otra, cualquier iglesia de cualquier población, en la medida en que solía ser la edificación de mayor monumentalidad, podía ser vista como elemento caracterizador y en consecuencia identitario de dicha población. No es ese el género de identidad que nos va a interesar en estas páginas. Tampoco la manifestación de la identidad individual o de linaje a través de inscripciones y emblemas heráldicos²³. Me centraré, en cambio, en el deseo de mostrarse a sí mismos, como individuos o como colectivos, materializado mediante hechos arquitectónicos. El primer paso de una encuesta en esta línea ha de ser la constatación de la existencia de tales hechos arquitectónicos diferenciales para, a continuación, explorar la eventualidad de tomarlos como intencionales, producto de un deseo reconocible de naturaleza identitaria, lo que no siempre será fácil de probar.

2. TIPOS ECLESIALES, DIMENSIONES Y ESPACIOS A EDIFICAR

A la hora de construir una iglesia, las primeras decisiones tenían que ver con el emplazamiento, las dimensiones y el tipo eclesial. No es mucha la información que podemos extraer de los hechos arquitectónicos útil para acercarnos a los procesos de decisión que desembocaron en la elección de un emplazamiento concreto. En cambio, sí podemos alcanzar conclusiones analizando las dimensiones –desde pocas decenas hasta miles de metros cuadrados, en función de la comunidad a la que el edificio habría de servir, que normalmente proporcionaba los recursos para la edificación– y, sobre todo, la tipología de edificio.

Ya conocemos la conformación tipológica más rudimentaria, que se reducía a cuatro paredes y un techo. La denominaremos tipo A. Su edificación no requería especiales conocimientos, por lo que estuvo al alcance de las comunidades más modestas. Pese a su simplicidad, o quizá por ello mismo, su empleo se mantuvo durante toda la Edad Media (y hasta nuestros días), siendo la más frecuente en la Navarra medieval. Abundó en parroquias de aldea y en iglesias de segundo nivel de las villas. Aunque las hubo con espacio interior completa-

²³ Sobre la presencia de emblemas heráldicos en obras arquitectónicas medievales navarras, véase el libro citado en la nota anterior.

mente unificado, fueron más las articuladas en tramos, regulares o no, mediante arcos sobre ménsulas o pilares en el interior –excepcionalmente se embuten directamente en los muros, como en Carcastillo– y contrafuertes en el exterior. Los arcos sostenían techumbre de madera o bóvedas de cañón, apuntadas en mayor porcentaje. La sencillez del tipo no estuvo reñida con la presencia de ornamentación tallada o pintada, como en San Miguel de Ujué y San Miguel de San Martín de Unx. ¿En algún caso puede considerarse este tipo tan simple como portador de un sentido identitario conscientemente buscado? No me refiero, claro está, a la ya citada «petrificación de la pobreza», que hace que una iglesia rudimentaria se convierta en signo de la secular precariedad de una localidad, lo que ciertamente constituye parte de su identidad histórica. Me refiero a la sencillez buscada, cosa que no se dio en la mayoría de los casos, puesto que en cuanto fue posible muchos edificios parroquiales elementales fueron sustituidos por otros de mayor ambición. No obstante, sí cabe hablar de carácter identitario cuando el tipo A fue empleado en iglesias de gran tamaño, que lo adoptaron para mostrarse intencionalmente humildes. Eso fue lo que sucedió con los conventos mendicantes del siglo XIII. Recordemos que, por ejemplo, las normas emanadas de los primeros capítulos generales de los dominicos recogieron expresamente la intención de que sus conventos no fuesen ostentosos: *mediocres domos et humiles habeant fratres nostri*²⁴. Es fácil reconocer esta circunstancia en construcciones de generosas dimensiones cuyas techumbres de madera sobre arcos transversales se combinaron con puertas y ventanales decorados. Unas y otros demuestran la posesión de recursos económicos abundantes. Ejemplo prototípico es Santo Domingo de Estella (fig. 4), con 524 m² en su interior, edificada en la segunda mitad del siglo XIII bajo la protección del rey Teobaldo II en una ciudad donde las iglesias venían reflejando las aspiraciones sociales individuales y colectivas. Frente a las aspilleras que se abren como único vano de iluminación en decenas de iglesias de planta rectangular, en Santo Domingo un monumental ventanal típico del gótico radiante ilumina la capilla mayor. En vez de una puerta sencilla, presenta en su acceso occidental jambas y arquivoltas molduradas acompañadas de capiteles de cuidada hojarasca. La comunidad de dominicos quiso además que grandes escudos heráldicos proclamaran en sus muros la identidad de los benefactores. El complejo incluyó dependencias igualmente ajustadas a la planta rectangular de gran tamaño (refectorio, sacristía, sala capitular, dormitorio, etc.). Del mismo

²⁴ R. A. Sundt, «*Mediocres domos et humiles habeant fratres nostri*: Dominican Legislation on Architecture and Architectural Decoration in the 13th Century», *Journal of the Society of Architectural Historians*, XVI, 1987, pp. 394-407.



Figura 4. Santo Domingo de Estella.

tipo, aunque menos ambiciosas, son San Francisco y el Carmen de Sangüesa, y la Virgen del Río de Pamplona²⁵.

El segundo tipo (B) corresponde a iglesias de nave única cuya cabecera constituye un espacio arquitectónicamente diferenciado. Existen variantes. El más básico, subtipo BR, corresponde a las cabeceras de testero recto, generalmente más estrechas que la nave, como la capilla de Jesucristo en la catedral de Pamplona (excepcionalmente, en San Martín de Nagore la cabecera es más ancha que la nave). Tuvo escasa difusión en Navarra, al contrario de lo que sucedió en otros territorios de la península ibérica.

El subtipo de cabecera absidal (BA) dibuja un semicírculo al interior y al exterior y se eleva por tanto mediante un muro curvo. Predominó en época románica: así son ochenta entre las aproximadamente ciento treinta iglesias comentadas en la *Enciclopedia del Románico en Navarra*. Bien entrada la época gótica, los ábsides siguieron en uso, como vemos en San Andrés de Learza (Valdega), San Martín de Úgar (Yerri) y Santa Fe de Epároz (Urraul Alto). Todavía los encontramos en iglesias del siglo XVI y posteriores. El ábside puede tener la misma anchura que la nave o ser ligeramente más estrecho, lo que fue normal en los

²⁵ J. Martínez de Aguirre, «El modelo mendicante», en C. Fernández-Ladreda (dir.), *El arte gótico...*, *op. cit.*, pp. 92-102.

edificios más esmerados; puede trazar un riguroso semicírculo o prolongarse mediante un peralte o un anteábside diferenciado en anchura.

En época gótica triunfó el subtipo con cabecera poligonal de tres o cinco paños (BP). También aquí hay iglesias cuya cabecera prolonga los muros laterales (Villatuerta, Miranda de Arga), mientras en otras es de menor anchura que la nave (Santa María de Olite, San Saturnino de Artajona), disposición que facilitó la colocación de altares a ambos lados de la embocadura del presbiterio.

Dentro del tipo B, el paso del románico al gótico se vio acompañado de una generalizada ampliación del espacio interior. Las iglesias románicas más pequeñas, como Santa Colomba de Meoz, no llegan a los 50 m². Poco mayor es Santa Catalina de Azcona, lo que no impide que ambas tengan formas arquitectónicas o elementos ornamentales cuidados. La mayoría de los ejemplares del subtipo BA alcanzan entre 70 y 150 m², siendo excepcionales las que rondan o superan los 200 m² como San Jorge de Azuelo, San Martín de Unx y San Juan Bautista de Aberin.

Entre las góticas del subtipo BP, un número importante sobrepasó esa extensión, aunque la mayoría disponen de un espacio útil interior entre 80 y 250 m². Por encima o cerca de los 300 m² encontramos Ujué, Santa María de Olite, Miranda de Arga y el Santo Cristo de Caparroso; y por encima de 400 m², el Salvador de Sangüesa y San Saturnino de Artajona, ambas en poblaciones de gran prosperidad.

Quizá inspirándose en las capillas laterales programadas para iglesias mendicantes del siglo XIII como San Francisco de Sangüesa, en las iglesias parroquiales del gótico radiante se hizo habitual la apertura de capillas a ambos lados en el tramo inmediato al presbiterio (Villatuerta, Caparroso, Munáriz, Cizur Mayor, Ororbia, Larumbe, Noáin), que facilitaban la colocación de altares colaterales o servían como espacio para enterramientos privilegiados. Se configuró así un modelo que dibuja en planta una cruz (lo he denominado subtipo BP+), que por su idoneidad para poblaciones rurales perduró durante el tardogótico y hasta el siglo XVII, e incluso en edificios barrocos y posteriores.

San Cernin de Pamplona, reconstruida tras la victoria de los habitantes del barrio en la guerra de la Navarrería (1276), cuenta con la cabecera más compleja dentro del tipo B (fig. 5). El tramo oriental de la nave dibuja en planta un semioctógono irregular. Cada uno de los cinco lados menores da paso a una capilla: la mayor y las dos anejas poligonales, las otras dos rectangulares. No creo equivocado relacionar esta inusual complejidad con el orgullo de la población burguesa vencedora de la contienda civil, circunstancia que explicaría asimismo la extrañísima disposición de dos torres en los márgenes del presbiterio que comentaré más adelante.

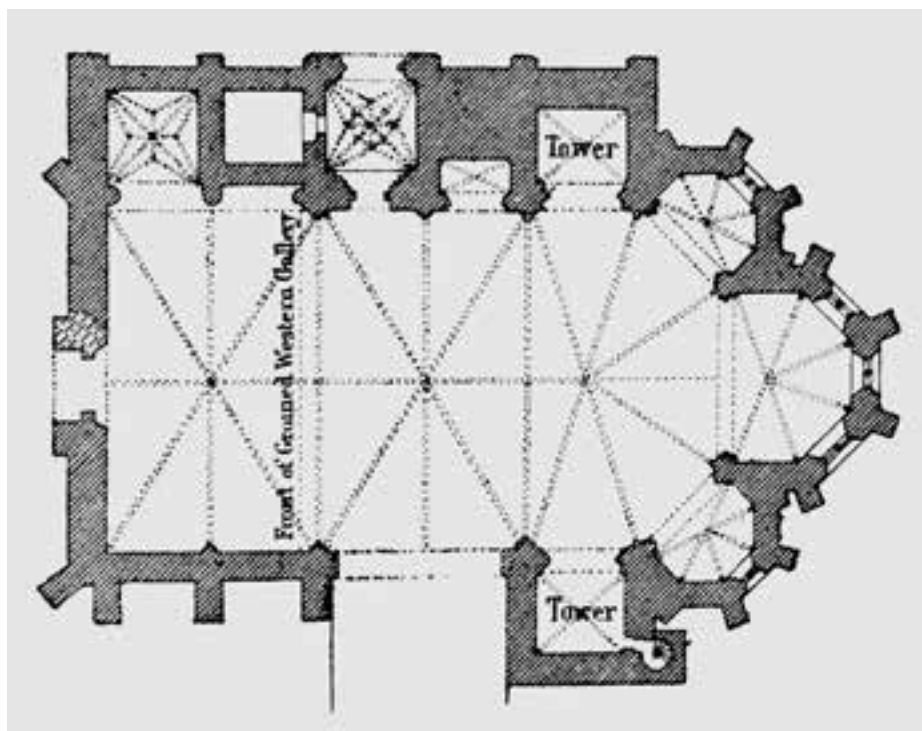


Figura 5. Planta de San Cernin de Pamplona (según G. E. Street).

BA y BP son habituales en instituciones y localidades no acuciadas por estrecheces económicas. BA es propio de prioratos, de encomiendas de las órdenes de Tierra Santa y de lugares que superaban la condición de aldeas por número de habitantes o relevancia comarcal. En varios casos sospechamos que su conformación arquitectónica responde a la intervención de señores (Artaiz, Arce, por ejemplo), pero por ahora no se ha localizado documentación que lo verifique. BP es propio de poblaciones crecidas en el clima de prosperidad de los siglos XIII y XIV anterior a las epidemias de peste (la más importante, la de 1348). En algún caso pudieron contar con el favor de eclesiásticos conocedores de la vanguardia artística, con buenas rentas y bien relacionados, como los canónigos de la catedral de Pamplona (podría ser el caso de San Zoilo de Cáseda y San Julián de Ororbía²⁶).

²⁶ C. J. Martínez Álava, «San Julián de Ororbía en la Edad Media», en C. J. Martínez Álava, M.^a J. Tarifa Castilla y J. Latorre Zubiri, *La iglesia de San Julián de Ororbía. Historia y restauración*, Ororbía, Concejo de Ororbía, 2014, pp. 13-84; J. Martínez de Aguirre y F. Menéndez Pidal, *Emblemas heráldicos...*, *op. cit.*, pp. 133-138.

Tampoco hay modo de confirmar si sus dimensiones y ambición arquitectónica eran producto de un deseo de autoafirmación o simple consecuencia de un importante aumento en su población, o de la necesidad de reedificar un templo anterior deteriorado. No es fácil saber en qué casos la elección del tipo B frente al tipo A (y más tarde del BP frente al BA, o del BP+ frente al BP) derivó de una intención identitaria o bien obedeció a la aceptación de lo más usual en una época o una comarca, el tipo que acostumbraban a edificar los maestros canteros en un determinado periodo.

Pese a no ser ostentosas, las soluciones de planta y las dimensiones de los templos del tipo B podían responder al deseo de manifestar la grandeza y dignidad de una institución. Una de las iglesias del siglo XII de mayor interés por su arquitectura y escultura es San Jorge de Azuelo (fig. 6), el edificio románico de nave única de mayor tamaño en Navarra. Sus medidas superan lo habitual en localidades más populosas (la población de la localidad se cifraba en 1366 en 6 fuegos²⁷). Proyectada en el románico pleno, su amplitud excede a la de los mayores templos de nave única del románico tardío. Sin duda el hecho de ser un priorato cluniacense dependiente de Santa María de Nájera explica lo imponente de su fábrica.

He agrupado como tipo C las iglesias con planta centralizada, que constituyen un porcentaje mínimo en la arquitectura medieval navarra. Han llegado a nuestros días tres: dos octogonales con ábside oriental (Santo Sepulcro de Torres del Río y Santa María de Eunate) y la tercera de planta cuadrada (Espíritu Santo de Roncesvalles), todas relacionadas con usos funerarios. El espacio interior de las tres es reducido. Durante muchas décadas fue generalizada la idea de que las plantas octogonales y circulares medievales habían sido propias de la Orden del Temple, lo que llevó a pensar que tanto Torres del Río como Eunate habían pertenecido a los templarios. E. Lambert demostró la falsedad del supuesto como regla general y diversos estudiosos evidenciaron que, en el concreto caso de Torres del Río, la iglesia no perteneció al Temple sino a la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, mientras que la propietaria de Eunate fue una cofradía funeraria²⁸. En Torres del Río estaríamos además ante un particular vínculo identitario entre formas arquitectónicas e institución eclesial, puesto que su planta, su compleja solución de abovedamiento –contiene la única bóveda navarra de nervios entre-

²⁷ J. Carrasco, *La población de Navarra...*, op. cit., p. 602.

²⁸ E. Lambert, *L'architecture des Templiers*, París, Picard, 1955; J. Martínez de Aguirre y L. Gil Cornet, *Torres del Río. Iglesia del Santo Sepulcro*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004; J. M.^a Jimeno Jurío, «Eunate y sus enigmas», *Príncipe de Viana*, LVI, 1995, pp. 85-120; *idem*, «Eunate y su cofradía. Ordenanzas antiguas», *Príncipe de Viana*, LVIII, 1997, pp. 87-117; *idem*, *Eunate. Hito jacobeo singular*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998.



Figura 6. San Jorge de Azuelo.

cruzados que dejan libre el centro–, su atípica y refinada configuración de vanos de iluminación con celosías de piedra y otros elementos persiguieron hacer de esta iglesia dedicada al Santo Sepulcro una construcción evocadora del templo hierosolimitano cabeza de la orden. Sin embargo, me inclino a pensar que no fue la propia orden quien decidió dotarla con esas soluciones formales. De documentos publicados en los últimos años cabe inferir que la decisión pudo haber correspondido a una noble dama, Teresa Ramírez, quien no habría escatimado en gastos hasta conseguir ser enterrada a las puertas de un pequeño templo triplemente evocador del Santo Sepulcro de Jerusalén por su dedicación, por sus formas arquitectónicas y por su destinatario final, la orden de canónigos homónima establecida en Tierra Santa²⁹. A su vez, Torres habría inspirado Eunáte. En cuanto al Espíritu Santo de Roncesvalles, sus formas y dimensiones se acomodan a lo adecuado a un carnario –así lo llama un poema del siglo XIII³⁰– pensado para recibir enterramientos en las duras condiciones del puerto pirenaico.

²⁹ J. Martínez de Aguirre, «Una arquitectura del Camino de Santiago: los binomios hospital-iglesia funeraria entre los Pirineos y la Meseta (1150-1220)», en *Los monasterios medievales en sus emplazamientos: lugares de memoria de lo sagrado*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, 2016, p. 200.

³⁰ «A carne carnarium recte nuncupatur»; también se refiere al edificio como basílica: «Est huius basilice medio preclarum altare contagia purgans animarum»: A. Peris, «El Ritmo de Roncesvalles: estudio y edición», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, 11, 1996, pp. 171-209.

El cuarto tipo (D) está constituido por las iglesias de tres naves. El desconocimiento generalizado de la arquitectura navarra anterior al año 1000 dificulta saber si la decisión tomada hacia 1025 de alzar con nuevos aires arquitectónicos la abadía benedictina de Leire –el edificio de tres naves con tres ábsides escalonados más antiguo entre los conservados– obedeció a una intención de autorrepresentación. Es posible que el abad y la comunidad hubieran deseado materializar por medio de esas formas arquitectónicas novedosas la adhesión de la abadía a las nuevas corrientes espirituales difundidas desde Cluny. Probablemente el nuevo proyecto fue impulsado por el abad Sancho, también obispo de Pamplona (1024-1052), quien durante su estancia en Cluny habría entablado amistad con san Odilón³¹. Siguieron el mismo modelo de tres naves y tres ábsides escalonados yuxtapuestos sin transepto (subtipo Ds) las iglesias de Santa María de Ujué, San Miguel de Aralar y Santa María de Sangüesa, en el románico pleno. A ninguna de las tres cabe atribuir una intencionalidad «benedictina», puesto que Aralar fue un santuario dependiente de Zamarce y la catedral de Pamplona, en Ujué no consta vínculo cluniacense –dependió de la canónica de Montearagón– y Santa María de Sangüesa fue construida por la Orden de San Juan de Jerusalén³².

El primer transepto conocido en Navarra se edificó para la catedral de Pamplona a comienzos del siglo XII (fig. 2). De una nave, sobresalía claramente con respecto de los muros de las naves laterales. A él se abrían dos capillas separadas y la capilla mayor, sin girola. La monumentalidad del proyecto, que lo asocia a obras como la catedral de Santiago y San Saturnino de Toulouse, pudo deberse al deseo de manifestar que en la sede pamplonesa se había impuesto la reforma de la Iglesia, puesto que Pedro de Roda, el obispo que la promovió, fue firme partidario de los nuevos rumbos que tomó la cristiandad occidental impulsados desde Roma. Los documentos acreditan el papel determinante de este prelado en la iniciativa de edificar una nueva catedral mucho más grande que cualquier edificio entonces en pie en el reino, dotado de formas acordes con lo más novedoso de su tiempo, lo que llamamos «románico pleno», que él había conocido personalmente por su formación monacal en Santa Fe de Conques³³.

³¹ J. Martínez de Aguirre, «Hacia la monumentalización del reino», en A. Martín Duque (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, vol. I, pp. 271-288.

³² La misma fórmula planimétrica sería finalmente aplicada en San Pedro de la Rúa de Estella. Su dependencia de San Juan de la Peña llevaría a pensar en una intencionalidad cluniacense, si no supiéramos que la cabecera triple no fue la primera opción, sino la consecuencia de una ampliación llevada a cabo en el románico tardío.

³³ Sobre Pedro de Roda: J. Goñi Gaztambide, *Historia de los obispos de Pamplona I. Siglos IV-XIII*, Pamplona, EUNSA, 1979, pp. 254-316. Sobre sus hipotéticas aspiraciones al edificar la catedral de Pamplona, véase bibliografía citada en nota 13.



Figura 7. Cabeceras de Santa María de Irache y Santa María de Yarte.

Pedro de Roda encontró al arquitecto cualificado para construir el gran edificio que deseaba en la persona del maestro Esteban. La llegada a Navarra de fórmulas compostelanas ha de atribuirse a la intervención de dicho maestro en el proyecto. Introdujo la combinación en planta de polígonos y semicírculos (en la capilla mayor), solución que a lo largo del segundo cuarto del siglo XII inspiraría las capillas mayores de Irache (fig. 7), San Martín de Unx y San Nicolás de Sangüesa. A su vez, Irache probablemente fue el referente para el ábside de su priorato de Santa María de Yarte (fig. 7). De manera un tanto curiosa, el arquitecto de Yarte decidió darle la vuelta al diseño del ábside, puesto que en Irache, la abadía madre, un polígono exterior envuelve el semicírculo interior mientras en Yarte, el priorato dependiente, es un semicírculo exterior el que enmarca el polígono interior³⁴. ¿Quiso evidenciar al mismo tiempo el nexo y la diferencia? A lo mejor estamos simplemente ante una aplicación de la *variatio*, la variación sobre el tema dado, recurso creativo muy habitual en la Edad Media.

³⁴ *Enciclopedia del Románico en Navarra, op. cit.*, vol. II, pp. 776-786.

El resto de las iglesias de tres naves con transepto y sin girola tienen las capillas laterales anejas a la capilla mayor (subtipo DT). Así son las de Irache, abadía benedictina reedificada en el románico pleno (su transepto no sobresale respecto de las naves laterales), San Miguel de Estella, parroquia de una próspera comunidad urbana, y las abadías cistercienses de Iranzu (una capilla a cada lado) y La Oliva (dos capillas a cada lado) en el románico tardío.

Ya en el siglo XIII, el subtipo DR corresponde a iglesias de tres naves cuyas laterales rematan en testero recto, de modo que la capilla mayor sobresale claramente, como Santa María de Roncesvalles. Ignoramos las motivaciones que condujeron a la introducción de esta solución, que apenas tendría continuidad en el reino navarro. Es asimilable a este subtipo San Miguel de Izaga.

La girola (subtipo DG) fue muy poco frecuente. Solo aparece en dos edificios anteriores a 1500: la catedral gótica de Pamplona y el monasterio cisterciense de Fitero³⁵. Como estudió L. Torres Balbás, la cabecera tardogótica de Pamplona combina dos peculiaridades: la existencia de un número impar de pilares en la capilla mayor, con la consecuente inexistencia de capilla axial, y la disposición de bóvedas que cubren al mismo tiempo el espacio de cada capilla abierta a la girola y del tramo correspondiente del deambulatorio³⁶. Ambas habían sido experimentadas ampliamente en edificios del norte de Francia y Bélgica, de donde vino el arquitecto que probablemente la proyectó: Johan Lome de Tournai³⁷. Este diseño habría satisfecho el deseo de monumentalidad de los promotores del templo sin sobrepasar el solar previsto (recordemos la cercanía del barranco que bordea el río Arga). No hay razón para suponer ninguna intencionalidad identitaria en la adopción de estas soluciones. En cuanto a Fitero, el diseño de su cabecera responde a fórmulas normales en la orden cisterciense, por lo que sin duda su monumentalidad y disposición se asociarían a dicha orden en las mentes de los conocedores de la gran arquitectura de su tiempo.

A mayor número de naves, mayor extensión. La mayor parte de las iglesias de tres naves ocupan más de 400 m². Superan los 1000 m² las grandes abadías cistercienses de Fitero, La Oliva e Iranzu, más algunas iglesias de núcleos ur-

³⁵ La de Santa María de Viana es posmedieval. Un diseño particular ofrece la arruinada San Pedro de Viana. Sus tres naves conducen a un amplio presbiterio semidodecagonal sin girola, al que se abrían cinco capillas poligonales, más dos occidentales casi cuadradas, quizá siguiendo modelos languedocianos y catalanes, quizá simplemente dando mayor complejidad a un diseño inspirado en San Cernin de Pamplona.

³⁶ L. Torres Balbás, «Filiación arquitectónica de la catedral de Pamplona», *Príncipe de Viana*, VII, 1946, pp. 471-508; un estudio completo y actualizado de la catedral en C. Fernández-Ladreda (dir.), *El arte gótico en Navarra*, op. cit., pp. 427-453.

³⁷ C. Fernández-Ladreda ha señalado las semejanzas con Saint-Maurice de Lille, lo que proporciona un nuevo argumento para suponer que el tracista de la cabecera fue Johan Lome: *Ibid.*, p. 446.

banos como Santa María de Tudela y San Nicolás de Pamplona³⁸. La catedral gótica de Pamplona excede con mucho los 2000 m², puesto que cuenta con capillas entre los contrafuertes.

Es interesante observar que el grupo de iglesias navarras de mayor longitud, las abadías cistercienses, solamente igualadas en esta magnitud por la catedral de Pamplona, no fueron sin embargo las más altas de su tiempo. Las superaron fábricas de menor superficie como Santa María de Tudela. Frente a los 17,37 m de altura de bóveda en el crucero de Santa María de Fitero, iglesia cuya longitud interior alcanza 79,07 m, el crucero de Santa María de Tudela se eleva a 23,10 m y su longitud interior suma 57,18 m³⁹. Se deduce que esas enormes abadías se atuvieron a una cierta austeridad arquitectónica propia de su orden poniendo límites a la altura, así como a la decoración escultórica y pictórica. Aunque san Bernardo clamó contra todo lo superfluo y excesivo, incluidas las «immensas altitudines, immoderatas longitudes, supervacuas latitudines» de los oratorios, los cistercienses navarros parecen haber moderado exclusivamente la elevación y la figuración⁴⁰. No tuvieron reparo en aceptar refinamientos sutiles (y su correspondiente sobrecosto) en la formulación de las ventanas, como las de doble vano de las capillas laterales de La Oliva o las de la cabecera de Fitero, donde tres maneras de combinar toros y rebajes se reparten en función del emplazamiento (capillas radiales, capilla mayor, transepto). Por su parte, los promotores de Santa María de Tudela favorecieron la abundancia de imágenes en los templos distribuyendo en sus tres portadas y el claustro discursos visuales dirigidos a sus conciudadanos. Era la orgullosa creación de una localidad que llegó a tener en la Edad Media casi tanta población como Pamplona⁴¹. De las cinco iglesias medievales navarras de mayor superficie, tres corresponden a abadías cistercienses proyectadas en la segunda mitad del siglo XII, aunque en algunos casos tardaran siglos en ser concluidas. En estos casos, la decisión no estuvo motivada por cuán numerosa iba a ser la comunidad que acogería el espacio eclesial, puesto que no consta que a lo largo de la Edad Media superaran la treintena de miembros, sino por las pautas arquitectónicas de la orden,

³⁸ La más pequeña es la recientemente excavada de San Esteban de Juslapeña. Quedan fuera de valoración obras inacabadas o remodeladas, como Leire y Ujué, ambas terminadas en época gótica con amplias naves únicas.

³⁹ Agradezco a Paula Garatea Aznar la información de las medidas de estas iglesias que ella estudia en su tesis doctoral sobre la práctica constructiva en las grandes iglesias tardorrománicas del valle del Ebro.

⁴⁰ San Bernardo, *Apología ad Guillelmum*, XII, 28 (P.L. 182, col. 914).

⁴¹ En 1366 Pamplona contaba con 967 fuegos y Tudela, 961: J. Carrasco, *La población de Navarra...*, *op. cit.*, pp. 194 y 215. Sobre el edificio y su complemento figurativo: VV. AA., *La catedral de Tudela*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2006.

que veía en la materialización de una gran arquitectura la manifestación de la vitalidad de una comunidad.

Además de la disposición de la planta, otros elementos de diseño arquitectónico pueden evidenciar el carácter de un templo. Por ejemplo, la abundancia o peculiar localización de las puertas y otros dispositivos arquitectónicos que pueden ponerse en relación con el modo de circular propio de determinadas órdenes religiosas, como sucede con las puertas y corredores de las iglesias cistercienses destinadas a los legos o conversos⁴². En Santa María de Ujué, circunstancias orográficas llevaron a la apertura atípica de dos puertas en distintos tramos de su nave única –una en el muro septentrional y otra en el meridional–, a la perforación de los contrafuertes y a la construcción de una magnífica galería volada en la fachada occidental (fig. 8). El carácter de iglesia de peregrinación y su peculiar emplazamiento justifican ambas soluciones, que todavía hoy facilitan la circulación de un enorme número de fieles en los días de romería⁴³. Pero el hecho de que una solución sea característica de un edificio, como sucede en Ujué, no implica que se buscase con ella una intencionalidad identitaria.

Existe generalmente una relación directa entre dimensiones, categoría del edificio e iluminación natural. En el proyecto se decidía cuántas ventanas tendría el templo, dónde estarían situadas, su forma y su tamaño. Todas las iglesias medievales navarras tuvieron al menos una ventana abierta en la cabecera, mayoritariamente en el centro, pero no siempre; en San Salvador de Gallipienzo la ventana perfora uno de los paños meridionales de la cabecera poligonal. Probablemente un edificio sin ventana en la cabecera no será medieval. A finales del siglo XV, a partir de la introducción de los grandes retablos que ocupan la mayor parte de la cabecera, dejaron de proyectar ventanas orientales en el eje y abrieron vanos en los muros meridionales para iluminar dichos grandes retablos, que llegaron a ser imprescindibles. En época románica se acentuó la iluminación del presbiterio; más de veinte iglesias de nave única cuentan con tres ventanas en el ábside, al mismo tiempo que son numerosas las que no disponen de vanos en los muros laterales. La mayoría de los vanos eran estrechos, tipo aspillera, con abocinamiento interior. A menudo carecían de cierre estanco. Se conformaban con un barrote que recorría el eje del vano dificultando la entrada de animales (no se documenta el uso de alabastro tan temprano). Con la llegada de los modos de construir góticos se incrementó el número y las dimensiones.

⁴² Lo significativo evidentemente no es tanto la puerta como el reparto de espacios dentro del templo, si bien la disposición de vanos y la existencia de pasillos de conversos constituye un identificador de los cenobios cistercienses.

⁴³ VV. AA., *Santa María de Ujué*, Pamplona, FCPHN, 2011, esp. 92-96.



Figura 8. Santa María de Ujué (Fundación para la Conservación del Patrimonio Histórico de Navarra).

Las grandes ventanas con tracerías fueron sobre todo cosa urbana. Sorprende a quien entra en Santa María de Tudela la luminosidad de la nave, consecuencia de las dobles lancetas con óculo del claristorio. Una sensación parecida experimentaron los visitantes de San Pedro de la Rúa de Estella entre los siglos XIV y XVI. Hoy en día es imposible hacerlo porque, debido a su inestabilidad, fue necesario desmontar en casi su totalidad la gran nave central edificada en el gótico radiante, con enormes ventanas cuyos alféizares todavía son visibles por encima de las bóvedas. La vidriera era un verdadero lujo. La escasa documentación al respecto nos informa de encargos fuera de Navarra. No consta que se colocaran en iglesias rurales, donde las ventanas góticas cuyos cierres originales ha sido posible conocer contaban con celosías de yeso (Gallipienzo, Ororbia), solución

empleada incluso en obras urbanas del gótico radiante (capilla Barbazana de la catedral de Pamplona)⁴⁴. El cierre con celosías había sido utilizado en ventanas románicas de grandes iglesias (Irache, Tudela).

En la mayoría de las iglesias medievales la planificación inicial contemplaba dispositivos para campanas, ya fueran sencillas espadañas de uno o más huecos, ya torres de uno o más niveles. El recurso más frecuente para dotar de campanario a los tipos A y B consistió en elevar a mayor altura los tres muros del tramo occidental de la nave y apoyar el cuarto sobre un arco sustentado por pilares o ménsulas. En algún caso el campanario fue edificado sobre el tramo de nave inmediato al presbiterio, disposición que optimizaba el abovedamiento (Santa María del Camino de Navascués). Cuando se quería un campanario de gran altura no fue raro erigirlo anejo a un muro lateral, solución menos complicada que sobre el crucero, como en Santa María de Sangüesa. A más altura y amplitud de vanos, mayor ostentación. San Pedro de Olite, dotada de la más hermosa flecha medieval del reino, es ejemplo elocuente de los retos propios del gótico radiante, pero no sabemos si su costosa construcción respondió a un deseo de autorrepresentación de los habitantes del barrio. No está de más recordar que las grandes flechas de ciertas iglesias centroeuropeas han sido vistas como manifestación de identidad ciudadana⁴⁵. En la misma localidad, la torre de Santa María se eleva sobre un cubo de muralla preexistente; por su parte, la de San Saturnino de Artajona fue erigida junto a un paño del presbiterio. Condicionada por la orografía, la torre de San Pedro de la Rúa de Estella fue ubicada en disposición oblicua sobre el tramo occidental de la nave norte. El mismo tramo ocupa la enorme mole torreada en San Nicolás de Pamplona. La de San Miguel de Estella, sobre el brazo norte del transepto, dominaba la plaza del mercado. San Cernin de Pamplona posee dos torres, algo atípico por ser edificio de nave única y porque están situadas inmediatas a la cabecera, posiblemente por deseo de ostentación y por utilidad militar frente a un barrio enemigo (ya hemos visto que la nueva parroquia fue edificada inmediatamente después de la victoria de los burgueses sobre sus vecinos de la Navarrería). En un contexto estrictamente local, la torre de Santa María de Sangüesa, orgullo de sus feligreses por su altura y su atrevida planta octogonal sobre el tramo de la nave central inmediato al presbiterio, fue emulada por las de Santiago y San Salvador en la misma pobla-

⁴⁴ J. Martínez de Aguirre, «Vidrieras, rejas, celosías y otros sistemas de cierre en ventanas góticas navarras», en R. Fernández Gracia (coord.), *Polchrom. Scripta varia in honorem M.^a Concepción García Gainza*, Pamplona, Gobierno de Navarra-Universidad de Navarra, 2011, pp. 523-531.

⁴⁵ Las intenciones identitarias de las grandes flechas caladas góticas centroeuropeas fueron estudiadas por R. Bork, «Into Thin Air. France, Germany, and the Invention of the Openwork Spire», *The Art Bulletin*, 85.1, 2003, pp. 25-53.

ción: la primera con planta cuadrada sobre el tramo situado ante el ábside; la segunda, octogonal sobre la cabecera poligonal. Revisando la lista ofrecida en este párrafo no queda duda de que también las altas torres fueron cosa específicamente urbana en la Navarra medieval.

Muchas iglesias medievales contaron con un pórtico ante la puerta principal, aunque sean pocos los abovedados conservados y menos aún los construidos al mismo tiempo que la iglesia⁴⁶. El pórtico románico navarro de mayor monumentalidad se encuentra ante la puerta occidental de San Miguel de Aralar, siendo además el único edificado para una iglesia de tres naves. Su espléndida bóveda de cañón se extiende de norte a sur cubriendo un amplio espacio. Es llamativa la concentración de pórticos en parroquias de la parte occidental de la cuenca de Pamplona, es decir, en el área entre Pamplona y Aralar. Corresponden a iglesias modestas de nave única de los tipos A, BA y BP. Fueron erigidos a lo largo del muro meridional, bien en toda su extensión, bien ocupando el espacio correspondiente a dos o tres tramos de la iglesia. Los de Esáin, Eusa, Larraya, Sagüés y Gazólaz son de tradición románica; los de Oteiza, Ochovi y Larumbe cuentan con soportes, ventanas y bóvedas góticas.

La peculiar distribución geográfica de torres y pórticos nos confronta ante una cuestión sin resolver, puesto que es difícil verificar en qué casos el seguimiento de modelos de proximidad obedeció a razones de identidad⁴⁷. El deseo de emulación resultó determinante en los empeños arquitectónicos. Los promotores podrían haber volcado en el edificio que los representaba el deseo de ser más que otros o no ser menos que nadie. No se me ocurre mejor explicación para la extraña trayectoria constructiva de las parroquias de Estella, y concretamente la aparente competición por conseguir una iglesia más amplia, más alta y más espléndida entre los barrios de San Pedro de la Rúa y San Miguel. Ambos templos se elevaron en emplazamientos dominantes, a un lado y otro del río. Los constructores de San Pedro iniciaron en el siglo XII una amplia nave única con cabecera de tres absidiolos abiertos al amplio presbiterio semicircular,

⁴⁶ También hay pórticos con arquería de piedra y techumbre de madera, como los de Ballariáin (románico), Añézar, Orrio, Usi y Berrioplano (góticos).

⁴⁷ También se da una cierta concentración geográfica en las criptas románicas. La más conocida y de mayor tamaño, con sus características cuatro naves, se encuentra en el monasterio de Leire, donde cumplió una indudable función estructural y un probable uso relacionado con el culto a las reliquias. También fueron estructurales la de San Martín de Unx y la situada bajo el ábside meridional de la catedral de Pamplona. La cuarta cripta románica se encuentra en Orísoain (Valdorba). Ya en el siglo XIII se edificaron la de San Salvador de Gallipienzo, de conformación tardorrománica y elementos ornamentales que anuncian el gótico, y la plenamente gótica de Santa María de Roncesvalles, la última cripta monumental del reino. No se aprecian vínculos entre unas y otras distintos a su localización en las comarcas orientales del reino.

solución posiblemente inspirada en iglesias del sur de Francia como San Caprasio de Agen (de esa región vinieron parte de los pobladores iniciales de la localidad). Mientras avanzaban las obras, al ver que sus vecinos de San Miguel erigían la cabecera de un templo con cinco ábsides, transepto y tres naves, los de San Pedro habrían decidido modificar el diseño inicial yuxtaponiendo dos ábsides y añadiendo naves laterales. Las obras de ambos edificios progresaron con lentitud e interrupciones. En una nueva fase, los de San Pedro pensaron que su iglesia sería magnífica con tres naves góticas de gran altura y enormes ventanales. Entonces los de San Miguel emprendieron también un recrecimiento en altura de su nave central que nunca terminaron y abrieron un gran ventanal en el hastial meridional del transepto, justo frente al barrio de San Pedro. Posteriormente, la nave central de San Pedro tuvo problemas de estabilidad y en el siglo XVI fue rebajada, además de precisar la edificación de arcos de entibo⁴⁸.

A la hora de proyectar una iglesia parece haber sido fundamental el número de personas que participarían en las celebraciones y que sufragarían su construcción. El diferente poblamiento en las comarcas de la Navarra medieval está en relación directa con la expansión de los tipos arquitectónicos. La dispersión propia de los valles atlánticos contrastaba con la organización combinada en aldeas y núcleos urbanos de implantación comarcal que caracterizó la franja media, e igualmente con la concentración poblacional en las riberas fluviales meridionales. La progresiva urbanización del reino auspiciada por la monarquía se inició a finales del siglo XI y se prolongó hasta el siglo XIV. Las dimensiones y la ambición arquitectónica de las iglesias estuvieron muy condicionadas por dicho poblamiento. En ciertas comarcas predominaron las iglesias de menos de 100 m², mientras en otras emprendieron sistemáticamente templos de mayor amplitud. El cruce de datos entre dimensiones y número de fuegos confirma que a más habitantes, más posibilidades de que se optase por una iglesia de tres naves, y también de que el edificio fuese renovado o ampliado a lo largo de los siglos. Lo confirma el cómputo de los aproximadamente ciento treinta edificios llegados a nuestros días cuyo estilo y cronología los caracterizan como románicos⁴⁹. Solamente dieciocho, el 13,8%, fueron planificados con tres naves⁵⁰: la

⁴⁸ VV.AA., *San Pedro de la Rúa de Estella*, Pamplona, FCPHN, 2012. En esta misma línea de hipotética competición entre barrios cabría valorar las sucesivas actuaciones en las respectivas portadas, torres y partes occidentales de San Pedro y Santa María de Olite.

⁴⁹ Se conservan más edificios probablemente anteriores a 1220, pero carecen de elementos que permitan caracterizarlos como tales sin asomo de duda.

⁵⁰ Es imposible concretar cuántas iglesias se construyeron en Navarra entre el año 1000 y 1230, con seguridad varios centenares más. Además de los aproximadamente ciento treinta citados, se conserva un número considerable carentes de elementos visuales que permitan asegurar su datación.

catedral de Pamplona; las abadías benedictinas masculinas de Leire e Irache; las abadías cistercienses masculinas de Fitero, La Oliva e Iranzu; ocho iglesias de prósperos núcleos urbanos (en Pamplona, San Nicolás –desconocemos cómo fue la iglesia románica de San Cernin–; en Tudela, Santa María; en Estella, San Pedro de la Rúa y San Miguel; en Sangüesa, Santa María, Santiago y San Nicolás; en Olite, San Pedro); tres santuarios de devoción ultracomarcal (Aralar, Ujué y San Esteban de Juslapeña); y San Pedro de Aibar, único ejemplo conservado de iglesia románica de tres naves en una localidad de tamaño medio (más de cien y menos de cuatrocientos fuegos en el siglo XIV). Otros ejemplares de esta última categoría, debido a la prosperidad de las correspondientes poblaciones, habrían sido sustituidos por fábricas góticas o renacentistas. En resumen, los edificios románicos de mayores dimensiones corresponden a instituciones religiosas de considerable relevancia, a templos urbanos y a santuarios. La catedral gótica, edificada tras el hundimiento parcial de la románica en 1391, fue con diferencia el mayor templo medieval del reino. Entre las iglesias góticas de tres naves, la *ecclesia peregrinorum* de Roncesvalles y las de Musquilda (Ochagavía) e Izaga comparten la condición de ser santuarios cuyo culto se extendió por los valles del entorno, aunque habría que valorar otras circunstancias en cada caso. Concretamente, Roncesvalles contó con el respaldo del rey Sancho VII, allí enterrado, lo que pudo favorecer su excepcionalidad⁵¹.

Es interesante observar la aceleración en el aumento de dimensiones a lo largo de los siglos XI y XII. En el siglo XI, Leire fue con diferencia el mayor templo del reino⁵². La catedral de Pamplona, consagrada en 1127, casi triplicó la extensión de Leire. En el siglo XII, Irache arrebató a Leire la condición de mayor iglesia monástica. Y en la segunda mitad de dicha centuria se iniciaron las abadías cistercienses, dos de las cuales superaron las dimensiones de la catedral de Pamplona. Luego se produjo un parón en la carrera de los grandes templos y tuvieron que pasar trescientos años hasta que la necesidad de edificar una nueva catedral en sustitución de la románica hundida en 1391 llevara a materializar un proyecto arquitectónico todavía mayor, con el respaldo económico y la voluntad de mag-

⁵¹ J. Martínez de Aguirre, L. Gil Cornet y M. Orbe Sivatte, *Roncesvalles. Hospital y santuario en el Camino de Santiago*, Pamplona, FCPHN, 2012, p. 36.

⁵² No hay certeza acerca de la realidad material de la catedral de Pamplona en esas fechas. Las arqueólogas que excavaron el subsuelo del edificio gótico identificaron como correspondiente al testero de la catedral prerrománica un fragmento mural de seis metros de longitud y 1,70 de anchura y como vestigio del muro lateral sur otro de grosor muy inferior (0,70 m de anchura media y diez metros de longitud). Suponen que tuvo nave única de treinta y cinco metros de longitud y doce de anchura. Pero a la hora de recrear su aspecto, dibujaron un interior con dos hileras de soportes intermedios: M.^a A. Mezquiriz Irujo y M. Unzu Urmeneta, *Arqueología en la catedral...*, *op. cit.*, pp. 86-93.

nificencia propios de Carlos III el Noble (1387-1425). Su arquitectura ajena a las tradiciones del reino, tanto en el proyecto de las naves como en el de la cabecera, se explica por la intervención de arquitectos extranjeros (Perrin de Simur, Johan Lome de Tournai) y de un promotor, el rey Noble, interesado por el grandiosidad arquitectónica que había conocido durante sus estancias en Francia.

3. PROCEDIMIENTOS CONSTRUCTIVOS Y COMPLEMENTOS FIGURATIVO Y ORNAMENTAL

Los muros de las iglesias medievales navarras hoy existentes son siempre de piedra, incluso en comarcas donde emplear ladrillos hubiera supuesto ventajas económicas y logísticas, como la Ribera del Ebro. A este respecto es importante señalar la escasez de templos medievales en la Merindad de Tudela. Solo se conservan los de gran tamaño (Fitero, La Oliva, Tudela, Tulebras) o relativamente grandes (Cabanillas, Carcastillo, Fustiñana, Mérida, siempre por encima de los cien metros cuadrados). Quizá hubo construcciones medievales de ladrillo en Corella o Cascante, localidades donde este material predominó en otras épocas históricas, pero está por confirmar. Tampoco las hay de adobe o de tapial, ni nos han llegado techumbres de carpintería como las que abundan en Castilla y la Corona de Aragón. En consecuencia, las connotaciones identitarias relativas al empleo del ladrillo y a la carpintería que se suele vincular con las creaciones usualmente denominadas «mudéjares» no afectan a la Navarra medieval. Y, sin embargo, la documentación es muy elocuente con relación a la existencia de comunidades mudéjares en el reino, especialmente en la merindad de Tudela, y a su intervención en los oficios de la construcción, especialmente en el trabajo de la madera⁵³.

La piedra se empleó en tres tipos de aparejo: de más barato a más caro, mampostería (generalmente con cadenas de sillares en las esquinas), sillarejo y sillería. Elegir uno u otro no era cuestión de gusto estético, sino que contaban factores como la disponibilidad de mano de obra especializada, la categoría de la iglesia y las circunstancias económicas, entre las que figuraba la distancia a la cantera. En edificios románicos de tipo B la mampostería aparece casi exclusivamente en encargos modestos, de aldeas con pocos recursos como Gomacin y Villanueva cerca de Puente la Reina⁵⁴. El sillarejo también es propio de localida-

⁵³ Se documentan numerosos artífices mudéjares trabajando al servicio de los reyes en los siglos XIV y XV: J. Martínez de Aguirre, *Arte y monarquía...*, *op. cit.*, pp. 76 y 107-110.

⁵⁴ En Gomacin en toda la iglesia, mientras en Villanueva en la nave, porque la cabecera y la torre se edificaron con sillares.

des con medios económicos limitados. Dentro de la sillería se aprecian diferencias en las dimensiones y el modo de tallar y asentar los sillares.

En un mismo edificio es posible encontrar dos o más técnicas. Los muros de iglesias como la citada Santa Catalina de Azcona llegan a combinar varias calidades (fig. 3). Parece haber sido iniciada, como otros edificios medievales, por el lado norte del espacio absidal, concretamente en el punto donde proyectaron una de las columnas destinadas a sostener el arco de embocadura, únicas columnas del templo. Dicho espacio absidal incluye un anteábside que viene a tener la misma profundidad que el ábside propiamente dicho. Fue elevado mediante un paramento magnífico, de sillares perfectamente escuadrados distribuidos en catorce hiladas cuya dimensión decrece conforme ganan altura. Remata en canecillos decorados con relieves de notable calidad. La homogeneidad del aparejo cambia a partir del contrafuerte meridional, donde también termina la secuencia de canecillos decorados. Toda la fachada meridional está edificada en sillería, con sencilla puerta en arco apuntado sin elementos escultóricos (¿por ahorrar?, ¿porque habían abandonado la obra los canteros y escultores de calidad?, ¿por diferenciar la parte principal del templo?). Al llegar a la fachada occidental, la sillería se prolonga poco más de un metro. El resto fue edificado con sillarejo, reservando los sillares para la esquina noroccidental y para un potente contrafuerte en medio de la fachada septentrional, que igualmente construyeron con hiladas irregulares y gruesos tendeles. En la nave no encontramos canecillos con relieves bajo las cornisas. De este modo, en un edificio de unos cincuenta metros cuadrados se alternan tres maneras de construir con calidad decreciente: la mejor sillería y los relieves recuerdan a la labor de quienes terminaron la cabecera de Irache; la intermedia requería canteros con cierto oficio, que podrían ser del entorno; y, finalmente, el sillarejo era propio de constructores rurales. La misma degradación se aprecia en el abovedamiento, más cuidado en la bóveda de horno del ábside que en la nave, donde se emplean arcos apuntados sobre ménsulas a manera de canes, todo de apreciable torpeza. Lamentablemente no hay manera de precisar los plazos ni las motivaciones de un proceso llamativamente complicado para un edificio tan pequeño.

A partir del siglo XI el aparejo por excelencia fue el sillar. El edificio más antiguo de cronología firme es la cabecera románica de Leire consagrada en 1057. Sus sillares, a veces enormes, fueron asentados con tendeles irregulares e hiladas combinadas. Su presencia nos habla de una enorme ambición arquitectónica y un deseo de impresionar. De notable antigüedad son también ciertas iglesias con muros de aparejo muy irregular, donde se mezclan sillares de buen tamaño con piedras pequeñas, creando hiladas perdidas que no recorren la totalidad del paramento, como en Eristain. Se han supuesto prerrománicas, pero de igual modo podrían ser muestra de perduración de fórmulas edificatorias

tradicionales mientras se introducía el aparejo regular románico. Hiladas que recuerdan a Leire y fragmentos de aparejo más irregular caracterizan la peculiar iglesia de Lizaberría (Ibargoiti). Me convence pensar en su construcción en la segunda mitad del siglo XI.

A partir de 1100, con la edificación de la catedral de Pamplona, el sillar bien escuadrado mantuvo su preponderancia hasta 1500. Lo normal fue tallarlo y asentarlo en hiladas regulares, generalmente entre veinte y cuarenta centímetros de altura. El formato de los sillares de época gótica tiende a ser más apaisado. Ciertamente se dan diferencias entre unas iglesias y otras, atribuibles tanto a la pericia de los canteros y constructores como a las limitaciones de la roca disponible en determinadas comarcas.

Los constructores medievales ingeniaron distintas soluciones de cubierta, acordes con la dignidad del edificio, el precio y la disponibilidad de material. En la Navarra medieval había madera y piedra abundante y de calidad. El transporte mediante almadías ponía troncos de los bosques pirenaicos a disposición de quienes pudieran pagarlos en comarcas más meridionales. Las techumbres de madera, con o sin arcos transversales, abundan en edificaciones modestas, aunque no resultaba demasiado costoso recurrir a las bóvedas más sencillas. Bóvedas hubo de todo tipo: horno, cañón, cañón apuntado (ambas sin o con arcos fajones), aristas, crucería sencilla, nervios de entrecruzamiento periférico, crucería sexpartita, radiales, de terceletes y estrelladas. Encima de la carpintería o de la bóveda se colocaban tejas o lajas de piedra, y en casos excepcionales piedra labrada, que fue empleada, por ejemplo, en la abadía cisterciense de La Oliva.

Un mismo edificio podía tener ámbitos cubiertos con carpintería sobre arcos transversales y otros abovedados. En tal caso, las bóvedas se reservaban para la cabecera: de horno en el ábside y de cañón o cañón apuntado en el anteábside. A veces el primer tramo sostenía un cimborrio con cúpula (Olleta) o una torre (Navascués, Villanueva de Sarría). La combinación bóveda absidal-techumbre de madera sobre la nave fue normal en el románico rural y perduró en época gótica. San Zoilo de Cáseda, edificada a comienzos del siglo XIV en gótico radiante, con bóveda de nervios radiales en la cabecera, tuvo cubierta de madera en la nave sustituida más tarde por bóveda. La solución adoptada en época medieval puede haber quedado oculta o disimulada debido a intervenciones posteriores como sucede en San Román de Zunzarren, donde una bóveda moderna impide ver los arcos transversales apuntados que originariamente debieron de sostener la techumbre de madera.

Los contrafuertes se emplearon con asiduidad en iglesias con arcos transversales y en las abovedadas con fajones, pero también hay iglesias con fajones que no los tuvieron. Se aprecia el impacto de modelos de proximidad en un grupo de iglesias románicas de la Cuenca de Pamplona caracterizado por sus

ábsides reforzados por cuatro contrafuertes (Maquirriain, La Trinidad de Arre, Azoz, la Virgen del Camino de Badostáin). Las que tienen cabecera más ancha los combinan con tres ventanas, mientras las de cabecera estrecha con una (Santos Emeterio y Celedonio de Cizur Menor) o dos (Berrioplano). Parecen derivar de la catedral de Pamplona, cuya capilla mayor tuvo un contrafuerte en cada ángulo, solución imitada en Irache. En cambio, en el románico de Tierra Estella los refuerzos absidales se formulan mediante columnas.

Otras veces el modelo de proximidad se aprecia en las semejanzas detectadas entre parejas de iglesias, como las románicas de Zariquieta y Santa Colomba de Meoz (similares en planta, aparejo y dimensiones), y las góticas de Azanza y Munárriz (muy parecidas en planta y recrecimiento defensivo). En ambos casos la distancia de separación no excede los cinco kilómetros. En la misma línea cabe citar las portadas lobuladas de Puente la Reina, Cirauqui y Estella.

De este modo, el promotor podía elegir entre un abanico de posibilidades condicionadas por el presupuesto y los artífices que pudiera contratar. A mayor cantidad de elementos moldurados o labrados de manera ornamental –como nervios, claves, enjarjes, capiteles, pilares fasciculados, basas, ménsulas facetadas o tracerías de ventana–, mayor coste. El interior de la cabecera de San Cernin de Pamplona despliega con ostentación una gran cantidad de piezas talladas por canteros especializados, contratados por los burgueses deseosos de hacer visible su riqueza y poder tras su victoria en la guerra de la Navarrería (1276). Lo mismo proclaman las magníficas bóvedas sexpartitas erigidas a considerable altura.

La toma de decisiones iniciales incluía los complementos figurativos o meramente ornamentales que habría que introducir en la fábrica conforme avanzase la construcción. Con ellos terminaremos este breve repaso. A partir de finales del siglo XI se generalizó la integración de figuración en puertas, capiteles, canecillos, claves, etc. Una vez salida de cimientos, era preciso haber contratado a los escultores y haber obtenido la piedra apropiada para los elementos tallados. Una portada con arquivoltas requería prever el resalte necesario desde la cimentación. Las portadas decoradas constituyen una de las grandes aportaciones del arte medieval. Posiblemente la primera en Navarra fue la de la catedral de Pamplona (1100-1127), seguida de la de Leire. Sus respectivos discursos visuales hacían propaganda de la espiritualidad de la institución. En la portada occidental de Leire reservaron lugar preferente en el centro del friso superior a las santas Nunilo y Alodia, cuyas reliquias eran veneradas en el monasterio. En la segunda mitad del siglo XII y primeros años del XIII, las grandes iglesias urbanas se apuntaron a la corriente: Santa María de Sangüesa, San Miguel de Estella, Santa María y la Magdalena de Tudela ofrecieron a los fieles impresionantes discursos visuales con carga dogmática y moral. Da la impresión de que o bien los pro-

pios burgueses, o bien los clérigos encargados de sus necesidades espirituales consideraron que las grandes iglesias requerían una gran portada, al menos en tamaño, aunque no siempre incorporaran un discurso figurativo complejo. La clave de las aspiraciones la suele dar el tímpano: los programas densos lo incluyen, las portadas que priman lo ornamental prescinden de él. Con la excepción de la puerta del Juicio de Tudela, con ocho arquivoltas ricamente historiadas y sin relieves en el tímpano –aunque probablemente se proyectara con algún tipo de figuración–, la multiplicación de arquivoltas se produjo en portadas carentes de tímpano: diez en San Nicolás de Pamplona y ocho en San Pedro de la Rúa de Estella. La iglesia de nave única de los templarios de Aberin luce una portada con cinco arquivoltas, también sin tímpano. Así mismo, tiene cinco arquivoltas decoradas con relieves, pero sin tímpano, Santiago de Puente la Reina, parroquia principal de una villa muy próspera. En los monasterios benedictinos las portadas fueron perdiendo importancia: Irache cuenta con dos tardorrománicas, la septentrional con arquivoltas molduradas y columnas con diez capiteles que despliegan escenas bíblicas y animales, y la occidental, con arcos apuntados planos, fórmula muy empleada en iglesias rurales. Todavía en el siglo XIV portadas de grandes iglesias góticas urbanas, como San Cernin de Pamplona y Santa María de Olite, incorporaron programas figurativos con multitud de personajes (el orgullo de los vencedores ya ha sido invocado para otras peculiaridades de la parroquia pamplonesa). En cuanto a Olite, un reciente estudio ha vuelto los ojos a la prosperidad de la comunidad urbana y una de sus fuentes de riqueza, las viñas, a la hora de explicar la profusión de motivos vegetales en sus arquivoltas⁵⁵. Ya he comentado lo llamativo del Santo Sepulcro de Estella, donde la calidad e interés de la portada están muy por encima de su arquitectura. Las portadas más moderadas de San José en la catedral de Pamplona, San Francisco de Olite y Santa María de Viana son buena prueba de que los promotores del siglo XV dieron cada vez menos importancia a este recurso, lo que no obsta para que en algún caso siguieran incorporando connotaciones identitarias. Por ejemplo, la elección de la escena de la coronación de la Virgen María para la puerta norte de la catedral pamplonesa ha sido puesta en relación con la personalidad y las circunstancias del reinado de la reina doña Blanca (1425-1441) y con el hecho de que la catedral fuese el marco de las coronaciones de los reyes de Navarra⁵⁶. En resumen, una vez generalizada la presencia de portadas desde

⁵⁵ C. J. Martínez Álava (coord.), *La portada de Santa María de Olite, de la vid a la piedra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2019.

⁵⁶ J. Martínez de Aguirre, «El honor de la Corona. Los encargos artísticos de la reina Blanca de Navarra (1425-1441)», *Goya*, 334, 2011, pp. 34-51.

las primeras décadas del siglo XII, todo tipo de órdenes religiosas y también las grandes parroquias urbanas llegaron a incluirlas en sus iglesias. Hasta las congregaciones más reacias al exorno figurativo, como el Císter, cuentan con algún ejemplo de portada repleta de relieves. En Navarra fue la abadía de La Oliva la que admitió un acceso de este tipo, posiblemente porque para cuando llegó el momento de terminar el hastial occidental de su iglesia abacial había quedado superado el rechazo a los relieves en los monasterios que con tanta vehemencia había expuesto san Bernardo en la *Apología ad Guillelmum* ya citada. Pero nos faltan documentos que aclaren las razones de este fenómeno, tanto a escala de las principales poblaciones de reino como en modestas iglesias rurales que, caso de Artaiz, contaron con inesperados complementos figurativos.

Concluiré resumiendo que los condicionantes de las decisiones relativas a la edificación de iglesias medievales se ordenan en cuatro bloques: territoriales, temporales, institucionales y personales. Es habitual que un edificio comparta características con los de su tiempo y su área territorial, sin que de ello se deduzcan motivaciones particulares de naturaleza identitaria. En cambio, el carácter pionero o retardatario de unas determinadas soluciones, o bien el hecho de encontrar elementos propios de un ámbito geográfico alejado podrían justificarse por motivos de ese género, como hemos mencionado en casos totalmente novedosos en el reino como la cabecera de Leire o la catedral románica de Pamplona. Las novedades pueden atribuirse al factor personal (decisiones tomadas por un individuo que tuvo motivos concretos para hacerlo así) o al institucional (decisiones tomadas en razón de la dignidad o el carisma de la institución, en un caso la abadía benedictina más importante del reino en su tiempo, que al mismo tiempo era panteón de la familia regia, y en el otro la única catedral del reino de Pamplona). Identidad institucional es reconocible asimismo en la humildad perseguida por algunas grandes iglesias mendicantes o la «austeridad» a su manera (en lo ornamental y en la altura, pero no en la longitud o en la calidad de la fábrica) de las abadías cistercienses. Como regla general cabe afirmar que cuanto menos extraordinarias fueron las personas y las instituciones, más determinantes resultaron el tiempo y el territorio para el resultado final del proyecto.

COMUNICACIONES

Lo visible y lo invisible en la materialidad de los edificios de León (1050-1300)*

Gema Mancebo González

Instituto de Historia, CCHS-CSIC
gemamancebo@usal.es

INTRODUCCIÓN

Entre los años 1050 y 1300, la construcción de edificios representativos civiles y religiosos sufrió una transformación caracterizada por el empleo de materiales duraderos, como la piedra o el ladrillo. Este proceso, conocido como Petrificación de la Riqueza, presentó diferentes variantes y cronologías en el occidente medieval. Mientras que ciertas zonas del centro peninsular –como Burgos, Palencia o las comunidades de Villa y Tierra– cuentan con un gran volumen de edificios conservados para la cronología de estudio, las áreas centrales del Reino de León –los focos en torno a León y a Sahagún– apenas preservan materialidad¹. Se trata de un interesante punto de partida, puesto que los territorios leoneses y facundinos tuvieron una relevancia singular desde las perspectivas social, política y económica, además de que fueron enclaves destacados del Camino de Santiago. Mediante esta investigación se pretende comprender las características sociales del fenómeno de la Petrificación, en un territorio donde el *vacuum* de las pervivencias materiales contrasta con la abundancia de fuentes escritas².

El presente análisis tiene como objetivo realizar un primer acercamiento a las particularidades del proceso petrificador en la ciudad de León, que fue la

* Esta investigación se ha desarrollado dentro del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300» del CCHS-CSIC Instituto de Historia, financiado por el programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea bajo el acuerdo n.º 695515.

¹ La información relativa a los edificios conservados se ha extraído de la base de datos de Petrifying Wealth, que se hará pública al final del proyecto, y de M. García Guinea *et al* (dirs.), *Enciclopedia del Románico de Castilla y León: León*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del Románico, 2002.

² Esta investigación forma parte de una tesis doctoral que se está desarrollando en el contexto del proyecto Petrifying Wealth, por lo que los resultados que van a presentarse son iniciales.

capital del reino homónimo durante gran parte de la cronología. Son numerosos los autores que han prestado atención al estudio de los edificios leoneses entre los siglos XI y XIII desde perspectivas dispares. Desde el trabajo de Risco sobre las iglesias de la ciudad³, múltiples investigadores se han percatado de la abundancia de menciones a centros religiosos en la documentación, destacando los trabajos clásicos de Claudio Sánchez-Albornoz, Armando Represa o Carlos Estepa, o el más reciente de Raúl González, por citar algunos⁴. Otras disciplinas como la Historia del Arte⁵ o la Arqueología⁶ también han abordado el fenómeno de la construcción en la ciudad y la deficiente conservación edilicia.

El objetivo de este estudio no pretende alcanzar grandes conclusiones, sino plantear algunas hipótesis de partida que ayuden a establecer las pautas para el estudio de la materialidad de los edificios a través de las fuentes escritas. En este sentido, se ha realizado un vaciado de colecciones diplomáticas dispares mediante el cual se han obtenido datos relativos a edificios que, por su tipología, han sido identificados como representativos –principalmente, iglesias, monasterios, palacios u hospitales–. El procesamiento de estos datos ha permitido observar cuál pudo ser el volumen de construcciones en la urbe entre 1050 y 1300, en qué momento aparecieron –al menos, documentalmente– y cuáles fueron sus tipologías. Este análisis no está exento de problemas, puesto que ha sido necesario rastrear el reflejo de la materialidad en unos diplomas que suelen ser parcos en información relativa a los edificios y sus procesos constructivos. Finalmente, la información obtenida de los textos se ha cotejado con los elementos conservados en la ciudad.

³ M. Risco, *Iglesia de León, y monasterios antiguos y modernos de la misma ciudad*, Madrid, Oficina de Don Blas Román, 1792.

⁴ C. Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*, Madrid, Rialp, 1999, 18.ª ed.; A. Represa, «Evolución urbana de León en los siglos XI-XIII», *Archivos Leoneses: revista de estudios y documentación de los Reinos Hispano-Occidentales*, 45-46, 1969, pp. 243-282; C. Estepa, *Estructura social de la ciudad de León (siglos XI-XIII)*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1977; R. González, *Élites urbanas y relaciones de poder en Oviedo, León y Astorga durante la Edad Media (siglos IX-XIII)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2007 (Tesis doctoral).

⁵ E. Fernández González, «Consideraciones generales sobre el románico en la provincia de León», en M. García Guinea et al. (dirs.), *Enciclopedia del Románico de Castilla y León: León*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del Románico, 2002, pp. 35-52.

⁶ Por citar algunos: J. A. Gutiérrez y F. Miguel, «Génesis del urbanismo en la ciudad de León y su transformación en la Edad Media», *Codex Aquilarensis: Cuadernos de investigación del Monasterio de Santa María la Real*, 15, 1999, pp. 45-90; J. A. Gutiérrez, «Las fuentes arqueológicas informadoras del espacio urbano medieval: la ciudad de León como ejemplo», en *Actas de Encuentros Internacionales del Medioevo: El espacio urbano en la Europa medieval. Nájera, 26-29 de julio 2005*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2006, pp. 77-145; R. Martínez, «Las transformaciones de la ciudad de León durante la Edad Media», en G. Cavero (coord.), *Construir la memoria en la ciudad: espacios, poderes e identidades (XII-XV)*. III, *La ciudad y su discurso*, León, Universidad de León, 2017, pp. 305-347.

1. LOS EDIFICIOS DOCUMENTADOS EN LA CIUDAD DE LEÓN

En contraste con la deficiente conservación edilicia, la ciudad de León cuenta con un buen número de evidencias diplomáticas que presentan un gran potencial para el estudio de los procesos de construcción durante la Plena Edad Media. Los volúmenes relativos al Archivo Catedralicio⁷ son una de las herramientas más provechosas a este respecto; si bien es cierto que también se han de tener en cuenta otras colecciones de instituciones afincadas en la ciudad y sus inmediaciones⁸, así como algunos diplomas de Sahagún⁹. La sistematización de los datos extraídos ha permitido la creación de un corpus que, por el momento, recoge alrededor de sesenta menciones a edificios representativos diferentes que existieron en la ciudad entre 1050-1300.

La información obtenida ha sido sistematizada en tres categorías: edificios religiosos, edificios civiles y hospitales¹⁰. Se ha podido observar (fig. 1) un predominio casi absoluto de alusiones a obras religiosas, siendo más de la mitad de estas correspondientes iglesias y monasterios –y tan solo una de ellas al palacio episcopal–. Las referencias a estructuras civiles alcanzan cotas muy inferiores e incorporan una disparidad de elementos, como fortificaciones, muros, puentes

⁷ J. M. Ruiz Asencio (dir.), *Colección Documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230)*. III (986-1031), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1987; J. M. Ruiz Asencio (dir.), *Colección Documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230)*. IV (1032-1109), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1990; J. M. Fernández Catón (dir.), *Colección Documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230)*. V (1109-1187), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1990; J. M. Fernández Catón (dir.), *Colección Documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230)*. VI (1188-1230), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1991; J. M. Ruiz Asencio (dir.), *Colección Documental del Archivo de la Catedral de León*. VIII (1230-1269), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1993; J. M. Ruiz Asencio y J. A. Martín Fuertes (dirs.), *Colección Documental del Archivo de la Catedral de León*. IX (1269-1300), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1994.

⁸ M. P. Yáñez, *El Monasterio de Santiago de León*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1972; M. E. Martín López et al., *Patrimonio Cultural de San Isidoro de León*. I/1. *Documentos de los siglos X-XIII*, León, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 2001; S. Domínguez Sánchez, *Colección Documental de los Bachilleres de San Marcelo y de las Parroquias de Nuestra Señora del Mercado, Valencia de Don Juan y Valderas*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 2001; B. Casado Quintanilla, *Colección Documental del Priorato de San Marcos de León, de la Orden de Santiago (1125-1300)*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 2007; S. Domínguez Sánchez, *Colección documental del monasterio de Santa María de Carbajal (1093-1461)*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 2000; J. A. Martín Fuertes (dir.), *Colección documental del Archivo Municipal de León (1219-1400)*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1998.

⁹ M. Herrero De la Fuente (ed.), *Colección Diplomática del Monasterio de Sahagún (857-1230)*. III (1073-1109), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1988.

¹⁰ Las categorías empleadas en el análisis se corresponden con los modelos organizativos establecidos por el Proyecto Petrifying Wealth.

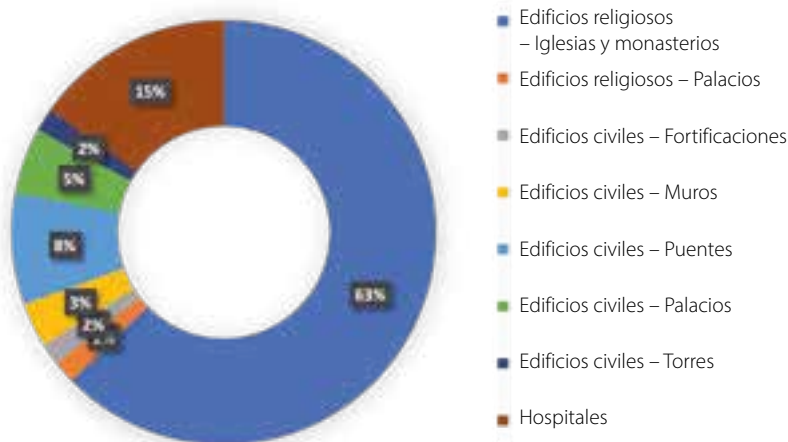


Figura 1. Tipología de los edificios registrados en León.

y palacios. En este sentido, cabe destacar que las fuentes proceden en su mayoría de archivos religiosos, lo que podría condicionar el registro. Por último, entre los hospitales se incluyen centros asistenciales con diferente denominación que alcanzan apenas un sexto del total de las menciones¹¹.

En lo tocante a la dispersión temporal de las alusiones (fig. 2), son numerosas las construcciones anteriores al periodo de estudio, erigidas entre el siglo X y la primera mitad del XI¹². Aparecen un gran número de centros religiosos –que pueden asociarse al fenómeno de los monasterios propios¹³–, pero también elementos tales como el castillo o la muralla de la ciudad¹⁴. Durante la segunda

¹¹ Se ha tomado la determinación de contar como entidades diferenciadas los hospitales y sus iglesias, ya que muchos de estos edificios religiosos alcanzaron relevancia propia, llegando a convertirse en parroquias y apareciendo en el *Becerro de Presentaciones*. C. Estepa, *Estructura social...*, *op. cit.*, pp. 141-142; J. A. Flórez, «El “Becerro de presentaciones”. Códice 13 del Archivo de la Catedral de León. Un parroquial leonés de los siglos XIII-XV», en VV. AA, *León y su historia. Miscelánea histórica V*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1984, p. 358.

¹² C. Estepa, *Estructura social...*, *op. cit.*, pp. 113-124; C. Sánchez-Albornoz, *Una ciudad...*, *op. cit.*, pp. 152-153.

¹³ G. Mancebo, «La representación documental de una realidad material desaparecida: la construcción de monasterios en la ciudad de León (c. 1000-1050)», *Studia Historica. Historia Medieval*, 39, 2021, pp. 45-68. Represa menciona que gran parte de los monasterios que existieron en la ciudad durante este periodo no tuvieron una duración dilatada en el tiempo. A. Represa, «Evolución urbana...», *op. cit.*, p. 252.

¹⁴ Para este análisis solo se han tenido en cuenta aquellos edificios que continúan siendo mencionados en los diplomas con posterioridad al año 1050. Para localizar menciones a centros religiosos anteriores a esta fecha: J. M. Fernández Catón y J. M. Ruiz Asencio (eds.), *Colección documental del Archivo de la Catedral de León (725-1230). VII Apéndices e Índices*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 2002, pp. 455-499; R. González, *Élites urbanas...*, *op. cit.*, pp. 599-619.



Figura 2. Cronología de la aparición de edificios en la documentación.

mitad del siglo XI se constata más de una decena de nuevos edificios, en su mayoría religiosos, destacando la obra de San Isidoro¹⁵. Las cifras continúan estables durante todo el siglo XII, cuando se registra la construcción de gran parte de los centros hospitalarios, así como las primeras citas a los puentes de la ciudad, ambos elementos estrechamente vinculados al desarrollo del Camino de Santiago. Finalmente, el volumen de obras nuevas documentadas decae para el siglo XIII, coincidiendo con el momento constructivo de la catedral gótica¹⁶.

2. EL REFLEJO DE LA MATERIALIDAD EN LAS FUENTES ESCRITAS

Los edificios documentados en las fuentes escritas han sido asociados a una existencia material a pesar de que, en la mayor parte de los casos, esto no puede refrendarse con información arquitectónica o arqueológica. Por este motivo cabría preguntarse qué elementos de los diplomas pueden dar pistas acerca del

¹⁵ T. Martín, «Recasting the concept of the “Pilgrimage Church”: the case of San Isidoro de León», *La Crónica*, 36 (2), 2002, pp. 167-168.

¹⁶ I. Bango, «Catedral de León. Desde la instauración de la diócesis hasta la magna obra de Manrique de Lara», en *Actas del Congreso Internacional «La Catedral de León en la Edad Media»*, León, Universidad de León, 2004, pp. 45-57.

alcance real de estas construcciones, analizando los contextos más comunes en las que son mencionadas. Varios ejemplos hacen referencia a los procesos de fundación o construcción de un edificio, como en el año 1084, cuando el obispo Pelayo fundó una *domus ospitalitatis* para pobres y peregrinos junto a la catedral¹⁷; o cuando en el año 1122 la reina Urraca conminó a Teobaldo, capellán de San Martín, que construyese la iglesia del Santo Sepulcro¹⁸. Este tipo de casos, poco habituales, no solo permiten corroborar con cierta seguridad la presencia de un edificio, sino que aportan datos acerca de su momento de construcción y los implicados en el proceso.

Lo más común es la alusión a estructuras como puntos de referencia en documentos relativos a compraventas o donaciones. Esto tiene una gran utilidad a la hora no solo de dar una data *post quem* a su fábrica, sino de aseverar que había una realidad material reconocible para la sociedad leonesa, asociada a un nombre y que estaba en un punto determinado de la ciudad. Sí es cierto que este tipo de citas no incluyen detalles descriptivos acerca de la apariencia física de las obras, limitando el conocimiento que se tiene sobre ellas a un punto aproximado dentro de un mapa, como ocurre en el caso de la iglesia de San Esteban¹⁹. Se trata la manera más habitual en la que se presentan obras civiles tales como el palacio del Conde Ramiro²⁰.

Menos comprobable es la presencia material en los casos en que un edificio es beneficiario de testamentos o donaciones, está implicado como donante o vendedor, o se cita como el lugar donde un individuo ejerce un cargo determinado. Generalmente, estos documentos no permiten discernir con claridad si se refiere a una edificación como tal, a una institución inmaterial asociada a ese nombre o a un grupo de individuos. Esto ocurre en el ejemplo del Convento de los Malatos, incluido en un documento de 1291, que parece referirse a un conjunto de personas²¹. El modo más adecuado de resolver estas diatribas es a

¹⁷ Archivo de la Catedral de León (ACL), doc. 1236 (1084). Para ampliar información: G. Ser Quijano, «Algunos aspectos de la caridad asistencial altomedieval. Los primeros hospitales de la ciudad de León», *Studia Historica. Historia Medieval*, 3, 1985, pp. 157-179.

¹⁸ «(...) mandavit mihi construere in nomine et honore Sancti Sepulcri (...)», ACL, doc. 1374 (1122). Para ampliar información: M. Prada Villalobos, «Orígenes y evolución histórica de un centro asistencial medieval en la ciudad de León: el Hospital del Santo Sepulcro o de Don Gómez», *Tierras de León: Revista de la Diputación Provincial*, 45, 2007, pp. 116-137.

¹⁹ «(...) in loco predicto illa uega sub ecclesia Sancti Stefani (...)», ACL, doc. 1505 (1118).

²⁰ «(...) alia uia que uadit de Porta Cauriense ad palatium comitis Ramiri (...)», ACL, doc. 1735 (1197).

²¹ «(...) conuento de los Malatos (...)», Archivo Municipal de León (AML), doc. 41 (1291). En su trabajo sobre el Hospital de San Lázaro de los Leprosos de León, Prada Villalobos menciona que el término *malatería* es usualmente utilizado para referirse a este tipo de instituciones, lo que

través de un análisis individualizado de los casos que conduzca a otras referencias donde la existencia del edificio esté más clarificada.

No solo la tipología de las referencias es importante a la hora de avalar la presencia de estas construcciones, sino también la cantidad de veces en las que un edificio es aludido. En la mayor parte de los casos analizados hasta ahora se ha contabilizado más de una mención para un mismo ejemplo. Incluso es habitual que aquellos incluidos originalmente en otras colecciones aparezcan en los diplomas catedralicios posteriormente, lo que permitiría contrastar su existencia en fuentes diversas. Aun así, contamos con ciertos ejemplos de menciones únicas, siendo el más llamativo el del monasterio de San Martín de Requexolo, recogido exclusivamente en un diploma de Sahagún de 1105²². Aunque el hecho de que solo se incluya en las fuentes facundinas puede explicarse por tratarse de un documento en el que San Martín es donado al monasterio de Sahagún, es llamativo que no vuelva a registrarse ni como punto de referencia.

La abundancia de menciones a estructuras con denominación idéntica o muy similar –generalmente, iglesias y monasterios–, dificulta la tarea de discernir si se trata de una única evidencia material o de varias. Entre los numerosos diplomas leoneses cabe señalar el de los templos bajo la advocación de san Juan. Antes del traslado de los restos de san Isidoro desde Sevilla en 1063, este lugar estaba dedicado a san Juan Bautista²³; asimismo, a comienzos del siglo XI surgió otro monasterio intramuros con análoga consagración²⁴. Por último, un documento fechado en 1192 recoge un centro llamado San Juan de Renueva²⁵. A estas menciones bien diferenciadas deben añadirse otras menos claras, como de *Santi Iohanni de Regla*, fechada entre 1228 y 1230, que quizá podría identificarse con San Juan de Renueva²⁶. No es tan sencillo el caso de San Juan Grecisco, intramuros y cercano a San Isidoro²⁷, que al no aportar detalles más precisos ni estar incluido en otras fuentes, no queda claro si es o no uno de los anteriores.

Por último, cabría preguntarse acerca de qué dicen los diplomas leoneses sobre los materiales empleados en las construcciones representativas de la ciudad. Como ya se ha adelantado, los motivos que llevan a poner por escrito

podría conducir a identificar esta referencia con dicho hospital. M. Prada Villalobos, «El Hospital de San Lázaro de la ciudad de León durante la Edad Media», *Estudios humanísticos. Geografía, historia y arte*, 22, 2001, pp. 109-122.

²² Colección Diplomática del Monasterio de Sahagún (CDMS), doc. 1128 (1105).

²³ T. Martín, «Recasting the concept...», *op. cit.*

²⁴ G. Mancebo, «La representación...», *op. cit.*, p. 53.

²⁵ ACL, doc. 1697 (1192).

²⁶ ACL, doc. 1956 (1228-1230). San Juan de Renueva aparece incluida en el Becerro como propiedad del cabildo A. Flórez, «El “Becerro...”», *op. cit.*

²⁷ Colección Documental del Monasterio de Santa María de Carbajal (SMC) docs. 21, 22 (1151).

los edificios generalmente no buscan dejar constancia clara de su presencia material, por lo que no resulta inusitado que no hagan alusión a este tipo de asuntos. La única evocación en este sentido se corresponde con una de la Cerca Nueva de la ciudad del año 1233, en la que es usada como punto de referencia bajo la denominación *murus terreus*²⁸. No parece que la pretensión de esta cita sea reflejar la materialidad del muro, sino más bien utilizar un adjetivo que lo distinga de la Muralla de Cubos; aun así aporta una valiosa información que permite saber que en el siglo XIII este recinto murario todavía no estaba petrificado²⁹.

3. LA MATERIALIDAD Y SU CORRESPONDENCIA CON LOS DOCUMENTOS

La dificultad intrínseca de identificar materialidad en las fuentes escritas se intensifica si se tiene en cuenta el reducido volumen de edificios conservados para la cronología de estudio. Los datos arrojados por la Historia del Arte y la Arqueología permiten corroborar que varias de las construcciones de la ciudad pueden adscribirse –completa o parcialmente– a la cronología 1050-1300 (fig. 3). Se trata principalmente de los edificios de la catedral de Santa María de Regla, San Isidoro, el palacio de «doña Berenguela», la iglesia de Santa María del Camino³⁰; varios tramos de la muralla –con alguna de sus estructuras asociadas, como la Torre Cuadrada–³¹ y los restos arqueológicos de San Salvador del Palat y Santa Marina³². Lejos de prestar atención a sus características estilísticas, cabría detenerse en contrastar cuál es la correspondencia entre los edificios conservados y los documentados.

La práctica totalidad de los restos mencionados se corresponden con edificios que aparecen en numerosas ocasiones dentro de las fuentes diplomáticas.

²⁸ ACL, 1996 (1233).

²⁹ Las primeras referencias a la construcción de la Cerca Nueva en piedra se corresponden con las décadas iniciales del siglo XIV: A. Represa, «Evolución urbana...», *op. cit.*, pp. 255-256; I. González Gallego, «Las murallas y los puentes de León en el siglo XIV», en VV. AA., *León y su Historia IV*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1977, pp. 367-411.

³⁰ M. García Guinea *et al* (dirs.), *Enciclopedia del Románico...*, *op. cit.*, pp. 533-612; T. Martin, «Chron-icling the Iberian Palace: written sources the meanings of medieval Christian rulers' residences», *Journal of Medieval Iberian Studies*, 2, 2010, pp. 109-139.

³¹ J. A. Avelino *et al.*, «Revisión arqueológica de las murallas de León (España)», en I. C. Ferreira (coord.), *Fortificações e Território na Península Ibérica e No Magreb (séculos VI a XVI)*, Lisboa, Edições Colibri, 2013, pp. 315-319.

³² Los investigadores también plantean que los restos localizados en la C/ San Pelayo podrían corresponderse con el monasterio de San Miguel, pero se trata de evidencias exiguas para ser incluidas en el análisis. J. A. Gutiérrez y F. Miguel, «Génesis del urbanismo...», *op. cit.*, pp. 58-64.



Figura 3. Plano de los edificios conservados. 1. Catedral de Santa María de Regla; 2. San Isidoro; 3. Santa María del Camino; 4. Palacio de «doña Berenguela»; 5. Torre Cuadrada; 6. Restos de San Salvador del Palat; 7. Restos de Santa Marina.

Sin embargo, hay una excepción significativa: la del palacio de «doña Berenguela», que no puede relacionarse con ninguna de las evidencias documentales de los siglos XI al XIII. Tradicionalmente se ha vinculado con una mención incluida en la *Chronica Adefonsi Imperatoris* que cita los palacios reales situados en San Pelayo³³, aunque esta hipótesis cuenta con detractores³⁴. Resulta llamativo que la diplomacia eluda –involuntaria o voluntariamente– una estructura civil de gran singularidad para el contexto leonés. Si se consideran los datos obtenidos de la revisión documental, puede apreciarse que el número de casas/palacios es ínfimo. Esto puede relacionarse con el hecho de que prácticamente todos los textos conservados pertenecen a instituciones religiosas, pero también a que la aparición de este tipo de evidencias civiles sea más común en el

³³ «Thalamus vero collocatus est in palatiis regalibus, qui sunt in Sancto Pelagio, ab infantissa domina Sanctia», *Chronica Adefonsi Imperatoris*, 93, en L. Sánchez Belda, *Chronica Adefonsi Imperatoris*, Madrid, CSIC, 1950, p. 71.

³⁴ M. García Guinea *et al* (dirs.), *Enciclopedia del Románico...*, *op. cit.*, pp. 580-588.

siglo XIV para las ciudades castellanoleonesas, coincidiendo con el auge de las aristocracias locales³⁵.

En lo que respecta los casos materialmente conservados de Santa María de Regla, San Isidoro y San Salvador del Palat, estos se corresponden con edificios altamente monumentales en su planteamiento, vinculados a grandes iniciativas áulicas o religiosas³⁶ cuyos ciclos productivos exceden los límites de la investigación³⁷. Por tanto, no es inusual que estas obras se hayan conservado en detrimento de otros proyectos que, probablemente, alcanzaron formas más sencillas. Los restos arqueológicos de Santa Marina –consistentes en una estructura formada por varios muros de mampuesto–³⁸, podrían ser un ejemplo del modo en que estaban constituidas algunas de las edificaciones de la ciudad, sobre todo aquellas que contaban con un origen temprano. De hecho, Santa Marina es citada por primera vez como monasterio en 1032³⁹, pero continúa apareciendo como parroquia en la documentación del XIII y está incluida en el *Becerro*⁴⁰.

El caso de Santa María del Camino también puede ayudar a plantear ciertas hipótesis acerca de la falta de conservación para otros edificios de características semejantes en la ciudad. Esta iglesia, citada por primera vez en 1092⁴¹ y cuya construcción se ha fechado entre finales del siglo XI y el XII, ha llegado a la actualidad gracias a sucesivas restauraciones. Estas intervenciones se registran ya desde el siglo XIV y se han sucedido de manera periódica, con el objetivo de paliar deficiencias estructurales que acarreaba desde su creación⁴². El hecho de que se tome la determinación de reparar la obra original resulta llamativo, pues existen numerosos ejemplos de edificios de la cronología de estudio que fueron reconstruidos en las centurias posteriores, como San Pedro de los Huertos o el

³⁵ J. M. Monsalvo, «Los espacios de poder en la ciudad medieval. Impresiones a partir de cuatro casos: León, Burgos, Ávila y Salamanca», en *Actas de la XII Semana de Estudios Medievales de Nájera: Los espacios de poder en la España medieval. Nájera, del 30 de julio al 3 de agosto de 2001*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 143-147. En el siglo XIV se registra en León la construcción de los palacios de los condes de Luna y Enrique II. J. M. Villanueva, *La ciudad de León del Gótico-Mudéjar a nuestros días. Siglos XIV-XX*, León, Nebrija, 1980, pp. 19-23.

³⁶ C. Estepa, *Estructura social...*, *op. cit.*, p. 116.

³⁷ Marta Rielo propone que la construcción de San Salvador implicó una elevada especialización constructiva –caracterizada por la utilización de sillería–, que respondería a unos ciclos productivos complejos y contaría con el auspicio de la monarquía para su fundación: M. Rielo, «Arquitectura eclesiástica en León en el Alto-medievo. Una lectura a través de los materiales y los documentos», *Arqueología y Territorio Medieval*, 27, pp. 99-100.

³⁸ J. A. Gutiérrez y F. Miguel, «Génesis del urbanismo...», *op. cit.*, pp. 60-61.

³⁹ ACL, doc. 901 (1032).

⁴⁰ J. A. Flórez, «“El Becerro...”», *op. cit.*

⁴¹ ACL, doc. 1265 (1092).

⁴² M. García Guinea *et al* (dirs.), *Enciclopedia del Románico...*, *op. cit.*, pp. 567-580.

Santo Sepulcro⁴³. Sin embargo, la combinación de ambas posibilidades plantea vías de explicación para el futuro, que podrían contribuir a explicar el *vacuum* leonés⁴⁴.

CONCLUSIÓN

Las fuentes documentales representan un recurso fundamental a la hora de estudiar la materialidad de los edificios desaparecidos. A pesar de que muchas veces son parcas en información –sobre todo en lo tocante a los materiales constructivos– y pueden inducir a confusiones debido a su homonimia, permiten reconstruir el paisaje edilicio. Gracias a ellas se ha podido corroborar que la escasez de restos materiales que han perdurado en León hasta la actualidad no es representativa de las realidades que estuvieron presentes en el periodo plenomedieval.

El estudio combinado de fuentes escritas y materiales puede ser de gran ayuda a la hora de plantear algunas hipótesis de partida para futuras investigaciones. De este modo, el análisis de los restos arqueológicos de Santa Marina o del edificio de Santa María del Camino aporta numerosas pistas que pueden aplicarse a otros casos de características semejantes y cronologías parejas, incluidos en los diplomas. En el primero de los casos, si se extrapola la utilización de mampostería y de técnicas poco refinadas de Santa Marina a otros edificios del siglo XI, quizá podría entenderse un poco mejor la deficiencia de conservación. Por otro lado, los problemas estructurales registrados en Santa María del Camino y sus constantes reformas desde momentos tempranos podrían estar también presentes en otras obras de la ciudad que quizá se reconstruyeron por completo. Futuras investigaciones centradas en las iniciativas que estuvieron detrás de estas aportarán más información al respecto.

Finalmente, las ratios de conservación y documentación entre edificios civiles y religiosos son muy amplias. Esto podría conducir a pensar en una ausencia casi total de palacios durante los tres siglos de estudio, que no parece probable para una capital regia que contó con la presencia de individuos notables. Sería interesante buscar posibles alusiones que permitan deducir un mayor empaque de ciertas estructuras de hábitat, sin encorsetarse en los modelos residenciales que estarán presentes a partir del siglo XIV.

⁴³ J. M. Villanueva, *La ciudad...*, *op. cit.*, pp. 28-32.

⁴⁴ Etelvina Fernández apunta a que pudieron existir varios motivos que condicionaron la escasa conservación de edificios para esta cronología, incluyendo la posibilidad de haber sido alterados sustancialmente mediante reformas posteriores o haber sido sustituidos por nuevas construcciones: E. Fernández González, «Consideraciones generales...», *op. cit.*, p. 36.

Alamudes en el románico hispano, ¿elementos de fortificación eclesial?*

Alejandro Piñel Bordallo

Instituto de Historia, CCHS-CSIC
alejandro.pinel@udg.edu

INTRODUCCIÓN

En el intervalo temporal comprendido entre los siglos XI y XIII, el paisaje europeo y en concreto el área de la península ibérica experimentó una importante transformación con el surgimiento y materialización en piedra de cientos de iglesias, tanto en zonas rurales como en los incipientes núcleos urbanos.

Algunos de estos templos románicos, debido a su morfología y características materiales, desempeñaron desde su concepción diversas funciones que fueron más allá del mero uso litúrgico y cultural¹. Destaca por ejemplo en este sentido la funcionalidad de las iglesias como baluarte militar o como simple refugio de la población ante situaciones de permanente o eventual conflicto o peligro.

Distintas referencias documentales y vestigios arquitectónicos confirman este fenómeno que ha sido estudiado de manera extensa en las últimas décadas². No es mi intención con este trabajo abordar el análisis de edificios con elemen-

* Esta investigación se ha desarrollado dentro del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300» del CCHS-CSIC Instituto de Historia, financiado por el programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea bajo el acuerdo n.º 695515.

¹ I. G. Bango Torviso, «Edificios e imágenes medievales: historia y significado de las formas», *Historia de España*, Madrid, Historia 16, 1995, n.º 11; J. Nuño González, «Detrás de lo artístico: otras formas de mirar el edificio románico», en *Perfiles del Arte Románico*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del Románico, 2002, pp. 111-143.

² La extensión y naturaleza de este trabajo no permite llevar a cabo un recorrido por la bibliografía surgida en las últimas décadas sobre la fortificación eclesial; para una idea general al respecto véase: M. Dimanuel Jiménez, «La investigación de la arquitectura religiosa fortificada medieval española: estado de la cuestión y metodología», en *Anales de la Historia del Arte*, volumen extraordinario, 2009, pp. 295-308.

tos evidentes de fortificación tales como merlones, adarves, torres o husillos, tratados desde una óptica militar en numerosos estudios y publicaciones. El objetivo de esta investigación es poner en valor el posible y eventual carácter fortificado de algunas iglesias de Zamora, Benavente (Zamora), Segovia y Ávila que, sin tener un perfil ni posiblemente una intencionalidad puramente militar, fueron dotadas de sistemas de bloqueo en sus accesos que, junto con las características materiales y potencia de sus muros, conferían al edificio la capacidad para refugiar en su interior bienes y personas en situaciones de comprometida seguridad; construcciones polifuncionales, reflejo de la sociedad y el contexto en el que se construyeron.

1. LA IGLESIA COMO MARCO ARQUITECTÓNICO EN SITUACIONES DE CONFLICTO A LA LUZ DE LAS FUENTES NARRATIVAS Y DOCUMENTALES

A mediados de del siglo XII, se documenta cómo en la ciudad vallisoletana de Medina del Campo unos burgueses incendiaron la iglesia de San Nicolás dando muerte con esta acción a trescientos hombres que se refugiaban en su interior³. Del mismo modo, en el invierno de 1158, según relatan los textos literarios, acaeció en la ciudad de Zamora una importante revuelta urbana conocida como el «Motín de la Trucha», derivada de un conflicto que se produjo en uno de los mercados de la urbe entre un noble y un artesano por los derechos de adquisición y compra de una trucha; el altercado se saldó con el incendio de la iglesia de Santa María y la muerte de los nobles que se encontraban en el interior del edificio⁴.

Dejando de lado la discutida veracidad de algunos de los hechos anteriormente señalados, como sucede con el episodio zamorano⁵, de ambos relatos

³ Este hecho se desprende de algunas cartas enviadas por el papa Alejandro III como mediador en el conflicto; J. L. Martín Martín *et al.*, *Documentos de los archivos catedralicio y diocesano de Salamanca (siglos XII-XIII)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1977, docs. 48-54; «Pervenit ad nos quod cum olim inter populum de Medina, seditio non modica exorta fuisset, quibusdam ad ecclesiam Sancti Nicholai confugientibus, alii eosdem sunt acrius insecuti, ita quod illis, infra ecclesie limina per triduum fere obsessis, cum ad deditonem cogi non possent ipsi qui exterius erant, diabolico furore successi, ecclesiam cum trecentis hominibus concremarunt, et eam, sicut populus cecus, et Deum non timens, ex magna parte diruere nullatenus formidarunt (...)», *Ibid.*, doc. 51.

⁴ J. González, *Regesta de Fernando II*, Madrid, CSIC, 1943, pp. 24-28.

⁵ Véase al respecto: F. Luis Corral, «Leyenda y realidad histórica: El contexto político del “Motín de la Trucha” de Zamora en el siglo XII», *Studia Zamorensia*, VI, 2002, pp. 29-47.

se desprende cómo en situaciones de conflicto los edificios eclesiales pudieron actuar a modo de marco arquitectónico de la acción, espacio de protección y objetivo de las acciones bélicas. Se trata de un denominador común que podemos rastrear a partir de diversas fuentes narrativas y documentales dentro del ámbito geográfico de la península ibérica, entre los siglos XI y XV, y que dan noticia de este uso de edificios eclesiales como puntos encastillados o de refugio ante situaciones levantiscas.

La *Historia Compostelana*, redactada en las primeras décadas del siglo XII (c. 1100-1139), nos da a conocer los enfrentamientos de los habitantes de la ciudad de Santiago contra el obispo Gelmírez y la reina Urraca quienes, en pro de su defensa, utilizaron las torres de la incipiente catedral jacobea como refugio:

Postquam episcopus et regina uidere ecclesie incendia et predictos complices cum tanta multitudine promptos ad omne nefas, non ausi confidere in palatiis episcopi, confugiunt ad turrim signorum una cum comitatu suo (...) Pars eurom super ecclesiam, pars in turribus, pars humi circumdensata, turris illam inuadunt, proiciunt saxa et sagittas episcopo et regine eorumque soccis mortem minantur (...) et conexis super capita ignem submitunt per fenestram, que eran in inferior parte turris (...) Ignis intra turrim incenditur et eos, qui in turre eran, aggreditur⁶.

A principios del siglo XIV, durante los tumultos civiles producidos en la ciudad de Segovia ante la minoría de edad de Alfonso XI, algunos hombres encabezados por Garci Sánchez se refugiaron en la iglesia de San Martín, quemada y asediada por sus atacantes:

...y hallando vacía la casa de Garci Sanchez, se lanzaron sobre el vecino templo de San Martín, adonde se había refugiado con sus seguidores, y pegaron fuego a la torre que a unos y otros envolvió en sus ruinas⁷.

⁶ «Después que el obispo y la reina vieron el incendio de la iglesia y que los mencionados cómplices con tan gran multitud estaban dispuestos a toda maldad, no atreviéndose a confiar en los palacios del obispo, se refugiaron en la torre de las campanas con su séquito (...) Una parte de estos sobre la iglesia, otra parte sobre las torres, otra reunida en tierra, atacan la torre, lanzan piedras y flechas, amenazan de muerte al obispo, a la reina y a sus aliados (...) y uniendo los escudos sobre sus cabezas, meten fuego por una ventana que había en la parte inferior de la torre (...) El incendio se propaga dentro de la torre y ataca a los que estaban dentro»; Texto en latín: E. Falque Rey (ed.), «Historia Compostelana», en *Corpus christianorum, continuatio mediaevalis*, Bélgica, Typographi Brepols Editores Pontificii, 1988, LXX, pp. 203-204; Traducción: *idem*, *Historia Compostelana*, Madrid, Akal, 1994, pp. 273-274.

⁷ J. M. Quadrado, *Recuerdos y Bellezas de España: Salamanca, Ávila y Segovia*, Barcelona, Imp. de Joaquín Verdaguer, 1865, p. 404.

Décadas más tarde, en 1383, el obispo de Lisboa se acogió a la protección de las torres catedralicias de la ciudad como último baluarte:

... non era bien quisto en la cibdad; e desque oyó que el Conde de Oren era muerto ovo grand temor, e púsose en una torre de la Iglesia mayor de la cibdad, do estaban compañías, e todo el pueblo fue para allá, é allí le mataron e le derribaron la torre ayuso⁸.

En el año 1439, el arcediano Juan Gómez de Anaya se guarneció en las torres de la seo de Salamanca en oposición a la llegada del rey Juan II a la ciudad. Tras dirimir estas revueltas y consolidar su poder, el monarca nombró a Gonzalo de Vivero alcaide de las torres. Años más tarde, en 1456, el cabildo salmantino acusó al propio Gonzalo de Vivero, ahora como obispo, de haberse encastillado en las torres de la catedral:

En Salamanca estaba apoderado en la iglesia Juan Gómez de Anaya, que es lo más e lo mejor de la çibdad⁹.

... estaba apoderado y en la torre de la iglesia donde tenía asaz gente de armas, y no consintió que el rey allí se aposentase¹⁰.

Interrogatorio de un pleito entre don Gonzalo de Vivero, obispo de Salamanca, y el cabildo, por haberse apoderado aquel de la torre de la catedral para encastillarla para su provecho y tener mayor dominio en la ciudad e iglesia por haber obrado contra los estatutos y haber encarcelado a varios prebendos de la catedral sin consultar al cabildo¹¹.

A la luz de estas referencias, parece evidente que los templos y torres eclesiales y catedralicias fueron lugares idóneos para la defensa *in extremis* de la población en general –y obispos, reyes y nobles en particular– ante situaciones de peligro e inestabilidad; funcionalidad como baluartes que perduró en el tiempo,

⁸ *Crónica de los Reyes de Castilla*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1875-1878, p. 184; La *Crónica de los Reyes de Castilla* fue escrita a principios del siglo XIV (c. 1300).

⁹ J. M. Carriazo y Arroquia (ed.), *Crónica del halconero de Juan II. Pedro Carrillo de Huete*, Madrid, Espasa-Calpe, 1994, p. 335. La *Crónica del halconero de Juan II* fue redactada a principios del siglo XV (c. 1406-1454).

¹⁰ *Idem*, *Crónica de Juan II*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982, tomo 68, cap. XVI, p. 558. La *Crónica de Juan II* fue redactada en las primeras décadas del siglo XV (c. 1406-1435).

¹¹ Archivo Catedralicio de Salamanca, caja 24, leg. 1, n.º 28. M. González García, *Salamanca: la repoblación y la ciudad en la Baja Edad Media*, Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos, 1973, p. 50. I. G. Bango Torviso, «El verdadero significado del aspecto de los edificios: de lo simbólico a la realidad funcional, la iglesia encastillada», *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 9-10, 1997-1998, p. 66.

años después de la construcción de los edificios, como se pone de manifiesto con el ejemplo segoviano de la iglesia de San Martín construida en el siglo XII¹² y utilizada como refugio dos centurias después.

2. ALAMUDES EN IGLESIA DE CASTILLA Y LEÓN: ¿ELEMENTOS DE FORTIFICACIÓN?

La selección de referencias textuales que he presentado en las líneas previas pone en evidencia únicamente la utilización de algunos templos muy concretos, en muchos casos catedralicios, como escenario de acciones bélicas y puntos de encastillamiento. Ante esta premisa la pregunta suscitada es la siguiente: ¿todas las iglesias cumplieron con esta misma funcionalidad?

Al pensar en edificios eclesiales con funciones defensivas, tendemos a buscar en sus fábricas elementos arquitectónicos de evidente aspecto militar –merlones, adarves, pasillos interiores de comunicación entre estancias o saeteras– que nos permiten elucubrar acerca de las posibles características militares de los conjuntos arquitectónicos¹³.

Sin embargo, tal como señaló Isidro Bango¹⁴ y posteriormente Rico Camps en su monográfico sobre San Vicente de Ávila¹⁵, existieron toda una serie de edificios eclesiales preparados para la guerra que probablemente nunca tuvieron una silueta militar en sus fábricas, sino «ciertas características constructivas o de ubicación en el conjunto del edificio que, en una primera interpretación, no seríamos capaces de identificar con un fin bélico»; características y recursos diversos, quizás en materiales perecederos como la madera o insertos en las fábricas y que en su mayoría son desconocidos a día de hoy ante nuestros ojos.

Un ejemplo significativo de estos recursos arquitectónicos, fácilmente vinculables con una realidad defensiva, en iglesias sin un aparato militar evidente

¹² Primera referencia documental en 1117. M. A. García Guinea *et al.* (dirs.), *Segovia: Enciclopedia del Románico en Segovia*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del Románico, 2007, p. 1435.

¹³ Dentro del ámbito hispano existen numerosas iglesias con perfil encastillado con diferentes cronologías dentro del periodo medieval. Véase en este sentido para el ámbito de Castilla y León el catálogo de edificios recogido en: V. Arrieta Berdasco, *Iglesias fortificadas de Castilla y León: simbiosis arquitectónica entre el uso defensivo y el religioso*, Universidad de Valladolid. Tesis Doctoral, 2016 <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/16377>

¹⁴ I.G. Bango, «Edificios e imágenes medievales...», *op. cit.*, p. 46.

¹⁵ D. Rico Camps, *El Románico de San Vicente de Ávila (estructuras, imágenes, funciones)*, Murcia, Nausicaä, 2002, p. 211.

en su fábrica lo encontramos en algunos templos castellanoleonés¹⁶. Me refiero a la existencia de mechinales junto al interior de los accesos que atraviesan el espesor del muro con la finalidad de albergar cierres de alamud.

Un alamud, según la Real Academia Española, es una «Barra de hierro, de base cuadrada o rectangular, que servía de pasador o cerrojo para asegurar puertas y ventanas»¹⁷. Luis de Mora-Figueroa, en su *Glosario de Arquitectura Defensiva Medieval*, ofrece la siguiente definición: «Viga de madera y/o hierro que, cruzada y encastrada en la cara interna de una puerta, aumenta su resistencia al forzamiento»¹⁸. Este sistema de cierre (fig. 1) ha sido documentado tanto en el periodo medieval como en épocas posteriores en edificios de carácter castrense (murallas, castillos, torres) con una finalidad clara: bloquear el recinto o edificio, desde su interior, para asegurar en él personas y bienes materiales ante situaciones de peligro¹⁹.

El caso más relevante de estas estructuras en iglesias románicas lo encontramos en la ciudad de Zamora, en la que he podido documentar la existencia de seis iglesias con restos, más o menos evidentes, de huecos de alamud. De ellas cabe destacar en concreto cinco: la de San Isidoro (1178), Santiago del Burgo (1181), Santa María de la Horta (1212), Santa María La Nueva (1159) y San Juan de Puerta Nueva (1172)²⁰. Las tres primeras presentan la peculiaridad de conservar en todos sus accesos profundos mechinales para albergar el alamud o tranca de madera o hierro. Se trata de huecos con una longitud que oscilan entre 2,50 y 3,50 metros, de sección rectangular horadan el espesor del muro en uno de sus lados y permitían esconder la tranca en el interior del paramento;

¹⁶ La selección de iglesias que en las líneas siguientes abordaré no es el resultado de un análisis sistemático de los edificios conservados (ss. XI-XIII) en estas ciudades. La imposibilidad de acceder al interior de muchos de estos templos hace que el resultado de esta investigación se convierta en una pequeña cata de ejemplos significativos con presencias de cierres de alamud que permite abrir una nueva ventana a posibles futuras investigaciones.

¹⁷ «alamud» <https://dle.rae.es/alamud>

¹⁸ L. de Mora-Figueroa, *Glosario de Arquitectura Defensiva Medieval*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1996, 2.ª ed., pp. 35-36.

¹⁹ José Ramón Luis Checa dedica en su tesis doctoral unas páginas al estudio de los cierres de alamud con restos de las trancas originales en madera, documentados en las torres medievales de Piqueras, Barrachina, Alcalá y Chumillas (Cuenca); J. R. Luis Checa, *Torres exentas en el ámbito del Júcar Medio (Cuenca): implantación territorial y caracterización constructiva*, Universitat Politècnica de València. Tesis Doctoral, 2012, pp. 428-431. Además, en la ciudad de Zamora, en uno de los accesos al primer recinto amurallado denominado como Puerta de doña Urraca, he podido documentar un sistema alamud similar al que se localiza en las iglesias.

²⁰ Las fechas corresponden a la primera mención documental de cada iglesia; M. A. García Guinea et al. (dirs.), *Zamora: Enciclopedia del Románico en Castilla y León*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del Románico, 2002, pp. 357-561.

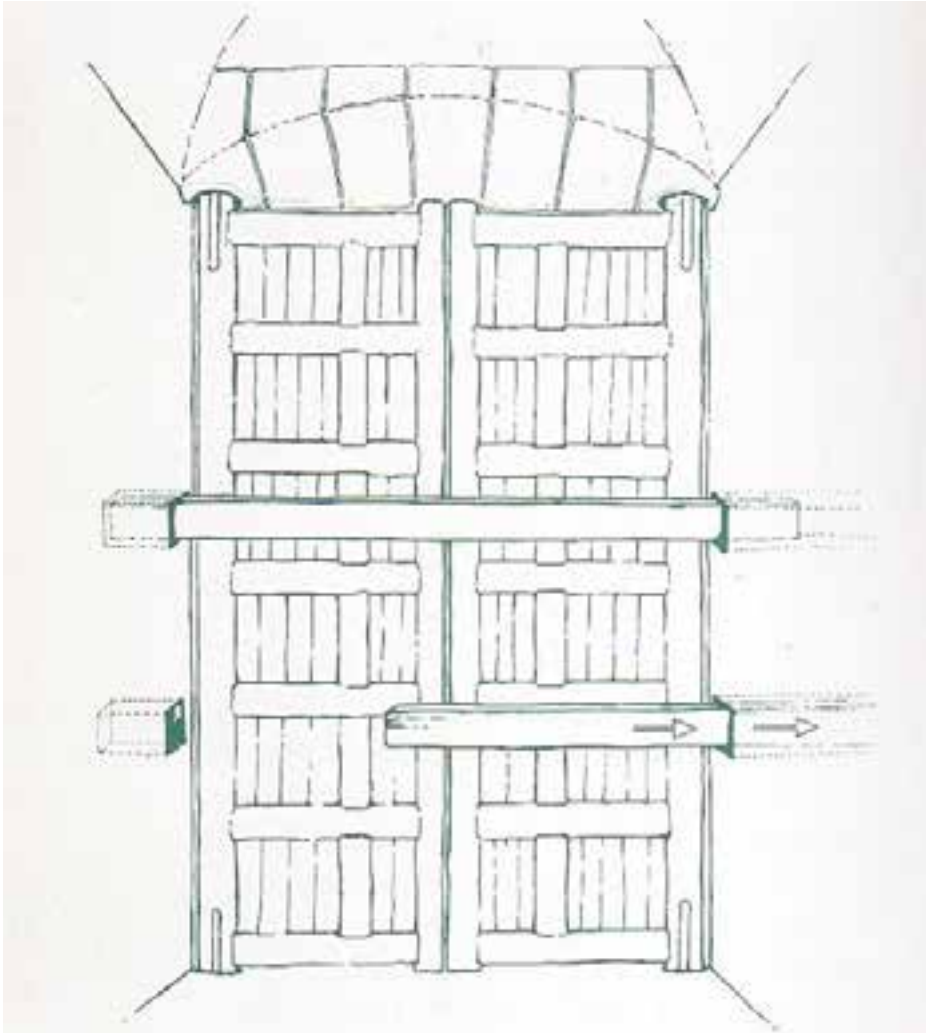


Figura 1. Cierre de alamud (dibujo). Castillo de Arcos de la Frontera (Cádiz) c. 1485. ©L. de Mora-Figueroa.

enfrentado, en el lienzo opuesto, se dispone un hueco de menor tamaño destinado a recibir el vértice del alamud cuando era descorrido para asegurar la puerta. En el caso de Santa María La Nueva, el acceso occidental presenta una estructura de similares características a las anteriormente citadas, mientras que en el acceso meridional, diversas remodelaciones parecen haber transformado su aspecto original; la disposición del paramento parece evidenciar la existencia del mismo sistema de alamud tapiado en época reciente con piedra y cemento. Caso similar al de la iglesia de San Juan de Puerta Nueva, donde las evidencias

parecen aventurar la existencia de este sistema de alamud, pero la remodelación y tapiado de los huecos en la puerta septentrional y la presencia de escombros en el aparente mechinal del acceso meridional dificultan su confirmación.

Sin abandonar la provincia de Zamora, en la ciudad de Benavente encontramos un par de ejemplos de cierre de alamud de similares características a los



Figura 2. Mechinal de alamud en el acceso occidental (interior) de la iglesia de Santiago del Burgo (Zamora).

ejemplos citados con anterioridad: el primero de ellos en el acceso meridional de la iglesia de San Juan del Mercado (1181) con un mechinal de sección rectangular de 2,36 metros aproximadamente; el segundo en el acceso sur de la iglesia de Santa María del Azogue (1226)²¹.

En la ciudad de Segovia he podido documentar un sistema de alamud con un esquema de funcionamiento diferente al de las iglesias

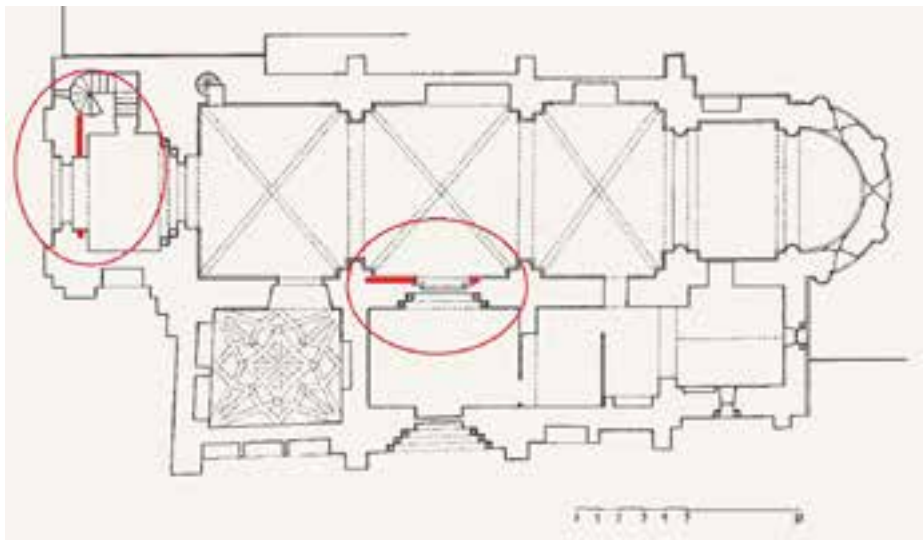


Figura 3. Ubicación de los huecos de alamud sobre planta de ©Enciclopedia del Románico. Iglesia de Sta. M.ª de la Horta (Zamora).

²¹ Para las iglesias de Benavente (Zamora) citadas en este trabajo véase: *Ibid.*, pp. 173-202.

zamoranas pero que, sin duda, cumplía la misma función de bloqueo interior. Me refiero a la iglesia de la Vera Cruz (1213)²², situada extramuros de la ciudad. En su acceso occidental se localizan dos huecos de tranca enfrentados que horadan el muro con una profundidad de 2,70 y 2,54 metros (figs. 4 y 5). Los dos mechinales permitían correr el alamud y esconderlo en el interior del muro a ambos lados indistintamente. Aún en la actualidad se utiliza este sistema de bloqueo para asegurar la puerta. El acceso norte no parece tener evidencia de la presencia de alamud, pero diversas estructuras modernas adosadas a la pared interior de la iglesia junto a la puerta no permiten confirmar su presencia.

Los últimos casos que me gustaría traer a colación se encuentran



Figura 4. Acceso occidental (vista interior) de la iglesia de la Vera Cruz (Segovia).

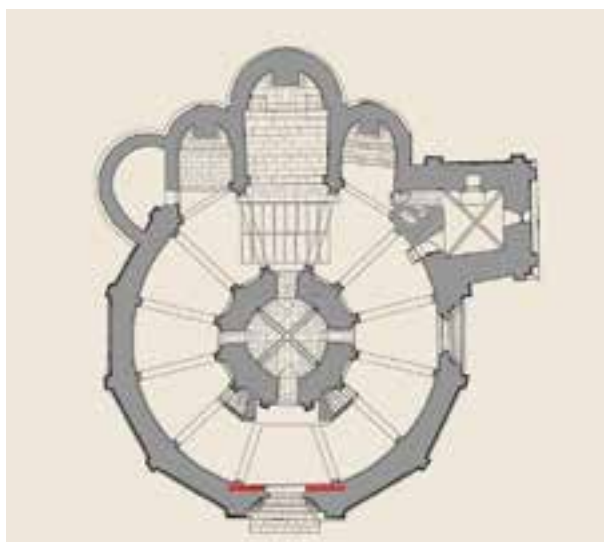


Figura 5. Ubicación de los huecos de alamud sobre planta de ©Enciclopedia del Románico. Iglesia de la Vera Cruz (Segovia).

²² Fechada según la lápida de consagración conservada en la iglesia; M. A. García Guinea *et al.* (dirs.), *Segovia: Enciclopedia...*, *op. cit.*, pp. 1539-1553.

en la ciudad de Ávila, en concreto en la basílica de San Vicente (1130-1180) y en la iglesia de San Segundo (1130-1160)²³. En el primero de los casos, el mechinal destinado a albergar el alamud, de unos 2,50 metros de profundidad, se localiza junto al acceso meridional y sigue el mismo esquema que los ejemplos referidos para las iglesias de Zamora; en el segundo de los ejemplos se localiza en el interior de la portada meridional con un esquema similar al referido anteriormente.

La cronología de este tipo de cierres de alamud es, con toda probabilidad, coetánea a la construcción de los accesos y al muro de la nave en cada uno de los casos. La magnitud y profundidad de estos mechinales, insertos en el interior del paramento de la nave, implicaban la necesidad de construir e introducir en el muro la tranca de madera o hierro a la vez que este era construido. La ubicación de estos huecos en las cotas inferiores de la iglesia –en torno a la quinta o sexta hilada de sillares– dan idea de que estas soluciones arquitectónicas de bloqueo interior de los templos tuvieron que ser proyectadas o bien en el planteamiento constructivo de las iglesias o en un momento muy incipiente de su construcción.

¿Fueron entonces proyectadas y utilizadas estas iglesias en el entorno urbano con una funcionalidad de encastillamiento? En mi opinión, no me aventuraría a asentar una afirmación tan contundente; es cierto que algunos de estos edificios eclesiales, como sucede con el ejemplo abulense de San Vicente (fig. 6), presentan ciertas características arquitectónicas y de ubicación que invitan a vincularlas con una realidad y funcionalidad de encastillamiento, idea que reforzaría la documentación de estos cierres de alamud. Pero en la mayoría de las iglesias la presencia de estos sistemas confirma la idea de un planteamiento arquitectónico de los edificios eclesiales, construidos en piedra, con diversas funciones que van más allá del mero uso litúrgico y cultural, una de ellas como refugio permanente o eventual ante posibles situaciones de comprometida seguridad, sin que el edificio tuviese por ello una funcionalidad ni perfil de permanente baluarte defensivo.

La propia materialidad de los edificios y sus características constructivas hacían de estos templos, con toda probabilidad, las únicas construcciones sólidas y físicamente resistentes en un paisaje urbano de viviendas de tapial, adobe, paja y madera. Estas características hacían que los templos fuesen utilizados como recurso *in extremis* ante situaciones de conflicto. Las referencias

²³ Fechas para ambos templos en base a las interpretaciones estilísticas de sus fábricas; M. A. García Guinea *et al.* (dirs.), *Ávila: Enciclopedia del Románico en Castilla y León*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del Románico, 2002, pp. 141-165 y 180-183.



Figura 6. Torres y pórtico occidental de la basílica de San Vicente (Ávila).

documentales expuestas con anterioridad parecen confirmar esta afirmación; de los ejemplos referidos de la iglesia de San Nicolás de Medina del Campo o de la referencia al conflicto en torno a la iglesia segoviana de San Martín, se desprende la idea de que los templos se convertían en lugares inexpugnables y de evidente resistencia desde el interior, pues la única forma de atacarlos era con un incendio –cabe imaginar de sus estructuras de madera presentes en las cubiertas y en el interior de las torres–. Podemos pensar, en este sentido, que entre los sistemas para bloquear el acceso al interior de las iglesias, muchos posiblemente realizados en madera y otros materiales perecederos, se encontrarán estos cierres de alamud, concebidos y diseñados en el esquema arquitectónico del templo.

A modo de conclusión las siguientes reflexiones: se podría afirmar, tras los datos expuestos, que las iglesias románicas, construidas en piedra, tuvieron

en muchos casos diversos usos y funciones que iban más allá del cultural. Estos edificios han de ser considerados como la huella petrificada de una sociedad y de un contexto determinado; la propia materialidad y solidez de los edificios, ligadas a la presencia de alamudes como sistemas de bloqueo y defensa del interior de los templos, nos dan idea del uso de estas iglesias, sin un perfil aparentemente encastillado, como refugios de bienes materiales y humanos ante situaciones de inseguridad y conflictos documentados en el territorio peninsular durante los siglos medievales del románico.

Santa María de la Cabeza: revisión del único templo en ladrillo de la Ávila románica

Hannah Maryan Thomson

University of California, Los Angeles
hannahmaryan@humnet.ucla.edu

De las iglesias de piedra de los siglos XII y XIII que adornan el paisaje de Ávila capital, la mayoría están construidas en un granito rojizo denominado *pedra caleña*, procedente del pueblo de La Colilla, a unos ocho kilómetros de la capital abulense. Sin embargo, dentro del contexto pétreo que da identidad a la ciudad, llama la atención la existencia de la ermita de Santa María de la Cabeza¹ hecha de ladrillo con granito gris, la única de estas características. Siendo así, la pregunta clave que se aborda en esta breve contribución es la siguiente: ¿cómo entender la utilización del ladrillo en una sola iglesia cuando en el resto de la capital se empleaba una piedra de buena calidad y de fácil acceso? Para la historiografía que se ha aproximado a esta iglesia, el uso de ladrillo ha sido explicado poniendo en relación con la construcción con talleres islámicos que estarían presentes en el entorno del templo. Mi objetivo es presentar las limitaciones de esta teoría y cuestionar la supuesta vinculación con la comunidad islámica. De esta manera, se podrán abrir nuevas vías de investigación que profundicen en los motivos de la elección de materiales en las construcciones medievales.

La ermita de Santa María de la Cabeza, anteriormente conocida como la parroquia de San Bartolomé, está constituida por tres naves con sus tres ábsides orientales, una planta típica del románico. La fachada principal se localiza en el lado sur de la iglesia y está coronada con un alfiz de ladrillo y una espadaña del siglo XVIII. El templo tiene poca decoración, aunque quedan restos escultóricos en la imposta del ábside central y un crismón de mármol sobre la portada sur

* Esta investigación se ha desarrollado dentro del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300» del CCHS-CSIC Instituto de Historia, financiado por el programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea bajo el acuerdo n.º 695515. Agradezco a Ana Rodríguez, IP del proyecto, la invitación a participar en la Semana Internacional de Estudios Medievales XLVII de Estella.

¹ Nótese que esta iglesia también es conocida por el nombre de Nuestra Señora de la Cabeza.

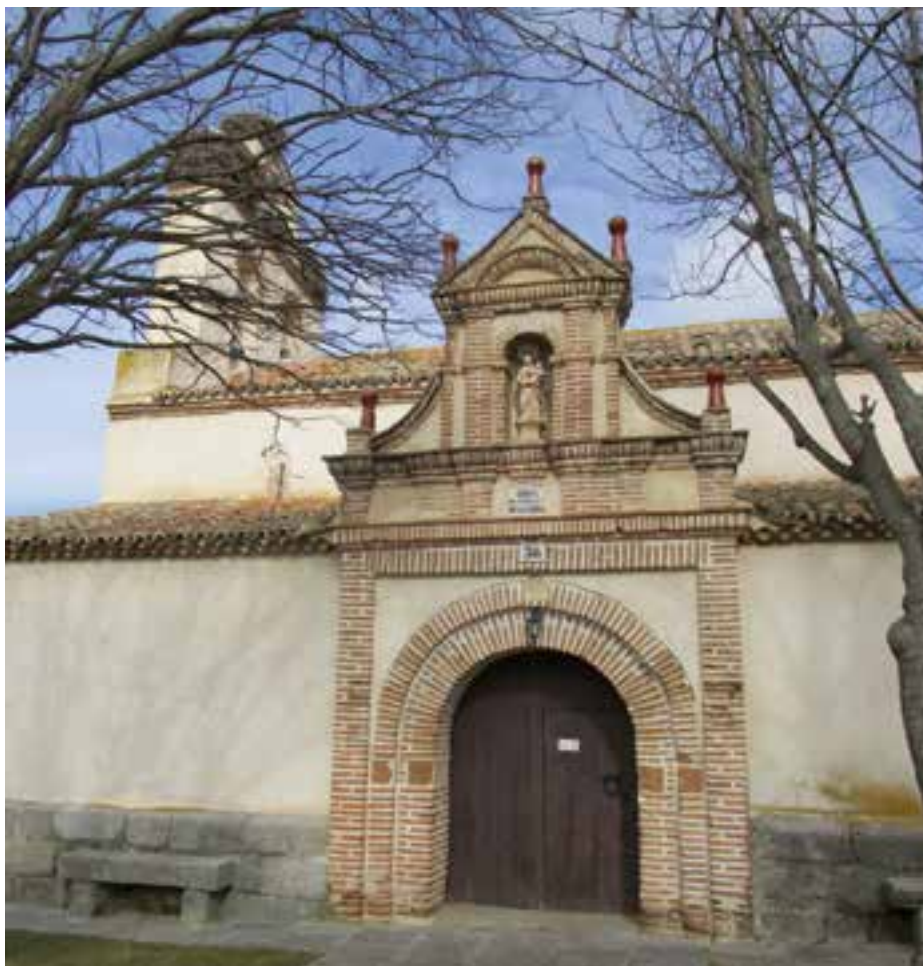


Figura 1. Santa María de la Cabeza, portada sur. Foto: Hannah Maryan Thomson.

exterior (fig. 1). En términos estructurales y decorativos se podría definir como un templo austero cuyo interés radica en el insólito empleo del ladrillo. Además, su forma es aún más inusual dado el contraste de materiales constructivos: la cabecera de sillares de granito gris (fig. 2) está adosada a una nave de ladrillo –ahora cubierta buena parte con yeso blanco–. El material desacostumbrado, la carencia de decoración y la falta de documentación medieval complican el análisis de este templo, dificultando tanto su datación como la explicación por su singular construcción.

Los pocos autores de época moderna que han descrito la iglesia discuten su cronología. Luis de Ariz, cronista del siglo XVII, recoge una inscripción ac-



Figura 2. Santa María de la Cabeza, cabecera de granito. Foto: Hannah Maryan Thomson.

tualmente desaparecida que fijaba la fecha de consagración en el año 1210². Contrariamente, Antonio Rodríguez Veredas fechó la fábrica de la iglesia de ladrillo en el siglo XVI³. Fuera de la capital, concretamente en la zona de La Moraña, sí existe un grupo de iglesias de ladrillo, fechadas entre los siglos XII y XIII por José Luis Gutiérrez Robledo⁴, que ayudan a acercarnos al momento constructivo de Santa María de la Cabeza. Además, ciertas iglesias de ladrillo situadas en Castilla y León, similares en estructura y composición a la de Ávila, han sido fechadas entre los siglos XII y XIII⁵. Un caso clave es la capilla de

² M. M. Vila da Vila, *Ávila románica: talleres escultóricos de filiación hispano-languedociana*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba de la Excm. Diputación Provincial de Ávila, 1999, p. 167.

³ J. L. Gutiérrez Robledo, «El Segundo románico en Ávila», en C. L. López *et al.* (eds.), *Guía del románico de Ávila y primer mudéjar de La Moraña*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1982, p. 126. El autor cita a A. Veredes Rodríguez, «Ávila de los caballeros», Ávila, Nicasio Medrano, 1935.

⁴ J. L. Gutiérrez Robledo, «Sobre mudéjar en la provincia de Ávila», *Papeles de Arquitectura Española*, 4, 2001.

⁵ Por ejemplo, las iglesias de Cuellar en Segovia, incluyendo el reciente hallazgo de una portada de ladrillo en la iglesia de La Cuesta: <https://escuellar.es/el-hallazgo-de-una-portada-romantica-pudiere-que-la-iglesia-de-la-cuesta-podria-ser-anterior-al-siglo-xiii/>

San Mancio que se halla entre las ruinas del monasterio de Santos Facundo y Primitivo de Sahagún, en la que se conserva una inscripción de consagración de 1184, lo que indica el uso de ladrillo como material constructivo en la zona leonesa en el siglo XII⁶. Estas comparaciones permiten plantear el mismo arco cronológico, entre los siglos XII y XIII, para la iglesia de Santa María de la Cabeza de Ávila. Igualmente, se estaría reforzando la validez de la inscripción registrada por Ariz, que apuntaría hacia una construcción entre finales del siglo XII y principios del siglo XIII.

A pesar de ser la única iglesia de la Ávila capital realizada en su mayoría en ladrillo, no abundan estudios centrados en esta particular construcción. La mayoría de los escritos sobre este templo aparecen en breves guías sobre románico abulense que la destacan como un templo particular a base de una mezcla de granito gris y ladrillo. En todo caso, estas publicaciones no ofrecen un análisis profundo de la iglesia, recurriendo siempre para explicar el uso del ladrillo a su ubicación en un barrio donde constaban alfares islámicos. La vinculación a la población musulmana empezó con Manuel Gómez-Moreno, que calificó la parroquia como «una de las pequeñas y humildes joyas de nuestra albañilería románica-morisca»⁷ (fig. 3); a partir de aquí, el templo siguió siendo identificado en relación con la cultura islámica. En 1990, Serafín de Tapia Sánchez solidificó esa vinculación en su artículo «Personalidad étnica y trabajo artístico: los mudéjares abulenses y su relación con las actividades de la construcción en el siglo XV», en el que se afirma que Santa María de la Cabeza está localizada «en el barrio donde los moros tenían sus hornos de ladrillos»⁸. La publicación hace referencia a un documento de 1483 según el cual los talleres de ladrillo de los musulmanes se situaban en la calle Luenga (actualmente, calle Ajates), al norte de la ciudad, cerca de las parroquias de Santa María de la Cabeza, San Martín y San Andrés⁹. Sin discutir la importancia de dicha documentación para la historia islámica de Ávila, habría que relativizar el valor que se ha concedido a

⁶ M. Valdés Fernández, «Arte de los siglos XII a XV y cultura mudéjar», en F. J. de la Plaza Santiago y S. Marchán Fiz (dirs.), *Historia del arte de Castilla y León*, tomo IV, Valladolid, Ámbito, 1996, pp. 31-32.

⁷ J. L. Gutiérrez Robledo, I. Hernández García de la Barrera y R. Moreno Blanco (eds.), *Todo el románico de Ávila*, Aguilar de Campoo, Santa María la Real Fundación, pp. 138-139.

⁸ S. de Tapia Sánchez, «Personalidad étnica y trabajo artístico: los mudéjares abulenses y su relación con las actividades de la construcción en el siglo XV», *Medievalismo y neomedievalismo en la arquitectura Española, Actas del 1º Congreso*, 1990, p. 248.

⁹ «Alfares de la calle Ajates», *Duero Mudéjar*, edición digital, 21 de septiembre de 2021, <http://www.jcyl.es/jcyl/patrimoniocultural/dueromudejar/alfares-de-la-calle-ajates-avila/index.html> El documento se halla en el archivo del Ayuntamiento de Ávila: Arch. Munic. de Ávila, sección histórica, leg. 1-77 (9-VIII-1483).



Figura 3. Santa María de la Cabeza, interior, nave central. Foto: Hannah Maryan Thomson.

un documento del siglo XV en el estudio de una iglesia cuya cronología cabría situarse, posiblemente, entre los siglos XII y XIII.

Desde el punto de vista historiográfico, el mayor problema –síntoma de la escasa investigación consagrada a esta interesante iglesia– reside en la referencia constante al artículo de Tapia Sánchez. De los pocos estudios dedicados a este templo, tanto *La Enciclopedia del románico de Castilla y León* como la guía *Todo el románico de Ávila* recurren a Tapia Sánchez para explicar el empleo del ladrillo en Santa María de la Cabeza¹⁰. Por esa razón, hasta hoy ha sido imposible desvincular el material de construcción de Santa María de la Cabeza de la idea de que el uso del ladrillo siempre va asociado a la población islámica. En este caso, dar por hecho la conexión ha sido el detalle clave para entender la construcción

¹⁰ «Ávila», en *Enciclopedia del románico en Castilla y León*, Aguilar de Campoo, Santa María la Real, 2002, p. 205; J. L. Gutiérrez Robledo, I. Hernández García de la Barrera y R. Moreno Blanco (eds.), *Todo el románico de Ávila*, Aguilar de Campoo, Santa María la Real Fundación, 2019, pp. 137-138.

del templo, e impide el desarrollo de otras posibles vías de investigación que pueden ser más útiles.

El debate sobre la relación del uso del ladrillo y los musulmanes tiene una trayectoria muy larga en la historia del arte medieval de la península ibérica, un tema ya de por sí extenso que no es posible tratar en profundidad en este trabajo¹¹. Sin embargo, es importante destacar que para algunos especialistas, existe un cierto esfuerzo en diferenciar las iglesias castellano-leonesas de ladrillo ya mencionadas, a veces designadas como «albañilería románica» o «románica-mudéjar», con respecto a una arquitectura plenamente «mudéjar», es decir, un estilo que nació por el contacto entre cristianos y musulmanes en las tierras conquistadas por los cristianos. Gutiérrez Robledo afirma que en la zona de La Moraña, el uso de ladrillo es más una decisión pragmática, dada la falta de acceso a canteras. La tradición tan dilatada de construir en ladrillo podría tener un origen, siglos atrás, en un proceso islámico, pero durante los siglos centrales de la Edad Media, se convirtió en una tradición local sin vinculación a una religión en particular¹²; era la manera de construir en un paisaje que carece de piedra. En el caso de las iglesias de ladrillo en La Moraña, Gutiérrez Robledo usa el término *mudéjar* simplemente para hacer referencia a un tipo de construcción «popular» sin intentar significar una vinculación entre esas iglesias y la población islámica. Por otro lado, para algunos, *ladrillo* en sí es sinónimo de *islámico*.

Otro de los déficits que acusa la historiografía de Santa María de la Cabeza remite a la existencia de una «morería» grande al otro lado de la ciudad, encapsulando el barrio de otra parroquia, la de San Nicolás. Durante los años 2002 y 2003 se llevaron a cabo unas excavaciones en esta área que revelaron una *maqbara*, el cementerio islámico más grande de la Castilla medieval, con restos humanos pertenecientes a más de tres mil individuos. La arqueología confirma que esta zona estuvo ocupada por cristianos y musulmanes en la Edad Media, pero la *maqbara* era de uso exclusivo de los musulmanes, fechándose las tumbas más antiguas en el siglo XII¹³. En este sentido, conviene destacar que la iglesia dentro del recinto de este barrio islámico, la de San Nicolás, datada a finales del

¹¹ Para más sobre el estilo mudéjar: G. M. Borrás Gualis, «El arte mudéjar: estado de la cuestión», en *Mudéjar iberoamericano: Una expresión cultural de dos mundos*, Granada, Universidad de Granada, 1993.

¹² J. L. Gutiérrez Robledo, «Románico y mudéjar en las tierras de Ávila», en *Ávila: Enciclopedia del Románico en Castilla y León*, Centro de Estudios del Románico, 2002, pp. 39-62.

¹³ Junta de Castilla y León, Patrimonio Histórico de Ávila, caja 00256, «La *maqbara* de San Nicolás»; caja «informe arqueológico del plan parcial arup 1/1/ «san Nicolas-1». También: J. Jiménez Gadea, «Espacios y manifestaciones materiales de los musulmanes castellanos: presencias y ausencias de una minoría medieval», Museo de Ávila, 2016, pp. 67-95. Actualmente la *maqbara* ya no existe; se construyeron casas y un mercado encima de la *maqbara* medieval después de las excavaciones.

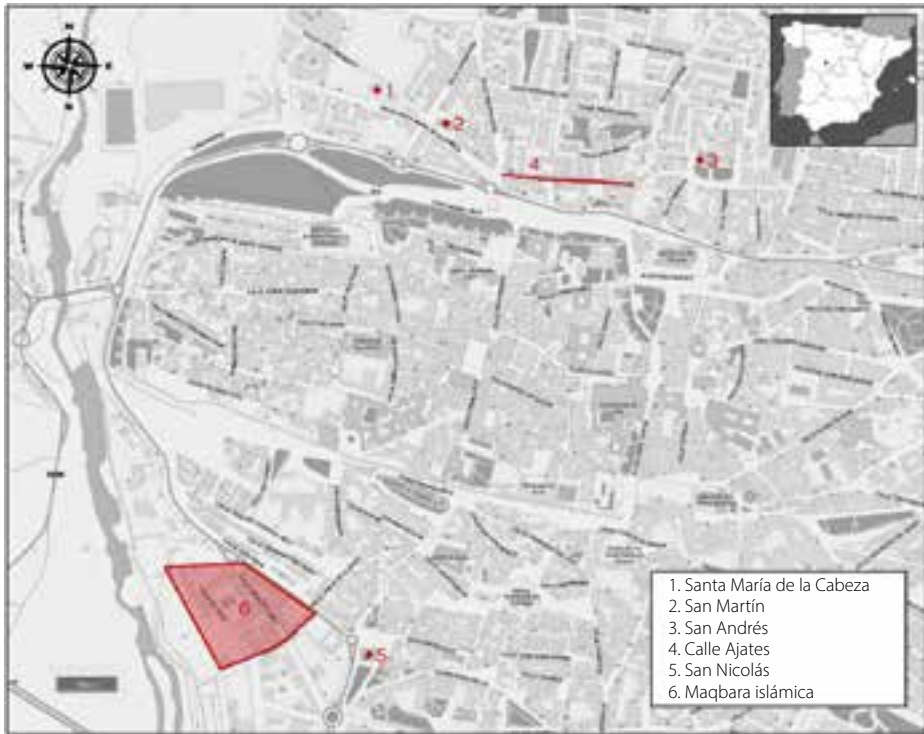


Figura 4. Mapa de Ávila con los monumentos tratados en esta contribución. Foto: Hannah Maryan Thomson.

siglo XII¹⁴, está construida en sillares de *piedra caleña*, tipología absolutamente característica de la capital abulense. Con ello se demuestra que aunque una iglesia se construyera en un barrio musulmán, no es imprescindible que tuviese que ser de ladrillo. Se han excavado hornos de cocción en esta *maqbara* que tienen una cronología del siglo XVI¹⁵, un detalle importante porque los hornos del siglo XVI no necesariamente indican una manera de construir en ladrillo por la zona, especialmente en siglos anteriores. La presencia de la *maqbara*, el barrio islámico y los hornos al sur de la ciudad, y la relación de estos con el templo de piedra en su entorno, plantean dudas sobre la teoría de que no haya otra explicación

¹⁴ Luis Ariz cita una lápida de consagración del año 1198. J. L. Gutiérrez Robledo, «El Segundo románico en Ávila», en C. L. López *et al.* (eds.), *Guía del románico de Ávila y primer mudéjar de La Moraña*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1982, p. 118.

¹⁵ Actualmente están en el Museo de Ávila, «Almacabra de San Nicolás», en *Cien piezas del Museo de Ávila*, Ávila, Junta de Castilla y León, 2011, p. 62.

para el uso de ladrillo en Santa María de la Cabeza sino la relación directa con la población musulmana.

Sin documentación escrita que hable expresamente acerca de la elección del ladrillo, difícilmente podrán llegar a conocerse con certeza los motivos que llevaron a construir Santa María de la Cabeza en un material distinto al de otros templos románicos de Ávila. No obstante, parece haber evidencias que permiten desvincular la iglesia de la población islámica o por lo menos, abrir otras vías de investigación. En la Edad Media, la elección del material de construcción, como se advierte en las propias páginas de esta publicación, reunía una plétora de incentivos, como el acceso a las canteras, acceso a la financiación o la expresión de una identidad social.

Para terminar este breve artículo, quisiera sugerir algunas ideas alternativas sobre el empleo del material inusual de ladrillo en la capital abulense. Aunque Santa María de la Cabeza es el único templo románico hecho en ladrillo en Ávila capital, el uso de este material en iglesias románicas de la provincia abulense podría indicar que el modelo de su construcción podría estar vinculado a lugares en los que sí existía la tradición de construir en ladrillo. Esta cuestión incluso podría tener implicaciones sobre la transferencia de ideas o migración de personas por la zona fronteriza en esta época. El uso de ladrillo se asocia típicamente a un estilo «popular» de construir o que indica una falta de financiación¹⁶. Por lo tanto, en el caso de Santa María de la Cabeza, situada en plena capital, donde había acceso a sillares de la cantera de La Colilla, es especialmente llamativo el uso de ladrillo. Además, la combinación de granito gris con el ladrillo es todavía más inusual y probablemente apunta a dos campañas edilicias, pudiendo suponer que tal vez la construcción de la cabecera con granito contara con más fondos que la de la nave en ladrillo. Posiblemente todos los fondos se utilizaron en construir la cabecera en sillares de granito, viéndose obligados a construir la segunda campaña en ladrillo, un material menos costoso.

Estudiar los restos materiales conservados permite profundizar en la estructura social de Ávila en la plena Edad Media. Otras investigaciones en curso sobre la organización de la cantera de La Colilla en las proximidades de Ávila sugieren que quizás la cantera de la que se extrajeron los materiales utilizados para la petrificación religiosa de Ávila pudo haber sido propiedad del cabildo

¹⁶ Para otra opinión: F. Moral y E. Merino, «*Opus aeternum = The material culture of brick*», *Arquitectura Viva*, 191, 2017, p. 63; E. Merino Gómez y J. I. Sánchez Rivera, «Dibujando torres mudéjares de La Moraña (Ávila): de la construcción defensiva de frontera al campanario tardomedieval», *Románico: Revista de arte de amigos del románico (AdR)*, 26, 2018, pp. 24-31.

catedralicio¹⁷. La piedra obtenida de La Colilla –una mezcla de distintos tipos de granito– fue empleada casi exclusivamente en las iglesias de la ciudad, lo que puede mostrar un control por el parte del cabildo catedralicio de esta cantera. Esta hipótesis se ve reforzada por la nula presencia de este tipo de material en las murallas de la ciudad, donde contrariamente utilizaron roca madre y *spolia* para su construcción. Las murallas podrían ser una obra promovida desde el concejo de la ciudad que tal vez no tenía acceso libre al material de La Colilla. Teniendo todo esto en cuenta, la ausencia de *piedra caleña* en Santa María de la Cabeza es notable y podría indicar una ruptura o conflicto entre la parroquia y el poder episcopal de la ciudad, por lo menos durante la campaña hecha en ladrillo.

Al liberarnos de la presunción de que el uso de ladrillo estaría necesariamente vinculado a la población islámica, se hace posible percibir que el uso inusual del ladrillo puede arrojar luz sobre temas que hasta el momento han sido ignorados por la historiografía. Los estudios previos suelen catalogar esta construcción como pobre y de «poco interés»¹⁸ respecto a otros templos abulenses, pero la diferencia en su material constructivo es precisamente la razón por la que esta iglesia merece nuestra atención.

¹⁷ Para más información sobre la propiedad de canteras en Europa: B. A. Watkinson, «A Case Study on the Revival of Stone Quarrying in the Late Eleventh Century: St. Florent, Saumur, and Notre-Dame, Noyers», *Journal of Medieval History*, 16/2, 1990, pp. 113-128.

¹⁸ M.^a M. Vila da Vila, *Ávila románica: talleres escultóricos de filiación hispano-languedociana*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba de la Excm. Diputación Provincial de Ávila, 1999, p. 170.

El material de una ciudad: la construcción en piedra de Zamora entre los siglos XI y XIII*

Teresa Martínez Martínez

IH-CSIC/University of Warwick
teresa.martinez-martinez@cchs.csic.es

INTRODUCCIÓN

En los siglos centrales de la Edad Media se construyó en piedra el núcleo urbano de Zamora. Derivado de un gran afán constructivo, se estima que pudieron llegar a existir de forma simultánea setenta iglesias en apenas un kilómetro y medio de extensión, de las cuales hoy en día se han conservado veintitrés¹ (fig. 1). A los templos zamoranos ha de sumarse la existencia de la monumental catedral románica, algunos restos de edificaciones de carácter civil y gran parte de su recinto amurallado. Todas estas estructuras fueron construidas, ampliadas o modificadas durante el periodo comprendido entre los siglos XI y XIII. La particular concentración de construcciones medievales conservadas en la ciudad brinda una oportunidad única para el estudio de los procesos constructivos y urbanísticos medievales. A pesar de la variedad tipológica y estructural que muestran las construcciones zamoranas, todas ellas comparten un elemento común: el uso de la piedra local. La comúnmente conocida como pudinga zamorana se empleó en la totalidad de estructuras de la ciudad hasta el siglo XVI, cuando el granito silicificado se empieza a importar desde Peñausende².

* Esta investigación se ha desarrollado dentro del proyecto «Petrifying Wealth. The Southern European Shift to Masonry as Collective Investment in Identity, c. 1050-1300» del CCHS-CSIC Instituto de Historia, financiado por el programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea bajo el acuerdo n.º 695515.

¹ Para más información sobre la cifra de setenta iglesias, consúltese: F. Ferrero Ferrero, «La configuración urbana de Zamora durante la época románica», *Studia Zamorensia*, 8, 2008, pp. 9-44. Ferrero basa su estudio en menciones documentales de los edificios. El autor defiende que algunas de estas construcciones podrían existir con anterioridad al siglo XI.

² J. López Moro *et al.*, *De los plutones a los monumentos: un recorrido temático por la piedra del este de Sayago (Zamora). El granito silicificado de Peñausende y la vaugnerita de Arcillo*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo (CSIC), Diputación de Zamora, 2012. En este libro, dedicado a la

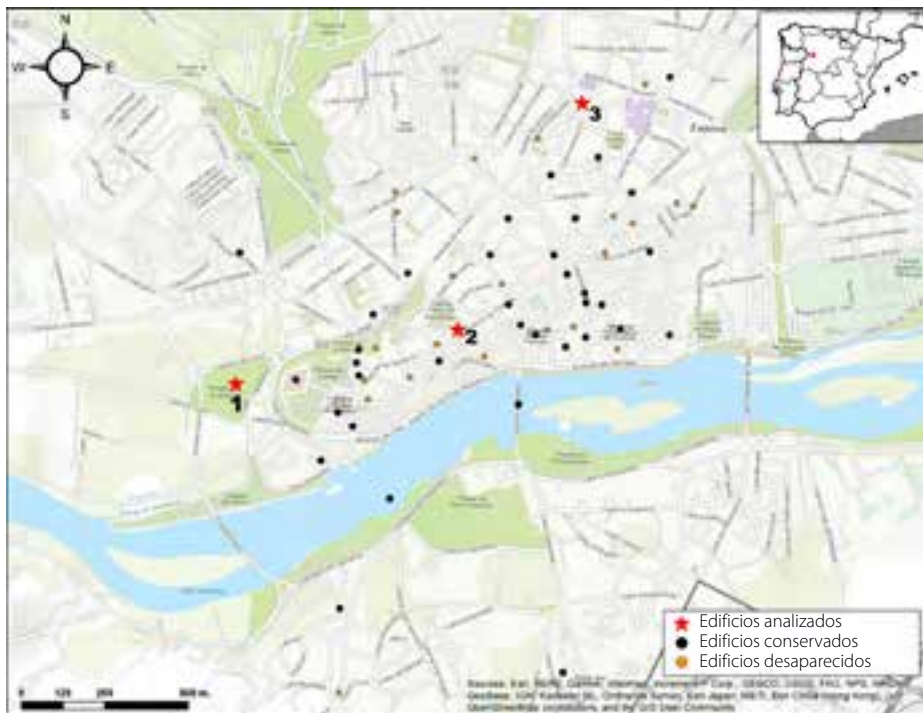


Figura 1. Mapa de Zamora: 1. Santiago El Viejo; 2. Santa María Magdalena; 3. Tramo muralla ronda de Santa Ana (mapa realizado por Enrique Capdevila, Proyecto Petrifying Wealth).

En las últimas décadas, los estudios realizados sobre las construcciones románicas de la ciudad han permitido avanzar en su conocimiento. Destacan las publicaciones que ahondan en la historia constructiva de algunos templos, como el caso de los estudios de F. J. Rodríguez Méndez o J. I. Murillo Fragero y M.^a A. Utrero Agudo³. De igual forma, se ha contribuido a la historia material de la ciudad con trabajos tanto de arqueología como de urbanismo⁴. Aunque

utilización de piedra en la provincia de Zamora, se determina que los primeros monumentos en los que se empleó el granito silicificado en la ciudad de Zamora fueron la iglesia de San Andrés y la portada norte de la catedral, p. 94.

³ J. Rodríguez Méndez, «Unificación espacial en el románico zamorano: los cascos de San Ildefonso y San Juan de Puerta Nueva», *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 30, 2015, pp. 227-254. J. I. Murillo Fragero y M.^a A. Utrero Agudo, «El Protorrománico y el Románico en Santiago del Burgo (Zamora). Dos proyectos, una iglesia», *Arqueología de la Arquitectura*, 5, 2008, pp. 91-114.

⁴ Es especialmente relevante el trabajo realizado por Hortensia Larrén Izquierdo publicado en trabajos como: H. Larrén Izquierdo, «La evolución urbana de la ciudad de Zamora a través

estas publicaciones sientan la base para la aproximación a la ciudad medieval, aún se puede extraer información sobre la sociedad zamorana abordando el análisis de los restos materiales desde distintos puntos de vista. La presente aportación pretende subrayar la importancia del estudio de los restos materiales conservados que, ante la falta de documentación escrita de este periodo, son una gran fuente para conocer el proceso de petrificación. Por lo tanto, el objetivo en las siguientes páginas es plantear el papel que cumplió la piedra local en la construcción de Zamora, analizar cómo fue empleada en tres ejemplos constructivos, y abrir algunas reflexiones en torno a su análisis.

1. LA PIEDRA LOCAL

La pudinga zamorana es un tipo de piedra definido como conglomerado silicificado (fig. 2)⁵. Según el Colegio de Geólogos, el conglomerado es «una roca sedimentaria clástica de grano grueso, compuesta predominantemente por fragmentos redondeados (generalmente mayores de 5 mm de diámetro) en una matriz de grano fino de arena, limo o material cementante natural»⁶. La palabra *silicificado* hace referencia al proceso de formación que siguió este material; por tanto, es una piedra compuesta de cantos gruesos que se unirían entre sí a través de un material más fino, generalmente arena o limos.



Figura 2. Detalles de la piedra local empleada en uno de los sillares de la muralla. Foto: Teresa Martínez Martínez.

Las características de la piedra podrían ser precisamente uno de los factores determinantes del románico zamorano. Al ser un material cuya composición es irregular, tanto su talla como modelación se ven dificultadas, lo que pudo afectar a la realización de escultura y epigrafía. La escultura en la ciudad es, en términos generales, escasa y sencilla, y se concentra en los capiteles y portadas

de los vestigios arqueológicos», *Codex Aquilarensis: Cuadernos de Investigación del Monasterio de Santa María La Real*, 15, 1999, pp. 91-118. Y en lo que respecta al urbanismo un artículo fundamental es A. Represa, «Génesis y evolución urbana de la Zamora medieval», *Hispania: Revista Española de Historia*, 122, 1972, pp. 525-545.

⁵ J. López Moro *et al.*, *De los plutones...*, *op. cit.*

⁶ «Conglomerado», en *Colegio de Geólogos*, <https://www.cgeologos.es/glosario>



Figura 3. Portada de la iglesia de Santa María Magdalena. Foto: Teresa Martínez Martínez.

de las iglesias. Predominan los motivos vegetales austeros, aunque existen casos específicos donde la escultura presenta mayor desarrollo, como en los capiteles de Santiago El Viejo o la portada de Santa María Magdalena (fig. 3)⁷. La piedra que se utilizaba en estos casos no era el conglomerado silicificado, al contrario que para el resto de la estructura, sino que para su escultura se empleaba piedra arenisca de la Tierra del Vino o de Salamanca⁸.

Existen dos canteras muy próximas a la ciudad de Zamora de las que se puede extraer el conglomerado silicificado: la de Tardobispo y la de los Eriales⁹. El mismo material que se encuentra en estas canteras es el que conforma el cerro sobre el que se asienta la propia ciudad de Zamora. Aún hoy se pueden observar aquí vestigios que revelan la extracción de material, abriendo la posibilidad a que la propia ciudad funcionase como cantera. La coincidencia del

⁷ Para ampliar información sobre la escultura zamorana: A. Ávila de la Torre, *Escultura románica en la ciudad de Zamora*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 2000.

⁸ J. López Moro *et al.*, *De los plutones...*, *op. cit.*, p. 163. La diferencia de textura y coloración en las dos obras escultóricas parecen dejar claro que es arenisca.

⁹ *Ibid.*, p. 60.



Figura 4. Tramo de muralla sobre la roca en la que se asienta la ciudad. Foto: Teresa Martínez Martínez.

material de construcción con el que sirve como asiento al núcleo urbano es especialmente perceptible en los tramos amurallados, pues las mismas coloraciones beige y violáceas de la roca se aprecian en los sillares empleados en la muralla (fig. 4). Estas tonalidades también son las que predominan en las iglesias de la ciudad. Tanto si la piedra era extraída de la propia Zamora o de las canteras de su entorno próximo, una de las preguntas que surgen es quién tenía el control sobre ellas. No se ha encontrado documentación que pueda arrojar luz sobre este asunto, pero el hecho de que hasta el siglo XVI no se introdujese el granito silicificado indica que el dominio sobre la piedra de construcción podría haber estado fuertemente determinado por algunas de las instituciones que regían la ciudad.

Una vez planteadas las características de la piedra, se procederá a analizar brevemente tres estructuras que, debido a sus particularidades, contribuyen al entendimiento del empleo de la piedra en Zamora: la iglesia de Santiago El Viejo, la iglesia de Santa María Magdalena y el tramo amurallado de la Ronda de Santa Ana. Además de compartir el material pétreo, fueron levantadas dentro del mismo marco cronológico, entre los siglos XII y XIII. Sin embargo, todas presentan distintas soluciones estructurales y constructivas relacionadas con los costes, la inversión, la promoción y los talleres detrás de las obras.

2. SANTIAGO EL VIEJO O DE LOS CABALLEROS

Se trata de una iglesia de pequeñas dimensiones ubicada al oeste de la ciudad que aparece documentada por primera vez en 1168¹⁰ (fig. 1, n.º 1). La iglesia consta de una cabecera semicircular precedida por un reducido presbiterio y una única nave (fig. 5). Su altura oscila entre los 4,7 m en el arco que separa la cabecera del presbiterio, y los 6,5 m de altura en la bóveda que cubre la nave, mientras que el largo de la iglesia es de 17,5 m desde los pies hasta la cabecera. El único acceso al templo es a través de una sencilla portada ubicada en la fachada sur. La lectura de sus paramentos revela varios métodos constructivos. Las bases del ábside, el presbiterio y algunas, aunque muy localizadas, zonas del exterior de la nave presentan sillares que podrían formar parte de la construcción original. La parte superior del ábside está conformada también por sillares, aunque de tamaño más reducido y de forma más irregular que los de la base. Por otro lado, la mayor parte de los paramentos de la nave fueron reconstruidos posteriormente empleando la técnica de la mampostería.

La piedra local era utilizada en diversas técnicas constructivas, como indica su empleo tanto en sillares como en mampostería. Esto revela que se primaba el aprovechamiento de un recurso de proximidad por encima de otros criterios que pudiesen determinar la elección del material para construcción. La iglesia ha sido comparada con la de San Claudio de Olivares al localizarse muy próxima a ella, también extramuros, en uno de los arrabales de la ciudad, y presentar una estructura similar¹¹. Lo cierto es que varias de las iglesias de la ciudad comparten una composición semejante a la de estas dos iglesias, pero lo que hace

¹⁰ M. A. García Guinea *et al.*, *Zamora: Enciclopedia del Románico*, tomo VI, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real. Centro de Estudios del Románico, 2002, p. 391.

¹¹ F. Antón, *El arte románico zamorano, monumentos primitivos*, Zamora, Viuda de E. Calamita, 1927, p. 55.



Figura 5. Iglesia de Santiago El Viejo. Foto: Teresa Martínez Martínez.

particularmente interesante a Santiago El Viejo es la información que contienen sus muros. Los paramentos compuestos de sillería presentan discontinuidad de las hileras en varios tramos, lo que puede estar revelando interrupciones en el desarrollo de las obras. Además, los sillares son de tamaños diversos, lo que impide establecer una medida estándar. Francisco Antón catalogó el templo como «primitivo» para dar explicación a la irregularidad de la construcción¹². En cambio, la estructura del templo, su escultura y la primera mención documental sitúan el origen de la edificación en el siglo XII. Más que a un origen primitivo, esta falta de unidad que muestran los muros del templo podría deberse a la ya mencionada falta de continuidad en las obras, o a la ausencia de estandarización del trabajo de los canteros que intervinieron en ella.

Algunos de los sillares muestran marcas de cantería de unos ocho centímetros visibles solo en la cabecera. En el interior se han preservado más que en el exterior, ya que este se ve menos afectado por los factores climáticos. Asimismo, en el presbiterio abundan los sillares con marcas geométricas que pasaron desapercibidas en estudios anteriores y no se pueden catalogar como marcas de cantería ni como monteas. Las monteas son trazados geométricos a

¹² *Ibidem*.



Figura 6. Sillar con marcas geométricas en Santiago El Viejo. Foto: Teresa Martínez Martínez.

tamaño natural hechos sobre piedra durante el proceso de construcción en ciertas estructuras, como podía ser un arco¹³. En algunas ocasiones, tras el dibujo o trazado, la piedra se aprovechaba para la realización de sillares, quedando el dibujo a la vista en los muros de la construcción. A pesar de que en el presbiterio de Santiago El Viejo los tamaños de los sillares sean distintos, las líneas de la traza geométrica van de esquina a esquina en todos ellos, habiendo una tercera línea que atraviesa el sillar a lo ancho (fig. 6). Esto descarta que las marcas correspondan a mon-

teas, pues no forman parte de un trazado conjunto, sino más bien parecen ser marcas individuales que delimitan las esquinas y la anchura del sillar. Una hipótesis es que estas líneas fuesen usadas como guía por el cantero para realizar los bloques de piedra. Es decir, en Santiago El Viejo confluyen diversas trazas que hablan del proceso de trabajo con la piedra para la construcción de una iglesia románica: las marcas de cantería que revelan la existencia de varios canteros retribuidos en función de la cantidad de sillares realizados, y las marcas geométricas que reflejan el trabajo con cada bloque de piedra.

3. SANTA MARÍA MAGDALENA

Grande e imponente, la iglesia de Santa María Magdalena se ubica en el primer tramo amurallado de la ciudad, y su portada sur se abre ante la rúa de los Francos, una de las arterias principales de la ciudad (fig. 1, n.º 2). La primera mención documental de la iglesia data de 1217, mientras que las evidencias materiales indican que la mayor parte se habría edificado en el siglo XII¹⁴. Este

¹³ J. Calvo López *et al.*, «Métodos de documentación, análisis y conservación de trazados arquitectónicos a tamaño natural», *Arqueología de la Arquitectura*, 12, 2015, <http://dx.doi.org/10.3989/arq.arqt.2015.024>

¹⁴ La iglesia como tal se menciona por primera vez en un testamento de 1217 donde se toma como referente espacial: «propre ecclesia Sancta Maria Magdalena» [cerca de la iglesia de Santa María Magdalena]. Sin embargo, existe una mención previa en un documento fechado en 1157 donde se



Figura 7. Iglesia de Santa María Magdalena. Foto: Teresa Martínez Martínez.

templo se compone de una cabecera semicircular, un presbiterio con estancias laterales y una única nave (fig. 7). A los pies de la iglesia, en el ángulo noroeste se halla una torre cuadrada, con una cámara individual en su interior y una escalera de piedra que conduce al nivel superior que da acceso al tejado. El templo cuenta con tres portadas en las fachadas norte, oeste y sur. Esta última es la que mayor decoración presenta, pues se sitúa en un lugar privilegiado de la iglesia. De la estructura se puede destacar su desarrollo en altura, alcanzando unos 13-14 m de altura en la bóveda de la nave (unas 27-28 hileras de sillares), 10 m en el ábside, cerca de 30 m de largo y 7,6 m de anchura¹⁵. Por lo tanto, la relación entre la medida de la altura y la longitud crea la impresión de esbeltez. La planta también contribuye a este efecto, ya que el edificio está diseñado como un solo espacio.

cita «corte in Sancta María Magdalena», entendiéndose *corte* como un pequeño terreno en la ciudad entre edificios, a veces utilizado como huerto. Esto sugiere que la iglesia podría haber existido ya hacia mediados del siglo XII. M. A. García Guinea *et al.*, *Zamora: Enciclopedia...*, *op. cit.*, p. 485.

¹⁵ Las medidas de largo han sido tomadas desde la estructura moderna ubicada a los pies de la iglesia hasta la cabecera, resultando en veintisiete metros, por lo que la medida debe ser al menos tres metros mayor.

Si algo define este edificio es su continuidad constructiva. Los muros de la iglesia están formados por sillares colocados en hileras regulares y no se aprecian grandes cambios entre distintas fases constructivas. La longitud estandarizada de los sillares es de veinticinco a treinta centímetros de ancho. Al contrario de lo que sucedía en Santiago El Viejo, la presencia de marcas de cantería en esta iglesia es casi ubicua y todas ellas poseen un tamaño que ronda los diez centímetros. Actualmente me hallo realizando un estudio sobre ellas, habiendo recogido hasta la fecha un total de 916 marcas de cantería distribuidas entre el interior y el exterior de la iglesia en su nave, presbiterio y cabecera. La variedad tipológica de las marcas es amplia, lo que sugiere la intervención de varios talleres en la construcción de la iglesia, posiblemente en distintas campañas¹⁶. Lo que sobresale de esta iglesia es por tanto esta regularidad en la estructura, la precisión con la que se elaboraron los sillares de piedra y la organización de varios talleres de cantería para una construcción de estas dimensiones.

Es por tanto fácil percibir que la construcción de Santiago El Viejo y la de Santa María Magdalena muestran diferencias sustanciales. A pesar de basarse sobre plantas similares, y el común uso de la pudinga zamorana, ambas supusieron inversiones de riqueza muy distintas. La construcción de Santa María Magdalena comportaría un mayor coste debido a sus dimensiones, requirió mayor cantidad de piedra, además de mayor complejidad, más mano de obra especializada y mayor precisión en su construcción, lo que apunta a un plan muy definido a la hora de levantar la iglesia y un interés claro en su patrocinio.

4. TRAMO DE MURALLA DE LA RONDA DE SANTA ANA

El espacio urbano de Zamora estuvo delimitado por una muralla que tuvo tres grandes fases constructivas (fig. 1, n.º 3). La primera dataría del siglo XI y cercaría el espacio desde el castillo hasta la iglesia de San Juan de la Puerta Nueva, en la actual Plaza Mayor. La segunda, construida entre los siglos XII y XIII, respondió a la necesidad de ampliación del sistema murario por la expansión de la ciudad en nuevos barrios, y su construcción cubriría el perímetro comprendido entre la Plaza Mayor hasta la actual avenida de Alfonso XI. Por último, la

¹⁶ Para entender cómo el estudio de las marcas puede aportar información sobre el desarrollo de las obras de construcción es recomendable consultar: J. S. Alexander y T. Martin, «Sistemas constructivos en las fases iniciales de la catedral de Santiago: una nueva mirada al edificio románico a través de las marcas de cantería», en J. L. Senra Gabriel y Galán (coord.), *En el principio: génesis de la catedral románica de Santiago de Compostela. Contexto, construcción y programa iconográfico*, Santiago de Compostela, Teófilo Ediciones, 2014, pp. 143-163.

tercera ampliación de muros en el siglo XIV se realizaría con el fin de cercar la Puebla del Valle, al sur de la ciudad¹⁷. El estudio de las murallas de la ciudad es complejo ya que, a pesar de las tres fases mencionadas, todo el conjunto ha sido objeto de numerosas intervenciones posteriores.

La sección de muralla de la ronda de Santa Ana pertenecía, al menos en origen, a la ampliación del tramo realizado entre los siglos XI y XIII (fig. 8). Este presenta una particularidad que no se encuentra en ninguna otra parte de la estructura fortificada de la capital zamorana: sus sillares tienen marcas de cantería. Por tanto, además de la piedra, comparte una técnica común con las iglesias de la ciudad, aunque las formas de las marcas sean completamente distintas. En total, se han contabilizado en torno a seis-siete tipologías distintas de marcas de cantería, lo que podría indicar un taller trabajando con este número de componentes. A pesar del deterioro sufrido por los sillares, se puede observar una regularidad en sus hileras. Las medidas de los sillares están entre 40-50 cm de largo y 40-45 cm de ancho. Las marcas de cantería también están estandarizadas, como revela su tamaño: 12-14 cm de largo.

Sobre la presencia de marcas en esta parte de la muralla se pueden sugerir dos hipótesis: o bien el taller que intervino en esta parte del muro usaba las marcas como método organizativo del trabajo, o son sillares reutilizados de una construcción hoy en día desaparecida. Emplear material pétreo preexistente en murallas no es un caso extraño; un claro ejemplo es la ciudad de Ávila, donde numerosas piezas de origen romano fueron reaprovechadas en sus mu-



Figura 8. Tramo de muralla de ronda de Santa Ana. Sillares con marcas de cantería. Foto: Teresa Martínez Martínez.

¹⁷ Las murallas de Zamora han sido estudiadas por numerosos autores. Destacan trabajos ya citados (*vid.* nota 5) así como: G. Ramos de Castro, *Las Murallas de Zamora*, Zamora, Delegación Provincial, 1978.

rallas¹⁸. Por otro lado, las marcas de cantería que aparecen tanto en Santiago el Viejo como en Santa María de la Magdalena, al igual que en los demás templos de la ciudad, difieren considerablemente de las encontradas en el tramo amurallado de la ronda de Santa Ana, no solo en formas sino también en el trazado. Mientras que las formas de las marcas que aparecen en las iglesias son más complejas y variadas, en la muralla las marcas empleadas por los canteros siguen patrones simples, muy parecidos entre sí, y el trazo es más profundo y marcado. Por tanto, las evidencias materiales parecen indicar que un taller específico intervino en esta construcción.

CONCLUSIÓN

El análisis de la piedra aporta información relevante sobre la historia constructiva de los edificios que componen la Zamora románica. Observando las marcas, las medidas o las distintas formas de componer un muro se pueden plantear hipótesis sobre cómo fueron levantados estos edificios y, por tanto, el tipo de trabajo e inversión que hubo detrás de ellos. Este proceso se ve enriquecido cuando se comparan construcciones entre sí, sobre todo en un entorno tan reducido como este. Al tratarse de construcciones que se realizaron muy próximas en el tiempo, esta comparación ayuda a visualizar mejor el fenómeno constructivo que se dio de forma simultánea en la ciudad de Zamora. Todos los proyectos que tuvieron lugar entre los siglos XI y XIII partían de la misma base, la piedra local, pero la variedad de intenciones de los promotores y promotoras dio como resultado un paisaje pétreo diverso y complejo. Solo a través del estudio de los elementos materiales y su puesta en común con otras fuentes de información, como la documental, se podrá tener una visión cercana de la producción arquitectónica y la sociedad que la propiciaba durante los siglos centrales de la Edad Media.

La aproximación al fenómeno constructivo, tomando como sujeto de estudio la piedra, permite abrir nuevos interrogantes sobre la Zamora medieval. Por ejemplo, puede plantearse que fue la cercanía, y por tanto el abaratamiento de los costes, lo que propició tan gran número de construcciones. También merece la pena prestar atención a las cualidades de la piedra, cómo estas pudieron ser un factor más de condicionamiento a la hora de levantar las estructuras o, como se ha visto, dotarlas de elementos escultóricos. En el caso de Santiago El

¹⁸ M. E. González de la Granja, «Construcción y evolución temporal de la muralla de Ávila: últimas aportaciones historiográficas», *Norba: Revista de Arte*, 30, 2010, pp. 9-24.

Viejo, destaca el contraste entre la calidad escultórica y la constructiva. Resulta llamativo que una iglesia en la que la construcción revela una inversión menor a la de otras iglesias de la ciudad, en cambio tenga algunos de los capiteles más sobresalientes del conjunto monumental zamorano. Este planteamiento abre preguntas sobre el motivo de la construcción de la iglesia, así como sobre su función.

Finalmente, me gustaría hacer una reflexión sobre cómo lo que comenzó siendo un recurso de proximidad acaba dotando de identidad a la urbe. Que toda la ciudad fuera construida con la piedra que la sustenta refleja la relación que existe entre medio y arquitectura. Así mismo, la piedra sobre la que se asienta la ciudad reproduce colores, formas y características en las construcciones medievales; construcciones sin las que el desarrollo de la sociedad urbana de Zamora no hubiese sido posible, pues si algo nos revela el estudio de los restos materiales es cómo sociedad y arquitectura evolucionaron de la mano, en simbiosis constante. Sin esta petrificación, los habitantes de la ciudad no hubiesen tenido lugares para reunirse, enterrarse, celebrar actos litúrgicos, demostrar su poder, defenderse de los ataques o realizar tareas administrativas.

Las residencias reales del reino de Mallorca y la construcción *ex novo* de un reino*

Marta Fernández Siria

Universitat de les Illes Balears
m.fernandez@uib.es

Las últimas disposiciones testamentarias de Jaime I estipularon que, a su muerte, el infante Pedro sería rey de la Corona de Aragón heredando los territorios de Aragón, Cataluña y Valencia; y el infante Jaime sería también rey de una nueva corona formada por los territorios insulares del reino de Mallorca, el condado de Rosellón, Cerdeña, Vallespir, Capcir y Conflent, los vizcondados de Omeladés y de Carladés, y el señorío de Montpellier¹. El dominio de una corona fragmentada territorialmente, con enclaves insulares y continentales, y ubicada entre las potencias aragonesa y francesa no iba a ser fácil. Para Jaime II de Mallorca, los inicios como rey de la nueva corona fueron convulsos, ya que entre 1276 y 1298 la soberanía insular fue, entre otros aspectos, inestable.

Poco después de la conquista de Mallorca en 1229 ya se produjeron cambios en el control insular². Sin embargo, la tensión entre los infantes Pedro y Jaime condicionó definitivamente el desarrollo de la Corona de Mallorca³. Uno de los imperativos con los que nació la nueva corona en 1276 se truncó tres

* Trabajo realizado en el marco de una beca de formación de personal investigador (FPI) de la Vicepresidència i Conselleria d'Innovació, Recerca i Turisme del Govern de les Illes Balears i del Fons Social Europeu, Programa Operatiu del Fons Social Europeu 2014-2020 de les Illes Balears. Agradezco a la Dra. T. Sabater los comentarios recibidos en la realización del presente trabajo.

¹ A. Santamaría, «Creación de la Corona de Mallorca: las disposiciones testamentarias de Jaime I», *Mayurqa*, 19, 1980, pp. 129-130; M. L. Rodrigo, «Los testamentos de Jaime I: repartos territoriales y turbulencias políticas», *Cuadernos Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio*, 35, 2009, pp. 83-86.

² Recordemos las permutas de 1231 y 1254 entre Jaime I y Pedro de Portugal. A. Santamaría, «En torno a la institucionalización del Reino de Mallorca en el siglo XIII», *Medievalia*, 2, 1981, pp. 137-138; P. Cateura, «Las cuentas de la colonización feudal (Mallorca, 1231-1245)», *En la España Medieval*, 20, 1997, pp. 58-64.

³ La muerte del infante Alfonso, primogénito de Jaime I, fue clave en el inicio de las tensiones. A. Santamaría, «Creación de la Corona...», *op. cit.*, p. 129; M. L. Rodrigo, «Los testamentos de Jaime I...», *op. cit.*, pp. 82-84.

años después, en 1279, cuando el rey mallorquín suscribió un tratado con su hermano, el rey de Aragón, que implicaba el fin de la independencia de la recién nacida corona y el inicio del vasallaje bajo el manto de la Corona de Aragón. Los infortunios se agravaron para la corona mallorquina y, en 1285, el infante Alfonso, por orden de su padre Pedro III de Aragón, encabezó la ocupación de la isla de Mallorca. El clima era de máxima tirantez, puesto que la actitud de Jaime II de Mallorca ante los conflictos de la Corona de Aragón había situado al rey de Aragón como enemigo de su hermano⁴. La ocupación insular aragonesa comenzó en noviembre de 1285 y se prolongó hasta 1298 de modo que, fallecido Pedro III de Aragón, el control insular recayó en Alfonso III de Aragón⁵. Jaime II de Aragón continuó con el dominio de las islas hasta que el Tratado de Anagni (1295) estipuló, entre otras disposiciones, su devolución al rey mallorquín, el cual recuperó las islas en 1298 conservando su calidad de vasallo de la Corona de Aragón⁶.

Los territorios insulares de la Corona de Mallorca sufrieron periodos de inestabilidad política prácticamente desde 1229 hasta 1298. Con la recuperación de las islas se inicia una nueva etapa en la corona, completa de nuevo, y en el reinado de Jaime II de Mallorca. Después de las vicisitudes, el rey mallorquín inició un caleidoscópico proyecto con el objetivo de imponer su soberanía en el reino tantas veces codiciado por otros. A partir de 1298, y especialmente en el caso de Mallorca, asistimos a una verdadera construcción del reino en términos político-administrativos, materiales y religiosos⁷.

⁴ En 1283, Jaime II de Mallorca firmó un pacto de apoyo al monarca francés en la ocupación de territorios catalanes abriéndole paso en los enclaves fronterizos de su propiedad. F. Soldevila, *Les quatre grans Cròniques*, II. *Crònica de Bernat Desclot*. Revisió filològica de J. Bruguera, revisió històrica de M. T. Ferrer i Mallol, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2008, cap. CXXXIV, p. 266 y nota 969. En este contexto se sucedió la entrada del rey de Aragón en Perpiñán y la huida temporal del rey de Mallorca del castillo. F. Soldevila, *Les quatre grans Cròniques*, II. *Crònica de Bernat Desclot...*, op. cit., cap. CXXXIV, pp. 273-274. Sobre las relaciones internacionales: D. Abulafia, *Un emporio mediterráneo. El reino catalán de Mallorca*, Barcelona, Omega, 1996 (1994).

⁵ A. Santamaría, «La política municipal de Alfonso el Liberal en el Reino de Mallorca (1285-1291)», *En la España medieval*, 7, 1985, pp. 1271-1299. El rey Alfonso recaló más de una vez en la isla coincidiendo con la expedición a Menorca en 1287. F. Carreras y Candi, «Itinerari del rey Anfós II "lo Lliberal" (1285-1291)», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 10, n.º 71, 1921, pp. 61-83.

⁶ L. Tudela, «Jaume II d'Aragó i el regne de Mallorca: l'etapa de conflictivitat (1291-1305)», *e-Spania*, 28, 2017 <http://journals.openedition.org/e-spania/27059>

⁷ Aunque no trataremos cuestiones político-administrativas, debemos mencionar la actualización de los privilegios del reino de Mallorca, las *Ordinacions* y la creación de un sistema monetario propio. A. Riera, «Mallorca 1298-1311, un ejemplo de planificación económica en una época de plena expansión», *Estudios históricos y documentos de los archivos de protocolos*, V, 1977, pp. 197-243.

1. LA CONSTRUCCIÓN MATERIAL DE RESIDENCIAS REGIAS

Jaime II de Mallorca entendió que, tras los continuos cuestionamientos, debía petrificar y mostrar material y visualmente quién ejercía el poder en su corona. En 1298 comprendió la necesidad de visibilizar su poder, especialmente en la isla de Mallorca, y mostrarlo públicamente, por lo que la arquitectura, y concretamente la arquitectura residencial y/o defensiva como símbolo y herramienta de poder, fue una pieza clave en la recuperación del reino.

A las residencias regias heredadas en territorio continental se añadió el castillo real de Perpiñán a finales del siglo XIII que, convertido en residencia habitual, es el inicio y el reflejo de las aspiraciones constructivas de Jaime II de Mallorca⁸. Ahora bien, motivado por la recuperación del reino insular, el rey concentró en este una parte sustancial de sus atenciones constructivas. La primera visita a Mallorca a principios de 1300 después de la recuperación territorial fue totalmente significativa⁹. Las evidencias de su presencia en la isla antes de la ocupación aragonesa y en época de infante son escasas y todavía difusas en la historiografía¹⁰. No obstante, podemos afirmar que, refugiado en territorio continental, como mínimo no aparecía en la isla desde hacía veinticinco años, tiempo más que suficiente para justificar la importancia de la estancia de 1300 en Mallorca y las acciones que la siguieron. Era necesario suplir esta prolongada ausencia del monarca legítimo con elementos que conllevasen una pertenencia del rey al territorio. A nuestro entender, esta pertenencia es inherente a la residencia regia puesto que, habitada o no por la Corte, actúa como un símbolo regio en sí mismo.

Bien por futuras ausencias y en pro de reafirmar visualmente la soberanía; bien por la reciente recuperación de la isla y la necesidad de reconocimiento público; bien por cuestiones defensivas; bien por requisitos prácticos de la Corte,

⁸ Poseía también residencias en Montpellier y Colliure. M. Durliat, *L'art en el Regne de Mallorca*, Mallorca, Moll, 1989 (1964), pp. 143-216. Estudios recientes en: O. Passarrius y A. Catafau (dirs.), *Un palais dans la ville*, vol. 1-2, Canet, Trabucaire, 2014. Las estancias en Rosellón superaron a aquellas en territorio insular. R. Figuères, «La résidence des rois de Majorque», *e-Spania*, 28, 2017 <http://journals.openedition.org/e-spania/27179>

⁹ Estancia documentada desde diciembre de 1299 o enero de 1300 hasta agosto de 1302. R. Figuères, «La résidence des rois...», *op. cit.*

¹⁰ En 1256 juró como heredero y confirmó los privilegios en la iglesia de Santa Eulalia. A. Lecoy de la Marche, *Les relations politiques de la France avec le royaume de Majorque*, vol. I, París, E. Leroux, 1892, pp. 422-424, doc. XII; A. Huici y M. D. Cabanes, *Documentos de Jaime I de Aragón (1251-1257)*, vol. III, Valencia-Zaragoza, Anubar, 1978, p. 207, doc. 719. En esos años se apunta un absentismo de la monarquía que debemos, a falta de nuevas pesquisas, seguir. P. Cateura, «Sobre “el Infante en Jacme” y Mallorca (1256-1276)», *Mayurqa*, 20, 1980, pp. 123-140.

lo cierto es que Jaime II de Mallorca inició la construcción/reconstrucción de una red considerable de castillos y palacios en la isla.

Algunos de estos recintos fueron construidos *ex novo*, mientras que otros eran conjuntos que existían anteriormente, como el castillo real de *Ciutat de Mallorca*, el antiguo alcázar de Madina Mayūrqa remodelado a principios del siglo XIV. La documentación sugiere que este recinto ya había sido lugar de residencia en época de Jaime I en momentos inmediatamente posteriores a la conquista de la ciudad. En 1231, el rey cede a la comunidad judía ciertos bienes en la «almudainam nostram», exceptuando «capella mea et domibus in quibus clerici servientes capellam morari consuevunt et excepto palatio nostro maiori in quo nos stare consuevimus»¹¹. Se trataría de una ocupación como residencia muy temprana que contaría ya con un espacio religioso activo.

Durante la ocupación aragonesa, Jaime II de Aragón ordenó arreglar lo imprescindible en este castillo real quizá con motivo de su hospedaje¹². Desconocemos el estado del castillo y sus contornos a finales del siglo XIII, aunque considerando las puntuales intervenciones del rey aragonés, no descartamos que el edificio necesitase arreglos y que ello también motivase las obras emprendidas por Jaime II de Mallorca. La ampliación del recinto palatino comenzó en los primeros años del siglo XIV y se alargó, al menos, hasta 1313, momento en que las obras estaban avanzadas y continuaban bajo el reinado de Sanç de Mallorca¹³.

Jaime II de Mallorca no se contentó con renovar el castillo real urbano que constituía uno de los nodos del poder en la ciudad y un símbolo de soberanía. La construcción *ex novo* del castillo de Bellver, extramuros aunque cercano a la ciudad, forma parte, a nuestro entender, de una iniciativa personal y moti-

¹¹ A. Huici y M. D. Cabanes, *Documentos de Jaime I de Aragón (1216-1236)*, vol. I, Valencia-Zaragoza, Anubar, 1976, pp. 278-282, doc. 155; L. Pérez, «Corpus documental Balear (I). Reinado de Jaime I», *Fontes Rerum Balearium*, 1, 1977, pp. 83-86, doc. 74; J. Maíz, *Los judíos de Baleares en la Baja Edad Media. Economía y política*, La Coruña, UNED, Netbiblo, 2010, p. 26. Agradezco a la Dra. I. Calderón la atención a este documento.

¹² En abril de 1292, el rey de Aragón recomienda la reparación del tejado y torres. En septiembre del mismo año, desde *Ciutat de Mallorca* se notifican nuevas obras. J. Trenchs i Òdena, *Documents de cancelleria i de mestre racional sobre la cultura catalana medieval*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2011, p. 100, doc. 134 y p. 102, doc. 144. De las estancias de Jaime II de Aragón en Mallorca, la primera, en agosto de 1291, la entendemos colateral a su regreso de Sicilia; la segunda, entre agosto y septiembre de 1292, quizá fue el motivo de las reformas. J. M. del Estal, *Itinerario de Jaime II de Aragón (1291-1327)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009, p. 47 y pp. 69-70.

¹³ M. Durliat, *L'art en el Regne...*, *op. cit.* J. Sastre, «La remodelación de la Almudaina de Madina Mayurqa en Palau Reial por Jaime II y Sancho I (1305-1314)», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, 45, 1989, pp. 105-122; J. Sastre, *Els llibres d'obra del Palau Reial de l'Almudaina (1309-1314)*, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2001.

vos defensivos. A pocos kilómetros del centro urbano de poder, el castillo de Bellver se emplaza en un promontorio rodeado por un perímetro arbolado. Su situación permite ver –olear la bahía y más allá– y ser visto, constituyendo un emblema del rey. Su planta circular y su aspecto de fortaleza inaccesible y opaca lo convierten en uno de los edificios más significativos de la arquitectura gótica mediterránea del siglo XIV¹⁴.

Las grandes residencias, continentales e insulares, parecían no ser suficientes, puesto que las obras regias se sucedieron, también en la primera década del siglo XIV, en los palacios rurales de Sineu, Manacor, Valldemossa y el Teix, en la zona rural de la isla¹⁵. Jaime II de Mallorca había recuperado el dominio insular pero se encontraba prácticamente al final de su reinado. En 1309, cuando estaban activas algunas de las obras mencionadas, el rey tenía sesenta y seis años. Puede que, consciente de la edad, la premura fuese un imperativo a la hora de dejar encauzado, si no acabado, el proyecto constructivo residencial.

La profusión de residencias en un territorio acotado como el insular es, cuanto menos, llamativa. Seguimos las tesis que defienden que una de las razones de este y otros proyectos fue la afirmación dentro de una política de prestigio definida¹⁶. En un territorio codiciado y por fin recuperado, era obligado representar el poder no solo en ámbito urbano sino también en el rural. Sin embargo, nos permitimos ir más allá y mencionar otros motivos que pudieron influir. Por una parte, si fundamentalmente se ha destacado la funcionalidad palaciega y señorial del castillo de Bellver implícita en su etimología (*bell veure*), debemos insistir en la utilidad defensiva que podía proporcionar un castillo en la colina cercana a la ciudad. Pensamos que para el rey de Mallorca sería ventajoso contar con una fortaleza próxima pero a la vez retirada del núcleo urbano que pudiese suponer un refugio infranqueable. Por otra parte, no debe-

¹⁴ M. Durliat, «Les châteaux des rois de Majorque: origine de leurs partis architecturaux», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, 41, 1985, pp. 47-56; AA.VV., *Bellver 1300-2000. 700 anys del castell*, Palma, Ajunt. de Palma, 2001; J. Sastre, «El llibre d'obra del Castell de Bellver (1309-1310)», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, 63, 2007, pp. 165-202. Recientemente: J. Martínez de Aguirre, «The King, the Architects and the Philosopher: Invention in Mallorcan Architecture around 1300», en T. Nickson y N. Jennings (eds.), *Gothic Architecture in Spain: Invention and Imitation*, Londres, Courtauld Books Online – The Courtauld Institute of Art, 2020, pp. 60-78.

¹⁵ M. Durliat, *L'art en el Regne...*, op. cit., pp. 155-162; J. Domenge, «Les residències dels reis a Mallorca», en O. Passarius y A. Catafau (dirs.), *Un palais dans la ville*, vol. 1, Canet, Trabucaire, 2014, pp. 313-336.

¹⁶ F. Español, *Els escenaris del rei. Art i monarquia a la Corona d'Aragó*, Manresa, Angle, 2001; T. Sabater, «El renacimiento de las artes en los inicios de un reino. Mallorca 1298-1317», *Hortus Artium Medievalium*, 16, 2010, pp. 171-178; J. Domenge, «Arquitectura palatina del reino de Mallorca. Símbolos de poder para una efímera dinastía», *Anales de Historia del Arte*, 23. Núm. Esp. II, 2013, pp. 79-106.

mos pasar por alto el ambiente que debía de vivirse en una Corte del siglo XIV que necesitaba cada vez más espacios para ejercer sus atribuciones. La corte mallorquina era una nueva entidad situada, en varios sentidos, entre longevas y potentes monarquías: la aragonesa y la francesa. Estar al nivel de las potencias vecinas implicaría contar con una red residencial en la que realizar los quehaceres propios de la realeza bajomedieval. Por ello, creemos que no se trataron de residencias inutilizadas, sino que fueron habitadas y tuvieron un propósito más allá del estrictamente simbólico¹⁷.

2. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD RELIGIOSA EN ÁMBITO RESIDENCIAL

El ámbito religioso pervive en los espacios regios y constituye un lugar representativo en los castillos y palacios del reino de Mallorca¹⁸. Es un espacio significativo que expresa la identidad religiosa que la monarquía ha querido construir. Las capillas palatinas del castillo real de Perpiñán, superpuestas en la torre E, se hallan en un lugar preferente y elevado que se percibe visualmente. La capilla superior, del rey, está dedicada a la Santa Cruz, mientras que la capilla inferior, de la reina, está dedicada a santa Magdalena¹⁹. En el caso del castillo de *Ciutat*

¹⁷ Por ejemplo, las fuentes muestran que, en su última estancia en la isla, Jaime II de Mallorca residió algún tiempo en Sineu. Pudo llegar entre mediados de febrero de 1310, cuando se documentan los preparativos del palacio, y finales del mismo mes, cuando su presencia se confirma por la visita de A. de Campredon. G. Llompert, «El ángel-veleta de la Almudaina de Mallorca (siglo XIV)», *Studia Lulliana*, 15, 1971, pp. 1-10; J. Sastre, *Els llibres d'obra del Palau...*, *op. cit.*, pp. 102-103; J. Sastre, «Palaus rurals a Mallorca: la reestructuració del Palau de Sineu (1309)», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, 60, 2004, pp. 63-100; J. Domenge, «Les residències dels reis...», *op. cit.*, p. 319; R. Figuères, «La résidence des rois...», *op. cit.* Durliat apunta, con alguna confusión apelativa, que el rey expidió cartas desde Sineu y Valldemossa en 1301. M. Durliat, *L'art en el Regne...*, *op. cit.*, p. 155, nota 54.

¹⁸ El ámbito religioso procedente de la tríada *aula-camera-capella* configura el *palais* desde tiempo antiguo y es, asimismo, uno de los símbolos arquitectónicos relacionados con el poder. A. Renoux, «Les fondements architecturaux du pouvoir princier en France (fin IX^e-début XIII^e siècle)», en *Les princes et le pouvoir au Moyen Âge. XXIII^e Congrès de la Société des Historiens Médiévistes de l'Enseignement Supérieur Public. Brest, mai 1992*, París, Publications de la Sorbonne, 1993, pp. 173-174; A. Salamagne, «La distribution des espaces dans le château français (XII^e-XIV^e siècle)», en A. Salamagne, J. Kerhervé y G. Danet (dirs.), *Châteaux et modes de vie au temps des ducs de Bretagne. XIII^e-XVI^e siècle*, Tours-Rennes, Presses Univ. François-Rabelais de Tours, Presses Univ. de Rennes, 2012, p. 184.

¹⁹ Superposición comparada, entre otros ejemplos, con la Sainte-Chapelle. M. Durliat, *L'art en el Regne...*, *op. cit.*, p. 171; I. Hacker-Sück, «La Sainte-Chapelle de Paris et les chapelles palatines du Moyen Âge en France», *Cahiers Archéologiques fin de l'Antiquité et Moyen Âge*, XIII, 1962,

de Mallorca, el modelo cambia ligeramente y las capillas se disponen en cuerpos separados. La del rey, dedicada a santa Ana, se destaca en el conjunto, mientras que la de la reina, dedicada a san Jaime, se ubicaba en la zona privada de la soberana, tal vez con un sentido más reservado.

Las advocaciones son, en nuestra opinión, uno de los puntos clave en el programa de recuperación del reino. La actividad constructiva tuvo un peso destacado en la isla y, si bien la intervención es única en tiempo y recursos, esta afectó también a la zona continental puesto que, en última instancia, Jaime II de Mallorca pretendía afianzar su legitimidad en el conjunto de los territorios. Por eso, volviendo a las capillas palatinas de Perpiñán, no pasan inadvertidas las indulgencias concedidas por el papa Bonifacio VIII en 1300 a los que en peregrinaje visitasen la capilla del castillo en las principales celebraciones y, entre estas, en la festividad de la Santa Cruz y en la de Santa María Magdalena²⁰; indulgencias que también concedió a aquellos que visitasen la capilla de Santa Ana del castillo de *Ciutat de Mallorca*²¹. A nuestro parecer, las capillas de ambos recintos fueron utilizadas por los reyes de Mallorca en la construcción y expresión de su identidad religiosa; una identidad a la que se añadía destacado prestigio al venir avalada por el papa. En 1337, Jaime III de Mallorca solemnizó y perpetuó la celebración de estas advocaciones en las *Leges Palatinae*, un manuscrito que también fue parte de la expresión del poder regio²².

La espiritualidad de la dinastía mallorquina se expresó, sin duda, en sus proyectos constructivos y especialmente en los de ámbito palatino-religioso²³. Esclaramunda de Foix, reina y esposa de Jaime II de Mallorca, vivió también

pp. 256-257; D. Sandron, «Chapelles palatines: succès d'un type architectural (XIII^e-XIV^e s.)», en O. Passarrius y A. Catafau (dirs.), *Un palais dans la ville*, vol. 1, Canet, Traboucaire, 2014, pp. 249-258. Tesis recientes, con las que coincidimos, han actualizado el sentido estructural de este tipo arquitectónico en relación al panteón real ubicado en la Seu mallorquina, otra de las empresas principales de Jaime II de Mallorca. T. Sabater, «Jaume II promotor de les arts. La capella de la Trinitat de la Seu de Mallorca», en *Le plaisir de l'art du Moyen Âge. Commande, production et réception de l'œuvre d'art. Mélanges en hommage à Xavier Barral i Altet*, París, Picard, 2012, pp. 201-205.

²⁰ R. Tréton, «Du palais à la forteresse, les mutations du château royal de Perpignan (XIII^e-XV^e s.)», en O. Passarrius y A. Catafau (dirs.), *Un palais dans la ville*, vol. 1, Canet, Traboucaire, 2014, pp. 28-29 y nota 15.

²¹ R. Tréton, «Du palais à la forteresse...», *op. cit.*, pp. 28-29, nota 15.

²² L. Pérez, G. Llompert y M. Durliat, *Jaume III rei de Mallorca. Lleis Palatines*, vols. I-II, Palma de Mallorca, J. J. de Olañeta, 1991.

²³ El tema de la espiritualidad cuenta con una extensa aportación historiográfica. Véase, recientemente: N. Jaspert, «Testaments, Burials and Bequests. Tracing the "Franciscanism" of Aragonese Queens and Princesses», en N. Jaspert e I. Just (eds.), *Queens, Princesses and Mendicants. Close Relations in a European Perspective*, Zürich, Lit. Verlag, 2019, pp. 86-89.

el nacimiento de la corona de Mallorca y sus acontecimientos²⁴. Según nuestro conocimiento, no constan suficientes datos documentales que permitan medir el grado de implicación de la reina en los proyectos palatinos y, concretamente, en los de ámbito religioso. Sin embargo, algunos datos nos pueden ofrecer cierta luz sobre el asunto. En 1311, el papa Clemente V concedió licencia a Esclaramunda de Foix para construir un oratorio y una edificación religiosa para mujeres arrepentidas²⁵. Además, se ha apuntado que Esclaramunda habría fundado en Perpiñán el convento de Santa María Magdalena destinado a acoger a mujeres arrepentidas²⁶. Por ello, no parece casual que la capilla inferior de Perpiñán, la de la reina, estuviese bajo la advocación de santa Magdalena. Es más, entre las obras que promocionó en Nápoles la reina Sança, hija de Jaime II de Mallorca y Esclaramunda de Foix, estaban los conventos de Santa Clara, de Santa Magdalena, de Santa María Egipciaca y de la Santa Cruz, devociones que son familiares y proceden de la rama mallorquina. La construcción de la identidad religiosa iniciada por los soberanos a principios del siglo XIV se extendió en tiempo y espacio y, a nuestro entender, actuó como identificativo espiritual y dinástico.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Las residencias, así como las devociones, se afianzaron y su presencia y utilización fueron factores determinantes en la construcción simbólica, material e ideológica del reino de Mallorca a principios del siglo XIV.

En plena madurez, Jaime II de Mallorca dio forma a un proyecto dinástico que afectó, en territorio insular y entre otros sectores, al ámbito constructivo de las residencias regias. Para la nueva dinastía era necesario, por un lado, restablecerse visualmente en el territorio y, a nuestro juicio, era positivo, por otro lado, fortalecer los contornos del núcleo urbano de manera defensiva, así como dar

²⁴ Recientemente: C. Ortiz e I. Munar, «Las grandes desconocidas: reinas e infantas en el Reino de Mallorca (1276-1349). Una revisión historiográfica», en S. Cernadas y M. García-Fernández (eds.), *Reinas e infantas en los reinos medievales ibéricos. Contribuciones para su estudio*, Santiago de Compostela, Univ. de Santiago de Compostela, 2018, pp. 153-174.

²⁵ G. Ensenyat, «La espiritualidad de las reinas de la casa real de Mallorca», en M. García-Fernández y S. Cernadas (coords.), *Reginae Iberiae. El poder regio femenino en los reinos medievales peninsulares*, Santiago de Compostela, Univ. de Santiago de Compostela, 2015, pp. 119 y 126.

²⁶ K. Ludwig Jansen, *The Making of the Magdalen: Preaching and popular devotion in the later Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 182, citado en: M. Gaglione, «Sancia d'Aragona-Maiorica tra impegno di governo e "attivismo" francescano», *Studi Storici. Revista trimestrale dell'Istituto Gramsci*, 49-4, 2008, p. 973 y nota 138.

respuesta a necesidades que formaban parte del poder real y que podían situar la nueva dinastía en paralelo a las monarquías contemporáneas. Sostenemos que las funcionalidades arquitectónicas, como las espaciales en época medieval, no son excluyentes y que varias intenciones pueden convivir en un mismo edificio.

Dentro del proyecto residencial la esfera religiosa tuvo un papel definitorio, puesto que la nueva stirpe debía tener una solidez espiritual que definiera la identidad dinástica. La presencia de una devoción vinculada a la soberana y extendida en el tiempo ofrece una perspectiva actualizada sobre el grado de participación femenina en el proyecto regio, una cuestión en la que, sin duda, se debe profundizar.

El puente de Besalú: obra, financiación y administración a través de los registros notariales (1315-1318)

Juli Moreno Peré

Institut de Recerca Històrica
Universitat de Girona
julimorenopere@gmail.com

INTRODUCCIÓN

El auge de las construcciones en piedra característico de Europa occidental durante los siglos XI-XIV, además de iglesias, castillos o casas incluye también unos elementos de la ingeniería civil tan característicos como los puentes. La inversión en caminos o vías de comunicación, infraestructuras portuarias y puentes se puede relacionar con el crecimiento de la circulación comercial y, en general, con los progresos experimentados por la comercialización de la economía en la Edad Media.

Además del registro arqueológico, la construcción de puentes puede analizarse a través de la documentación escrita conservada en los archivos de algunas ciudades y villas europeas; por ejemplo, no resulta raro encontrar legados destinados a la construcción de puentes en testamentos desde el siglo XI¹.

El auge de los núcleos urbanos es un fenómeno perceptible principalmente desde finales del siglo XI y principios del siglo XII en el territorio de la Cataluña Vieja; la estabilidad política, las mejoras productivas en el campo, la especialización en el trabajo artesanal y la creciente integración de los mercados son factores que explican este proceso. Poco a poco, los núcleos urbanos fueron acumulando poder y riqueza gracias a la instauración de mercados semanales y ferias anuales. A partir del siglo XIII, sus élites empezaron a promocionar obras públicas que obedecieran a los intereses económicos y sociales a los cuales aspiraban, tomando el relevo de lo que hasta entonces habían sido ante todo iniciativas señoriales, condales o reales.

¹ J. Mesqui, «Grands chantiers de ponts et financements charitables au Moyen Âge en France», en *Las Grandes Obras Públicas en la Europa Medieval, Semana de Estudios Medievales de Estella*, n.º 22, 1995, pp. 153-177.

Las universidades –y su plasmación en asambleas dirigidas por los mandatarios de cada ciudad– fueron las instituciones dedicadas a la representación municipal de sus ciudadanos, y entre sus funciones principalmente de naturaleza fiscal también se encontraban la promoción, organización y financiación de actuaciones en el ámbito público: estas se materializaban con la construcción de murallas, hornos, molinos, caminos o puentes, unas decisiones que eran negociadas con su señor jurisdiccional².

En el siguiente artículo se analizará un caso concreto, el del puente sobre el río Fluvià, en la villa de Besalú, en la Cataluña vieja y sus reformas a principios del siglo XIV que se hallan relativamente bien documentadas a través de los registros notariales y de la universidad. Objeto de numerosas reparaciones y modificaciones a causa de los estragos del tiempo y a su voladura parcial durante la guerra civil española, el puente se nos presenta hoy en día reformado y con una estructura semejante a la que debió de erigirse a finales de la Edad Media³: el paso de casi 152 metros de largo se sostiene sobre ocho arcos, con una torre de defensa que permite el acceso al recinto amurallado y otra entre el quinto y sexto arco⁴.

Los orígenes de este puente nos son desconocidos y nos es imposible concretar la fecha de su construcción; sin embargo, sí se tiene conocimiento de una reconstrucción acontecida en el puente a principios del siglo XIV. Las pocas referencias a dicha reparación se limitan al estudio en 1966 de J. M. de Solá-Morales, quien publicó un privilegio del rey Jaime II del 1315 por el que se autorizaba el establecimiento de un peaje para costear unas obras de reparación tras los destrozos provocados por unas riadas⁵. Más recientemente se ha desvelado el documento por el cual la universidad de la villa encargó a un tal Pere Baró la

² Sobre los orígenes de la financiación municipal en la Cataluña bajomedieval, véase: M. Sánchez Martínez, A. Furió y Á. Sesma Muñoz, «Old and New Forms of Taxation in the Crown of Aragon (13th-14th Centuries)», en *Settimana di Studi dell'Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini» di Prato*, n.º 39, 2008, pp. 99-130. O también: M. Turull Rubinat, *El Gobierno de la ciudad medieval: administración y finanzas en las ciudades medievales catalanas*, Barcelona, CSIC, Institución Milá y Fontanals, Departamento de Estudios Medievales, 2009.

³ J. Frigola y J. Roura, «El patrimoni medieval perdut. Cinc segles de catàstrofes, guerres, destrucció, espoli i abandó a la vila de Besalú (1427-1939)», *Síntesi. Quaderns Dels Seminaris de Besalú*, vol. 4, 2018, pp. 49-79.

⁴ J. Danés, «El pont de Besalú, sobre el Fluvià», *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, n.º 272, 1917, pp. 213-223. Para un análisis exhaustivo de los aspectos arquitectónicos del puente, véase: Á. López Sánchez, «Puentes de la época medieval en las cuencas de los ríos Ter, Fluvià y Muga», TDX (Tesis Doctorales en Xarxa), 2010. <http://www.tesisenred.net/handle/10803/31856>, pp. 139-195.

⁵ J. Solá Morales, «Unas notas sobre el restaurado puente medieval de Besalú», *Revista de Girona*, 34, 1966, pp. 53-60.

supervisión de los trabajos en 1316⁶. Sin embargo, diversos documentos relativos a la reconstrucción del puente y a la compleja administración de los gastos, conservados entre los fondos de la notaría de Besalú, han permanecido inéditos y no han recibido la atención que merecen. Su análisis pormenorizado nos permitirá esclarecer varios aspectos del proceso constructivo y el entramado institucional que lo hizo posible, así como situarlo en su contexto histórico.

1. FUENTES Y CRONOLOGÍA

Los documentos relativos al puente de Besalú se hallan en un registro notarial que cubre los años 1316-1318 entre otros contratos de naturaleza privada. Después de la concesión del privilegio real de Jaime II de 1315 que autorizaba al cobro de un peaje para sufragar los gastos de reparación del puente, se producen cinco registros donde figura la disposición administrativa de la obra.

Ordenados cronológicamente, el primero de ellos reproduce el contrato entre los jurados de la villa, elegidos por la universidad, y el especialista en construcción de puentes (*magister pontis*) Pere Baró, natural de Perpiñán⁷. En segundo lugar se encuentra un debitorio de la universidad de Besalú a favor de Pere Serrat por su participación en las obras⁸. En tercer lugar aparecen dos documentos en casi el mismo período temporal, el primero referente al nombramiento de los procuradores de la reconstrucción por parte de la universidad⁹, y el segundo otro debitorio a favor de Guillem de Ges y Ramon de Ges en razón de su calidad de prestamistas en la financiación de la empresa¹⁰. Finalmente aparece una audición de cuentas presidida por el lugarteniente del baile, el obrero/ operario y dos jurados de la villa, sobre el gasto anual derivado de dichas obras¹¹. Algunos meses más tarde, el *magister pontis* Pere Baró aparece de nuevo en el mismo registro notarial, pero esta vez como responsable de las obras de

⁶ J. Colomer y M. À. Fumanal, «Pont de Besalú», en *Joies del Gòtic Català*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 2013, pp. 398-399. El hallazgo del contrato de Pere Baró dio a la publicación de una novela histórica basada en este suceso: M. Gironell, *El Pont dels jueus*, Barcelona, Columna, 2007.

⁷ Arxiu Comarcal de la Garrotxa (ACGAX), notaría de Besalú, vol. 3, f. 83v, 17 de diciembre de 1316. El *magister pontis* es llamado a acudir a Besalú «pro labore et industria dicti P. Baroni ratione operis pontis».

⁸ *Idem*, vol. 3, f. 104r, 22 de febrero de 1317.

⁹ *Idem*, vol. 3, ff. 120v-120r, 16-19 de abril de 1317. No ha sido posible precisar la fecha exacta en este registro dado su mal estado de conservación.

¹⁰ *Idem*, vol. 3, f. 123r, 19-21 de abril de 1317. No ha sido posible precisar la fecha exacta en este registro dado su mal estado de conservación.

¹¹ *Idem*, vol. 3, f. 172r, 28 de noviembre de 1317.

un puente situado sobre el Ser, un afluente del Fluvià que debe cruzarse para ir en dirección a Gerona¹².

En definitiva, la serie documental muestra unos sucesos consecutivos que permiten realizar una aproximación al caso. El evento de la reconstrucción del puente de Besalú implica activamente una serie de personajes que se definen por sus funciones en el proceso, además de informarnos de algunos detalles sobre la relevancia y las características de este paso elevado; a continuación se explorarán las posibilidades que nos ofrece el registro para resolver estas cuestiones.

2. CARACTERÍSTICAS

Se desconoce el estado de la infraestructura en el momento de las obras después del deterioro provocado por el desbordamiento del río Fluvià, pero el privilegio de Jaime II detalla que el puente ya era de piedra¹³. Teniendo en cuenta que en la villa se celebraba un mercado semanal desde el siglo XI y una feria anual desde el siglo XII¹⁴, y que Besalú era parte de un entramado comercial habilitado por vías de comunicación relevantes –entre ellas la conexión con la antigua Vía Augusta–, se aprecia su condición favorable en términos mercantiles. Los caminos que pasaban por la ciudad permitían el acceso a otros núcleos urbanos y comerciales importantes, como Girona, Banyoles, Castelló d’Empúries, Figueres, Camprodon, Ripoll y Vic, por citar solo algunos¹⁵. Seguramente la actividad comercial que implicaba la celebración de las ferias requería una inversión en infraestructura viaria significativa y la reforma de su puente se sitúa en este contexto.

Por otro lado, el cobro del pasaje especifica unas tasas monetarias según la tipología de los transeúntes: los viajeros a caballo pagaban un dinero, mientras que los peatones y los animales cargados pagaban un óbolo (medio dinero). En los estudios para los puentes medievales de Inglaterra de D. F. Harrison, la am-

¹² *Idem*, vol. 3, ff. 215r y 215v, 20 de abril de 1318.

¹³ Archivo de la Corona d’Aragón, Cancillería real, registro 211 f. 298r, 4 de junio 1315. De hecho, D. F. Harrison detecta a partir de 1300 una edad de oro en lo que se refiere a construcciones de puentes de piedra en Inglaterra: D. F. Harrison, *The Bridges of Medieval England: Transport and Society 400-1800*, Oxford, Clarendon Press, 2004.

¹⁴ J. M. Salrach, «Mercats i fires: el despertar de l’economia en terres de Besalú (segles IX-XIV)», en *Annals Del Patronat d’Estudis Històrics d’Olot i Comarca*, 1996-1998, pp. 9-36. La primera noticia que se tiene de la feria anual en Besalú data del año 1151: C. B. Gallart, *Fires i mercats: factors de dinamisme econòmic i centres de sociabilitat (segles XI a XV)*, Barcelona, R. Dalmau (ed.), 2004, p. 180.

¹⁵ J. Bolòs y V. Hurtado, *Atlas del comtat de Besalú (785-988)*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1998, pp. 44-45. J. Bolòs y V. Hurtado, «La xarxa viària catalana a l’Alta Edat Mitjana. Una aproximació des de la cartografia», *Anuario de Estudios Medievales*, 1993, n.º 23 (1), pp. 3-26.

plitud necesaria de este tipo de estructuras para el correcto paso de un caballo no podía ser inferior a 1,6 metros¹⁶. El puente de Llierca, a escasos doce kilómetros de Besalú, de un solo arco y construcción más modesta, ha permanecido prácticamente inalterado desde su edificación a mediados del siglo XIV; la amplitud del paso alcanza los 2,30 metros, por lo tanto es más que probable que el puente de Besalú igualase o superase esta cifra¹⁷.

Finalmente, gracias al documento del recuento de los gastos deducidos de las reformas durante el año anterior, sabemos que estos ascendieron a 2127 sueldos con 5,5 dineros¹⁸; constituye una suma elevada y se justifica al tratarse el puente de Besalú de una construcción notable, además de contar con la existencia de un peaje autorizado por el rey.

3. FINANCIACIÓN, ADMINISTRACIÓN Y CONSTRUCCIÓN

Las obras del puente de Besalú resultaron ser una empresa compleja y costosa al tratarse de una infraestructura de gran tamaño, donde diferentes actores se relacionaron y ejecutaron unas u otras funciones según sus roles, activando así unos mecanismos de actividad administrativa, financiera y constructiva que permitieron culminar con éxito el proyecto.

A fin de una mejor comprensión del entramado de instituciones y personas citadas en los documentos, el esquema n.º 1 permite observar su estructura jerárquica desde el rey Jaime II hasta el maestro de las obras. Los siguientes apartados están dedicados a precisar la naturaleza de los actores principales en dicha empresa.

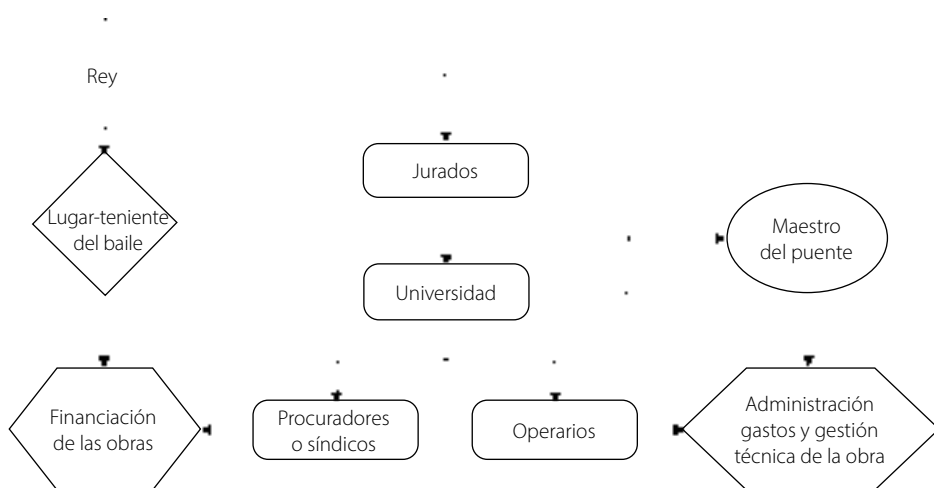
3.1. El maestro de obras del puente

El arquitecto-ingeniero, la persona encargada de llevar a cabo la obra, era el maestro del puente (*magister pontis*). En Besalú, esta función la desempeñó el maestro Pere Baró, sin duda un experto en este tipo de estructuras. Además, Baró provenía de Perpiñán, una ciudad relativamente alejada de Besalú, así que

¹⁶ D. F. Harrison («Bridges and economic development, 1300-1800», *The Economic History Review*, 45 (2), 1992, pp. 240-261) cita que en doscientos casos de puentes, ciento setenta ya disponen de una amplitud entre 2,7 y 4,5 metros para finales de la Edad Media, lo que indica su adaptación viaria al uso de carros.

¹⁷ S. Soler Simon, «Algunes dades sobre el pont del Llierca de Tortellà», *Annals Del Patronat d'Estudis Històrics d'Olot i Comarca*, vol. 29, 2018, pp. 35-51.

¹⁸ ACGAX, notaria de Besalú, vol. 3, f. 172r.



Esquema 1. Estructura de los actores en las obras del puente de Besalú según los documentos notariales.

los jurados y la universidad decidieron contratar a una persona fuera del ámbito local y especialista en la construcción de puentes; su función principal debió de ser el trazado de los planos, la dirección de la construcción y la supervisión del suministro y calidad de los materiales usados¹⁹.

La existencia de expertos como Pere Baró es indicativa del auge que en ese momento estaba experimentando la construcción de puentes a escala regional, así como de la necesidad de contar con expertos para realizar una obra de tal entidad y de la movilidad de esos expertos²⁰.

La duración de las obras del puente de Besalú es desconocida, pero es posible que se alargara unos cuantos meses e incluso años, por lo que Pere Baró residió en la villa un largo período. Su actividad en el puente de Serinyà, datada el 20 de abril de 1318, aproximadamente un año y medio después de su contrato con la universidad de Besalú, refuerza esta teoría; el ingeniero habría acudido a trabajar en otros puentes aprovechando su estancia en Besalú. Baró reconoció haber recibido sesenta y seis sueldos por parte de Ramon Mexella de la parroquia de Serinyà, a razón de las obras en el puente de dicha parroquia. Seguidamente, también reconoció haber recibido esta vez veintidós sueldos de los cua-

¹⁹ Por analogía con los maestros de obras de las catedrales, la figura del maestro de obras es habitualmente comparada con la del arquitecto de hoy en día: S. Victor, *La Construction et les métiers de la construction à Gérone au XV^e siècle*, Toulouse, Méridiennes, 2008, p. 93.

²⁰ P. Freixas indica que los arquitectos de principios del siglo XIV en Girona provenían de Narbona: P. Freixas, *L'Art gòtic a Girona: segles XIII-XV*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1983, p. 16.

renta y siete que constan en el deutorio ordenado por parte del mismo Mexella y también de Arnau d'Esquerda, uno de los jurados de Besalú²¹. La aparición de este jurado constata cómo la universidad de Besalú podía financiar las obras en otras parroquias de la veguería –Serinyà está a menos de diez kilómetros de Besalú–, hecho que respondía a los intereses comerciales de sus prohombres al asegurar el mantenimiento de la red de comunicaciones con poblaciones vecinas.

Pere Baró *ponterius* firmó como testigo en el inventario de bienes de Pere de Portell realizado en junio del 1325²², hecho que revela una relación profesional de largo recorrido entre la villa de Besalú y el maestro de puentes. En 1330, los puentes del río Fluvià en Besalú y el del río Ser en Serinyà aparecen de nuevo en un documento donde se autorizaba la desviación de fondos de las obras de los puentes a las obras de reparación del castillo de la villa de Besalú, por lo que puede deducirse que el entramado financiero creado para las obras de 1317 siguió en pie durante varios años más²³. En el mismo registro notarial se informa que existió una imposición para las reparaciones de los puentes, es decir, un impuesto indirecto que debía permitir financiar las obras²⁴.

Pere Baró no fue el único experto contratado expresamente para las obras del puente de Besalú. Unos dos meses después de su contrato la universidad, reunida de manera plenaria, aceptó deber a otro personaje llamado Pere Serrat la cantidad de mil sueldos por su participación en las obras del puente²⁵. Pere Serrat era habitante de Cotlliure, población cercana a Perpiñán, con lo que quizás se tratase de un colaborador de Pere Baró o la persona que ejerció de intermediario en la transferencia económica entre los jurados y el ingeniero.

3.2. Los jurados

La universidad se hallaba representada por cuatro jurados elegidos por la asamblea de vecinos²⁶. Ellos eran los promotores o comitentes de la obra, los primeros interesados en asegurar su correcto desarrollo mediante diferentes canales de fi-

²¹ ACGAX, notaría de Besalú, vol. 3, ff. 215r y 215v.

²² *Idem*, vol. 12, f. 39r.

²³ El representante del rey autorizaba «convertendi in reparationem castri de Bisulduno ad quod ex reparatione pontium de Bisulluno et de Seer superfuerit», *idem*, vol. 23, f. 1v.

²⁴ *Idem*, vol. 23, f. 4r, 14 de febrero de 1333.

²⁵ *Idem*, vol. 3, f. 104r. La universidad de Besalú reconoce «se debere Petrus de Serrato habitatori de Cocholibero mille solidos barchinonensis de terno ex causa mutui ad opus operis ponti de Bisulduni».

²⁶ Los nombres de los cuatro jurados son Bernat Prat, Ramon Ges, Ramon Porter y Gerard Pau, unos cargos que eran renovados cada año. *idem*, vol. 3, f. 83v.

nanciación que en este caso eran negociados con el rey. Ya se han comentado los ingresos derivados del pontaje, pero en el momento de la audición de cuentas se citan otros dos mil sólidos «quos homines ville Bisulduni debent convertere quolibet anno in opere dicti pontis secundum cartam gratie per dictum Regem inde facte»²⁷. Esto indica la posible existencia de otro privilegio real estipulando el monto a invertir en las obras, quizás en relación con la posibilidad de reunir más dinero mediante una talla o impuesto directo.

En cualquier caso, los jurados participaron en todas las decisiones relacionadas con la obra, a modo de administradores o supervisores: contrataron al maestro de las obras del puente y auditaron las cuentas con el representante del rey. No obstante, algunos acuerdos implicaban la participación de toda la universidad reunida en asamblea, como es el caso del nombramiento de los procuradores o la aprobación de las deudas contraídas con quienes trabajaban en las obras.

3.3. Los procuradores o síndicos

La universidad nombró a cuatro procuradores o síndicos encargados de las obras del puente²⁸. Además de administrar los beneficios monetarios provenientes del pasaje, también podían pedir prestado dinero y pagar los intereses correspondientes²⁹, ofreciendo garantías con la finalidad de cubrir los gastos de la construcción. Sin embargo, su actuación debía estar sometida a la supervisión de los jurados: «cum consilio et assensu juratorum dicte ville».

Los procuradores vuelven a aparecer reconociendo una deuda (debitorio) a favor de los hermanos Ramon Ges y Guillem Ges de quinientos sólidos que estos habían avanzado en préstamo (*mutuo*) para cubrir las obras del puente. De igual modo acordaron, con el visto bueno de los jurados, cubrir esta cantidad con los ingresos derivados del «pasaje» o «barra» del puente «de primis denariis collecte barre dicti pontis», y si no fuera suficiente con los recursos propios de la universidad; en efecto, los procuradores fueron los encargados de financiar el monto total a invertir en la empresa.

²⁷ *Idem*, vol. 3, f. 172r.

²⁸ Bernat Prat, Guillem Banc, Arnau Vallabrica y Bernat Albert son los procuradores o síndicos de la construcción. *Idem*, vol. 3, f. 120v-120r.

²⁹ «Vel ad manulevandum denarios necessarios ad dictus opus et inde dandum lucrum seu interesse pro pecunia quam inde manulevabunt et ad administrandum et (tractandum) omnia utilia seu necessaria ad opus operis supradicti et ad obligandum totam collectam predictam». *Idem*, vol. 3, ff. 120v-120r.

3.4. El obrero u operario

Finalmente, la última figura clave para comprender la administración de la obra del puente de Besalú a inicios del siglo XIV es el obrero u operario. Como se ha apuntado anteriormente, Ramon Ges fue el *operarius* de la construcción –además de jurado– y muy posiblemente compartió sus responsabilidades con su hermano Guillem Ges. La actividad del operario se desarrollaba principalmente en el sitio de la construcción, donde se encontraba con el maestro de puentes y el conjunto de trabajadores especializados, supervisando y anotando los gastos diarios en salarios y materiales³⁰.

Los distintos pagos derivados de la construcción eran después presentados a los jurados y auditados frente al representante del rey. El ejemplo de esta interacción es el registro de la audición de cuentas al que asisten el lugarteniente del baile con sus dos escribanos, los jurados de la villa y el operario Ramon Ges; este último informa al resto de la suma de los gastos originados por la obra en el año anterior³¹. En este caso, toda la operación es supervisada por el lugarteniente del baile real, puesto que era el rey quien en definitiva autorizaba el cobro de peajes, tallas o imposiciones para financiar las obras.

CONCLUSIONES

Como se ha demostrado, la reconstrucción del puente de Besalú generó unas dinámicas administrativas ejercidas por la comunidad urbana entre 1315 y 1318. La recopilación de los hechos en los documentos notariales nos ha permitido conocer dicho proceso, el cual es indicativo del carácter fiscal y financiero que adquirieron las universidades medievales ya desde las primeras fases de su desarrollo.

La implantación de un peaje empleado para costear las obras, la creación de un entramado institucional claramente establecido para el control de los gastos y los ingresos de la empresa, la contratación de como mínimo un experto ingeniero en puentes y la diplomacia con el rey y su representante en la villa; todo en conjunto responde a la capacidad de maniobra de las universidades con el

³⁰ El *operarius* u obrero también podía encargarse de la contratación de trabajadores como albañiles o canteros: J. Morelló i Baget, «Les fortificacions de Tarragona i el Camp (segles XII-XIV): castells, viles, closes i muralles», *Pòdall*, n.º 4, 2015, pp. 470-514. Además, podía tener a su servicio unos auxiliares que se ocuparían del pago de los salarios: P. Verdés i Pijuan, «Un llibre de “L’Obra dels Murs” de Cervera (1368)», *Miscel·lània Cerverina*, n.º 10, 1996, pp. 13-36.

³¹ ACGAX, notaria de Besalú, vol. 3, f. 172r.

propósito de alcanzar sus necesidades sociales y económicas. En este marco de progresiva acumulación de autonomía municipal, el crecimiento económico e institucional-político experimentado por las ciudades catalanas desde el siglo XII resulta un motor clave que justifica en parte el fenómeno de reconstrucción de puentes, como es el caso que se ha analizado de Besalú, pero que cuenta con otros ejemplos en Girona o Barcelona a lo largo del siglo XIV, por citar solo algunos³².

En definitiva, las obras sobre el puente de Besalú fueron una iniciativa local regulada principalmente por sus habitantes, que muy probablemente aprovecharon los daños causados por unas inundaciones para adaptar dicha infraestructura a las exigencias de crecimiento del núcleo urbano. El poder de decisión de la universidad siguió estando sujeto a la voluntad de la corona; no obstante fue capaz de obtener recursos financieros, además de poderse endeudar y pagar intereses. Sin duda, este puente representa una señal más del nacimiento de las primeras ciudades medievales y la cristalización de su gobierno basada en las asambleas de ciudadanos.

³² En Girona se repite la concesión de peajes por parte del monarca correspondiente con el objetivo de reparar los puentes sobre el río Onyar los años 1311, 1337, 1339, y sobre el río Ter los años 1305, 1321 y 1368: M. Costa y Paretas, «Els antics ponts de Girona», *Annals de l'Institut d'Estudis Giromins*, n.º 22, 1974, pp. 131-148. En la misma línea, en Barcelona se encuentran las reparaciones del puente sobre el *Rec comtal* en 1320: A. M. Aragó y M. Costa (eds.), *Privilegios reales concedidos a la ciudad de Barcelona*, Barcelona, Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón, 1971, p. 42, doc. 70; las obras del puente de Sant Boi de Llobregat los años 1301 y 1337: *idem*, p. 33, docs. 51 y 52, p. 36, doc. 57, p. 69, doc. 132; y la prórroga del anterior derecho de pasaje por diez años más en 1339: *idem*, p. 72, doc. 138.

Margarita de Navarra en la catedral de Monreale (Sicilia): la memoria familiar

Francesco Puzzo

Universidad Pública de Navarra
francesco.puzzo@gmail.com

Al profundizar en algunos aspectos de la regencia siciliana de Blanca de Navarra (1402-1415), Laura Sciascia dibujaba, en 1999, un panorama general de la monarquía siciliana durante la Edad Media según la perspectiva de las que fueron sus reinas. Al mismo tiempo, un breve y sugerente análisis de las vicisitudes de Margarita de Navarra, esposa de Guillermo I y madre de Guillermo II, introducía, quizás por primera vez, el tema de las relaciones entre Sicilia y Navarra durante el siglo XII¹. Este primer esbozo fue sucesivamente retomado por Patrizia Sardina y, en ámbito ibérico, por Eloísa Ramírez Vaquero, quien enmarcó el enlace siciliano de la infanta navarra en la perspectiva más amplia de la «restauración» del reino de Pamplona a partir de 1134². El estudio de la política exterior de los soberanos navarros desde finales del siglo XI hasta principios del XIII centrado en la investigación de las redes familiares, que quien suscribe este documento ha desarrollado en el ámbito de su tesis doctoral, le ha llevado a poner de relieve el rol desempeñado precisamente por Margarita Garcés. Se trata de la tercera hija de García Ramírez el Restaurador y de la noble normanda Margarita de L'Aigle, que fue reina de Sicilia desde 1154 y regente en nombre de su hijo Guillermo II a partir de 1166. El objetivo de este trabajo

¹ L. Sciascia, «Bianca di Navarra l'ultima regina. Storia al femminile della monarchia siciliana», *Príncipe de Viana*, Año n.º 60, n.º 217, 1999, pp. 293-310.

² P. Sardina, «Margherita di Navarra», en M. Fiume (ed.), *Siciliane. Dizionario biografico*, Siracusa, 2006, pp. 158-160. P. Sardina, «Margherita di Navarra, regina di Sicilia», en M. Caravale (ed.), *Dizionario Biografico degli italiani*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, vol. 70, 2008, pp. 146-148. E. Ramírez Vaquero, «Reflexiones en torno a la construcción de la realeza en el siglo XII: a propósito de un matrimonio siciliano en la dinastía navarra», en M. Pacífico, M. A. Russo, D. Santoro y P. Sardina (eds.), *Memoria storica e Identità. Scritti per Laura Sciascia*, Palermo, Quaderni Mediterranea, 2011, pp. 679-700. Estos trabajos tienen origen en el proyecto *Reino de Sicilia y reino de Navarra: dimensión europea de un pasado compartido (s. XII-XIV)*, con la dirección de S. Fodale (U. Palermo) y de J. Carrasco (UPNA), Ministerio de Educación y Cultura. Programa de Acciones integradas entre Italia y España: 1999-2001.

es reflexionar sobre algunos aspectos de la trayectoria humana y política de la reina de Sicilia, partiendo del estudio de la obra más majestuosa de la dinastía normanda que reinaba en la isla: la catedral de Monreale³.

La basílica siciliana, levantada por Guillermo II a partir de 1172, tenía la evidente función de celebración familiar y de mausoleo dinástico⁴. El referente principal de la dinastía de los Hauteville en relación con la monumentalización del espacio funerario procede de la tradición bizantina, que en ámbito sículo-italico se materializaría en una primera fase en la iglesia abacial de la Santissima Trinità de Venosa; posteriormente, en las basílicas catedrales de Cefalù (1131-1240) y de Monreale (1172-1267)⁵. Dentro de una específica estrategia de comunicación visual, los reyes de Sicilia definen las características de sus espacios funerarios: Roger II, fundador de la monarquía siciliana, fue el primero de su linaje en encargarse para sí mismo un sarcófago en pórfido; el sepulcro fue realizado probablemente a partir del fuste de una columna, y después tallado por artesanos locales, para que fuera colocado en el transepto norte de la catedral de Cefalù, junto con otro puesto en el transepto sur que sirviera de cenotafio. La colocación de las dos obras en un espacio cercano al coro de la basílica definía el conjunto como «memorial de la fundación del Reino», en un momento en que la monarquía recién fundada figuraba como vulnerable dentro del intrincado panorama internacional⁶. En 1183, tras haber levantado su propia iglesia-mausoleo, también Guillermo II colocaría los restos de su padre Guillermo I dentro de otro sarcófago en pórfido, a la derecha del ábside. En el marco de los rituales funerarios medievales relacionados con el ejercicio del poder, el uso del pórfido implicaba la inmediata identificación del rango social de los sepulcros que lucían elementos realizados con este tipo de mármol. La próspera economía

³ E. Ramírez Vaquero, «Los resortes del poder en la Navarra bajomedieval (siglos XII-XV)», *Anuario de Estudios Medievales*, 25/2, 1995 pp. 429-447.

⁴ La fundación de la diócesis de Monreale y la construcción del majestuoso *duomo* sirvió al monarca siciliano de contrapunto al poder del arzobispo de Palermo, que mientras tanto iba reformando la catedral de la capital del reino. M. Andaloro, «Monreale», en A. M. Romanini (ed.), *Enciclopedia dell'arte medievale*, VIII, Roma, Treccani <https://www.treccani.it/enciclopedia/monreale> A. P. Di Cosmo, «Il porfido e le situazioni del potere normanno di fronte all'evento morte. Sociologia di un segno del rango nel Medioevo», *Onoba: revista de Arqueología y Antigüedad*, n.º 6, 2018, p. 237.

⁵ A. P. Di Cosmo, «Il porfido e...», *op. cit.*, p. 225.

⁶ Los sarcófagos enteramente en pórfido fueron encargados por Roger II antes de 1145 (Di Cosmo, 2018, pp. 227-228); en 1154, fallecido el rey en Palermo, el obispo de la capital se negó a entregar el cuerpo de Roger a los canónigos de la catedral de Cefalù que lo reclamaban para cumplir con sus últimos deseos. El cuerpo de Roger se quedó en la catedral de Palermo, guardado en un sepulcro también en pórfido pero de talla más simple. A. Giuliano, «Motivi classici nella scultura e nella glittica di età normanna e federiciana», en A. Giuliano (ed.), *Studi normanni e federiciani*, Roma, L'Erma di Bretshneider, 2003, pp. 38-39.

siciliana, que se basaba no solo en los resultados de la política desarrollada, sino también en los recursos de los propios reyes, hizo que los Hauteville pudieran abastecerse sin problemas de este material tan valioso, aprovechando los restos monumentales del poder imperial romano. En el caso de la realeza siciliana, el pórfido parece responder a una exigencia específica, precisamente la construcción de un lenguaje figurativo que sirviera de cara pública del poder real: mármol de poderosa función evocativa del poder imperial romano, el pórfido fue el medio por el que los Hauteville quisieron legitimar su poder frente al *orbis christianus*, dando a la memoria de su autoridad sobre Sicilia un carácter divino y, por lo tanto, incontrovertible⁷.

Margarita Garcés, fallecida en 1183, fue también llamada a participar de la gloria del linaje normando siciliano. Su sarcófago, colocado en el transepto derecho de la catedral y reconstruido tras el incendio que en 1811 dañó esta zona, llevaba en su parte frontal elementos decorativos en pórfido⁸. La posición dentro de la catedral y la tipología del sepulcro testimonian un claro homenaje de Guillermo II hacia su madre; el epitafio musivo que acompaña el conjunto funerario celebra de manera patente la nobleza de la reina:

Hic Regina iaces regalibus edita cunis
Margarita, tibi nomen quod moribus unis
Regia progenies, per Reges ducta propago
Uxor regis eras, et nobilitatis imago [...]⁹.

Estos versos resultan aún más llamativos cuando se analiza la posición de Navarra dentro del frágil equilibrio de reinos y esferas de influencia del siglo XII. Tras obtener la independencia de Aragón en 1134, García Ramírez tuvo que lidiar con la negativa de Roma a reconocer el estatus real de los soberanos navarros por el incumplimiento de las condiciones testamentarias del rey aragonés Alfonso I el Batallador. La actitud de Roma dejaba a la todavía débil Navarra en una situación de peligro para sus confines y su misma existencia. Fue con el fin de obviar estos problemas que el Restaurador puso en marcha aquel «proyecto familiar», retomado por su sucesor Sancho VI, del que el enlace entre Guillermo y Margarita Garcés formaba parte¹⁰. Este proyecto estaba diri-

⁷ A. P. Di Cosmo, «Il porfido e...», *op. cit.*, p. 224; *ibid.*, pp. 237-238.

⁸ El incendio que afectó al transepto de la catedral en 1811 lesionó los sarcófagos de Margarita y los de sus hijos Roger y Enrique, que fueron sustituidos por copias bastante fieles a los originales en 1846. A. Giuliano, «Motivi classici nella...», *op. cit.*, pp. 38-39.

⁹ G. L. Lello, *Descrizione del real tempio et monasterio di Santa Maria Nova di Monreale*, Roma, 1588, p. 34.

¹⁰ E. Ramírez Vaquero, «Reflexiones en torno...», *op. cit.*, p. 687. La boda entre Guillermo y Margarita fue arreglada en 1146, como parece aclarar un documento del Archivo General de Navarra

gido a fortalecer la posición de Navarra frente a sus vecinos ibéricos y a Roma, a través de la creación de vínculos familiares con algunas potencias europeas del siglo XII¹¹. Según los planes del Restaurador, el matrimonio de Margarita debía por un lado estrechar una vez más los lazos con las fuerzas normandas¹² y, por otro, acercar la familia real navarra a la Santa Sede, ya que los reyes de Sicilia eran los vasallos más poderosos del romano pontífice¹³. La celebración de Margarita, subrayando sus orígenes reales, reconoce el honor del linaje que *de facto* estaba reinando en Navarra, aunque sin legitimación pontificia.

El segundo elemento que pone la catedral siciliana dentro de la *koiné* normanda del siglo XII¹⁴ es un águila realizada en piedras calizas y en rocas volcánicas negras, enmarcada en un tondo de la pared exterior del ábside central. Este peculiar elemento decorativo, el único con motivo zoomorfo entre los que adornan los arcos ciegos y apuntados de los paramentos absidiales¹⁵, podría tener alguna relación con Margarita Garcés. Resaltan, en el águila de Monreale, elementos muy parecidos a los que serán propios del sello personal del rey Sancho VII de Navarra (1194-1234). El águila del rey Fuerte, negra con las peculiares franjas blancas que atraviesan la parte superior de las alas, el cuello y la cola, se conserva hoy en bastantes ejemplares originales, el más antiguo fechado en 1205. Junto a los sellos dibujados por mano del rey de Navarra, llama la atención una clave de bóveda ubicada en la nave central de la iglesia del monasterio de La Oliva, con un águila en relieve que ha sido interpretada como un homenaje de los monjes cistercienses a su patrocinador el rey Fuerte. Fue realizada,

fechado en mayo de 1146, «in anno quando rex Garcias transmisit suam filiam ad Ciciliam per maritar» (D. Alegría Suescun y A. Pescador Medrano, «Archivo General de Navarra (1134-1194)», en D. Alegría, G. Lopetegui y A. Pescador (eds.), *Fuentes documentales medievales del País Vasco*, Donostia-San Sebastián, Eusko Ikaskuntza, 1997, n. 7). Por aquel entonces, Guillermo no estaba destinado a heredar el trono de su padre Roger II: H. Houben, «Elvira, regina di Sicilia», en F. Bartocchini y M. Caravale (eds.), *Dizionario Biografico degli italiani*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, vol. 42, 1993, pp. 532-533; F. Panarelli, «Guglielmo I d'Altavilla, re di Sicilia», en M. Caravale (ed.), *Dizionario biografico degli italiani*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, vol. 60, 2003, pp. 778-784.

¹¹ E. Ramírez Vaquero, «Los resortes del...», *op. cit.*, pp. 429-447.

¹² E. Ramírez Vaquero, «Reflexiones en torno...», *op. cit.*, pp. 687-688.

¹³ Para la relación vasallática entre los Hauteville y Roma, véase: S. Carocci, «Feudo, vassallaggi e potere papale nello Stato della Chiesa», en B. Cursente y H. Débax, *Fiefs et féodalité dans l'Europe méridionale (Italie, France du Midi, Péninsule ibérique) du X^e au XIII^e siècle. Colloque international organisé par le Centre Européen d'art et civilisation médiévale de Conques et l'Université de Toulouse-Le Mirail, Conques, 6-8 juillet 1998*, Toulouse, Méridiennes, 2002, pp. 44-45.

¹⁴ Allen R. Brown la define como «Commonwealth normando» (A. R. Brown, *I Normanni. Origine e storia dei guerrieri del Nord*, Casale Monferrato, Piemme, 1998, p. 15).

¹⁵ Los demás tienen forma de rosetones ciegos, también estos realizados en piedra caliza y roca volcánica.

probablemente, después de la consagración de la cabecera del templo en 1198 y seguramente antes de 1234, año del fallecimiento de Sancho VII¹⁶. A propósito del águila de Sancho el Fuerte, Faustino Menéndez Pidal recogió una alusión de Arnaud Oihenart¹⁷ en su obra *De Notitia Utriusque Vasconiae* editada en 1638, y llegó a formular la hipótesis de que el sello de Sancho VII procediera del contado de l'Aigle, del que era originaria Margarita, consorte del Restaurador, madre de Margarita Garcés y abuela del último rey Jimeno¹⁸. Comparó con este propósito el águila de Sancho VII con el sello del conde de l'Aigle Riquer V, hermano de la reina de Pamplona, conservado en un ejemplar de la Bibliothèque Nationale de Francia¹⁹. En este sello de cera verde, perteneciente a un documento fechado después de 1164, aparece el cuerpo de un águila con patas y alas explayadas, bastante parecida a la del Fuerte. Cierto es que en los sellos puestos por el monarca en documentos originales el águila carece de patas (que en cambio aparecen en la clave de la Oliva). Sin embargo, según Menéndez Pidal de Navascués esto no impide que el águila de Sancho VII tenga origen normando²⁰.

El lazo que unía el Fuerte al pequeño feudo francés pasaba por Rotrou II de Perche, tío de Margarita de L'Aigle y primo hermano de Alfonso I de Aragón por pertenecer al clan familiar normando-champañés que incluía también los Roucy. Personaje muy influyente en la corte aragonesa, Rotrou recibió en

¹⁶ Probablemente dibujada, por lo menos en los primeros ejemplares, por el mismo rey: F. Menéndez Pidal de Navascués, «Sellos, signos y emblemas de los Reyes de Navarra, desde el Restaurador a los Teobaldos», *Príncipe de Viana. Anejo*, Ejemplar dedicado al Primer Congreso General de Historia de Navarra. Comunicaciones. Edad Media, n.º 8, 1988, p. 112. J. Martínez de Aguirre y Aldaz, «El signo del águila en los documentos de Sancho VII el Fuerte, rey de Navarra (1194-1234)», *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, n.º 8, 2, 2004, pp. 561-562; *ibid.* p. 574. C. J. Martínez Álava, «El Gótico preclásico en Navarra: arquitectura y arquitecturas en tiempos de Sancho el Fuerte», *Príncipe de Viana*, Año LXXIII. n.º 256, 2012, pp. 346-347; *ibid.*, pp. 358-361.

¹⁷ A. Oyhenart, *Notitia Utriusque Vasconiae*, París, 1638, p. 355.

¹⁸ F. Menéndez Pidal de Navascués, «Sellos, signos y...», *op. cit.*, pp. 105-116; *idem*, «Primeros emblemas regios», en Á. J. Martín Duque (ed.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, pp. 175-186.

¹⁹ F. Menéndez Pidal de Navascués, «Primeros emblemas regios», *op. cit.*, p. 182: «Sello de cera verde, de unos 50 mm., pendiente de una donación de Riquer a los monjes de Nuestra Señora de la Noë, sin fecha pero no anterior a 1164». Según el heraldista, «sabemos con certeza que la familia de la reina Margarita usaba como emblema un águila, alusiva al nombre de su feudo normando (L'Aigle, en latín *L'Aquila*), pues se conserva el sello de Riquer, hermano mayor de la reina Además, el heraldista relacionaba el sello de los L'Aigle con las armas de Corella, tenencia que fue en manos de Gilbert, hermano de la reina Margarita, que lleva en su campo un águila de idéntico diseño al que vemos en el reverso del sello de Sancho VII». F. Menéndez Pidal de Navascués, «Sellos, signos y...», *op. cit.*, p. 562, nota 32. El escudo con el águila apresando la liebre es atestigüado a partir de 1328. *Ibid.* p. 563.

²⁰ J. Martínez de Aguirre y Aldaz, «El signo del...», *op. cit.*, p. 570.

1123²¹ la tenencia de la plaza de Tudela como recompensa por su participación en las operaciones militares del Batallador. Alrededor del año 1130, la donaría a su sobrina Margarita, hija de su hermana Juliana y del normando Gilberto II de L'Aigle, al producirse el matrimonio con el último descendiente, si bien por vía ilegítima, de la dinastía de los reyes de Pamplona, García Ramírez²². Según Faustino Menéndez Pidal, desde entonces se habría utilizado como escudo de Tudela el que fue del condado francés; a través de la ciudad ribereña, el águila normanda llegaría a los sellos reales de Sancho VII:

el águila de los reyes habría representado la tierra de Tudela, aportada por Margarita como sobrina del conde Rotrou, primo hermano de Alfonso el Batallador y de Ramiro el Monje; un factor importantísimo en la elección de García Ramírez. ¿Lo comprendía así Sancho el Fuerte, tan amante de la ciudad, cuando usaba la señal no solo en los sellos, sino en los signos, lo que únicamente en León se hacía entonces?²³

Destaca el papel de Tudela en los destinos del reino de Pamplona; conquistada a los musulmanes por Alfonso I el Batallador en 1119, la posesión de Tudela había supuesto para García Ramírez un punto de fuerza para la defensa de los confines meridionales y en general para la estabilidad del reino restaurado. Fue residencia de Sancho VI, y aún más del mismo Sancho VII, pues el rey Fuerte residía asiduamente en la plaza ribereña, y fue precisamente allí donde quiso retirarse en casi total aislamiento durante sus últimos años y donde finalmente falleció en 1234²⁴.

La identificación de un origen normando para el sello de Sancho VII podría parecer inviable en un examen preliminar, sobre todo por la dificultad de que el Fuerte pudiera referirse a un pequeño feudo del norte francés al que estaba ligado por una línea familiar ya remota y fundamentalmente femenina, más que a los símbolos de su propia tierra o a su propio ámbito cultural y dinástico. Por otra parte, debe señalarse que el águila, símbolo pagano y bíblico universalmente aceptado como sinónimo de poder terrenal y protección divina, había sido adoptado por muchas entidades políticas europeas²⁵. En efecto, esta derivación supondría un vínculo, entre la descendencia de García Ramírez y el linaje nor-

²¹ J. M.^a Lacarra, «Documentos para el...», vol. I, Zaragoza 1982, n.º 91 (documento del abril de 1123).

²² J. M.^a Lacarra de Miguel, *Alfonso el Batallador. Estudio preliminar de Fermín Miranda*, Pamplona, Urgoiti Editores, p. 151. *Ibid.* p. 176.

²³ F. Menéndez Pidal de Navascués, «Sellos, signos y...», *op. cit.*, pp. 562-563.

²⁴ L. J. Fortún Pérez de Ciriza, «Sancho el Fuerte», en S. Otazu Jaurrieta (ed.), *Reyes de Navarra IX*, Iruña, Mintzoa, 1987.

²⁵ L. Sciascia, «Bianca di Navarra...», *op. cit.*, pp. 301-302.

mando de Margarita de L'Aigle, mucho más fuerte e inexplicablemente profundo de lo que las fuentes y los actos de los reyes navarros permiten vislumbrar. Sin embargo, además de la relación especial que unía a Sancho con Tudela, hay que tener en cuenta también otros aspectos evidenciados hace ya más de dos décadas por Laura Sciascia. La historiadora siciliana, hablando de Margarita Garcés, reflexiona sobre cómo la reina durante su regencia buscará constantemente un acercamiento político y cultural con los normandos de la Europa septentrional y no con el reino de su hermano Sancho VI; llegará incluso a pedir ayuda al clan familiar de su madre para domar a los irrequietos barones sicilianos, recurriendo a su primo Esteban de Perche y moldeando al mismo tiempo la corte palermitana sobre un paradigma cultural francés²⁶. Las similitudes tipológicas entre las águilas que aparecen en el escudo de Riquer de l'Aigle, en el tondo absidal de la catedral de Monreale y en los sellos de Sancho VII –en particular las franjas blancas, la siluetas y el estilo general en el que se representaron–, resaltan aún más al considerar el contexto en el que vivieron los personajes a los que se refieren. En 1191, Berenguela, hija de Sancho VI el Sabio, hermana de Sancho VII y sobrina de Margarita Garcés, llegaría al puerto siciliano de Mesina para unirse a su futuro esposo, Ricardo I Corazón de León, rey de Inglaterra y conde de Normandía, en su viaje hacia Tierra Santa. En Sicilia se encontraba la viuda de Guillermo II, Juana Plantagenet, hermana de Ricardo I. Parece, por tanto, improbable que durante este nuevo encuentro entre Navarra y Sicilia al amparo de las fuerzas normandas, los vínculos familiares y los orígenes comunes quedaran en un segundo plano.

Finalmente, el marco histórico, político y familiar que se acaba de analizar, junto con la relación muy estrecha que El Fuerte tenía con la ciudad de Tudela, parecen justificar que Sancho VII adoptara para su reino el escudo de armas que fue de los Aigle, cargado del simbolismo cristiano y político necesario para sus ambiciones; al mismo tiempo, hace verosímil la aparición del escudo del pequeño feudo normando en la catedral siciliana, cuando el recuerdo de la trayectoria pública y humana de Margarita debía de estar todavía muy vivo. Según Laura Sciascia, la referencia constante de Margarita a la genealogía materna más que a la paterna fue un eje fundamental de esa trama familiar y política urdida por los linajes normandos, y extendida por toda Europa Occidental, que llegaba, englobándolas, hasta Navarra y Sicilia²⁷.

²⁶ Según Eloísa Ramírez Vaquero, «... el hecho de que Margarita Garcés mirase desde Palermo hacia la familia de su madre es muy significativo respecto a la relación familiar tejida desde al menos dos generaciones antes, durante las campañas del Ebro promovidas por Alfonso I en 1108» (E. Ramírez Vaquero, «Reflexiones en torno...», *op. cit.*, p. 688. *Ibid.* pp. 679-700).

²⁷ L. Sciascia, «Bianca di Navarra...», *op. cit.*, pp. 300-302. Sobre los Roucy, J. M.^a Lacarra de Miguel, *Alfonso el Batallador...*, *op. cit.*, pp. 19-20.

Monumental Romanesque Sculptures of Eve in the Digital Humanities Age*

Anna-Maria Moubayed

Instituto Cultura y Sociedad (Religion and Civil Society)
Universidad de Navarra
amoubayed@external.unav.es

Primarily concerned with the evolution and continuity of monumental Romanesque depictions of Eve, my research examines sculptures of Eve and their connection to medieval theological and exegetical debates, perception of gender, Jewish and Islamic influences, and the artist's and/or religious order's role and innovation in the creation of art and meaning. It explores the body of Eve as an inherently public art form designed to be consumed by an audience of varying social strata to establish new popular theologies in a period characterised by political and social mores resulting from such cross-cultural exchanges as pilgrimage and the Crusades. Incorporating a synthetic research approach that combines methods from art history, anthropology, and the digital humanities (DH), this paper explores interdisciplinary digital technologies as they are applied in a preliminary analysis and display of findings directly pertaining to my research of the Romanesque body of Eve¹.

My approach includes a database of 176 images focusing mainly on sculpture, as well as a few examples of manuscript illumination, stained glass windows, metalworks, wall paintings, and mosaics². The database is accompanied by field research notebooks that take the form of handwritten floor plans and sketches created for each church visited and studied³. The floor plans situate

* Instituto Cultura y Sociedad (Religion and Civil Society), Universidad de Navarra. This research was funded by the Social Sciences and Humanities Research Council of Canada (SSHRC). It is currently funded by the Fonds de Recherche du Québec, Société et Culture (FRQSC). I would like to express my gratitude to my advisor Prof. Jaume Aurell, Profs. Julia Pavón and Gauvin Bailey, and editor and colleague Dr. Meaghan E. M. Whitehead.

¹ In its approach, the method draws upon Stephen Murray and Andrew Tallon, *Mapping Gothic France*, <http://mappinggothic.org>

² A.-M. Moubayed, «All About Eve: Representations of Eve in French Romanesque Art and More», *Dataverse, Scholars Portal Research Data Platform* (Institute for Quantitative Social Sciences, Harvard University and Ontario Council of University Libraries), May 2018. <http://dx.doi.org/10.5683/SP/2Y5C1X>

³ Field research in Spain is currently in progress.

24 800 catalogued artworks in their architectural context, each photographed during field research. The sketched plans are then complemented by a series of descriptions for each catalogued image⁴. The final digital component is an interactive map, which records the 176 samples in their geographical context⁵. Developed for the specific purpose of my research, this DH approach allows for the study and contextualization of sculptures and artworks *in situ* within their iconographical, geographical, and socio-historical frameworks. These samples contribute to a multi-layered narrative: their meaning depends on their location within the church and placement vis à vis other sculptures and artworks⁶. A study that examines these images within their broader context highlights their significance revealing a rich history and a complex meaning.

1. THE DATA

The creation of an innovative catalogue of images enables a dynamic conception of patterns and trends between the objects and their iconographies, typographies, and culture to better visualize their development and dispersion. Extracted from a Numbers (macOS) master database, the research's CSV catalogue is used to generate statistics for the data analysis and populate the interactive map⁷. Built on my observations recorded on site, the database includes the 176 samples mentioned earlier, as well as metadata, geo-spatial coordinates, and medium identification. It also notes religious orders/patron, and, where applicable, the artistic trend, dates, and iconography. Encompassing a wide range of Romanesque sculptures of Eve, the dataset offers a bird's-eye view of questions and computed values related to the formal elements, iconography, and geographic locations of Eve⁸. The database also permits a statistical approach to better map the presence of Eve in Romanesque art⁹.

⁴ A.-M. Moubayed, «All About Eve», *op. cit.*

⁵ *Ibid.*; and A.-M. Moubayed, «All About Eve and Other Stories: The Interactive Map», *ArcGIS*, 2018. <https://arcg.is/10bL4u>

⁶ See the Field Research Notebooks Moubayed, «All About Eve», *op. cit.*

⁷ Moubayed, «All About Eve», *op. cit.*

⁸ I am currently working on an embryonic Artificial Intelligence and Machine Learning (ML) project in partnership with Prof. Nizar Bouguila, from the Institute for Information Systems Engineering at Concordia University, Montreal. Bouguila's expertise in pattern recognition, computer vision, and ML is joined to mine to develop an algorithm that would teach a computer to classify images of Eve according to their iconographical values. This algorithm could be applied on other related subject matters.

⁹ The questions include: «Is Eve on the *sinister* or *dexter* side of the Tree of Knowledge?» «In which episode of the Genesis is she represented?» «Which religious order commissioned the monumental sculpture?» «Is this a *spolium*?»

To extract statistics on questions such as «How many Romanesque Eves are situated on the *dexter* (at the right-hand side) of the Tree of Knowledge?» I multiplied the «Romanesque» by the «*dexter* of the Tree of Knowledge» columns in the CSV file. If the data is positive (True=1), the result column would indicate «1» (1x1=1); if the data is negative (False=0), the result column would be negative (1x0=0; 0x1=0; 0x0=0). The result column is then computed based on specific enquiries. Displayed in graphics, tables, and charts, the results permit the mapping of Eve's Romanesque presence and iconography (Appendix A).

2. DATA ANALYSIS

Representations of Eve can also be mapped through statistics extracted from the dataset, 72% of which are of French origin¹⁰. The database also includes 59% Romanesque and 37% Gothic items to contextualize the evolution and, perhaps, standardization of Eve's figure. Focusing on her body in French sculpture, 68% of the data is representative of this medium. The most interesting and revealing results are found in the data analysis of the various questions regarding Eve's location, gestures, and iconography. The Temptation and Fall episode stands out as the most frequently depicted Genesis story, constituting 63% of the total data. This is followed by the Expulsion (16%), Creation (12%), and Life on Earth (9%). Based on this research's dataset, the Temptation and Fall is the most popular Genesis episode¹¹.

Classifying Eve's position in terms of *sinister* and *dexter* of the Tree of Knowledge and in relation to the orientation of the building, the database and its associated statistics highlight a pattern that is connected to greater concepts and meanings¹². In medieval liturgy, as well as in theological and literary texts, *dexter* and *sinister* are associated with positive and negative values, respectively: right is good, spiritual, and primary, whereas left is evil, material, and secondary¹³. Fur-

¹⁰ See: Appendix A for all statistic-related sources. This analysis is limited due to its sampling. This research has unlimited possibilities of additional data. It constitutes the basis for a larger, pan-European project, which will soon include substantial Spanish samples.

¹¹ Genesis 3:1-21.

¹² *Left* and *right* are defined following Aristotelian thought, implemented in medieval ideology: by the analogy of the viewer's own left and right hands (as in the left-hand of the Tree of Knowledge). See: Aristotle, *Aristotle on the Heavens*, trans. W. K. C. Guthrie, Cambridge and New York, Cambridge UP, 1960, p. 141.

¹³ C. Schleif, «Men on the Right – Women on the Left: (A)symmetrical Spaces and Gendered Places», in *Women's Place: Patronage, Place, and Gender in the Medieval Church*, ed. Virginia Chieffo Raguin and Sarah Stanbury, Albany, State University of New York Press, 2005, pp. 213-216. See

thermore, this understanding can be found in Classical philosophical accounts, such as Claudius Galenus's *On the Usefulness of the Parts of the Body* (129-ca. 200/ca. 216), which argues that the sides of a human body are gendered, with *dexter* being male and *sinister* female¹⁴. While *dexter* denotes great honour, correctness, properness, skilfulness, and rightfulness, *sinister* carries a negative connotation, being associated with unfavourableness, harmfulness, and misfortune¹⁵. This opposition is often highlighted in the New Testament, notably with passages such as:

All the nations will be gathered before Him [the Son of Man], and He will separate the people one from another as a shepherd separates the sheep from the goats. He will put the sheep on his right and the goats on his left¹⁶.

After the Lord Jesus had spoken to them, He was taken up into heaven and He sat at the right hand of God¹⁷.

He said, «Throw your net on the right side of the boat and you will find some.» When they did, they were unable to haul the net in because of the large number of fish¹⁸.

In most of the Temptation and Fall scenes and analogous representations of Eve collected during this study, 61% of the Eve samples are situated at the *sinister* of the Tree of Knowledge, compared to 38% at the *dexter*. When isolated in the Romanesque and Gothic categories, these numbers reveal that it is twice as important or meaningful to the Romanesque artists/patrons to place Eve at the *sinister* of the Tree of Knowledge (64%) than at the *dexter* (39%). In the Gothic examples, this gap is reduced to 54% of the examples at the *sinister* and 46% at the *dexter*.

Although further research is required, these numbers may indicate that Eve's position vis à vis the Tree of Knowledge matters less in Gothic examples than in the Romanesque ones. It may also demonstrate the greater complexity of

also: O. Nussbaum, «Die Bewertung von Rechts und Links in der römischen Liturgie», *Jahrbuch für Antike und Christentum*, 5, 1962, pp. 158-171; U. Deitmaring, «Die Bedeutung von Rechts und Links in theologischen und literarischen Texten bis um 1200», *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 128, 1969, pp. 265-292; É. Mâle, *L'art religieux du XII^e siècle en France*, Paris, A. Colin, 1924; É. Mâle, *L'art religieux du XIII^e siècle en France*, Paris, A. Colin, 1923.

¹⁴ Claudius Galenus, *On the Usefulness of the Parts of the Body*, vol. 2, ed. and trans. M. Tallmadge, Ithaca, Cornell UP, 1968, pp. 262-228.

¹⁵ G. V. Leftwich, «Ancient Conceptions of the Body and the Canon of Polykleitos», PhD diss., Princeton University, 1987, pp. 305-310; G. Lloyd, «Right and Left in Greek Philosophy, in *Right and Left: Essays on Dual Symbolic Classification*, ed. R. Needham, Chicago, University of Chicago Press, 1973, pp. 167-186.

¹⁶ Matthew 25:32-33.

¹⁷ Mark 16:19.

¹⁸ John 21:6.

Eve's Romanesque iconography, where reflection, contemplation, and theological exploration were more essential than straight-forward storytelling, which, generally, seems to characterize our current notions of Gothic representations of Eve. In most of the Romanesque examples, Eve's position in relation to the Tree of Knowledge may reveal her departure from the material, earthly realm. This Romanesque trend also points toward a possible pattern or template of iconographical and stylistic choices of positioning Eve at the *sinister* of the Tree of Knowledge¹⁹.

My dataset also includes questions related to the positioning of Eve's sculptural representations within their architectural *loci*. Discovering a possible pattern for Eve's location –north, south, east, or west– within a religious building may provide clues about the ways Romanesque society perceived and used her body to diffuse certain ideologies about gender and sin. In most sculpted representations from all periods explored, Eve is found on the north (39 %) and west (33 %) sides of religious buildings.

Locating Romanesque and Gothic representations of Eve in the west and north of their original architectural setting unveils significant iconographical interpretations. The west portal is commonly used as the main entrance of a church and, as such, is accessible and visible to all. The west side of a church is associated with the Last Judgement, Apocalypse, sin, death, demons, and hell²⁰. The east –the direction in which the sun rises, and the most sacred space of the church– represents the Resurrection, eternal life, holiness, and heaven. Unable to receive sunlight, the north side of a church symbolizes darkness and was perceived as the Devil's side²¹.

In *On the Liturgy*, Amalarius Fortunatus (ca. 775-850) argues that the Gospel was usually read toward the south, where the men sat: «the men sit in the south part [of the church], and the women in the north»²². His writings have influenced

¹⁹ Unfortunately, I am currently not able to identify this or these template(s) with certitude.

²⁰ C. Schleif, «Men on the Right – Women on the Left», *op. cit.*, p. 224. See also: F. J. Dölger, *Sonne der Gerechtigkeit und der Schwarze: Eine religionsgeschichtliche Studie zum Taufgelöbnis*, Liturgiegeschichtliche Forschungen 2, Münster, Aschendorff, 1918, pp. 1-150; F. J. Dölger, *Sol Salutis, Gebet und Gesang im christlichen Altertum*, liturgiegeschichtliche Forschungen, 4-5, Münster, Aschendorff, 1925, 98ff.

²¹ «Left and right were referenced from the standpoint of the faithful themselves, as they stood facing the choir. From this vantage point, women were associated with the left or northern and darker portion of the church and men with the right or southern and lighter side of the building.» C. Schleif, «Men on the Right – Women on the Left», *op. cit.*, p. 225.

²² «Ipse vero diaconus vero stat versus ad meridiem, ad quam partem viri solent confluere.» See J. Bingham, *Origines Ecclesiasticae: The Antiquities of the Christian Church and Other Works*, vol. 2, London, William Straker, 1840, p. 413. «Masculi stant in australi parte, et feminae in boreali.» Amalarius, *De ecclesiastico officio* 3:50.2; See also: Amalarius, *Ecloga*. 13; W. Maskell, *The Ancient liturgy of the Church of England According to the Uses of Sarum Bangor York and Herford and the Modern Roman Liturgy*, London, William Pickering, 1846, p. 46.

how liturgy was performed in Western medieval churches, which reserved the north side for women and pagans. Indeed, in certain regions, the north portal also functioned as the lepers' entrance²³. It is therefore not surprising to find representations of Eve primarily on the west and north sides of Romanesque religious buildings. Men who would sit in the south side, including monks and clericals, would not only have a better view of Eve's body, but they would also be physically removed from her space, which would have been occupied by women. When Eve appears on the west façade of a church, she is accessible to all churchgoers; her fallen feminine body thus contributes to a Romanesque gendered construct, articulated through the church's architecture. The church building is a microcosm of an eternal universe composed of a series of polarities (east/west: holiness/sin, heaven/earth, and Last Judgement/Resurrection; north/south: dark/light and women/men). The figure of Eve forms part of this complex narrative of oppositions articulated through architecture and iconography.

The statistical comparison between Romanesque and Gothic examples greatly differs in the quantification of Eve's gestures. The forbidden fruit, Eve's object of desire (or rather object of temptation) is an important iconographical detail in the depiction of the Temptation and Fall. In the Romanesque examples, Eve is holding the fruit in 71% of the cases, while this number is reduced to 48% in the Gothic samples, making the meaning of her gesture more important in the Romanesque as the numbers suggest an intentional artistic choice.

In half of the Romanesque examples, the serpent is depicted offering Eve the forbidden fruit through its mouth, while this occurs in only 26% of the Gothic examples. In 71% of the Romanesque cases, the serpent's head is turned toward Eve's, targeting her inability to obey, and psychologically infecting her with doubt. In the Gothic examples, the position of the serpent's head in relation to Eve seems to be less important, as the reptile turns away from her in 48% of the examples. The Romanesque representations of Eve also illustrate her touching the serpent with her hand or arm in 36% of the cases, while the serpent is in physical contact with her leg in 18% of the cases. This iconographical choice persists in the Gothic period, as the numbers remain mostly the same. The serpent is positioned at Eve's ear in 22% of the Romanesque cases and in 17% in the Gothic examples. Furthermore, the Romanesque Eve's gaze is more often directed forward or upward at the fruit (35%), the serpent (32%), or Adam (25%). She looks at the viewer in only 8% of the cases. These numbers are generally constant in the Gothic examples.

²³ For example, this was the case for two Cluniac churches in Burgundy: Saint-Lazare Cathedral, Autun, and Collégiale Saint-Hilaire, Semur-en-Brionnais, which display a leprous figure on their north portals.

3. THE INTERACTIVE MAP

Complementing the database, using ArcGIS –a mapping software powered by Esri– my research connects and juxtaposes the data with medieval and Roman routes, and cities, using geographic information systems (GIS) (fig. 1)²⁴. This interactive and collaborative digital method allows for the visualization and contextualization of Romanesque sculptures of Eve²⁵. The images forming my database are mapped to permit the contextualization of the data in time and space. The map incorporated the CSV file with its 176 items, colour-coded according to their artistic style²⁶. The map's key feature is its ability to display multiple elements together –list of data (including pop-up windows with information about a sculpture, its formal elements, iconography, architectural context, and a picture), Roman and medieval roads, water paths, medieval ports, dioceses from *ca.* 1000, and crusade routes. The map enables the identification of patterns and possible connections (fig. 2)²⁷. Not only does it display a series of data and images in an informative and active manner, but it also encourages further studies of formal and iconographical elements of Romanesque sculpture and culture.



Figure 1. Interactive map, detail with the 176 colour-coded artworks, Roman and medieval roads, and corresponding legend. All About Eve: The Interactive Map, ArcGIS, 2018. <https://arcg.is/10bL4u> ©Author.

²⁴ A geographic information system (GIS) is a system designed to capture, store, manipulate, analyse, manage, and present spatial or geographic data. The map's shapefiles and database are also saved independently for archival purposes, should ArcGIS's technology evolve. A.-M. Moubayed, «All About Eve.» *op. cit.*

²⁵ With the publication of the map on ArcGIS (2018), the data is available to international research centres and universities, enabling further research on the subject.

²⁶ Burgundy: Romanesque, light blue: Gothic, green: early Christian, navy blue: Renaissance/Baroque.

²⁷ The mapped dioceses are helpful in determining regional trends. Additional layers of dioceses from *ca.* 1200 may be included in subsequent research.



Figure 2. Pop-up window and data: Collégiale Saint-Pierre-et-Saint-Gaudens dataset, detail 1. All About Eve: The Interactive Map, ArcGIS, 2018. <https://arcgis.com/arcgis/10bL4u> ©Author.

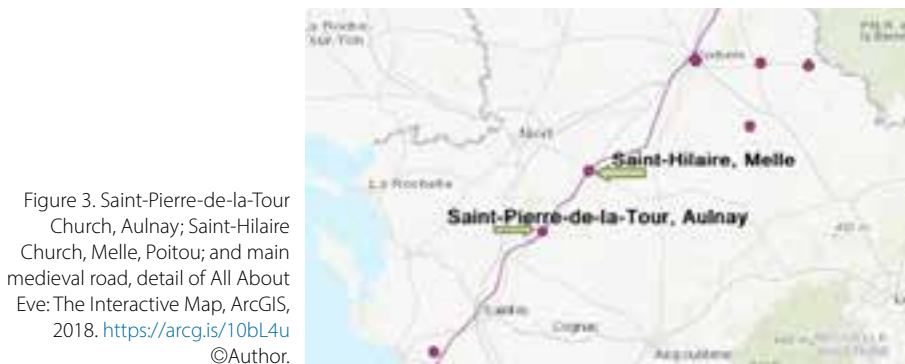


Figure 3. Saint-Pierre-de-la-Tour Church, Aulnay; Saint-Hilaire Church, Melle, Poitou; and main medieval road, detail of All About Eve: The Interactive Map, ArcGIS, 2018. <https://arcgis.com/arcgis/10bL4u> ©Author.



Figure 4. Temptation and Fall of Adam and Eve capital, north side, at north transept, ca. 1121-1140, Saint-Pierre-de-la-Tour Church, Aulnay, Charente-Maritime, Nouvelle-Aquitaine, France. ©Author.



Figure 5. Fallen Eve capital, south portal, interior, ca. 1090-1150, Saint-Hilaire Church, Melle, Deux-Sèvres, Nouvelle-Aquitaine, France. ©Author.

Visualizing the data on a map allows the discover patterns and iconographical similarities that trigger new research questions and avenues of exploration. For instance, two Romanesque churches from the Nouvelle-Aquitaine region include similar, but unusual, representations of the fallen body of Eve. Saint-Pierre-de-La-Tour, Aulnay (ca. 1121-1140), and Saint-Hilaire, Melle (ca. 1090-1150), are situated 28.5kms away from each other on a major medieval road linking Bordeaux to Paris (fig. 3). Both examples display a serpent carved with an open mouth at a woman's left ear (figs. 4-5). The serpent's body is also interlaced between her legs, highlighting her fallen state and fleshiness. Its position next to the woman's (presumably Eve) ear reveals how she fell: seducing the woman with false words, the serpent targeted her vanity and pride, which had encouraged her to disobey²⁸.

Among other things, DH methods make possible the discovery of stylistic and iconographical similarities between these two samples. Examining Eve at Aulnay and Melle within their geographical contexts elicits questions that lead to further investigations: Did their location on important roads influence their iconography and formal elements? Did the same artist carve both sculptures?

²⁸ Further research is required to identify the figures from Saint-Hilaire.

If not, did the artists come from the same workshop? Did the same (clerical?) patron commission the historiated capitals of both churches? Did the churches' location on the same main road influence their iconography? Why did the artist and/or patron uncharacteristically emphasize the words spoken by the serpent, which appealed to Eve's vanity and encouraged her to commit the Original Sin? Were Aulnay and Melle using the same iconographical model? If so, which one, and has it survived? Although these questions cannot be addressed in this article, they illustrate the interactive map's ability to display information in a new multi-layered perspective that, in turn, has the potential to highlight stylistic, iconographical, and socio-cultural connections between artworks. These findings constitute a useful tool for further research and allow the addition of supplementary data for a more global approach to the study of Eve's Romanesque representation and its diffusion.

CONCLUSION

The Romanesque examples forming this research's preliminary database and their associated statistics reveal an emphasis on Eve's action of picking the fruit and its connection to the tactility of her flesh. Eve consumes the tempting fruit through both her senses of touch and sight. She is shown as the main protagonist in the Fall; tempted by the fruit's form, colour, texture, and, presumably, smell, she acts upon her destiny, leading herself and Adam to sin. The Romanesque artist found it relevant to accentuate Eve's sensorial role in her fall into transgression by representing her actively accepting the forbidden fruit both on and with her flesh.

The statistical analysis of the predominantly French samples of this research highlights the medieval pattern of portraying the serpent in proximity to Eve, thereby emphasizing its centrality in her temptation: the reptile actively seeks Eve's attention through words and (false) ideas. Seduced by the flattery of the serpent –the Devil disguised– Eve picks the forbidden fruit. Since she is seldom portrayed in direct physical contact with the serpent, we can presume that the Romanesque visual tradition recognized flattery as Eve's main source of temptation. «You will not die,» said the serpent, «For God knows that when you eat of it your eyes will be opened, and you will be like God, knowing good and evil»²⁹. This verbal seduction is further emphasized in the few Romanesque instances where the serpent is at Eve's ear.

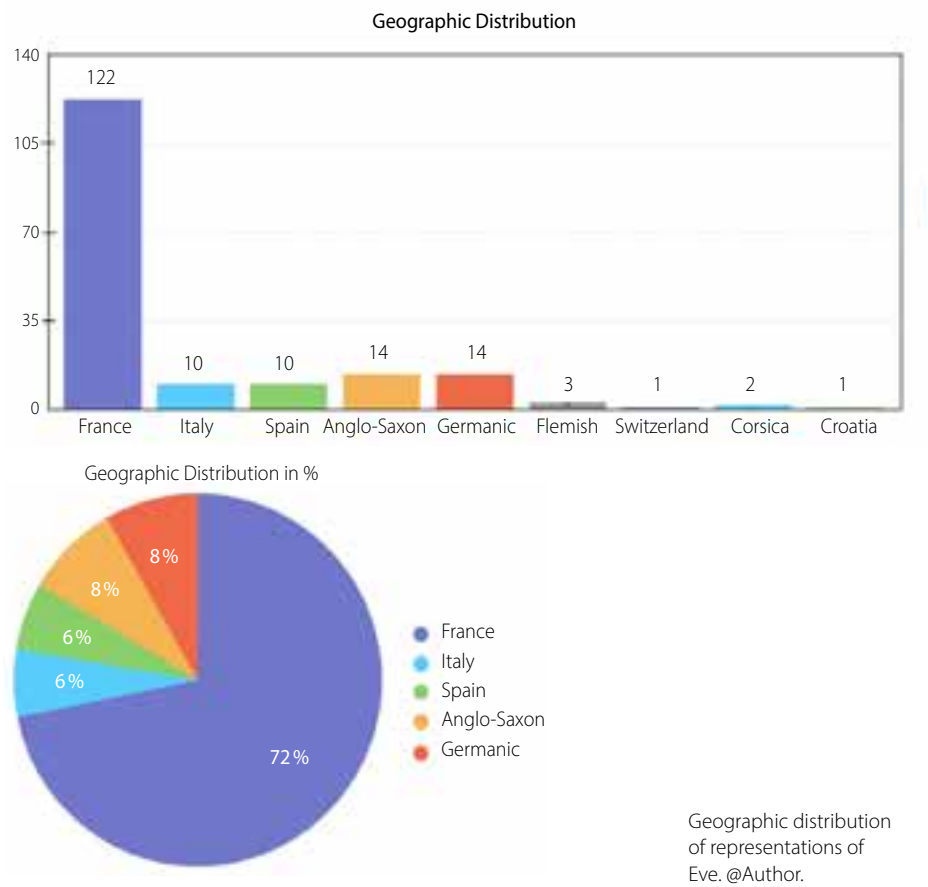
²⁹ Genesis 3:5.

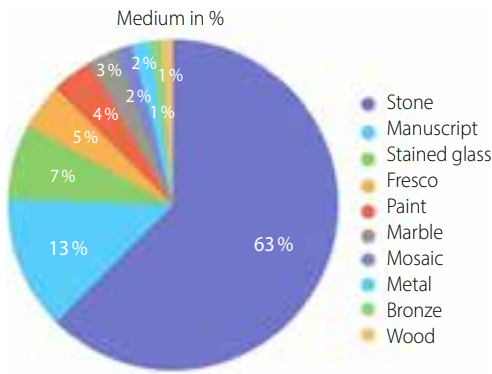
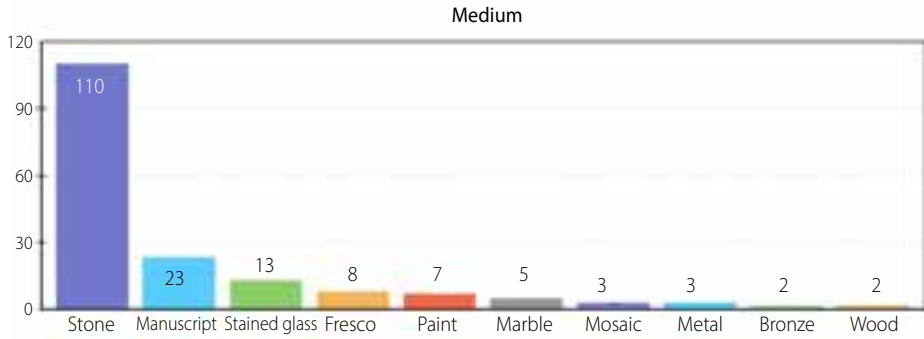
Studied separately, these statistics also suggest that the Romanesque artist/patron emphasized different aspects of Eve's relationship to her surroundings. Her internal psychological struggle becomes visible as she gazes upon the forbidden fruit and/or the serpent. Her role as temptress is highlighted when she looks at Adam to persuade him follow her into sin. She borrows the snake's *modus operandi* through seduction and temptation. «A tree is known by its fruit» and Eve becomes Adam's tree, as the fruit of her temptation –her Fall– becomes his»³⁰. Gazing forward or upward, she realizes her sinful action, faces its consequences, and/or looks toward God; for even if she fell, there is still hope. In the rare cases where she looks at the viewers, Eve acts as a mirror, warning them –her descendants– about the sinful nature they inherited from her through her Fall³¹.

³⁰ Luke 6:43; Matthew 12:33.

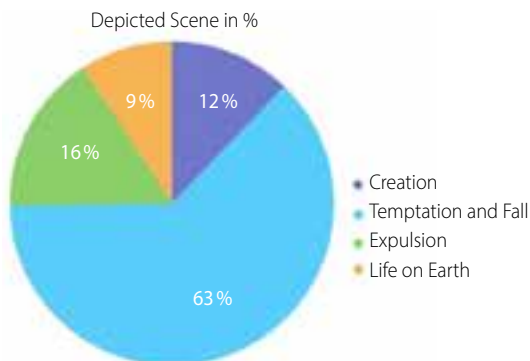
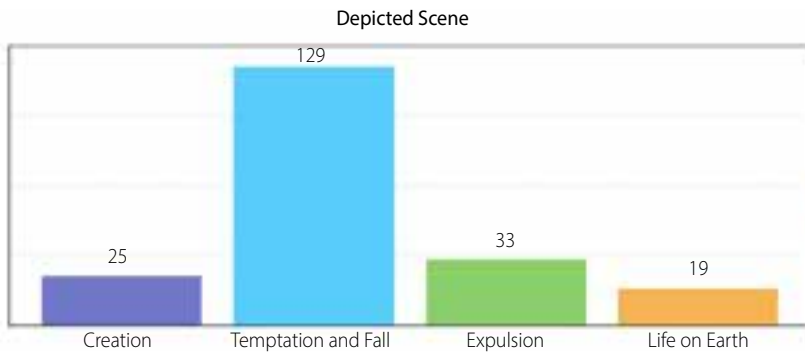
³¹ The database includes datasets that was not discussed in this paper, but that could be used for further research, notably on Adam's posture and characteristics, the types of fruit in the Tree of Knowledge, as well as the religious order associated to the artworks, to name a few. The database may be populated and expanded as needed. See: A.-M. Moubayed, «All About Eve.» *op. cit.*

APPENDIX A





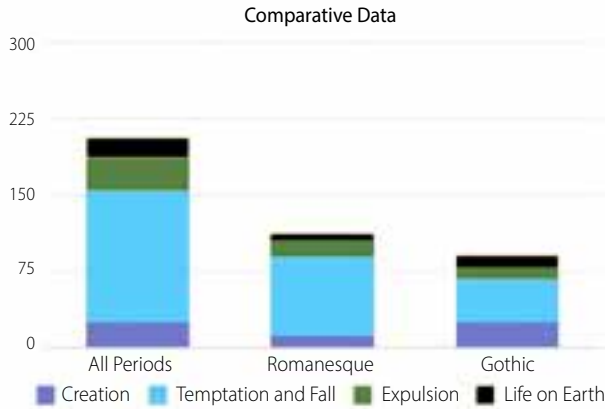
Geographic representations of Eve by medium. @Author.



Representations of Eve: Episodes from Genesis. @Author

Depicted Scene and Periods

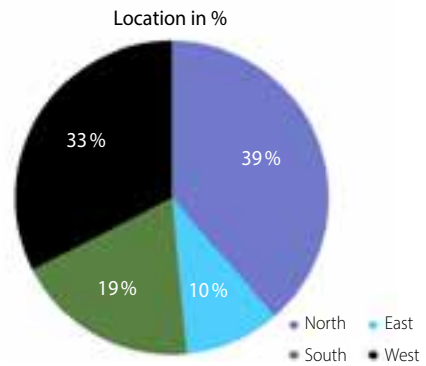
Depicted Scene	All Periods	Romanesque	Gothic
Creation	25	11	25
Temptation and Fall	129	78	42
Expulsion	33	17	12
Life on Earth	19	6	12



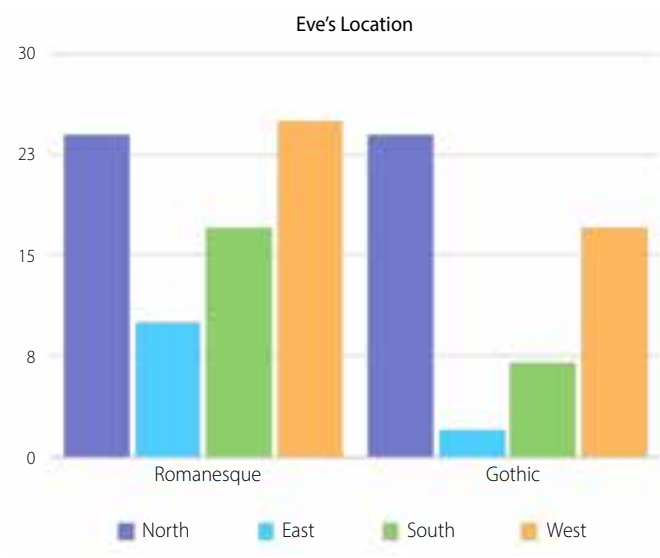
Genesis episodes, by stylistic periods. @Author

Direction	All Periods
North	51
East	13
South	25
West	43

Eve's location: all periods, comparative table. @Author



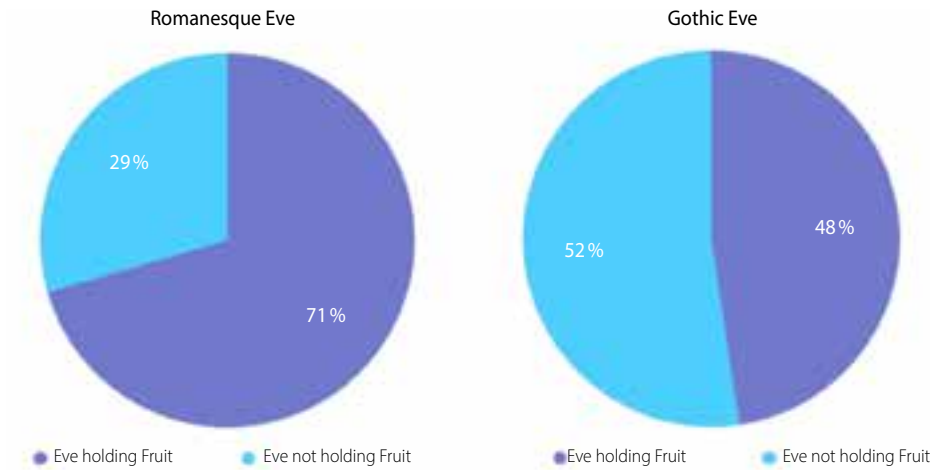
Direction	Romanesque	Gothic
North	24	24
East	10	2
South	17	7
West	27	17
	76	50



Eve's location, Romanesque and Gothic. @Author

Depicted Scene	All Periods	Romanesque	Gothic
Temptation and Fall	129	78	42
Eve Holding Fruit	81	55	20
Eve not holding Fruit	48	23	22

Eve holding the forbidden fruit, Romanesque and Gothic. @Author



Romanesque (left) and Gothic (right) Eve holding the forbidden fruit. @Author

Depicted Scenes	All Periods	Romanesque	Gothic
Temptation and Fall	129	78	42
Serpent's head turned toward Eve	87	58	22
Serpent's head not turned toward Eve	42	20	20
Serpent at Eve's ear	25	17	7
Serpent not at Eve's ear	104	61	35
Serpent giving fruit to Eve	51	39	11
Serpent not giving fruit to Eve	78	39	31
Eve touching serpent with hand/arm	45	28	13
Eve not touching serpent	84	50	29
Serpent touching Eve's leg	22	14	5
Serpent not touching Eve's leg	107	64	37

Eve and the serpent, all periods, comparative table. @Author

Depicted Scene	All Periods	Romanesque	Gothic
Temptation and Fall	129	78	42
Eye contact with Adam	37	19	13
Eye contact with viewer	10	6	1
Looking up/straight	50	26	15
Looking at the snake/fruit	38	24	11

Eve's gaze, all periods, comparative table. @Author

